



Xavi Barroso

LA AVENIDA DE LAS ILUSIONES



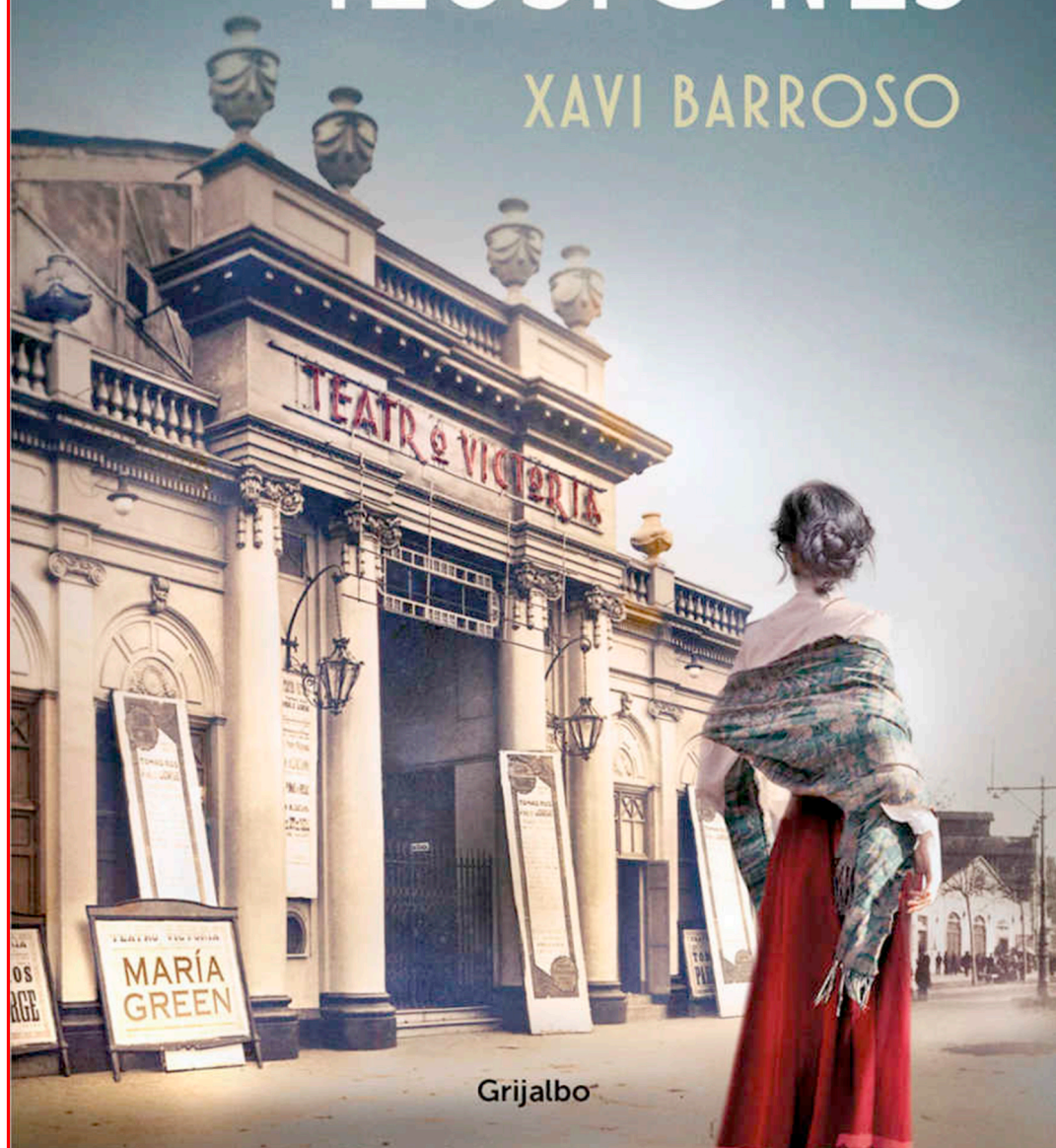
Barcelona 1909. Las hermanas Francisca y María Romero llegan a la ciudad en plena Semana Trágica para servir en casa de los Puig, una adinerada familia de la burguesía catalana.

En una época en la que las mujeres ni siquiera tenían derecho a voto, Francisca demostrará que el talento, la ambición y la rebeldía no son solo cosas de hombres.

Novela histórica sobre una vedette y un anarquista que nos brinda un fresco deslumbrante sobre la segunda década del siglo XX, de la vida de la Ciudad Condal, desde la Semana trágica a la huelga de la Canadiense.

LA AVENIDA DE LAS ILUSIONES

XAVI BARROSO



Grijalbo

Xavi Barroso

LA AVENIDA DE LAS ILUSIONES



www.megustaleer.com

Edición en formato digital: mayo de 2020

Diseño de portada: José Luis Painagua, fotomontaje digital a partir de las fotografías de la Fachada del Teatro Victoria en el Paralelo, Años treinta. Vista general de la avenida del Paralelo, en el barrio del Poble Sec de Barcelona, Años 1920

Ilustración del interior: Ricardo Sánchez Rodríguez

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

https://solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

PRIMER ACTO

- I. Creo que es la primera vez
- II. Si intentas predecir el futuro
- III. ¿Por qué tengo imágenes
- IV. Antes de ponerme a escribir
- V. La mayoría de las personas
- VI. El disgusto que sufrieron los Puig

SEGUNDO ACTO

- VII. Dicen que la suerte
- VIII. El invierno de 1911
- IX. Habrán pasado un par de horas
- X. El siguiente fin de semana
- XI. El día de las mentiras
- XII. Es curioso el apego
- XIII. Levantarme e ir a la fábrica
- XIV. No hay nada comparable
- XV. ¿Se puede desaparecer
- XVI. Cuando te escondes

XVII. El tiempo se desvanece
XVIII. Un impulso interior
XIX. Los sindicalistas
XX. Los techos de los escenarios
XXI. El niño se ha despertado
XXII. Había pasado del amparo
XXIII. No me habría convertido
XXIV. Sin darte cuenta
XXV. Me enseñaron que
XXVI. Siempre he relacionado
XXVII. Un retrato

TERCER ACTO

XXVIII. Volver a pisar las calles
XXIX. Convivir con María Green
XXX. Recuerdo los atardeceres
XXXI. El pequeño Joan
XXXII. Tres días después
XXXIII. Recuerdo que una vez
XXXIV. El horrible incidente
XXXV. Por mucho que se cumplan
Epílogo

Agradecimientos

Acerca del autor

EL PARALELO
DE
MARIA GREEN



TEATRO LIRICO



CAFE ESTANCO



GRAN TEATRO
ESPANOL



TEATRO ARNU



TEATRO PUVIERA



TEATRO MARIA
ROSILLO

AVENIDA DEL PARALELO



TEATRO COMICAL



PETIT MORTON RODAN



TEATRO NUEVO



LA CONSUELO



TEATRO COMICO



TEATRO VICTORIO
PABELLON FORASO DEL PURO



TEATRO UNIDO

© 1900

*A ti, Resu, porque a tu manera nos enseñaste
a no rendirnos nunca.*

*A Paula y a Júlia, para que nadie os diga jamás
lo que podéis o no podéis hacer*

PRIMER ACTO

Capítulo I

Creo que es la primera vez que me quedo sin palabras. Si Joan estuviera aquí, pensaría que estoy actuando. Estoy sentada en nuestro despacho. La rabia que siento se dibuja de un color inédito. Detesto esta mesa de roble sobre la que escribo. Se la encargamos a aquel carpintero que malvivía por la calle de la Cera años atrás. Un auténtico artista. Quién sabe si habrá muerto en el Frente. Desearía lanzar por la ventana los muebles que visten esta casa. Nunca me han gustado los santuarios.

El silencio de las calles de Barcelona ensordece. La guerra dosifica los gritos de los ciudadanos. Quizá los almacenan en el interior de los pulmones, por lo que pueda venir. Hoy, los barceloneses deambulan a hurtadillas, respetando el dolor de los pobres infelices que les rodean. El general Kléber ha recuperado Belchite después de catorce días de ofensiva. Dicen que el pueblo ha quedado destruido y que han muerto más de tres mil personas. Espero que las lágrimas que la

República ha derramado sean suficientes para recuperar Zaragoza y, luego, el resto del país.

Nada de eso me concierne ahora. Estoy divagando y soy consciente de ello. Soy actriz, le pongo cara y alma a las palabras, pero no las escribo. Tengo la sensación de que me va a estallar la cabeza. Necesito contar las verdades que jamás he revelado y los infortunios del pasado que ni siquiera Joan conoce. A veces siento que la memoria me falla y que ambos son solo desvaríos de cupletista.

Sigo dando rodeos a mis intenciones, lo sé. Enterré demasiados secretos en las paredes de mis entrañas y, sin que Joan lo supiera, de las suyas. El público puede robarte el tiempo, la estima, incluso la razón, pero jamás las entrañas, son lo único de lo que no pueden despojarte. A veces es más sencillo huir que decir te quiero. Echo tanto de menos a Joan que no me importa esta guerra, el Paralelo ni los aplausos. No sé si él tendrá la oportunidad de leer estas hojas, pero escribo para que al fin me entienda, para que seamos tan transparentes que podamos escondernos bajo el agua y así desaparecer, juntos, para siempre. Aunque, sobre todo, escribo para que mi historia no se extravíe como aquellos cuplés que un día dejaron de cantarse.

Creo que necesito ordenar los recuerdos para sincerarme.

Como a cualquier hijo de vecino, me enterrarán con un sinfín de dudas por resolver. De hecho, nunca sabré por qué

mi padre nos eligió a María y a mí. Supongo que las dos éramos chicas y las edades encajaban más que las del resto de mis siete hermanos. El día que nos dio la noticia, mi espalda cargaba ya dieciséis inviernos. María me llevaba dos años de ventaja en este mundo y su sentido común lo evidenciaba. Ambas recogíamos patatas en un campo cercano a Cal Tribulet cuando mi padre se acercó y sus gruesas palabras interrumpieron nuestra tarea. Él se dirigía al mundo con voz contundente pero cargada de amabilidad. Las dos dejamos los cestos y alzamos la mirada. Allí estaba, plantado ante nosotras, con un sombrero en las manos y la novedad envuelta en la incertidumbre. Jamás olvidaré la mezcla de pena y alegría que su rostro apenas disimulaba. Sus ojos narraban una aventura, un cambio, una despedida. Nos enviaba a Barcelona para servir en casa de una familia adinerada.

Como la mayoría de los agricultores, mis padres alimentaron a su jauría de niños con voluntad pero sin excesos. Los últimos años no habían sido muy fructíferos en Solsona. Las plagas y la supresión del obispado empobrecieron a los vecinos a fuego lento y, por supuesto, a mi familia.

Otro de los grandes misterios que no lograré resolver: ¿cómo nos consiguió aquel trabajo? Debería haberlo preguntado cuando tuve ocasión, sin embargo, aún no sabía que la vida es muy selecta con las segundas oportunidades.

Mi madre se mudó al cielo pocos días después de mi octavo cumpleaños. Se fue tal y como vivió, sin hacer mucho ruido pero marcando el corazón de su progeñie. Los tres hermanos mayores tomaron las riendas del día a día y María y yo les ayudábamos en lo que estaba en nuestras manos. Con su muerte, apareció ese vacío que te aísla del mundo cuando una madre te abandona tan pronto. Sinceramente, la soledad no fue una buena compañera durante mi juventud.

Echaba tanto de menos la calma y el calor que me brindaban los abrazos de mi madre que los sustituí por una desafiante rebeldía. Mis desplantes alejaban a las chicas de mi edad, quizá por eso María se convirtió en mi única amiga. Su paciencia no tenía fin. En realidad, siempre me había entendido mejor con los chicos. Arnau, Carles, Bernat..., niños de campo que conocían perfectamente los entresijos de la tierra. Entonces era joven, no sabía nada del mundo moderno, los teatros, las ideas. Mi vida oscilaba entre las canciones que cantaba, mi terquedad y la paz de la naturaleza.

Habíamos oído millones de historias terroríficas sobre el bosque y también historias trepidantes sobre los bandoleros que se escondían en las montañas. Los imitábamos jugando, literalmente, a guerra de piedras contra otros grupos de niños. Las filas de nuestro ejército solían estar formadas por Arnau, un niño moreno y resabiado; Carles, su hermano pequeño y rubito, y yo. Sonrío mientras recuerdo una de nuestras grandes hazañas. Habíamos ideado una estrategia

que consistía en capturar al enemigo entre el camino de los soldados y el muro de piedra que bordeaba las tierras de los Torrents. Era un plan perfecto, pero diferíamos en la metodología que debíamos seguir. Las distintas posibilidades se sometían a discusiones que demoraban nuestra victoria. Yo defendía con ímpetu mi estratagema y desconozco si insistía porque era la mejor opción o porque necesitaba llevar la razón.

Aquel día tuvimos más imprevistos de lo esperado. Los contrincantes nos tendieron una emboscada mientras transitábamos por nuestro profundo debate. Allí estábamos, atrapados entre cuatro árboles, listos para recibir pedradas. Reaccionamos con celeridad. Yo corrí hacia un lado, convirtiéndome en el cebo. Arnau y Carles se subieron a un pino aprovechando el desconcierto y atacaron sin piedad a nuestros adversarios. Ganamos. Mi recompensa consistió en varios halagos y tres pedradas que me regalaron tres heridas.

Superada la euforia del triunfo, apareció el dolor. No quería quejarme, no quería sentirlo. Supongo que Arnau dedujo que mis deseos no iban a la par con las circunstancias. Me ayudó a sentarme, se agachó y empezó a lamerme una herida, la más grande, situada en la pierna. ¿Mi primera reacción? Apartarme con brusquedad. Y él, con su calma característica, levantó la mirada y me observó durante unos instantes.

—Francisca, la sangre debería estar dentro del cuerpo. Si el tuyo no la quiere, deja que yo la tome.

Acto seguido, me cogió la pierna con delicadeza y siguió con la extraña cura. Consecuencias de la proeza: yo sentada en casa, recibiendo las atenciones médicas de María mientras mi padre blasfemaba y me juraba que no volvería a jugar con esos chicos, varios de mis hermanos observando la escena y ahuyentando a los vecinos que se interesaban por mi estado. Por Dios, eran cuatro rasguños. «Los soldados reciben balazos y siguen con su vida.» Ese tipo de comentarios calentaban aún más los ánimos de mi padre, que amenazaba con encerrarme para siempre. Él criticaba mi carácter, pero, realmente, creo que le encantaba. Mi padre escondía su sensibilidad en el fondo de su apariencia.

Mis abuelos, aragoneses de origen, fueron comerciantes itinerantes que vendían telas por diferentes zonas del país. Cuando mi abuela perdió la vista, él tuvo que ocuparse de las cuentas y los documentos que mi iletrado abuelo no podía gestionar.

Había ido al colegio hasta los doce años y tomar esa responsabilidad a tan pronta edad le hizo comprender la importancia del dominio de la palabra. Conoció a mi madre una tarde de primavera, en el mercado de Solsona. Cuando ella decidió instalarse en su corazón, mi padre cambió los caminos por el campo.

Después de largas jornadas de trabajo, él se sentaba con nosotros, sus hijos mayores, y nos enseñaba a leer y a escribir. María mostraba más interés por las clases y por la literatura que yo. Además tuvo suerte, el boticario del pueblo, que siempre había tenido una buena relación con la familia de mi madre, poseía una generosa biblioteca que compartía con ella. Fue mi hermana quien abrió mi apetito por las novelas, o quizá lo hizo el vínculo especial que se forjó entre mi padre y ella debido a su afición por la literatura. Ojalá pudiera volver a leer por primera vez *La Regenta*. Me pregunto si volvería a apasionarme por Ana y su anhelo.

Lamer las heridas de guerra se convirtió en una rutina entre Arnau y yo. Éramos niños criados entre pastos y animales, ajenos a los preceptos de una moral que no tardaría en perseguirnos. Recuerdo la sensación de mi lengua recorriendo su brazo y entrando en contacto con el sabor salado de la sangre. Aquella inocente intimidad estableció unos lazos fuertes y en apariencia imperecederos. La vida me contaba prematuramente que una parte del amor consiste en lamer las heridas del otro. Qué lástima, durante mucho tiempo negué tales verdades tras una sordera salvaje.

Continuamos lanzando piedras hasta que los niños se convirtieron en hombres, y yo, en mujer. Mis caderas se ensancharon y mis pechos crecieron. Empezaron las risas, las miradas, el drama, la comedia. Cambiamos un juego por otro y comprendí el efecto que causaba en los varones. Una parte

de mí no quería crecer. Amaba las tardes en el monte lanzando piedras con la pandilla. Jamás me he sentido más libre. María compartía mis razones y juramos que no caeríamos en las tretas de los chicos hasta que fuéramos adultas. Ella era bella, comedida, etérea. Yo, voluptuosa, abrupta, terrenal. Mi hermana solo pensaba en los libros, y yo, en correr y divertirme.

Pero la vida no espera ni atiende a tus deseos. Llegó el momento de trabajar en el campo con mi padre. Las sudorosas horas bajo el sol por un mísero jornal, el agotamiento prolongado durante semanas, los días que se acumulaban uno detrás de otro y que nos regalaban el consuelo de ayudar a la familia y un único horizonte posible para mí: convertirme en esposa y madre. Supongo que por eso cedí a las atenciones de Arnau.

Nos criamos a pedradas y, poco a poco, él dejó de verme como un soldado más. No creo que estuviera preparada para el amor y tampoco era esa la motivación que guiaba los matrimonios de la comarca. Sin embargo, él era familiar, bueno, cariñoso. Arnau apaciguaba ese vacío que me obligaba a correr, me escuchaba y me acompañaba sin pedir más que un abrazo y una sonrisa. Él era el camino más lógico y se convirtió en el primer beso, las primeras caricias y el primer pecado.

Desde pequeña había cantado canciones populares en las fiestas, con mis hermanos o con los amigos. Me entretenía,

me emocionaba, pero el monte me llamaba más que el arte. Hasta que conocimos a Raquel. Fue un soleado día de mayo de los que anticipan el bochorno del verano. El calor apremiaba y hacía la jornada, si cabe, más ardua. María, siempre preocupada por el estado de sus compañeros, tenía un ojo en la tierra y otro en lo que sucedía a su alrededor. Por eso fue la primera en advertir que una mujer se había desplomado. Corrió hacia ella, se sentó en el suelo y ubicó la cabeza de la jornalera sobre sus piernas mientras dejaba caer agua sobre sus labios. Poco a poco, fue volviendo en sí y, cuando pudo incorporarse, dejamos que descansara bajo la sombra de una de las encinas que bordeaban el terreno y continuamos con el trabajo.

Cayó la tarde, la temperatura se suavizó y fuimos a interesarnos por el estado de la mujer. Raquel, dijo llamarse. Era una mujer madura, cuyas arrugas hablaban de experiencias lejos de Solsona, del campo, de niñas como nosotras. Las canas decoraban su cabello castaño y los ojos, claros como vidrieras descoloridas, se movían inquietos mientras nos relataba las grandezas de la ciudad. Ella había vivido en Barcelona. Ella había trabajado en una fábrica. Ella había escuchado cuplés en los teatrillos de la ciudad. Nos parecían historias imposibles filtradas por sus palabras y sus recuerdos. Acababa de volver a Solsona y jamás supimos el motivo de su retorno.

Raquel nos cantó un cuplé para agradecernos nuestra ayuda. La melodía, el atrevimiento en las formas y los tonos,

la doble intención. Desconozco si he idealizado sus canciones o si realmente me llegaron al corazón, pero ahora sé que me descubrieron un camino a seguir. A partir de entonces, la buscábamos a diario para que nos cantara o narrara alguna curiosidad sobre Barcelona. Y empecé a aprenderme las canciones, a acompañarla, a interpretarlas por mi cuenta.

Los jornaleros que me escucharon de niña fueron los primeros directores que tuve. O, mejor dicho, lo fueron las reacciones, la emoción o la desgana de sus caras. Pasaron las semanas y María me pedía con frecuencia que cantara para amenizar las tareas. Ella me corregía, me animaba, me decía qué parte había fluido con más belleza o cuál le había parecido más fría.

Podría gritar millones de veces la palabra gracias y, aun así, no sería suficiente para retribuirle todo lo que hizo por mí. Siempre vigilante, María había desarrollado una habilidad especial para sacarme de los líos en que me metía y excusarme ante mi padre. Mi hermana jamás erraba en su conducta, nunca levantaba resquemores y siempre tenía una sonrisa preparada para la familia, los vecinos y los jornaleros. La amaba incondicionalmente pero, a la vez, me enervaba. Su perfección me parecía impostada y despertaba unos celos que hoy me parecen ridículos. A veces sentía que María vivía para mí, para cuidarme. Con el tiempo entendí que usaba la bondad como armadura y que se escondía detrás de mis fechorías, de los libros y de unos rezos que abandonó cuando llegamos a Barcelona. Me hubiera gustado aliviar su carga y

el miedo que la paralizaba, pero yo era una niña sin más herramientas que el desparpajo, el nervio y las ansias de libertad. Éramos como la noche y el día, pero supimos convivir en el alba.

Cuando mi padre nos contó que nos íbamos a vivir a Barcelona, reaccionamos de manera distinta. Yo mostré mi desacuerdo con una hostilidad que duró días, y María asumió el cambio como una labor más que acometer, fingiendo un temple que disimulaba su miedo y su sufrimiento. Daba igual, Barcelona nos esperaba y no podíamos contradecir al destino.

Habíamos superado el ecuador de julio de 1909 cuando mi padre nos preparó una bolsa con los cuatro harapos que poseíamos y algo de comida, y nos enroló en el carro de Deulofeu, un comerciante cabizbajo que tan solo sonreía ante las desgracias de los demás. Jamás olvidaré la barriga desproporcionada ni el olor, embutido en la piel y macerado por la alergia a los baños, de aquel hombre. Mi padre, antes de subirnos al carro, nos miró a la cara y nos dijo:

—Esto no es una despedida, nos veremos pronto.

Aquella fue la primera mentira que oí de los labios de un hombre. Y es que él fue siempre optimista, valiente, alguien que no se detenía ante las quejas o la pesadumbre, por evidentes o inevitables que fueran.

Arnau me pidió que me quedara. Aseguraba que no podría vivir sin mí y yo respondía en consonancia, por inercia, por miedo a decepcionarle. Culpaba a mi padre, a la vida, a Solsona. Con el transcurso de los días, mi negatividad se convirtió en ilusión y él intuyó que empezaba a formar parte de mi pasado. No insistió más, dejó que me fuera sin reproches ni pataletas. No sé si me llegó a despertar la pasión que sentí por otros, pero fue más hombre que la mayoría de los amantes con los que me he cruzado. De hecho, guardo su calor a buen recaudo entre los recuerdos más bellos de mi infancia.

Una imagen permanece nítida en mi mente, las murallas del pueblo alejándose mientras nos acostumbábamos a la inestabilidad de un carro destartado. Y también una sensación: me separaba para siempre de mi madre. Hacía años que no formaba parte de nuestras vidas, pero viví aquella partida como un segundo entierro. Atrás dejaba recuerdos como su silueta en un atardecer cualquiera, quizá de invierno, junto a la chimenea, aguja en mano, zurciendo unos pantalones.

María me cogía la mano con fuerza mientras avanzábamos por los bosques de pinos y encinas que bordeaban el camino. Se santiguó varias veces en un intento de bendecir la aventura. Creo que mi hermana no miró atrás ni una sola vez. La recuerdo observando el camino, concentrada en el futuro. Su pelo negro, liso como las crines de un caballo de raza y recogido en un moño, ornamentaba una cara

angulada y con facciones marcadas. María parecía mayor y, quizá por eso, la sensatez que transmitía rebosaba consistencia, a pesar de que se esforzaba por esconder los pechos, disimular las caderas y mantener la apariencia delicada que siempre la había caracterizado. ¿Qué pensaría en aquel momento?

El miedo y la esperanza se entrelazaban entre el cuello y el estómago. Si nos hubiéramos quedado en el pueblo, María y yo nos habríamos casado con un campesino, o con un comerciante, o quizá con un soldado al que habríamos esperado durante meses con el corazón en un puño. Pero viajábamos hacia la tierra prometida. Allí trabajaríamos, prosperaríamos, encontraríamos buenos maridos y, muy pronto, podríamos volver a Solsona cargadas de dinero e hijos. Poco más puedo contar de aquella Francisca, ya que desapareció tras cada personaje y cada piedra con los que la vida me atacó.

El camino duró varios días y, entre parada y parada, apenas intercambiamos alguna palabra con el conductor. Aprovechábamos los pocos momentos en que Deulofeu nos hablaba para interrogarle sobre la magnificencia de la ciudad. Él se reía a carcajada limpia con nuestras preguntas. No éramos capaces de descifrar las reacciones ni las palabras del comerciante, pero la sed de respuestas vencía su falta de modales y los cuestionables aromas.

—¿Y es fácil comprarse una casa en Barcelona?

—Ja, ja, ja. Claro, las regalan.

—¡Eso es más increíble que un burro comiendo con cuchara!

—Niña, más te hubiera valido quedarte en el campo. Servir en casa de una familia como los Puig, que Dios baje si no digo la verdad, es mucho más duro que cultivar la tierra. Al menos, las verduras no te gritan. Y basta de preguntas, déjate de tonterías y canta otra canción, por el amor de Dios, que tienes una voz muy bonita.

Deulofeu fue la primera persona que me oyó cantar fuera del pueblo. Nunca más volví a verle, pero sobre los escenarios le dediqué varias canciones. Entre estrofa y estrofa, alzaba la mirada y buscaba una butaca vacía. Y allí le imaginaba sentado, maloliente, escuchando atentamente a la mujer que un día, de niña, llevó a la ciudad. Él fue la llave que nos abrió las puertas de Barcelona. Si no hubiésemos viajado con él, no me habría convertido en la actriz que ha cantado en París y Buenos Aires, ni habría conocido a Joan. ¿Qué menos que dedicarle alguna canción?

Capítulo II

Si intentas predecir el futuro, raramente acertarás. Aprendí esa máxima durante las primeras semanas en Barcelona y me guio mientras preparaba cada uno de los personajes que encarné. Y es que nada fue según lo previsto cuando llegamos. Era la tarde del 27 de julio de 1909 y la ciudad se hallaba lejos de ofrecernos la tranquilidad a la que estábamos acostumbradas.

Nos encontrábamos en el segundo día de la huelga general, la llamada Semana Trágica. Mientras nos dirigíamos a nuestro nuevo hogar, no sabíamos si observábamos la normalidad del día a día o una situación excepcional. Barcelona estaba en pie de guerra y no discerníamos los bandos que se enfrentaban. A medida que nos adentrábamos en sus calles, veíamos más y más hombres armados corriendo, sangrando, saqueando, gritando, protestando.

No recuerdo muy bien si fue por Indústria o Urgell donde una barricada impidió que el carro siguiera avanzando por L'Eixample. Sé que era por allí porque paramos delante de la Escopidora.

—Deulofeu, ¿qué es eso?

Señalé el estadio, obviando la amalgama de ciudadanos que nos seguían con la mirada.

—Es la Escopidora. La cancha del equipo de fútbol del Barcelona.

—Es increíble. Parece muy nueva.

—Se inauguró hace unos meses. Va, niñas, venga ya, bajad del carro.

Deulofeu, haciendo caso omiso de las demandas de los barriqueros, nos ayudó a apoyar los pies sobre los adoquines y se cargó la bolsa a la espalda. Me horrorizaba pensar que nuestras pertenencias habían entrado en contacto con su vestimenta cochambrosa, pero nada podía hacer para evitarlo.

El comerciante nos indicó que le siguiéramos. María me agarraba la mano con fuerza mientras vigilaba de reojo la barricada que rodeábamos por el lado derecho. A medida que avanzábamos, veíamos más enfrentamientos, más caos. Esas trincheras improvisadas se construían con una base de

ladrillos y objetos varios: sacos de lo que parecía comida, muebles, sillas, puertas. Muros custodiados por soldados circunstanciales.

Por la calle de Aragón, creo, vivimos uno de los momentos más tensos. Una docena de guardias civiles a un lado y una treintena de obreros al otro se peleaban a ladrillazo limpio. Los humildes pero cabreados ciudadanos gritaban: «¡Viva el ejército! ¡Abajo la guerra!». Nos parecía un chiste sin sentido. ¿Por qué alentaban a aquellos contra los que luchaban? La escena me fascinaba. Los contemplábamos con la inocencia de un potrillo recién llegado al mundo. Si mi memoria no falla, no sentí miedo. En cierto modo, la mano de María me proporcionaba el valor necesario para caminar con seguridad. Además, no paraba de advertirme:

—Ni se te ocurra preguntarles nada. Quién sabe lo que nos podría pasar.

Quizá, si hubiera presionado su mano con la misma intensidad que ella, habría cometido menos errores, pero me embelesaba lo que veía a nuestro alrededor. Los edificios, las aceras, ¡cuánta belleza! Bloques de hormigón de varias plantas separados por avenidas más anchas que todas las de Solsona juntas. Puertas de madera y hierro con cristales de colores de belleza inaudita. Flores en fachadas y farolas, una arquitectura que amaba los ornamentos con motivos naturales. Tiendas medio cerradas que dejaban entrever un mundo de posibilidades. Por encima de los gritos

y el caos de la huelga, escuchaba ese canto de sirena que me narraba un futuro escondido tras una de esas puertas.

Recuerdo a una mujer que cargaba una cesta. Vestía de negro y se cubría la cabeza con un pañuelo marrón. Con el paso ligero y las pupilas a la caza del peligro, protegía sus enseres con los brazos y el pecho, y no se detenía ante comentario alguno.

En pocos días, me convertiría en ella. Una sirvienta más de L'Eixample, una parte importante del tejido de valientes que movían la ciudad.

A escasos metros de la residencia de los Puig había una caseta de madera de las usadas para el cobro de los consumos. O, bueno, lo que quedaba de ella después de haber sido quemada por algún anarquista con el nervio flojo. Andaba yo absorta en los restos cuando nos detuvimos delante de un portal. Deulofeu nos reveló con una sonrisa desconcertante que habíamos llegado a nuestro destino. Su cometido terminaba ahí, pero nuestras caras de pavor debieron de enternecerle porque se prestó a guiarnos hasta la puerta del servicio. Jamás había visto una entrada tan elegante. Accedimos a un cuadrilátero casi perfecto limitado con una pomposa portería de madera gobernada por don Manuel. Siempre me encantó la perspicacia que escondía tras las gafas y la cautela que camuflaba con sus maneras impecables. Nos recibió jovial y, después de identificarnos, nos mostró el camino.

No, no subimos por la espectacular escalinata decorada con moqueta de color verde que se alzaba a nuestra izquierda, y a la que se accedía después de ascender cinco peldaños de casi dos metros y medio de ancho, elaborados con algún material primo hermano del mármol. ¡Y qué barandilla! Parecía un bosque de hojas talladas sobre los laterales de la madera que cubría la estructura de hierro. Deulofeu nos indicó que usáramos la humilde y camuflada escalera del servicio, cuya entrada se escondía tras la portería.

Le hicimos caso y, escalón tras escalón, aparecieron los nervios. Me encontraba ante una nueva vida y empezaba a tomar conciencia de ello.

—Este es el entresuelo, supongo que viviréis aquí junto al resto del servicio, como tiene que ser. Los Puig y sus hijos residen en el principal, justo encima —dijo Deulofeu ante la puerta de madera que daba acceso al piso. Acto seguido, llamó con dos golpes secos.

La puerta se abrió y apareció una mujer entrada en la cuarentena con cara de pocos amigos. Vestía una blusa oscura, una falda negra que apenas anunciaba sus curvas y un delantal que la cubría en su totalidad. Llevaba el pelo recogido en un moño extremadamente estirado que no disimulaba las canas acumuladas a lo largo de quién sabía cuántos años sirviendo.

—Menos mal que habéis llegado. Pensaba que con tanto alboroto habríais sufrido algún infortunio. Yo soy Juana. Y vosotras, ¿cómo os llamáis?

Nos presentamos con timidez. Deulofeu se despidió y desapareció escaleras abajo. Mientras descendía, sentí que perdíamos de vista a la única persona que nos vinculaba a Solsona. María cogió nuestra bolsa, agarró mi mano y ambas seguimos a Juana. Fue el ama de llaves de la casa quien nos guio por las entrañas del nuevo hogar.

Mientras avanzábamos por un pasillo en forma de ele, Juana iba nombrando a los miembros del servicio que ocupaban las habitaciones que había a un lado y otro del corredor.

El ama de llaves nos provocaba una risa difícil de contener. Sin cruzar palabra, ambas sabíamos que eran sus ojos fríos y hieráticos lo que nos hacía gracia. En el pueblo matábamos el tiempo riéndonos de las expresiones de los viajeros que no parecían humanas. Ciertamente, la de aquella mujer daba para entretenerse una tarde entera. El disimulo no constaba entre las habilidades innatas de dos chicas de pueblo; seguramente por eso, Juana se giró con brusquedad y dijo:

—Niñas, en esta casa solo existe una regla: seguid todas y cada una de las normas a rajatabla y os irá bien.

Juana continuó caminando mientras María y yo nos

esforzábamos por estar a la altura. Pocos segundos después, el ama de llaves se detuvo ante una de las estancias. La abrió y dijo sin apenas mirarnos:

—Esta será vuestra habitación. Sobre la cama tenéis los uniformes. Espero que vuestro padre me enviara las medidas correctas. Al fondo del pasillo encontraréis una puerta blanca que da acceso a una galería. Allí está el excusado que usa el servicio. El baño es esa segunda puerta de ahí. Asearos y cambiáros. Tenéis agua preparada y dos toallas en el armario. La puerta de al lado es una cocina que no usamos. En treinta minutos os quiero listas. Lo siento, no hay luz por culpa de la dichosa huelga.

La mujer volvió al piso principal mientras nosotras conteníamos la risa. No perdimos el tiempo: nos aseamos y volvimos con rapidez a la habitación para cambiarnos. Mi primer vestuario barcelonés no fue, ni mucho menos, de alta costura. Una falda larga que no podía evitar pisar cuando caminaba, una blusa de cuello alto y rayas que bajaba la moral con solo verla, un delantal blanco y el pañuelo para la cabeza. María y yo nos observábamos divertidas.

Juana reapareció en la habitación al cabo de un rato. Nosotras la esperábamos sentadas en la cama. Nos levantamos de inmediato y la mujer permaneció en silencio en la jamba de la puerta mientras nos observaba con detalle. No hizo comentario alguno sobre nuestra apariencia. Habíamos superado la primera prueba.

—¿Sabéis leer y escribir?

Miré a María, pero ella me ignoraba. Había cambiado de actitud. De repente, se mostraba atenta y servicial.

—Nuestro padre nos enseñó, señora.

—Perfecto. Seguidme.

En el mismo momento en que la mujer se giró, mi hermana me lanzó una mirada censuradora. Debía controlar la risita o íbamos a comenzar con mal pie. Acto seguido, se santiguó. Eché un vistazo rápido a la habitación antes de salir. La puerta se encontraba a uno de los costados del rectángulo que formaba la estancia. Las dos camas, separadas por dos mesitas de noche, estaban colocadas en perpendicular al acceso. Dos armarios de madera maciza quedaban más o menos encarados a cada uno de los lechos. Una silla ocupaba el hueco bajo la ventana que se hallaba ante la puerta.

Recorrimos el pasillo hasta la primera esquina. Juana abrió una puerta que quedaba enfrentada a la nuestra y que me pasó desapercibida cuando entramos. Allí descubrimos unas escaleras que nos llevaron directas al piso superior. Una barandilla metálica con revestimiento de madera, que competía en austeridad con el suelo gris y las paredes blancas, marcaba el límite entre los escalones y el vacío. Al llegar a la entrada del principal, Juana nos advirtió que debíamos comportarnos. Íbamos a conocer a los señores.

Sacó entonces una llave del bolsillo de su delantal impoluto y abrió la puerta. Ingresamos a una entradilla que daba a la cocina. Me pareció enorme, aunque, por aquel entonces, no había visto muchas más. No podía dejar de mirar los cacharros y los utensilios que estaban colgados, se amontaban en estanterías o, simplemente, permanecían sobre la encimera. En Solsona solo teníamos una olla y una sartén.

Cuando llegamos al pasillo, avanzamos en línea recta dejando a nuestra derecha la puerta que daba al comedor. A continuación, se hallaba el salón de los Puig. Juana nos pidió que esperáramos fuera antes de llamar. Una voz masculina dio pie a que el ama de llaves abriera la puerta y entrara, dejándola entreabierta.

Desde donde estábamos, veíamos un enorme ventanal blanco de madera que sometía la habitación a la luz natural y un exquisito sofá de cojines blancos y acabados dorados. Era un dos plazas digno de un rey. No veíamos a los señores, que intuía sentados justo delante del mismo.

—Señora, las nuevas han llegado. Están aquí para que las conozcan.

Mi hermana me agarró de la mano mientras una voz de mujer, aterciopelada pero autoritaria, le respondió sin vacilar:

—Perfecto. Juana, antes de nada, cuénteme qué se dice en la calle.

—La huelga es total, señora. Huelga general, la llaman. Se ha adelantado una semana a la que se había convocado.

El tono de Juana cambió por completo. Una dulzura que segundos antes parecía imposible y un hilillo de preocupación se transmitían a través de sus palabras.

—La mayoría de los barrios la secundan. Sants, Gràcia... Hay piquetes por toda la ciudad y trincheras como las que se ven desde la ventana. Dicen que la huelga, la de verdad, la comenzaron ayer los obreros de la Hispano-Suiza en la calle de Floridablanca. Parece que estos metalúrgicos no aprenden. Aunque también se cuenta que los primeros insurgentes eran de las zonas periféricas de la ciudad y que vinieron al centro.

En fin, que los de la Hispano se dispersaron por las atarazanas. Al cabo de poco, habían convencido a los trabajadores de unas veinte fábricas. De ahí se fue extendiendo por toda la ciudad. En El Poblenou hubo una batalla campal entre los conductores de tranvías y varios obreros que...

—Ojalá —interrumpió la voz femenina— esos pobres infelices no tuvieran que ir a Marruecos. Pero estas no son maneras.

—Que me pinchen. ¿De verdad acaban de salir esas palabras de tu boca? ¿Te vas a afiliar a un sindicato? —comentó una voz grave.

—Sabes que tengo razón, Julià. A la guerra, que vaya el gobierno.

—Ese es el problema, Teresa. Maura se encuentra fuera del país y Ossorio dimitió ayer. Estamos en manos del ejército...

—Sí. Si me permiten, diría que Barcelona es una auténtica batalla campal.

—Doña Juana —intervino de nuevo el hombre—, querrá decir que esos revoltosos están convirtiendo la ciudad en una batalla campal. Lo que más les conviene es que vuelva pronto la luz. Haga pasar a las chicas, por favor.

Juana se acercó y, con un gesto, nos indicó que podíamos entrar. La imagen de Teresa Puig me dejó boquiabierta. A sus cuarenta y nueve años desprendía una belleza que, sumada a unos modales cargados de porte y estilo, la convertían, a mi parecer, en una diosa. Tenía una cara redonda pero fina, unos ojos claros que invitaban a soñar y una boca carnosa que sugería más aventuras que tedio. El pelo liso, castaño y recogido, le abrazaba el rostro con solemnidad. Su mano bailaba con el aire mientras se abanicaba, una habilidad que imité millones de veces. Lucía un traje color verde pastel

formado por una falda larga de tubo, una chaqueta y una blusa blanca. Teresa Puig mostrando su esplendor.

Julià Puig se encontraba sentado a su lado, con las piernas cruzadas y *La Publicidad* en las manos. Cuando entramos nos prestó escasa atención y, la verdad, apenas le recuerdo en aquella escena. Seguramente vestía un traje, lucía bigote y sujetaba el monóculo con una mano. Lo que más me sorprende a día de hoy es que, sin poder evitarlo, le sigo llamando «el señor». Fue doña Teresa quien rompió el hielo:

—Bienvenidas a esta casa. Trabajad duro y se os recompensará. No hagáis caso de lo que sucede ahí fuera, aquí las huelgas no existen, ¿lo entendéis? —Ambas asentimos—. Pues a trabajar.

—Espera un momento, Teresa. Tengo una pregunta.

Don Julià levantó la vista y miró directamente a María, que parecía incómoda y en estado de alerta.

—Entiendo que os habrá sorprendido encontrar una Barcelona... tan alborotada. El gobierno quiere enviar a más hijos de la ciudad a la guerra y el populacho se ha levantado en contra de esta decisión. ¿Qué pensáis al respecto?

Noté cómo mi hermana apretaba su brazo contra el mío, quizá para frenarme, quizá para calmarse, quizá en busca de una salida. La miré de reojo y advertí que buscaba, sin éxito, la complicidad de Juana.

Yo debía salvar la situación e, incapaz de dar con las palabras acertadas, dije:

—Permítame responder, señor. No entiendo muy bien lo que sucede o si es justo, pero creo que las vacas que pastaban en Solsona tenían la mirada más feliz que los hombres que hemos visto atrincherados.

El señor se echó a reír de inmediato. Sin embargo, a doña Teresa no le hizo tanta gracia, pues frunció el ceño y desaprobó mi actitud con una sutil pero efectiva mueca. Además, notaba la presencia censuradora de Juana a mi derecha. El vértigo apareció y se apoderó de mi voluntad. Quizá me había excedido, así que sentí la necesidad de romper el silencio y suavizar mis palabras:

—Aunque las vacas se conforman con poco, como debe ser.

Doña Teresa siguió observándome inquisidora.

—Y tú, pequeña pastora, ¿te conformas con poco?

—Para mí, servir en esta casa tan elegante es más que suficiente.

De nuevo, don Julià soltó una carcajada. Doña Teresa suspiró y dio el visto bueno a Juana asintiendo indolente. Cogió una taza de porcelana decorada con flores azules que descansaba en una mesita pegada a la butaca y dio un sorbo

mientras su marido volvía a la lectura. Se tomó su tiempo para dejar la taza en la posición inicial y, acto seguido, nos sermoneó:

—Veo que tienes respuesta para todo. Para trabajar aquí, lo único que necesitas es responder a lo que se te pida, ni más ni menos. ¿Entendido? —Ambas hicimos un gesto afirmativo—. Bien —continuó diciendo—, acompañad a Juana. Ella os guiará en vuestros cometidos.

Ambas asentimos y, tras Juana, abandonamos el salón aliviadas. Sentía que la señora me odiaba y esa sensación no auguraba un plácido comienzo. Ya en el pasillo, observé a María. Aparentaba esa calma que fue la envidia de muchos pero que no era más que fachada. La cogí de la mano y noté que se destensaba. Enfilamos el pasillo y nos detuvimos cuando Juana nos habló con tono severo:

—No vuelvas a hablar a los señores de esa manera, ¿me entiendes?

—Pero el señor...

—Pero nada. No habéis venido a opinar. —Juana relajó los hombros e, inesperadamente, enterneció su mirada—. Un consejo: caer en gracia es más peligroso que pasar desapercibido.

—Juana, Juana, ya está usted con sus sentencias. Supongo que vosotras sois las nuevas.

A nuestras espaldas apareció un chico que, sin siquiera mirarlo, me causó un escalofrío irracional. Qué curiosas son las primeras impresiones. Resultó ser el hijo mediano de los Puig, Tomás. Se creía amo y señor del lugar y lo demostraba con su tono autoritario y sus maneras altivas.

Solsona nunca fue un lugar de paso. A pesar de eso, algunas divisiones del ejército se desviaban de vez en cuando e iban al pueblo para descansar o avituallarse. Nos veíamos obligados a acogerlos, alimentarlos e, incluso, entretenerlos. Conocimos a soldados agradecidos, a otros indiferentes y luego estaban aquellos a los que mi padre llamaba «bellacos». Estos se divertían con la humillación o el sufrimiento de los demás. Me refiero a personas que detectan la causa del dolor ajeno y lo explotan escudándose en la autoridad. Con el tiempo, desarrollé una habilidad para identificar y evitar a ese tipo de seres. Los descubría por la mirada, que conjugaba deseo, frustración y malas intenciones. Una mirada que, en un abrir y cerrar de ojos, te identificaba como posible presa. Una como la de Tomás.

—Señorito Tomás, le presento a María y a Francisca. Son las nuevas chicas del servicio.

—Así que María y Francisca. Chicas, vais a oír muchas cosas malas sobre mí. Que sepáis que la mayoría son verdad.

Sus ojos se encontraron con los míos y, a continuación, exploraron mi cuerpo desde la cara hasta los pies. Luego

ascendieron para cruzarse de nuevo con mi mirada. Como acto reflejo, lo evité fijándome en el cuadro colgado a mi izquierda. Pero la curiosidad venció mis temores y, al retomar de nuevo el contacto visual, una sonrisa se adueñó de su cara. Fue entonces cuando me percaté del físico de Tomás.

Delgado y lánguido, su nariz aguileña destacaba por encima del resto de los rasgos. También me llamaron la atención sus labios carnosos pero finos. Su tez extremadamente blanca y la poca luz que iluminaba el pasillo le daban un toque enfermizo que se reforzaba con sus suaves gestos.

El traje de dos piezas de corte simple que vestía dejaba al descubierto una camisa azul impoluta.

—Bienvenidas. Si necesitáis algo, no dudéis en pedirme ayuda. Y no hagáis caso de las malas lenguas —dijo mirando a Juana—. Corréis el riesgo de atragantaros con su veneno.

Si mi llegada a Barcelona formara parte de un vodevil barato, esa sería la escena en la que la inocente plebeya conoce al rico galán. No obstante, ni yo era inocente ni él un galán.

—Le agradezco sus palabras, señorito. Su consejo de no hacer caso de las malas lenguas me parece acertado. Las chicas de pueblo no necesitamos ayuda.

Tomás sonrió con una picaresca inesperada, reacción que despertó mi interés.

—Por fin, un poco de alegría en esta casa. Juana, se le avecina trabajo.

El chico se alejó por el pasillo sin despedirse ni dedicarnos ningún gesto cordial. Mientras le observaba, me vino a la memoria el sabor salado de la sangre, aquel que había descubierto en la piel de Arnau.

Desaparecido Tomás de nuestra vista, Juana retomó su papel de jefa. Nos encontrábamos ante la puerta de la biblioteca, donde descansaban dos cubos y dos trapos. El ama de llaves estableció los criterios que debíamos seguir en forma de órdenes:

—Luego os acabaré de enseñar la casa y hablaremos mejor de las tareas. Ahora debo atender otros asuntos. De momento, entrad en la biblioteca y fregad el suelo. Cuando vuelva lo quiero reluciente. Si acabáis, volved a limpiarlo, nunca está suficientemente pulcro. Vamos, a trabajar.

Juana se abrió paso entre las dos y se esfumó. María y yo aguantamos varios segundos en silencio; sin embargo, ya al límite de nuestra voluntad, desatamos las carcajadas que enseguida disimulamos para que no perturbaran la quietud de la casa. Cuando entramos en la estancia, descubrimos estanterías y estanterías de libros que cubrían las paredes.

En medio, una mesa y una silla tan antiguas como los primeros recuerdos de doña Teresa, dos butacas de lectura y un pequeño alzador de madera escondido tras la mesa. Aquel tenía que ser un buen lugar para vivir.

Barcelona era un hervidero y no solo por la huelga. Un sofocante calor invadía cada rincón de la ciudad y sobrepasaba lo tolerable para dos chicas recién llegadas de una zona más templada. Allí estábamos, cumpliendo con la primera misión como sirvientas, arrodilladas y sudando. Nos esmeramos hasta que Juana vino a buscarnos, dio el visto bueno y nos acompañó a la cocina, donde nos esperaban un par de platos de arroz dispuestos para que los engulléramos. Lo recuerdo como uno de los mejores manjares que he probado, y es que, como decía Tomás, «la exquisitez de la comida aumenta según el contexto». Terminada la cena, fuimos directas a la habitación. Allí nos invadió la necesidad de comentar lo vivido, la casa, sus habitantes, los muebles, detalles que con el tiempo se volvieron insignificantes. Quién nos iba a decir que ni don Julià ni doña Teresa nos protegerían de lo que sucedió después.

Capítulo III

¿Por qué tengo imágenes tan vívidas de los primeros días en Barcelona? Es una suerte que el tiempo no haya manipulado el sabor de algunas experiencias. Cierro los ojos y recuerdo nuestro primer despertar en casa de los Puig. Un tímido rayo de sol atravesaba la ventana cuando Juana apareció en la habitación, impecable, tal cual la vimos la noche anterior. Si me llegan a contar que había dormido de pie, me lo habría creído. Con un tono calmado pero estricto, nos urgía a levantarnos y a vestirnos para ayudar a preparar el desayuno de los señores.

Nos cambiamos y, una vez nos dimos el visto bueno la una a la otra, subimos al principal y nos encontramos con Juana en la cocina. El ajetreo que descubrimos me pareció cómico. ¿Tanto alboroto por un desayuno? Allí se encontraban nuestros compañeros del servicio, trajinando y preparando

los alimentos como si de su eficiencia dependiera el fin del mundo. Juana nos pidió que nos incorporásemos a aquella coreografía con órdenes concretas. Corta el fuet. Exprime las naranjas. Bate los huevos para una tortilla.

El primero que nos habló fue Ramón, el mayordomo. Más cerca de la cincuentena que de la cuarentena, con traje y chaleco negros, barriga afianzada por un apetito insaciable y piernas finas, nos saludó con camaradería. Cuando pienso en Ramón, asocio su imagen a una sonrisa. La primera impresión fue idéntica a la última, estaba delante de un hombre en mayúsculas, fiel a lo bueno de su género y condición. Por malestar o tristeza que padeciera, sabía disfrutar de los días, las responsabilidades y las adversidades. Junto a él pasamos largas tardes hablando sobre la ciudad, la historia y el linaje de familias como los Puig. El teatro era su pasión. Si podía, no se perdía obra alguna del Paralelo. Y, de vez en cuando, iba al gallinero de un teatro cualquiera de las Ramblas para disfrutar de los clásicos. Las entradas eran caras, pero se decía que el señor se las proporcionaba.

Entre prisas y preparaciones, fuimos conversando con el resto del servicio: Paula, Daniel y, por supuesto, Carmen. Risueña y mayor que nosotras, no secundó la huelga debido a su fuerte sentido del deber y, seguramente, a la presión que ejercía el ama de llaves. Los rasgos faciales de Carmen llamaban la atención, quizá por su leve matiz arábigo. Era delgada, tenía una cara angulada, determinada por una tez

morena, el pelo negro y los ojos oscuros. Su rostro, en apariencia duro, se iluminaba y enternecía cuando sonreía. Desde el primer momento, María la trató con una distancia inusual para sus modales; no fue hasta mucho más tarde que entendí por qué.

Mientras intercambiábamos las primeras palabras, Carmen preparaba los platos que, minutos después, colocó con esmero sobre la bandeja que Ramón llevó al comedor. Nos dio la bienvenida y nos regaló un par de guiños apresurados. Yo seguía como podía las indicaciones que uno y otro me daban, pero quedó claro que los fogones no iban a ser mis aliados. Quizá por eso me regalaron un billete directo hacia la limpieza y las compras.

—Si el noble arte de la cocina no está entre tus talentos, no te preocupes —dijo Ramón al terminar el desayuno—. En una casa como esta hay trabajo de sobra.

María, en cambio, destacó por su destreza y su minuciosidad en la preparación de la comida. Con el tiempo, se convertiría en la cocinera oficial de la casa.

Aquel día ayudamos también a preparar el almuerzo; y pronto se presentó una oportunidad con la que pude demostrar mi valía. Estando el guiso casi listo, un contratiempo puso en entredicho el meticuloso procedimiento de la compra de alimentos que Juana supervisaba a diario.

—Doña Juana, se ha acabado el pan —dijo Carmen.

—Eso es imposible, esta mañana había un montón.

—Disculpe que la contradiga, pero justo se lo he comentado hace un rato. Quizá estaba despistada controlando a las nuevas —dijo sonriéndonos con complicidad, gesto que incomodó a María.

Juana hizo caso omiso del comentario de Carmen, suspiró y permaneció unos segundos dubitativa. Su solución no se hizo esperar:

—Francisca, necesitamos pan. El mundo se ha vuelto loco y estamos fuera de las horas consignadas. —Se detuvo como si se esforzara en medir sus palabras—. Acabas de llegar, ningún piquete te reconocerá. No te enviaría si no fueras una chica lista. La panadería de Elena está dos calles más arriba. Estará cerrada. Debes entrar en el portal del edificio contiguo, el de la derecha. Allí está la puerta interior. Te daré un costurero grande para disimular.

—Doña Juana —la interrumpió Carmen con cautela—. ¿Cree que es necesario que la exponga de esa manera? No conoce la ciudad y...

—En esta casa no se comerá sin pan. Tú, niña, ¿has oído lo que te he dicho?

Asentí y miré a María más emocionada que asustada. Mi hermana no aprobaba aquello, pero no se atrevió a rechistar. En cambio, yo me moría de ganas de ver con mis propios ojos lo que sucedía más allá de aquellas paredes. Así que cogí el costurero y fui a cambiarme.

Acto seguido, salí por la puerta del servicio y bajé las escaleras de dos en dos. Saludé a don Manuel quien, alzando la vista de su diario, me pidió que tuviera cuidado.

La calle de Aribau se presentaba más deshabitada de lo que imaginé. Ningún tranvía se desplazaba por los raíles, ningún carro circulaba. La ciudad rugía espantosamente, pero apenas me crucé con un alma. Y el cielo, ¿cómo olvidarlo? El humo manchaba varios puntos del horizonte.

Cuando llegué a la panadería, entré en un portal mucho más austero que el de los Puig y localicé la puerta que Juana me había descrito. Crucé un pequeño pasadizo sin más decoración que sus estropeadas paredes y llamé a una puerta de color blanco que lo cerraba en el otro extremo. Una voz me pidió que me identificara y, después de hacerlo, le pedí el pan. Elena me advirtió que las barras eran más caras de lo habitual.

—Ya sabe, es muy arriesgado vender al servicio tal y como está la calle, y, además, fuera de las horas permitidas por el Comité.

Acepté el precio y la puerta se abrió ligeramente. Una mano me mostró las barras y yo las cogí. Luego permaneció abierta, con la palma encarada hacia el techo, esperando las monedas. Se las di y cuando notó el tacto del dinero, desapareció. Mi primera compra en Barcelona terminó seguida de un portazo.

Volví sobre mis pasos hasta la calle y me dispuse a regresar a casa. Levanté la mirada hacia la esquina contraria y vi otra caseta de consumos convertida en escombros. La imagen se apoderó de mis dos dedos de frente y me dirigí obnubilada hacia los restos. En el cielo, humo y cenizas. A mi alrededor, ruido, gritos, golpes secos provenientes de avenidas adyacentes que deberían haberme alertado.

Existe una belleza en el caos que siempre me ha cautivado. Me sentía incapaz de recordar quién era y lo que debía hacer. Quedé atrapada por la majestuosidad del humo que decoraba el techo de la ciudad y que tal vez procedía de la quema de una iglesia o un convento. A continuación, contemplé una pequeña barricada situada no muy lejos de la caseta, construida con sacos de comida, muebles y un tranvía volcado. Dios mío, era la primera vez que veía un tranvía de cerca y no me podía creer que tuviera semejante tamaño. El sector del transporte también había secundado la huelga y los pocos tranvías que circulaban por la ciudad los conducían esquirols. No obstante, y a causa de los piquetes, no completaban ni un tercio de su ruta ya que muchos terminaban como el que tenía delante. A un lado de aquel

muro de objetos había hombres humildes, vestidos de calle, con palos y alguna que otra arma. Al otro, nada, nadie. Esperaban mientras gritaban a un futuro incierto: «¡Abajo la guerra, arriba el ejército!».

Si me hubiera ido en aquel momento, si hubiera salido directamente de la tienda de Elena y hubiera volado a casa, quizá esta historia no tendría sentido alguno. Pero me dejé llevar por la curiosidad, y de repente se acercaron dos muchachos que me increparon.

—Tú, niña, ¿qué llevas ahí?

—Nada.

Me giré y di varios pasos en dirección contraria. Ellos me rodearon a la vez que me cerraron el paso con sus cuerpos. Los dos eran morenos, vestían una especie de mono gris y parecían cansados. Sus rostros eran una prueba fehaciente de que las huelgas producen ojeras. Los chicos no disimulaban su falta de educación y de un baño con jabón. El más joven fumaba un cigarrillo que sostenía en los labios con desgana.

—¿No sabes que estamos en paro? ¿Acaso no te importan tus compañeros reservistas?

—Haga las preguntas de una en una. Y no, no sé de qué me hablan. Mi madre me ha enviado a comprar. Quería ir durante la hora oficial, pero hemos tenido...

—No mientas, se ve a la legua que eres una sirvienta. No puedo creer que seas tan egoísta.

El mayor me agarró el costurero con brusquedad. Después de todo, no resultó ser un buen escondite. Intenté resistirme, pero el fumador me detuvo con un movimiento seco del brazo mientras su compinche descubría mi botín.

—Así que pan, ¿eh? Tus señores no podían pasar sin pan, ¿eh? Dime, ¿en qué casa sirves?

Hasta el momento tan solo me habían provocado un leve enojo, pero uno de ellos me cogió por el hombro derecho para intentar llevarme hacia quién sabía dónde. Fue entonces cuando el miedo me invadió y comencé a conjeturar sobre las posibilidades que tenía de huir, que parecían más bien nulas. Y sin yo esperarlo, una voz detuvo las viles intenciones de los chavales:

—Esta batalla no la vamos a ganar sin comer, creo yo.

Las palabras sonaron como un disparo en medio de un prado. Estaba tan concentrada en escapar que tardé varios segundos en darme cuenta de su presencia. ¿Debía darme la vuelta y buscar la complicidad de la voz que había surgido en mi defensa? Aunque eso suponía perder contacto visual con los chicos, lo consideré la mejor opción. Y cuando me giré, crucé por primera vez mi mirada con la de Joan.

No me enamoré en aquel instante, mi corazón no dio un

vuelco ni sentí las mariposas que los románticos describen en las historias de amor, sino justo lo contrario, experimenté una paz inaudita, una calma que ahora necesito para respirar y que durante tanto tiempo consideré secundaria. Joan se acercó, pasó por mi lado casi sin mirarme y se encaró a los marrulleros. Qué estúpidamente orgullosa era, a pesar de que me estaba ayudando, pensé que era un fanfarrón y un presuntuoso:

—No sé quién es, pero no necesito su ayuda.

—No la estoy ayudando, señorita, solo quiero que estos insensatos entren en razón.

Di un paso al frente para responderle, pero él me detuvo con el brazo. Sin prestarme atención, concentrado en su osadía y en las ganas de convertirse en el salvador del día, tensó el cuerpo y los gestos con intención agresiva.

Parecía que iban a cambiar los argumentos por los puños, pero tres hombres con las chaquetas y los sombreros llenos de polvo, después de una noche de trabajo preparando el escenario de una batalla que no llegaba, se acercaron desde la barricada.

—A ver, ¿qué pasa aquí? —preguntó el cabecilla.

—Esta chica, que no secunda la huelga. Ha... —empezó a decir el fumador.

Joan le interrumpió y dio su versión. La reacción del cabecilla no se hizo esperar.

—¿Y estáis molestando a esta niña por un poco de carne? Qué somos, ¿salvajes?

—Soy una mujer. Y he comprado pan, ¡pan! ¡Llévenme presa!

Los hombres de la barricada soltaron varias carcajadas mientras los dos canallas se mostraban cabizbajos. La rabia recorrió mi cuerpo y se concentró en la cabeza.

¿A santo de qué se reían de mis palabras? Estaba por acallarlos cuando el cabecilla dijo:

—Esto es importante, chicos. Los ciudadanos tienen que comer y alguien tiene que proporcionarles alimentos. Ya lo sabéis, están viniendo a Barcelona tropas de Valencia y Zaragoza. Preocuparos por defender la ciudad del capitán Luis de Santiago, no de las niñas que van a por pan. ¿Creéis que esto es un juego? Estoy harto de escuchar cómo los socialistas proclaman que la huelga general es el verdadero poder del pueblo. Ahora es el momento de demostrarlo. —Entonces miró a Joan—. Te conozco. Te he visto en alguna de las reuniones de Solidaridad Obrera, ¿no?

—Sí, señor. Mi tío milita y yo a veces le acompaño.

—No me llames señor, no soy más que un compañero.

Anda, acompáñala a casa e id con cuidado. La mañana está demasiado quieta y eso no es bueno.

—Se lo agradezco, pero no necesito que me acompañen a casa.

El cabecilla sonrió y me miró divertido.

—No lo dudo.

Los dos chicos que me importunaron maldijeron a Joan y se fueron por donde habían venido. Los hombres de la barricada esperaron unos segundos de cortesía para asegurarse de que el conflicto había terminado, se despidieron y volvieron a sus puestos. Joan y yo permanecimos de pie, incómodos, buscando un gesto o una palabra que cerrara la escena. Debía agradecerle su gesta, y cuando me decidí a hacerlo, él se adelantó diciendo:

—Yo iba en esa dirección. ¿Y usted? ¿Hacia dónde va?

—También hacia allí, pero puedo ir sola. Me llamo Francisca, por cierto.

—Francisca, encantado de conocerla. Ambos vamos a tomar la misma calle, entonces. ¿Sería usted tan amable de acompañarme?

Accedí y enfilamos la calle de Aribau en dirección al mar. Me contó que trabajaba en Can Batlló, una de las fábricas

textiles de Sants; se deslomaba durante diez u once horas al día a cambio de un jornal de cuatro pesetas, algo tan injusto como agotador.

Por suerte, años atrás habían conseguido el domingo libre, pero no era suficiente descanso.

De su boca oí por primera vez la palabra «anarquista». No comprendía el significado de las cosas que me contaba, los sindicatos que defendía, el odio que sentía hacia su patrón, pero se expresaba con pasión, idioma que entendía a la perfección.

—Porque los patrones nos roban lo más preciado: nuestro esfuerzo y nuestro tiempo. ¿Y a cambio de qué? De un mísero salario que nos da lo justo para sobrevivir. Por eso es tan importante que no nos dejemos pisotear y que reivindicemos lo que es nuestro. Juntos podemos ser más fuertes que las armas o el poder. —Joan advirtió que sus ideas me estaban abrumando y detuvo su discurso—. Disculpe, le molesta que...

—No, no es eso. Intento asimilar lo que me cuenta. Al fin y al cabo, ¿las fábricas no necesitan personas para hacer telas y máquinas?

Me detuve y él comprendió que había llegado a mi destino, aunque no calló. Me fijé en sus ojos verdes, que contrastaban con su pelo espeso, desaliñado y negro como

la tinta que uso para escribir estas palabras. Su mandíbula marcada y sus pómulos rojizos sostenían una nariz respingona y unos ojos con un leve achinamiento que se pronunciaba cuando sonreía. Era delgado pero fuerte, alto pero no en exceso, de gesto sensible y andar masculino. Y mientras le observaba con detenimiento, me di cuenta del tiempo que había pasado desde que fui a por el pan. Cierta inquietud apareció en mis gestos: no quería interrumpirle pero tenía que subir.

—Y los patrones ganan mucho dinero y no lo reparten entre los obreros... —Inicié una réplica pero me interrumpió—. Está bien, no la quiero molestar más. Acaba de llegar a Barcelona y tiene mucho que aprender. Sirve en una casa, ¿no? —No me dejó responder—. Pues escuche mi propuesta: la espero dentro de dos domingos en el hotel Oriente. Está en las Ramblas. ¿Sabe dónde es? —Negué con la cabeza—. Claro, es normal. Es una de las calles más bonitas de la ciudad. Pregunte en su casa. En fin, venga y hablaremos. Si no viene, la esperaré el domingo siguiente. Y si tampoco aparece, allí estaré el otro. Sé que acabará viniendo, me lo dicen sus ojos.

—No sé si es correcto que me encuentre con un...

—Francisca, ese es su nombre, ¿no? —Asentí—. No tenga miedo, no la voy a cortejar. Soy su padrino en Barcelona. Eso no es malo, ¿verdad?

Joan terminó su monólogo sin dejar que le respondiera. Continuó su camino sonriendo, convencido de que me volvería a ver, contento de su buena obra. Suspiré entre desconcertada y enfadada por su dulce arrogancia. En realidad, se me escaparon unas palabras poco habituales en mi vocabulario:

—Gra... gracias por su ayuda.

Las dije con un volumen tan bajo que dudo que me oyera. Entré en el portal y subí las escaleras temerosa de Juana. Sabía que me esperaba una regañina. El ama de llaves abrió casi en el instante en que puse el pie en el rellano. Parecía que me hubiera estado esperando pegada a la puerta. Me obligó a entrar de malas maneras, cogió el costurero y cerró la puerta. Mientras avanzábamos por los pasillos del entresuelo, me llamó varias veces irresponsable. Creía que me regañaría con dureza, que me castigaría, qué sé yo. Pero antes de entrar en la cocina se detuvo. Se giró y, con el delantal blanco oscilando por el movimiento, dijo:

—Siempre que te comportes como una inconsciente, alguien sufrirá. Hazte mayor. Ya no eres una niña.

Ay, Juana, si te hubiera escuchado. Los adultos te regalan muchos consejos cuando te consideran joven y vulnerable, pero no tienen en cuenta que la sordera es uno de los síntomas de la inmadurez. Por eso Dios, el destino o quien mueva los hilos de la vida debería acompañar las lecciones

realmente importantes con señales de fuego y campanadas de alerta.

Capítulo IV

Antes de ponerme a escribir, he dejado al pequeño Joan en casa de Matilde, la vecina del tercero. Se entienden bien y, la verdad, yo necesitaba un poco de silencio para ordenar mis recuerdos. El niño apenas tiene dos años, pero habla más que la mayoría de los niños de su edad. Parece que será avisado, herencia de su padre. Y de su abuelo. Qué sé yo. Observo esta mesa sobre la que escribo y me viene una infinidad de recuerdos felices. No obstante, en mi pasado abundan unas miserias que, en un día como hoy, pesan más que las bendiciones.

Nunca esperas que un año se marchite a la velocidad del que estoy viviendo. Desde que llegué a Barcelona, vivimos huelgas, atentados, pistoleros, *lockouts*, dictadores, gobernadores corruptos..., pero jamás una guerra. Quién me iba a decir a mí que en 1937, cuando escribo estos recuerdos, estaría planteándome abandonar la ciudad.

Me pierdo en mis pensamientos y tan solo he contado

migajas de mi historia. En fin, pronto aprendí que los Puig eran unos artistas del disimulo. Jugaban a esconder sus verdaderas intenciones tras un sinfín de cordialidades, sonrisas y dobles intenciones. Mostrar sus verdaderos pensamientos era para ellos un síntoma de debilidad, y se pagaba caro. Qué sofisticado me parecía entonces y qué hipócrita lo recuerdo ahora. Me he pasado media vida sobre los escenarios, pero aquella familia se disfrazaba más veces en un día que yo en toda mi carrera.

La huelga general se prolongó varias jornadas más, y Juana no quería problemas. No nos dejaron salir del edificio hasta días después de que acabara. Bajo su estricto mandato, descubrimos las aptitudes que debe poseer una buena sirvienta. María entró definitivamente en la cocina y yo repartía el tiempo entre servir la comida y las tareas que el ama de llaves me pedía. Mi hermana y yo observábamos la calle desde una de las ventanas que daba a Aribau. Protestas, gritos, disparos. A través del cristal percibimos la fuerza de los habitantes de una ciudad que vivía un momento excepcional. Y el calor, recuerdo el calor. La humedad, gran desconocida para nosotras, nos sofocaba y nos agotaba.

Los Puig escondían su preocupación cuando se hablaba de la huelga. Simpatizaban con la causa de los reservistas pero no con el modo de reivindicarla. Defendían las políticas regeneracionistas que había llevado a cabo Maura durante su gobierno, pero, con la boca bien pequeña, lo identificaban como el causante del desastre del Barranco del Lobo y no

creían que la nueva llamada a filas, llevada a cabo para sofocar el conflicto en el norte de Marruecos, fuera una medida inteligente. Realmente, esas opiniones, demasiado progresistas para una familia como los Puig, eran dispensadas por la señora y acatadas con el silencio de don Julià, quien defendía lo contrario de puertas para fuera. No creo que el señor compartiera las ideas de doña Teresa y tampoco que la escuchara cuando ella emitía sus opiniones. Además, los disturbios no solo afectaban a los intereses de don Julià como abogado y empresario de la ciudad, ya que también poseía tierras y negocios fuera de Barcelona, algunos de ellos heredados de varias generaciones atrás y otros adquiridos o emprendidos por él mismo. Por su sangre corría una estirpe de hombres de negocios y personalidades que, generación tras generación, habían superado las dificultades callando, siguiendo la dirección del viento y velando siempre por sus intereses personales y por el bien de la ciudad.

A marchas forzadas aprendí las rutinas de las comidas de la familia, con el debate político y la huelga como telón de fondo. La elegante vajilla blanca con filo dorado se usaba a diario, y la de porcelana, en los días de fiesta. La infinidad de vasos y copas que empleaban según la bebida y la época del año, y la cubertería de plata digna de reyes, se colocaban siguiendo un ritual que me enseñó Ramón. Cada pieza tenía una clara función y un orden específico. Entonces me burlaba, aunque, para qué nos vamos a engañar, nos

acostumbramos con rapidez a comer con dos tenedores como mínimo.

Al principio, mi cometido consistía en permanecer de pie y servir las bebidas. Juana me contó que una buena criada de comedor debía poseer tres cualidades: rapidez, respeto y sigilo. En resumen, pasar desapercibida y solo actuar si se la requería. Parecía un imposible para mí.

Recuerdo un desayuno, en el comedor. Sería el jueves o el viernes de mi primera semana trabajando en la casa. Fue el día que el ejército cargó contra el pueblo y, sin prisa pero sin pausa, empezó a ganar terreno a los impotentes huelguistas. Ni don Julià ni Tomás se habían presentado aún en el comedor, pero el resto de la familia había comenzado a comer sin ellos. Cada cual tenía asignado un lugar en la mesa. Doña Teresa y don Julià ocupaban los extremos. A uno de los lados se sentaban Josep y Tomás, el mayor y el mediano de los Puig, y en el otro lo hacía Pilar, la *pubilla* de la casa.

No sabría decir si el talante de Josep se definía por la modestia o por un miedo extremo al qué dirán. Sus sentencias eran almibaradas; sus gestos, amables, y sus sonrisas, artificiales. De hecho, explotaba esa filosofía tan catalana que lo alejaba de las comidillas, lo situaba siempre en su lugar y tenía la discreción como bandera. Desde el primer momento, Josep me pareció una buena persona, educado con sus semejantes, buen hijo y perfecto para su papel: ser el *hereu* de la dinastía. Era más o menos tan alto

como Tomás, de pelo castaño y ojos de color miel, pero más corpulento y más seguro de sí mismo. Llenaba las camisas con su cuerpo atlético y vestía con más gusto que su hermano. Sus trajes de tres piezas, en consonancia con las tendencias de París, eran de corte sencillo, monocromos, impecables. Había leído los libros necesarios para superar los estudios de abogacía y alardeaba de ello. Ni la poesía ni la ficción le interesaban. «La literatura es un entretenimiento para pelanas», decía, a sabiendas de que era el pasatiempo favorito de Tomás.

Pilar era tan discreta como Josep, aunque por otras razones. A veces nos preguntábamos si tenía sangre en las venas. De belleza lánguida y delicada, apenas hablaba. Vivía en la opulencia, pero sus ojos se mostraban abatidos, como si la tristeza fuera su única compañera. Me inquietaba que tuviera el cabello tan rubio, el cuerpo tan carente de grasa y el rostro casi cadavérico. Cuando se llevaba un bocado a la boca me daba la sensación de que los cubiertos le pesaban un quintal. Pilar se alimentaba de suspiros como primer plato y de lamentaciones como postre.

Durante el desayuno me di cuenta de que Tomás no me quitaba el ojo de encima. Cuando entró en el comedor, me dedicó una mirada cordial, quizá territorial. Vestía un traje desaliñado y una camisa muy arrugada, como si no se hubiera cambiado de ropa desde el día anterior. Antes de sentarse, colocó unos planos que llevaba en la mano sobre una silla que nadie usaba. Descubrí que quería ser

arquitecto, a pesar de que por aquel entonces solo construía malentendidos.

—Hijo, buenos días. ¿Te acabas de levantar? —preguntó doña Teresa sorprendida por su aspecto.

—Pregúntele mejor si ha llegado a acostarse —dijo Josep.

—Buenos días, madre. —Tomás terminó de sentarse—. Tenga usted por seguro que acabo de salir de mi habitación.

Yo evitaba el contacto visual, pero sabía que su atención me perseguía. Cada vez que me acercaba para llenarle el vaso, notaba cercana su respiración. Y no me disgustaba. Creo que le divertía que María y yo estuviéramos en la casa. Quizá éramos las únicas que toreábamos con amabilidad sus exigencias y sus salidas de tono.

En aquel momento oímos varios gritos y algún tiro provenientes de la calle. Doña Teresa suspiró.

—Estoy harta de estar encerrada en casa, espero que la huelga tenga los días contados —se quejó—. La mayoría de las tiendas están cerradas... De qué sirve todo esto si, al final, los chicos irán igualmente al frente.

—¿Qué más da si van o no? Esos agitadores deberían estar agradecidos por tener trabajo. Si lo pierden por esta estupidez, que luego no vengan a quejarse —comentó Josep.

—Hijo, este gobierno está dando palos de ciego en Marruecos. No sabe convertir sus decisiones en la voluntad de los ciudadanos. Una masa enfurecida y hambrienta es el peor de los depredadores. Ganamos más dinero desde el día que tu padre empezó a pensar como yo.

—Madre, la razón le acompaña —dijo poco convencido—. A veces es complicado tener perspectiva cuando se es joven.

—Hermano, si te paras a pensarlo, la lógica de las fábricas no es tan diferente de la nuestra. Siempre acaban medrando los aduladores.

Josep cogió el vaso con violencia para mostrar que el comentario le había molestado, mientras Tomás me sonreía en busca de complicidad. Pero yo no le prestaba atención. Las palabras de doña Teresa resonaban en mi cabeza, así como algunas dudas. Y haciendo caso omiso de los consejos de Juana, una pregunta se precipitó de mi boca sin control:

—¿Y perderían mucho dinero si les pagaran un poco más?

Un silencio sepulcral se instauró en el comedor. Nadie respondió. No tuvieron la decencia de reprimirme o castigarme. Siguieron conversando como si yo no existiera. Sentí su indiferencia como la peor reacción que podían ofrecerme. Lo único que recibí fue una mirada censuradora, incluso enojada, de Teresa Puig. Segundos después, Julià Puig entró en el comedor apresurado, disolviendo con su

presencia la tensión que yo había causado. Se disculpó, eran días de movimientos importantes. Se sentó en su silla, desplegó la servilleta y, alzando la vista, dio permiso a los comensales para que prosiguieran.

—¿Has dormido un poco, querido?

—Te mentiría si te dijera que sí, Teresa. He estado reunido hasta hace un rato. Aunque creo que no soy el único en esta mesa que ha trasnochado.

Don Julià miró de reojo a su segundogénito mientras Josep le ponía al día sobre unos tejidos que no llegaban por culpa de la huelga. Noté que doña Teresa y Tomás se llevaban algo entre manos y advertí que tenía relación con los planos que él había traído. Pronto quedaron claras sus intenciones.

—Querido, Tomás ha traído unos planos que quiere mostrarte. Tal y como le pediste, tiene varias ideas para la proyección de la nueva nave de Sabadell. Gracias por encargarle el proyecto como te pedí. Sé que aún no ha terminado sus estudios...

—Pero los terminaré.

—Por supuesto. —La mujer prosiguió sin hacer caso del comentario—. No ha terminado sus estudios pero creo que está haciendo un buen trabajo. Le mostró los planos a uno de los profesores y...

Don Julià tragó saliva y tosió nerviosamente mientras dedicaba a Josep una mueca de reproche. Finalmente, interrumpió a su mujer:

—Josep, ¿no se lo has dicho? Hace días que deberías haberlo hecho.

—Lo siento, padre, no sabía cómo hacerlo.

Josep bebió agua mientras su hermano menor lo observaba expectante. Acto seguido, comenzó a abrir y cerrar compulsivamente el reloj de bolsillo que llevaba unido a su pantalón con una cadenita. Repetía ese gesto cuando se sentía angustiado.

—Verás, Tomás —dijo don Julià retomando las riendas de la conversación—, hemos acordado algo con Esteve Rivalta. Siento decirte que don Esteve será el arquitecto de la nave.

—Sí, lo hemos hecho para cerrar mi matrimonio con su hija Mireia. Yo... yo la amo y este acuerdo ha sido clave para que don Esteve me conceda su mano.

Tomás abrió los ojos de par en par sin dar crédito a lo que oía. ¿O quizá era la actitud de su hermano lo que le molestaba? Él tachaba a Josep de falso y teatrero siempre que podía, pero creo que en aquella ocasión el primogénito de los Puig actuaba con sinceridad. Sea como fuere, el aspirante a arquitecto no se atrevió a rebatir argumento alguno.

—Lo siento, hijo, sé que te hacía ilusión. La próxima vez será. Debemos confiar en los argumentos de los profesionales experimentados. Si algún día llegas a ser un arquitecto de verdad, ya aparecerán otros proyectos.

El patriarca de los Puig cambió de tema con rapidez, mientras Josep sonreía con cierto regocijo. Poco después, Tomás se levantó sin decir palabra, tomó prestada una botella de whisky del mueble bar situado a la derecha de la puerta y desapareció de la estancia sin que nadie lo detuviera.

Con el fin de semana cesaron los disturbios. Se declaró la ley marcial, se clausuraron algunos diarios, y los barceloneses se recluyeron en sus casas con el rabo entre las piernas pero con la cabeza alta. Me inclino a pensar que la represión fue tan contundente porque en la ciudad había reinado el caos. O, al menos, así lo viví yo. La huelga se había convocado para reivindicar los derechos de los reservistas pero derivó en la quema de iglesias y de cuarteles. Y es que una vez montadas las barricadas, se amplió el objetivo de las mismas y se intentó materializar una revolución improvisada y desorganizada que no llegó a buen puerto. El movimiento obrero no estaba preparado para llevar sus intenciones hasta las últimas consecuencias y la burguesía y la Iglesia no estaban dispuestas a renunciar a sus privilegios por cuatro revoltosos con ideas subversivas. Los grandes hitos se consiguen a base de intentos fallidos.

Unos días después llegó el domingo en que debía acudir a la invitación de Joan, pero Juana nos había recluido en casa por nuestro propio bien, así que no fui. La huelga había terminado, pero sus consecuencias perduraron como prevención ante más alborotos. Además, Joan era solo una gota en un océano de nuevas experiencias. Cada día era diferente y excitante, y yo disfruté de ellos hasta acostumbrarme a la vida servil.

Sin embargo, intuía que no iba a encajar en ella. Mi orgullo se contraponía a las órdenes, a las reverencias y a los delantales. Con el paso de las semanas, la novedad fue sustituida por la rutina y yo empecé a interpretar mi primer gran papel, en el que supuestamente me sentía feliz rodeada de trapos y tareas.

Odiaba limpiar los suelos a pesar de que era uno de nuestros cometidos principales. Era una tarea ardua: permanecer arrodilladas durante horas, soportar el olor a lejía Conejo, destrozarnos la espalda con los movimientos de flexión y extensión de los brazos acompañando el trapo, sentir que la jornada no terminaría nunca. Aún hoy me muero de admiración al ver a las muchachas realizando esas labores. Las cartas que intercambiábamos semanalmente con mi padre aliviaban nuestra añoranza y nos mantenían fuertes ante las adversidades. Él nos contaba las novedades del pueblo, que no eran muchas, y nosotras le relatábamos todo lo que estábamos aprendiendo.

La casa se guiaba por una agenda estricta. Limpiábamos a diario de una manera más o menos superficial, pero los lunes se hacía con profundidad. Empezábamos la semana esmerándonos para que ventanales, suelos, puertas y muebles quedaran impecables. De hecho, la mayor parte de los miembros de la familia pasaban la mañana fuera, y su ausencia nos daba la libertad de movimientos necesaria para llevar a cabo tan minuciosa tarea. Los jueves y los viernes eran claves. Si la casa acogía una cena, encuentro o celebración durante el fin de semana, preparábamos hasta el último detalle. Si, por el contrario, eran los Puig los que acudían a algún evento social, nos ocupábamos de atender sus demandas.

Los dos primeros meses olvidé el canto, pero este volvió como los pájaros que emigran en invierno. Un día cualquiera en el que no sucedió infortunio alguno, tarareé sin darme cuenta, tal y como hacía en el campo, y la música reapareció en mi vida. Las notas suavizaron el esfuerzo y entretuvieron a María, que a partir de ese momento no dudó en alentarme para que lo hiciera a diario. Cantaba canciones populares, algunas de las que me enseñó Raquel, otras que me inventaba.

Mi arte perdió timidez y, poco a poco, mi voz se coló por pasillos y estancias. Por la noche, cuando matábamos el tiempo jugando a las cartas o hablando de los resquicios del día, Ramón me pedía que cantara. «Es el mejor broche para una jornada de duro trabajo», me decía. Mis compañeros

elogiaban mis actuaciones, aunque Juana no expresaba el mismo entusiasmo. Se mostraba esquivada ante las situaciones que escapaban a su control. Supongo que mi voz conectaba con emociones que ella no deseaba revivir.

—No se lo tengas en cuenta, Francisca —me dijo un día Ramón—. Juana ha sufrido mucho. Por lo que me han contado, cuando tenía tu edad era pura vitalidad; sin embargo, perdió de un plumazo cuanto tenía. Ay, las heridas del corazón agrian la sangre. Te deseo que jamás experimentes ese dolor.

Decidí respetar las manías de Juana hasta que ella aflojó en su actitud. Al cabo de las semanas, incluso se sentaba con todos nosotros para escucharme cantar. Ellos fueron el primer público que tuve en la capital, dulce y poco exigente. Cantaba «El noi de la mare» o alguna de las canciones que me pedían con ilusión, y respondían con elogios y nuevas peticiones.

Sin darnos cuenta, Juana se convirtió en una aliada inesperada. A pesar de la rectitud y la exigencia que no dudaba en mostrar, era una maestra paciente. Me enseñó dónde y a quién comprar, y, sobre todo, cómo conseguir buenos precios. Ella nunca pedía que la fiaran, no quería que un descuido dañara su buena reputación y la de la familia. Me divertía acompañarla al mercado, debatir el coste de los huevos o sobre si tales hortalizas no valían ni un real en el estado en que las ofrecían. Un aprendizaje relacionado con

el dinero que me fue muy útil en mi trayectoria. Negociar el valor de un pollo o el de tus honorarios por diez funciones no son cosas tan diferentes.

Detrás del pelo recogido en un moño perfecto y una mirada de desaprobación hacia todo quebranto de las normas, se escondía una soñadora. O eso me gustaba creer. Quizá, en esencia, Juana tenía un alma subversiva, pero la vida la rindió ante una evidencia: solo unos pocos privilegiados pueden permitirse vivir a contracorriente. Y quienes lo consiguen, o bien poseen dinero o influencias, o bien no usan la cabeza con precisión.

Durante el otoño viví dos momentos que marcaron mi relación con dos personas de la casa. El primero aconteció una tarde de octubre, cuando el frío empezaba a hacer acto de presencia y la luz del día se reducía a la mínima expresión.

Yo caminaba por el pasillo del principal en dirección a la cocina cuando unos gritos me apartaron de mi objetivo. Procedían del salón e identifiqué a don Julià y doña Teresa como sus dueños.

—Tú verás lo que haces, Julià, pero no dejaré que lo hagas con el dinero de mi familia.

—No eres nadie, ¿me oyes?, nadie para decirme lo que debo hacer. Mujer, no tienes ni idea de nada. Así que cierra esa boca de ignorante.

—Al menos esta ignorante no ha perdido sus tierras del Ebro por incompetente.

Oí unos golpes secos, agresivos, que desataron otro de mis impulsos. Abrí la puerta y me encontré a la señora parcialmente agachada, con la mano en la mejilla, y a su marido observándola amenazante.

—Disculpen, señores, no les había oído. Venía a buscar las tazas de té, de repente recordé que no habían sido retiradas.

—Vete, ya lo harás luego.

—Disculpe mi atrevimiento, don Julià —dije mientras avanzaba hacia la mesita—. Si no las lavo, Juana me reñirá severamente. Es solo un segundo. No notarán que he entrado.

El señor abandonó el salón antes de que yo terminara mi tarea. Mientras mi atención se centraba en su huida, doña Teresa se incorporó. Se recolocó el vestido y se dirigió hacia la puerta sin mirarme. Antes de salir, con la vista clavada en el pasillo, dijo:

—Ojalá mi hija tuviera tu carácter.

Aquella fue su particular manera de mostrar agradecimiento, y eso cambió mi percepción de la señora. Doña Teresa, la diosa de la casa, era también una persona de carne y hueso. El tiempo y las situaciones compartidas nos

regalaron momentos en los que dejamos de vernos como señora y sirvienta, y nos permitimos cierta complicidad. Fueron exiguos, breves, pero gracias a ellos pude conocer las riquezas y las penurias de una dama de la burguesía.

Bajé la guardia con Tomás y ese despiste nos lleva a la segunda anécdota. Antes de llegar a ese punto, debería contar cómo se construyó nuestro vínculo. Desobedecí a mi instinto de clase y me dejé llevar por la curiosidad. Él era peligroso, incoherente, rico. ¿Y si nos casábamos y yo me mudaba al principal? Soy consciente de la ridiculez de mis palabras, pero cuando el deseo y los sueños se entrecruzan en la dirección equivocada, la vida te pone varios gramos de pólvora en las manos. Y después de la explosión, el único beneficio que obtienes son las cenizas del arrepentimiento.

Él buscaba, jugaba, yo le atraía. Recuerdo una conversación durante las primeras semanas. Tomás bajó al entresuelo y nos cruzamos por el pasillo. Mi primer instinto fue saludarle y continuar con mis quehaceres. Sin embargo, me bloqueó el paso con cierta delicadeza.

—Un momento —dijo, y yo me detuve—. Francisca, ¿verdad? —Era obvio que lo sabía—. Me gustaría preguntarte cómo te van estos primeros días en casa.

—Muy bien, señorito —respondí con timidez.

—Venga, seguro que hay algo que detestas. Y algo de lo que disfrutas mucho.

Me elevó la barbilla con la mano y no tuve más remedio que fijarme en sus ojos. Sonreía. Retiré mi cara de sus dominios y continué la conversación desde una cautelosa cortedad.

—Me gusta el trabajo, no hay nada que odiar.

—Eres educada, y eso es señal de inteligencia. Un consejo: no te dejes impresionar por las excelencias de Barcelona. Esto es una colmena donde cada cual cumple con su papel. Yo no vivo lejos de la reina, así que si tu hermana o tú necesitáis ayuda, acude a mí. ¿De acuerdo?

—Gracias, señorito.

—Me llamo Tomás.

—Gracias, señorito Tomás.

Los ojos de Tomás eran bellos, una combinación de tintes salvajes, ternura e incomprensión que se entremezclaban con una turbiedad indescifrable. Atraparon a muchas jóvenes de buena familia. A golpe de pequeños gestos, minúsculos actos de generosidad que escondían puñales de condescendencia, Tomás amplió su efecto sobre mí: se movió de la cautela a la simpatía y luego a una parte de mi corazón. Poco a poco trabamos una peligrosa complicidad.

Él era apuesto aunque delgaducho, educado, rico, y un irreverente, excepto con sus padres y conmigo.

Así nació un flirteo que solo detectaron María y Juana. Mi hermana se oponía a él abierta y continuamente, y el ama de llaves cubría el otro flanco con sutiles consejos que yo recibía como esa brisa suave que se desvanece al rozar la piel. Por las noches, cuando me quitaba la coraza y daba rienda suelta a la imaginación, me asaltaba una duda recurrente: ¿y si él veía algo especial en mí? De hecho, Tomás se enteró de que ambas leíamos novelas y se afanó en permitirnos acceder a su biblioteca. Comentábamos nuestras lecturas mientras limpiábamos el suelo, los cristales o realizábamos el resto de las labores. María, a pesar de disfrutar como nadie de los libros que nos prestaba, no se fiaba de él. Mi padre nos lo advirtió antes de marcharnos del pueblo: no es inteligente establecer una relación de confianza con ninguno de los miembros de la familia. Al final, ellos siempre serán los señores y nosotras, las sirvientas.

Pronto me aventuré a devolverle las miradas fortuitas, las sonrisas cómplices. Lo hacía mientras servía la cena junto a Ramón o en los encuentros por los pasillos, donde intercambiamos cuatro palabras. Pero apareció Margalida, o quizá se llamaba Silvia, una pretendiente que nos visitó varias veces. Doña Teresa había movido los hilos necesarios para que los dos tortolitos oficializaran el noviazgo. Un sábado por la mañana, cuando pregunté a Juana quién era la chica cuya belleza presidía el salón, me respondió con una

sentencia triunfante: «Es la futura mujer del señorito Tomás». Sin duda, mi primer gran desengaño en Barcelona.

Debido a ese tira y afloja, la segunda anécdota que quería contar, la que cambió mi visión de Tomás, contiene tintes decepcionantes y una advertencia: el estado de alerta era una buena estrategia para relacionarme con él. Sucedió una tarde en que nos visitó un grupo de amigos del señorito. Sus padres y sus hermanos pasaban unos días en su residencia de Vilassar de Mar.

Era otoño y Maura dejaba de presidir el Consejo de Ministros. Tras dos años de un gobierno muy fértil, en el que había intentado regenerar las instituciones «desde arriba», se le acusaba de no haber gestionado la Semana Trágica como cabía esperar. Presentó su dimisión al rey pensando que este no la iba a aceptar, pero no fue así. Tomás se quedó en la ciudad, no recuerdo bien por qué, y a Juana y mí nos tocó atender al señorito.

La tarde en cuestión, él invitó a sus amigos y nosotras tuvimos que preparar un improvisado convite. A pesar de mis pocas habilidades culinarias, Juana me ordenó que no saliera de la cocina. Ella me hacía compañía y solo se acercaba al salón para reponer los aperitivos, o para responder a la campanilla que el señorito Tomás usaba cuando le venía en gana. Y en una de esas llamadas, Tomás pidió que yo les llevara una botella de whisky. Juana me previno:

—Hazme caso, entra: dales la botella, ríeles las gracias y vuelve a la cocina.

Asentí, cogí la botella con cierta excitación y llamé a la puerta del salón. Entré y noté expectación en el semblante de los cinco chicos. Estaban sentados en los sofás que rodeaban una mesita llena de restos de comida y bebida. Yo sufría por la tapicería color verde esmeralda, que tanto admiraba. Tabaco, sudor y coñac impregnaban el aire. Ni siquiera la madera de la estructura y de los reposabrazos, seguramente italiana, resistiría una torpeza provocada por el alcohol. Tomás, con un cigarrillo en la comisura de los labios, me indicó que me acercara.

Me detuve para observarles un instante. Vestían el traje de tres piezas que estaba de moda por aquel entonces: chaqueta americana, chaleco y pantalones a juego. Tenían los ojos marrones y el pelo castaño repeinado hacia atrás. Fumaban cigarrillos y bebían alcohol como si fuera agua. Los amigos de Tomás parecían su réplica perfecta, un cliché barcelonés de aquella época. Sin embargo, les acompañaba la excepción que siempre confirma la regla.

Rubio y de ojos azules, Jaume destacaba por la singularidad de sus facciones y atributos más que por su belleza. Era el más alto, y la definición de su cuerpo conjuntaba con sus modales y compostura. Propinaba caladas esporádicas a una pipa de madera marrón que sostenía con una desgana perfectamente calculada. Cinco minutos en la habitación

fueron suficientes para enterarme de que escribía, que aspiraba a convertirse en dramaturgo y que soñaba con estrenar sus obras sobre los escenarios de las Ramblas.

Les rellené las copas y comenzaron a interrogarme. Querían saber mi edad, si tenía hermanos, si me gustaba Barcelona. Jaume se ausentó unos minutos para ir al servicio mientras los demás subían el tono de las preguntas: si echaba de menos Solsona, si allí tenía novio, si había disfrutado del aroma de un perfume antes de llegar a la ciudad.

—¿Saben? En realidad no es tan diferente. Aquí también hay burros que se creen caballos.

Se reían con mis ocurrencias. Debería haberme callado, pero en la cocina me esperaban labores más aburridas y, tonta de mí, su divertimento me halagaba. En el fondo, quería despertar los celos de Tomás.

—Por lo que veo, las chicas de campo son mucho más salvajes que las de ciudad —escupió uno de los amigos.

—La única señorita de ciudad que conozco es la señorita Pilar, y, la verdad, tenemos mucho en común. Las dos comemos con cubiertos, usamos falda y respiramos el mismo aire cuando coincidimos en una estancia. Aunque, bueno, el señorito Tomás tiene más experiencia con las señoritas de ciudad que yo.

Tomás se ruborizó y el resto de los chicos soltaron una carcajada. Si no recuerdo mal, uno de ellos se llamaba Pascual y dejaba que el whisky tomara decisiones por él. En un momento dado, me agarró por el brazo, tiró de mí con fuerza y me sentó sobre sus piernas.

—Te voy a enseñar cómo somos los chicos de ciudad —graznó el infame mientras me tocaba un pecho.

Yo me resistía física y verbalmente, sin embargo, no conseguía liberarme. Observé a mi alrededor en busca de un objeto con el que golpearle cuando me di cuenta de que Tomás no hacía nada para ayudarme. Ni siquiera me miraba. Parecía absorto en su vaso, como si no estuviera allí, como si no le importara lo que estaba sucediendo. El resto de los amigos jaleaban a Pascual como si aquello fuera la consecución de una gran gesta.

Segundos después, Jaume volvió y vino directo hacia mí. Dando voces, pidió que me soltaran. Los gritos parecieron despertar a Tomás de su letargo, ya que se levantó de inmediato e intervino. Mientras Jaume bloqueaba el brazo de Pascual, Tomás me ayudó a incorporarme. Una vez de pie, me invitó a abandonar el salón. Más asustada que una oveja ante un lobo, caminé hacia la salida mientras escuchaba en sordina las disculpas del señorito. Consciente de que respiraba con dificultad, me detuve en el pasillo y me apoyé en la pared. Sentí un miedo profundo, diferente, nuevo. Logré recomponerme mientras me convencía de que cuando

fuera una gran actriz, ningún hombre me trataría como a un juguete.

Capítulo V

La mayoría de las personas no conciben un lugar mejor que aquel en el que nacieron. No lo negaré, echaba de menos mi antigua vida, a mis hermanos, a mi padre, pero la ciudad se estaba convirtiendo en mi hogar. Cada calle que recorría por primera vez, cada persona que conocía, cada experiencia que acumulaba, dotaban a Barcelona de un sabor más familiar. Habían pasado seis meses desde la huelga general y advertí que el barcelonés no alterna tanto en invierno, con el frío, como en verano. Las calles se apagan y el jolgorio se traslada al interior de los cafés. ¿Qué hicimos los primeros domingos que tuvimos libres? Entretenernos como pudimos mientras convencíamos a Juana de los beneficios de dar unos paseos que nunca llegaban. En Solsona habríamos salido a caminar por la montaña o a jugar al río. En Barcelona, Juana nos llenaba las horas con juegos o ampliaba nuestras habilidades domésticas enseñándonos el noble arte de la costura.

De hecho, coser se convirtió en una diversión para María.

Aprendía sin casi tener que deshacer las puntadas que había dado, era como si hubiera nacido con la aguja en la mano. Descubrimos el mundo de los zurcidos y los pespuntos, y, tras unas semanas practicando, mi hermana se lanzó a crear nuevas piezas de ropa con tela vieja. María vivía la costura con la misma pasión que yo el canto. Observarla trabajar con esmero, concienzuda, como hacía nuestra madre en el pueblo, me deleitaba. En cierto modo, me la recordaba, no tanto por su semblante como por sus gestos y expresiones. Y cuando vi una de sus primeras faldas confeccionada con retales de unas cortinas, comprobé que había otra artista en la familia.

Tardó, pero al fin nos dieron permiso para salir a pasear durante el tiempo libre. Para tres muchachas como nosotras, las calles de la ciudad ofrecían infinitas posibilidades. Y digo tres porque, a pesar de las reticencias iniciales de María, construimos una bella amistad con Carmen. Ella nos descubrió los entresijos de la casa y nos ayudó a sobrellevar los bufidos de Juana. Paula era mayor y reservada, y Daniel solo hablaba de su novia, una panadera de Gràcia; así que Carmen se entregó a las hermanas Romero.

Dimos los primeros paseos ataviadas con el uniforme. La ropa de trabajo limitó nuestro derecho a acceder a tiendas y locales, hasta que una mañana Juana nos convocó en la habitación. La esperamos sentadas, más curiosas que preocupadas, presintiendo que nos aguardaba una regañina. Juana apareció con una caja. Sin decir nada, la dejó sobre la

cama de María. Ambas la observamos expectantes mientras la abría. Dentro había dos vestidos bellísimos, uno de flores y otro liso y recto, cubiertos con papel. Yo escogí el de flores. Juana nos dijo que la señora nos los regalaba por haber cumplido tan bien con nuestro cometido. Si queríamos salir, debíamos vestir como mujeres. María y yo nos levantamos y la abrazamos agradecidas por su gesto, pues estaba claro que nos los había comprado ella pero que quería restarle importancia a su generosidad.

Aquel vestido es, sin duda, uno de los más sencillos que he tenido en mi vida, y de los pocos que aún conservo de mi juventud. Recuerdo que bajamos las escaleras del servicio y llegamos al portal sintiéndonos como reinas a punto de asistir a la coronación. En las primeras salidas nos acompañó Ramón, que ejercía de guía y guardián. Nos contaba las grandezas de la ciudad, nos llevaba a comer dulces y nos avisaba si demasiados pájaros sobrevolaban nuestras cabezas. Jamás vi que perdiera la sonrisa, y eso me fascinaba.

—Don Ramón, ojalá yo fuera tan alegre como usted —le dije un día.

—Y dime, pequeña, ¿qué podría entristecer a una chica como tú?

—Qué sé yo. Me gustaría ser rica y elegante como la señora Teresa.

—Alegría y billetes..., dos bendiciones que no necesariamente van a la par, Francisca. —Hizo una pausa para respirar y prosiguió—: Mirad, mis padres ganaron mucho dinero con varios negocios, pero murieron prematuramente. Yo vivía en una casa como la de los Puig, pero no supe ver cuál era mi lugar ni qué debía hacer con la herencia. Me preocupaban más las ideas y los placeres que la vida. El juego, las malas compañías y algunas decisiones erróneas me llevaron a la ruina. Viví años en la calle con más alcohol en el cuerpo que sentido común. No me miréis así. La vida no siempre nos trata con cariño. Hasta que un día, un buen amigo de mi padre me reconoció. Me acogió, me puso de nuevo en pie y me buscó este trabajo. Lo cierto es que desde que llegué a la casa de los Puig no he podido ser más feliz. Leo, voy al teatro y no tengo preocupaciones. Por eso estoy alegre.

Las tres permanecemos en silencio. No supimos qué decir ante tal demostración de sinceridad.

—Os voy a confesar un truco: cuando os veáis atrapadas o desbordadas por algo, deteneos un segundo, respirad hondo y sonreíd al aire. Si lo hacéis, no habrá tristeza que os venza.

Con el correr de las semanas, María y Carmen estrecharon los lazos y se convirtieron en uña y carne. Sin embargo, yo advertía una tirantez entre ellas que no comprendía. Unos días parecían amigas del alma. Otros, se enfadaban hasta el punto de no dirigirse la palabra. Yo achacaba el vínculo al

hecho de que tenían la misma edad, pero a veces me moría de celos; su complicidad me dejaba al margen de sus chistes y de algunas anécdotas. A pesar de eso, nunca perdí el amparo de María. Me reservaba algunos momentos en los que comentábamos los libros que nos dejaba Tomás y me consolaba en mis desvaríos. El equilibrio llegó cuando comprendí que la sangre nos unía con más fuerza que cualquier otro vínculo.

Con el tiempo nos ganamos la confianza de Juana y de Ramón, así que, durante el invierno de 1910, conseguimos pasear sin la tutela del mayordomo. Las tres empezamos a frecuentar un lugar maravilloso: las Ramblas. Me fascinaban las tiendas de lujo, los teatros burgueses, los hoteles donde se hospedaban los reyes extranjeros, las mujeres luciendo vestidos y abrigos carísimos cogidas de bracete de sus maridos. Asistíamos a una fiesta a la que no habíamos sido invitadas, de la que disfrutábamos desde la distancia de nuestras humildes ropas.

Un domingo cualquiera, me fijé en el hotel Oriente y me acordé de Joan, el chico de la barricada que me ayudó a salvar la dignidad y unas barras de pan. Me detuve, pedí a mi hermana y a Carmen que me esperaran y me dirigí al café ante sus desconcertadas miradas.

Nunca me dijo la verdad. ¿Realmente fue cada domingo allí a esperarme? Quizá frecuentaba el café porque su primo trabajaba en él y le permitía sentarse a la barra, con una

americana prestada, observando la vida de los ciudadanos adinerados que merendaban y tomaban los sucedáneos de felicidad que allí se ofrecían. Quizá disfrutaba escuchando las conversaciones que se sucedían tras el café y los argentís consumidos entre las risas, las ensoñaciones nacionales y las esperanzas del nuevo siglo. O tal vez la fuente de su interés fuera Blanca, la ayudante de cocina.

También es posible que, aunque me jurara y perjurara que había ido cada semana por si yo aparecía, él solo acudiera de vez en cuando y que aquella tarde estuviera allí por casualidad. El caso es que lo encontré sentado en un taburete contemplando la nada, con una taza de café vacía y alguna idea revolucionaria rondando por su cabeza. Me acerqué y, aparentando una falsa seguridad, le dije:

—Me pidió que viniera al hotel Oriente un domingo por la tarde y dos semanas después del día que le conocí. De los tres requisitos he cumplido dos. ¿Y ahora qué?

Levantó la vista y no disimuló su sorpresa. Creo que le costó reconocerme. Tras un par de segundos de vacilación, Joan esbozó aquella sonrisa tan personal y jovial, aquella que, si no tienes cuidado, puede atarte de por vida.

—Pues ahora saldremos de este circo y daremos una vuelta por la Barcelona de verdad, la que merece nuestro tiempo y nuestras energías. Me despido de mi primo y estoy con usted.

—Le espero fuera.

De nuevo en las Ramblas, y pese a la reticencia de mi hermana, decidí acompañar a aquel joven casi desconocido. Mi hermana me cogió la mano para que la escuchara, a pesar de que sabía que podía dialogar conmigo hasta agotarse y, aun así, no conseguir más que desplantes. Me solté, le di un beso en la mejilla y dejé su preocupación atrás. Mientras esperaba a Joan, me percaté de la belleza del hotel Oriente. Las columnas se alzaban hasta el principal, coronadas por arcos cargados de flores esculpidas con delicadeza; la puerta, de madera noble y reluciente, soportaba el cartel negro que anunciaba el nombre del hotel con letras doradas y sobrias, elegantes, dignas del siglo XX. Observándolo, me preguntaba si alguna vez llegaría a comer en uno de sus lujosos salones.

A veces tengo la sensación de que me he pasado la vida esperando a Joan. Pero los dos sabemos, muy a mi pesar, que sucedió lo contrario. Él salió y me invitó a pasear. Casi sin respirar, me preguntaba sobre la casa donde servía, sobre mi pueblo, mi familia. Y cuando me notó abrumada por el interrogatorio, sonrió y miró al horizonte sin articular palabra. Incómoda por su silencio, dije:

—Quizá me gustaría saber más sobre su vida. Y sé que no es muy adecuado, porque nos acabamos de conocer, pero me siento incómoda hablándole de usted.

—Está bien, tienes razón, dejemos a un lado las formalidades —afirmó él con una curiosidad que con el tiempo descubrí que le caracterizaba—. Ahora es tu turno, pregúntame lo que quieras.

Lo hice mientras caminábamos Ramblas abajo hasta el puerto. También cuando volvimos sobre nuestros pasos y nos detuvimos a cotillear delante de los escaparates de las tiendas de sombreros y demás complementos que se amontonaban a lo largo de la calle de la Boqueria; o cuando me quedé embobada con los vestidos de los almacenes Jorba, que ocupaban el 13 y el 15 de la calle del Call. Respondiendo a mis preguntas, Joan me contó que vivía en Sants, un barrio que se había anexionado a la Ciudad Condal diez años antes y que desde los doce trabajaba en la fábrica textil Can Batlló. Su madre murió cuando él tenía dos años, de un accidente que sufrió en la fábrica donde realizaba turnos eternos. Su padre se las apañó como pudo para criar a los cuatro varones que la mujer dejó atrás.

En invierno, el sol se esconde con traidora rapidez y obliga al encendido de las farolas eléctricas, que por aquel entonces solo iluminaban algunas partes de la ciudad. Quién sabe por qué, observé una farola con atención. Joan se dio cuenta y me preguntó:

—¿Qué es lo que te atrae de la luz?

—Si te soy sincera, prefiero la de las estrellas. Aquí en Barcelona no se ven tantas como en mi pueblo.

Entonces, Joan me cogió de la mano, me miró con una sonrisa energética y me pidió que le siguiera. Recorrimos un par de calles a las que accedimos por la del Carme. Aunque no sabía adónde me llevaba, me sentía tranquila. La sensibilidad con la que me trataba despertaba en mí una confianza ciega. Joan vio el portal de un edificio abierto y entramos. Subimos las escaleras hasta el último piso. Allí nos esperaba la ausencia absoluta de luz y una puerta.

—Silencio, nos caerá una buena si nos descubren —me susurró al oído.

Obedecí. Forzó la puerta para abrirla y me ayudó a salir a la azotea. Dimos unos pasos y, apoyados en un muro, nos sentamos uno al lado del otro con la mirada fija en el cielo.

—Aquí tienes las estrellas. Disfrútalas, no siempre brillan tanto como esta noche.

El día había sido bello gracias a la calidez del astro rey, pero el frío desplegó sus alas cuando el sol se retiró a descansar. Me gustaría preguntarle por qué no me besó aquella noche. Solo me abrazó, quizá para protegerme, quizá para que nuestros cuerpos entraran en calor.

—¿Sabes? Cuando murió mi madre, mi padre nos contó que ella se había convertido en una estrella. Al cabo de unos

días, mi prima Mercè me convenció para que la siguiera hasta la azotea, se sentó junto a mí y me animó para que hablara con ella.

—Mi madre murió cuando yo tenía ocho años. Le encantaba coser y, aunque soy torpe con la aguja, pienso en ella cada vez que veo una.

—Dicen que los huérfanos de madre siempre hacemos buenas migas. De alguna manera, eso nos hermana.

—Sí, eso dicen.

Ambos sonreímos y, para cambiar de tema, le hablé de mi jornada de trabajo. Le conté que me consideraba afortunada, pero que anhelaba escapar de aquella vida. Joan veía tintes revolucionarios en mis comentarios y me sermoneaba con el discurso obrero. ¿O era más bien que me entendía perfectamente pero aprovechaba la ocasión para explicarme sus ideales?

Aquella noche aprendí conceptos que me acompañarían muchos años. Joan simpatizaba con Solidaridad Obrera, uno de los sindicatos que habían cobrado más fuerza durante los últimos años en Barcelona. De hecho, su tío era militante y él batallaba para que le dejara asistir a las asambleas. Buscando una complicidad que no encontraba porque me hablaba de ideales incomprensibles para mí, me dijo que existía una contradicción intrínseca en sus aspiraciones: él

no creía en las jerarquías y, a pesar de eso, aspiraba a dirigir un sindicato. Luego me quiso convencer de que vivíamos en una sociedad construida sobre la injusticia, que el Estado oprimía a los hombres y que solo beneficiaba a unos pocos como los Puig, que se aprovechaban del sudor y el trabajo de los obreros. En un momento dado sostuvo mis manos entre las suyas, las llamó mi capital y me aseguró que si los patronos no las respetaban, la igualdad seguiría siendo una utopía.

Eso es más o menos lo que recuerdo, han pasado muchos años. Sin embargo, su sonrisa se instaló en mis pensamientos y en muchas de mis decisiones futuras.

A veces me pregunto por qué caló en mi corazón, y creo que la respuesta es sencilla: su sonrisa me contaba cómo se enfrentaba al mundo.

—No sé si te entiendo muy bien —decía yo—. Me da miedo que después de todos estos cambios vayamos a peor.

—Francisca, si me dejas, te ayudaré siempre que pueda.

Esa fue la segunda gran mentira que oí de los labios de un hombre. La primera me la había regalado mi padre y, ambas, fueron bellas, emitidas por dos optimistas empedernidos que no cumplieron su palabra pero que se creyeron capaces de lograrlo.

—No necesito a nadie para eso, ¿sabes? Seré una gran

cantante. No sé cómo, no sé cuándo, pero lo seré, y la gente me escuchará cuando les hable.

—Qué rara eres. Las mujeres quieren casarse y tener hijos. Tú eres muy joven, aprenderás a escuchar lo que la naturaleza te pide. Y una cosa te diré, deberías sentirte orgullosa de la vida que llevas.

Bajamos de la azotea, me acompañó hasta el portal contiguo al de la casa de los Puig y me lanzó un beso al aire. Yo lo recogí con la mano y continué camino a casa.

Desconozco si sentía amor, excitación o una mezcla indescriptible de emociones que no era capaz de discernir, pero por un momento me detuve al oír unas palabras que cambiarían mi vida para siempre:

—Francisca, dices que quieres ser cantante. Ve al teatro, al Paralelo, allí aprenderás nuevas canciones.

Me volví para oírle mejor y le respondí:

—Nunca he ido al Paralelo.

—¿Cómo? ¿Nunca?

—No, en casa no ven con buenos ojos que nos acerquemos siquiera por allí.

—Pues yo te llevaré.

Y me llevó.

Dos semanas después puse por primera vez los pies en la avenida. Don Julià y doña Teresa nos la habían descrito como una versión diabólica de Sodoma y Gomorra. Usaban palabras como «vulgaridad» y «perdición», o expresiones como «nido de ideas peligrosas y revolucionarias», cuando la describían. Juana también se oponía a que fuera. Ella creía que yo era presa fácil de los pensamientos corrompidos que corrían por sus calles: el anarquismo y el socialismo paseaban a sus anchas por publicaciones y panfletos. «Tú escucha a Lerroux —me decía—. Él sí que sabe de política.» Y es que el Paralelo, que realmente se llamaba avenida del Marqués del Duero aunque nadie la conocía por ese nombre, era la sede del entretenimiento proletario, donde, bajo los techos de los teatros y los cafés, se podía asistir tanto a espectáculos provocadores como participar en conversaciones políticas. Sin embargo, ninguno de esos argumentos me causaba temor o alerta, sino todo lo contrario. Además, María quería escuchar música en directo.

Por aquel entonces, teníamos la ropa heredada de nuestra vida en Solsona, un uniforme y el más que lucido vestido que Juana nos había regalado. Pero Carmen nos dejó algunas piezas, una chaqueta para mí y una falda para mi hermana, que, sumadas a otra falda diseñada y cosida por María que yo estrené con orgullo, nos convirtieron en unas princesas. Nada más lejos de la realidad.

¡La cara que puso Joan cuando me vio! Se quedó sin palabras. Le presenté a Carmen y a mi hermana, que me miró de reojo para darme su aprobación. Me gustaría volver a pasear por el Paralelo con ojos vírgenes. ¡Ha cambiado tanto! Tomamos el tranvía para no perder tiempo. Después de pagar el billete al cobrador, me senté junto a la ventana para no perderme detalle. Aún no se habían establecido paradas fijas, de modo que bajamos a la altura de Viladomat y caminamos un trecho. Joan parecía excitado y hablaba rápido mientras nos mostraba los rincones y los locales que le parecían interesantes. Su voz se convirtió en la música de fondo de un increíble espectáculo llamado «El Paralelo».

Ruido. Los elementos que se presentaban ante mis ojos producían un sinfín de sonidos que se mezclaban y se definían a la perfección. Mi hermana se quejaba del gentío y el griterío, y Carmen intentaba hablarle de las bondades de lo que María, con su actitud ceniza, tanto despreciaba. Si bien es cierto que debíamos alzar la voz para comunicarnos, mis oídos eran testimonio de un concierto de la más refinada música. Un ir y venir de tranvías marcaba el ritmo. A cada compás, subían y bajaban barceloneses que llegaban, se marchaban o, simplemente, buscaban diversión. Los carros y los automóviles que se desplazaban en ambos sentidos eran la percusión de una desconcertante sinfonía.

Hombres y mujeres paseaban vestidos con sus mejores galas, en general humildes ropajes que lucían con orgullo. Las faldas, las chaquetas y los sombreros sufrían los efectos

del polvo y la muchedumbre de la avenida, pero para mí eran tejidos celestiales. Las tiendas de alta costura mostraban la influencia oriental que marcaría parte de la década; aun así, la calle estaba a caballo entre la antigua moda ajustada que falseaba la voluptuosidad de la mujer y la línea del nuevo siglo, que comenzaba a liberar la figura femenina del corsé en aras de la comodidad. Las conversaciones de los paseantes acolchaban la melodía principal de la sinfonía, un murmullo atonal que ignoraba los tempos.

La gente más pudiente, generalmente hombres, llegaba directamente en carruajes y accedía a los locales o cafés con celeridad. Los agudos de aquella orquesta humana los formaban las carcajadas que se oían a un lado y otro de la calle. Cada paso que dábamos nos ofrecía una distracción. Comida, propaganda, alcohol, música, información sobre espectáculos, prensa.

Un chaval se acercó. Traía consigo un baúl de cuero marrón que parecía pesado, con las correas desgastadas. No oí por cuánto nos ofreció que acariciáramos una serpiente que, según sus palabras, era enorme. No lo hicimos, por supuesto. Carmen gritó con desespero al oír la oferta. Y a mí me daba pavor gastarme dinero a la primera de cambio. Quién sabía cuántos divertimientos y emociones nos depararía la tarde y cuántos nos perderíamos debido a nuestro ajustado presupuesto.

Una carpa mitad de madera mitad de metal se elevaba a

nuestra derecha. Si no se desmoronaba aquella tarde, lo haría en breve, aunque una cola de personas esperaba para entrar. «Gran cinematógrafo paralelo», decía un cartel coronado por tres escudos circulares de dudosa procedencia. Debajo de él, y de cara a la calle, habían instalado un pequeño escenario con unas marionetas que anunciaban las películas que se iban a proyectar a continuación.

Joan me contó qué era el cine. Semanas después entramos y pude contemplar esa especie de teatro en movimiento interpretado por fantasmas. Aquello era el progreso, un nuevo arte que terminó por encandilar a muchos barceloneses.

Cuando los vi por primera vez no podía imaginar que me hallaba ante los verdaderos protagonistas del Paralelo: el Condal; el Pabellón Soriano, apodado el Suri; la Pajarera Catalana, que luego se llamó Petit Moulin Rouge; el Español, el Nuevo, el Apolo, el Arnau, el Cómico... Los grandes, uno detrás del otro. Algunos eran aún barracas provisionales y otros, edificios de sólidos materiales, pero todos ellos interpretaban la melodía principal de la avenida.

Nos plantamos en la ronda de Sant Pau esquina al Paralelo. Sí, exacto, allí estaba el Español, el lugar favorito de Joan. Además del Gran Teatro Español, también estaba el Café Español y la gran terraza que se extendía sobre la acera. Delante de la fachada, la terraza albergaba tres o cuatro filas

de mesas, un espacio para el paso de los transeúntes y una última y aislada línea de mesas que marcaba el límite con el empedrado. Llena a rebosar, parecía imposible atravesarla sin molestar a los cafeteros que se movían de un lugar a otro o que, simplemente, bebían café o cerveza. Aún se respiraba aquella inocencia de principios de los años diez.

En la taquilla del Gran Teatro Español nos dijeron que no quedaban entradas para la siguiente función. Decepción. Joan reaccionó con rapidez. Iríamos al Suri. El *music hall* estaba de moda y teníamos que descubrirlo. Compramos cuatro entradas para una revista protagonizada por un montón de nombres desconocidos para mí. El corazón se me iba a salir por la boca, estaba contemplando el cielo en la tierra. Una parte de mí se sentía pequeña y desprotegida cuando entramos a la platea y buscamos nuestros asientos. Joan percibió mis emociones, o quizá fue pura galantería, pero me ofreció el brazo para que me apoyara en él.

Y empezó la función. Un hombre con un frac apareció sobre el escenario para presentar el número inicial mientras hacía chistes, muchos de ellos subidos de tono o relacionados con el gobierno o el ayuntamiento. No sabría decir cuál fue el orden de los números. Da igual, las coreografías grupales cargadas de sensualidad y de melodías livianas hacían vibrar al público. Las artistas enseñaban más piel de lo que yo podía haber imaginado, pero eso no perturbaba a los asistentes. Los bailes, las plumas, los vestidos brillantes y ajustados, compuestos por corsés,

medias de rejilla y volantes que las chicas lucían con orgullo, valentía y arte, se presentaban ante mis ojos como una explosión de color que inundaba el escenario. De hecho, me impresionaron más que los magníficos fondos que decoraban el escenario, que en realidad eran baratos e incluso vulgares, matiz imperceptible para la Francisca de entonces.

Aún recuerdo con emoción los movimientos de caderas, cómo cruzaban las piernas o cómo contoneaban el cuerpo al ritmo de los juguetones cuplés. Fue la primera noche que vi a La Bella Chelito: su arte, su delicada voz, historia viva del Paralelo. Mi cabeza almacena tantas imágenes que podría enumerarlas durante una semana entera. Me preguntaba si vería a Tórtola Valencia, la bailarina de la que siempre hablaba Ramón.

De repente, la sala se quedó casi a oscuras. Una sola cantante, de pie, presidía la escena con un pianista como única compañía. Llegó el número del desamor. Aquella vedete, una mujer experimentada, entonó los primeros versos de la canción con una pasión sobrecogedora. Movía los brazos, acercándolos y alejándolos de su torso al ritmo de las quejas, con una suavidad parecida a las caricias que entregó al amado por el que se sentía despechada. Su voz transmitía la tristeza justa para que los espectadores simpatizaran con su dolor, pero a la vez nos regalaba cada una de las notas con una fuerza titánica, digna de una virtuosa.

Hubo un momento en que se sentó abatida y, con el mismo movimiento, el mundo de los espectadores se desmoronó. Parecía que se había rendido, que aquel amor al que cantaba la había consumido. El silencio en la sala era absoluto, tan solo interrumpido por la música, y por algunos suspiros difíciles de contener. La mirada, el carisma y el brío de la artista captaban la atención del público, que vivía sus pesares como propios. Sin embargo, llegó el último estribillo y con él, la vedete se levantó. Con aquel gesto, el público recuperó la esperanza y la fe en el amor y, a continuación, ella cantó los versos finales del número. Luego elevó los brazos, miró al cielo de la sala y dio las gracias.

No puedo describir el impacto que la actuación causó sobre mí. Abrumada por la ciudad, por el calor de Joan, por las miradas de Tomás, por las posibilidades, por el presente, por el futuro, encontré respuestas en la vedete que acababa de actuar. Pero ¿cómo iba a conseguirlo? ¿Cómo podía una criada convertirse en actriz? Preguntas que se plantaron en el alma de una Francisca que empezaba a tomar decisiones, unas decisiones que implicaban riesgos, riesgos que me lanzaron al vacío.

Aquella tarde planté un anhelo, le di forma y lugar, y forjé los dos grandes amores de mi vida.

Uno, obvio, el Paralelo, los teatros y su folclore, la música, el gentío, la fauna, la vibrante energía. El otro fue Joan. Después del espectáculo, Carmen y María volvieron a casa

en tranvía. Él tenía ganas de caminar y yo de permanecer a su lado, así que me acompañó andando. Yo comentaba las vivencias de la tarde, la belleza de las actrices que cantaban y bailaban, las carcajadas y las ruborizadas reacciones del público, y él se limitó a decir:

—Francisca, me alegro de que te haya gustado.

—¿Gustarme? Es maravilloso. El mundo debería ser así, alegre, con música, con sonrisas.

—Es solo una distracción, algo que nos aleja de las horas de trabajo, de los sueldos míseros y de los esfuerzos que debemos hacer para tener un techo y un plato de comida.

—¿Y qué más quieres? ¿No es bonito que tu trabajo ayude a olvidar las penas, aunque sea por un rato, por unos minutos o unas horas? ¿No te gustaría socorrer así a los demás? ¿No te gustaría decirles que eres su pequeño momento de felicidad?

Se detuvo en seco. Fue rápido. Me observó con sus ojos verdes y esbozó una sonrisa. Con la mano derecha me acarició el pelo, se acercó y sus labios se toparon con los míos. Él cerró los ojos y yo le devolví el beso. No podría asegurar si duró un segundo o dos horas, pero aquel momento anuló todas las emociones de la tarde.

Qué tonta, qué joven, qué bello. Nos hemos dicho tantas cosas horribles que necesito destacar los episodios bellos.

Me cogió de la mano y me habló de Blanes, del mar, de cómo iba allí de pequeño con su padre para saludar a sus abuelos, y llegamos a casa. Entré en el portal y corrí a mi habitación para soñar con nuestro futuro.

Al día siguiente cantaba sin parar aquel cuplé de desamor. Con el invierno despidiéndose de su apogeo y la ciudad preparándose para la llegada de la primavera, me encontraba en el salón, de rodillas, limpiando el suelo e interpretando la melodía cuando me percaté: Tomás me estaba escuchando con atención.

—¿Hace mucho que está ahí? —Le pregunté ruborizada.

—Desde el principio, casi. ¿Esa voz es tuya? ¿Desde cuándo cantas tan bien?

—No sé si eso es un cumplido, pero puedo asegurarle que esta voz ya venía conmigo cuando llegué de Solsona.

—Es impresionante, nena, jamás he oído tanta dulzura y tanto carácter en la interpretación de una canción de desamor. Tienes alma de vedete.

Me lo tomé como una simple provocación alejada de razonamientos maquiavélicos. No cabe decir que para la mayoría de los jóvenes burgueses de Barcelona, una vedete era sinónimo de lujuria y perversión. Con el tiempo, Tomás me demostró que él no compartía esa visión, pero por entonces yo no lo sabía. Así que le recriminé:

—Señorito Tomás, soy una mujer decente, no entiendo su tono.

—¿Tono? ¿Qué tono? ¿Es que en esta casa no me toman en serio ni las criadas?

—Tenga o no talento, no debería elogiar las virtudes de una mujer que no sea la suya.

—Francisca, te aseguro que ella pasará. En cambio, esa voz será difícil de olvidar.

Una sombra apareció por la jamba de la puerta sin que Tomás se diera cuenta.

—Hijo, no molestes a la muchacha, seguro que le queda mucho por hacer —dijo Teresa Puig con autoridad.

Tomás sonrió, saludó a su madre y se retiró. La señora permaneció impertérrita hasta que dijo:

—Lo que tienes en la cabeza ya ha pasado otras veces. Y créeme, siempre salimos perdiendo nosotras.

—No sé a qué se refiere, yo...

—Mis padres eran pobres. Se fueron a Cuba para probar suerte e hicieron una fortuna con negocios cuestionables. Yo nací en la isla y a pesar de que llegué a Barcelona cargada de

dinero, aquí me vieron como una nueva rica, una extranjera. Me lo pusieron difícil y me costó horrores entender cuál era mi lugar. Y créeme, no fui feliz hasta que lo encontré.

Me disculpé por el retraso y seguí con mis labores, pensando que mi futuro sería más productivo si me casaba con alguien como Tomás que si me convertía en artista, recordando el beso de Joan y preguntándome qué me depararía la vida a su lado, soñando con el día en que le demostraría a doña Teresa que no tenía razón.

Capítulo VI

El disgusto que sufrieron los Puig semanas después fue crucial para nuestro devenir. Sin saber muy bien por qué, la prometida de Tomás rompió el compromiso. La familia siguió su proceder habitual: eximieron al segundogénito de toda responsabilidad, y la decepción, el escándalo que supuso la noticia, duró un almuerzo. Si en el mundo existen artistas del olvido, los Puig lo son.

Sin embargo, el futuro de su hijo mediano preocupaba a la señora. Una tarde la encontré rezando en el salón y, por lo que pude escuchar, lo hacía por su hijo. Ella, que no era muy religiosa pero que asistía todos los domingos a misa, tal y como se esperaba de una mujer de su talla, y que defendía su fe siempre que tenía ocasión, le pedía a Dios que llevara a su hijo por el buen camino porque aquí, en la tierra, ya no le quedaban más recursos.

La soltería de Tomás alentó mis aspiraciones amorosas. No

crucé la línea del leve flirteo, pero en mi interior volvía a soñar, presentía que nuestro noviazgo podía iniciarse en cualquier momento. Ahora, al recordar esas fantasías, me entra un sentimiento de culpa que por aquel entonces ni siquiera podía comprender. Porque Joan fue considerado y sensible conmigo. No me invitó a su casa hasta que estuve preparada. Para que mi hermana no se sintiera sola, me propuso que nos viéramos un domingo sí y otro no. Gestos como esos lo honraban, y yo no los valoraba como se merecían. ¡Qué difícil es separar la paja del grano cuando nuestra cabeza está en las nubes!

No obstante, yo no era la única que vivía de espaldas a la realidad. Un domingo por la noche entré en la habitación deseosa de comentar con María los lugares del Paralelo que Joan y yo habíamos visitado. Abrí la puerta y tardé un par de segundos en reaccionar. Mi hermana lloraba desconsolada. Me senté a su lado, la abracé y la invité a que me contara la causa de sus lágrimas. Carmen se casaba y dejaba la casa. Sabíamos que esa propuesta llegaría, pero María no imaginaba que se materializaría tan pronto. Carmen trabajaría como costurera hasta que naciera el primer hijo, y él era tan trabajador y eficiente que podía llegar a capataz.

—Hermana, ¿por qué lloras? A mí también me da pena, pero Carmen se casa con un buen hombre, deberíamos estar contentas, ¿no?

Le acariciaba el pelo pero ella parecía absorta en el suelo

de la habitación. Más sumida en la tristeza que en la conversación, me respondió:

—Por Dios, se va y nos deja. Dice que nos veremos, pero yo no la creo. Y tú harás lo mismo y yo me quedaré sola en esta casa. Francisca, no nos engañemos, la vida en el campo era mejor. Aquí nos cansamos menos y comemos mejor, lo sé. Sé que me dirás que en Solsona éramos más pobres, y claro que lo éramos, pero allí me sentía libre, podía perderme por la montaña, correr y respirar aire puro. Aquí me asfixio.

Mi hermana frenó las lágrimas, se santiguó y se besó el dedo gordo, pero el pesar no desapareció de su semblante.

—María, también nosotras conseguiremos buenos maridos, tendremos una casa, hijos. Además, yo cantaré en el Paralelo, tú confeccionarás los vestidos de la compañía y las mujeres de la ciudad querrán que las vistas.

—Yo soy la hermana mayor, soy yo quien debería protegerte —dijo sonriendo con cierta ironía—. Deja que llore su marcha, mañana volveré a ser la de siempre.

Carmen era la hija única de un panadero y una frutera que trabajaban en la Boqueria. Quizá por eso quería tantos críos como Dios dispusiera. Conoció a Ezequiel, el mayor de uno de los pescaderos del mercado, cuando eran niños. A los catorce años entró a trabajar en casa de los Puig gracias a un

hermano de su padre, y Ezequiel le prometió que se casarían cuando fueran un poco más mayores. Las dudas acompañaron siempre la decisión de Carmen, pero cinco años después de convertirse en la cocinera favorita de los señores, se despedía de la casa para formar aquella familia de la que tanto hablaba.

Durante los meses siguientes, María se sumió en una melancolía incomprensible para mí. Pensé que sentía añoranza, que el invierno no le sentaba bien o que no tenía la seguridad que necesitaba para lanzarse y dejar que los hombres la pretendieran. Y, a la vez, ella tomaba la vida tal como se presentaba, sin dar importancia a quebraderos de cabeza como los míos. En algunos momentos confesaba que no le importaría seguir los pasos de Juana y dedicar sus días al servicio de una familia influyente. En otros, ansiaba volver a Solsona. Las contradicciones de mi hermana escondían motivos que no advertí a tiempo.

La costura enriquecía sus tardes y la alejaba de las obligaciones y de la angustia. Con las idas y venidas de los domingos, su afición por confeccionar o adecentar vestidos fue en aumento. Cogía retales de aquí o ropa usada de allá y creaba piezas que se ajustaban a la moda que espiábamos en los escaparates de Santa Eulàlia. Ella zurcía, yo cantaba, y cada una de nosotras otorgaba una importancia distinta a nuestras habilidades.

La llegada de la primavera desestabilizó la casa. Josep

empezó a acompañar a su padre en sus viajes y asumió más responsabilidades en los negocios de la familia. Se mostraba más inseguro que en el pasado y eso me hacía pensar que no estaba preparado. Seguía siendo un hombre educado y sofisticado, pero la presión lo volvió irascible y menos propenso a cuidar las formas.

Luego, Tomás. Mientras su hermano se convertía en la sombra de su padre, Tomás bebía sin control. María decía que tomaba una copa por cada flor que florecía en Barcelona. Qué sé yo. Aspiraba a convertirse en arquitecto, pero Ramón nos contó que no pisaba la universidad. Los señores no aprobaban esa actitud, pero poco hacían por frenar las vilezas de su hijo.

Josep se paseaba por la casa criticando a Tomás y alardeando de su futura boda. Él iba a ser el señor Puig, él ampliaría la herencia familiar. Don Julià cantaba los logros de su primogénito y destacaba sus aptitudes. Esos elogios le daban la razón a Josep en las trifulcas surgidas entre los hermanos, desencuentros que crecían en número e intensidad. Tomás no le plantaba cara, no se defendía de las humillaciones, se limitaba a mostrarse cabizbajo cuando estaba sereno y a responder con golpes bajos cuando llegaba a casa trazando eses.

Un día Josep nos convocó a Juana, a María y a mí en el salón. Nos dio permiso para entrar cuando llamamos y nos indicó que nos quedáramos cerca de la puerta. En silencio,

abría y cerraba compulsivamente la tapa de su reloj de bolsillo mientras pasaba revista y, luego, nos señaló con el dedo índice y comenzó la reprimenda.

—He dejado un sobre con unos documentos de vital importancia sobre la mesa del despacho y no están. Sé que esta mañana lo habéis limpiado, así que deduzco que sois las culpables de su desaparición. Ahora mismo me diréis dónde están; en caso contrario, removeréis cielo y tierra hasta que los encontréis, ¿entendido? —concluyó gritando.

Con los nervios desbocados y las formas al límite de la vileza, anunció que habría represalias si no aparecían. Tras abandonar el salón, y casi sin dirigirnos la palabra, distribuimos la casa en tres partes para emprender la búsqueda. Los encontré en la basura de la cocina, entre los diarios atrasados que mi hermana había retirado por la mañana. Fui en busca de Juana y María, les comuniqué el hallazgo y volvimos al comedor, donde Josep, fuera de sí, nos esperaba. Antes de que mi hermana hablara, dije:

—Disculpe, señorito Josep. Los he confundido con un diario y los he llevado a la cocina. Aquí los tiene —se los acerqué y él comprobó su estado—. No volverá a suceder.

—Por supuesto —me dijo altivo—. Y tú no volverás a acercarte a mi despacho, ¿lo has entendido?

Asentí y nos retiramos. Ya en el pasillo, María me riñó:

—Francisca, gracias por dar la cara por mí, pero no era necesario, puedo defenderme. Te recuerdo que yo soy la hermana mayor.

Una noche los señores celebraron una cena de gala. Doña Teresa deseaba presentar a Tomás a un par de solventes herederas de alguna de las familias a las que aún no había llegado la mala fama de su hijo mediano. Tomás no se presentó y, gracias a su ausencia, la cena resultó más interesante de lo esperado.

Mientras servía la salsa que acompañaba a la carne asada, siempre ternera, o, a ver, un momento, ¿María cocinaba ya su famoso pollo con especias? El caso es que un chico rubio y refinado discutía con don Julià sobre los sindicatos y las consecuencias de su influencia sobre la producción. El chico era Jaume, el amigo de Tomás, que no cerraba la boca:

—Don Julià, el punto de vista que usted expone es, sin duda, muy interesante. Sin embargo, considero que aumentarían los beneficios si se concedieran las ocho horas laborales. Un obrero que no está cansado es un trabajador más productivo.

Al finalizar su intervención, Jaume dio un par de caladas a la pipa y se observó en el espejo que decoraba la cómoda, situada a un lado del comedor.

—No, joven. Este argumento recorre siempre esta clase de

debates y no conduce a una solución efectiva. Debemos ceder con cuentagotas. Si les damos la mano, nos cogerán el brazo entero y se irá todo al traste. Además, esa es una reivindicación de pocos. El resto tan solo se suma al palabrerío de los que buscan medrar.

Mientras hablaba, don Julià me indicó con un gesto que rellenara su copa de vino.

—No me gusta contradecirle, pero difiero de su posición. Un trabajador con el alma contenta es capaz de llegar a construir un barco con sus propias manos. Además, otorgarles más derechos cohesionaría la sociedad.

Aquellas conversaciones me enervaban, pero debía permanecer callada y mantenerme en la sombra, como se me pedía. Por suerte, llevaba varios meses trabajando en la casa y, aunque me suponía un esfuerzo, había aprendido a controlarme.

Al cabo de un rato, Tomás apareció casi sin tenerse en pie. Entró en el comedor haciendo aspavientos, se quejó porque no lo habían esperado y su insolencia no cesó hasta convertir la agradable velada en un encuentro insostenible.

Doña Teresa hacía lo posible para que conversara educadamente con sus potenciales pretendientas, pero fue como plantar en tierra yerma. Y es que Tomás era un artista del comentario desafortunado en el momento menos

conveniente. Cuando Josep le llamó la atención, Tomás respondió con una de sus mejores obras de arte:

—Miren, debo contarles que mi hermanito y yo compartimos los juguetes desde pequeños. De hecho, su prometida y un servidor hemos coincidido en varios acontecimientos sociales. Por eso estoy tan contento por él, porque conozco de primera mano el gran talento que su futura esposa posee en las distancias cortas. Volviendo a nuestras futuras relaciones, si quieren que les pida la mano, pasen antes por la alcoba de mi hermano, así Josep y yo podremos mantener esta bella y noble tradición.

Salían aún las últimas palabras de la boca de Tomás cuando Josep se abalanzó sobre él y le arreó un violento y sonoro puñetazo. Los comensales se escandalizaron y se levantaron de la mesa. Tomás, cuya nariz sangraba, se reía a carcajada limpia mientras le pedía a Josep que le pegara más fuerte. El hermano mayor estaba a punto de cumplir sus deseos cuando Jaume lo frenó agarrándole del brazo. Convenció al primogénito de los Puig para que soltara a Tomás, a quien ayudó a levantarse. Los dos amigos salieron del comedor a trompicones, envueltos en el silencio de los testigos y la ira controlada de Josep. El mayor de los Puig me miró durante unos instantes con odio, cuya causa yo no acertaba a comprender.

Los Puig se disculparon ante los invitados y la velada prosiguió como si nada hubiera sucedido. Josep permaneció

callado el resto de la noche, abriendo y cerrando el reloj sin descanso, con una latente furia en el semblante. Cuando los invitados se fueron, la familia se quedó discutiendo un buen rato en el salón, pero poco más supimos de lo que pasó allí.

Juana apremió al servicio para que nos recluyéramos en la cocina, donde nos apresuramos en ordenarlo todo. Tras recogerlo, cuando solo quedaba una parte de la vajilla por lavar, me ofrecí voluntaria para acabar la tarea. Tras agradecerme el gesto, el resto del servicio se retiró a sus habitaciones a descansar. Todos menos Juana, que permaneció en el principal para atender las necesidades de doña Teresa. Cuando terminé de lavar los platos, me dirigí al entresuelo con la intención de leer. Bajé las escaleras despacio, levitando a causa del cansancio y con ganas de evadirme del mundo. Antes de llegar a mi planta, advertí que la puerta del principal se abría detrás de mí.

—¡Francisca! ¡Francisca, guapa, espérame! —era Tomás, llevaba consigo la mirada más turbia que, por suerte, le vi jamás—. ¿Adónde vas?

—A mi habitación, voy a leer un rato. Buenas noches, señorito Tomás.

—Buenas noches, señorito Tomás; buenas noches, señorito Tomás. No tengas tanta prisa, mujer, el libro no se va a mover de donde está. Va, cántame algo.

No era una petición, sino una orden. El corazón me dio un vuelco y el terror apareció detrás de mis palabras. Aunque su tono escondía una agresividad de la que debía huir, no parecía una buena idea llevarle la contraria en semejante estado.

—Es tarde. Si quiere mañana...

Tomás bajó las escaleras de dos en dos y se precipitó sobre mí. Me acorraló contra la pared y se pegó a mi cuerpo, acercando su rostro a escasos centímetros del mío. Olía a coñac, a sudor, a tabaco y a vergüenza. Yo mantenía el equilibrio entre dos peldaños, deseando que se fuera, pidiendo a Dios que se tranquilizara y me dejara en paz. Inicié un leve movimiento para descender el siguiente peldaño, pero la rabia de sus ojos me contuvo. Además, su mano derecha me cortaba el paso y me impedía alcanzar el siguiente escalón.

A continuación puso la palma izquierda sobre mi cintura y me rozó parte del trasero. Sí, el sabor salado de la sangre hizo acto de presencia en mis recuerdos.

—Pues si no me vas a cantar nada, deja que te acompañe a la habitación. Te leeré un par de versos. Las niñas tontas que me presentan papá y mamá no entienden de literatura.

—Señorito Tomás, por favor, déjeme.

Intenté forcejear para liberarme, pero él me sostenía con

una fuerza imbatible. Acercó la boca a un centímetro o dos de la mía y me susurró:

—Voy a hacerte cantar como los ángeles.

—Se lo repito con la mayor educación que puedo: déjeme, ¡por favor! —grité—. Estas cosas solo las hacen los prometidos.

—Y qué te crees, ¿que me voy a casar contigo? ¡No me casaré ni contigo ni con nadie! ¿Me oyes? Soy tu señorito, así que obedece y baja las escaleras.

—Tomás, por favor, deja a Francisca. ¡Ahora mismo!

Doña Teresa apareció de pronto y nos miraba desde lo alto del rellano. Juana estaba detrás de ella con la cara desencajada.

—¡Que la dejes, te digo!

Tomás cedió y yo salí corriendo. Entré en mi habitación y me tumbé en la cama hecha un mar de lágrimas que brotaban desde mi estómago. ¿Le había provocado? ¿Era Tomás una mala persona? Juana apareció unos segundos después. Se limitó a preguntarme si estaba bien y, ante mi respuesta afirmativa, cerró la puerta y me dejó en la penumbra.

La preocupación de mi hermana se tornó en abrazos.

María, la buena de María, no me hizo reproches ni emitió juicio alguno. Ni siquiera un «Te lo advertí». Se limitó a consolarme.

Pasé la noche en vela, vigilando la puerta por si Tomás aparecía. Pero no lo hizo. Al día siguiente, ni se disculpó ni me dio explicación alguna. Evitó en todo momento el contacto visual conmigo y huyó de la casa apenas desayunó.

Doña Teresa sí me dedicó unas palabras. Era domingo y mi hermana y yo nos disponíamos a dar un paseo. Yo no veía el momento de salir de aquella casa. Ya en la acera, vimos a la señora bajando de un carruaje, volvía de misa. Al incorporarse, percibí que me observaba con atención. La saludamos como es debido y, justo cuando íbamos a seguir nuestro camino, me detuvo.

—Francisca, acompáñame —me dijo, y luego, dirigiéndose a María, añadió—: En cinco minutos vuelve a estar contigo. Espérala aquí.

Con cautela y en silencio, la seguí hasta el portal. Subimos por la escalinata y de repente me vi entrando por la puerta principal de los Puig. Me pidió que la acompañara a su habitación.

Como de esa zona se ocupaba Juana, la había visto muy pocas veces. Una vez en el interior, se sentó en la silla que había junto a la mesa de lectura, donde había una tetera con

té recién hecho. Doña Teresa me ordenó que le sirviera una taza.

—Francisca, una señorita nunca lleva el pelo suelto —empezó a decirme—. El pelo recogido implica educación y modales. Además, tiendes a arquear la espalda. Una mujer tiene que caminar con la cabeza lo más alta posible, eso es lo que nos diferencia de los hombres.

—Tiene razón, doña Teresa.

La señora dio un sorbo al té mientras yo permanecía de pie, erguida para no contradecirla, expectante ante sus palabras.

Ella prosiguió:

—Verás, los hombres tienen una manera muy primaria de satisfacer sus deseos. Te lo digo porque... —Se detuvo, parecía que buscaba precisión en sus palabras. Segundos después, cambió el rumbo de su discurso—. Creo que Tomás es demasiado sensible para este mundo. Y en vez de usar esa sensibilidad para la vida contemplativa, le da por beber y enfrentarse a las personas que más quiere.

—Por supuesto, doña Teresa.

La señora suspiró algo molesta, supongo que la parquedad de mis palabras la irritaba, pero sus intentos por justificar la salida de tono de Tomás hacían hervir mi sangre. Por eso le respondía brevemente, para no decir más de la cuenta.

—Francisca, no me des la razón como a los tontos. Y menos tú, que no callas ni debajo del agua. Lo único que quería decirte es que, a veces, nos toca aguantar situaciones incómodas.

—¿Por eso aguanta usted a las amantes de don Julià?

El arrepentimiento y el miedo aparecieron de inmediato. Sabía que me había extralimitado, me odiaba por no haber sido capaz de morderme la lengua. La señora dejó violentamente la taza sobre el plato y me miró enfadada.

—A veces pienso que debería echarle por insolente y maleducada. No tengo por qué aguantar tus impertinencias. Puedes retirarte. Y ya veremos si mañana sigues trabajando en esta casa.

—Lo siento, doña Teresa, lo siento. Me he excedido y lo siento. No se lo digo para evitar que me eche, se lo digo de corazón, no quería faltarle al respeto. Usted es siempre buena conmigo. Es que estoy triste, aún no entiendo por qué me trató así y eso me nubla el juicio.

Si no recuerdo mal, una lágrima cayó por mi mejilla, lo que me avergonzó. Doña Teresa inspiró profundamente y suspiró, consciente de la sinceridad de mis palabras. Esa complicidad etérea y frágil que habíamos construido vino a salvarme de mis impulsos:

—Está bien, Francisca, escúchame. La vida no es fácil para

nadie. No es fácil vivir en una habitación como la tuya, ni es fácil hacerlo en una como la mía. Te pido disculpas por la actitud de Tomás, y solo porque te veo afectada por lo de ayer, pasaré por alto tu impertinencia. Pero debes tenerlo claro: no voy a tolerar ni una más. ¿Lo entiendes? —Asentí. Doña Teresa se relajó y prosiguió diciendo, con una sonrisa afable—: Aprende. Eres una chica lista, cuando encuentres un lugar mejor que este, no seré yo quien te retenga entre estas cuatro paredes.

Nunca lo he admitido en voz alta, pero mi estilo y muchos de los gestos de las damas que interpreté los aprendí directa o indirectamente de la señora, ya fuera observándola o con sus consejos. Doña Teresa era una mujer de carácter con una hija pánfila. Quizá vio en mí un reflejo de su juventud, salvando las distancias. Un alma como la suya, si ella hubiera nacido con el nuevo siglo y en una cuna más humilde, o tal vez en Inglaterra, o quién sabe dónde, habría sido una feminista combativa. Y es que las celdas de oro siguen siendo celdas.

Recuerdo una conversación entre Juana y ella. El verano había empezado y el calor volvía más pesadas las tareas que llevábamos a cabo. La señora desayunaba sola y pidió que Juana fuera a servirla. Sin saber muy bien qué hacer, me quedé de pie junto a la puerta, por si faltaba algo, un vaso o un plato, y tenía que ir a por ello. Pronto quedaron claras las intenciones de la señora.

—Juana, ¿me puede contar qué sucedió ayer?

—Por supuesto —contestó Juana—. Un grupo de mujeres se manifestaron por la ciudad. Si los diarios no mienten, fue la primera manifestación sufragista y feminista del país. Según me han contado, la convocaron la Agrupación de Damas Rojas, la Asociación de Damas Radicales y la Progresiva Femenina. Salió de la plaza de Urquinaona y...

La señora no había probado bocado ni bebido sorbo alguno. Escuchaba atentamente el relato del ama de llaves.

—Sí, ya. Pero qué piden. Qué quieren.

—Llevaban una pancarta. Decía algo así como «Viva la libertad». Entregaron su mensaje al gobernador civil, Die y Más. Ya sabe, quieren igualdad. Quieren votar. Señora, no sé qué necesidad hay de ofrecer ese bochornoso espectáculo.

Un vez más, absorta en el relato de Juana, dije:

—¿Acaso no cree que debemos votar? ¿No cree que incluso podemos ser más inteligentes que los hombres?

Doña Teresa esbozó una sonrisa cómplice que desconcertó a Juana, quien no sabía si debía reñirme o permanecer en silencio. La señora cogió un bollo y lo mordió divertida, esperando a ver cómo Juana salía de aquel jardín:

—Votar, gobernar, estudiar... Cuando lo hagamos, el mundo será un lugar mejor, créame Juana.

—Ya tenemos suficientes problemas. No entiendo por qué buscan más.

—Ya, bueno, puede retirarse.

Septiembre nos trajo la sensación de sentirnos veteranas en el barrio. Yo ya conocía las tiendas, a los porteros y los embelecos necesarios para conseguir buenos precios, y María se había convertido en una verdadera artesana de la cocina. La casa respiraba calma. Josep brillaba por su ausencia y Tomás se calmó. Ni una gota de alcohol le vi tomar desde nuestro desencuentro. Se acostaba pronto y pasaba horas en la biblioteca. No me molestó más; de hecho, creo que me evitaba. O quizá era yo quien abandonaba la habitación si él entraba, y solo le hablaba para servirle. Nuestro idilio hizo aguas, y eso fue positivo para ambos. Él intentaba leves acercamientos que no causaban efecto alguno. Por ejemplo, de vez en cuando María y yo descubríamos una o varias novelas sobre la cama. Las leíamos y, una vez terminadas, se las dábamos a Juana para que se las devolviera a su propietario.

Yo amaba a Joan y comencé a ser consecuente con mis sentimientos. Mi anarquista y yo nos veíamos los domingos y alguna tarde libre entre semana. Había algo tan natural en el trato, en las caricias, en los besos. Cuando no hablábamos

de política o sobre el futuro, ambos comprendíamos a la perfección los suspiros y los miedos del otro. Yo le miraba y no podía creerme la suerte que tenía. Sus abrazos saciaban mi sed y su sonrisa me contaba que juntos podíamos luchar contra las inclemencias del tiempo, surcar los mares y llegar hasta la luna si nos lo proponíamos. Qué jóvenes éramos. Además, tomábamos decisiones simples como qué cenar o qué camino seguir para ir de un lugar a otro con tal compenetración que parecíamos unidos por una magia invisible.

Joan casi nunca tenía urgencia, y yo amaba esta cualidad. No me presionó para que nos acostáramos, no se apresuró a pedirme matrimonio, no mostraba prisas por avanzar en dirección alguna. Y creo que aquello fue lo que me terminó de enamorar: el día a día con él no conllevaba normas o deberes, solo benevolencia.

Las primeras veces que fui a su casa no sentí miedo ni incomodidad. Joan vivía en Sants, en una buhardilla con una sola estancia que apenas dejaba espacio para la vida. Me encantaba porque en su mismo rellano había una puerta que daba a la azotea del edificio, donde pasábamos las tardes de primavera y de verano charlando y arreglando el mundo. De hecho, mi hermana y Tomás fueron los culpables de despertar mi pasión por las novelas, pero fue el anarquista quien me acercó a otros ámbitos e ideas. Por eso comencé a coquetear tímidamente con *El Diluvio* y *La Huelga General*, el diario anarquista que era su favorito. Existía un mundo

fuera de las paredes de los Puig y de mis aspiraciones, y yo le estaba dando la espalda.

Un día me dijo que me quería. Me lo reveló una tarde cualquiera, en su azotea, mientras contemplábamos el atardecer sentados sobre los azulejos del suelo. Habíamos comprado unos cacahuetes para templar el hambre y yo, sin querer, derramé parte de la bolsa. Joan se rio a carcajadas de mi torpeza y, acto seguido, lo confesó: «Te quiero». Yo le correspondía, de modo que le contesté sin pensarlo. Le abracé, le besé y le juré que le amaba con locura, tanto que me aterrorizaba perderle, que no imaginaba mi devenir sin sus consejos ni su cariño. Él me sonrió y me pidió que no tuviera miedo, que debía confiar en el amor. Sí, nuestra declaración se hizo esperar porque mi anarquista no se lanzaba a ningún precipicio si no tenía la certeza de que caería de pie.

El Paralelo se convirtió en nuestra calle y la revolución en el tema principal de largas conversaciones que manteníamos abrazados, a veces desnudos, soñando con un mundo mejor que parecía tan lejano como necesario. A cada función de *music hall* que iba, memorizaba las canciones con esmero. Las cantaba en casa y las practicaba delante del servicio; todos me aplaudían y me animaban a mejorar. ¿Y qué decía Joan? Le divertía, me dejaba soñar, pero no se tomaba en serio mis aspiraciones. Él había trazado otros planes para mí. Iba a ser su mujer, la madre de sus hijos, una infatigable sindicalista que apoyaría la lucha obrera. Aquella visión

dejaba poco espacio para el arte. No me lo decía con contundencia, pero cobraba vida a través de comentarios vagos o de deseos de futuro que trufaban nuestras conversaciones bajo las estrellas de su azotea. Y yo opté por no escuchar esos indicios, me aferraba a la sensación de libertad que sentía a su lado. No me di cuenta de que, con el tiempo, la cuerda de amor que nos unía empezaba a apretarnos.

Llegó octubre de 1910 y, entre finales de ese mes y principios del siguiente, cada uno de nosotros vivimos una experiencia que marcaría definitivamente nuestro futuro.

Joan asistió al congreso fundacional de la CNT, que tuvo lugar en el Palacio de Bellas Artes y en el que su tío participaba en calidad de representante de una de las federaciones locales. El caso es que Joan colaboró como mozo en la organización: movía muebles, entraba material y hacía recados a cambio de asistir a las ponencias. Escuchar los debates le entusiasmaba tanto que solo hablaba de eso. El siguiente domingo me contó la experiencia con esmero y fanática ilusión. Se afilió a la nueva confederación de trabajadores. Me describió con pasión los debates sobre las máximas de la Primera Internacional y cómo decidieron dar prioridad a la jornada de trabajo de ocho horas por encima del establecimiento de un salario mínimo. Yo escuchaba sus reivindicaciones, sentía que eran parte de su razón de ser y apreciaba su ilusión, pero no asumía como propias sus reivindicaciones.

Después del congreso, Joan abrazó su vocación sindical con un brío excesivo. Qué pena, él escogió la utópica opción de transformar el mundo y yo la egoísta de cambiar mi vida. El tiempo avanzó y ambos perdimos y vencimos en varias batallas. El caso es que el destino de Joan se construía sobre una ilusión y el mío sobre la tragedia. Nunca le conté lo que sucedió, y es algo de lo que me arrepiento. Quizá, si lo hubiera hecho, él habría respetado mis decisiones. Y llegó la noche que todo lo cambió.

Los Puig se fueron unos días a su casa de Vilassar, pero Josep y Tomás se quedaron en la ciudad. La tranquilidad había imperado en las últimas semanas y ambos hermanos tenían varios compromisos que atender durante la ausencia de sus padres, de modo que permitieron que se quedaran en Barcelona. María y yo permanecimos en la casa al cuidado de los señoritos, un gran avance en nuestro estatus de sirvientas. Juana confiaba en nosotras y decidió que podíamos apañárnoslas solas. Además, los señores querían dar una fiesta a su vuelta y nos pidieron que nos ocupásemos de los preparativos.

Al tercer día teníamos bajo control todas las tareas encomendadas, de modo que decidimos salir a dar un paseo y aprovechar para comprar los alimentos que faltaban. Cuando quisimos darnos cuenta, había anochecido. Volvimos sonrientes, relajadas. En el portal de la casa nos topamos con el primer signo de mal augurio. Josep y sus amigos estaban allí, molestando a don Manuel, borrachos.

Eran cuatro en total y su aspecto denotaba horas de juego, alcohol y quién sabe cuántas cosas más. Les saludamos con la intención de pasar desapercibidas, pero Josep nos increpó:

—Muy mal, muy mal. Hemos estado un buen rato en casa y no había nadie para servirnos.

—Lo siento, señorito Josep —respondió María interrumpiéndole—. Hemos ido a comprar los alimentos que nos faltaban —dijo mostrando la bolsa que llevaba en las manos—. No volverá a suceder.

—A mí no me interrumpís. Cuando yo hablo, callad. Cuando yo ordeno, obedeced. ¿Lo habéis entendido?

Lo miré fijamente y comprendí que de nada serviría enfrentarse a él y responder. Sinceramente, le hubiera escupido en la cara. Así que cogí la mano de mi hermana y, haciendo una mueca, le pedí que se apresurara.

Ella comprendió mis intenciones y presionó mi mano con fuerza al tiempo que tiraba de mí en dirección a la escalera del servicio. Don Manuel permaneció en silencio y no intervino.

—A mí no me dejáis con la palabra en la boca, ¿me oís? ¡Seguro que a Tomás lo trataríais con más respeto!

Subimos los escalones corriendo mientras el primogénito

de los Puig seguía gritándonos desde el portal; teníamos el corazón en la boca y los ánimos destemplados. Necesitaba llegar a la habitación, un fuerte que creía inexpugnable. En el rellano, María sacó las llaves y, mientras buscaba la adecuada, se le cayó el manajo al suelo. Lo recogí, logré abrir la puerta y entramos en el entresuelo. Lo hicimos sigilosamente, como si la cautela nos proporcionara cierta invisibilidad. Teníamos la sensación, o, mejor dicho, la convicción, de que se avecinaba una tormenta. Una vez en la estancia, respiramos aliviadas. Josep podía ser tosco en determinadas ocasiones, pero siempre se había comportado como un caballero. ¿Por qué tanto miedo?

De pronto oímos un ruido que cambió para siempre nuestras vidas. La puerta del piso del servicio se abrió a trompicones. Mi corazón se aceleró, como me imagino que hizo el de María. ¿Volvía Juana antes de tiempo? Dejé de respirar por unos segundos.

—¡Francisca!

Era Josep, y no estaba solo. Se distinguían varias voces, al menos tres. Entraron despacio. Se oían golpes, seguramente de los cuerpos de los beodos chocando contra las paredes por la falta de equilibrio. La luna brotaba por la ventana, llena, linda, ofreciendo las mejores galas lumínicas a los barceloneses que quisieran observarla. ¿Y nosotras? Expectantes, en silencio, aterrorizadas. Segundos que se convirtieron en pequeñas eternidades. Miré a María, cuya

cabeza negaba con movimientos cortos. Yo no sabía si dudaba o si era presa del terror. Aquel empuje, aquella verborrea, aquella insolencia que me habían acompañado desde que tiré la primera piedra al equipo enemigo en los bosques colindantes de Solsona, habían desaparecido. Mi corazón gritaba «Corre», pero mi cerebro no alcanzaba a ordenárselo a mis piernas. Debíamos convencerles de que se fueran.

—¡Francisca! ¿Dónde estás? No te escondas. No soy Tomás, pero yo también merezco tus atenciones, ¿no?

Los chicos apenas avanzaban. Reían, cuchicheaban, pero no oíamos con claridad lo que decían. O afrontábamos la situación o Dios sabía qué podía suceder. Muerta de miedo, observé a mi hermana. Lo percibí, ella había tomado una decisión antes de que yo fuera capaz de reaccionar. Se santiguó, me cogió de la mano y me sacó de la habitación casi arrastrándome. Su convicción y su fuerza me convirtieron en un corderito dócil. Miré su otra mano, cargaba el manojo de llaves de la casa. Ellos estaban cerca. Avanzamos con cautela por el pasillo hasta que llegamos a la cocina del servicio, que casi nunca usábamos; entramos en ella y María aceleró el paso. Abrió entonces la puerta de la despensa y me empujó dentro. Yo reaccionaba con retraso a sus impetuosas acciones. Veía lo que estaba ocurriendo, pero me sentía como una espectadora de mi propia realidad. Cuando me di cuenta, ella estaba cerrando la puerta con llave y dejándome confinada en el interior de la despensa.

Entonces lo entendí y la furia se adueñó de mis entrañas.

—María, María, ¡ábreme! ¡María! ¿Qué haces? María, ¡te he dicho que me abras!

No me hizo caso. Cerró la puerta de la cocina, cuyas paredes ahogaban mis gritos. A pesar de la quietud de la noche y de los aullidos de los borrachos, no alcanzaba a oír nada. Me sentía enjaulada, víctima del pánico. En vano, intenté forzar la cerradura para abrir la puerta. La golpeé con insistencia. Cogí los dos pasos de carrerilla que la despensa me permitía y me abalancé contra ella. Lo probé mil veces. Nada. Inicié una caminata obsesiva, dando vueltas dentro de aquel escaso metro y medio cuadrado. Grité el nombre de mi hermana sin cesar. Amenazaba a Josep, jurando que le iba a destrozar la vida si la tocaba. Notaba que me faltaba el aire, que respiraba con dificultad. Nada. La impotencia me recorría el cuerpo como un estruendo ensordecedor.

Recé. Pedí a Dios que convirtiera la escena en una pequeña escaramuza entre María y el señorito. Ojalá nos echaran de la casa. Ojalá Josep considerara que mi hermana era una insubordinada. Me buscaba a mí, ¿no? Gritó mi maldito nombre. Si no me encontraba, seguro que se marcharía con sus amigotes por donde había venido. María les diría que me había ido a bailar o a hacer algún recado. Sí, eso iba a suceder. Lágrimas. Lloraba mientras mi cabeza elucubraba centenares de posibilidades a una velocidad incontrolable. Lloraba, odiaba a mi hermana, odiaba Barcelona, odiaba a

los Puig, y también a Juana por haberse ido. Lloraba, ¿cómo se había atrevido mi hermana a esconderme? Yo debería haber dado la cara por mis flirteos, por los pájaros que poblaban mi cabeza. Maldecía las miradas que había dedicado a Tomás. La culpa, la culpa, la culpa. ¿Cómo se atrevía a interponerse entre mis responsabilidades y yo?

Y de nuevo aquel regusto a sangre salada se instaló falsamente en mi paladar. Escupí contra una de las paredes como si así pudiera expulsarlo, pero nada.

Me senté en el suelo, apoyé los brazos en las rodillas y escondí la cabeza entre las piernas. Odié a mi padre. Nos había abandonado a nuestra suerte. Y soñé con él, imaginé que aparecía y en un abrir y cerrar de ojos nos salvaba. Sí, eso era, había viajado a Barcelona para visitarnos por sorpresa. Llegaría al portal, preguntaría a don Manuel y este le indicaría que debía subir por la escalera del servicio. Encontraría la puerta del entresuelo abierta, escucharía el bochornoso ruido de los señoritos, correría y frenaría las intenciones de los odiosos gusanos. Les daría su merecido y, junto a mi hermana, me sacaría de la despensa y ambos me abrazarían. Sí, iba a suceder y regresaríamos con él a Solsona, volveríamos a trabajar en el campo, a sentirnos otra vez parte de la naturaleza.

Ahora me pregunto si mi madre vivió alguna vez algo parecido. O el resto de mis hermanas. O Juana, o doña Teresa, o Carmen. Me pregunto si mamá cargaba con un

recuerdo semejante mientras cosía junto a la chimenea, o cuando se acostaba con mi padre, o cuando nos dejaba salir a jugar con los chicos.

De niña, tenía una manía que aún me avergüenza. Cuando caminaba por el bosque o por los caminos cercanos a nuestra casa en busca de agua o para hacer algún recado, contaba los árboles que había a mi derecha. Si al llegar al destino el resultado era par, la vida me sonreiría. Si, por el contrario, era impar, podía esperarme lo peor. Hice un recuento de los viejos cacharros olvidados que se acumulaban en la despensa. El resultado fue un número impar.

No sé cuánto tiempo pasó, pero de repente oí unos gritos lejanos. Me levanté e intenté atender por si me daban alguna pista. Nada. Volví a sentarme furiosa escupiendo lágrimas sin cesar, apoyando la cabeza entre las manos, diciéndome a mí misma que saldríamos indemnes de aquel percance. Sentía que la vida se me escapaba entre los dedos, que era una mísera pulga en el establo.

Y cuando el fulgor de las emociones parecía apagarse, cuando me rendí a la espera, oí la puerta de la cocina. Alguien entró. Caminaba lentamente. Oí cómo las llaves oscilaban por la arandela que las unía. Una de ellas se introdujo en la cerradura, giró y la puerta se abrió. Era María.

Despeinada y lívida, tenía un ojo morado, la ropa arrugada

y mal puesta, y la mirada ausente y vidriosa. Ella desfalleció y yo la sostuve. Quería maldecirla, increparla, preguntarle por qué me había escondido, pero decidí callar. María se limitaba a descansar su propio peso sobre mí, incapaz de reaccionar. Pasados unos minutos, alcé su cabeza, apoyé su brazo sobre mis hombros y la ayudé a caminar hasta la habitación. Fue una procesión silenciosa, me parecía absurdo preguntar. Llegamos a la pieza y vi que su cama estaba descompuesta. Las sábanas y la manta entremezcladas, colgando hasta el suelo. La ayudé a tumbarse sobre la mía. Ella se dejó caer.

—Nunca jugamos juntas a la guerra de piedras —susurró.

—¿Cómo?

—En el pueblo, nunca jugamos juntas a la guerra de piedras. Nunca me invitaste. Me hubiera gustado.

Tras ese comentario, ninguna de las dos nos atrevimos a hablar. Las palabras me horrorizaban. María me cogía la mano con las fuerzas que le quedaban. Me senté sobre el colchón e incorporé a mi hermana lo justo para que apoyara la cabeza sobre mi regazo. Instintivamente, empecé a acariciarle el pelo. Era lo único que podía hacer por ella.

El odio que vibra en las entrañas de las víctimas de una indecencia es complejo y contradictorio porque se cubre con

el abrigo de la culpa. Me sentía pequeña, frágil, desencantada. Las palabras de Joan sobre las injusticias de clase resonaban en mi cabeza. Mi hermana, yo misma, éramos solo dos sirvientas. Mejor dicho, éramos solo dos mujeres sin más derechos que un animal de granja. De nada serviría que denunciáramos lo sucedido a la policía o a Juana. O sí, quizá deberíamos haber hablado con ella.

En aquel momento se oyó movimiento en el entresuelo. Alguien, con paso acelerado, parecía dirigirse hacia nuestra habitación. En el umbral de la puerta apareció Tomás. El corazón me dio un vuelco cuando dijo:

—Francisca, María, ¿estáis bien?

—Váyase, asqueroso, le odio, ¡váyase!

Mi sangre hervía, ¿había participado él también? Yo quería echarle a patadas, pero el semblante de Tomás, incrédulo ante mi reacción, frenó mi primera intención. Entonces, mi hermana balbuceó:

—Tomás ha bajado. Los ha frenado y los ha echado. Se han peleado. Josep iba muy...

Repasé el rostro del señorito. Tenía un ojo magullado y las mejillas ensangrentadas. Llevaba la camisa medio rota y las mangas teñidas de rojo. Me fijé en el cuello, marcado como si lo hubieran intentado estrangular. Tomás dio un paso adelante con timidez.

—No sabes cómo lo siento. Yo...

—Señorito Tomás, muchas... muchas gracias. Pero necesitamos... estar solas. Vaya arriba, por favor. Ahora no...

Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y se perdió en la oscuridad del pasillo.

¿Por qué el destino nos condujo hacia semejante horror? ¿Porque éramos sirvientas? ¿Porque éramos mujeres? ¿Por qué? ¿Para qué? María permanecía tumbada, perdida en el dolor y con el alma rota. Yo sentía un hormigueo y una angustia indescriptibles. Necesitaba vomitar pero me controlé, no quería dejar sola a mi hermana. Y empecé a hablar.

Le juré que aquella era la última vez que nos trataban como a bestias, que éramos dos mujeres en un mundo construido para que unos pocos vivieran como dioses y que eso no iba a cambiar de la noche a la mañana. Sentía cólera, una ira que quizá aún arrastro. Debía haber sido yo quien llorara en los brazos de María. Le aseguré que iba a luchar para que nuestras vidas mejoraran, para que nadie más nos considerara objetos de su propiedad, para que nuestros cuerpos nos pertenecieran. Le dije que estaba harta de ver cómo las personas aceptaban su condición sin rebelarse, esperando que los días se sucedieran uno detrás de otro, sin más perspectiva que ser esclavizadas en la cadena de una factoría o un eslabón en una maldita casa trabajando para

unos desagradecidos que se relamían en su abundancia.

Íbamos a medrar, a ser más fuertes que el hierro. Nadie ni nada nos detendría. Le dije que haría lo que hiciera falta para que las dos pudiéramos salir de aquel pozo de autocompasión y servilismo. No me importaba lo que tuviera que llorar, mendigar o pisar, íbamos a comernos nuestra tajada del pastel. Éramos nosotras o ellos, nuestras vidas o las suyas, nuestro orgullo, nuestro honor, nuestra alma o la de aquellos bastardos.

Recuerdo un instante, breve, antes de abandonar Solsona, cuando preparábamos los cuatro objetos y harapos que trajimos a Barcelona. Nuestro padre se acercó y nos dijo:

—Chicas, sed buenas y justas, no mordáis la mano que os da de comer. Pensad que a la gente buena le pasan cosas buenas. No busquéis riqueza, no habéis nacido para ser ricas. Sed obedientes, encontrad un buen marido y la vida os sonreirá.

Pues no, padre, se equivocó con su consejo. ¿Me habría convertido en una vedete que ha actuado en Buenos Aires y en París si hubiera seguido sus preceptos? Mis palabras eran más que un anhelo, mucho más que una ensoñación, eran vitales para seguir respirando. No puedo dejar de pensar qué habría sucedido si se lo hubiera contado a Joan. Quizá habría sabido canalizar mi furia y yo, más calmada, habría tomado mejores decisiones. O quizá habría seguido el mismo

camino. Las cabras de monte estamos hechas para trepar hasta lo más alto sin pensar en las caídas.

En medio de aquel mejunje de emociones me di cuenta: quería que Joan me abrazara y me consolara, quería decirle que le amaba. Ojalá en aquel momento hubiera dejado de comportarme como una niña. Pero me costó entender la levedad de la vida, su fragilidad o los peligros de caminar sobre la cuerda que tensa nuestros equilibrios. En un segundo, la vida puede cambiar irreversiblemente y abandonarte a tu suerte. Ay, Joan, qué tonta fui. Ojalá lo hubiera comprendido entonces. Ojalá hubiera entendido que los caminos que nos separan esconden los lazos que nos unen.

SEGUNDO ACTO

Capítulo VII

Dicen que la suerte pertenece a los pacientes, ¿será eso verdad? He movido la mesa sobre la que escribo. No me gustaba que estuviera arrimada a la pared. Joan se distraía con facilidad y se colocaba de espaldas al mundo, pero yo necesito luz y movimiento. Por eso la he situado delante del ventanal principal de la habitación, trabajo mejor teniendo la vida delante.

Sin embargo, me entristece contemplar las calles porque hoy son un limbo de miedo y desesperanza. La guerra, la estúpida guerra, aunque parezca lejana, está cerca. Corre por las venas de las personas que esperan, que sufren por amores o familiares, que viven temiendo la llegada de malas noticias. La ciudad disimula pero camina al ritmo de las bombas que se lanzan a kilómetros de aquí. Cuando me detengo un segundo y echo un vistazo a través del cristal, me siento una espía del dolor ajeno, una escapista del mío propio.

El siglo tiene treinta y siete años y ya agoniza, envejeció prematuramente. Se han abierto puertas que deberían haber permanecido selladas. Ojalá pudiéramos dar marcha atrás, empezarlo de nuevo y enmendar los errores de este país con mano izquierda y buenos argumentos. Joan solía decir que me lleno la boca de discursos como este, pero que luego no soy consecuente. Qué sé yo, la coherencia nunca ha sido una actitud predominante en las calles de Barcelona.

«Dispense usted» es uno de los primeros cuplés que aprendí en Barcelona. No sé por qué hoy me viene a la cabeza una y otra vez. Ahora, cuando tarareo esa canción, mi brazo derecho sigue irguiéndose a voluntad, dibujando en el aire la silueta del desamor tan intensamente narrado. ¿La escuché en algún espectáculo o en la escuela del Gordito? ¿Cuántas veces la canté? Qué difícil es responder con precisión.

Las circunstancias me llevaron a la academia del Gordito, no a la de Joan Viladomat o la de José Padilla. Cómo olvidar las tardes en las que me escapaba a la calle del Conde del Asalto y asistía a las lecciones de canto. No sé si es solo una percepción mía, pero creo que sus clases gozaban de más prestigio que las de los demás; quizá por los contactos del dueño, quizá por su peculiar personalidad. De hecho, se llamaba Copérnico Olver, pero el apodo trascendió a la persona y ahora me parece extraño mencionarlo por su nombre de pila.

La academia constaba de una gran sala con un pequeño escenario de madera, delante del cual había un piano de pared colocado en perpendicular. Copérnico o alguno de sus ayudantes se sentaban frente a las aspirantes y les daban las directrices necesarias para convertir a una chica en una estrella. A veces, cuando me surgían dudas sobre si el destino me había llevado al lugar adecuado, recordaba que Raquel Meller empezó allí y seguía trabajando.

El Gordito era un hombre de carnes sobrantes, bajito y de brazos cortos. Había sido cómico de variedades e interpretó pequeños papeles en alguna que otra película. Le caracterizaban un optimismo invencible y una afabilidad entrañable. A veces hacía gala de su fama de bonachón con las chicas que ensayaban con él, pero otras actuaba como un pequeño tirano. Tenía un talento especial para dirigir a las aspirantes, una sensibilidad que sorprendía, dado su aspecto. De hecho, muchas veces actuaba, cuando les daba consejos, para que las chicas imitaran sus gestos.

—¡Vamos, nena, muévete, que pareces un pasmarote! Haz lo que te dice el maestro. Tienes que jugar con esas manos y esos ojos y sacar más pecho —decía, por ejemplo, acompañando sus palabras de gestualidad.

A los cuplés se les llama «el género ínfimo» porque cuentan historias subidas de tono. Sin embargo, quién sabe por qué, yo amaba cantarles al desamor. Me preparaba canciones desgarradoras a pesar de que no eran santo de la

devoción de la academia. Al principio, los profesores recurrían a la amabilidad y la paciencia para ayudarnos a mejorar. Pero, a medida que pasaba el tiempo, imperaba la rigurosidad y cada error tonal se corregía con un bufido. Esa actitud era la tónica de la profesión y, en el fondo, nos ayudaba a prepararnos para el día a día en los escenarios. Además, no estudiábamos filosofía ni matemáticas. Aprendíamos el arte de la canción, disciplina que surge de lo más profundo de tu esencia, y yo no destacaba por tomarme las críticas estoicamente.

Las clases eran tan divertidas como duras. Gilberto, el pianista, acostumbraba a llegar tarde. Se sentaba apático en la banqueta, con la espalda encorvada y sus largas manos preparadas para la jornada. Las notas del piano acolchaban y protegían las actuaciones de las futuras vedetes, que por lo general éramos chicas humildes de distinta procedencia. Muchas de las aspirantes eran prostitutas que deseaban dedicarse al canto para dejar la calle o conseguir clientes en un escaparate más amable y resguardado de actitudes peligrosas.

La primera vez que interpreté un cuplé para el resto de la clase experimenté una angustia maliciosa, contradictoria. Cuando me levanté y me situé ante las compañeras, que estaban sentadas en el suelo, quería escapar, que alguien me liberara de aquello.

Pero tales sensaciones se mezclaban con la excitación y la

necesidad de brillar. No tenía escapatoria, el Gordito me indicó que comenzara. Cerré los ojos, los abrí y de mi boca resbalaron notas inseguras.

Tensé las cuerdas vocales y me concentré. La voz fue creciendo durante la actuación y el cuerpo la acompañaba buscando la sincronía con los versos. Me sentía radiante, poderosa, la princesa que me contaron que nunca llegaría a ser. Pero también afligida y desamparada por la triste historia que interpretaba. Aquel día me gané el favor de mis compañeras, pero no el de Vicenta, una de las profesoras, que criticó varios aspectos de mi actuación. Floja. Sin alma. Demasiado aire en la voz. De dudosa entonación. Debía sacar más pecho y mostrar más pierna.

Por aquel entonces no conocía la sensación que se experimenta cuando el público sigue al dedillo la melodía y, sobre todo, cuando expresa su admiración con aplausos y vítores.

Pero me estoy anticipando. Siempre he sido algo caótica contando anécdotas; suerte que sobre el escenario me guía un libreto. En fin, existe una infinidad de rumores, pero poca gente sabe cómo conseguí plaza en la academia. Ni siquiera Joan.

Lo sé, zangoloteo. No deseo revivir la noche en que violaron a mi hermana, aunque no me queda más remedio. Fue larga, la oscuridad cubrió el dolor, pero no el

desasosiego. Deseaba huir o llamar a la policía, pero María y yo nos mantuvimos tumbadas en la cama, en duermevela, asustadas por si Josep se presentaba de nuevo. Ella estaba descompuesta.

Los rayos de luz aparecieron comedidos anunciándonos que comenzaba el día, y las responsabilidades amanecieron con ellos. Le pedí a María que no se levantara y ella ni me respondió. La observé mientras me vestía y parecía catatónica. No podía dedicarle más que consuelos triviales. «No te preocupes —le decía—, yo me encargaré de todo.»

Una vez aseada, subí al principal. El silencio de la cocina aumentaba mi indefensión. El más leve ruido se acompañaba de un eco demoledor para mis nervios. Rebané el pan y cuando estaba batiendo los huevos me di cuenta de que estaba preparando el desayuno para los dos señoritos. Para los dos. ¿Sería capaz de contenerme ante Josep y no escupirle a la cara? No le eché veneno en el zumo porque no tenía a mano. Deseaba pasarle factura pero temía el hipotético final de cualquier intercambio de palabras.

Tras preparar el festín matutino recorrí el pasillo en estado de alerta. Cada puerta que abría me parecía un abismo. ¿Estaría él detrás? Después de poner la mesa volví a la cocina, coloqué parte de la comida en una bandeja y, haciendo de tripas corazón, la llevé al comedor. Esta vez no estaba vacío, Tomás se había sentado en su sitio. Aparté la mirada, avancé con cautela y dejé el desayuno sobre la mesa.

Mientras colocaba la leche y el pan junto al señorito, advertí que seguía mis movimientos, expectante. Yo quería gritar.

Vigilaba la puerta agobiada por si entraba Josep, superada por las circunstancias. Tomás, que parecía una marioneta a la espera de que alguien moviera sus hilos, hacía gala de una expresión de cordero degollado y de un silencio cobarde. Hasta que finalmente habló:

—Francisca, quería...

—Señorito —le interrumpí—, voy a servirle el desayuno y ya está.

—Por favor, siéntate. Josep no aparecerá por casa en unos días. Se lo he prohibido. Desayuna conmigo.

—Se lo agradezco, pero tengo mucho que hacer.

—Hoy no es un día cualquiera. El mundo puede esperar.

Inspiré. Sentía una acuciante necesidad de calmarme. Tenía claro que un desayuno no iba a consolarme.

—De nuevo se lo agradezco, pero...

—¡Francisca, siéntate, por favor!

Tomás elevó el tono convirtiendo la invitación en una orden. Me dispuse a gritarle, aunque tras su aullido apareció en su rostro un destello de ternura que me amilanó. Por

primera vez desde que le conocí, leí calidez y transparencia en sus ojos. Sentí que al fin se presentaba el verdadero Tomás, el que se escondía detrás de prejuicios e inseguridades. Así que le hice caso. Mantuvimos el silencio durante unos segundos en los que me sirvió pan, huevos revueltos y quién recuerda qué más. Mi primer desayuno en una mesa pudiente iba a resultar indigesto.

—Yo... No entiendo a Josep. No soy capaz de imaginarme cómo debe de sentirse tu hermana.

—Señorito Tomás, si aquella noche no nos hubiera detenido su madre habría hecho lo mismo conmigo, ¿no? ¡Dígame!

Él desvió su atención hacia el mueble de los cubiertos, huyendo de la respuesta. A su derecha había un espejo colgado sobre la cómoda donde guardábamos la mantelería. Alcé la vista para ver mi reflejo. No me reconocía.

—No, Francisca, no lo habría hecho —dijo—. A veces puedo ser tosco, a veces la vida se me va de las manos, pero a la hora de la verdad, sería incapaz de hacerte daño. Josep es un indeseable. Va a locales en los que no te puedes ni imaginar lo que les hacen a las mujeres. No se respeta ni a sí mismo.

—Y usted, ¿qué respeto tiene por los demás?

Ninguno de los dos probaba bocado. Ninguno de los dos

asumía la complejidad de la conversación. Yo trabajaba para él, era una criada, y el delito de Josep era lícito para algunos. Lo he oído mil veces. Es normal que los señores jueguen con las sirvientas. Es normal, son hombres.

El sol entraba con fuerza por la ventana y nos regalaba un bello día. Él respondió la pregunta a su manera:

—Con el tiempo, Josep se convertirá en mi padre. Quiero decir que tomará las riendas de los negocios. No le envidio. Mi hermana se casará y yo... solo sé que bebiendo me siento mejor. Creo que eres la única que me ve capaz de estar a la altura de las circunstancias. Solo de imaginar que te hubiera tocado...

—¿Qué diferencia hay entre mi hermana o yo? ¿Eh? Dígame.

Volvió a evadirse de la conversación cortando trocitos de tortilla sin orden ni concierto. Busqué el sosiego en mi interior, era consciente de que le estaba utilizando como saco de golpes y mi actitud no era justa. Él los detuvo, él estaba dando la cara. No obstante, la línea de la justicia quedaba lejos de mi entendimiento. Finalmente retomé la palabra.

—Hoy no es día para nada. Discúlpeme. De verdad, necesito aire.

—Prometo que me voy a portar mejor. El día que llegasteis

a esta casa os dije que podíais contar conmigo. Lo mantengo y lo digo en serio. Quiero ser tu amigo, Francisca.

—Si lo dice de corazón, acompáñeme a la policía y cuénteles lo que pasó ayer.

—Sabes que no serviría de nada.

No le respondí. Me levanté y volví a la cocina. Allí me senté, temblando, con el desamparo como guía de mis emociones. María yacía abajo, en el entresuelo, deshecha. Y Tomás quería ser mi amigo. Las jornadas y las semanas avanzaron voraces y la horrible noche se alejó en el tiempo, pero no se movió ni un centímetro de nuestro presente. La urgencia de convertirme en actriz, de triunfar para sacar a mi hermana de aquella casa, encontró su lugar en mis prioridades pero no en mis actos, pues no sabía por dónde empezar para que se hiciera realidad. Tan solo se mantuvo en las ensoñaciones del día a día, ahuyentada por la sombra de las obligaciones.

Además, durante unos meses no vimos a Josep, pues decidió mudarse a París. No sé si se marchó por lo sucedido, para estudiar o para esparcir maldad por la capital francesa. Deseaba que los remordimientos o el respeto hacia nosotras hubieran motivado su decisión, pero me inclino a pensar que fue pura coincidencia. No me importaba, lo quería lejos de mi hermana. A su vuelta se casaría y, con suerte, le veríamos en contadas ocasiones.

La tristeza y el disimulo tiñeron la rutina. De hecho, Juana intuía que arrastrábamos un pesar pero nunca descubrió la causa. Cuando volvió de Vilassar nos encontró con el humor cambiado; no obstante, no preguntó nada, al menos no directamente, y nosotras respondimos con evasivas. El mal y el bien en el rostro se ven.

María se esforzaba por aparentar normalidad, y no sé si lo hacía por el bien de la casa o para olvidar y ahuyentar el dolor. Se volvió parca en palabras y huidiza ante los comentarios sobre la violación. Y lo más preocupante, repetía con insistencia que su única motivación era el trabajo de la casa. Dejó de coser, de soñar, incluso de sonreír. No pude hacer nada, no supe animarla ni sacarla de su caparazón. Hay heridas que solo cicatrizan si las entierras en lo más profundo de la rutina.

Recuerdo una anécdota. Yo estaba guardando la cubertería cuando Ramón entró en el comedor. Estaba tan absorta en mis pensamientos que no me di ni cuenta.

—Me pregunto por qué las hermanas parecen tan tristes últimamente —dijo él con su habitual alegría.

Alcé la mirada y le vi. Parado en la entrada de la estancia, esperaba mi respuesta con una de sus bondadosas sonrisas y los brazos pegados al torso. Como no sabía muy bien qué contarle, improvisé.

—Supongo que no todos los días son felices, don Ramón.

—¿Recuerdas mi método infalible para relajarme, para sonreír, para evitar la tristeza?

—No muy bien —le dije sonriendo.

—Cuando un imprevisto haga tambalear tu paz, solo tienes que hacer dos cosas: respirar hondo y sonreírle al aire. Y recuerda, no respires sin más. Inspira con la fuerza necesaria para que el aire acaricie los miedos.

Dios sabe las veces que seguí su consejo. Si pudiera hablar con la Francisca de entonces le recomendaría que respirara profundamente, que luchara por sus deseos y que explotara su gallardía. También le diría que no hallara angustia sino sosiego en el mientras tanto, en los momentos plácidos y en las personas que alentaban su paciencia. Y es que lo único que nos separa de las metas son las malas decisiones.

Capítulo VIII

El invierno de 1911 fue frío y salvaje. A finales de enero, el litoral sufrió las consecuencias de un temporal que se cobró la vida de unas cincuenta personas y dejó a decenas de familias sin hogar.

Los Puig ni lo notaron. Aquel año se celebraron varias fiestas y eventos en el principal. Los negocios de don Julià prosperaban y él aprovechaba las cenas que se daban en la casa para cerrar tratos ventajosos. «Nada como batallar en el hogar», decía. Yo, que memorizaba los cuplés con tan solo escucharlos una vez, no perdía detalle de aquellos tejemanejes. Fui conociendo los apellidos, las influencias y cómo se relacionaba la gente de bien de la ciudad.

La familia exprimía los eventos hasta no dejar gota. Tras cada sonrisa escondían motivaciones secretas solo detectables para los más avisados. Por ejemplo, doña Teresa creía que eran el entorno perfecto para saciar una de

sus mayores obsesiones: buscar una prometida que se amoldara al carácter de su hijo mediano, y Tomás se divertía saboteando sus artimañas. Las fiestas de los Puig eran un teatrillo y mi lugar se encontraba entre bambalinas.

El progreso estaba llegando a la ciudad y sus amos se beneficiaban de él. Fue el año de la electrificación masiva, de la fundación de La Canadiense y de una generosa ampliación de la red de tranvías. Los automóviles ya no eran una rareza, aunque no abundaban; a diario se veían algunos por la calle. Hubo una rápida expansión de la red telefónica y, con ella, apareció un nuevo oficio, el de telefonista, ejercido por mujeres económicamente independientes que dejaban el trabajo cuando se casaban. Fuera de aquel oasis, las mujeres solo ganábamos dinero en comercios, en el campo, cosiendo o en las fábricas.

Para conmemorar el aniversario del primer avión que sobrevoló Barcelona, se celebraron varias exhibiciones aéreas. La del 12 de febrero convirtió a la belga Hélène Dutrieu en la primera mujer que llevó a cabo semejante proeza sobre la ciudad. Su valentía suscitó de nuevo el debate: ¿aquellas conquistas refutaban los argumentos de los que defendían la inferioridad de la mujer, o eran meras excepciones? Nosotras nos enterábamos de tales novedades por Juana, por doña Teresa o por Ramón, o gracias a los diarios que don Julià descartaba o que Joan me dejaba.

El frío dejó paso a la primavera y ambas estaciones se

sucedieron siguiendo el ritmo de las responsabilidades diarias. Entre trapos y compras, un atisbo de esperanza apareció de la mano de Tomás. Nos fuimos acercando uno al otro pausadamente, como dos bestias heridas, atemorizadas por si se causaban más dolor. Un comentario gracioso por aquí, un libro prestado por allá y la confianza que me daba saber que fue él quien detuvo la violación. Supongo que me relajé, calmé las expectativas y encontré un equilibrio: Joan ocupaba mi corazón y Tomás se convirtió en mi primer amigo en Barcelona.

Los desencuentros fueron sustituidos por largas charlas sobre la vida, las obras que veía con Joan en el Paralelo y las novelas que nos prestaba a mi hermana y a mí. Por aquella época me apasionaban las de aventuras. Devoré *20.000 leguas de viaje submarino* y la historia dio para varias tardes de discusión. Yo limpiaba la chimenea o los cristales mientras Tomás, de pie, contradecía mis impresiones sobre el viaje del *Nautilus*. Se mostraba más tranquilo, más introspectivo, con la férrea voluntad de centrarse en la arquitectura y alejarse del vicio. De algún modo, nuestro acercamiento me reconciliaba con la casa y, a la vez, nuestras charlas desesperaban a María, a doña Teresa y a Juana, que seguían practicando el noble arte de la interrupción disimulada. Y sin darnos cuenta, yo dejé de hablarle de usted y él se convirtió en un amigo.

Nada trascendía, nada parecía una amenaza. Lástima que la paz sea solo un período entre guerras.

Y Joan, mi Joan. No podía contarle la causa de la tristeza que a veces me invadía. Cuando me asaltaban imágenes de lo sucedido, me cobijaba en su cariño. Después de un año y pico en Barcelona, mi vida había dado varios giros, pero a la vez no se había movido ni un milímetro. Durante los meses posteriores a la violación, él se convirtió en mi ancla, en mi timón y en el viento que me llevaba a buen puerto. Si me veía alicaída, él hacía payasadas o me contaba un chiste malo. No hacía más preguntas de las necesarias. Incluso durante las semanas en las que no quise acostarme con él, debido seguramente a lo que le sucedió a mi hermana, Joan ni se quejó ni me presionó, sino que se dedicó a abrazarme y a llamarme «la más bonita de la ciudad». Le amaba por todo aquello y, al mismo tiempo, no era consciente de la joya que la vida me había regalado. ¿Qué quería yo? Ni yo misma lo sabía. Lo único que deseaba era permanecer a su lado sin más obligaciones que nuestro amor.

Sin embargo, mi desconsuelo y las medias verdades abrieron pequeñas fisuras entre Joan y yo. Los mimos se convirtieron en un refugio pero también paralizaban mi cura, encadenaban mis aspiraciones y me ataban a un destino para el que aún no estaba preparada. Lo aprendí tarde: el amor no puede ayudarte si no sabe contra qué lucha.

Además, no quería traicionar la intimidad de María. Si Joan se hubiera enterado, no sé qué locura habría hecho. Es una de las personas más civilizadas que conozco, pero temía que perdiera los papeles ante la fechoría de Josep. Si me

preguntan, responderé que Josep merecía sufrir, pero no quería que Joan fuera a prisión por ello. Mi hermana y yo callamos, no por sabiduría ni por respeto mutuo, lo hicimos porque el miedo devoraba nuestra valentía y se sumaba a un sentimiento de culpa que aún hoy no comprendo. Convertimos la violación en un recuerdo olvidado en nuestras conversaciones, pero regía los silencios.

Una tarde de temperatura espléndida estaba sentada con Joan en el alféizar de la ventana de su buhardilla. Él me abrazaba por la espalda y de vez en cuando me acariciaba la mejilla. Aunque hacía calor, la brisa nos permitía estar uno encima del otro sin achicharrarnos. Entre sus brazos me sentía segura, fuerte y protegida de las vilezas de tipos como Josep Puig. Me encantaba oírle hablar de la lucha de clases porque aquellas ideas me daban esperanza y amilanaban mi pesimismo.

Joan defendía que la revolución no estaba lejos y que, con ella, el mundo iba a sufrir una transformación. Nos convertiríamos en personas que cooperan para construir una sociedad equitativa. Con la nueva organización social, él dedicaría su vida a los demás, no a una máquina. Y cuando me aseguraba que nuestros hijos nacerían en un mundo mejor, siempre le respondía lo mismo:

—Yo no sé si quiero tener hijos.

—Todas las mujeres quieren tener hijos, Francisca.

—Ya te he dicho que quiero ser actriz. Y las actrices no tienen tiempo para niños.

—Bueno, eso se te pasará. Ya verás, cuando estés lista, te buscaremos un trabajo en una fábrica, vivirás conmigo y seremos protagonistas del cambio.

—La gente tiene hijos por egoísmo, para tener un sueldo más en casa. Pero no piensan en ellos, en la vida que tendrán, en que los están condenando.

—Qué cosas más raras dices a veces. Estoy seguro de que si fueras un hombre, serías escritor.

¿Cómo decirle a mi consuelo, a mi única conexión con el cariño y la cordura, que no iba a interpretar su libreto, que sabía que mi camino no iba en esa dirección? Le quería, amaba su luz y sus sombras, y juro que había momentos en los que habría entregado mi alma por ser la mujer de la que hablaba. Si yo encontrara trabajo en una fábrica, entre los dos podríamos pagar un pequeño piso, un piso moderno, con el baño dentro, me decía. Él construiría muebles y yo me ocuparía de la ropa y la comida. Sin embargo, él hacía caso omiso de mis parcas aptitudes culinarias y de mis advertencias.

A principios de agosto, me quedé paralizada cuando escuché una voz proveniente del salón. Josep acababa de volver de la Ciudad de la Luz. Se había enamorado de París y

no hacía más que cantar las maravillas de la capital francesa. Los detalles de su inminente boda se habían ultimado y, después del enlace, iba a mudarse con su esposa a un piso cercano que le había comprado don Julià. Nadie nos avisó de su regreso, nadie nos comentó que durante un par de semanas camparía por la casa con total impunidad.

Josep nos enfrentó a su fantasma y a la promesa que le hice a mi hermana. Además, yo había dejado de cantar. Fue Juana quien me lo comentó una noche después de servir la cena, cuando yo entraba en la cocina con una bandeja y varios platos sucios. Con la cautela que la caracterizaba, sacó el tema como si me estuviera encargando la compra:

—Francisca, ya no cantas. Sabes que no soy muy dada a las artes. Pero se te veía feliz. Anda, un día de estos podrías volver a cantar al atardecer. Siempre que no tengamos ocupaciones pendientes —añadió después endureciendo el tono.

Nuestra relación con Josep fue un ejercicio de contención e ignorancia mutua. Solo intercambiamos las palabras estrictamente necesarias. Su altivez no desapareció, sin embargo evitaba nuestra mirada, lo que era un alivio para mí. María no me dejó hablar de la nueva circunstancia. Le pregunté varias veces cómo se sentía, si quería que nos fuéramos de la casa, pero mi hermana me daba evasivas como respuesta, y mis intenciones se perdían entre el cansancio de la noche y el exceso de trabajo. Con el tiempo

dejé de insistirle, no sé si por miedo o vergüenza, o por tratar de respetarla. María se encontraba a diario con su violador y yo no entendía cómo podía soportarlo.

Cierto es que el impulso que me empujaba hacia el Paralelo para medrar y salvar a mi hermana revivió con la presencia de Josep. Cada vez que le veía, sentía tanta impotencia que el sueño se fue convirtiendo en una obsesión. No obstante, seguía sin saber por dónde empezar. No comprendemos el significado de la palabra «destino» hasta que las decisiones empiezan a perseguirnos.

Entonces tracé un plan tan simple como inocente: me escaparía una mañana de casa de los Puig para visitar el Paralelo. Allí, llamaría a las puertas de los teatros y les pediría una audición. Me escucharían, se encandilarían de mi voz y pronto me darían la oportunidad.

Me inventé que en la Boqueria estaban vendiendo el pescado a precios irrisorios y que valía la pena que me acercara. A causa de la larga cola tardaría, por lo menos, un par de horas. Mi comportamiento de los últimos meses había sido ejemplar, así que Juana no dudó de mis intenciones. ¿La verdad? Me había compinchado con la hija de una vecina del bloque. A cambio de unas golosinas, ella iría al mercado y yo cumpliría mi propósito.

Aquella mañana de septiembre caminé por la avenida con la ropa de los domingos. La saqué del entresuelo escondida

en una pequeña cesta. No puedo describir la emoción y la esperanza que marchaban junto a mí. Caminaba por la acera con la convicción de perseguir un anhelo que me trascendía y con un tembleque de piernas que apenas disimulaba.

Qué gracia. Mis expectativas se vieron frustradas en cada una de las puertas a las que llamé. Antes de que me recibieran en los teatros, hice caso del consejo de Ramón. Respiré hondo, sonreí al aire y acumulé coraje. Fui al Arnau, al Apolo, al Español, al Petit Moulin Rouge..., y nada. No dedicaron ni cinco minutos a mis demandas. «No hacemos audiciones. No necesitamos más actrices. Quién eres tú para pedir trabajo como cantante. Si quieres limpiar podemos llegar a un acuerdo.» En el Arnau me comentaron que la compañía residente buscaba una ayudante de vestuario. No voy a extenderme, no hay nada más bochornoso que la ilusión de los ignorantes.

Cuando asumí que no soportaría más rechazos, decidí volver a casa. Mis ojos derrotados observaban locales cerrados o solo abiertos a medias y terrazas vacías, sin la vocinglería habitual. Y es que la mayoría de los cafés de la avenida se tomaban un descanso por las mañanas entre semana. Contemplaba una fantasmagórica visión de lo que sería el centro de la diversión obrera y de las ideas populares por las tardes y las noches. Caballos sudorosos transportaban pescado en dirección a la plaza de Espanya. Otros, que circulaban en sentido contrario, acercaban al puerto mercancías, piedras o algún producto que

embarcarían antes del anochecer. Sin embargo, no faltaba tanto para que el Paralelo abriera las veinticuatro horas del día para los ciudadanos humildes, los burgueses trasnochadores, los *pinxos* y los amantes del arte y del juego.

Caminando por la ronda de Sant Antoni pensé que podían cerrarme todas las puertas que quisieran, pero yo no me iba a detener. De hecho, fui testigo de un altercado más o menos frecuente en aquellos días: tres energúmenos increpaban a dos muchachas por su indumentaria. El caso es que aquel año Poirot inventó, en París, la falda pantalón, y las atrevidas barcelonesas que las lucían eran reprendidas en las calles y los cafés. La batalla entre lo antiguo y lo moderno que la Gran Guerra disputaría, se notaba en los detalles. En un intento de ponerla de moda, el Cómicó la incorporó en una de sus revistas, pero no cuajó.

Llegué a casa de un humor de perros, y Juana no entendió por qué había invertido la mañana en adquirir pescado a un precio normal. La vecina no me falló, pero no pudo encontrar ninguna oferta interesante. Le di la razón al ama de llaves, dejé la compra en la cocina y fui a buscar a mi hermana para contarle la aventura.

La encontré en la habitación, tumbada en la cama boca arriba, observando el techo con detenimiento. Le hablé de las respuestas que me habían dado en todos y cada uno de los teatros, pero María se limitó a escucharme sin hacerme comentario alguno. Cuando terminé mi relato, me dijo que

debía acercarse a la cocina para marinar el pescado de la cena, se levantó y, cual espectro, se desvaneció por el pasillo.

Por la tarde, cuando terminé de ordenar la biblioteca, la busqué de nuevo. Quería su consejo y no se iba a escapar de dármele. O quizá era una manera de ampliar los temas de los que hablábamos últimamente, que no eran otros que las obligaciones de la casa o los chismorreos que corrían por el edificio. Le hablé de las mil y una opciones que se me habían ocurrido mientras ella, agachada, con los guantes puestos, un pañuelo en la cabeza y el sudor en la frente, limpiaba la chimenea del salón.

—Pensaba que habías desistido. Francisca, acabarás llorando y yo no sé si tengo fuerzas para consolarte.

María se santiguó y prosiguió con su cometido, con más esmero que cualquiera de las sirvientas de la ciudad. Quería decirle que se equivocaba, que confiara en mí, que se merecía una vida que la hiciera sonreír. Pero callé.

Durante las dos o tres semanas siguientes busqué una audición sin descanso. Volví a preguntar en teatros, perseguí a varias actrices por los cafés para que me aconsejaran o me ayudaran, molesté a los directores de las compañías, visité dos talleres de utileros e intenté embaucar a los vendedores de entradas. Ni un atisbo de esperanza me dieron. Y los pocos que me hacían caso escondían turbias intenciones.

Mis ánimos fueron mermando hasta que me crucé con Tomás en el pasillo que unía la biblioteca, el salón, el comedor y la cocina, y en cuyo extremo se hallaba la puerta principal. Él, que me saludó con una vitalidad que empezaba a ser habitual, me encontró sollozando, expulsando la frustración que el fracaso me causaba.

Contra todo pronóstico, la vuelta de Josep no había afectado a su buena racha. Se mostraba jovial, calmado, lleno de ilusión. ¿El motivo? Una chica. Se había enamorado o, al menos, encariñado. Apenas quise conocer los detalles y finalmente aquello no duró más que unos meses, pero por aquel entonces se encontraba en el limbo del amor. Cuando Tomás advirtió la tristeza en mi semblante, expresó su preocupación con una sarta de preguntas. Abrumada por las atenciones, me recompuse y le dije:

—Me dijiste que si necesitaba ayuda te la pidiera, ¿no?

Me contempló sorprendido.

—Francisca nunca pide ayuda —me dijo burlándose de mí.

Sin embargo, cuando comprendió la urgencia de mi demanda, la atendió con seriedad:

—Sí, claro. No lo dudes. Sabes que soy tu amigo.

—¿Me guardarías un secreto?

Tomás había ganado peso. Su huesuda cara dio paso a las facciones de un joven sano, deportista y bello. Creo que se aficionó a visitar la New England, la tienda de ropa que estaba situada al principio de la rambla de Catalunya. Se había comprado allí varios trajes que le daban un aire sofisticado. Me parece que estoy dando muchos rodeos para decir que estaba guapísimo.

Me sinceré con él. Le conté cuál era mi objetivo y los fallidos intentos por alcanzarlo. Por un momento pensé que me iba a delatar o que se iba a enfadar conmigo, pero me respondió con un tono protector.

—Francisca, tienes una voz muy bonita. Pero eso no es suficiente. En el teatro hay mucha competencia, necesitas caer en gracia, tener amigos. Además, muchas vedetes llegan a liderar carteles acostándose con hombres influyentes. De hecho, conozco a un par de ricos empresarios que alardean de ser los amantes de algunas de las más famosas. En resumen, me preocupa que te metas en un mundo en el que...

—Confía en mí, sé cuidar de mí misma. Pero tienes razón, antes debería aprender cómo funciona el negocio.

Tomás, que poco sabía del tema, me soltó los cuatro tópicos que se oían por la calle.

—A veces —me dijo para terminar—, no es necesario

cantar bien. Una voz que afine y un cuerpo de infarto, y a vender entradas.

—Hablas de ellas como si fueran ganado. Pero ¿qué hay del arte? ¿De la pasión, de las emociones que transmiten?

—Ay, nena —dijo, quizá con ironía, quizá con preocupación real—, no quiero que te devoren.

De esa conversación saqué un gran consejo. En la calle del Conde del Asalto había varias academias para cantantes. Me advirtió de que no sabía si podría compaginar las clases con el trabajo en la casa. Añadió luego que la del Gordito era la que tenía mejor fama, aunque no lo sabía a ciencia cierta, pues lo había oído en boca de Jaume.

—Si me lo permites, yo podría pagarte las clases. No creo que con lo que cobras puedas...

—Gracias, pero no.

—Lo digo en serio, ya sabes que quiero ser tu amigo.

—Tu dinero no hará que seamos amigos, pero tu apoyo sí.

Una academia. Los pesares previos a la conversación desaparecieron. Me agobiaba desconocer los pasos que debía seguir, pero con un objetivo concreto me sentía rearmada. Iba a sobrevolar la ciudad sin necesidad de pilotar un avión.

Capítulo IX

Habrán pasado un par de horas desde que llegó la carta y subí al pequeño Joan a casa de la vecina. Ellos se hacen compañía y yo consigo tener un poco de tranquilidad. Es tan pequeñín que no se da cuenta de nada. Le da igual que Barcelona llore, que yo necesite contar mi historia por escrito o leer esta carta que aún no he abierto y que me está observando, apoyada en el lapicero.

Si el pequeño Joan escribe algún día sus memorias, ¿por dónde las comenzará? ¿Por el primer amor? ¿También habrá una despedida al principio de su historia? ¿Su relato empezará en un día como hoy? Qué sé yo. Una gitana que predecía el futuro cerquita del Paralelo me aseguró que si se desea un triunfo con ansia y seguridad, acaba llegando. Pero hay que sentirlo como una realidad, no como un imposible.

Poco después de que Tomás me hablara de las academias, Josep se casó y abandonó la casa familiar. Gracias a Dios no tuvimos que servir en la boda, que se celebró en Vilassar. Nosotras nos quedamos al mando del principal por unos días. Aproveché la coyuntura y convencí a María para que me acompañara al Paralelo. Mi hermana apenas salía de casa y yo deseaba alejarla de la apatía y de las largas sesiones observando la nada o leyendo con desgana novelas de la biblioteca de Tomás. Todas las semanas desde hacía meses, el señorito dejaba sobre su cama un libro escogido especialmente para ella. No eran amigos, pero María dejó de verlo como una amenaza e incluso se sumaba a las conversaciones literarias que él y yo manteníamos. Sin embargo, lo único que parecía alejarla de su desasosiego era la costura, que, por gratificante que fuera para ella, la encerraba aún más en sí misma.

Aquella tarde no le di a elegir: o venía con Joan y conmigo al teatro o no le dirigiría la palabra durante una semana. Nos habíamos acostumbrado al paisaje de la avenida, a sus gentes, a las pantomimas y a los vendedores ambulantes. Poco nos sorprendían los niños con animales exóticos o el abarrotamiento de los cafés. Sin embargo, sentarme en una butaca aún me emocionaba.

Poco a poco descubrí la influencia que la calle ejercía sobre los teatros. Muchas de las canciones que se interpretaban tenían un origen popular; otras las escribían letristas que se empapaban de los gustos del ciudadano de a pie. Las

temáticas variaban de acuerdo con las preferencias de los espectadores, podían ser picantes o apelar a la conciencia de clase. Como más tarde aprendí, los artistas y los dramaturgos del Paralelo subían al escenario lo que escuchaban en los cafés.

Poco a poco nos aficionamos al teatro. Los dramas prometían grandes historias y, lo que más me apasionaba, portentosas actuaciones. Me encantaban las tragedias con personajes femeninos contradictorios que salían airoso de la encrucijada en la que se encontraban. Si la memoria no me falla, vimos *La reyna jove*, de Guimerà. Se estrenó en el Principal y, por suerte, la programaron varias veces en el Gran Teatro Español. La obra me encantó y Guimerà se ganó un rinconcito en mi podio de autores favoritos.

Después, y como era habitual, nos acercamos al Café Español. Echo de menos la inmensa nave de más de un centenar de mesas redondas alrededor de las cuales se amontonaban obreros e intelectuales de la ciudad, gitanos, cancerberos de las casas de juego y trabajadores del puerto. La mezcla, la bizarra convivencia de mundos tan diversos, convertía el lugar en una torre de babel social. Alcohol, tabaco y humanidad componían el aroma con el que se brindaba.

Los grandes ventanales de madera, verticales, llegaban hasta el techo iluminando durante el día las palabras y los deseos de los cafeteros o enmarcando, por la noche, sus

pecados y disputas. En el Café Español se podía ver a lerrouxistas, anarquistas e incluso monárquicos soportándose unos a otros gracias a las copas y al buen ambiente que en él reinaba. Y es que el propietario, Josep Carabén, era un mago de las relaciones sociales.

Josep confiaba en la condición humana y, sobre todo, en el bolsillo de sus clientes. Tras una barba cuidada con minuciosidad, unas elegantes gafas y un peinado siempre correcto, se agazapaba un hombre con centenares de caras. Me divertía cuando Josep, Pepet, proclamaba la república independiente de su bar. Carabén reconstruyó el local después del gran incendio que afectó al café y al teatro, y quiso que no se instalaran puertas en él. Su local debía ser «la casa de todos». Fue refugio de dramaturgos de poca monta, músicos desconocidos y actores que querían intercambiar ideas y tópicos ejerciendo el deporte nacional: las tertulias carentes de sustancia que el alcohol suscitaba.

Encontramos una mesa libre de milagro. Dos amigos de Joan, compañeros de Can Batlló, nos invitaron a acompañarles al vernos perdidos entre la muchedumbre. Tomamos asiento incómodos, rodeados de gritos y un hedor penetrante. En situaciones como esa, Joan me sacaba de mis casillas. Me exhibía, espero que sin mala intención, como si fuera una posesión suya y una futura fábrica de hijos, y eso que, si no lo había entendido mal, él estaba en contra de la propiedad privada. Nada que no fuera habitual en las conversaciones entre hombres. Pero mi Joan tenía que

tratarme como a una dama, como a una *reyna jove*. Yo, callada para no polemizar, observaba mi copa de coñac e intentaba beberme aquel destilado que no me sabía a gloria pero que me ayudaba a parecer mayor.

Uno de los amigos, Miquel, no apartaba la mirada de María. Le gustaba y lo mostraba siempre que tenía ocasión. Él era regordete, tenía una cara afable y una calvicie que disimulaba bajo un sombrero desgastado por el tiempo. Se movía nerviosamente, cual prestidigitador que vendiera ilusiones, quizá para disimular sus carencias, quizá para llamar la atención de mi hermana. Pero ella se hacía la loca y permanecía en silencio, esperando la hora de volver a casa. Evitaba todo trato con Miquel que diera pie a malentendidos o a diversión. A veces pienso que solo acudía al café para que yo dejara de insistir.

Y entonces lo vi. Jaume Balcells, el amigo de Tomás, el joven rubio que parecía escapar de la normalidad burguesa, estaba sentado a pocos metros de nosotros. Sus compañeros de mesa, de apariencia estrafalaria, debatían sobre la huelga que se estaba preparando. Emocionada, se lo comenté a María, pero ella no mostró interés alguno. Al percibir Joan el tono con el que hablaba de Jaume, no pudo contener su opinión:

—Francisca, mi niña, no sé por qué te alegras tanto de encontrártelo aquí. Ve a saludarle y te tratará como una amiga, pero no olvides que en casa de los Puig serás su

criada. Se cree dramaturgo, pero aún no ha estrenado ni un cuplé. Su padre es el dueño de una de las fábricas textiles más importantes del Raval y ha prestado grandes cantidades de dinero a los empresarios del Paralelo, pero aun así no ha estrenado obra. Él alardea de simpatizar con la causa obrera, pero no es más que un bohemio estúpido que quiere cabrear a su padre.

Es curioso cómo se tejen las capas que cubrirán tu destino. Jaume podría ser una vía para entrar en el Paralelo. Tenía que pensar cómo, pero la idea, el camino, arraigó en mi cabeza con fuerza.

No fue el único pensamiento que germinó durante esa velada. El miedo irracional a que Joan sufriera, se metiera en líos o entrara en algún grupo de acción anarquista nació después de una conversación que mantuvo con sus amistades. En Barcelona se gestaba una nueva huelga que se preveía masiva, y yo no quería que Joan luchara con otros medios que no fueran la palabra. Qué sé yo, a lo mejor también lo consideraba una propiedad mía. Y es que la sutileza de los comentarios de Miquel no ocultaba sus verdaderas intenciones:

—Joan, te llenas la boca con la revolución, pero ¿cuándo vas a hacer algo realmente útil?

—¿Quién dice que no hago nada útil? Colaboro con la Soli y...

—Sí, sí, sí. El viernes iremos al congreso. Se afianzará la nueva confederación y hay rumores de que se convocará una huelga general. Dime, ¿de qué han servido las huelgas hasta ahora?

—Opinar siempre es útil. Pensar y trazar un plan es necesario. Si los tuyos negáis eso, mal vamos —dije sin poder contenerme.

Miquel me dedicó una mueca de desprecio. «Cállate, mujer», decían sus ojos.

No me gustaba la dirección que tomaba la conversación y sentía que Joan aplaudía las opiniones de aquel granuja, por eso intervine. Aunque de poco sirvió, ya que, acto seguido, Miquel pegó un sorbo a su cerveza y prosiguió:

—Ojalá los patronos tuvieran en cuenta las demandas de los obreros de buena fe. Pero a veces hay que dinamitar las negociaciones para que nos escuchen, ¿entiendes? Así se ha hecho otras veces.

—Si hablas de poner bombas —volví a intervenir—, solo traen más represión. Dais motivos al gobierno para que os metan en la cárcel.

—A ver, nena, ¿quién ha hablado de bombas?

—Mira —nos interrumpió Joan—, el congreso será un éxito. En él participarán unas ochenta federaciones

catalanas, algunas de ellas socialistas, unas cincuenta del resto del país y...

—Los socialistas solo se quejan. Tú, dime, llegado el momento, ¿estás dispuesto a luchar por la causa sin miedo a las consecuencias?

—Yo siempre estoy dispuesto.

Dos borrachos que se peleaban no muy lejos de nuestra mesa los interrumpieron. Quienes estaban cerca de ellos se levantaron y se alejaron de la pelea formando una pequeña marea humana que nos arrastró. Joan, evidentemente nervioso, tiró de mi brazo para sacarme del café y yo hice lo mismo cogiendo a María de la mano. Él se abrió paso entre el grupo de personas que contemplaban la riña y nosotras le seguimos obedientes.

Ya en la calle recuperamos la calma y, ante la insistencia de María, decidimos volver a casa, pero la conversación con Miquel resonaba en mi interior y era motivo de preocupación para mí, así que le dije:

—Joan, no te vas a poner a lanzar bombas, ¿verdad? Hablamos de vidas de...

—Las bombas no se lanzan, Francisca. No te preocupes, solo haré lo que sea necesario para la lucha, ni más ni menos.

—Pero si hay otra huelga, no quiero que te metan en la cárcel. Te echarían de la fábrica...

—Confía en mí.

Con esta facilidad se afianzaron mis dos nuevas obsesiones: aprovechar la influencia de Jaume para llegar al Paralelo y disuadir a Joan de su temeridad. Reflexionando en la cama sobre lo ocurrido, acompañada por los leves ronquidos de María, llegué a la conclusión de que únicamente tenía dos armas: cantar y actuar. No veía cómo usar los cuplés para mis propósitos, pero no debía subestimar mis dotes como actriz.

Al día siguiente, le comenté a Tomás mi encuentro con Jaume en el Español. Él me habló del sinfín de desventuras que había vivido en el café junto a su amigo, que tanta afición tenía a emborracharse en los bares de la avenida y sus alrededores. Tomás hablaba de Jaume con cariño de hermano. Me dijo que era un as dando consejos, opinando sobre las circunstancias políticas por las que atravesaba la ciudad y ayudando a mostrar enriquecedores puntos de vista a los cortos de miras. De pronto, su cara se ensombreció.

—No te gustará Jaume, ¿verdad? —me dijo.

—Sabes que en mi corazón solo cabe Joan.

Necesitaba más información y le pregunté si Jaume tenía alguna influencia sobre los teatros del Paralelo, ya que me

extrañaba que no estrenara sus obras. Tomás me contó que su amigo lo evitaba por cobardía y que, a pesar de que él mismo había intentado que diera el paso, Jaume camuflaba el miedo tras su natural elegancia.

—Sabes, he leído tres de sus obras, y las tres contienen ideas revolucionarias que no serían bien vistas entre los Balcells. Esa es una de las excusas que da cuando los directores de teatro con los que se corre alguna que otra juerga se lo preguntan.

—Entonces él debe de estar conectado con la avenida, con el mundo del espectáculo.

—Con las academias de vedetes, querrás decir.

—Sí, eso también.

—Creo que prestó dinero para que se fundara una de ellas, pero no te lo sabría decir. Francisca, te dije que te pagaba las clases si lograbas combinarlo con...

—Tomás, muchas gracias por tu ofrecimiento, de verdad, pero entiéndeme. No quiero deber ningún favor a tu familia. Además, si se enteran... A día de hoy me dan cama y comida, no puedo jugármela.

Si algo sabía con certeza es que no quería depender de Tomás. Y no podía pedirle dinero a Joan; ni siquiera sabía si tenía suficiente para pagar el alquiler de la buhardilla.

Parecía que la única opción era Jaume, pues era persona ajena a cuanto me rodeaba, adinerada y un apasionado del Paralelo. Tomás me dijo que su amigo almorzaba los jueves en el Español. Ahora, en la distancia, creo que si le hubiera expuesto mis circunstancias y deseos, Jaume me habría ofrecido el dinero sin objeciones. Pero la Francisca de entonces no creía en la bondad y la generosidad de las personas. Tenía que atacarle por otro flanco, conquistarlo a través de sus debilidades, despertar en él el interés por escucharme, convertirme en un fruto prohibido para él, inalcanzable. Y urdí mi plan.

Dos días después me planté en el Paralelo. Sinceramente, me avergüenza contar mis desvaríos de los siguientes días. ¡Estaba tan nerviosa y emocionada! Enfilando la avenida con mi propósito en el horizonte, oí la campana de un tranvía que advertía de su presencia y competía con el ruido de los carros de caballos que transportaban pescado, las voces de los vendedores de diarios y las conversaciones de los transeúntes. A pesar de que eran las once de la mañana, unos pocos cafés que estaban abiertos acogían a los borrachos más madrugadores.

Ni el traje azul marino formado por una elegante falda larga y una chaqueta, ni la blusa de seda blanca, ni los guantes de piel, tomados prestados del armario de Pilar, que se encontraba en Vilassar con el resto de la familia, eran garantía de éxito. Y de esa guisa llegué al Español. Parecía una joven de casa pudiente, aunque ellas no frecuentaban

esas latitudes. Supongo que por eso mi entrada en el café atrajo la atención de los hombres que estaban en el local. Quizá está mal que lo diga, pero yo poseía esa pretendida belleza burguesa que triunfaba en las revistas y en los *music halls* del momento.

Enseguida localicé a mi objetivo y me acerqué a él. Avancé nerviosa entre los cafeteros mientras me preguntaba si Jaume me reconocería. Ingenua de mí, no había contemplado tal posibilidad. ¿Y si me tropezaba? De nada servía atormentarme con tales pensamientos porque pronto alcancé la mesa de Jaume.

—¿Es usted Jaume Balcells, el aspirante a dramaturgo? —le dije.

—¿Y usted es? —respondió con una mezcla de sorpresa y expectación.

—Puede llamarme María.

Mi descaro al sentarme en una de las sillas vacías no pasó desapercibido. La duda me atacó de nuevo. Las criadas somos invisibles a los ojos de los señoritos. Nuestros breves encuentros en casa de los Puig se habían basado en momentáneas interrupciones de su conversación para servirle, realizadas por un fantasma con uniforme. A pesar de eso, mi ropa y mis fingidas maneras me transformaban en otra persona. Imposible que me reconociera.

—He oído decir que usted tiene contactos en la academia de cuplé del Gordito y a mí me gustaría aprender a cantar. ¿No podría usted ayudarme a entrar? Me han dicho que no admiten a cualquiera.

—¿Por qué debería yo favorecer a una completa desconocida cuya voz no he oído nunca y puede que suene como el graznido de un pato?

—Ah, perdone, me habían dicho que es usted un hombre influyente.

Jaume soltó una escandalosa carcajada que se unió al coro de risas de sus compañeros de mesa. Yo sonreía sin apartar la vista de mi interlocutor, escondiendo el halo de inseguridad que podía traicionarme.

—Mire, se nota que no es usted de por aquí. Si quiere entrar en una academia, solo necesita dinero. Así que pídaselo a su papaíto. Y si no se lo da, pregunte por ahí cómo ganarlo. Aunque debería saber que una dama no tiene muchas opciones en esta ciudad.

Lancé una mirada coqueta y me levanté. Una miga de incomodidad y una rebanada de excitación alimentaban los ojos del joven mientras decía:

—Aunque también puede enamorar a un hombre adinerado para que la apadrine, señorita.

Me relamía. Mi propósito empezaba a cobrar forma.

—Perdonen las molestias. Dicen que en el Español hay más caballos salvajes que caballeros.

El jolgorio se reavivó y yo avancé hacia la puerta del local. No quise alargar más el momento; cuanto más breve, menos posibilidades de cometer errores. Sea como fuere, creía que el primer paso de mi plan se había coronado con éxito.

De vuelta a casa por la avenida, recordé lo que me dijo la gitana: debía experimentar los sueños como si fueran realidad. Con extraordinaria certeza supe que me convertiría en una estrella. Y en el futuro, cuando Jaume me suplicara que llevara al escenario uno de sus textos, lo trataría con la misma condescendencia. Ya se sabe, cuando pasan cientos de cometas bajo tus pies, no sabes si estás volando o si caminas del revés.

Capítulo X

El siguiente fin de semana se celebró el Congreso Nacional de la CNT. Fue precisamente cuando la confederación tomó el nombre como definitivo, y Joan asistió. Estuvo cargando muebles y sillas, y ayudando a habilitar las salas que le dieron cabida; no se perdió ni una sola ponencia. En aquellos tiempos, su discurso se radicalizó, y también los métodos de lucha que defendía. La impaciencia, o quizá la impotencia, hacía que hablara con una ansiedad inédita hasta aquel momento. La urgencia de la juventud, como diría Ramón. Quien lucha por una vida mejor y siente la victoria tan lejana, o se resigna o se radicaliza.

Joan me contó cómo se habían desarrollado las diferentes sesiones, pero yo apenas recuerdo detalle alguno. Se tomaron decisiones que condujeron a la CNT hacia la potente organización obrera en la que acabó convirtiéndose. Seguían debatiendo el procedimiento para conseguir las ocho horas diarias de trabajo y para establecer un salario

mínimo, y acordaron que Zaragoza se convertiría en la sede del Comité. Se discutió largo y tendido sobre la huelga general, por supuesto. Las cuencas mineras vasca y asturiana acababan de declararse en huelga. En paralelo, el entramado de fábricas de Terrassa y Sabadell también habían convocado un paro. Tras el congreso se declaró la huelga general, que se extendió rápidamente por todo el país. Creía firmemente que Joan cometería alguna locura y que le perdería para siempre, delirio que tatué en mis miedos como verdad absoluta. Así nació mi temor y así se apoderó de mis pensamientos.

La ambición y la desconfianza me llevaron directa hasta el día de las mentiras. Bueno, acabo de bautizarlo así. Podría ser un buen nombre para una gran obra, pero lo que sucedió aquel martes no fue más que una pantomima.

El lunes posterior al congreso se convocó la huelga general y los Puig seguían en Vilassar, con Juana, Ramón y el resto del servicio. Se avecinaban días tumultuosos y doña Teresa no quería vivir situaciones incómodas. Así las cosas, me sentía libre para urdir las tretas necesarias para que Joan no hiciera una locura durante la huelga y para ganarme el favor de Jaume.

Para frenar a mi amor, necesitaba la complicidad de María, que reaccionó con contundencia cuando le conté mis intenciones: ella no iba a colaborar en semejante disparate. Aun así, la persuadí, le conté las preocupaciones que me

quitaban el sueño, fundadas en la conversación que Joan y Miquel mantuvieron en el Español, y que ella presencié. Finalmente lo conseguí, María dio su brazo a torcer, no sin antes prevenirme: si era mi pretendiente, debía confiar en él, no podía tratarlo como a un niño. Yo asentía aunque no la escuchaba. Solo quería que me ayudara.

Al día siguiente salió apresurada de la residencia de los Puig en dirección a Sants. Se presentó al amanecer en casa de Joan y le dijo que yo había enfermado. Hacía horas que tenía una fiebre muy alta y los médicos no encontraban la causa. Le pidió que no saliera de la buhardilla para estar localizable y que no se acercase a casa de los Puig. Los miembros del servicio no podíamos recibir visitas bajo ningún concepto, a no ser que fueran familiares, y en una situación extrema. Si bien es obvio que aquello era una locura, mi cabeza lo contemplaba como un plan perfecto, ya que la espera de noticias debía retenerle en casa.

Cuando María volvió, me encontró en la habitación poniéndome otro vestido de Pilar. Entró cabizbaja y afectada, de modo que ni se dio cuenta de lo que hacía. Mentir a Joan le causó una aflicción innecesaria, y es que María se había encariñado con él. Tarde a tarde, habían construido una amistad que ella no quería traicionar.

—Ay, Francisca, mientras se lo contaba, Joan me miraba horrorizado. El terror de quien puede perder a un ser querido asomaba en sus ojos. No me gusta tomar parte en

esto. Sí, ya sé que debería haberlo pensado antes. Y espero que nunca me hagas a mí algo así. Quiero decir, yo, si te perdiera...

No permití que mi hermana terminara la frase porque me lancé a sus brazos. Quería que sintiera mi calor, mi gratitud, mi calma. A pesar de su resistencia, su cuerpo aflojó y cedió a mis caricias. Hacía semanas, quizá meses, que no nos abrazábamos.

—Sé que le estoy causando una angustia indecible, pero es la misma angustia que me causa a mí su temeridad, el mismo miedo que tengo a que tu tristeza no desaparezca nunca.

María se distanció unos centímetros de mí. Algunos mechones de cabello cubrían su rostro pero no podían ocultar sus lágrimas, que se precipitaban hasta la barbilla. Le aparté el pelo e intenté consolarla.

—María, no llores. Saldremos de esta.

—Repites lo mismo una y otra vez. Pero ¿y si nada cambia? ¿Y si seguimos prisioneras en esta casa para siempre?

Mientras ella hablaba yo intentaba subirme la cremallera del vestido que atravesaba la espalda de arriba abajo, pero no lo lograba. Mi hermana, que seguía con su sentido discurso, me apartó las manos del tirador y lo consiguió.

—Aunque, ¿qué hay de malo en la vida que llevamos,

Francisca? ¿Te has parado a pensar que quizá a mí me gusta? ¿O que a lo mejor soy incapaz de llevar otra vida distinta?

Yo no tenía respuesta porque sabía que sus dudas escondían cierta dosis de engaño. Así que decidí abrazarla para no fatigarla más. No obstante, María tomó entonces conciencia de la ropa que me acababa de poner y me apartó con brusquedad.

—¿Se puede saber qué haces vestida así? No es momento para juegos, hay huelga en la calle. ¿Acaso no recuerdas lo que sucedió cuando llegamos?

—Hermana, tengo que ir a ver a Jaume y...

—No quiero saberlo.

Mi plan para encontrarme de nuevo con Jaume era supuestamente más sencillo. El viernes de la semana anterior había llegado una invitación para el señorito Tomás. Él estaba en Vilassar, así que no la vio. El primogénito de los Rull se congratulaba de invitarle a un almuerzo en su residencia. En medio de un contexto político y social tan incierto, los jóvenes influyentes se reunían para debatir sus posiciones sobre el conflicto o, lo que era lo mismo, cómo mantener su estatus en el futuro.

No me cabía duda de que Jaume iba a asistir, se movía en los mismos círculos que Tomás y, por supuesto, o por lo que se decía de él, no se perdía ninguna oportunidad en la que

pudiera defender sus ideas reformistas, que siempre apoyaban las posiciones de la causa obrera. Pensaba esperarle bajo el portal de los Rull para simular un encuentro casual y, con cuatro palabras convincentes, conseguir una audición en uno de los teatros de la ciudad. Aunque parezca mentira, entonces no me parecía tan absurdo como ahora.

Así pues, tomé prestado otro vestido elegante de la señorita Pilar y salí de la residencia de los Puig ignorando los gritos de los trabajadores que surgían de los rincones más fabriles de la ciudad. Caminaba por la calle mientras observaba los comercios cerrados y el ajetreo reivindicativo en el empedrado. Cuando localicé el portal, y mientras inspeccionaba la calle para decidir cuál era el mejor punto para un encuentro fingidamente fortuito, oí una voz a mis espaldas.

—Parece que la mujer misteriosa no solo se personifica en el Español.

Era él y yo reaccioné hecha un manojo de nervios. No esperaba verle tan de sopetón, sin haber escogido un escenario en el que me sintiera segura. Sin embargo, aquello reforzó la pretendida casualidad. Me tranquilicé, convencida de que poco había que perder, así que le respondí:

—Hombre, el dramaturgo que no estrena obra. En esta calle no encontrará ningún teatro.

Recuerdo que en aquel instante le miré a los ojos y me fijé con más detalle en su rostro. Debo reconocer que me dejó sin aliento, estaba guapísimo. Fue la primera vez que Jaume despertó en mí ese sentimiento, que aparté de mi mente tan rápido como pude.

—Ni usted ninguna academia —respondió él.

Sonreí y a la vez me inquieté. Pensé que si no sacaba un tema meloso, iba a perder su atención. Pero Jaume no tenía ninguna intención de dar por terminada la conversación.

—Es curioso, me pidió ayuda pero no me dijo cómo encontrarla —apuntó.

—Es curioso, le pedí ayuda y se rio de mí. Quizá por eso no le dejé dirección alguna. Además, una dama no entrega referencias al primero que pasa.

—Una dama no sueña con convertirse en actriz.

—Y un joven adinerado no simpatiza con ideas socialistas.

No me libraba de la tensión que me producía hablar con él. Tenía las manos sobre mi barriga y las movía nerviosamente, cruzándolas y descruzándolas.

Jaume se quitó el sombrero y, jovial, se acarició el pelo con la mano derecha. Acto seguido, volvió a cubrirse e inspiró resignado.

—Se lo repito, ¿cómo voy a ayudarla si ni siquiera la he visto cantar? ¿Está usted tan segura de que tiene buena voz?

—La mejor de la ciudad, no lo dude.

—Prepare dos o tres canciones, la escucharé. Si su talento me conquista, si demuestra ser la artista que cree ser, la ayudaré.

No me dio la sensación de que fuera una trampa, sus intenciones parecían sinceras. Sin embargo, una parte de mí temía que me convirtiera en un cazador cazado.

—Me parece justo.

—Entonces, ¿cómo puedo localizarla?

—No se preocupe, yo me pondré en contacto con usted, señor Balcells.

Le di la espalda, me gustaría decir que con elegancia, y, aunque no la vi, percibí una sonrisa detrás de mí. Caminé firme, segura, eufórica. Como mínimo, el papel de pequeña burguesa lo bordaba. No sé ni cómo me aguantaba a mí misma.

Las consecuencias de nuestros actos tienen alma propia, libre albedrío y espíritu traicionero. De vuelta a casa, pensaba en las tres canciones que escogería para la audición. Debían causarle una gran impresión. Andaba tan absorta en

mis pensamientos que no lo vi. Joan me esperaba en la esquina de casa de los Puig, apoyado en la pared, abatido y con los brazos cruzados. No tuve tiempo de esconderme. Es más, hubiera sido ruin. Él levantó la vista y me vio. No tardó ni un segundo en separarse de la pared y acercarse enojado. Pocas veces una situación me ha dejado tan petrificada.

—Así que estás enferma, ¿eh? ¿Por qué me mientes? —vociferó.

Me observó con detenimiento y se fijó en mi vestimenta. Representaba la viva imagen de lo que más odiaba. Supongo que por eso dejó que la razón abandonara a las palabras que salían de sus labios:

—¿Y qué haces vestida así? ¡Pareces una ramera rica!

—Un segundo, mi amor. —Necesitaba ordenar mis pensamientos. Me acerqué e intenté abrazarle—. No te enfades. Verás, es que no quería que hicieras una locura.

Se apartó de mí y, con los ojos cerrados, dio un puñetazo contra la pared. Yo contemplaba la escena como si no fuera una de sus protagonistas, como si fuera una simple espectadora de una obra de teatro extraña, ajena e indescifrable. Creo que ni respiraba. Joan separó los nudillos de la pared y se hicieron visibles unas gotas de sangre que se precipitaron al suelo. Entonces abrió los ojos y observó su mano, sorprendido.

—Pensé que te iba a perder. ¿No lo entiendes? Las personas no somos muñecos con los que jugar. Me cago en la hostia. ¿Qué coño te pasa?

—Por Dios, mira tu mano.

Me acerqué y le cogí de la muñeca, no sé muy bien por qué. Él la retiró con celeridad, pero no hizo ademán de apartarme.

—Perdona, mentirte ha sido un gran error, soy una estúpida, lo sé. Pero ¿y si te pillan poniendo una bomba y te matan? ¿Y si te meten en la cárcel?

—¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Que soy un asesino? ¿De verdad no se te ocurrió que me iba a presentar aquí para ver cómo estabas?

Sería por el dolor de la mentira, por la desconfianza o por la sangre que salía de sus nudillos, pero sé que en aquel momento me odiaba. La calle no existía para mí, ni ninguno de los transeúntes, ni carros que transportaban personas, ni los portales, ni el relinchar de los caballos, ni los gritos de los huelguistas, ni la mujer que arrastraba a su hijo adolescente de la oreja porque se había sumado a un piquete. Solo pensaba en el perdón de Joan y en el mareo que turbaba mi entereza.

—Perdóname, mi amor. Te juro que no lo he hecho con mala intención.

—Cuando he llegado, he llamado a la puerta del servicio, claro. Los Puig han vuelto, que lo sepas. Me ha abierto una mujer. No te voy a engañar, parecía enfadada. —Joan pasó del desconcierto al enojo—. Déjame en paz, ¿me oyes? Estamos en medio de una huelga general y tú... ¿tú qué coño te has creído? A veces te comportas como una niña tonta.

Joan me dejó a solas con mi vergüenza y se alejó con su disgusto a cuestas. Yo lo llamé, lo perseguí corriendo e intenté abrazarlo por la espalda. Todos intentos vanos, pues, sin girarse siquiera, me dedicó unas míseras palabras.

—¡Que me dejes! ¿Me oyes? Lo que has hecho hoy no tiene nombre. Y no quiero ni saber de dónde vienes.

Mi cuerpo se detuvo en seco. Seguía disfrazada con el vestido de Pilar y tenía las mejillas bañadas en lágrimas. ¿Era un adiós? Caí de rodillas al suelo. Había tentado mi suerte, pero no me daba cuenta de ello. Lo quería todo.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que oí otra voz a mis espaldas. Era don Manuel, el portero, me preguntaba qué me había sucedido y si me encontraba bien. Él, con su habitual discreción, me ayudó a levantarme y me condujo a la portería. Ahora soy consciente de la exageración y el drama con el que afronté aquella discusión. Sin embargo, aún no entendía que las riñas forman parte del amor.

Ya en la escalera del servicio, apenas pisé el primer peldaño

intenté respirar hondo y sonreír al aire, tal como me había aconsejado Ramón, pero fui incapaz. Me sequé las lágrimas con una mano y me esforcé por enderezarme. Con cada escalón que subía aumentaba mi arrepentimiento, el convencimiento de que debería haber escuchado a mi hermana. Además, Juana me esperaba en el rellano, de pie y con los brazos cruzados. Inspeccionó mi aspecto y no dijo nada. En su mirada podía leer su decepción.

—Ve directa a tu habitación antes de que alguien te vea vestida así. Allí hablaremos —fueron sus únicas palabras.

Crucé el umbral bajo su fría expresión y avancé por el pasillo que me vio llegar por primera vez, que Josep y sus amigos enfilaron aquella maldita noche, que mi hermana y yo recorriamos todos los días para ir a dormir.

Ya en la habitación me desplomé sobre la cama. Juana entró detrás de mí, cerró la puerta de un portazo y permaneció callada. Alcé la vista. El enfado había desaparecido de su rostro y dejó paso a la preocupación. Juana cruzó las manos sobre su delantal, irguió la espalda y abandonó su adicción a las normas. Una brisa fresca se colaba por la ventana y anunciaba que el otoño no andaba lejos. En aquel momento odié que entrara tanta luz, pues me permitía ver a la perfección el rostro doliente del ama de llaves. Yo no soportaba aquel silencio.

—¿Por qué han vuelto antes de lo previsto? ¿Ha pasado algo?

—Eso no importa ahora. Imagínate que Pilar o los señores te hubieran visto llegar así. Francisca, mírate. ¿Qué te pasa?

No supe qué responder. Me incorporé y me senté en la cama, con los hombros encogidos, las manos sobre las rodillas y los ojos centrados en las baldosas del suelo.

—Se ha presentado tu novio preguntando por tu enfermedad. Apareces con un vestido de la señorita. Debería echarte, ¿lo sabes?

Me daba igual el trabajo o el dinero, lo que no soportaba era ver el disgusto de Juana.

—Supongo que... supongo que lo único que puedo decir es que lo siento.

—Eres muy afortunada de servir en una casa como esta, con unos señores tan generosos y comprensivos. ¿Sabes lo duro que es trabajar en una fábrica? La vida trae suficientes desgracias para que tú causes todavía más. Me has decepcionado.

Mi padre. ¿Cómo nos consiguió mi padre aquel trabajo? ¿Tuvo que hacer algún sacrificio que yo estaba a punto de echar a perder? El recuerdo de mi madre, su ausencia y la angustia que aparecía cuando pensaba en ella, salió por mis

lagrimales. Intenté explicarle a Juana lo que ni yo misma sabía.

—Lo siento, no sé qué me pasa. El mundo es injusto. No quiero hacer daño a nadie, pero no quiero ser una sirvienta. Soy solo una mujer y nadie tiene en cuenta que...

Ella suspiró sin moverse ni un milímetro. Cerró los ojos y me interrumpió.

—Eso que dices no es cierto. Nos insultas. Insultas a tus compañeros. Todos aquí estamos orgullosos de ser quienes somos, del trabajo que hacemos. Sí, quizá no disfrutamos de lujos, pero incluso el dinero, si no tienes claro cuál es tu lugar, es una condena.

—El problema es que no encajo en esta casa.

—Haz lo que quieras, Francisca. Pero si deseas continuar aquí debes seguir las normas. Es lo primero que te dije y yo ya no sé ni cómo... —Juana apartó la mirada y se estremeció—. Mira, hace años cometí un gran error. Me equivoqué, mi niña, y mucho. Era joven, mi situación y mis aspiraciones eran otras, y por necia tomé decisiones fatales. Escúchame bien. Pedí un dinero que no podía devolver a gente de mala vida. Fui incapaz de cumplir los plazos y vinieron a casa para reclamarlo. Yo no estaba. Mi... mi marido se encaró con aquellos hombres, y ellos, a cambio, le pegaron una paliza. Un infortunio durante la pelea acabó con

la vida de mi bebé. Y luego aquellos indeseables también se llevaron a mi marido al otro mundo para no dejar testigos. Al menos eso es lo que la policía me dijo.

Se me heló la sangre y me embargó una tristeza aún mayor si cabía. Abrí la boca para respirar o para decirle lo mucho que lo sentía; sin embargo, ella no dejó que hiciera nada más que escucharla.

—Cuando te comportas como una irresponsable, mi niña, los demás sufren. Te lo dije el día que llegaste.

Aunque intentaba contenerse, el ama de llaves estaba llorando.

—Yo... —empezó a decir, pero se detuvo un momento y miró por la ventana antes de proseguir—: Yo solo quiero lo mejor para ti. Y espero que no te equivoques como lo hice yo. —Tras una pausa, volvió a su tono más autoritario—. Hemos vuelto porque hoy hay una cena importante en casa. Tienes dos opciones: o haces la maleta y te vas, o te pones el uniforme y subes a trabajar. Si optas por la segunda, compórtate, porque te juro que la próxima vez no tendré más remedio que echarte. No puedo dar la cara por alguien que se comporta de un modo tan irresponsable.

Oí su respiración acelerada, contenida, mucho más humana de lo que imaginé posible cuando la conocí. Me dejó sola en la habitación con un dilema que no tardé en resolver.

Me quité el disfraz, me puse el uniforme, subí al principal y me sumergí en aquel mundo de prisas y órdenes. Juana me dedicó una sonrisa cómplice, leve, de alivio. Se acercó, me colocó bien el delantal y me pidió que ayudara a mi hermana a limpiar el comedor. Rápidamente, cogí un trapo y obedecí sin pestañear. Me acerqué a María, que me preguntó si me encontraba bien. Contesté afirmativamente y ella sonrió y me dio un beso en la mejilla. A continuación, ambas nos pusimos manos a la obra.

La tarde pasó en un abrir y cerrar de ojos. La lista de tareas rozaba con lo imposible. ¡Debíamos organizar una cena que no estaba prevista en medio de una huelga general! En realidad, formábamos un gran equipo, y las indicaciones de Ramón y de Juana eran claras y efectivas. Si alguien podía lograrlo, éramos nosotros. Limpiar y preparar las estancias que iban a albergar a los invitados, decorarlas y mover muebles, seleccionar la cubertería y los platos, preparar la ropa que los señores y sus hijos iban a lucir y que acusaba el viaje en baúl desde Vilassar...

María y Juana, en la cocina. Daniel y Paula adecentando el salón. Ramón y una servidora, en el comedor. Disfrutaba de la preparación de la mesa porque se había convertido en un momento íntimo entre el mayordomo y yo. Planchar los manteles y extenderlos, colocar los platos y las sillas de acuerdo con el número de invitados y luego acompañarlos con los cubiertos, para acto seguido disponer los vasos y las copas, y, por último, la decoración. Mi tarea favorita:

encender los candelabros. Era la guinda que coronaba el pastel. Significaba que estábamos listos para acoger a la alta sociedad barcelonesa. Con las emociones de la mañana y el ajetreo de la tarde, no pregunté quiénes eran nuestros comensales. Joan era para mí un pensamiento recurrente y agobiante, solo interrumpido por las decisiones que debía tomar para cumplir con mis obligaciones. En mi cabeza se repetía una y otra vez nuestra pelea, trataba de pensar, sin éxito, las palabras que debería haber empleado para calmarle.

Ramón recibió a los invitados mientras yo preparaba las primeras bebidas, que se sirvieron en el salón. Veinte personas disfrutarían del gran banquete, pero antes había un aperitivo a base de embutidos, queso y las sonrisas protocolarias. Entonces, Jaume y Tomás hicieron su aparición en la sala. El día de las mentiras no había terminado aún. En el mismo momento en que los vi, me giré hacia las botellas y serví quién sabe qué tipo de bebida en qué tipo de copas. La mala suerte no tenía intención de soltarme, no me daba tregua ni se compadecía de mí.

Cuando organizábamos eventos como aquel, arrimábamos los sofás a las paredes para que los invitados pudieran conversar y descansar libremente en la espaciosa estancia. Yo me mantuve en un lateral del salón, en un intento por camuflarme para no ser descubierta. En estas estaba cuando doña Teresa se acercó y me dijo:

—Hola, Francisca. Esta cena es importante. No des rienda suelta a tu indiscreta imaginación y trata de no llamar la atención.

La señora volvió junto a un grupo de mujeres que parecían destripar a la esposa de algún empresario y observé que Jaume se unía a ellas. La sala se convirtió en un cúmulo de formas y colores carentes de orden y concierto. Las voces producían un ruido estrepitoso que me aturdí al tiempo que una angustia indescriptible se esparcía por mi vientre. Temía que Jaume me reconociera y me descubriera delante de la familia. Me costaba respirar. En ese momento Ramón me hizo volver al mundo de los vivos.

—Francisca, deja las nubes que allí hace frío y aquí necesito tu ayuda. Por favor, ¿puedes servir el vino?

Cogí una bandeja con seis o siete copas y las distribuí entre los asistentes. Sistemáticamente evitaba la zona por la que merodeaba Jaume buscando siempre su espalda. Los hombres y las mujeres allí congregados acuñaban la moneda de la sofisticación. Ellas vestidas de color negro como mandaba la temporada, adornadas con pendientes y colgantes que valían el sueldo de toda una vida. Cuerpos por fin sin corsés, que paulatinamente perdían el miedo al escote estiloso. Ellos, con trajes de tres piezas acordes con el decoro que demandaba el evento. Conversaciones triviales, acicaladas con maquillaje y buenas maneras.

Obedeciendo la orden de don Julià, Ramón hizo pasar a los Puig y a sus invitados al comedor. Josep apareció de improviso aunque eso no me afectó, suficientes pesares soportaba ya. Por voluntad de Ramón continué ocupada en la noble empresa de servir la bebida en la mesa, lo que me calmó un poco, convencida de que si rellenaba las copas y los vasos de los comensales antes de que se vaciaran, pasaría más desapercibida. No veía el momento de salir corriendo de allí.

Los invitados se colocaron en sus posiciones y la cena comenzó con un caldo que fue del agrado de todos. Ramón orquestaba la maniobra de entrada de las soperas, que Daniel y Paula vaciaban en los platos de los comensales. Inevitablemente, la conversación viró hacia el tema de la semana.

—Parece que ha surgido definitivamente una nueva organización de trabajadores. Debo decir que es peligrosa. Sería mejor que...

Jaume no me miraba, al contrario que Tomás. Su descaro podía ponerme en el punto de mira de su amigo. Botella en mano, me acerqué a ambos y, evitando el contacto visual con Jaume, llené sus copas. Por suerte, Jaume seguía enfrascado en el debate.

—¿Pero no entendéis que las prohibiciones alimentan el conflicto? Si la ilegalizan, crearán otra o se organizarán en la

clandestinidad y los altercados se perpetuarán. Tenemos que encontrar un punto medio.

—Estoy perdiendo dinero. Parar las fábricas es lo opuesto a pedir un punto medio. Ellos son los primeros que no quieren conversar.

Las opiniones se sucedían y aquellos plutócratas defendían sus intereses a sabiendas de que con su actitud alentaban el conflicto. No tenían miedo, eran conscientes de que una vez sofocada la huelga, el orden social establecido hasta el momento permanecería inalterable. Yo no perdía de vista las copas e intentaba pasar desapercibida cubriéndome la frente con el pañuelo y poniendo todo el sigilo en cada paso que daba. Al fin me comportaba como la sirvienta perfecta.

Llegó el momento del pescado y entraron las bandejas. Parecía exquisito y venía acompañado de verduras al punto. Con el nuevo plato, aumentó la demanda de vino. No sabía qué posición me ponía en más evidencia, si servir a don Martí, que se sentaba delante de Jaume, o al propio Jaume. Andaba elucubrando sobre estas cosas cuando advertí que la copa de mi verdugo se había vaciado. Me acerqué a él antes de que me lo pidiera; al percatarse de mi presencia, se giró y me observó con desdén, me ignoró mientras le servía, enzarzado en una nueva discusión, y cuando consideró que tenía suficiente vino en la copa, me lo indicó con un leve gesto.

Después de ese momento me invadió la calma. Comprendí que por cercano a la causa obrera que Jaume creyera estar, no dedicaba ni un segundo de atención al servicio que desempeñaba sus funciones durante una velada de esa clase. Yo era una de ellos.

Cuando las botellas que había en el comedor se terminaron, fui a por más. En el pasillo respiré aliviada: la velada finalizaría pronto y yo saldría indemne, pero pocos segundos después se abrió la puerta que acababa de cruzar. No le di importancia. Sin embargo, mientras me dirigía a la cocina, una voz interrumpió mi camino.

—No sabía que las chicas de buena familia de Barcelona se sacan un sobresueldo trabajando en las casas de la burguesía.

Por supuesto, era Jaume. Se acabó, ya lo tenía todo perdido. Le pediría perdón, lo despacharía con rapidez y abandonaría mis ambiciones artísticas. Me giré y le vi haciendo gala de la seguridad que le proporcionaba su estirpe, con la mano derecha descansando en el bolsillo del pantalón. Quizá tardé un poco, pero le respondí.

—Supongo que no todos podemos arreglar el mundo mientras saboreamos una buena comida.

—¿Qué hay de malo en comer en casa de unos amigos?

Iba a contestarle con mi habitual impertinencia, pero me

mordí la lengua. Un bozal me habría sido de utilidad, aunque, por suerte, no lo necesité.

—Señorito Jaume, siento el engaño. Entenderé que quiera delatarme, pero, por favor, ahora mismo este trabajo es lo único que tengo. Le ruego que...

—Ya la podría haber delatado el jueves pasado, cuando vino a verme al Español, pero no lo hice. Tampoco voy a hacerlo hoy.

—¿Me está diciendo que me reconoció?

—Pues claro, una mirada tan descarada como la suya no se camufla con facilidad. Además, Tomás siempre habla de los debates literarios que mantienen. ¡No habré oído historias sobre usted!

—¿Por qué no me ha delatado? —le pregunté, sintiéndome estúpida por lo ingenua que había sido.

Jaume permaneció unos instantes en silencio. Sacó la mano del bolsillo y se apartó el flequillo que le molestaba en la frente.

—Ahora compartimos un secreto, así que deje de hablarme como si fuera su amo. ¿La verdad? Me divertía su pequeño teatro. Me pareció interesante, una mentira fresca en una ciudad de embusteros aburridos.

—Tiene razón. Soy una payasa, una inútil que no sabe ni domarse a sí misma. Sea como sea, le dejaré en paz. Seguiré con mi vida y...

—¿Quiere ser cantante?

—¿Cómo dice?

—Que si realmente desea ser cantante.

—Sí, claro, pero...

—Decidido, prepare tres canciones y la escucharé. Si es tan buena como dicen, la ayudaré sin pensarlo dos veces.

Capítulo XI

El día de las mentiras acabó siendo un horror de jornada que me regaló una semana de arrepentimiento y angustia, y, con el tiempo, una anécdota que aún hoy me hace sonreír. Recuerdo que después de la cena bajé las escaleras que unían un piso con otro y que le conté a María todas las desventuras que había vivido en las horas anteriores. La oscuridad nos cobijaba con la nocturnidad de los penitentes. Yo hablaba sin control, como si contarlo rápidamente minimizara los errores.

—Mira, ya tienes material para escribir un cuplé —se limitó a decir María cuando acabé mi relato.

Mi reacción no se hizo esperar: lo que inicialmente fue una leve sonrisa, pronto se transformó en una carcajada. Yo lloraba y reía a la vez, y mi hermana se contagié y se desternillaba. Sin duda no era una mala idea, ya que tiempo después escribiría un cuplé llamado «Mentiras».

La huelga de septiembre de 1911 supuso otro fracaso para la lucha obrera y, como consecuencia, se ilegalizó la CNT. De hecho, la semana terminó con quinientos detenidos solo en Barcelona. Por suerte, Joan no fue uno de ellos, pero entonces yo lo desconocía. Quería disculparme con él y no sabía ni por dónde empezar. Lo sucedido me carcomía por dentro y dudaba de si llegaríamos a reconciliarnos. Pasé la noche en duermevela, asediada por pensamientos negativos.

Dos o tres días después empecé a mandarle una carta diaria, siempre con el mismo contenido, cuatro palabras: «Lo siento. Te quiero». Pensaba continuamente en él, quería hablarle, pero no quería forzar un encuentro sin que mi delito hubiera prescrito. Y así se sucedieron dos semanas más. La rutina de la casa y el ensayo de las tres canciones para la audición ocuparon todo mi tiempo. Quería fijar una fecha con Jaume, pero no reunía el coraje suficiente para hacerlo. ¿Y si mi sueño se desvanecía porque realmente no tenía talento?

Un jueves por la tarde, estaba yo ordenando la cubertería en el comedor cuando Juana entró sigilosamente y cerró la puerta para anunciarme que Joan estaba en la calle esperándome. Me recomendó que bajara a hablar con él, aunque me advirtió de que no tardara mucho. «Cuéntale tu verdad», me dijo. Así que salí por la puerta del servicio y bajé las escaleras con lentitud, apoyándome con fuerza en la barandilla, con la mano deslizándose a trompicones por el

pasamanos y conteniendo un impulso que, de haberlo seguido, me habría llevado a mi habitación para esconderme debajo de la cama.

Ya en el vestíbulo, lo vi de espaldas a través de los cristales de la puerta, tenía las manos en los bolsillos. Vacilé antes de pisar la calle, pero de nada servía postergar nuestro encuentro. Me armé de valor y salí.

—Hola.

—Hola.

—Lo siento —dijimos los dos a la vez.

Le pedí perdón por haberle engañado y no haber confiado en él, por haberle causado un disgusto innecesario. Él, a su vez, se disculpó por haber reaccionado tan violentamente y por no haber comprendido que mis acciones no pretendían más que prevenirle, cuidarle.

—Francisca, prométeme que no me engañarás nunca más, ¿me lo prometes? —Yo asentí y él prosiguió—: Tengo una sorpresa para ti. Este domingo iremos al Paralelo, y dile a tu hermana que venga, llevaré a mi prima Mercè, que acaba de volver a la ciudad. Las sacaremos a pasear a las dos.

—De acuerdo. Gracias, Joan. Muchas gracias por ser tan comprensivo. Pero dime, tenías planes de...

Él permaneció unos segundos callado.

—Sí.

—No quiero que lo hagas.

—Y yo no quiero que te conviertas en vedete. Pero respeto tu decisión. Mira, por el momento me he apartado de esas actividades, aunque sé que algún día habrá que dejar la moral a un lado si queremos vencer. Puede parecerte drástico, pero así es la vida.

Nos abrazamos y nos besamos hasta perder el aliento. Una muestra de afecto excesiva para la calle de Aribau, pero necesaria para el corazón de dos enamorados sin experiencia.

Llegó el domingo y mis nervios se manifestaban con movimientos impulsivos que yo no podía controlar. Caminaba sin rumbo por la casa buscando tareas en las que ocupar el tiempo. Deseaba verle, desvelar la sorpresa, pasar una tarde agradable con él y con mi hermana. María se reía de mí y me decía que mi verdadero talento no era el canto sino salirme siempre con la mía.

Nos enfundamos en nuestras mejores galas y nos acercamos al Paralelo. En cuanto pisamos la avenida, vislumbré a Joan en la distancia y corrí hacia él para comérmelo a besos. Los sentimientos florecían de nuevo a pesar de que la ciudad daba la bienvenida al otoño. Pasados

unos segundos, o minutos, Joan me apartó con delicadeza y se formó un círculo. Entonces recordé que estaba acompañado.

—Esta es Mercè, mi prima. Acaba de volver a la ciudad. Ha empezado a trabajar en la Trinxet. Me hace mucha ilusión que os conozcáis. Mercè es como una hermana para mí.

La chica tenía una figura atlética y delgada. Vestía una falda marrón que arrastraba sin darle importancia y una chaqueta ajustada sobre una blusa blanca. Su cuerpo contrastaba con su cara angelical, afable. De tez más bien redonda, poseía, como Joan, un leve achinamiento en unos ojos del color de la lava. Una belleza irreverente y difícil de catalogar.

Tampoco su carácter iba acorde con su constitución. Creo que soy optimista si la describo como extremadamente retraída. Se encontraba en medio del jolgorio del Paralelo y parecía abrumada y preocupada por dejar paso a los transeúntes. Como un gato en un nido de ratas, no se perdía ningún detalle de lo que sucedía a su alrededor. María la apadrinó con entusiasmo explicándole las grandezas del Paralelo mientras Joan y yo nos besábamos.

—Francisca, vamos al Arnau. Por lo visto actúa una artista nueva que ha dejado deslumbrados a crítica y público. Se llama Raquel Meller y debutó hace poco. Dicen que su «Ven y ven» es incluso más atrevido que el de La Fornarina. Para que entiendas el revuelo que causó su primera actuación,

Eugeni d'Ors le dedicó una de sus glosas en *La Veu de Catalunya*. Estoy seguro de que te va a encantar.

Con el tiempo nos contaron que la Meller había cantado en otros teatros y cafés, pero vendieron su primera actuación en el Arnau como un debut para otorgarle cierta solemnidad al estreno. Más tarde me enteré de que cobraba cuarenta pesetas por actuación, más de lo que ganaba un obrero a la semana. Sin duda, mis aspiraciones crecían cuando escuchaba esas barbaridades.

Por aquel entonces, el Arnau tenía una fachada sobria, lisa y con dos hileras de ventanas, una de cuatro y otra de seis, que exhibían dos rombos en las vidrieras. En ella colgaban unos llamativos carteles hechos de lona que cambiaban antes de cada función. La austeridad exterior chocaba con la calidez del interior.

La estructura de madera creaba una atmósfera especial, personal, casi salvaje. Sillas acolchadas en la platea y bancos en la balconada que formaba un palco octogonal. Los listones del suelo daban a las pisadas una característica propia, un ruido bello y contundente que anunciaba la llegada o la salida de los espectadores. El escenario, a metro y medio del suelo, culminaba en un arco de yeso decorado con relieves florales. El Arnau me parecía un lugar hogareño, aunque no sabría argumentar esa impresión. Era un teatro de barraca que proporcionaba ritmo y vitalidad a la avenida.

Sentada en mi butaca, apoyaba la cabeza sobre el hombro de Joan. Que él me llevara a ver a la vedete del momento, que se preocupara por mi pasión, me sabía a bendición.

Se abrió el telón y se sucedieron varios números, hasta que llegó el turno de la Meller. Su aparición bajo los focos me dejó indiferente. La Raquel de 1911 no tenía una figura excesivamente esbelta, más bien me pareció delgaducha. La cara angulada y la nariz pronunciada le otorgaban una belleza que no se podía comparar con la que cultivó años después. El tiempo jugó a su favor.

Sin embargo, mientras ella avanzaba hacia el centro del escenario, percibí el garbo y la sensibilidad que definían cada uno de sus movimientos. La sonrisa pícaro y el arqueado de los ojos la dotaban de un misticismo particular. Era bella en esencia, pero no por unos rasgos concretos. El arte de Raquel crecía con cada nota y cada paso de baile.

Y empezó a cantar «La violetera».

*Como aves precursoras de primavera,
en Madrid aparecen las violeteras
que pregonando parecen golondrinas
que van piando, que van piando...*

La voz no destacaba por la técnica ni por la potencia, pero transmitía más vida y más experiencias que la mayoría de las cancionistas que había escuchado. Dotaba a los graves de un

matiz humano que brotaba de su boca con naturalidad, y a los agudos, de una afinación precisa y cálida.

*Llévelo usted, señorito,
que no vale más que un real.
Cómprame usted este ramito,
cómprame usted este ramito
pa' lucirlo en el ojal.*

Raquel Meller contaba una historia con caricias y movimientos sensuales, sugerentes, que se movían entre lo obscuro y lo celestial. Ella actuaba como una diosa portentosa y yo estaba a punto de convertirme en su fiel devota.

*Son sus ojos alegres, su faz risueña,
lo que se dice un tipo de madrileña.
Neta y castiza que si entorna los ojos
te cauteriza, te cauteriza.*

El público se divertía y disfrutaba de las maneras de la aún joven Raquel. Ella no parecía nerviosa ni insegura, interpretaba a una violetera de Madrid que no tenía otra intención que vender flores a los señoritos. Los asistentes seguían con atención la danza de las manos, que a veces ascendían hacia el infinito y otras se pegaban a su cadera, acompañándolas en su movimiento a la par sugerente e ingeniosamente coreografiado. Me imaginé actuando como ella, suscitando en los espectadores las emociones que

estaba despertando en mí, observando cómo Joan admiraba mi salero con los ojos de un idiota enamorado.

Los focos se apagaron y el júbilo se desbordó. Salimos a la calle eufóricos, repasando las grandezas de lo que acabábamos de presenciar. Mi cabeza revisaba y describía las canciones a una velocidad que mi boca no alcanzaba a pronunciar con detalle. Joan me miraba divertido, congratulándose de su gran idea. María y Mercè parloteaban sin respirar, parecían viejas amigas a pesar de que se acababan de conocer. Al fin, la suerte se ponía de nuestro lado.

Al día siguiente, escribí a Jaume y él me respondió con una invitación. La audición tendría lugar en su casa. Su propuesta no me dejaba muy tranquila, pero tampoco se me ocurría otro lugar donde llevarla a cabo. Así que acepté diciéndole que mi hermana y yo asistiríamos encantadas.

María había terminado un vestido perfecto para la ocasión. De media manga y rayas amarillas sobre fondo negro que hacía destacar el color. Ajustado pero ancho por la parte baja, ceñía lo suficiente para ser elegante y sugerente a la vez.

Me preocupaba la indumentaria porque necesitaba convencerlo, en cierto modo seducirlo, y debía lograrlo sin cruzar ninguna línea que me comprometiera. No lo voy a negar: una parte de mí deseaba besarlo, pero escondía tales

deseos en el fondo de la culpa y la negación, como si ahí no tuvieran efecto sobre mí. Debía encandilarlo con mi talento; él era un humanista y sabría apreciarlo.

Aguardé impaciente la cita. En el portal de los Puig, María y yo nos encontramos con Tomás, que para entretener la espera conversaba con don Manuel. Sabía que Jaume me había convocado y deseaba acompañarnos para animarme. Miré a mi hermana con cierto recelo, ya acumulaba suficientes nervios como para añadir una distracción. Sin embargo, su presencia y la de María aseguraban que no iba a suceder nada más allá de lo pactado. Mi hermana me cogió de la mano con firmeza, hacía meses que no lo hacía, tiró de mí y permitió que Tomás nos acompañara, siempre y cuando permaneciera callado durante la audición.

Pronto llegamos al edificio de los Balcells. Tomás nos guiaba y yo le seguía por inercia, consciente de la importancia del momento.

—Por cierto, chicas, quiero contaros algo. Empecé un noviazgo con Carmela, una amiga de mi cuñada. Creo que... —me miró a los ojos— es la definitiva. Por fin me siento preparado para sentar la cabeza.

No entendía por qué nos lo contaba en un momento tan crucial. Tomás y la inoportunidad. Si quería desconcertarme, no lo conseguiría. Cruzamos el portal con rapidez y subimos las escaleras con tanta agitación que apenas reparé en el

vestíbulo. Recuerdo unas vidrieras de colores que decoraban los enormes portones de madera y una barandilla de hierro forjado de la escalinata, inspirada en los bosques que rodeaban Barcelona.

Nos abrió una doncella e inmediatamente nos dijo que la acompañáramos. El recibidor de la residencia de los Balcells debía de ser, por lo menos, el triple de grande que mi habitación. La decoración, un gran espejo al que los invitados se encaraban al entrar y un ornamentado perchero de madera que podría albergar los abrigo de media ciudad, se completaba con un retrato de la familia a modo de bienvenida. Enfilamos un luminoso pasillo y enseguida nos detuvimos ante una puerta de doble hoja, acristalada, lo suficientemente opaca para que no se viera con claridad lo que había al otro lado. Se oía música y un ruido confuso, como si hubiera un nutrido grupo de personas en el interior de la estancia. Tomás entró en ella y nosotras le seguimos. Había una quincena de jóvenes, bailando al ritmo de dos músicos o conversando, algunos de pie, otros sentados en las sillas y los sofás, con una copa en la mano y varias botellas de cava descorchadas encima de una mesa. Con la llegada del otoño, las chicas lucían vestidos no tan floridos, más sobrios que en verano. Tanto María como yo nos sentíamos fuera de lugar. Tomás fue directo al encuentro de Jaume, que se levantó para saludarle. Acto seguido se encaminaron hacia donde estábamos nosotras.

—Pensaba que venía por una audición —dije mientras los observaba a contraluz.

—Dulce como un pastel de chocolate, sí señor. —Jaume sonrió condescendiente—. Buenas tardes, señoritas, y disculpe, Francisca, cuando acepté su propuesta no recordaba que ya había convocado esta reunión de amigos.

—¿Sabe que hemos tenido que pedir un favor especial para poder salir un martes a estas horas?

—No siga, por favor, y siéntense. Debo contarles algo.

Noté la desconfianza de María, también yo compartía esa misma sensación. Los chicos fueron a por dos sillas que estaban libres y se sentaron junto a nosotras. Los allí reunidos nos observaban de reojo y no sin recelo. Me sentí ridícula y vulgar, como un mono de feria, pero dispuesta a escuchar lo que aquellos dos charlatanes querían proponernos.

—¿Les apetece beber algo? —preguntó Jaume.

—Perdone que le importune —intervino María—, pero si no hablamos del futuro de Francisca en la academia, mejor será que...

—Así que el mal genio viene de familia. En fin, escuchen con atención porque tenemos buenas noticias.

—Sí —dijo Tomás, que no quería quedarse atrás—. Está todo solucionado. En marzo empezarás las clases en la academia.

—Pero ¿cómo...?

—El Gordito le debe un favor a mi padre, así que se han puesto de acuerdo y le concederá a usted una especie de beca. Si aprovecha la oportunidad, tendrá la puerta de los teatros abierta.

—Pero yo nunca he... Pensaba que iba a evaluar mi talento y luego... No sé si lo merezco.

—Francisca, piensa tus palabras —dijo Tomás impaciente—. ¿De verdad vas a rechazar esta oferta?

Aquello fue una encerrona, una falta de respeto, o al menos eso pensé en aquel momento. Estuve varios días preparándome la audición, y ellos no tuvieron en consideración el tiempo y el esfuerzo que le había dedicado. ¿No deberían, al menos, escucharme? Me sentía como si me encontrara delante de dos niños que se entretenían con una muñeca a su merced. Sin embargo, había una beca sobre la mesa. Debía aceptarla, no se me ocurría alternativa.

—Claro que no. Supongo que... Sí, claro, claro que la acepto, gracias. Muchas gracias.

Mi hermana presionó de nuevo mi mano. Los dos chicos

sonrieron y Jaume nos trajo una copa para cada una. María y yo nos sentíamos muy pequeñas. Habíamos sido invitadas a una fiesta distinguida, aquello era mucho más de lo que podían soñar dos criadas como nosotras y, además, acababan de ofrecerme una oportunidad única. Pese a todo, me sentía como si estuviera dentro de la boca del lobo.

Capítulo XII

Es curioso el apego que tomamos a los objetos. Esta mesa sobre la que escribo, por ejemplo. El día que llegó a casa aún nadábamos en la abundancia del amor, y quizá por eso se convirtió en un símbolo de nuestra pasión. Aquella mañana desayunamos en la cama. Yo no tenía función, Joan no trabajaba y ambos necesitábamos descansar. Disfrutábamos de las pequeñas cosas de la vida diaria, aquello que no apreciamos hasta que nos lo arrebatan. Cuando nos trajeron la mesa, la estrenamos entre besos y caricias. Alegrías del pasado. ¿Cuántos años habrán pasado desde aquel día? El pequeño Joan aún era un bebé y yo había conseguido actuar en varios teatros de la ciudad.

Ahora que escribo mis memorias, mis recuerdos o como quiera que deba llamar a este compendio de sinrazones, los objetos se revelan como algo importante, me transportan a instantes concretos, olores y sensaciones que a veces no distingo con claridad. Como el ascensor que instalaron en la

finca de los Puig en la primavera de 1912. Canalejas llevaría año y pico en el poder y parecía que la Mancomunitat iba a crearse al fin. Desde Cataluña se pretendía unificar las cuatro diputaciones provinciales en un solo organismo administrativo y, para ello, el gobierno debía aprobar en ambas cámaras una ley que lo permitiera. La Xirgu triunfaba en teatros de ricos y también de pobres, y la Meller recibía las alabanzas de los asiduos al Paralelo. La guerra de Marruecos continuaba y, si los hombres no pagaban las mil quinientas pesetas que los libraban de ir al frente, debían embarcarse rumbo al sur para luchar por los intereses coloniales de un país que hacía agua. En respuesta a la fuerte oposición que la movilización despertó en Cataluña, Canalejas estableció el servicio militar obligatorio, medida que hizo hervir la sangre de los jóvenes y no tan jóvenes barceloneses. Empezó a gestarse entonces un enfrentamiento entre la ciudad y el gobierno que marcaría la década. Mientras tanto, parte de la burguesía vivía aquella coyuntura con total despreocupación y se entretenía con el deporte o, lo que era la última moda, los parques de atracciones.

Por aquel entonces, ya se habían instalado ascensores en algunos edificios de la ciudad y nosotras los mirábamos desde la distancia, a través de la puerta de entrada. Era admirable, una caja de madera con gente en su interior se elevaba por las entrañas de los inmuebles. Durante unos meses don Julià no pasó mucho tiempo en Barcelona.

Encadenó largas estancias en el extranjero, enfrascado en los negocios, en compañía de sus amantes. Doña Teresa, mientras tanto, se volcó en proyectos que la mantenían ocupada, como la construcción del elevador de la finca.

El día que nos lo anunció, convocó al servicio en el salón. Juana se afanó para que estuviéramos preparados a la hora indicada. Como si de una audiencia del rey se tratara, nos tuvo esperando unos minutos en el pasillo y en absoluto silencio. Aquel mismo pasillo había albergado encontronazos con Tomás, regañinas de Juana y conversaciones con mi hermana. ¡Cuánta importancia damos a las habitaciones principales, pero cuántas experiencias vivimos en las antecámaras de la vida!

Cuando doña Teresa nos llamó, entramos. Estaba radiante, con una sonrisa de oreja a oreja, engalanada con un vestido de manga larga y color rojo satén que acababa de recibir de París. A su lado, sentado en la butaca contigua, su hijo Tomás.

—Como sabéis, el señor Julià y mi hijo Josep se encuentran en París en una estancia de negocios. Pilar también ha tenido que ausentarse, debía atender unos asuntos relacionados con la boda que no podía eludir. Así pues, a Tomás y a mí misma nos ha tocado convocaros para comunicaros una gran noticia.

Juana nos miró, a mi hermana y a mí, de reojo. Le respondí

con una sonrisa que ella me devolvió. Estábamos de pie, divertidas, nerviosas porque no sabíamos lo que nos iba a contar.

—Vamos a instalar un ascensor de la compañía Ersce en la finca. Durante unos meses habrá que soportar las molestias de las obras, pero estamos seguros de que el resultado final será beneficioso para todos. El servicio de esta casa podrá usarlo cuando cargue pesos, y también los domingos por la tarde. Esperamos que...

Durante los últimos meses, doña Teresa y Tomás consiguieron acercarse y su relación mejoró notablemente. La soledad une. Ante la ausencia del resto de la familia, la señora se arrimó a ese gran desconocido para ella, su hijo mediano. Tomás, a su vez, abrazó a su madre, a la que siempre le había reclamado cariño, pese a que ella se había mostrado gélida con su descendencia. De vez en cuando iban al teatro, cenaban juntos, hablaban y se hacían compañía mutuamente. Tomás empezaba a encontrar su lugar en el mundo: la novia, la madre, los estudios, la amiga. No desaparecieron las salidas de tono, pero parecía más entero, más sereno, más comedido. Hablo de ellos con condescendencia, pero yo misma era incapaz de ver el muro que se había levantado entre mi hermana y yo. Qué sé yo.

María se percató de que no escuchaba el discurso de la señora y me lo recriminó con un codazo. Lo cierto es que yo hacía lo que podía por atender, pero tenía la cabeza en otro

lugar. Se avecinaban cambios, tantos que no me veía capaz de afrontarlos: iba a dejar la casa de los Puig para vivir en la buhardilla con Joan, empezaría a trabajar en Can Batlló para poder asistir a las clases por las tardes y aún no había juntado el valor necesario para contárselo a María. Demasiada información en tan pocas palabras.

Las dudas son villanas disfrazadas de inteligencia. Si eres débil, son cadenas que te retienen; si eres fuerte, son caricias que pueden dejarte cicatrices. Me encontraba en el albor de una vida que me parecía maravillosa y a la vez irreal. Juana no dudó en enumerarme lo arriesgado de mi decisión cuando hablé con ella aquella misma mañana:

—¿Vivirás con un hombre sin casarte con él?

—Juana, confíe en mí, todo irá bien.

—Bien o no, no sé si sabes dónde te estás metiendo. Si ese hombre no es tu marido, te puede abandonar sin dar explicación alguna. Y ya no te recuerdo que es pecado porque no quiero oír tus blasfemias. Y tú quieres ser artista. ¿Sabes qué tipo de mundo es ese? Sospechaba que te lo habías planteado, porque cantas y porque tienes demasiados pájaros en la cabeza. Pero ¿una academia? Y, por otra parte, ¿sabes lo duro que es trabajar en una fábrica?

Fue la primera y la última vez que Juana me habló a semejante velocidad. Nos encontrábamos en la cocina

cuando le pedí unos minutos para charlar. Ella, con cierta curiosidad, me invitó a acompañarla mientras se comía una manzana. Le describí mi plan, mi despedida, mi nueva vida, y, poco a poco, su rostro pasó de la alegría al asombro y del asombro a la preocupación. Primero apoyó los brazos sobre la mesa y, acto seguido, se dejó caer sobre una de las sillas en las que habitualmente nos sentábamos para comer.

—Francisca, debería evitar que cometas el error de tu vida, pero te conozco y sé que cuanto diga o haga no servirá para nada. También debería decirte que si te vas ahora, no vuelvas nunca. Pero no puedo. Mientras dependa de mí, tendrás trabajo en esta casa. ¿Y qué dice tu hermana de todo esto?

—Aún no he podido contárselo.

—Pues hazlo. Y ahora déjame, estoy triste, triste porque veo que vas a echar tu vida a perder.

Sin pensarlo, me acerqué a ella y la abracé, gesto que recibió contrariada, pues no era mujer de afectos. Ella demostraba su amor permaneciendo a tu lado, ayudándote sin que lo percibieras. Si te caías, te recogía sin inmutarse, se recolocaba el moño y seguía con sus quehaceres. No obstante, bajó la guardia y me devolvió el abrazo. A veces, cuando me siento triste, recuerdo aquel instante y los pesares se alejan como el polvo ahuyentado por el plumero.

Por la tarde se lo conté a mi hermana. Fue en la habitación, a traición, aprovechando que bajó para descansar un rato. Lo hice con una liturgia que creía necesaria dada la importancia de la noticia; no obstante, María se quedó impertérrita. Ella lo intuía, solo desconocía el cuándo. A pesar de que hacía meses que había recuperado la alegría y las ganas de vivir, la distancia entre nosotras había crecido como aquellas semillas que, una vez plantadas, se rodean de malas hierbas. Supongo que no hubo una razón concreta. En los momentos importantes aún permanecíamos una al lado de la otra, pero el haber omitido aquella fatídica noche en nuestras conversaciones nos había distanciado. Yo vivía demasiado pendiente de mis ocupaciones, de Joan y de aprender más canciones, y ella solo hablaba de Mercè.

La tarde en que se conocieron, nació una bonita amistad entre ambas. Se veían los domingos y en ocasiones propicias. Según me contaba, conversaban sobre la vida, intercambiaban complicidades y chismes sobre la alta sociedad barcelonesa. Bueno, María los contaba y Mercè escuchaba divertida, ya que en la Trinxet ignoraban los cotilleos de la gente distinguida. A mí, los celos me carcomían, me daba la sensación de que me había sustituido. Los días pasaron, las palabras no fueron pronunciadas y la rutina y el fantasma de Josep avivaron nuestro distanciamiento.

Me dolió la indiferencia con la que María reaccionó a mi marcha. Lo sé, soy la reina del drama, soy actriz, va con el

hábito. Pero ella se limitó a decirme que se alegraba por mí, que me deseaba suerte y que esperaba que me casara con Joan. Tenía miedo de que mi decisión la dañara, que llorara desconsoladamente cuando se lo contara o que me rogara que no me fuera. Pero no había previsto una posibilidad que me hizo más daño que todos los escenarios imaginados. Sea como fuere, traté de alargar la conversación intentando recuperar la complicidad del pasado.

—Vendré a verte siempre que pueda. Lo hago por nosotras. Ya verás, en breve ganaré mucho dinero y compraré una casa en la que las dos seremos felices.

—Deja de decir sandeces, Francisca. Lo haces por ti. Este es tu camino. Deja de meternos a ambas en el mismo saco, no me debes nada.

¿Cómo convencerla de lo contrario? Sus palabras me herían, quizá por eso también este recuerdo se volvió difuso, opaco. María tenía su vida, una vida de la que yo no sabía nada.

La mañana de mi partida cargué una maleta entera con mis pertenencias. Llegué a Barcelona con cuatro harapos y dejaba mi primer hogar con una maleta llena a rebosar. La señora Teresa permitió dar una pequeña fiesta en mi honor. Aún me emocionan los sentimientos encontrados que despertaba mi despedida. Me deseaban suerte a la vez que, estoy segura, criticaban mi decisión a mis espaldas.

Me abrazaban, me decían que me echarían de menos, me pedían que no los olvidara. ¿Cómo hacerlo? Recuerdo que abrí la puerta del entresuelo, la cerré a mis espaldas, y bajé por última vez la escalera del servicio con la maleta a cuestas y lágrimas que me emborronaban la visión. Por fin llegó el día tantas noches soñado, impregnado de aquel pavor irracional que paraliza las más arraigadas ilusiones, que te encara a las posibles consecuencias de tus decisiones.

Cuando alcancé la entrada del edificio, me encontré con una marabunta de hombres que metían maderas y herramientas inverosímiles. El progreso llegaba a la finca de los Puig simbolizado por el ascensor. En el exterior, Joan me esperaba nervioso, con la gorra entre las manos. Quería despedirme de don Manuel, pero estaba demasiado ocupado intentando dirigir el caos de los obreros. Así que aceleré el paso, crucé el umbral y me dejé llevar por el calor de Joan.

—Seremos tan felices, mi amor.

—De eso no tengo duda. Pero esta casa me ha dado mucho y a la vez...

—Todo va a ir bien, confía en mí.

Joan no entendía cómo iba a costearme la academia del Gordito, no se creía la versión que le di, que doña Teresa me pagaba las clases. Por supuesto, si le decía la verdad, si le

contaba que Tomás y Jaume tenían algo que ver, se opondría rotundamente. Por eso decidí mentirle. Y es que, en el fondo, él tampoco se sinceraba conmigo. Asentía cuando le hablaba de mis sueños, pero esperaba de mí todo lo contrario. No había boda en el horizonte, pero él confiaba en que llegaría. Además, mi mudanza y el hecho de que ambos trabajaríamos en Can Batlló lo satisfacía lo suficiente para no rebelarse en contra de mis aspiraciones artísticas, a las que veía como un capricho pasajero que perecería cuando el instinto maternal se abriera camino. Me lo contó años después, admitiendo que había sido un iluso.

Los últimos meses junto a Joan habían sido hermosos. Respetábamos, aunque solo fuera de palabra, la voluntad del otro. Sin embargo, las primeras horas en su buhardilla fueron extrañas. A pesar de que hablamos, reímos e hicimos el amor, me sentía desubicada. Y cuando llegó la noche, Joan esperaba que yo preparara la cena.

—Querido, sabes de sobra que la cocina no es lo mío. No sé ni por dónde empezar —le dije sin ambages.

Joan sonrió, se levantó de la cama y se dirigió hacia la cocina. Cualquier otro hombre se habría enfadado o me habría obligado a aprender, pero él hirvió patatas, una coliflor y un par de zanahorias y me prometió que al día siguiente compraría carne y algunos alimentos más sabrosos. Y allí, en la cocina, de pie, después de encender el fuego y pelando patatas, mencionó a su madre. Me contó

que había muerto en la fábrica por culpa del mal estado de una de las máquinas. No quiso darme muchos detalles; era evidente que, a pesar de los años que habían pasado, aún le costaba hablar de ello con naturalidad. Luego siguió contándome anécdotas sobre su familia:

—Nos criamos los cuatro casi solos. Mi padre trabajaba como un burro para que pudiéramos comer e ir a la escuela. En cuanto pudimos, nos pusimos a trabajar sin pensarlo porque mi padre ya era mayor, estaba cansado y triste. A pesar del tiempo transcurrido, aún le costaba respirar sin sentir cerca el aliento de mi madre. Por eso tuve que aprender a cocinar, porque mi padre no sabía ni freír un huevo sin incendiar la casa. Y aquí estoy, en esta buhardilla que conseguí gracias a los favores de un amigo de mi tía, la madre de Mercè, por la que pago muy poco.

Joan se fue de su casa cuando la relación de su padre con el alcohol resultó ser más estrecha que la que mantenía con la realidad. Tenerme en su buhardilla significaba volver a formar parte de una familia. Por eso se sentía tan feliz. Cuando Joan acabó su relato, lo abracé por la espalda. El contacto de mi cuerpo relajó sus músculos. La historia que había relatado desprendía belleza, humanidad, ternura. Pero yo estaba muy lejos de escuchar su verdadero significado. Supongo que somos lo que nuestras heridas nos dejan ser.

—Hablas poco de tu madre, aunque te entiendo —me dijo mientras ambos preparábamos la mesa.

—Lo sé. No hay mucho que contar, murió cuando yo era pequeña. De hecho, viéndote pelar patatas me he acordado de algo. Había temporadas en que comíamos lo mismo noche tras noche: patata hervida y pan. Para distraernos, ella se inventaba que nos encontrábamos en un banquete que daban los dueños de un castillo y nos hacía actuar como si fuéramos miembros de la realeza. Teníamos que pronunciar el nombre de un manjar exquisito cada vez que nos llevábamos un bocado a la boca. «Francisca —dije, imitando la voz de mi madre—, ¿cómo sabe tu guisado de buey?», y nos inventábamos platos imposibles como estofado de unicornio o caldo de duquesa. Nos reíamos mucho. Mi madre era bastante payasa, la verdad.

Nuestra buhardilla era el palacio de Joan y constaba de una sola estancia. La puerta estaba en el extremo izquierdo y, al entrar, lo primero que se veía era la cama y un armario que llegaba hasta el techo, triangular, de madera. A la derecha, una vieja cocina de carbón cuyo óxido pedía perdón por haberse comido parte del azul celeste original. Al lado, una pequeña despensa y un ventanal grande con una generosa repisa, y una mesa y dos sillas que hacían las veces de comedor, despacho y sala de lectura. Nuestro nido de amor.

Aquella noche no dormí bien. Daba vueltas y vueltas en la cama, me asaltaban las dudas y temía estar en un sueño del que despertaría en breve. Empezaría a trabajar en la misma fábrica que él, conocería su vida, las jornadas eternas de las que siempre hablaba. Harta de no poder conciliar el sueño,

cogí una hoja de papel y un lápiz, y me dejé llevar por la inspiración. Escribí unos versos que se convertirían en «El anarquista», uno de mis cuplés más famosos y la primera canción que le dediqué a Joan.

Los primeros días de mi nueva vida fueron agotadores aunque excitantes. Días en los que mis expectativas se cumplían, se difuminaban, se truncaban. Días en los que aprendí, me desvelé, asumí los cambios, encontré un equilibrio. Una conocida decía que soñar y descansar son verbos contradictorios.

Recuerdo que caminé por la Gran Vía de la mano de Joan y observé Can Batlló desde la lejanía. El conjunto de naves que la formaban me pareció colosal. No sé si era tan grande como otras fábricas que se habían levantado en Sant Andreu o en el propio Sants, no obstante, yo la percibí como un gigante todopoderoso.

—Hace unos treinta años, en la zona de La Bordeta —me contó Joan—, no había más que cuatro masías dedicadas al cultivo de hortalizas. Uno de los hermanos Batlló, Joan Batlló, instaló aquí esta fábrica. Su inauguración convirtió a muchos de los campesinos en obreros.

—Entonces, los Batlló contribuyeron a que mucha gente tuviera trabajo —dije.

—Mira, no te fíes del patrón. Sus hermanos maltrataron y

sofocaron las protestas y las pretensiones de lograr una mejora laboral en la fábrica de Les Corts. Creo que odiaban tanto a los trabajadores que por eso la cerraron. Habrá gente que te hable bien del señor Batlló; yo no le conocí, ahora son sus sobrinos quienes regentan la fábrica.

Deseaba descubrir el interior y el proceso de fabricación de las telas. Joan me había descrito la fábrica con tanto detalle que me parecía que conocía cada uno de sus rincones. Sentía la felicidad del cerdo que no sabe que lo van a sacrificar. Lo viví como un juego de inciertas consecuencias, unas horas que debían pasar antes de reinar sobre el Paralelo.

—A finales del siglo pasado, la fábrica producía al máximo rendimiento. Ahora, el negocio no va tan bien. El nuevo siglo no ha traído buenas noticias para el sector. De hecho, hace unos años echaron a muchos trabajadores. Si no me equivoco, hoy debemos de ser unos ochocientos.

A medida que nos acercábamos, nos encontrábamos con más y más obreros que, a paso acelerado, se dirigían al trabajo. Dormidos o risueños, chismorreaban y comentaban los desvaríos de la política estatal o el cabaret exótico que habían visto en el Suri.

—Bien, si no recuerdo mal, hay activos setecientos telares y más de veinte púas de hilar. No me mires así, cuando te enseñen tu cometido entenderás mis palabras.

Aquellas palabras parecían pertenecer a otro idioma y el desconcierto que me causaron se manifestó en mi semblante. Joan se dio cuenta y me pidió que no tuviera miedo. Candela, la tejedora que me iba a recibir, me enseñaría los entresijos de la fábrica. Con las olas de inmigración y la bajada general de la producción, Barcelona no ofrecía tanto trabajo como a finales del siglo anterior. Por eso debía mostrarme agradecida, encontrar un hueco en Can Batlló no era entonces tan sencillo como años atrás. Miré de nuevo la fábrica. La nave principal atrajo mi atención, quizá más que la enorme chimenea que expulsaba humo sin tregua. El edificio, de obra vista y ataviado con ventanas que dejaban pasar los primeros rayos de luz, parecía una ballena que agrupaba un conjunto de barcos pesqueros a su alrededor.

Entramos en el recinto y me sorprendieron las calles fabriles donde no había otro monarca que el tocho. La decoración brillaba por su ausencia, pues cada rincón se aprovechaba para almacenar o ejecutar alguno de los procesos de confección o trata de los tejidos. Había personas desplazándose de un lado para otro con prisa y determinación, acostumbradas a aquel olor a productos químicos, tan fuerte que mareaba.

—Comienza el turno —me dijo Joan—. Es normal que el personal ande alborotado.

Recuerdo que el ruido me abrumaba, en parte porque los

telares ya estaban en marcha, en parte porque el paisaje me asustaba. En conserjería me esperaba la famosa Candela. Joan me la presentó, me dio un beso y se despidió de mí sonriendo. Creo que disfrutaba con mi carita de cordero degollado.

El cabello de Candela, castaño, no se veía aseado. Recogido bajo un pañuelo, coronaba su voluptuosa figura. Vestía una falda alta, larga, marrón, y una blusa del mismo color. Cubría ambas piezas con un delantal que en algún momento de su existencia fue blanco, pero que entonces era una mezcla de distintos colores, seguramente víctima de las salpicaduras de los tintes. Candela me pareció pura bondad. Una mujer constante, dulce, de las que acaricia a las personas con la mirada. ¿Qué podía ir mal si me recibía una mujer como aquella?

Me explicó el funcionamiento de la fábrica. Can Batlló fabricaba géneros blancos, estampados y de punto. Cuando entramos en la nave principal, no me podía creer que existiera un lugar como aquel. Era inmensa. No sabría decir cuántos metros cuadrados ocupaba, pero sí que me impresionaron sus altos techos. Las paredes, que medirían más de seis metros, terminaban en unos ventanales que iluminaban el trabajo de mis nuevas compañeras. Observaba los cilindros de un metro de alto de algodón cardado, listos para las hiladoras. Si no recuerdo mal, en la sección de los telares, estos se agrupaban en cuatro filas. El ruido ensordecía y creaba una estridente melodía debido a que las

diferentes máquinas estaban en pleno funcionamiento. Y es que en la Batlló se realizaban todos los procesos de elaboración textil. El algodón llegaba virgen y era tratado, hilado, tejido y teñido hasta lograr un género de gran calidad.

Candela me dijo que debía pasar por unos meses de aprendizaje. Durante ese período, sería su ayudanta y, después de observarme con detenimiento, decidiría si podían adjudicarme un telar. Con ella no me aburría, hablaba sin descanso.

—¿Sabes, nena? —decía—. Tengo cuatro hijos, los cuatro varones. El mayor aún no ha cumplido los once, pero dice que ya quiere trabajar. Hija, me gustaría que como mínimo hiciera algún curso más en la escuela. Sé que no será abogado ni nada de eso, tampoco es muy listo, claro, pero si aprende algo más podría llegar a contramaestre. Aunque, sí, un sueldo más no nos iría mal en casa; pero ahora están esos sindicalistas clamando contra el trabajo de los niños y, bueno, yo trabajo desde los diez años y no me ha ido mal. Claro que lo hacía en una panadería, pero mira, aquí estoy. El dinero extra nos vendría bien. Hace años que no me compro ropa. Ya ves tú, qué vida esta, no puedo comprarme los vestidos que me paso el día tejiendo. Podría pedirle a alguna de las costureras que con un retal de allí y otro de allá... Pero claro, pobres, se pasan el día con la aguja en la mano. No les voy a pedir que lleguen a casa y se pongan a coser otra vez. También me lo podría hacer yo, sí. Pero

¿cuándo? No tengo tiempo ni para respirar, y me voy a poner a coser. No lo sé, no lo sé, no lo sé, chica. Francisca era, ¿no? Pues eso. Tú eres joven y tienes la vida por delante. Tú trabaja y sé buena, para que no acabes por el mal camino. Yo soy de la zona de Castellón, créeme, sé de qué hablo. Además, aquí se hace de todo. Con un poco de suerte, descubrirás tus habilidades.

Entre anécdota y anécdota hablando de sus hijos, Candela me contaba los pasos que debía seguir para usar la dichosa máquina, y yo la escuchaba con atención. Que si urdimbre, trama, tejido. Me esmeré porque no quería terminar en la zona de los tintes. Joan me comentó que su dureza no se podía comparar con la de los telares. Los olores, las malas condiciones, las veces que había que agacharse y levantarse; mejor llevar una máquina a que el cuerpo tenga que esforzarse al límite. Trabajé tan poco tiempo y fue aquella una época tan extraña que he olvidado los detalles de mi paso por la fábrica Sobrinos de Juan Batlló. No obstante, recuerdo con claridad el agotamiento causado por el ruido, por estar de pie y por la monotonía de los movimientos.

Dos días después de mi primer día de trabajo en la fábrica debía acudir a la calle del Conde del Asalto para empezar en la academia de Copérnico, el Gordito, pero no me vi capaz de tomar un tranvía y acudir a clase. Estaba agotada.

—¿Por qué no lo dejas para más adelante? —me preguntó Joan mientras trataba de consolarme en la buhardilla.

—Porque no —le respondí—. Ya descansaré cuando dé el salto a los escenarios.

Convivir con Joan fue sencillo. Coincidíamos solo en la cama y descansábamos poco. Me levantaba muy pronto para comenzar el turno y, una vez terminado, salía volando hacia las clases. Joan cocinaba y mantenía la buhardilla como una patena, y yo me encargaba de la ropa, las compras y le ayudaba en lo que podía. Pocas personas comprendían la necesidad de mis sacrificios y se escandalizaban al escuchar el trabajo que Joan realizaba en casa. Mis compañeras de la Batlló no aprobaban que no pasáramos por el altar y no consideraban que la academia fuera a llevarme a buen puerto. Nos daba igual, nosotros estábamos ilusionados y empezamos con buen pie. Sin embargo, el ímpetu inicial se fue desvaneciendo. Notaba que la paciencia de Joan decrecía a medida que pasaban los días. Él no me sentía a su lado y eso nos entristecía a ambos.

Por las tardes, la academia del Gordito. Trabajábamos afinación, técnica, baile y movimiento. El trasfondo picante de la mayoría de los cuplés me irritaba. Entendía que iba con la profesión, los espectáculos que había visto y admirado contenían este tipo de canciones, las miradas sugerentes y las piernas destapadas. De hecho, Copérnico me decía que mis pasos de baile eran demasiado aburguesados. Lo que al principio me parecía un cumplido no lo era: significaba aburrido, hierático, altivo. Pero Raquel Meller triunfaba con una pose parecida. ¿Quizá me faltaba nervio? ¿Pasión? Yo

tendía a imitar las formas de doña Teresa y a alejarme de movimientos más pícaros. Supongo que mi estilo no ayudaba.

—Nena, mueve más las caderas, inclínate más para que se te vea el canalillo.

Comentarios como ese se repetían en diferentes tonos e intensidades. Y yo lo hacía, aunque a medias, a mi manera. La benevolencia de los primeros días dejó paso a las primeras reprimendas reales.

—Francisca, suéltate más. Nena, parece que te han metido una escoba por el culo. Sé más sensual, más emocional, más carnal.

Otros reproches que el Gordito me hacía: que no me mostraba, que permanecía tras el disfraz de una insípida niña de provincias o que no usaba el potencial de mis piernas y mis caderas. Al principio, las correcciones me alentaron a trabajar más y a poner más esmero, deseaba demostrarle que se equivocaba. Pero mi fuerza se fue diezmado al tomar conciencia de que cada jornada se presentaba más desalentadora que la anterior. Hasta que lo oí por primera vez:

—Nena, no tienes tanto talento como crees.

Pronto encontré a una amiga en medio de aquella selva de cantos. Era Anna. Por aquel entonces, era tan desconocida

como yo y se esforzaba por aprender y brillar como la que más. Existe un sinfín de habladurías sobre su origen y sus motivaciones, pero pocos conocen la realidad. Yo contaré lo que vi y observé, lo que ella misma me reveló en momentos arduos y adversos, aquellos en los que la verdad no tiene más remedio que salir a la luz.

Había llegado a Barcelona años atrás, muy joven, junto a su marido y sin saber qué le iba a deparar el futuro. Las oportunidades no abundaban en Reus y, después de contraer matrimonio, decidieron mudarse a la gran ciudad. Se hospedaron en una pensión y entraron a trabajar en Can Seixanta, una fábrica textil del Distrito V. Su marido se juntó con malas compañías y lo hallaron muerto en la calle de Xuclà al cabo de pocos meses. Anna cuenta que, aunque insistió hasta la saciedad para que encontraran a los culpables, la policía se limitó a darle largas. La veían como un incordio en un caso insignificante y carente de interés.

Jamás encontraron al asesino de su marido y Anna se quedó sola, sin dinero y con un empleo con el que apenas sobrevivía. No obstante, la pena y la soledad no la frenaron. Se debatía entre volver a su pueblo natal o espabilarse y, antes de tirar la toalla, habló con algunas chicas de la fábrica. Le recomendaron que buscara habitación en un hostel muy barato situado en la calle de la Guàrdia. Hostel Las Fuentes se llamaba. No destacaba por sus condiciones y podía cruzarse con simpáticas cucarachas, pero era asequible y le serviría como techo durante un tiempo, pensó. Además, una

de las compañeras más descaradas le insinuó que allí encontraría otras fuentes de dinero. Nunca imaginó lo que le esperaba.

Las mujeres que se hospedaban en Las Fuentes trabajaban con su cuerpo. Tenían carnet de prostituta, pagaban impuestos y habían creado una comunidad. Ella acabó ejerciendo, decisión de la que hablaba con orgullo. Hice un esfuerzo titánico para no juzgarla, pues esos mundos aún chocaban con los límites de mi moral. Además, hacía pocos días que la conocía cuando me lo reveló. Así que procuré disimular mis objeciones y aceptar su decisión. ¿Cómo una chica como ella, en apariencia tan recatada y jovial, acabó prostituyéndose?

No, no descubrí a Anna, la verdadera Anna, hasta que la vi actuar por primera vez.

A pesar de su profesión, Anna se mostraba tímida y apocada en clase. Y esa cortedad, el segundo plano desde el que se enfrentaba a la vida, desaparecía para dejar paso a la artista. Cuando comenzaba la música, Anna se transformaba en una mujer sensual, con personalidad, capaz de someter a los hombres que se interpusieran en su camino. Su voz y su porte sobre el escenario la hacían destacar por encima del resto de las chicas, solo era equiparable a Raquel Meller.

A principios de la primavera de 1912, la Meller ya era una cantante, vedete y actriz conocida en el Paralelo y más allá

de sus límites. Si no recuerdo mal, triunfaba con *La gatita blanca*, una de las zarzuelas que podrían llevar su nombre. Con ese espectáculo dejó boquiabierto al público barcelonés en la Sala Imperio y, al año siguiente, en el Pabellón Soriano. Su nombre arrastraba a numerosos espectadores que vibraban con su picaresca escénica y su elegancia. Anna y yo nos reflejábamos en su actitud y su trayectoria. Y a pesar de que debíamos fidelidad a nuestra naturaleza, ella era el patrón con el que se cortaba el cuplé.

Dos semanas, que para mí fueron como meses, habían transcurrido entre telares y ensayos. Recuerdo una noche que al salir de la academia y dirigirme al tranvía me detuve en medio del empedrado, absorta en la fachada del Español. Desconozco por qué identificaba aquel teatro como una referencia de calidad, quizá por las grandes obras catalanas que había visto en el interior, quizá porque Ramón lo defendía a menudo; el caso es que me imaginé sobre su escenario impresionando a las compañeras de Can Batlló que ganaban tres pesetas al día. Comprendí que no debía desfallecer y me prometí que mi nombre aparecería en uno de los carteles que colgaban sobre las taquillas. Por muchos gritos que recibiera en la academia, por exhausta que me sintiera, nadie me iba a detener. Ay, las palabras, son pequeñas verdades cargadas de mentiras.

La gente pagaba una entrada para distraerse: querían olvidarse de los turnos y del hastío del trabajo mecánico. Me esforzaba, Dios sabe que lo hacía, pero las críticas no

cesaban. Soportaba comentarios como «Jamás serás una vedete si no entiendes lo que te decimos». Claudicaba ante sus opiniones e intentaba asumirlas, luchando contra las malas palabras que me dedicaba a mí misma. Pero las dudas eran cada vez más severas con mi entereza y mi tenacidad. ¿Y si no servía para el mundo del espectáculo? ¿Y si Joan, los profesores, Juana, tenían razón? ¿Y si había abandonado a mi hermana para nada? Vivía mis inseguridades en soledad, no podía y no quería darles la razón.

Una noche, a mitad de mi tercera semana como obrera y aprendiz de cantante, los vi apoyados en la fachada de la acera de enfrente cuando Anna y yo salíamos de la academia. Eran Jaume y Tomás. Después del encuentro en casa de Jaume en el que me contaron lo de mi beca, los había visto algunas veces fuera de casa de los Puig. Fueron contadas meriendas o salidas al teatro. En aquellos encuentros con ambos, derribamos los formalismos con Jaume y creo que, sin más, había nacido algo parecido a una amistad. Les llamé, alzaron el rostro y sonrieron.

—Sois demasiado ricos para esperar de pie —les dije cuando nos alcanzaron.

—Y tú eres demasiado arisca para ser una vedete —dijo Jaume justo antes de dar una calada a su inseparable pipa.

—Sí, eso —comentó divertido Tomás.

Les dediqué una mueca traviesa. Acto seguido, el mediano de los Puig me dijo:

—Francisca, qué carita tienes. ¿Te encuentras bien?

Querían brindar por las primeras semanas en la academia, que les contara cómo iban las clases y mi nueva vida. La verdad es que tenía tan poco tiempo que solo echaba de menos a mi hermana. No obstante, la imagen de Tomás me trajo muchos recuerdos y ganas de charlar con él. El resto de mi antigua vida me parecía un sueño que transcurrió entre la vigilia de mi llegada a Barcelona y la mudanza a la buhardilla. Anna se apuntó mientras se preguntaba de qué conocía yo a dos jóvenes que aparentaban clase y encanto.

Nos invitaron al café concierto Sevilla, situado en el 72 del mismo Paralelo. María y yo nos habíamos mantenido alejadas de aquel local porque, según decía Joan, vivía más del libertinaje que de las copas. Por eso me mostré reticente cuando lo propusieron como opción. Además, el cansancio me invitaba a tumbarme en la cama y dormir. Sin embargo, los chicos fueron persuasivos y no pude negarme.

Una vez en el interior, la incomodidad no me abandonó. El lugar era un café de camareras sin gracia ni decoración, con mesas, gente bebiendo y fumando, y una chica cantando de fondo sobre un pequeño entarimado. Le llamaremos tablao. Con tintes ordinarios y sin dotes reales para la canción, no me detendré a recordar su repertorio. Lástima que aquella

noche no actuara alguna de las destacadas mujeres que pasaron por su irrisorio escenario. No pudimos oír el cante jondo de la Chacón ni de La Niña de Carmona.

El Sevilla albergaba una veintena de mesas demasiado cercanas unas de otras y muchos hombres divagando sobre las camareras o sobre la película que habían visto en las barracas de la avenida. Jaume me contó que cuando lo abrieron, años atrás, el nefasto estado en el que se encontraba le labró mala fama. Luego lo reformaron y se convirtió en uno de sus lugares favoritos cuando necesitaba alejarse de la actualidad. Si eso era posible, pues la avenida respiraba política, a veces incluso sobre los escenarios. De hecho, el Paralelo no estaba solamente influenciado por las corrientes socialistas y anarcosindicalistas, sino que el lerrouxismo también había calado en sus gentes. A Lerroux le llamaban «el emperador del Paralelo» por algún motivo. Su organización política, el Partido Radical, usaba algunos de los teatros de la avenida para difundir su cambiante ideario. Además, dos de sus sedes estaban situadas en el corazón de El Poble-Sec. Joan no podía ni verlo y a mí no me causaba más que indiferencia.

Nos sentamos en un rincón, el único espacio que quedaba libre. El frío mármol de la mesa contrastaba con el aire denso y viciado que se respiraba. Tomás y Jaume. Ambos nos avasallaron a preguntas. Qué ejercicios llevábamos a cabo en la academia de canto. Si nos alababan. Si nos criticaban. Quién era la más linda de la clase. Preguntas que me

parecían impertinentes pero que Anna respondía con acierto. Yo, en cambio, lo hacía con vaguedad, no quería aceptar las dificultades con que me encontraba a diario. Comenzaba a sentir que me había equivocado de sueño y que debía volver al camino trazado por mis padres, aquel que me pedía que me casara y que tuviera hijos.

Cuando vieron su curiosidad satisfecha, Jaume y Tomás desplegaron las tretas de galán de tres al cuarto que tantas veces les había visto practicar en el salón de los Puig. Jaume no soltaba su pipa y entre calada y calada dijo:

—Es una pena que un barco tan grande, el estandarte del mundo moderno, se haya hundido. Espero que no sea un presagio de lo que le puede pasar a Europa.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—El *Titanic*, Francisca —respondió Anna.

Ante mi evidente desconcierto, Jaume me retó.

—¿En qué mundo vives?

—En el del cansancio. ¿Alguien me puede explicar que ha pasado con el *Titanic* ese?

—Pues que se hundió hace pocos días. —Tomás lo dijo sin ganas, evitando revelar emoción alguna—. Era el barco más grande y moderno que se ha construido hasta ahora. Se dice

que fue un iceberg lo que lo llevó a semejante destino. Hay pocos supervivientes y las ciudades europeas están horrorizadas con el suceso.

—Chicas, si navegáramos en un barco y se hundiera, yo me lanzaría sin pensarlo al agua para salvaros.

Anna sonrió mientras Jaume le rozaba el brazo. En cuanto se vaciaban los vasos pedían otra ronda y yo deseaba frenar la vorágine. No quiero parecer narcisista, pero ambos competían por arrancarme una sonrisa y la única que se reía a carcajadas era Anna. Quería pasármelo bien, pero sufría por Joan, por si me estaba esperando, por si se preocupaba.

Al cabo de un rato, reuní el valor para irme a descansar.

—Los telares no entienden de arte —les dije.

Me levanté, indiqué a Anna que debía hacer lo mismo, nos despedimos y salimos del local con alcohol en los labios y olor a tabaco en la ropa. Ya en la calle, Anna me comentó:

—Tus amigos me encantan, eres una caja de sorpresas, Francisca.

—No son mis amigos —le respondí mientras me despedía de ella alzando la mano.

La primera discusión con Joan sucedió media hora después. Llegué a la buhardilla y él me esperaba impaciente;

primero me recibió con tono de preocupación, pero se enfadó después de percibir el alcohol en mi aliento. Me tachó de desconsiderada, me reprochó que no hubiera ido directa a casa al salir de la academia y me gritó que mi falta de consideración rozaba la crueldad. Le dije que yo no era de su propiedad y que hablándome con ese tono no se comportaba como un pensador libertario. Eso lo descolocó, pero cuando se enteró de quiénes me habían acompañado se encendió otra vez y me acusó de irrespetuosa. Y al fin lo dijo:

—Y encima vas a esas clases en vez de venir a casa conmigo.

—¿Qué tienen que ver las clases contigo, Joan?

No me dirigió la palabra en toda la noche. Se acostó y me ignoró por completo. Por primera vez sufrí una fuerte sensación de añoranza. Echaba de menos el pueblo, a mi padre, mi antigua vida, la tranquilidad del campo. Cuando llegamos a Barcelona nos carteábamos semanalmente. Nosotras le hablábamos de nuestras vivencias y él nos ponía al día de lo que sucedía dentro y fuera de las murallas de Solsona. Pero la frecuencia disminuyó y las noticias del pueblo empezaron a escasear. Creo que mi padre habría desaprobado mi modo de vida, así que mis decisiones relegaron la correspondencia a una sarta de mentiras que ampliaban mi soledad.

Me sorprendí con ganas de volver a casa de los Puig, pero mi puesto había sido ocupado por Mercè. Fui yo quien la recomendó. Creía que podía ser de gran ayuda para mi hermana, ya que se entendían a la perfección. Si no recuerdo mal, Mercè empezó uno o dos días después de mi marcha, así que era casi imposible que pudiera reincorporarme.

Al día siguiente me desperté asustada, sabiendo que debía volver a la fábrica, a las críticas de la academia, a enfrentarme a Joan. Ambos actuamos como si la conversación no hubiera tenido lugar, como si fuéramos unos amantes perfectos, como si no viéramos que nubes de tormenta se cernían sobre la buhardilla.

Capítulo XIII

Levantarme e ir a la fábrica, efectuar los mismos movimientos durante horas mientras repasaba las canciones tarareando, correr hacia el Paralelo, exponer los sentidos al canto y al baile, aguantar rapapolvos mientras perdía la fe en mi talento, volver a casa y dedicarle las pocas fuerzas que me quedaban a Joan. O perderme con Anna, Tomás y Jaume por algún café o casa de comidas mientras charlábamos y reíamos. Compaginar una cosa con otra se convirtió en mi rutina durante las siguientes semanas.

Copérnico nos recomendaba que debutáramos en un café concierto para adquirir tablas y confirmar los gustos del público, para enfrentarnos a los errores de novata más comunes, antes de soñar con los grandes teatros del Paralelo. Por aquel entonces apenas quedaban teatros y cafés de barraca, pero los barceloneses de bien

consideraban que todos los escenarios ubicados fuera de las Ramblas y el paseo de Gràcia eran antros de perversión. Yo me negaba en rotundo. No deseaba que mi voz se diluyera entre las conversaciones de lerrouxistas, comunistas, anarquistas o algún otro «ista» que desviara la atención del público. Si yo debutaba, quería una platea con butacas, sin mesas ni alcohol, en silencio y atenta a la actuación. Sí, parecía la amiga tonta de los vodeviles.

Un día nos visitó don Galán. El hombre de apellido tramposo regentaba uno de los cafés concierto de la calle del Conde del Asalto y me propuso que me uniera al elenco. Fue un halago que me escogiera a mí después de observar a todas las chicas. Rechacé la oferta amablemente porque, si bien la idea de abandonar la academia me causaba cierto alivio, me resistía a los tablaos de segunda. Don Galán aceptó la derrota recordándome que las puertas del local estarían siempre abiertas.

Las visitas de Tomás y Jaume se repetían un par de veces por semana. Yo les acompañaba, trataba de no beber alcohol y me iba a casa con Joan lo más pronto posible; Anna hacía lo contrario. Las veladas me ayudaban a olvidarme de la fábrica, de la revolución y de la autocompasión, y me transportaban a las obras y las novelas que comentábamos.

En uno de los primeros encuentros, Tomás me preguntó qué estaba leyendo. Después de suspirar con cierta ironía, le respondí que sin dinero ni tiempo, no leía ni los carteles de

los teatros. La siguiente vez que nos vimos me trajo un par de libros: una traducción de *El retrato de Dorian Gray*, de Oscar Wilde, y *Pilar Prim*, de Narcís Oller. Dudaba de que hallara tiempo siquiera para hojearlos, pero los acepté encantada.

Jaume me parecía más interesante en cada conversación. Su discurso, su humanidad, su total desinhibición a la hora de aceptar y contar sus miedos. Recuerdo una noche en el Café Edén, en la calle del Conde del Asalto. De fondo cantaba Marisa, una de las chicas que terminó sus clases en la academia durante mi primera semana. ¿Qué habrá sido de ella? Dicen las malas lenguas que se casó y se fue de Barcelona, pero quién sabe. En fin, Jaume defendía la enorme producción de obras que se exhibían en el Paralelo, quizá no todas trataban de aspectos elevados de la vida como la patria, Dios o el amor verdadero, pero conectaban con el público. Muchas de ellas eran escritas o traducidas al catalán, lengua que se había reservado hasta el momento para los teatros burgueses y que el Paralelo había llevado al entretenimiento popular.

Jaume hablaba con la pasión de quien se mueve por un fin que cree mejor que su propia persona. Y es que no era poco el teatro que se interpretaba en lo que tiempo después llamarían «el Montmartre» de Barcelona. Aquel año, en el Nuevo, habíamos disfrutado de *L'Espanta*, *Sirena* y *Bèstia assenyjada*; en el Líric, de *Tristos amb amor* y *El lladre*, y en el Español de *Tasca* y *Aires de mar*. Teatro autóctono, creado

para contar historias cercanas al público. Jaume alzaba la copa para brindar al aire mientras gritaba que el talento de la avenida debía trascender al mundo entero.

—No sé por qué no lo intentas —le dije interrumpiendo su discurso—. Tienes obras escritas, muchos amigos en los teatros, deberías estrenarlas.

—Mis historias son demasiado simples; vulgares, me atrevería a decir. Algún día escribiré algo que valga la pena subir a un escenario.

—Estoy segura de que deben de ser buenas y, si no lo son, no sé qué haces perdiendo el tiempo aquí. Deberías estar escribiendo.

—Francisca, lo que le pasa a este es que no quiere que su padre piense que es un mediocre escritor de panfletos. Suficientes peleas tienen ya —dijo Tomás con cierto retintín.

Con una leve mueca, Jaume dio a entender que el comentario de su amigo no había sido de su agrado.

—Supongo, Francisca, que tienes razón. Con dos musas como vosotras, mi pluma debería escupir palabras divinas.

—Ay, Jaume, los que no tienen que preocuparse por el dinero pueden dedicar su tiempo a desear —se me escapó.

Jaume, el rey de desviar las conversaciones a su antojo, dio

un golpe de timón hacia otros derroteros. El resurgimiento de la CNT fue el escogido. Ilegalizada después de la huelga general de septiembre de 1911, la Confederación General del Trabajo se estaba reorganizando y seguía actuando en la clandestinidad. Algunos sectores minoritarios optaron por la acción directa y otros más mayoritarios por la divulgación ideológica, pero como organización obrera no volvieron a aparecer de manera oficial hasta 1913. Independientemente de la condición legal que el sindicato tenía en aquel momento, Jaume aseguraba que darían que hablar.

Llegaba la medianoche cuando tomé conciencia de lo tarde que era. Estaba por irme y Jaume decidió ir al baño, así que esperé a que volviera para despedirme. Tomás aprovechó aquel momento para prestarme otra novela. En agradecimiento, le dije:

—Sois muy buenos conmigo. Los dos. Gracias por el libro. No sé si me lo merezco. Me conseguisteis la beca, me venís a buscar, yo...

—A veces no sé si eres una ingenua o una gran actriz. —La insensatez, que había conseguido alejar de sus labios, volvió a la boca de Tomás—. En esta ciudad, nadie ofrece ayuda a cambio de nada. Si Jaume te está pagando la escuela no es precisamente porque crea en ti como artista.

—¿Jaume me está pagando la escuela?

Me cubrí los ojos, estaba avergonzada y descolocada. Tomás advirtió el efecto de su revelación e intentó paliarlo.

—Las escuelas de poca monta no ofrecen becas, Francisca. No te preocupes, para Jaume es una suma insignificante.

Una rabia desmesurada inundó mi juicio. Puedo parecer desagradecida, pero odiaba que no me vieran capaz de decidir por mí misma, que me trataran como a un juguete obediente, que no me consideraran como una igual a quien confiar los motivos y las circunstancias del pago de la escuela.

Jaume volvió del baño y le pedí que saliera un momento del local. Una vez en la calle, él se acercó expectante, con la pipa en la mano y la curiosidad tras las pupilas. Mi tono fue algo desmedido.

—Tomás me lo ha contado. No sé qué esperas a cambio, pero no.

Jaume miró retador hacia el interior del local, como si buscara a Tomás. Divertido, me respondió:

—No sé qué te ha contado Tomás, pero son tantos mis crímenes que deberías especificar un poco más...

—La academia. No es una beca, la estás pagando tú. No me parece justo que me engañes, yo nunca te pedí dinero.

Su rostro cambió. La seriedad, quizá el enfado, apareció en su semblante y chocó con mi indignación. Sin embargo, Jaume era un hombre fiel a sus tretas.

—Lo primero que debes saber, Francisca, es que no es elegante actuar como una ingrata.

—No es que...

—Déjame terminar. Las academias sirven para aprender y tú debes aprovechar esta oportunidad. Tomás confía en tu talento y tú no aceptaste su dinero. Te parecerá déspota, pero a mí me sobra y soy un hombre de arte, así que acéptame como el mecenas con el que soñabas. No le busques más explicaciones.

—No sé si tengo talento. En la academia me repiten que no lo tengo, me corrigen a menudo, me hacen sentir pequeña. A lo mejor estás tirando el dinero y es posible que esté enfadada conmigo misma, no contigo. Y claro que te lo agradezco, pero no debéis engañarme así.

—Mira, observa lo que hay allí al fondo —dijo señalando el Paralelo—. Y ahora, fíjate, las Ramblas no están tan lejos —comentó mientras las señalaba con la otra mano—. Ambos son dos mundos diferentes, eso es obvio, pero cuando aprendamos que ayudándonos unos a otros podemos ser más fuertes, Barcelona se convertirá en un paraíso en la tierra.

No era capaz de juzgar si mi reacción había sido desmedida o proporcionada, pero era importante que me callara y mostrara agradecimiento. Quizá Joan tenía razón y solo querían acostarse conmigo, pero Jaume no había dado ni un paso en esa dirección. Lo cierto es que, a la vez que disgustada, me sentía estúpidamente halagada. ¿No era una gran suerte contar con un mecenas? ¿Acaso Jaume no era uno de los chicos más atractivos de la ciudad? ¿No era el miedo a caer en sus brazos el verdadero motivo de mis objeciones? A día de hoy me inclino a pensar que mi enojo nacía de la respuesta a esa última pregunta.

Volvimos a entrar y me sorprendió encontrar a Tomás y a Anna haciendo gala de una cercanía y una intimidad inéditas para mí hasta el momento. Cuchicheaban como dos adolescentes enamorados. Jaume les interrumpió y nos sentamos. Anna me miró pícara, sin decir mucho pero expresando demasiado. Permanecí en la mesa unos minutos más para restablecer la normalidad tras nuestro desacuerdo y anuncié que me retiraba. Anna me siguió.

Nos detuvimos delante de la fachada del Edén. Las luces nos rodeaban, los transeúntes se desplazaban de un local a otro y yo le expresé las contradicciones que la beca me suscitaba. Anna me escuchó sin pestañear y, por primera vez desde que la conocí, me respondió con contundencia.

—Francisca, cielo, siento decírtelo, pero te estás comportando como una estúpida. La vida es mucho más que

lo que encaja en tus cortas miras. Mira el mundo que te rodea, observa la mísera vida que llevan muchas de las mujeres con las que te cruzas a diario. Mi amor, se dejan la piel por sus maridos, por sus hijos, por su trabajo. Tú estás cansada, pero te estás labrando un futuro. La línea entre las vedetes de baja estofa y la prostitución es muy fina, qué te voy a contar yo. Quizá tú, con la ayuda de Jaume, lo consigas y triunfes, pero muchas se quedarán por el camino. Además, tienes un chico que te ama incondicionalmente, dos niños ricos que te admiran y una hermana que te adora. ¿Qué más quieres? ¿Qué más puedes desear?

No supe responderle. Tras pronunciar estas palabras, Anna volvió al hostel, donde le esperaban más motivos para el desasosiego de los que yo podía tener. Cuando llegué a casa, Joan dormía. Le di un beso en la mejilla, le di las gracias por acogerme y me acomodé a su lado. Tumbada en duermevela, experimentaba emociones contrapuestas. Por un lado, sentía que aceptando el dinero de Jaume estaba traicionando a Joan y, por el otro, no entendía qué había de malo en recibir la ayuda de otra persona. Fuera como fuese, los remordimientos me perseguían. Conseguí dormirme cuando, inocente de mí, pensé que no debía preocuparme por nada pues el amor que sentía por el anarquista iba a vencer cualquier dificultad.

Aguardé impaciente a que llegara la tarde siguiente. Me salté la clase y me acerqué a casa de los Puig para hablar con María. Hacía dos semanas que no la veía.

Llegué al portal y don Manuel me saludó con su habitual sensibilidad, me preguntó cómo estaba y cómo me iba con mi marido. Quería corregirle pero le respondí que bien, que feliz, que es increíble cómo puede cambiar la vida en cuestión de semanas. El hueco del ascensor avanzaba sin pausa y él deseaba que el polvo y las incomodidades de la obra finalizaran pronto.

Cuando me abrió, Juana me analizó de la cabeza a los pies y me avasalló a preguntas: ¿por qué estaba tan delgada? ¿Comía bien? ¿El anarquista ese me cuidaba? Poco quería saber sobre las clases y mucho sobre la fábrica. Le di la razón, los turnos son más duros que fregar suelos y, después de corroborarlo con orgullo, se interesó por la buhardilla y las compañeras de trabajo.

Resueltas sus dudas, pedí ver a María y Ramón, que pasaba por nuestro lado por casualidad, se ofreció para subir al principal y avisarla. Mientras tanto, Juana me confesó que me echaba de menos y me repitió que acudiera a ella si la vida se mostraba parca en los apoyos. Se lo agradecí, la abracé y, en estas, apareció mi hermana.

Caminamos por el pasillo excitadas con mi brazo sobre su hombro como si fuéramos dos niñas que volvían al colegio después de unas vacaciones. María insistió en mi delgadez y yo le resté importancia. Llegamos a una habitación que ya no me pertenecía porque ella la compartía con Mercè, de quien María solo decía bondades y excelencias. Según mi hermana,

la prima de Joan era introvertida aunque muy amable, y se había adaptado al ritmo de la casa con agudeza y eficiencia. La aceptaba a ella como veterana y le consultaba las dudas que le surgían. Después de una pausa, me dijo que me añoraba y yo me derretí. Yo deseaba hablar del estado de su ánimo, de nuestro tema tabú, convencerla para que dejara la casa, pero ella evitaba los recuerdos funestos hablando de detalles sobre el día a día que la eximían de enfrentarse al recuerdo y a sus efectos sobre el presente.

Dimos rodeos hasta que María me reprochó que era yo la que tenía una nueva vida y quien tenía que ponerla al día. Le confié mis problemas con Joan, la dureza de la academia y el engaño de Jaume. Le hablé de mi desorden interno, de la bruma que cubría el futuro próximo, de la ilusión por subir a los escenarios, que no se apagaba por muchos bufidos que recibiera, e intenté transmitirle la sensación de que los acontecimientos sucedían a tanta velocidad que no me sentía capaz de juzgar mis decisiones.

María me escuchaba a conciencia, negando con la cabeza en determinados momentos e interpeándome cuando se perdía algún detalle. Cuando terminé mi relato, tenía las emociones a flor de piel, y ella me advirtió de que volvía a jugar con fuego. Que el fuego alimenta, calienta, pero que también quema. Las dos habíamos tenido ocasión de comprobarlo. Me regañó porque solo escuchaba quejas, problemas e infortunios. Si tan mal me iba, me decía, quizá debía replantearme mis objetivos. Pensé que llevaba la

razón, que debía alegrarme por todo lo que estaba logrando. Le agradecí sus palabras, nos abrazamos y nos despedimos cuando la llamaron porque la necesitaban en la cocina.

La visita me dejó un sabor agridulce que no supe encajar. Me apenaba que María fuera tan dura conmigo, pero no puedes pedirle suavidad al tallo de una rosa. Al llegar a casa, Joan no estaba. Intenté preparar la cena y creo que lo conseguí. Le esperé hasta que el hambre arreció, cené, me tumbé sobre la cama y me puse a leer. Me fascinó el Londres que describía *El retrato de Dorian Gray*. Recuerdo que avanzaba lenta por la trama, intentando asimilar las palabras que no entendía y los conflictos que se me escapaban. Me quedé dormida y cuando llegó Joan beodo, me desperté súbitamente y decidí simular que aún me encontraba flotando por los dominios de Morfeo. Él se desnudó y se dejó caer sobre la cama. Había conservado las facultades suficientes para no pasar la noche tumbado en la calle.

¿Tenía derecho a enfadarme con él? Por supuesto que no. Así que lloré, lloré en silencio, percibiendo que andaba por la vida montada en un tren a punto de descarrilar.

Los primeros rayos de luz me revelaron que debía coger al toro por los cuernos. Quería acercarme a Joan y, para ello, necesitábamos pasar más horas juntos. Así que me salté dos días de clase de la semana siguiente y el resto volví directa a casa al salir de la academia. Gracias a mi esfuerzo, retomamos las confianzas, las risas, disfrutamos de nuevo

de nuestros cuerpos. Nuestros desencuentros seguían ahí, debajo de la cama, pero ninguno de los dos se agachaba lo suficiente para verlos.

Una noche, Joan estaba preparando la cena y yo limpiaba los cristales de la ventana cuando me di cuenta: él me había escuchado cantar en contadas ocasiones y siempre en ambientes ruidosos o poco favorables para la voz. Seleccione un pequeño repertorio de canciones y, cuando lo tuve listo, le anuncié que había preparado un espectáculo solo para su deleite. Joan se sentó en la cama incómodo, no sabía cómo actuar. No tenía música ni acompañamiento, solo la voz y el cuerpo. De pronto me sentí insegura, temía que se riera de mí, pero no me permití amilanarme.

Canté y a medida que entonaba, a medida que me movía y exhibía los pasos de baile, la sonrisa de Joan fue ganando terreno en su semblante. Me observaba con emoción, con sorpresa. Me miraba con el deseo y la admiración que las circunstancias nos habían robado. Me acerqué, me senté en sus rodillas y le besé. El teatro, las canciones, los Puig, Jaume, el dinero, Josep, doña Teresa, la cocina que no sabía usar o la fábrica, nada importaba.

Cuando logramos alejar nuestros labios, Joan dijo:

—Siento que tu talento nos va a separar. Es enorme.

—Gracias, amor, gracias. A decir verdad, la academia no es

lo que esperaba. Empiezo a pensar que no estoy hecha para los escenarios.

—Sabes lo que pienso. No voy a decirte lo que debes hacer, pero lo que acabo de ver es arte y eso no se consigue de un día para otro. Aunque, ¿quién soy yo para opinar? Un simple anarquista —dijo riéndose de sí mismo mientras me hacía cosquillas.

El amor pende de una cuerda llamada constancia y la nuestra estaba deshilachada. Con el paso de los días volvimos a los vicios que nos distanciaban y ambos descuidamos de nuevo las atenciones. Si yo me ausentaba de casa, nuestro amor salía dañado, y el único vendaje para nuestras heridas me separaba de la academia. Nos aposentamos de nuevo en las diferencias con tal rapidez que no pude más que refugiarme en las visitas de Jaume y Tomás. Así se escaparon de mi haber veinte jornadas más.

La invitación llegó un jueves cuando salía de clase. Anna, por aquel entonces, hablaba de Tomás con frecuencia y yo intuía que habían quedado alguna vez a solas. Le pregunté si él conocía el modo en que ella se ganaba la vida y me respondió que eso no era de mi incumbencia. Salíamos del portal cuando nos encontramos con Jaume y Tomás esperándonos cual fieles seguidores. Nos propusieron una cena deliciosa en una casa de comidas cercana. Cuando llegaron los postres, y mientras les hablábamos de cómo montábamos los números grupales, Jaume exclamó:

—Sabes, tienes razón. Aún no te he escuchado cantar como es debido. No sabes cuánto me arrepiento.

Tomás insistió en que debíamos reparar ese sacrilegio, así que Jaume nos invitó al piso que su padre tenía en el Raval. Podíamos encontrarnos allí el domingo siguiente, almorzaríamos y las chicas haríamos gala de nuestro salero. Yo dudaba, pero Anna aceptó por las dos y yo no opuse resistencia alguna. Joan iba a participar en unas reuniones clandestinas de la ilegalizada CNT que le ocuparían la mayor parte del día, así que no tenía excusa.

Cuatro días después, Anna y yo nos presentamos en la dirección que Jaume nos había mal apuntado en una servilleta. Le pedí a mi amiga que fuéramos juntas, por aquello del decoro. Yo tenía un nudo en el estómago. No sé si me sentía culpable o si temía arrepentirme de mis actos. Las chicas de mi edad no vivían con un hombre sin estar casadas ni acudían a casa de un joven burgués para cantar para él.

Tomás nos abrió la puerta copa en mano, mientras Jaume interpretaba la *Polonesa* de Chopin. Cuando terminó la pieza, se levantó y nos pidió que nos acomodáramos. Yo no quise beber nada y Anna pidió un whisky con hielo. Nos sentamos en las butacas situadas alrededor del instrumento y, después de intercambiar los comentarios de rigor sobre la casa y sobre el sol que el día nos regalaba, Jaume nos pidió que escogiéramos una canción.

Anna se alzó decidida y yo lo hice amedrentada, con la sensación de que iba a traicionar a Joan con cada nota que entonase. Empezamos por «La Machicha», y creo que mi interpretación quedó lejos de mis habilidades reales. Sin embargo, a medida que las canciones fluían también lo hice yo, por eso terminé dejándome llevar por la situación y buscando las ovaciones de mis amigos.

Cantamos, bebimos, comimos y reímos. Rodeada de semejante explosión musical, intuía las miradas sutiles de Jaume, su deseo, al que quizá yo correspondía y que él expresaba con caballerosidad y midiendo las palabras. Los halagos que llegaban a mis oídos eran para mí remedio de santo. Dentro de la academia escaseaban y los necesitaba más que el aire que respiraba.

Aquel fue un día importante de mi vida por varias razones. Para empezar, no le había contado a Joan dónde iba a pasar el día y, a pesar de que yo jamás había traicionado nuestro amor, no me sentía libre ni cómoda para comentárselo.

Luego, Anna y Tomás. Él centró sus atenciones única y exclusivamente en ella. En los últimos encuentros había visto señales claras y evidentes de su mutua atracción, pero Anna no acababa de soltar prenda. Miradas furtivas cuando uno u otro se ausentaba para ir al baño, confidencias al oído, risas desmedidas ante comentarios banales. Buscaban la cercanía física y defendían a capa y espada las opiniones compartidas. Nada que no se hubiera inventado ya.

Cuando llegamos y Tomás nos abrió la puerta, no disimuló su atracción, e intensificó sus intenciones durante el día. La miraba, la buscaba, le sonreía, intentaba que se sintiera cómoda. Me atrevería a decir que la contemplaba como lo hace un hombre enamorado. Y no es que me importara, pero Tomás había calmado su urgencia vital gracias a su prometida y a su madre, y, de repente, el peligro acechaba su cordura.

La tercera razón supuso un paso gigante para la Francisca de la época. Llevé mis versos, mi intento de cuplé, «El anarquista». No sentía que valiera un real, de hecho me avergonzaba mostrarlo, pero lo había escrito y pensé que si lo musicábamos podía sorprender a Joan. Me armé de valor y se lo enseñé a Jaume, que se quedó impresionado. Destacó la inteligencia de las palabras escogidas y su cadencia aun sin música, y propuso que compusiéramos un arreglo y lo ensayáramos juntos. Negarme sería una locura. Me parecía increíble que mis cuatro palabras mal escritas sobre un papel pudieran convertirse en un cuplé con entidad. Francisca, vedete, actriz y letrista. Iba sumando apellidos al sueño, como si nada fuera suficiente, como si el techo contra el que estaba a punto de chocar no estuviera sobre mi cabeza.

El pudor me induce a esconder la cuarta razón, pero me prometí que sería sincera. Jaume empezó a tocar diferentes acordes que podían acompañar a la canción, y Tomás y Anna, visto nuestro ímpetu musical, se despidieron. Él llegaba tarde a un encuentro familiar y ella debía resolver varios

asuntos. En realidad, la esperaba un cliente, pero no podía revelar la verdad. Los hombres, decía, tratan a las mujeres como putas, y a las putas, como animales. En el momento en que aquellos dos chicos se enteraran de su profesión iban a tratar de manera diferente a mi amiga. Yo respetaba las decisiones de Anna y no sé cómo habría actuado en su lugar, de modo que custodiaba sus coartadas en honor a la amistad que nos unía.

Jaume desprendía buen humor. El piso no destacaba por su tamaño: tenía una habitación, un salón, una cocina y un baño. Los baños privados me parecían un lujo, así que me sentía en un pequeño palacio. La sala principal era sencilla, tenía una mesa de madera de roble muy bonita, cuadrada, con cuatro sillas de corte simple pero más cómodas que la mayoría en las que me he sentado; una lámpara de araña presidía e iluminaba la estancia, y tres butacas al lado de la chimenea, un piano encarado a ellas y un armario con una cristalera bellísima decoraban el espacio. Dos ventanales situados a lado y lado del piano dejaban entrar la luz del exterior. El padre de Jaume hospedaba allí a la amante de turno. Sin embargo, por el aspecto del piso, parecía que su progenitor hacía tiempo que no buscaba el amor fuera de casa.

Mientras yo cantaba la melodía que componíamos, él me corregía y escribía las notas que creíamos oportunas. Se mostraba dócil, dulce, casi servicial. Yo buscaba la mejor tonada para los versos mientras lo observaba de espaldas,

exaltada, disfrutando de la vida que estaban cobrando mis palabras. Me sentía el ser más afortunado del mundo. A veces me plantaba de pie apoyada en la caja del piano, a su derecha. Pero mirarle a los ojos cuando él improvisaba me dejaba muda, así que acababa volviendo cerca de las butacas con la excusa de que no me diera el sol. Flotaba feliz, experimentaba la sensación de que aquel era mi lugar, no por Jaume sino por la música. Me sentía ebria de emoción y a la vez a salvo del ajetreo de las últimas semanas.

Ensayamos y ensayamos riéndonos de los errores, mejorando, definiendo las notas. La música es una tirana que, sin pedir permiso, crea lazos indescritibles entre las personas. Y él era tan guapo, tan aparentemente seguro de sí mismo, tan respetuoso con mi voluntad artística, tan Jaume, que me dejé llevar. Nos dejamos llevar.

Después de domar la melodía e interpretarla varias veces, Jaume se levantó. Me miró a los ojos y yo fui incapaz de apartarme o desviar la mirada. Fueron apenas unos segundos y puedo decir que no tuve dudas. Él se acercó y yo dejé que nuestros labios se juntaran. Recibí su cariño y se lo devolví, más por deseo que por educación. Me rozó la nuca con su mano derecha y me acarició de una manera tan suave pero tan firme que despertó mis instintos más salvajes. Nos besamos de pie, incapaces de movernos por si la pasión se consumía, hasta que él empezó a cruzar algunas fronteras que me alarmaron. A pesar de todo, me hacía sentir como la mujer que deseaba ser, y me alejaba de los malos

pensamientos y los temores que me habían acompañado desde mi llegada a Barcelona. «Solo un beso», me decía, el más leve de los delitos, la más soportable de las culpas carnales.

De repente se detuvo, me miró y me cogió de la mano. Me llevó a la habitación y, una vez allí, se quitó la camisa como parte de la coreografía previa al número final. Se acercó y ambos nos desnudamos sigilosamente. Cada pieza de ropa que me quitaba era una bocanada de aire agri dulce que dividía su sabor entre el deseo y la traición. Él se tumbó en la cama y yo me quedé paralizada. No obstante, la música sonaba en mi cabeza, una y otra vez, una y otra vez, y yo me entregué a la melodía. Sobre aquellas sábanas compusimos sonetos cargados de pasión y bailamos tangos sobre nuestra piel. Me sentí como una actriz adorada por su más devoto seguidor.

Sucedió y no tengo excusa. Terminada la actuación, hablamos sobre nada y comentamos el romance entre Tomás y Anna. Decía saber poco, pero ella le caía en gracia. Y alguien llamó sin avisar a las puertas de mi vientre. Apareció la culpa y desnudó los temores más profundos que llegaron acompañados de unas fervientes ganas de huir.

Así que me levanté y me vestí balbuceando excusas mientras Jaume intuía mis aciagos pensamientos. Intentó que entrara en razón, incluso besarme, pero yo me escudé en la hora que era. Me despedí con prisas y crucé el salón

velozmente. Jaume me siguió y me detuvo, aún desnudo, con la partitura en la mano. Me pidió que me la llevara, era mía. La cogí sin pensarlo y me contuve hasta el piso de abajo, donde di vía libre a las lágrimas. No sabía qué hacer, no sabía adónde ir, así que me dejé guiar por el instinto que marcó el camino hacia el único lugar en el que me sentía a salvo: la buhardilla de Joan. Otro error: no pensé que podía convertirse en un verdadero purgatorio.

Le esperé durante varias horas. ¿Debía confesárselo? Las chicas casadas que había conocido se contaban entre ellas los problemas y desacuerdos con los maridos. Muchos de ellos buscaban piel fuera de casa, pero ellas aguantaban, entendían, sabían que el matrimonio no es siempre una bendición. Y las infieles, o bien omitían el desliz o bien lo contaban avergonzadas. ¿Por qué yo no lo sentía así? Me tumbé y volví a fingir que dormía cuando él llegó.

Fue irresponsable acostarme con Jaume porque eso le hizo daño a Joan. No deseaba que sufriera, no quería lastimarlo. Debería haber roto el noviazgo y luego decidir, por respeto a lo que Joan me pedía, a lo que habíamos compartido. Y es que había una parte de mí que no se creía digna de él, de lo que él esperaba de mí, pues nuestra mayor herida la provocaba una verdad de la que había huido desesperadamente: yo no podía darle lo que él quería. Por fin lo acepté. Aquello me desgarraba por dentro, me transportaba a un lugar peor que la culpa o el desasosiego, pero debía aceptarlo.

Y la vida se precipitó sobre mí.

Al día siguiente, en la academia, pregunté si podía practicar «El anarquista». Copérnico leyó divertido los garabatos con que estaban escritos los versos y la partitura de Jaume. El cuplé le gustó, aunque adaptó la interpretación a su gusto. Lo definió como refrescante y emocionante. Por fin algo que el maestro veía con buenos ojos. El Gordito insistió en comprármelo por dos pesetas o por una y un huevo frito. Pero yo me negué en rotundo. La canción era para Joan y nadie iba a arrebatársela.

Al salir de la academia, Jaume me estaba esperando. ¿Qué debía decirle? No estaba preparada para entender lo que sentía y menos para enfrentarme a mi pecado ni a sus consecuencias. Jaume, pipa en mano y sacando humo por la boca, se acercó sonriente.

—Francisca, ¡tengo buenas noticias! —dijo de buenas a primeras sin dejarme tiempo a reaccionar.

La cuestión era que el siguiente miércoles, el Pabellón Soriano ofrecía un espectáculo de variedades y dos cuplés habían quedado huérfanos. Por lo que parecía, las dos cantantes habían enfermado y tardarían en recuperarse. Los Soriano pidieron ayuda a Copérnico, y este nos propuso a mí y a otra chica, Clara, para sustituirlas. Ni siquiera teníamos que ensayar la grupal, me dijo Jaume, era una canción de las de relleno, una primera experiencia, un debut.

No recuerdo qué tema proponían que cantara, solo sé que cuando me lo dijo, mi mente lo rechazó. Mi bautizo sobre los escenarios debía ser más espectacular, menos vulgar. Me sentía poderosa, radiante. Sin embargo, dejé de lado esos prejuicios por un momento, me estaban ofreciendo una oportunidad única y no debía desaprovecharla con mis delirios. Y de la euforia pasé a la inseguridad. Quizá no estaba preparada. Más que una oportunidad, podía ser una tumba para mí, y esa posibilidad me daba vértigo.

Entonces salió Anna de la academia y, como siempre, trajo algo de calma a los malos augurios. No sabía cómo contárselo. Yo estaba muy contenta, pero ella no había sido escogida; sin embargo, no mostró resentimiento ni envidia sino todo lo contrario, se comportó como una gran amiga. Y con la excusa del debut y de dedicarme un rato a ensayar en casa, me escapé de las copas o de lo que Jaume quisiera proponer.

Cuando llegué a la buhardilla, Joan estaba despierto y leía. Entré, le conté las noticias y me abrazó con la más grande de las alegrías. Me besó y propuso que lo celebráramos con una buena cena. Yo me mostré inquieta y distante con él, y lo justifiqué con los nervios por la actuación. Joan lo comprendía y me animaba a hacer caso omiso de los fantasmas que vaticinaban el fracaso. Cuanto más me cuidaba, más culpa sentía. Aquel día, el día que por fin me apoyaba, el día que se comportaba como yo siempre había soñado, era cuando menos me lo merecía.

Por fin llegó el martes previo al debut. Me levanté con una energía increíble. Salí de casa con Joan y fuimos a la fábrica. Trabajé las nueve horas, durante las cuales tan solo pude pensar en los matices que iba a darle al número, y, al terminar, me dirigí a la academia. Cuando llegué a la calle del Conde del Asalto, la realidad me dio otra bofetada: Copérnico estaba especialmente arisco conmigo. Como no lo entendía, lo achaqué a que tenía un mal día. Desplantes, malos comentarios, miradas inquisidoras, hasta que el Gordito me llevó a un extremo de la sala para hablar conmigo.

—No sé en qué pensabas, nena —me dijo—. Los Soriano me pidieron dos niñas que cantaran bien y les recomendé a Anna y a Clara, pero tu amiguito te ha colocado a ti a cambio de una buena cantidad. No estás preparada. Yo que tú no me subiría a un escenario.

Pensé que me habían ofrecido la actuación gracias a mis méritos, pero ¿lo había conseguido por haberme acostado con Jaume? Esa idea me horrorizaba. Sin embargo, otra cosa me agobiaba aún más si cabía: estaba quitándole a Anna una oportunidad que le pertenecía a ella. Traicionando y mintiendo, ¿así quería comenzar mi carrera?

Le prometí a María que haría cualquier cosa para sacarla de casa de los Puig, pero había líneas que, de cruzarlas, me convertían en un tipo de mujer que no quería ser. Mi corazón se aceleró y un dolor desconocido, un remordimiento que

añadir a los que ya soportaba mi vientre y que sumar al cansancio, a la falta de confianza y a la felonía, diluyó el poco sentido común que me quedaba. Salí de la academia corriendo sin saber si debía renunciar al debut por el que tanto había luchado.

Qué curioso. Los artistas nos pasamos la vida buscando las razones que nos mueven a crear, a expresarnos, pero al final nos damos cuenta de que la gracia, si tiene alguna, es que carece de sentido.

Capítulo XIV

No hay nada comparable a las emociones que atraviesas antes de comenzar una función. Las bromas, los nervios, el maquillaje, los vestidos, los deseos. Lo he vivido en innumerables ocasiones, pero en ninguna de un modo tan contradictorio como la noche de mi debut.

Ahora lo recuerdo. Me habían pedido que cantara «La pulga», cuplé que terminaría siendo el estandarte de La Bella Dorita. Pero yo quería enfrentarme al público con una canción dramática, intensa. Creía tontamente que era la mejor manera de demostrar mi valía. Era absurdo, porque luego la he cantado un millar de veces y la he disfrutado como una niña.

Copérnico me sumergió en un dilema que debía resolver en menos de veinticuatro horas. Doce, si quería devolverle a

Anna lo que le pertenecía y darle tiempo para prepararse. Cómo decidir, cómo discernir entre lo correcto, lo inteligente y lo justo. Razonamientos que recorrieron mi mente: si Anna tenía talento, aparecerían otras oportunidades como aquella. Si yo no lo tenía, como sugería el Gordito, aquella era mi única opción. Sin embargo, si mi arte era mayor de lo que me habían hecho creer, no se acababa el mundo por renunciar a la función en beneficio de una amiga. Cada vez que me decantaba por la lealtad a Anna, la imagen de mi hermana cruzándose con Josep por los pasillos de la casa de los señores Puig me convencía de lo contrario.

Dormí poco y mal, y el despertar no me trajo respuestas, sino más dudas. Opté —o quizá tan solo me dejé llevar por la inacción— por esconderme tras los segundos que avanzaban sin piedad y que me dirigían hacia un escenario que no creía merecer.

Aquella tarde, el vestuario era una amalgama de chicas, corsés, faldas y plumas. El público cree que en los camerinos se respira glamour y se bebe champán; nada más lejos de la realidad. Sudor, nervios, encajes de último momento y prisas, eso es lo que hay. Y aquel olor, el olor a colorete y a pintalabios baratos que esconden las imperfecciones de las vedetes y nos transforman en musas del entretenimiento.

Me comporté como una desquiciada. Pensé: «Si voy a traicionar a una amiga, si voy a debutar a expensas del sueño de otra, debo hacerlo por todo lo alto y no con “La pulga”».

Así que obvié las directrices del director de la compañía, me acerqué al pianista y le di otra partitura alegando un cambio de último momento. El chico, que parecía muy joven, ni se inmutó. Se limitó a asentir mientras ahogaba a caladas el cigarrillo que estaba fumando. Eran los garabatos que Jaume había escrito el domingo anterior, sí, «El anarquista». Ya no había marcha atrás, corría otro riesgo innecesario sin salvaguarda aparente. Iba a debutar con una canción desconocida y sin permiso de ninguna de las personas que lo habían facilitado.

El ajetreo detrás de las bambalinas son lapsos de tiempo que pertenecen a los artistas. Actores y actrices corriendo y dándose los últimos retoques; utileros rematando objetos, muebles, enseres. La sensación de que el mundo se termina y, a la vez, de que comienza la vida. Una artista, La Anfitriona, me aconsejó que me aplicara una gran cantidad de colorete en los pómulos, pues los focos se comían el maquillaje. Ambas nos hallábamos en el cuarto donde nos agrupábamos las cantantes secundarias, delante de un tocador de metro y medio que compartíamos diez mujeres. Había varias sillas, armarios que almacenaban el vestuario del día y una luz tenue. Ella me encaró al espejo y me retocó al tiempo que me sugería trucos para agradar al público.

El traspunte vino a buscarla junto a la mayor parte del elenco. La función comenzaba con una canción de grupo muy llamativa. Me quedé sola, observándome el rostro en el espejo, sintiéndome extranjera en la antesala del éxito. Y allí

permanecí un buen rato, juzgando a la persona que se reflejaba ante mí. No me reconocía, no sabía quién era aquella mujer adúltera y traicionera.

Las chicas volvieron acuciantes pues debían cambiarse para los siguientes números. Unos quince minutos después, el traspunte vino a buscarme. Me levanté, me desearon suerte y abandoné el camerino. Recorrí el pasillo que me separaba de las bambalinas y esperé yerta de nervios. No pensaba, no sentía nada, solo me sostenía de pie por la inercia. El maestro de ceremonias dijo al fin mi nombre.

Subí los dos escalones que me separaban de la madera del escenario y lo crucé.

¡Habían sucedido tantas cosas desde que llegué a Barcelona! Alegrías, aprendizajes, emociones, infortunios. Las actrices sabemos que un gran debut es un triunfo y que los desastres pueden enterrarse bajo el recuerdo de futuros éxitos. Pero el vientre no atiende a razones.

Di un paso y después otro, y percibí el silencio de la sala. El público es un depredador despiadado que siempre te atrapa y que pocas veces te perdona la vida. Solo las grandes estrellas tienen un indulto longevo. Solo las grandes sienten un gran respeto por el escenario. Y allí, de pie, bajo la luz de los focos, oí las primeras notas del piano. Solo importaba el cuplé, el momento, la ilusión. De mi boca salieron las primeras notas acompañadas de los movimientos iniciales:

*Háblame, mi anarquista querido.
Que si no lo haces, yo te canto
y te cuento: puedes cambiar el mundo.
Pero no nuestro amor, no el amor.*

Canté el principio de la canción con los ojos cerrados. Quería sentir el amor, la letra, la situación. Y luego los abrí. Me encontré con los rostros del público ansiado. Una mujer robusta, claramente hastiada de la vida, ignoraba a su marido y solo tenía ojos para mí. Un chico imberbe, no muy agraciado, con la nariz aguileña y el cuerpo más delgado que una serpiente de campo, me miraba boquiabierto, expectante, entusiasmado. Dos chicas jóvenes, seguramente costureras, cuchicheaban mientras me observaban de reojo. Buscaba a Joan pero no lo veía. El asiento que había reservado para María estaba vacío.

*Tú que amas tanto la libertad
por qué crees que soy solo tuya;
eres una revolución tan real
de la que puede que huya.*

Me sentía como un ángel. Me sentía escuchada. No pensaba ni en los gestos, ni en la música, ni en la afinación, ni en erguir la espalda, ni en sacar pecho. Dejaba fluir la historia y se la entregaba al mundo. No me importaba si alargaba el brazo lo suficiente para transmitir la emoción de las palabras. Y entonces me di cuenta. Joan estaba allí y yo le cantaba su canción.

*Ven aquí, mi anarquista, ven aquí.
Sueña conmigo, cambia mi mundo,
revoluciona mis faldas y mi ira,
lléname de besos, de idas y venidas.*

Fue entonces cuando me serené. La suerte me iba a sonreír mientras el arte y Joan estuvieran de mi lado. Así que en la segunda parte de la canción me arranqué con un denuedo que entusiasmó al público. Me movía ágil, enérgica, como si fuera la dueña y señora del escenario y de los espectadores que me escuchaban. Las chicas dejaron de cuchichear, la señora rechoncha se abrazó al marido, el chico miró a un lado y otro incrédulo.

*Porque todos somos iguales,
todos iguales menos tú y yo,
porque tú y yo somos tan diferentes
que no vemos ni la misma luz.
Ven aquí, mi anarquista, ven aquí.
Sueña conmigo, cambia mi mundo,
revoluciona mis faldas y mi ira,
lléname de besos, de idas y venidas.*

La actuación terminó con una gran ovación. Joan, el único espectador al que miraba, se levantó y me aplaudió con los ojos clavados en los míos y llenos de orgullo. Bajé del escenario y descargué la tensión con pequeños saltos silenciosos al resguardo de las bambalinas. Comprendí que había nacido para trabajar en el Paralelo.

Lloraba por la tensión a la vez que experimentaba una felicidad sin límites. La sensación que producen los primeros aplausos de tu carrera no se puede describir con palabras. Jamás los vuelves a vivir con la misma inocencia. Volví al camerino y las chicas me recibieron con halagos. Risas, aplausos y una euforia que solo entiende el artista que comparte cartel y que no es víctima de los celos artísticos. El traspunte apareció para pedir silencio y para llamar a dos de las cantantes. Saboreé el resto del espectáculo desde la retaguardia, disfrutando de cada uno de los números.

La función terminó y en el camerino saltaron las impresiones mientras nos desprendíamos de los corsés. Ni me había cambiado. En medio de la celebración, alguien llamó a la puerta. No sé muy bien por qué fui yo la que se acercó a abrir. Resultó ser Jaume, quería felicitar me. No lo había visto entre el público. Creo que ni lo había buscado. Le sonreí, salí al pasillo y cerré la puerta con el murmullo del resto de las chicas como música de fondo.

—Jaume, muchas gracias, de verdad. Sin ti, esto no habría sucedido. Muchas gracias por...

—Yo no he hecho nada, eres tú la que brillas.

Él, exultante, bello, tenía el pelo inusualmente alborotado y los ojos inquietos. Acompañaba la sinceridad de sus halagos con discretas caricias que nos acercaban con lentitud. Si cierro los ojos y rememoro la escena siento un

profundo cariño y agradecimiento hacia Jaume. Yo en aquel momento no atendía a razones, solo quería celebrar el éxito y disfrutar. Y un gesto llevó al otro y él me abrazó y me alzó suspendiéndome en el aire. Yo, riendo por la ocurrencia, esperé a que mis pies volvieran a posarse sobre el suelo y lo miré fijamente. Fue entonces cuando, sin permiso pero con su galantería habitual, Jaume me besó. No es que yo no quisiera. Es posible que mostrara alguna que otra señal de que lo ansiaba. Como una bruja que manipula a sus semejantes, le cedí la responsabilidad de dar el primer paso. Y, sin saber muy bien cómo, se lo devolví mientras nos fundíamos en un abrazo victorioso que se quebró con una sola palabra.

—¿Francisca?

Mi nombre fue la clave que rompió el hechizo. Rápidamente, me aparté de Jaume y cuando descubrí al propietario de la voz supe que aquello era el final. Joan estaba de pie, al otro lado del pasillo, con un ramo de flores en la mano y la más indescriptible expresión de incredulidad en el semblante. Odio que mi vida haya sido, en algún momento, un vodevil barato, un drama pueril lleno de situaciones previsibles. Odio que el azar no me dejara confesar mis delitos como es debido. Odio que Joan viera aquel beso, víctima de mi estupidez.

—Dios, no.

Aparté a Jaume sin delicadeza y me encaré a Joan, que, a dos o tres metros de distancia, me miraba hierático. Él había contemplado mi delito y yo balbucía excusas. A medida que hablaba, me daba cuenta de que lo único que hacían mis palabras era añadir confusión y posiblemente aumentar su dolor. Ni siquiera me percaté de la reacción de Jaume, situado detrás de mí. Yo continuaba con mis sandeces hasta que Joan suspiró y se fue por donde había venido. Quería que se quedara, que me escuchara:

—Joan, espérame.

No atendió mi ruego, así que lo perseguí. Jaume repetía mi nombre en bucle, a lo lejos. Una voz interior me presionaba para que enmendara el error, para que despertara de la pesadilla. Todavía vestía la ropa del espectáculo y corría con unos zapatos cuyo tacón excedía a mis habilidades, pero aun así salí por la puerta principal del teatro y, en medio de la calle, logré detenerlo agarrándolo por el brazo.

—Joan, escúchame.

—¿Es eso lo que quieres, Francisca? ¿Ser una más del Paralelo, dejarte llevar por la lujuria y el dinero?

—No, Joan, yo quiero valerme por mí misma, dejar de ser una simple y vulgar...

—Dilo, ibas a decir obrera, ¿no?

La mala elección de mis palabras y la ira de Joan no fueron buenos mediadores.

—¿También te prostituyes como esas ramera que cantan?
—Cogió aire y, sin mirarme a los ojos, dijo—: ¿Te has acostado con él? ¿Con ese?

Joan gritaba mientras señalaba la puerta del teatro por la que habíamos salido. Podría haber mentido, podría haber pedido que tuviéramos esa conversación en otro momento, pero me guiaban dos impulsos destructivos: una parte de mí quería purgar la culpa, y la otra que él me dejara y nos liberara a ambos. Estaba claro que yo no tenía la valentía necesaria.

—Fue una vez y fue un error. Yo no sabía muy bien, había bebido y sabes que no bebo, y sin darme cuenta. No lo sé.

—¿Cómo? —me interrumpió—. No pensaba que... ¿Cómo? ¿De verdad te has acostado con ese? Solo piensas en ti misma. Después de... Pero ¿qué haces Francisca? ¿Quién eres? No eres la chica de la que me enamoré. Pensaba que eras una mujer, pero veo que no eres más que una zorra.

Y me sonrió, me dedicó una sonrisa irónica, cargada de maldad; una lanza que cruzó mi pecho porque sus acusaciones eran mentiras que sabían como verdades. Pobre, qué iba a hacer él. Mi traición superaba la comprensión de un chico tan joven. Ante mi incapacidad

para articular más excusas, él se alejó de mí y yo no le perseguí porque no me quedaban fuerzas. Contemplé cómo se perdía entre una multitud ajena a nuestra aflicción. Cómo iba a saber yo, con el corpiño descolocado y la falda larga, en medio de la avenida, con los cafeteros y sus acompañantes observándome con bufa, que no volvería a verlo en mucho tiempo.

Di media vuelta y volví al teatro. Al llegar al camerino advertí que Jaume había desaparecido. Mis compañeras terminaban de arreglarse joviales mientras yo lloraba a lágrima viva. Al percatarse, me hicieron decenas de preguntas que respondí con evasivas. Me cambié con celeridad y hui de allí.

De nuevo en el pasillo, caminando con flema, con los brazos cruzados, me encontré con el director del espectáculo. Yo no tenía ganas de conversar con nadie, pero él estaba enfadado y no me dio tregua.

—¿Quién te crees tú que eres?

—¿Disculpe?

—Sí, quién te crees que eres para cambiar la canción y cantar lo que te dé la gana. Eso me pasa por recurrir a aprendices para salir del paso. ¡El repertorio de un espectáculo es sagrado! Ve y disfruta de la noche porque no vas a volver a pisar un escenario en tu vida.

El hombre, que lucía media melena canosa y una incipiente calvicie sobre la frente, se abrió paso empujándome burdamente. El traje negro y sus curvas rechonchas desaparecieron por el pasillo de madera. No presté atención a lo sucedido, no podía asumir más derrotas, así que escapé del Suri.

El Paralelo rebosaba de gente sonriente, paseantes que decidían qué iban a ver o dónde iban a tomar una copa. Yo les contemplaba sin asumir todo lo sucedido. Las luces, los colores, el murmullo de las conversaciones y el calor que se anticipaba al verano. Lo recuerdo todo borroso, con poca nitidez. Era víctima de pensamientos horribles y de una angustia asfixiante. Carente de fuerzas y cual borracha, caminaba torpemente, tropezándome y chocando con mi futuro público. Los odiaba. Por primera vez, odiaba la avenida. Quería hablar con Joan, pedirle que me perdonara, decirle que lo abandonaba todo, que quería ser su mujer, la madre de sus hijos. Él no podía dejarme. No podía hablarme de aquel modo. No podía.

Recuerdo que permanecí de pie, aún llorosa, ante la puerta de la buhardilla. No me atrevía a introducir la llave en la cerradura. Se avecinaba el fin y no estaba preparada para afrontarlo. Y cuando reuní el valor para entrar, descubrí que él no estaba. Encima de la mesa había dejado una nota con mi nombre. La abrí. Debo decir que inmediatamente después de leerla la rompí en mil pedazos y la tiré al suelo para olvidarla. Ni quiero ni voy a recordar lo que había

escrito. Los seres humanos tenemos momentos oscuros y, sin duda, aquel fue uno de los peores de Joan. Su carta me alentaba a irme de la buhardilla con crueldad. Cogí la maleta y la llené con mis pertenencias. Cuando terminé, me senté en la cama, descompuesta. Si tenía alguna esperanza, la carta la sepultó entre arenas movedizas. Y yo aceptaba mi responsabilidad y el hecho de que Joan estaba reaccionando de la única manera que sabía: huyendo del dolor.

Pensé en mi hermana y en lo mucho que la echaba de menos. Necesitaba verla. Seguro que Juana no me pondría ningún impedimento, por tarde que fuera. Incluso, quién sabe, quizá podría pasar la noche con María. Por la mañana, ya pensaría en soluciones. Así que, maleta en mano, me fui. Dicen que los disgustos pasan mejor con el frío, que el calor los cubre con demasiada intensidad. Qué sé yo sobre lo que dice la gente.

El silencio de las calles de Sants acentuaba mis remordimientos. A medida que me acercaba a la residencia de los Puig crecía la sensación de volver con el rabo entre las piernas. En el portal, observé la fachada con detenimiento, la noche no ocultaba su belleza. Crucé el umbral y subí por las escaleras del servicio despacio, cual guerrero volviendo a casa tras su mayor derrota. En el rellano llamé, y la puerta se abrió.

—Francisca, ¡qué alegría verte! Hija, qué cara traes, ¿te ha pasado algo?

El semblante y la expresión de Juana pudieron con mi temple. Me abalancé sobre ella y la abracé. Presa de la incomprensión pero avalada por la experiencia, me lo devolvió.

—Juana, le juro que se lo contaré todo. No sé si lo entenderá, pero lo haré. Primero necesito ver a mi hermana. Disculpe si...

—Claro, Francisca. María está en su habitación, ya conoces el camino.

Juana se apartó, me acarició la mejilla y se dirigió a su cuarto. Observé cómo caminaba por el pasillo que tantas veces había atravesado. Ella seguía con su vida, que quizá no era perfecta pero le pertenecía. Solo cuando desapareció me dirigí a la habitación de María.

La puerta estaba cerrada y no se me ocurrió llamar. No pensé en su intimidad ni recordé que María compartía habitación con Mercè. Así que abrí y en aquel preciso instante, que para mí estaba siendo uno de los peores de mi vida, al fin se me reveló el gran secreto de la suya: mi hermana estaba en su cama, desnuda, abrazada a Mercè. Tras el desconcierto inicial, se incorporaron y Mercè se cubrió con una sábana. María se levantó e hizo lo propio con la ropa de cama del otro catre mientras se sentaba. Yo no entendía lo que estaba viendo, o quizá no quería entenderlo. Sea como fuere, aquella imagen y lo que significaba era

demasiado para la Francisca de aquel momento, sobre todo después de la vorágine de emociones y desventuras que había vivido horas antes.

—¿Se puede saber qué hacéis? —fue lo único que pude decir.

Mercè y su cara angelical se ruborizaron. Su mirada no debía de ser muy diferente de la de un ladrón confeso. Cogió la almohada y se tapó la cara como si ocultándose se protegiera de lo que se avecinaba. María, levemente confundida, elevó la vista y me retó.

—Hermana, deberías llamar antes de entrar en una habitación ajena —me recriminó.

—Esta era mi habitación.

—Desde luego, pero te fuiste. Hace un mes que no te veo, deberías... deberías haber avisado de que venías.

—María, no cambies de tema. Yo... Esto no es normal, no sé si deberíais...

—No es el momento de hablar de lo que acabas de ver —me interrumpió contundente—. No delante de ella.

Suspiré y fijé mi atención en el suelo, incapaz de mirar a mi hermana. ¿Qué se suponía que debía decirle? ¿Era aquel el motivo por el que María no buscaba marido?

—Está bien que juegues un poco —proseguí sin convencimiento—. Pero no deberíais hacerlo aquí, podrían sorprenderos y no creo que la reacción de los señores fuera muy buena.

Advertí que mi hermana temblaba. Jamás la había visto en aquel estado de nervios. Ambas nos sentíamos sobrepasadas por la situación y permanecíamos pendientes de la reacción de la otra.

—Lo siento, pero esto no te incumbe. Te has ido de esta casa y no he sabido de ti en semanas. No puedes entrar en mi habitación y juzgarme sin más.

—No te... No sé lo que debo decirte. Lo que está sucediendo aquí es peligroso y no quiero que sufras, María. Si esto es más que un juego, hermana, podrías perder el trabajo. O algo peor.

—¡Basta! —gritó fuera de sí—. ¡Te he dicho que no es momento de hablarlo! Por el amor de Dios, ¡respeta al menos mi petición!

Miré hacia la entrada de la estancia para comprobar que nadie andaba por el pasillo. Alterar el orden de la casa no iba a beneficiar a ninguna de las tres, así que cerré la puerta y me senté en la cama de mi hermana, pero lo más lejos posible de ella, con la mirada fija en los armarios para no afrontar la situación. Y entonces, sin más dilación, como si

ambas estuvieran vestidas, les conté lo sucedido atropelladamente. Fue lo único que supe hacer para cambiar de tema. Mercè, fiel a su timidez, se destapó la cara y permaneció en un rincón, sin atreverse a participar en la conversación. Mi relato fue vago, impreciso y superficial.

—Yo... no sé qué decirte. Me sabe muy mal lo que ha sucedido hoy, pero te advertí que estabas jugando con fuego.

—No me digas eso, María. Seguro que tienes razón, pero esperaba que me entendieras, esperaba que...

—¿Qué esperabas? Por Dios, tú lo quieres todo. Quieres fama, dinero, que Joan siga tus pasos, que yo siga tus pasos... ¿Cuándo empezarás a respetar a los demás?

Ambas callamos. Sentía que nos rodeaban kilos y kilos de pólvora, y que tanto ella como yo desprendíamos las chispas necesarias para que explotara.

—No has venido a mi debut, María.

—¿Crees que no quería ir? No he podido. Hoy ha pasado algo grave en la casa, muy grave. Puedes entenderlo o no. Vuelve a la buhardilla con Joan —dijo con ternura y más calma—, seguro que juntos encontraréis una solución.

No le dije nada de la carta, no le recordé que no tenía techo bajo el que dormir. Quería salir de la habitación, tomar el

aire, qué sé yo. Así que le di la razón y me despedí de ella dándole un beso en la mejilla que ella recibió hierática. Mientras cruzaba el umbral de la puerta para salir despavorida de allí, María me dijo:

—No le digas nada a Joan. Si no lo haces por Mercè, hazlo por mí, por favor.

Se lo prometí y me fui del entresuelo. No podía hablar con Juana, no tenía fuerzas para recibir otra reprimenda y pensaba que no merecía su consuelo. Me planté en la calle, llorando, con la maleta en una mano y el tormento en la otra.

No existe sensación comparable a los nervios de una primera función, tampoco un horror más tangible que observar cómo se desmonta tu vida delante de ti. Cuando las malas decisiones te golpean con tanta intensidad, puedes levantar la cabeza y afrontarlas o huir y equivocarte aún más.

Capítulo XV

¿Se puede desaparecer en el corazón de una ciudad? Yo lo conseguí, pero no es algo que me llene de orgullo. Aunque supongo que no nos desvanecemos por completo hasta que muere la última persona que llegó a conocernos. Podría decir que me escondí durante unos meses o que me perdí por las indomables calles del Distrito V, que no encontré rama o piedra a la que amarrarme y me dejé arrastrar por la corriente de un río salvaje llamado Barcelona.

No me apetece hablar de los meses que siguieron. Lo he hecho en contadísimas ocasiones y a día de hoy aún me avergüenza que me avergüence. Esa absurda fidelidad a una moral en la que no creo pero que todavía rige mis emociones. Nunca se lo he contado a Joan. Por suerte, el miedo a ser descubierta, a que un antiguo cliente me reconociera y me dejara en evidencia, se disipó con el tiempo.

No sabía qué hacer ni adónde ir, así que me planté en el hostel Las Fuentes. Cuando entré, fui directa al mostrador, pregunté por Anna y el recepcionista me pidió que esperara. Pedro era un hombre alto y lánguido, paciente en sus modales y lento en sus movimientos; tenía una de aquellas miradas que transmiten diversas emociones a la vez. Su delicadeza era el preludio de la gallardía y la picaresca necesarias para regentar un prostíbulo como aquel. No recuerdo si lloraba, si me sentía aturdida o si interpretaba uno de mis mejores papeles tras una sonrisa impostada, pero sí sé que eché un vistazo a la entrada del hostel. Era menos oscura e inhóspita de lo que había imaginado.

Se accedía a la recepción por una puerta doble rematada por un arco. Enfrente estaba el mostrador, fabricado con una de aquellas maderas antiguas pero bellas que, si hablaran, podrían contar la historia secreta de la ciudad. Detrás había un tablón con clavos y varias llaves colgando de ellos. A la derecha, una puerta conectaba con el restaurante. A la izquierda, unas escaleras maltrechas que conducían a las plantas superiores y al lado dos sofás, una mesita y un jarrón con flores marchitas. No sabría decir por qué, pero aquel lugar respiraba hospitalidad.

Cuando Anna apareció, con solo un vistazo comprendió que necesitaba ayuda. Se acercó y me abrazó con un vigor que me devolvió a la vida. Cogió la maleta y me llevó a su habitación. No sé muy bien con qué fuerzas subí cada uno de los peldaños que me separaban de los aposentos, pero su

crujido era el reflejo de la fragilidad que sentía en aquel momento. Finalmente llegamos a la puerta de su mundo, que ella abrió de par en par para mí.

La habitación era pequeña y rectangular. Tenía una cama de matrimonio, una estantería, un armario, una mesita con una silla, un colgador astillado atornillado al reverso de la puerta y poco más. Cuatro paredes que cobijaban las máscaras tras las que Anna salvaguardaba su esencia. Hablo de sus vestidos, zapatos, abrigos, maquillaje, libros, sábanas y algunos efectos personales más. Porque ella no era vedete, ni prostituta, ni una buena chica, ni emigrante, ni hija, ni hermana, ni valiente. Como buena superviviente, Anna se construía a diario con una pieza de cada uno de esos disfraces.

Dejó mi maleta en la entrada de la habitación y me pidió que nos sentáramos en la cama. Yo obedecí mientras ella me secaba las lágrimas y alababa el debut, haciendo hincapié en la ovación que recibí. Me serené y Anna se sentó a mi lado, me cogió las manos con fuerza, me escuchó paciente y cariñosa, y me invitó a quedarme en su habitación unos días mientras decidíamos qué camino tomar. Empezaba a conocerme, así que evitó consejos y monsergas. Pasé la noche observando el techo, incapaz de ahogar el dolor.

Al día siguiente no fui a trabajar y, de hecho, nunca más puse un pie en la fábrica. Ni siquiera avisé, y creo que Joan fue reprendido por ello. Tampoco le pedí perdón y me

arrepiento de eso. No podía levantarme de la cama, me veía incapaz de presentarme allí, encontrármelo y enfrentarme a sus palabras. Solo me movía de la habitación cuando Anna traía algún cliente. Entonces dejaba el hostel y deambulaba como alma en pena por las calles del Distrito V. Me sentía como un fantasma condenado a vagar como penitencia hasta resolver los asuntos pendientes.

Tampoco volví a la academia, no quería que el Gordito me mirara con condescendencia. Me envolvió un velo negro y opaco que no me dejaba ver más allá de lo sucedido. No comía. Tenía algunos ahorros de lo ganado en casa de los Puig, pero había usado una parte para adecentar la buhardilla. Con lo poco que me quedaba, alquilé una habitación en el hostel para unas semanas.

Mi habitación no se parecía a la de Anna. Cuadrada, daba a una esquina, lo que me proporcionaba dos ventanales generosos, cada uno de los cuales daba a una calle diferente. La cama estaba a la derecha de la entrada, frente a uno de ellos. Un armario de dos puertas quedaba cerca del cabecal y, al lado de la entrada, había una mesa sobre la que luego coloqué un espejo, y que usaba como tocador, un par de sillas y las paredes amarillentas por el exceso de tabaco consumido por una inquilina. Recuerdo el desasosiego que sentí cuando entré en ella por primera vez, maleta en mano. Aquel iba a ser mi hogar provisional, mi refugio, mi cueva, mi pozo. ¿En qué se convierte una mujer cuando mueren sus deseos?

Me sumergí en un letargo que consumió los días con lentitud y pesadez. El autocastigo y los libros ocupaban mis días. Leía como una condenada a muerte, como si las horas se fueran a terminar y el alma aprovechara lo poco que le quedaba en este mundo para saciar su sed de buenas historias. Pronto acepté que el dinero no duraría para siempre y empecé a lamentarme y a compartir con Anna mi preocupación por el devenir. «Busca trabajo en un café concierto, con tu talento seguro que te contratan hoy mismo», me propuso más de una vez. «¿Para qué? No me querrán —le respondía siempre—. He hecho el ridículo delante de toda Barcelona, no debería haber cantado mi canción.» «¿Y por qué no trabajas en una fábrica? Te dará dinero para sobrevivir mientras decides qué haces», me aconsejó en otra ocasión. «No quiero ser carne de turnos. No lo soportaría, no después de lo que ha pasado», me quejaba yo. «Pues algo tendrás que hacer —me decía cada vez que hablábamos del tema—. ¿Y si buscas otra casa en la que servir? Seguro que los Puig darán buenas referencias.» «No, no quiero ver a María, y creo que ella tampoco quiere verme. Me ha mentado, ahora ya no sé ni quién es.»

Mis respuestas eran excusas estúpidas, dignas de una niña que se había lanzado de cabeza a un pozo del que no sabía cómo escapar.

Y así llegamos al ocaso de junio, cuando el dinero se esfumó. Entonces Anna me lo sugirió por primera vez.

—¿Por qué no buscas clientes? No voy a ser yo la que te aconseje lo contrario.

Ella también había dejado la academia, yo no entendía por qué. Supuse que, como yo, había perdido la esperanza de ganarse la vida como vedete. Pero no le pregunté, no lo quise saber, tenía miedo de que se hubiera rendido porque no le habían ofrecido un debut como a mí.

Evité su propuesta unos días. «No voy a caer en otra trampa», me decía. Pero ante mi desesperación, ante la necesidad imperiosa de conseguir dinero, Anna lo volvió a comentar. La idea se plantó en mi cabeza como una chifladura que acabó convirtiéndose en la solución. Así que, poco después, fui yo quien preguntó. Cómo era. Cómo conseguía los clientes. Cómo debería empezar, en el hipotético caso de que me lo planteara. Un miedo se llevó a otro y pronto dejó de parecerme terrible. Era lógico. Anna lo hacía, ¿acaso pensaba que yo era más que ella? Yo, que me había creído una reina, no era más que la última de las plebeyas.

Vendí mi cuerpo para comer y dormir bajo un techo. Los mismos hombres influyentes que comerciaban con los ideales y el futuro de los trabajadores de las fábricas por dinero, los mismos que menospreciaban a las mujeres de moral distraída, acababan acudiendo a ellas porque se casaron por compromiso, por inercia o porque no fueron capaces de rebelarse contra sus padres. Ellos nos trataban

como objetos de placer sin tener en cuenta nuestros sentimientos. Y las putas éramos nosotras.

Anna me facilitó el camino y yo intenté seguirlo. Sin embargo, creo que me extravié como esas cabras que se desorientan y vagan hasta que encuentran el camino de vuelta. Por aquel entonces era un oficio más, muy mal visto, pero un trabajo reglamentado al fin y al cabo. A pesar de que no todas lo hacían, existía la obligación de inscribirse en el registro que llevaba la Inspección Provincial de Sanidad. Tras unos exámenes médicos, daban el carnet de prostituta, que acreditaba a quienes lo poseían como tales. Sin embargo, después de varios años de debate sobre esas normas, la República ilegalizó hace un par de años la prostitución reglamentada y esta profesión pasó a considerarse un modo de vida no lícito. Yo nunca llegué a registrarme ni nada por el estilo, y debería haberlo hecho. Quizá, aunque sentía que me merecía aquella vida, mi corazón sabía que no iba a durar.

Mi amiga me encontraba clientes sin recibir nada a cambio, siempre con mil advertencias y precauciones. Ella contaba con varios y me ofrecía solo los que rechazaba, pero si venían recomendados. El hostel Las Fuentes era una pequeña comunidad, un oasis en medio de un Distrito V donde chulos, proxenetas y redes de dudosa voluntad esclavizaban a mujeres como yo. Pedro cuidaba de las chicas que vivían en el hostel que regentaba y que casi nunca abandonaba. Les proporcionaba clientes a cambio de un porcentaje y del

alquiler de las habitaciones. Los hombres que nos visitaban no eran atendidos de inmediato, sino que pedían cita previamente. Eso no ahuyentaba a los desgraciados, pero creaba un ambiente tranquilo.

El primero nunca se olvida. Anna nos presentó en el restaurante del hostel. De paredes blancas manchadas con la pátina de las experiencias, contaba con varias mesas de madera y sus incómodas sillas, una barra de la que colgaban embutidos y una cocina que nunca vi pero que intuía de limpieza poco frecuente. El hombre en cuestión era delgado, debía de tener unos cuarenta años, estaba casado y parecía tímido. Pidió una copa y Anna un vaso de agua para mí, pero la corregí en el momento, necesitaba un trago. Me inventé una fábula en la que dejé de llamarme Francisca. Sofía fue el nombre que escogí. Le conté que había nacido en Barcelona, que cantaba en algún café concierto y quién sabe qué más. El hombre atendía al relato sin interrumpirme ni opinar.

Él se dedicó a responder a preguntas con poco más que monosílabos hasta que decidió tomar la iniciativa con una clara intención.

—¿Subimos a tu habitación? —propuso.

Tragué saliva, sonreí y evité la mirada de Anna. Ella, alarmada, me transmitía que no tenía por qué hacerlo, pero yo no me detuve a pensarlo. Ascendimos por las escaleras lentamente, yo delante, él detrás, ambos respetando un

silencio que me inquietaba. ¿Qué iba a suceder? Lo sabía perfectamente, pero lo obviaba mientras inventaba el relato de la vida de Sofía. Una vez en el interior, nos sentamos en la cama. Fue ahí cuando el hombre desató su historia. Su mujer estaba enferma y no mantenían relaciones desde hacía años. Le dolía en el alma recurrir a mujeres como yo, pero era la única manera de aliviar sus tormentos. Jamás sabré si él también interpretaba un papel, pero me enterneció e hizo que me olvidara del dinero que nos vinculaba.

Cuando se acomodó en la cama ligero de ropa, mostró su tercera cara. De comportarse como un ser tímido y embargado por la melancolía pasó a actuar como un hombre que sabía con certeza qué quería y cómo lo quería. Me dejé llevar, no pensé, le di lo que había venido a buscar como si fuera el amor de mi vida. Contado así puede parecer sencillo, pero nada más lejos de la realidad. Cierro los ojos y revivo la desolación. Jamás había compartido algo tan íntimo con alguien tan ajeno. Terminó, se vistió y dejó el dinero sobre la mesita de noche. Cerró la puerta y empecé a llorar, desnuda sobre la cama, cubriéndome el cuerpo con una sábana, pensando en Joan, en su cuerpo, en su sonrisa.

En aquel momento recordé la primera vez que Anna me contó a qué se dedicaba, cómo la juzgué y también cómo me divirtió conocer un mundo tan exótico. Después de su confidencia continué con mi día a día, considerándola una amiga pero sin preocuparme por cómo se sentía, si podía

ofrecerle mi ayuda o aliviar su carga. Nos encanta escuchar historias tórridas para quejarnos de la crudeza de la vida y luego seguir con nuestras rutinas como si nada, como si a nuestro alrededor no existieran personas dolientes.

Él fue el primero de una lista considerablemente larga. Puedo decir que tuve suerte; mis curvas, mis facciones y las maneras copiadas de doña Teresa me convertían en un ejemplar solo al alcance de los bolsillos de algunos. Me lo tomé como un empleo provisional mientras encontraba una manera más digna de ganarme el pan.

Al principio me fijaba en la belleza o en la juventud de los hombres a los que recibía. Era todo más sencillo si sentía cierta atracción, ya fuera física o de palabra. Pero con el tiempo eso dejó de importarme, y con que llegaran aseados me conformaba. Si experimentaba algún tipo de placer, luego me atacaban las náuseas. No voy a mentir, podría contarlo con cierta melodía, incluso con poesía, pero la cama despertaba en mí un conjunto de sentimientos contradictorios, que aún hoy arrastro, en forma de asco, recuerdos para olvidar y emociones que no logro comprender. Muchas noches, sobre todo las primeras, lloré a lágrima viva. Me culpaba, me castigaba. No entiendo por qué me quedé, cómo continué en la vorágine. No me permitía pensar, no me dejaba actuar como la mujer fuerte que pensaba que era. La resignación del perdedor que no ve más horizonte que las desdichas, que no concibe otro camino que el que la vida le ha puesto delante. Quizá por eso

convertí mi cuerpo en un pequeño teatro que subía el telón al mejor postor.

Anna me había contado los entresijos del oficio; mejor dicho, su punto de vista. A pesar de su experiencia, yo no estaba de acuerdo con la mayoría de sus reflexiones. Por ejemplo, ella defendía que los hombres que nos visitaban mostraban su auténtica cara, su verdadera naturaleza, pues durante el tiempo que ocupaban nuestra cama se comunicaban con una vulnerabilidad que no manifestaban en sus vidas.

¿Mi sensación? Que era justo lo contrario. Los clientes escenificaban una versión falsa de sí mismos con la que podían dar rienda suelta al deseo y con la que, a la vez, alejaban las miserias. Clientes hechos de carne y mentiras. Pocas veces dejaban entrever pedazos de su esencia. Y noche tras noche me entregaba a recipientes vacíos que quizá buscaban cariño, que quizá se manifestaban más sensibles de lo esperado, pero que tan solo buscaban protagonizar una opereta llamada fornicación.

Sofía nació como un personaje improvisado con los primeros clientes, que llegué a encarnar con maestría, ocultando mis miserias. Así me convertí en una mujer que creyó que no pisaría nunca más un escenario y que asumió que no volvería a amar porque su corazón estaba rodeado de espinas. Además, no me consideraba merecedora de estar en presencia de mi hermana, porque ella se había

sacrificado por el bien de mi virtud y yo me estaba dedicando a destrozarla con cada jadeo falseado, concesión o cosquilleo de placer.

Así estructuré los tres actos de la obra *Sofía, la puta*. El primero se convirtió en una especie de liturgia para mí. Recibía a los hombres en el restaurante del hostal. La mayoría se resistía a ese paso dramático, pero normalmente conseguía convencerlos. Los sentaba siempre en la misma mesa, la del fondo a la derecha, cercana a la puerta, y les invitaba a una copa. Sí, las pagaba yo, formaba parte del servicio. Ahí hablábamos, les hacía las preguntas pertinentes para que se sintieran cómodos y a salvo. «¿Tienes hijos?» «¿Cómo se llaman?» «Apuesto a que el pequeño Gabriel es tan fuerte y valiente como su padre.» Un vaivén de lugares comunes que les llevaban al refugio prometedor de Sofía. Fingir que ella iba a triunfar sobre los escenarios me daba fuerzas, me ayudaba a levantar la cabeza, porque por unos segundos me lo creía, era real, tan cierto como que yo tenía dos manos y que aquel hombre me deseaba.

Las escaleras que separaban el bar de mi habitación unían el primer acto con el segundo. Allí la velada daba el giro esperado, en el que ambos nos desnudábamos y alimentábamos el conflicto: lo que para mí era un calvario, ellos lo vivían como una experiencia religiosa. O no, depende, porque si era nuestra primera vez se desataban las sorpresas. Y es que los clientes también se protegían detrás de un personaje: el caballero, el tierno joven que me

consideraba una diosa, el cervatillo herido que necesitaba recibir órdenes, el masoquista, el carente de sentimientos que quería terminar con rapidez, el dictador que disfrutaba con la obediencia, el sádico que exploraba los límites del dolor y el placer... Lo escogían cuando se cerraba la puerta y, muchas veces, no se correspondía con la persona con la que acababa de charlar.

Al principio me sorprendía cómo un jovencito tímido se transformaba en un tirano o cómo un artesano de la piel, tan seguro y curtido, te rogaba que le pegaras fuerte en las nalgas. Sin embargo, en las miradas de mis clientes descubrí señales inequívocas de lo que iba a suceder entre las sábanas. El esquivo, el que no me miraba directamente a los ojos para no establecer ningún vínculo, no iba a resultar una buena experiencia. Acostumbraban a ser autómatas del placer o estadistas de lo oscuro. El tierno solía ser coherente con mi primera impresión, sobrado de calor y falto de vigor y tenacidad. El de mirada pícara, si esta escondía alegría, jugaba a los placeres de los dos bandos; aunque si ocultaba melancolía, terminaba por mostrarse como un déspota reprimido. Luego estaban los que tenían la mirada llena de rabia. Mejor no hablemos de ellos.

Ah, claro, el último acto. Simple, rápido y construido para contentar al público. Él culminaba su propio teatrillo, me pagaba y se iba. Algunos querían hablar y, si estaba cómoda, se lo permitía. Tras cada función, me alejaba un poco más de la niña que llegó a Barcelona y del juramento que le hice a

mi hermana. Así llegó el mes de agosto de 1912, sirviendo placer entre lamentos. Y cuando parecía que las cosas no se podían torcer más, lo hicieron.

Un cliente llegó al hostel preguntando por Anna, pero aquel día no se encontraba bien y no se sentía con fuerzas para ofrecerse. Llamó a la puerta de mi habitación y me pidió si podía atenderle yo. La vi tan débil que accedí. Cuando conocí al muchacho en la entrada, el mundo se me cayó a los pies. Alto y erguido, tenía el pelo negro, la tez morena y los ojos verdes como el césped fresco en primavera. Era guapo, muy guapo, y se parecía a Joan.

Le sugerí que pasáramos antes por el restaurante y no opuso resistencia. Pedí dos bebidas, nos sentamos y mantuvimos la charla previa a la transacción. El chico trabajaba en la Fabra i Coats, una de las fábricas textiles más importantes de Barcelona. Estaba muy interesado en el mundo sindical y, según contaba, a veces era tan temerario con sus acciones que espantaba a las novias a las que cortejaba. Ni siquiera su nombre, Benito, me calmó. Él hablaba demasiado y yo me quedé muda. Todo giraba a mi alrededor, sentía un nudo fortísimo en el estómago que me retorció las entrañas, estaba sudando mucho y ni siquiera le prestaba atención. Cuando empezó a faltarme el aire, decidí que debía huir.

—Váyase —le dije.

—¿Cómo? ¿Se encuentra bien?

—Sí. No. Es eso. Creo que también estoy enferma. Ahora mismo me siento débil y no quiero contagiarle.

—Claro, señorita. ¿Quiere que la acompañe a la habitación? Quiero decir, no para... sino porque la veo débil.

Me levanté de sopetón apoyando las manos sobre la mesa y, casi sin mirarlo, la rodeé en dirección a la puerta.

—No será necesario. Disculpe el desplante. Seguro que alguna de las chicas...

—Da igual, hoy no es mi día. Aunque me gustaría volver a verla.

Sus palabras recorrieron mi espalda desde la cabeza hasta la cadera y volvieron a subir como un amargo cosquilleo. Las piernas me temblaban tanto que apenas podía tenerme en pie.

—No —respondí sin girarme.

Acto seguido, salí del restaurante y subí las escaleras más por necesidad que con decisión. Entré en la habitación rociada de lágrimas, con el único objetivo de tirarme en la cama y desaparecer. Sin embargo, antes me paré un segundo delante del espejo. Me observé con detalle. Los ojos inyectados en sangre, húmedos, desahogando las

penas; las mejillas rojizas, irritadas por el infortunio; el pelo desaliñado y poco cuidado, que se mal repartía por la cara cubriéndola en parte, incapaz de esconder la aflicción. Y un millar de reproches resonando en mi interior: «Nunca serás actriz. Nunca serás vedete. Asúmelo. Ríndete. Luchar solo te va a traer más dolor. Deberías haber seguido el plan inicial, llegar a Barcelona y encontrar marido».

Abrí la puerta de la mesita de noche y saqué una botella de bourbon que guardaba para los clientes más tímidos. La abrí y bebí sin medida, era lo único que podía separarme del dolor. Habían pasado tres meses y pico, y nadie sabía dónde vivía ni si estaba viva o muerta. ¿Qué importaba ya? Varias imágenes se alternaban en mi cabeza. Mi hermana abrazada a Mercè. Un trago. Joan. Otro trago. Mi primer cliente. Otro trago. Los comentarios del Gordito. Otro trago. Así hasta que se vació la botella. Aquel día recibí a dos clientes más que ni siquiera recuerdo. Y, sinceramente, ojalá se hubiera terminado ahí. Me refiero al alcohol. Acostarme con hombres aún era algo difícil y cargado de contradicciones, pero lo vivía mejor que el dolor.

Amanecí con una resaca demoledora, y con el recuerdo de aquel chico que aparecía una y otra vez en mi cabeza. Antes de bajar a desayunar, pasé un segundo por la habitación de Anna.

—¿Cómo te encuentras hoy, Anna? ¿Estás mejor?

—Seguro que mejor que tú. ¿También has pillado un catarro?

—No, es solo que... Nada, déjalo, estoy cansada.

Miré hacia la ventana y, cuando me disponía a salir de la habitación, su voz me retuvo.

—Escucha, ni siquiera sé si yo lo voy a soportar más. Ahora llega septiembre, quizá con el otoño podrías...

—No sé de qué me hablas.

Cerré la puerta y bajé a desayunar. Junto a un bocadillo rancio que me sentó como un tiro, pedí una copa de whisky.

Entre aquella anécdota y las primeras hojas que alfombraron el suelo otoñal, recuerdo bien poco. Cada cliente se convirtió en una experiencia más para el olvido; cada moneda que ganaba, en pura supervivencia. Quería desaparecer de mí misma, esconderme en el rincón etílico donde nadie podía entrar ni hacerme daño. Anna me cuidaba, me regañaba, me decía que debía enderezarme y volver a soñar con cantar. Asentía para no seguir escuchándola, para no tener que oír sus motivos, cargados de razón, de los que solo podía escapar. Y no solo se huye corriendo.

Mientras tanto, la CNT seguía persiguiendo su legalización. El presidente Canalejas fue asesinado en un atentado

perpetrado por el anarquista Manuel Pardiñas Serrano, que nada tenía que ver con la Confederación pero cuyo crimen dificultó las aspiraciones de la organización obrera. Canalejas, que había promovido leyes como la del Candado o abolido otras como la de Contribución de Consumos, fue sustituido como presidente del Consejo de Ministros por el conde de Romanones, quien, recién llegado al cargo, impulsó el Protectorado de Marruecos. Por otro lado, tanto alboroto político detuvo la ley de las Mancomunidades, que había sido aprobada en junio por la Cámara Baja pero que todavía estaba pendiente de la ratificación del Senado. Aquel freno alteró a los miembros de la Lliga Regionalista pero no a los obreros catalanes, que estaban más preocupados por mejorar sus condiciones laborales que por otras conquistas políticas.

Los días escapaban del recuerdo al igual que los hombres que pasaban por mi cama. Y yo descuidé mi aspecto, las formas, la simpatía. Aquella belleza que reclamaba cierto caché, se iba desvaneciendo junto a mis anhelos. Hasta que llegó una semana de diciembre. Debía de ser la segunda o la tercera. Una mañana me desperté aturdida, con dolor de cabeza, huesos y alma. Enfilé el pasillo en dirección al baño y me encontré a Anna. Salía de la habitación y se dirigía al mismo destino que yo.

—Qué suerte que mañana sea domingo. Quiero acercarme al mar —le comenté.

—Francisca, hoy es miércoles.

—Pero si ayer era viernes.

—¿Te encuentras bien?

Me fallaba la memoria. Me asusté mucho. Y mientras intentaba comprender el despiste, un chico salió de su habitación. Alto, pelo negro, ojos verdes. Benito, el que tanto se parecía a Joan. Se acercó un tanto adormilado y nos saludó a las dos. En medio de la estupefacción por mi olvido, él, que no era él, pero que me lo recordaba, ejecutó el rol de verdugo. Empecé a temblar, no controlaba el cuerpo ni los pensamientos. Anna percibió que algo me sucedía y lo despachó con cariño y eficacia.

El chico obedeció y, cuando lo perdimos de vista, se me escapó la orina. Noté cómo mi cuerpo cedía. Miré el suelo y descubrí con terror el charco que se había creado bajo mis pies. La falda, empapada, ponía en evidencia mi vergüenza. Anna no daba crédito a lo que veía. Me preguntó insistentemente qué me pasaba, pero yo tan solo era capaz de emitir dos palabras:

—No puedo.

—Francisca, pero dime, ¿qué? ¿Qué te pasa? Me estás asustando.

—No puedo.

Anna reaccionó. Me llevó al baño y me ayudó a lavarme con un respetuoso silencio. Llenó la bañera que compartíamos con el resto de las chicas de la planta, me echó una mano al tumbarme y, cuando el agua estuvo a la temperatura adecuada, me enjabonó sin prisa, con el cariño de una compañera de viaje. Luego me ayudó a levantarme y me secó.

No sé qué habría hecho si me hubieran educado de otra manera, con otros patrones u otros valores. Quizá habría escogido semejante camino, quizá habría encontrado alternativas, pero ni Anna ni yo entramos libremente en aquel mundo. Nos vimos arrojadas a un agujero profundo, en el que se desvalorizan los cuerpos en favor del placer de los hombres, en el que desaparece la voluntad y renaces como un personaje que poco a poco devora tu esencia, tu autoestima, tu valía. Una actriz usa el cuerpo para el deleite de otros, pero no deja que el público penetre en su interior, no permite que la conviertan en un objeto de utilería.

Cuando salí del baño, a duras penas me tenía en pie. Anna soportaba parte de mi peso dejando que la abrazara por la espalda. Una vez en la habitación, me senté en la cama como paso previo para tumbarme. Anna me contempló pensativa. Suspiró, se sentó a mi lado y dijo:

—¿Sabes? Cuando me mudé a Barcelona lo hice acompañada de mi marido, te lo conté cuando nos conocimos, pero no sé si ahondé en los detalles. ¡Llegamos

con tanta ilusión! Nos considerábamos afortunados porque nuestros planes marcharon sin contratiempos. Encontramos techo, trabajo y soñábamos con una gran familia. Pero enfermé, Francisca, me puse muy mal, creía que me moría. Los medicamentos eran carísimos y, al no presentarme en la fábrica durante varios días, me echaron. Así que mi marido, en paz descanse, empezó a desesperarse. Él me veía tumbada en la cama y no sabía qué hacer. Era grandote y fuerte, así que pronto encontró trabajo en la banda de un delincuente despiadado que le remuneraba muy bien. Gracias a esos dineros pudimos costearnos a un buen médico y pagar las medicinas que necesitaba. Yo me recuperé, gracias a Dios, y le pedí mil veces que dejara aquel... trabajo. Sin embargo, no es fácil alejarse de ese ambiente una vez estás dentro. Y nada, Francisca, ya te conté que me lo mataron. Me quedé sola, sin dinero ni trabajo. Me aceptaron en otra fábrica, pero cobrando la mitad que en Can Seixanta. Y aquí terminé, y te observo y no te entiendo. Te diría que despertaras, que espabilaras, pero si me miro en el espejo me siento una hipócrita porque yo tampoco lo hago.

Le agarré de la mano, la miré llorosa y le dije varias veces que lo sentía. Después, me ayudó a tumbarme en la cama y se despidió de mí dándome un beso en la frente.

—Francisca, no te preocupes por nada, descansa —me dijo.

Aquella misma mañana hizo lo que tantas veces le había pedido que no hiciera. Y, sin saberlo, me indujo a la fase más complicada de una desaparición: volver a aparecer.

Capítulo XVI

Cuando te escondes en una cueva, el sol sigue saliendo para los que viven en el exterior. Respiran, viven, los días pasan y el tiempo les trae nuevas sendas que cruzar. Ellos han avanzado varios capítulos de su vida pero tú sigues en el mismo.

Aquella misma tarde llamaron a la puerta. No tenía cita alguna. Pensé que sería Anna que quería comprobar si aún respiraba. Me levanté con dificultad de la cama, pregunté quién era y oí la voz de Jaume al otro lado. La vergüenza. Él me traía recuerdos que me había esforzado en olvidar a base de abrir botellas. Así que no pude más que rechazarle.

—¡Vete! Por tu culpa todo se ha ido al traste. ¡Déjame!
¿Me oyes?

Mientras le gritaba, otra voz me pidió paso y me desarmó.

Se trataba de María. Tragué saliva, inspiré y esboqué un atisbo de sonrisa. Abrí la puerta y lo único que recuerdo son los ojos afligidos de mi hermana. Yo había bebido de nuevo y estaba medio desnuda en una habitación muy desordenada. María se santiguó y permaneció de pie impertérrita, evaluando cuál debía ser su siguiente paso. Lo primero que hizo a continuación fue abrazarme mientras Jaume abría la ventana para ventilar la estancia. Yo la rehuí avergonzada pero ella, sin articular palabra, me rodeó de nuevo con los brazos hasta que venció mi resistencia. Mi cuerpo, que no se había relajado en semanas, cedió. Jaume miraba la escena con la timidez del observador incómodo. Finalmente, María me apartó de ella, me miró a los ojos y me dijo:

—Nos vamos de aquí. Anda, vístete mientras preparo tu maleta.

—María, no quiero. ¿Adónde voy a ir?

—De momento a casa de Jaume. Hazme caso.

Su tono no dejaba espacio para el debate. Obedecí. Me vestí y esperé sentada en la cama a que Jaume y María consideraran que estábamos listos. Bajé las escaleras con dificultad, ayudada por mi hermana. Jaume cargaba la maleta. Al llegar a la recepción, se acercó al mostrador y liquidó la cuenta. Iba a decirle que no lo hiciera, o a darle las gracias, pero María me lo impidió. «Tú calladita», me ordenó. Cuando salimos, contemplé una vez más la

recepción. Sofía, la Francisca que no fue capaz de levantar cabeza, murió al salir por la puerta del hostel.

Caminamos por las calles del Raval hasta llegar al piso del padre de Jaume, donde hacía un par de meses que él se había instalado. Jaume nos aseguró que era un lugar ideal para dar rienda suelta a la escritura y para alejarse de la presión que su padre ejercía sobre él. Le insistía, más que nunca, en que tomara responsabilidades en el negocio familiar. «Ya ves tú el caso que le hago», bromeó. No lo expresaba así, pero creo que se sentía como un bohemio que daba la espalda a la burguesía de la ciudad para dedicarse al arte. Estoy sonriendo al escribir esto.

Muchos podrían interpretar ese capítulo de mi vida como un castigo a una mujer que intentó medrar, que no quería casarse ni tener hijos, que no se contentaba con servir. No. Quizá cometí errores, pero no me imagino a Joan en mi situación, no me imagino a ninguno de los hombres que me rodean en la tesitura de tener que vender su cuerpo para comer. Me prostituí porque nos consideran una posesión material, porque el mundo nos considera inferiores, cuerpos destinados al placer y a la procreación. Y hasta que eso cambie, muchas pasarán por lo mismo, con o sin dinero de por medio.

Cuando entramos en el salón del piso de Jaume, María no me dejó ni hablar. Me forzó a bañarme de nuevo, esta vez con agua fría, y me obligó a dormir en la cama. Juana le había

permitido librar al día siguiente y tendríamos tiempo para hablar. Me acosté, ella se quedó a mi lado y poco más puedo contar.

Lo siguiente que recuerdo es despertar con las primeras luces del alba, totalmente desorientada. Nos encontrábamos a pocos días del inicio oficial del invierno y la humedad barcelonesa calaba. Hacía frío, pero amanecí cubierta por un par de mantas y abrumada por un dolor de cabeza de proporciones colosales. No identifiqué ni el techo ni las paredes y descubrí a María dormida a mi lado. Al darme cuenta de lo sucedido y de dónde me encontraba, la vergüenza apareció sin avisar. No sabía si correr, llorar o abrir una botella. Repasé los muebles de la habitación. La cama matrimonial que nos soportaba, el descomunal armario de cuatro puertas lisas y sobrias, el tocador que se encontraba a la izquierda de la cama y que compartía espacio con una puerta que daba al balconcito.

Estaba yo enroscada en mis cavilaciones cuando María abrió los ojos. Me dio los buenos días, me besó y me pidió que la ayudara a preparar el desayuno. En la sala, Jaume dormía en el suelo sobre un almohadón. Se despertó súbitamente y algo descolocado. Desperezándose, se incorporó y se puso a tono con las circunstancias. Yo lo sentía, no tenía derecho a echarlo de la habitación. Pero él se rio e intercambió cierta complicidad con María. El día anterior había comprado pan, huevos, jamón, fruta y galletas. Le pidió a mi hermana que me preparara un buen

manjar, se vistió y nos dejó solas. Entonces me di cuenta, llevaba barba, una pelambrera que sumaba puntos a su distinción. Su generosidad no tenía límites y yo no entendía por qué se tomaba tantas molestias por una muchacha como yo.

A solas con María, los remordimientos callaban por mí. Lo intenté, pero no se puede sonreír al aire cuando te asfixias.

—Siéntate. No sufras, no tenemos que hacer nada más que desayunar y ponernos al día. —Yo la obedecí—. Ojalá siempre fueras tan mansa —añadió divertida.

Cocinó unos huevos revueltos con jamón y tostó el pan. Los sirvió en la mesa y se sentó delante de mí. El día había amanecido con cierta pesadez, nublado, con las bajas temperaturas sobrevolando las calles y las conversaciones de la gente. Observé la comida y, acto seguido, el cielo a través de la ventana. De nuevo, la vida no parecía mía. María interrumpió el silencio.

—No sé por dónde empezar. Quiero charlar con mi hermana.

No tenía fuerzas y supongo que María se dio cuenta de mi situación, así que se aventuró. Me contó su último medio año, el primero que habíamos vivido separadas.

El día de mi debut, Tomás intentó suicidarse. La señora Teresa lo encontró en su habitación medio desangrado.

Tenía unas cuchillas en una mano, sangre en los brazos y estaba tendido en el suelo. Por suerte, sobrevivió y no sufrió ninguna secuela importante. A los pocos días lo internaron en un sanatorio de la costa, solo Dios sabía cuándo saldría. Doña Teresa, al decir de María, había envejecido diez años desde aquel suceso, aunque después de varias visitas al sanatorio empezaba a remontar.

Los motivos no estaban del todo claros, pero mi hermana me contó la versión predominante entre el servicio. Dos días antes de tan fatídico percance, Tomás había roto el compromiso con su prometida. Ni la propia doña Teresa pudo evitarlo. El señorito Puig aseguraba que se había enamorado de una aspirante a vedete y que nadie podía detenerlos. Recé durante unos segundos para que no se refiriera a mí, pero era obvio, se trababa de Anna. Estaba obsesionado, no pensaba más que en declararle su amor. Se paseaba por la casa anunciándolo, como si al servicio le importara.

—He sido una mala amiga —la interrumpí—. No lo vi venir. Tendría que haber escuchado a Tomás. Quizá si me lo hubiera contado...

—Deja de cargar con los muertos de los demás, ¿quieres? Los dramas para cuando seas una gran actriz. Tomás es mayorcito y nunca ha estado muy equilibrado.

Entonces caí en la cuenta de que Tomás no había ido a

verme al Pabellón Soriano. La mañana de mi debut, él había citado a Anna en el Español. Por lo visto, no era la primera vez que salían, habían dado algún que otro paseo juntos y habían ido a tomar chocolate en alguna granja del centro, aunque no habían cruzado la línea de lo platónico. Tomás no albergaba dudas sobre los sentimientos de Anna, creía que ella correspondía su amor, por eso escogió aquel día para declararse y para exponerle sus planes de futuro a mi amiga. Sin embargo, Anna declinó la oferta: decididamente no podía ser su mujer, era una prostituta y el mundo no toleraría aquella relación. El rechazo y la revelación de Anna pudieron con la cordura y los límites morales del mediano de los Puig, que llegó a casa hecho un manojo de nervios. Entonces lo hizo. Por eso María no fue al teatro, no podía abandonar la casa tras semejante tragedia. Y, para más inri, yo entré en su habitación al cabo de unas horas y descubrí que amaba a Mercè.

—No supe qué decirte, Francisca. ¡Temía tanto tu reacción! No sé si Dios lo ve con buenos ojos, pero tú... Tú me contaste tu horrible día y yo solo sentía vergüenza, vergüenza y miedo de perderte, miedo de que me dieras la espalda o me vieras como un monstruo. Anda, come algo. Me ahogo solo de pensar cuánto te he echado de menos.

—María, mírame, mira cómo estoy. No estoy en posición de juzgar a nadie, y menos a la persona que más quiero en este mundo. —Cogí los cubiertos e hice un esfuerzo. Luego dije—: No volveré a alejarme de ti.

Ella me escuchaba desasosegada. Ejercía de hermana mayor y a la vez buscaba mi aprobación cual niña pequeña. Me vio comer y se dio cuenta de que ella no había probado bocado. Cogió pan y acercó un poco del revuelto al tenedor.

—Mira, solo sé que cuando estoy con Mercè soy feliz. Y lo que me has contado que sientes por Joan —sí, su nombre, un pinchazo en mi vientre— es lo que siento por ella. O lo que sentía por Carmen.

—¿Con ella también te...?

—Sí, y siento haberte escondido también eso. Fue Carmen quien lo provocó, quien me buscó cuando yo me resistía, y luego se echaba atrás y me culpaba. Francisca, no sabes lo que me llegó a marear. Y sí, algunas veces nos desnudamos a escondidas. —María estaba atenta a mi reacción cuando me contaba estos detalles—. Siempre disimulando, siempre con miedo. Carmen no perdía oportunidad de recordarme que aquello solo era un divertimento y que lo que hacíamos estaba mal.

A pesar de las reticencias de Carmen, intercambiaron a diario besos furtivos y halagos de enamoradas. Pero un día le confesó que se casaba con su novio porque era lo mejor para las dos, y le pidió a María que hiciera lo mismo. ¿Cómo podrían vivir juntas? ¿Cómo? El primer amor de María se alejó de sus brazos con la peor de las convicciones: se amaban y, a pesar de eso, su historia estaba más cerca de la

condena que de la absolución. Ya se sabe que los primeros amores arañan la piel de por vida.

El caso es que ella se fue y María se sintió más perdida que nunca. Pensó en buscar marido o entrar en un convento, pero temía que Dios no la cobijara en su seno después de lo sucedido. Así que se dejó llevar por las aristas de la rutina con la esperanza de que apareciera un hombre que la enamorara.

Al cabo de unos meses, Josep y sus amigos la violaron. Ella seguía siendo incapaz de hablar directamente del episodio, pero me confesó que fue entonces cuando tiró la toalla. Apartó el recuerdo de su horizonte y trazó un plan. Trabajaría unos años más en aquella casa y seguiría los pasos de Juana. No obstante, yo insistía en que la iba a alejar de esa vida y ella sentía que necesitaba, más que nunca, un objetivo noble y común. La ilusión la lastimaba gravemente.

Y apareció Mercè. En cuanto la vio, encontró el sentido perdido por el dolor y la infamia. Vivió cada encuentro con temor al rechazo, a la delación, a dar un paso en falso, pero la dulce Mercè la correspondía. Yo me fui, ella entró en la casa y mi cama pasó a ser la suya. María no entendía cómo una mujer podía despertarle sentimientos tan intensos y carnales. Lo único que sabía es que Mercè era un ángel que había llegado a casa de los Puig para amarla.

—Siento no habértelo contado antes, hermana.

Tuve la sensación de que mi María se había preparado el discurso con esmero. Había terminado de darme explicaciones y, esperando mi reacción, se llevó otro bocado a la boca. He de confesar que no me siento orgullosa de lo que le respondí.

—Pero, María, ¿y los hijos?

—¿Qué hijos? —Alzó la vista sorprendida.

—¿No quieres tener hijos?

—¿Y tú, Francisca? ¿Quieres tú tener hijos?

Sonreí dándole la razón. Cerré los ojos, consciente de que era mi turno, que debía convertirme en la narradora de mis desventuras. Pero siguiendo la tónica de la conversación, fue María quien rompió el silencio:

—Voy a hacerte una pregunta, no es necesario que me respondas ahora. ¿Qué vas a hacer? Quizá podrías volver a las clases.

—Yo... me rindo. No puedo pensar en cantar, en los escenarios, no tengo talento ni fuerzas. He hecho daño a las personas que más quería, he sido una estúpida. Creo que debería volver al pueblo y dejar atrás Barcelona, allí era todo más sencillo; tú misma lo has dicho un millón de veces.

María negó con la cabeza. Aquel no era lugar para mí.

Jaume se había ofrecido para albergarme durante un tiempo en el piso. Él le había contado que el día de mi actuación brillé, que fue un éxito. Debía aprovechar la oportunidad y reponerme. Todo esto me dijo, pero yo seguía sin respuestas.

—Francisca, me da miedo seguir hablando porque a terca nadie te gana y no sé si podré convencerte. Sabes que soy más bien desconfiada, pero Jaume parece un hombre noble. Te ofrece cama y comida, y creo que tiene buenas intenciones. Tú harías lo mismo por un amigo, lo sé. Quédate unos días, recupérate y busca un modo mejor de ganarte la vida.

—No me lo merezco. Y no sé qué querrá a cambio.

Mi hermana se levantó y me abrazó por la espalda. No recuerdo cuánto tiempo nos mantuvimos así.

El mediodía llegó sin avisar. Estuvimos hablando de la vida, de los Puig, del pueblo. La última carta de nuestro padre no contaba nada nuevo. Sol, lluvia, tierra, la trilogía que definió su vida.

—María, ¿crees que mamá habría dejado que nos mudáramos a Barcelona?

—No lo sé, pero lo que está claro es que allí, ni tú te habrías subido a un escenario ni yo habría encontrado el amor.

—Ya, qué sé yo. Me gustaría que estuviera aquí sentada, a nuestro lado, riñéndonos. —María sonrió y yo proseguí—: No me has contado cómo me habéis encontrado.

—Tienes razón. Pues... al día siguiente de nuestra pelea, Mercè y yo fuimos a buscarte a casa de Joan. Él nos recibió pero se negó en rotundo a hablar de ti. Solo nos dijo que ya no vivías allí. Entonces pensé en Jaume. Tres días después, fui a buscarlo a su casa. Ya sabes que el ama de llaves de su familia es amiga de Juana, por eso nos recibieron. Una mujer encantadora, por cierto. A Jaume le sorprendió mi visita, pero enseguida me contó todo lo que sabía. Él fue a la academia y a la fábrica, pero nadie le supo dar razón. Estábamos muy preocupados. Prometimos que nos pondríamos en contacto tan pronto hubiera noticias. Y así fueron pasando los meses... —Suspiró, yo aparté la mirada y ella prosiguió con amabilidad—: Hasta ayer por la mañana, cuando Anna vino a buscar a Jaume para pedirle ayuda y le contó el estado en el que te encontrabas. Y aquí estamos. No vuelvas a desaparecer jamás, ¿me oyes?

Jaume entró en el piso con la cautela de quien irrumpe en la intimidad ajena. Llevaba una bolsa con los ingredientes que María usó para cocinar un estofado de carne. A mí, que había estado semanas alimentándome de cualquier manera, me pareció un festín. Bromeamos, conversamos sobre banalidades y llegó el momento de afrontar el futuro más inmediato.

—Ya te lo habrá dicho tu hermana, Francisca, puedes quedarte aquí el tiempo que quieras.

—Antes de nada quiero decirte que no sé cómo agradecértelo. Gracias, gracias y mil veces gracias. Pero también te digo que te devolveré el favor en el futuro y que pasaré aquí los días y las noches en calidad de huésped.

—Así será. No te preocupes, yo dormiré en esta sala y tú podrás hacerlo en la cama. He estado a punto de perder a uno de mis mejores amigos por culpa de aquel hostel. No dejaré que me arrebate a otra.

Sin duda era la mejor opción, la única. Me amparé en el sentido común y en la confianza que les tenía. No me quedaba más remedio que arremangar los miedos, coser las heridas y vestir las ilusiones con la mejor de las esperanzas.

Capítulo XVII

El tiempo se desvanece, te atrapa y te escupe con la misma intensidad. Te envejece, te hace más fuerte, te derrumba. El tiempo es un espía de las pretensiones y un guardián de las heridas. El tiempo cura, agrava y te absorbe como los pensamientos traicioneros. Pasé varios meses en casa de Jaume víctima del tiempo vivido y de la incertidumbre por el tiempo venidero. Poco a poco, mi reloj volvió a dar la hora y desterré de mi piel el olor de los hombres que me habían poseído, sudé las penas y se curaron las durezas provocadas por los sueños entonces marchitos.

Levantarme fue tarea ardua, especialmente durante los primeros días. Jaume se esforzaba por hacerme sentir como en casa y yo huía de todo atisbo de cariño. Viví unos meses entre almohadones pero no podía evitarlo, aún sufría la resaca de mis ilusiones fallidas y me esforzaba por alejar el

alcohol de mi vida. Las jornadas se sucedían una tras otra sin más motivaciones que leer y huir de la tristeza.

Me ocupaba de las tareas del hogar, seguramente porque me sentía en deuda con Jaume. Incluso aprendí a cocinar, qué menos. Jaume se ofrecía para ayudarme, pero yo me negaba en rotundo. Esos quehaceres me distraían y me ocupaban la mente cuando el dolor y la autocompasión la visitaban. ¿Y Joan? No estaba presente en mis pensamientos, no me lo permitía.

Cuando 1913 se presentó en nuestras vidas, los automóviles ya formaban parte de la normalidad de la ciudad. Europa, sin saberlo, se encaminaba hacia una guerra funesta y los industriales de Barcelona no podían ni soñar con el gran negocio que estaba por llegar. A finales del año se terminó de construir la Via Laietana y el gobierno desencalló la ley de las Mancomunidades. A pesar de que la ley podía aplicarse en cualquiera de las provincias españolas, solo las cuatro catalanas acabaron dando el paso en abril del año siguiente, momento en que se fundó la Mancomunitat de Catalunya. Esta institución agrupaba las cuatro diputaciones provinciales catalanas y, a pesar de que la ley le otorgaba fines puramente administrativos, pronto nacieron en su seno ambiciones de corte nacionalista que se hicieron fuertes durante la década.

A principios de aquel año, yo vivía ajena a lo que sucedía en el mundo y a lo que estaba por venir en mi vida. A traición,

cual fría noche de septiembre que te brinda el primer resfriado del otoño, la canción volvió a mí en forma de tarareo. Un día, simplemente, empecé a cantar mientras barría. Al darme cuenta, me detuve en seco mientras Jaume me observaba divertido.

—Canta un cuplé, yo te acompaño al piano. La música cura los pesares del alma —me dijo.

Me negué durante un tiempo, hasta que una tarde de febrero de esas en que la lluvia apremia a la melancolía, cedí e interpreté una canción. La primera de muchas que siguieron.

Los ensayos se convirtieron en una constante. A veces sola, a veces acompañada por Jaume, descubrí que él poseía grandes dotes como director musical. Fue él quien me ayudó a entender que mis maneras aportaban una gran personalidad a la canción, pero que el género ínfimo llamaba a la carne, materia en la que ya era una experta. Podía comportarme como una hipócrita, distanciarme de la realidad y mostrarme por encima de uno de los entretenimientos más populares del Paralelo, o bien entenderlo, dominar mis dotes y usar las maneras y la sensualidad como aliadas. Así se forjó mi personalidad como cantante, debatiendo, jugando delante de un espejo con la valentía de quien no espera nada de la vida. La música alejaba los fantasmas del hostel y del alcohol, el recuerdo de Joan, las fantasías de una niña que corrió demasiado.

Jaume era un laberinto excitante que siempre me guiaba hacia una salida diferente. Era el tercero de una familia de cuatro hermanos, dos varones y dos mujeres, todos rubios, altos e ilustrados. Su educación y su infancia deberían haberlo convertido en el hijo perfecto de la burguesía catalana que abraza el estatus, defiende sus privilegios y es consecuente con las obligaciones familiares. Pero Jaume era un poeta, un alma sensible inmersa en un mundo dirigido por el dinero y los apellidos.

Su dedicación a las letras era posible gracias a la posición de su familia, y sí, sé que le juzgo injustamente, pero desde su situación era fácil abrazar las ideas humanistas y obreras, y asegurar que las personas somos más que una clase social, más que el trabajo al que nos dedicamos. O quizá era un valiente, pues sus discursos provocaban el desprecio de los suyos y las carcajadas de aquellos a los que defendía. Un alma libre en tierra de nadie, una sensación que compartíamos y que nos unió a hurtadillas.

Gracias a él, o por su culpa, descubrí más sobre las ideas de Marx y Bakunin, a veces en conversaciones mantenidas con él, otras leyendo algún fragmento de sus libros que me recomendaba. Jaume defendía que la historia se basaba en una lucha entre los que poseen y los que no, y que el orden social en el que vivíamos tenía los días contados. Familias como la suya podían adaptarse, y encontrar un punto medio con el que mantener su estatus, o seguir aferrados a aquel sistema de producción y terminar perdiéndolo. Lucha,

revolución. Ideas necesarias que seguirían creando bandos, disputas, violencia.

No entendí quién era Jaume Balcells hasta que me confesó cuál era el motivo verdadero de sus discrepancias con su padre. Surgió del amor por una chica que trabajaba en su casa. La muchacha y él se enamoraron y escondieron la relación durante meses, aunque, con el tiempo, se convirtió en un secreto a voces. Cuando llegó a oídos del padre, este no se preocupó. Cosas de críos, el que no haya tenido un lío de faldas con una criada que tire la primera piedra. Pero Jaume se plantó y anunció campanadas de boda.

Al día siguiente, la chica ya no trabajaba en la casa. No supo nada de ella hasta que le contaron que unos diez meses después la hallaron muerta en un burdel del Distrito V. Las lágrimas acompañaban el relato que tanto atormentó a Jaume. Nació entonces un odio visceral hacia su progenitor. Empezó a leer los libros que su padre detestaba o criticaba, a contradecirlo en su voluntad y sus opiniones. Decidió que sería escritor o dramaturgo y que educaría a la sociedad a través de sus historias, para que amores como el suyo pudieran florecer. Pero su motivación se convirtió en una condena, no podía fracasar.

Me lo contó una tarde de lluvia. No podíamos salir, no nos apetecía cantar, y él me preguntó por Joan. Yo le dije que conocía la historia, que no valía la pena darle más vueltas. Estábamos sentados en las butacas de aquel pequeño

refugio, cerca del piano, y le pregunté si alguna vez le habían roto el corazón. Fue una de las primeras veces que me abrió su alma y debo decir que me encantó lo que vi.

La primavera nos sorprendió dedicando las jornadas a leer y a conversar. Y un día Jaume se despertó frenético, se sentó a la mesa de la sala y empezó a escribir cual perturbado.

—He tenido una idea para una historia.

Le pedí que la desarrollara.

—Será la historia de una obrera, una hilandera que decide ser artista y que se verá inmersa en la complejidad de alzarse contra los preceptos de la ciudad y de la familia burguesa del chico de quien se ha enamorado. Sí, algo así, deja que trabaje más en la trama.

Así nació *Cançons de la terra*, la obra de teatro que Jaume escribió durante el verano de 1913. A partir de ese momento se obsesionó y se esforzó por escribir de una manera enfermiza. Escribía esbozos, ideas, reescribía escenas... Él brillaba en los momentos en los que tan solo existían el papel y los personajes.

La temporada estival me acarició con nuevas ideas: los temas femeninos. Jaume comentaba que, en Inglaterra, las sufragistas estaban organizadas, se manifestaban y eran más radicales que las españolas, y que las americanas habían intervenido en el proceso de abolición de la esclavitud en

Estados Unidos. Él defendía el sufragio universal por coherencia más que por convicción. Esos argumentos le daban un toque moderno y retador que lo situaba por encima de los hombres de su generación, con los que discutía a menudo. Me hablaba de conceptos como la emancipación de la mujer y yo le escuchaba con atención. Aquellas ideas dotaban de sentido a muchas de las decisiones que había tomado en el pasado.

Cerca del Paralelo, por la zona de Les Drassanes, se habilitaron puestos de libros sobre historia y filosofía. Jaume me recomendó que me acercara, quizá allí encontraría autores que hablaran sobre esas cuestiones. Le hice caso y encontré varias joyas que nunca olvidaré. Empecé leyendo *El sometimiento de la mujer*, de John Stuart Mill y su esposa, Harriet Taylor Mill, pero pronto cayeron en mis manos otros libros escritos por mujeres españolas, como por ejemplo *La mujer del porvenir*, de Concepción Arenal, o *La emancipación de la mujer*, de la francesa Flora Tristan. Eran libros que hablaban de la necesaria educación de las mujeres, de la falsa superioridad moral de los hombres, de cómo podíamos ejercer profesiones tradicionalmente masculinas con el mismo o mejor resultado.

Aquellas páginas me contaban de manera ordenada lo que no pude o no quise darle a Joan. Que la necesidad de trazar mi camino no era locura sino un derecho. Que mi opinión contaba más allá de los escenarios. Que, por ser mujer, mis únicas opciones no debían ser el cuerpo o las labores del

hogar. Y aquel discurso caló, pero de una manera egoísta. Eran argumentos que empezaban a reavivar el fuego de la ambición y que no me convirtieron en su defensora hasta mucho después.

La relación con María mejoró sustancialmente, nuestro vínculo al fin se construía sin miedo y sin secretos. Por eso nos regalábamos las tardes de los domingos. Además, me escapaba un par de días entre semana a casa de los Puig y acompañaba al servicio mientras cenaban. Las normas de la casa no lo permitían, pero Juana y Ramón hacían la vista gorda.

Durante aquel verano conocí un poco más a Mercè. No entendía a mi hermana ni cómo funcionaba su amor, pero parecía feliz. Me preguntaba si yo podría besar a una mujer, quererla ante un altar o bajo las sábanas. La respuesta era siempre negativa. No alcanzaba a imaginarme ni cómo se daban placer.

Algunos domingos, Mercè nos acompañaba. Delicada, sensible y comprensiva, siempre sabía qué decir y cómo actuar. Ahora entiendo que el saber estar de aquella chica nacía de la culpa que sus tendencias le provocaban y de la necesidad de pedir perdón por lo que era. Las mujeres como ellas aprendían a camuflar sus emociones desde pequeñas.

Yo obviaba a Joan en las conversaciones y ella no lo mencionaba delante de mí. Convertirse en mensajero de las

trifulcas de dos personas tan pasionales como su primo y yo solo le traería problemas, y Mercè no tenía un pelo de tonta. Nació en Sants y era la hija única de un matrimonio que trabajaba en una manufactura de conservas. Su madre y la de Joan eran hermanas. Cuando faltó la segunda, Magdalena, así se llamaba la madre de Mercè, ayudó en lo que pudo al viudo y a sus sobrinos. Mercè y su madre pasaron tantas tardes cocinando o cosiendo con sus primos, que para ella eran como hermanos. María creía que Magdalena y el padre de Joan tuvieron un romance, pero nunca se ha podido corroborar esa conjetura.

Joan siempre fue muy protector con ella. Solo dejaba que la rondaran los chicos que él aprobaba y, cuando por fin encontró uno que cumplía sus exigencias, lo enviaron a Marruecos y lo mataron. Así que Mercè se cobijó en el duelo como excusa para evitar noviazgos mientras se lanzaba a los brazos de María.

Hasta que un día le pregunté por él durante una de nuestras meriendas en la Granja Viader. Yo me desvivía por su arroz con leche y María disfrutaba como una niña tomando un chocolate caliente con nata recién montada. El local se encontraba en la calle de Xuclà y era grande. Sus mesas de mármol con patas de hierro invitaban a sentarse a tomar un dulce. Dicen que el éxito de la granja se debía a que decidieron quitar las vacas de la trastienda, con lo que las condiciones higiénicas del establecimiento mejoraron, y a que además convirtieron el antiguo establo en un obrador.

Traían los ingredientes de diferentes puntos de la ciudad y también de Cardedeu, y mejoraron día a día los procesos de conservación de la leche cruda. Sea como fuere, puedo decir que era uno de nuestros lugares favoritos. Los clientes procedían principalmente del barrio, pero también acudían barceloneses de otros barrios que se escapaban de las Ramblas y se dejaban deleitar por las maravillas que se ofrecían tras el mostrador.

Y aquel día, entre anécdotas y chismorreos, a Mercè se le escapó un comentario sobre Joan. Inmediatamente, desvió la mirada hacia la puerta mientras se apartaba los rizos de la cara con la mano derecha. Yo le sonreí y pregunté por él. Mercè cogió aire. Los tirabuzones se movían al unísono con su rostro mientras la cabeza se desplazaba hacia atrás.

—Supongo que podría decirte que está bien. Sigue en Can Batlló y... la verdad, cuando te fuiste o, mejor dicho, cuando rompisteis el noviazgo, no pasó una buena época. Tú tampoco, así que...

—Mercè, habla sin tapujos. Por favor, dime cómo está.

—De acuerdo. Pues pasó unos meses difíciles. Yo sufría por si hacía una locura, sus hermanos estaban demasiado enfrascados con sus respectivas familias y sus trabajos para estar pendientes de él. Ya sabes que su padre, cuando murió su madre o, mejor dicho, con los años, acabó alcoholizado y andaba por los bares buscando pelea. Yo temía que Joan

hiciera lo mismo. Pero también pensé que él es joven y que tú no habías muerto, así que...

Su relato me despertaba emociones latentes. Me contó atropelladamente los acontecimientos más relevantes de la vida de su primo desde que nos separamos. Joan se volcó en el sindicato y en la legalización de la CNT.

—Ya sabes cómo es: por mal que esté, no afloja la lucha.

Sin embargo, hacía poco que había dejado de lado la aflicción que lo ataba a la soledad. Mercè creía que se había echado novia; Marta, se llamaba la chica. Al mencionar el nombre, se detuvo y me miró preocupada, pero yo, con un movimiento de cabeza, le di permiso para que continuara.

El verano anterior Joan había colaborado con varias plataformas locales con la intención de ayudar a restaurar la CNT. Asimismo, se había implicado en la huelga de la red ferroviaria del otoño, y no fue detenido de milagro. La muerte de Canalejas frenó las intenciones de las distintas federaciones por temor a que la represión aumentara, pero Joan no decayó. «Todo llega a su debido momento», me contó que sostenía. Decía que durante la huelga general de 1911 Canalejas se había comportado como un tirano y un represor, y que había recibido su merecido. Pero Mercè dejó claro que ella no estaba de acuerdo con esa opinión.

En el albor de la primavera parecía que la restitución de la

CNT iba a ser inminente. De hecho, algunos líderes anarquistas de Asturias y Valencia corrían por la ciudad con esas intenciones. *Solidaridad Obrera*, el diario cenetista, volvía a publicarse. Pero el intento de asesinato de Alfonso XIII devolvió sus aspiraciones a la casilla de salida. También me dijo que no hablaba nunca de mí.

—Mercè, pareces un semanario. ¿Pero él está bien ahora?

—La verdad es que hace semanas que no lo vemos —intervino María—. Le contamos que estamos...

María pidió la aprobación de Mercè con un leve gesto. Con deliciosa delicadeza, se cogieron de la mano un segundo por debajo de la mesa. Acto seguido, las separaron y María prosiguió.

—No se lo tomó nada bien. Nada. Y claro, me odia. Soy la mujer que separa a su querida prima de un marido y, encima, tu hermana. El demonio en persona.

—Se me escapó a mí. Me hablaba de sus amigos sin parar y un día exploté.

La rabia me subió desde los pies hasta la cabeza. ¿Era furia por despecho o por el rechazo hacia mi hermana?

—Sé que no es fácil, pero él no debería...

—Francisca, por favor, te pedimos que no te metas. No tiene nada que ver contigo.

Deseaba ayudarlas, que me contaran qué les había dicho, pero las dos se limitaron a pedirme que lo olvidara. Tenía la excusa perfecta para encontrarme con él, pero decidí atenerme a lo que siempre me había pedido mi hermana: respeto por los deseos de los demás, aunque pensara que se equivocaban. Así que miré hacia otro lado.

No recuerdo un verano tan pausado, tranquilo y a la vez tan efervescente en ideas y motivaciones. El refugio que creamos con Jaume dio paso a una explosión de vida y visitas. Amigos y conocidos tomaban el té en la sala mientras charlábamos sobre los temas del momento. Septiembre nos acarició con la necesidad de salir al mundo y trajo bajo el brazo la pregunta que había evitado desde las navidades anteriores: cuál era el siguiente paso.

Jaume se había comportado como un verdadero amigo. La libertad corría por nuestra amistad sana e impávidamente. Al menos, así lo recuerdo yo.

Cual fénix que renace de las cenizas, volvieron los sueños, las canciones y la urgencia de actuar, y es que vivía en un entorno ideal para que mi ambición creciera como aquellas melodías que comienzan tímidas y acaban explotando al final de la canción. Las ganas de cantar delante del público fueron calando, convenciéndome y hasta ilusionándome.

Pero ¿cómo empezar de nuevo? Me hallaba en el mismo punto de partida que cuando vivía en casa de los Puig.

No obstante, aquel no fue el único hilo que pedía paso. Había hablado con Jaume de algunos fragmentos de *Cançons de la terra*. Conocía la trama y los personajes e incluso había opinado sobre los dilemas que se presentaron durante la escritura, pero jamás había leído la obra entera. Y llegó el día en que Jaume, nervioso e inseguro, me pidió que lo hiciera.

Habitualmente, yo leía en la misma butaca, una que Jaume me había regalado para que estuviera más cómoda. Por supuesto, cuando la trajo a casa renegué y me quejé. No tenía que gastar más dinero en mí. Quién era él para comprarme nada. Jaume, como siempre ante mis impertinentes reacciones, sonrió y acabó haciendo lo que le venía en gana. El caso es que, sin darme cuenta, empecé a usarla hasta que se convirtió en mi lugar favorito de la casa. Con aquella ya teníamos cuatro, un espacio perfecto para invitar a dos amigos y charlar.

La tarde en cuestión, Jaume me entregó el libreto de su obra y me pidió mi opinión, lo que, debo reconocerlo, me llenó de alegría. Me levanté para prepararme un té, volví a mi butaca y me acomodé. Separé la primera página con el título flotando en el centro y leí las primeras acotaciones. Las palabras que se sucedían en el libreto me atraparon desde el principio. Qué historia. Cuánto sentimiento, cuánta emoción. Me sentí viajar por el corazón de Jaume sin guía ni

límites. El autor de los tres actos de *Cançons de la terra* no podía ser más que una persona hermosa.

Cuando terminé, las lágrimas se precipitaban por mis mejillas. Me las sequé y le observé. Él se movía nervioso por el piso, empezaba tareas sin sentido que dejaba a medias. Al darse cuenta de que había concluido la lectura y que lo observaba, me preguntó:

—¿Qué te ha parecido?

Me había emocionado tanto que me costaba responderle. Me levanté, me acerqué y me encaré a él.

—¿Qué sucede? ¿No te ha gustado?

Sin decir nada más, le besé. Él recibió mi beso con sorpresa. Por un instante pareció descolocado, pero no tardó en devolvérmelo. En cuestión de segundos, sus manos me acariciaban la cintura. Aquel beso simbolizaba el triunfo de la contención, pero también mi opinión sobre la obra. Lo sentía tan cerca de mí que creía respirar a través de él. Tan solo existíamos nosotros, aquel piso y nuestros labios. Lo deseaba más allá de la excitación y el amor. La atracción trascendía mi cuerpo, que no había olvidado la estancia en el hostel Las Flores aunque empezaba a moverse sin su tiranía.

La ropa fue desapareciendo a ritmo lento, como si un titiritero guiara nuestros movimientos al son de una balada

dulce. Me preguntó varias veces si estaba bien y yo le respondí tensando sus hilos, demostrándole que no había otro lugar en el mundo en el que quisiera estar. El goce se convirtió en nuestra misión y a día de hoy aún me estremece el recuerdo de nuestras pieles deslizándose, uno junto al otro. Sentí que no éramos hombre y mujer, rico y criada, dramaturgo y vedete; éramos dos iguales en busca y captura del placer.

La tarde se escabulló entre sexo, besos y carcajadas; la noche nos alcanzó obnubilados entre las sábanas, y el sueño nos sorprendió abrazados, cansados y exhaustos.

Recuerdo despertarme, lejana la pasión del día anterior, y descubrir a Jaume a mi lado. Observé mi desnudez y empecé a temblar. Sentí una insoportable angustia, un miedo feroz que devoraba todo atisbo de felicidad. El tiempo me había llevado hacia aquella cama. El tiempo me había atado a Jaume. Y no sabía si el tiempo estrecharía los nudos.

Capítulo XVIII

Un impulso interior me alentaba y otro me volvía mansa ante las fieras que acechaban mis decisiones. Temía la soledad porque la conocía bien: desde que murió mi madre me había perseguido con una fidelidad inquebrantable y, durante los meses que viví en el hostel, se convirtió en mi única compañera. No me sentía en paz con mi pasado y supongo que por eso corrí hacia el futuro.

No había vuelta atrás. Jaume despertó y yo acallé los pesares que me invadieron. Para mi sorpresa, comenzamos el día con promesas, aunque no de amor. Jaume juró que haría todo lo posible para que su obra se estrenara, y yo me propuse encabezar el cartel de un espectáculo de la avenida. Por supuesto, y como el tiempo revelaría, ambas aspiraciones crecerían ligadas. Y es que nunca me cansaré de contar que mi carrera tomó forma gracias a Jaume. El

Paralelo crecía imparable, se programaban funciones a casi todas las horas del día y yo debía apuntar con inteligencia. La primera parte de mi plan consistía en llamar a puerta fría a los diferentes teatros preguntando si había un hueco para mí. La idea parecía absurda, pues en el pasado dio un resultado nefasto, pero no tenía claras las alternativas.

Andaba yo en tales cavilaciones cuando él volvió a mover ficha sin tener en cuenta mi opinión. Cuarenta y ocho horas después de nuestro amanecer abrazados, Jaume llegó a casa con la pipa encendida, el semblante derrochando triunfo y la noticia en los labios. Me había conseguido una actuación, una sola canción. En realidad, fueron varias, pero solo me habló de una. El jefe de la orquesta del Apolo había sido compañero suyo de granujadas y logró que el director de la compañía me recibiera. Me alegré como nunca de que hubiera tomado esa iniciativa.

Para el encuentro me pidieron que me preparara «La pulga». La chica que habitualmente hacía el número tenía un bolo fuera de la ciudad y necesitaban una cantante que la pudiera cubrir. Sí, era la canción que me negué a cantar en el debut. La vida no te da un respiro. Acepté sin rechistar. ¿Cómo podía negarme?

Fui presa de una sensación indescriptible al poner los pies en la avenida. Las turbulencias del pasado amenazaban mi temple, pero pese a la fuerza de mis temores, logré enderezarme y mantener el paso firme con el que había

salido del piso de Jaime. Respiré hondo, sonreí al aire y me arremangué. Debía ser fuerte: Felipe, el director del espectáculo, me estaba esperando.

Me recibió en un camerino y me pidió que interpretara la canción. Vestida de calle, sin más maquillaje que el que llevaba de casa, me interrumpió sin demasiado interés cuando iba por el sexto verso y me aseguró que lo bordaría. Apenas se excusó, me dijo que estaba muy ocupado y que no tenía tiempo para más. Felipe era un hombre alto, delgado y medio calvo, a quien parecían importarle poco las artes escénicas, pero mucho los billetes. Me pidió que visitara la sala de vestuario, allí me tomarían medidas y me prepararían el vestido.

Así conocí a Florencia, una de las costureras habituales del Paralelo. Había una clara diferencia entre los modistos que creaban y confeccionaban el vestuario de una obra y las costureras, cuyo trabajo consistía en arreglar, adaptar o incluso comprar piezas para espectáculos carentes de coherencia formal. Florencia era una artista del zurcido, del apaño y también de levantar la moral a las chicas que vestía. Siempre tenía una palabra bonita antes de que subiéramos al escenario y un elogio al bajar. Las gafas pequeñas, la cara ancha y el pelo blanco recogido con una diadema le daban un aspecto tan entrañable como los refranes con los que trufaba la conversación. Bajita y oronda, desprendía belleza por doquier.

Creo que entré en la sala de vestuario como un corderito a punto de ser sacrificado. Florencia me recibió alabando mi físico. Tenía salero, eso se veía con solo un vistazo.

—Ay, hija, qué guapa eres. Qué suerte, a veces me llega cada una con unas pintas, pero pienso, bueno, es lo que hay, y me pongo manos a la obra, pero contigo será fácil. Encontraré el vestido perfecto, ceñido, con un estampado de flores, creo que por ahí tengo uno con fondo negro.

Me lo probé. Sin corsé, el vestido transmitía una supuesta inocencia, aunque tenía una raja lo bastante larga para que se insinuaran los muslos, y el amplio escote excitaba la imaginación de los espectadores. Como remate, Florencia rodeó mi cuello con varios collares de falsas perlas. Me miré al espejo y por primera vez en mucho tiempo me vi hermosa.

«Lo que nos asusta es lo que realmente nos mueve», decía mi madre cuando la abordaba la melancolía. Quizá por eso, al día siguiente viví la previa de la actuación con una feroz congoja. No conocía al elenco femenino y no me trataron como esperaba. Quizá me veían como una amenaza, quizá no fui suficientemente simpática o coqueta o halagadora. Quizá sabían que Jaume me había conseguido la actuación y esa influencia causaba resquemor. La rivalidad entre cupletistas la había percibido ya en la academia. Las vedetes somos competitivas, de bandos y banderas. Algunas incluso se posicionaban con una causa o una ideología. Nunca sobre el escenario, siempre de puertas para fuera y teniendo en

cuenta las ideas de quienes podían beneficiarlas. Supervivencia. Yo era la nueva, sin vínculo ni origen claro. Un blanco perfecto para las habladurías.

Mientras me maquillaba, advertí que hacía demasiado tiempo que no sabía nada de Anna, y eso tenía que remediarlo.

Intentaba convencerme de que los desplantes de las chicas no me importaban, pero me mentía, necesitaba encajar en el mundo y la vida trabajaba en sentido contrario. Quizá por todo eso viví la previa como un pequeño infierno. Además, el rumor del público me causaba náuseas. Mi debut y sus horribles consecuencias acechaban los buenos propósitos. «No vas a volver a pisar un escenario en tu vida», oía en el interior de mi cabeza.

Conseguí acallar las endiabladas voces, ignoré las malévolas miradas de tiples y vedetes y me planté ante los espectadores. Durante un segundo, un solo segundo, me quedé paralizada. No veía ninguna butaca vacía y el cuello se contrajo debido a la impresión. Sonaba alguna nota de fondo pero no lograba descifrarla. El techo de madera y cada una de sus vigas, la platea de más de treinta filas, los dos pisos de palcos y el gran escenario, enmarcado por un relieve con luces y flores de yeso blanco, todo me parecía hostil. Me preguntaba si me lo merecía. Y entonces vi a mi hermana. Atenta, me observaba con cara de preocupación. A través de su mirada, me erguí, destensé el cuello y dejé que la canción,

el humor y la sensualidad siguieran su curso. En el momento de cantar el primer verso, noté que tenía un picor en mis bajos e interpreté la letra sin saber de dónde venía. Terminé la canción con la certeza de que me encontraba en casa y los generosos aplausos me dieron la razón. Saludé con celeridad y luego salí del escenario.

Fui al camerino, me cambié feliz por la victoria y salí del teatro con la esperanza de poder charlar con mi hermana. María y Mercè me esperaban junto a Jaume. Me acerqué a ellos nerviosa y, al verme, los tres me abrazaron con orgullo.

Mi hermana alabó la actuación: por fin comprendía en quién quería convertirme y lo que buscaba: ser más sensual, más atrevida, más transparente, más yo, pero sin perder los dejes que me diferenciaban. También habló sobre el vestuario, para nombrarlo utilizó la palabra «vestidos», cuando en su mayor parte estaba formado por corsés negros con mil y un cierres, faldas largas con volantes y colores chillones, y mucha alegría para lucirlos. Le comenté que en el futuro quizá ella podía dedicarse a coserlos, pero enseguida cambió de tema. Nos dirigimos a una casa de comidas, donde nos reímos, recordamos lo que habíamos visto, soñamos.

Canté la misma canción durante varias funciones, y pronto me pidieron que actuara en el Arnau. Y luego en el Suri. Algunas veces sustituía a cantantes que enfermaban, que cambiaban de compañía o que algún nuevo rico había

contratado durante una semana entera para que actuara en algún espectáculo privado, previo pago de una generosa propina a la compañía. Otras, para rellenar un *music hall* ocasional. Yo aceptaba todas las propuestas sin hacer más preguntas que la hora de convocatoria. Si me pedían cantar «La Machicha», yo era la chica más picante de la avenida. Si sustituía a alguna vedete que habitualmente interpretaba «La violetera», encarnaba a una madrileña de pies a cabeza. Me convertí en la vedete perfecta. Acudía puntual a los camerinos y me adaptaba a las demandas y al vestuario sin quejas ni desplantes. Aceptaba números que nadie quería interpretar. Cobré los primeros sueldos como cantante y Jaume no dejaba que se los entregara para pagar los gastos. Me pidió que los guardara argumentando que nunca se sabía qué podía suceder. Suerte que le hice caso.

Disfruté de las actuaciones con una pasión desmedida. Al fin había encontrado un hueco sobre los escenarios. Capeé la hostilidad de ciertas artistas haciendo caso omiso de sus lenguas viperinas y opté por la humildad y por evitar el protagonismo. Había agotado mi tolerancia al sufrimiento y a las utopías. Mi idea poética chocaba con la realidad mundana: los empresarios teatrales querían dinero. Los escenarios se mantenían con las entradas, los bares con el alcohol, y mientras hubiera ventas no era necesario que el arte dominara la escena. No era muy habitual que una vedete poco conocida deambulara por diferentes teatros. Normalmente las chicas trabajaban en una compañía o para

un solo director, pero yo me gané la fama de apagafuegos. No era cabeza de cartel, no era la primera actriz de un drama; de hecho, mi nombre raramente aparecía en los anuncios, pero cada función me sabía a victoria.

Empezaron a reconocirme y a elogiarme en algunos bares y casas de comidas del Paralelo y alrededores. Durante un tiempo pensé que lo hacían por mis actuaciones, y creo que esa impresión era acertada en algunas ocasiones. Pero en otras no era así. Yo era una vedete más caminando del brazo del señorito Jaume Balcells. Se hablaba, se comentaba, se decía, me criticaban. Suerte que a mí no me importaba. Aprendí a toda prisa el significado de las miradas envenenadas.

Una mañana envié una nota a Anna pidiéndole que se reuniera conmigo en casa de Jaume. Mi amiga se presentó una tarde de la semana siguiente. Al abrir la puerta vi a una persona cenicienta, desprovista del color que irradiaba en el pasado. Anna entró alicaída, se sentó en una de las butacas sin apoyarse en el respaldo y permaneció atenta a mis palabras. Le pedí perdón por no haberme puesto en contacto con ella, pero ella restó importancia a mis explicaciones con una opacidad difícil de atravesar.

De pronto rompió a llorar y se disculpó. Me levanté, la achuché para darle algo de entereza y aproveché el momento para servir un té que nos recompusiera a ambas. Anna sostenía la taza con las dos manos, se mostraba frágil

mientras me desgranaba las razones de su culpa. Empezó admitiendo que estaba angustiada por no haber sabido ayudarme más. Traté de convencerla de que nada de lo sucedido era responsabilidad suya; al revés, me había acogido, ayudado, apoyado. Había buscado auxilio en mi hermana y Jaume en el momento idóneo. Esa afirmación la alivió un poco. Además, me contó que mi marcha la había hundido del todo. Yo había caído en la misma trampa que ella pero había logrado escapar, y ella seguía atrapada y sin posibilidades de huir. Se culpaba por ser tan débil y por no poner remedio a su situación.

—¿Por qué dejaste de ir a la academia? ¿Fue por mí? —le pregunté.

—Pues no del todo. No lo sé, Francisca. Dejé de confiar en mí. Sentía que estaba tirando tiempo y dinero, que ningún teatro o cabaret iba a contratarme.

Cerré un segundo los ojos y los presioné con fuerza para luego abrirlos mientras le agarraba la mano. No sabía cómo se lo iba a tomar, así que lo solté sin más.

—Fuiste tú la escogida, para la actuación, quiero decir. Y Jaume pagó para que yo... Lo supe la víspera y no hice nada para evitarlo.

—Lo sé, lo sabía. Me lo dijo el Gordito.

—¿Y no...?

—¿Y qué más da? ¿Hubiera servido de algo quejarme o enfadarme contigo? No me ganaré la vida cantando porque no tengo a un Jaume a mi lado. Yo hubiera hecho lo mismo.

—Y aun así viniste a verme el día del debut.

Nos dedicamos unas sonrisas cómplices y un tímido abrazo. Cuando nos separamos lo comprendí, era el momento. Debía contarle lo que le había sucedido a Tomás y no sabía cómo se lo iba a tomar. Se lo expliqué ahorrándole algunos detalles y ella fue encogiéndose a medida que mi relato avanzaba. La consolé, la convencí de que Tomás tenía la cabeza poco amueblada y que la barbaridad que llevó a cabo no se debía solo a su declaración. Pasamos la tarde hablando, serenándonos, poniendo en su lugar anhelos y diferencias. La había llamado para reencontrarme con ella, pero también porque podía ayudarla. Ahora yo actuaba casi a diario, ¿por qué no dejaba que le echara una mano?

Anna se fue compungidísima del piso, así que tardé un par de días en convencerla, pero aceptó mi propuesta: si sabía de alguna vacante o canción que se quedara sin cantante, la avisaría. Tres días después prepararon un espectáculo de variedades más largo de lo normal en el Nuevo. Un homenaje a La Perdiu. Necesitaban una infinidad de artistas y conseguí que me acompañara. Ambas cantamos en los dos números grupales, una junto a la otra, encorsetadas, con más plumas que un corral y con unas medias de rejilla recién estrenadas. Cuando cantábamos la primera canción la espié

de reajo. Por momentos brillaba, por momentos se desvanecía en una expresión difícil de descifrar. Pero pasó la prueba y los días le devolvieron el color.

Los escenarios alejan el desconsuelo del alma. Surgieron nuevas oportunidades, le ofrecieron las primeras canciones en solitario y la confianza de Anna fue en aumento. Al cabo de un mes, la Compañía Gutiérrez, que había firmado varios pases de un *music hall* en el Arnau, me ofreció formar parte del elenco fijo. Les pedí que se lo propusieran a Anna y que no le contaran que yo lo había rechazado. Semanas después, Anna abandonó el hostel Las Fuentes.

Debo hablar de Jaume antes de continuar, porque en paralelo ocurrió algo que nos afectó a los tres. Jaume demostraba una gran predisposición y confianza en mí ayudándome con mi carrera, pero cuando se trataba de la suya, la bravura se desvanecía. Así que decidí tomar las riendas.

Mientras yo pisaba escenarios, *Cançons de la terra* seguía guardada en un cajón de la sala. Jaume le restaba importancia pero yo sabía que la inacción lo carcomía por dentro.

Debía encontrar una compañía que cumpliera sus expectativas y que estuviera interesada en la obra. Aquel otoño, por ejemplo, varias de ellas ocupaban el cartel del Español, Santpere triunfaba en el Nuevo y la Jordi en cada

una de sus funciones. De hecho, los empresarios del Paralelo estaban siempre en pie de guerra para fichar a la actriz o al actor que vendiera más entradas.

Y es que las compañías debían mostrar tal versatilidad que anunciaban un sinfín de obras en su repertorio. Durante el otoño de 1913 se interpretaron géneros y títulos bien dispares en el Español. Por ejemplo, la compañía de Emilio Duval y Julián Vivas subió al escenario una opereta de tres actos llamada *Dorotea*, de Valdborg y Wilhelm —una de las primeras traducciones de Amichatis—; la compañía de Guitart escenificó el drama *Las dos golfas*, y la compañía de declamación de Manuel Tejada se lució con *El sombrero de copa*.

Por aquel entonces, leyendo *La Publicidad* o las viñetas del *Papitu* advertí que las actrices dramáticas o líricas se llevaban siempre los mejores halagos. Con esa visión distorsionada, empecé a mirar el cuplé por encima del hombro. Los dramas, pensaba erróneamente, cautivan al público y lo emocionan; en cambio, los cuplés despiertan un simple calentón. Me pregunto si semejante cambio de prioridades estuvo influenciado por la visión y la obra de Jaume.

Sin embargo, él no quería oír hablar de ceder su libreto a una compañía. Que un director común destrozara el texto y no tuviera en cuenta sus opiniones amedrentaba sus ambiciones. El orgullo del dramaturgo. Tampoco iba a

formar su propia compañía porque no se sentía preparado. Para la Francisca de 1913, ayudarle fue un desafío. Hablé con diferentes actrices y actores, con algún director, preguntaba si sería posible que una compañía contratara la obra y se la dejara dirigir. Un fracaso tras otro hasta que llegó aquella noche de noviembre.

Jaume y yo acudimos a una función en beneficio de Albert Llanas en el Español. Ahora cada vez son menos habituales, pero antaño era frecuente que algunos teatros dedicaran una tarde a algún actor o miembro de la compañía, que recibía parte de la recaudación y un montón de regalos de los asistentes. La vida debajo o detrás de los focos era muy dura, y las malas rachas pasaban factura a la salud de los miembros del gremio. Si no recuerdo mal, se representó *Don Gonzalo o l'orgull del gec*. Al terminar, avanzando entre los asistentes que intentaban acercarse al autor para felicitarle, lo vi. Allí estaba Josep Santpere.

Santpere cantaba zarzuela, protagonizaba dramas y divertía con comedias satíricas. Sin embargo, empezaba a encasillarse en el vodevil. Un actor con centenares de registros y una cantidad infinita de recursos sobre el escenario, un gran compañero y maestro. Era alto, delgado, y destacaba por sus manos grandes y contundentes, de una finura varonil.

Poca gente lo sabe, pero Pepet había estudiado solfeo y violonchelo. Su padre, que quizá aspiraba a que su pequeño

fuera un músico conocido, lo apuntó como monaguillo en la Escolanía de la Mercè. De modo que Santpere era culto, refinado y talentoso, jamás fue un simple comediante. Era un buen ejemplo de la recurrente frase «Nacido para el teatro».

Años atrás, había debutado en un pequeño teatrillo de un centro católico de la calle de Girona. Necesitaban a un barítono y él dio la talla. Aquella noche ganó sus primeras pesetas como actor. Probó suerte en diferentes teatros menores de la ciudad, hasta que desembarcó en el Còmic del Paralelo. Supongo que entonces no podía imaginarse las feroces e injustas críticas que luego recibió ni que acabarían llamándole «el rey del Paralelo», título que se disputó con Alady durante los años veinte.

Comprendí que ante mí tenía una oportunidad, así que me acerqué y le dije:

—Buenas tardes, usted no me conoce. Me llamo Francisca, soy cantante, o al menos canto en espectáculos, y allí está Jaume Balcells, que ha escrito una obra.

Santpere me observaba con los ojos bien abiertos, intentando asimilar la excesiva velocidad de mi habla.

—Creo que es muy buena —seguí diciendo—, pero no se atreve a dar un paso adelante. Yo he intentado que alguien se la lea, pero nada. Qué sé yo. Usted ya sabe que el mundo

del teatro es complicado. Le he visto y he pensado que tal vez podría ayudarnos.

Pepet se quedó perplejo ante una introducción tan contundente y directa. Vaciló, se presentó con nombre y apellido y me pidió que le contara la trama de la historia. Se la resumí con una épica que me sorprendió a mí misma y, al terminar, me pidió una copia, quería leerla.

Se lo agradecí, me despedí y fui corriendo a contárselo a Jaume, quien se enojó sobremanera. Según él, yo no tenía derecho a tomar esas decisiones a sus espaldas.

—Como si tú nunca hubieras hecho lo mismo —le respondí.

Sus quejas fueron en aumento cuando se enteró de que Josep quería leer el libreto, pero yo hice caso omiso de sus protestas. Al día siguiente escondí el texto en el bolso y se lo hice llegar al actor. Veinticuatro horas tardamos en recibir respuesta. Santpere quería hablar con nosotros.

Sabía que la reacción de Jaume oscilaría entre la queja y el reproche, y eso me irritaba. Su actitud victimista me desesperaba y aún más sus enfados injustificados. Así que le tendí una emboscada. Preparé un plato especial. Sentados a la mesa y mientras él se llevaba a la boca el primer bocado, me levanté y le dije con descaro:

—Te voy a decir qué he hecho y voy a hablarte de la

oportunidad que tienes delante. Dentro un rato Santpere vendrá a vernos. Ha leído tu obra y se ha mostrado interesado en ella. —Jaume esbozó un ademán a modo de respuesta—. Eh, no quiero ni oírte. Él nos puede ayudar, y si no es él, será otro. Pero basta ya de comportarte como un niño miedoso. Si yo hubiera hecho como tú, ahora no estaría cantando. Así que vas a hacer lo que yo te diga sin rechistar, ¿entendido?

Jaume permaneció unos segundos callado. Ay, las miradas, pueden ser el arma más potente, el escudo más eficaz o la mejor estrategia para desmontar al enemigo.

Diciembre acababa de llegar a nuestras vidas cuando llamaron a la puerta. Como era habitual, Santpere nos saludó con un júbilo encantador. Entró en el piso, se sentó en una de las butacas y le ofrecimos un té. Él, simpático aunque directo, no dudó en ir al grano. Santpere se deshacía en halagos hacia la obra. Pensaba que *Cançons de la terra* tenía potencial; el trasfondo y la proximidad con la que se contaba la historia encandilarían al público. Aparecían actrices, obreros, burgueses y espectadores. Un juego de espejos muy interesante, repetía. La sonrisa de Jaume crecía por momentos, mientras mi corazón se aceleraba victorioso. ¿De verdad le interesaba?

—Podría hablar con el señor Güell, Bruno Güell, que ahora gestiona el Nuevo. Seguro que muestra interés. Al principio no sabía si encajaba el cuplé que aparece en él, pero con ese

final, ¡oh, qué final!, tiene que estar ahí, sin lugar a dudas. «El anarquista» se llama, ¿no?

—Sí, y lo escribió ella.

—Muy bien. Supongo que tenéis una compañía. ¿Me equivoco?

No le di tiempo a reaccionar. Me adelanté a mi autor, a mi compañero, y dije:

—Sí, la tenemos. De hecho la estamos formando. Se llama Companyia d'Espectacles Balcells.

—Muy bien. Entonces, según entiendo, yo sería el protagonista y tú —dijo dirigiéndose a mí—, mi compañera sobre el escenario, ¿es así?

Jaume y yo dudamos. Claro que me había imaginado interpretando las palabras de Jaume, pero no habíamos hablado de ello. Además, ¿debía pedirle otro favor? Sin embargo, él se adelantó.

—Claro que sí, ella será la protagonista.

—No niego que tenga talento, se le nota el garbo, pero como no es muy conocida, podría ser un obstáculo. De todos modos no os preocupéis, ya lo pensaremos. Presiento que esta obra va a ser uno de los éxitos de la temporada.

Josep permaneció un rato pensativo y luego expresó otra duda.

—Hay otra cosa: tu nombre. Francisca es bonito pero común. Tenemos que cambiarlo. Te pondremos un nombre artístico. Piensa alguno que te guste.

Los sobrenombres me parecían ridículos. No obstante, ni Raquel Meller ni Elena Jordi usaban su verdadero nombre. Así que rápidamente me despojé del prejuicio.

—Quizá también es común, pero me gustaría llamarme María. Y creo que añadir un color transmitirá, qué sé yo, brío. Por eso había pensado en María Valverde.

—Vamos a ver, creo que «verde» en inglés es *green*. ¿María Green? Sí, María Green me parece un nombre muy adecuado.

Jaume nos miraba sin saber qué decir. Se quedó fuera de la conversación y eso no le gustaba. Tiempo después me reveló que cuando se formó una opinión, la decisión estaba tomada.

—Sí, nena. El mundo está cambiando. Vende más lo exótico que lo patrio. La palabra en inglés te dará sofisticación. María Green suena a aventura, a lujo. ¿Qué te parece? —De repente, me sentí bautizada. Sonaba bien: Green. Qué palabra tan extraña.

—Está bien. Seré María Green. Señor Santpere, no sabía que usted hablara inglés.

—Llámame Josep. Y no, no lo hablo. Pero nunca subestimes lo que se puede aprender en el Paralelo.

Y así seguimos hablando sobre detalles menores del espectáculo. Debido a la nula popularidad de mi nombre, Santpere propuso que buscáramos a un actor conocido para el personaje de Roger, se lo quería proponer a Junyent. No veíamos objeción alguna y aceptábamos todas sus sugerencias sin rechistar. No queríamos dificultar la puesta en marcha de la obra. Josep tenía prisa y no deseaba robarnos más tiempo, así que se puso el abrigo y el sombrero y, antes de salir, nos dijo que aquello iba en serio. Estrenaríamos en un mes.

Gritamos, saltamos, nos abrazamos. Nos sentíamos eufóricos, y no era para menos: él iba a dirigir, yo a protagonizar y juntos pondríamos Barcelona a nuestros pies. Terminamos desnudos, en el suelo de la sala, celebrándolo mientras ambos perdíamos el norte, el sur, el mundo, la vida, la alegría, la pena, el dolor, a Joan y al Paralelo de vista. Solo importaba respirar, los abrazos, el instante. Experimentábamos ese fuego al que cantan los cuplés, esa pasión que se describe en las grandes obras y que alimenta las tragedias.

Capítulo XIX

Los sindicalistas de origen humilde aprendieron su ideario desordenadamente. Pocos habían estudiado más de cuatro o cinco años en la escuela y casi ninguno pisó la universidad. Su origen humilde y proletario les obligó a buscar soluciones en las obras de Marx, Engels, Bakunin o Proudhon, que apenas entendían en una primera lectura.

Algunos leyeron sus libros sin mentores que los orientaran, sin una comunidad poderosa que defendiera la causa y sin modelos de éxito en otros países. Otros desarrollaron su ideario a partir de lo que escuchaban en asambleas o leían en los diarios anarquistas. Pero todos se guiaban por sus anhelos de prosperar, de construir un mundo donde sus hijos y sus hermanos no fueran tratados como simple mano de obra.

Jaume me regaló un sillón para leer y, lo más importante, tiempo para devorar libros. Por aquella época, las mujeres

que accedían a la universidad escaseaban, me hubiera encantado ser una de ellas. Dedicar varios años de la vida a estudiar, a escribir sobre lo aprendido.

Jaume y yo, qué curiosa pareja. Me dejó leer su obra de teatro y yo le di mi opinión haciendo el amor con él. El hecho de que nos acostáramos no cambió nuestra relación. Durante los meses anteriores habíamos compartido vivencias, ideas, miedos, avances, canciones, comidas, pero aquel fue un paso necesario que formalizó nuestra relación y despertó instintos ocultos hasta el momento.

Realmente, tardamos días en volver a acostarnos. Cuando leí *Cançons de la terra* me dejé llevar por la belleza de la historia y también por la de su autor, y di alas a la Francisca romántica. Sin embargo, al día siguiente, y al siguiente, no pude lucir aquella máscara, me irritaba la piel. Ceder a mis impulsos significaba entregarme a un hombre y no estaba preparada para ello. Jaume fue un caballero, me respetó, se contentó con besos furtivos que o bien me robaba o bien yo le entregaba cuando bajaba la guardia. Y gracias a la libertad que siempre me ofrecía, asumí que le deseaba, que merecía sentirme amada.

Sin embargo, la tentación era peligrosa. Si nuestra historia terminaba, no solo perdería a un amante, sino también a mi mejor amigo, a mi mecenas, a mi casero. A pesar de eso, habíamos atravesado una línea irreversible, irrefrenable, imposible de contener. Así que Jaume dejó de pernoctar en

el salón y se acostumbró a hacerlo a mi lado, en su cama, abrazado a mí, desnudo, después de hacer el amor. Aparté de mí el sentido común y los cardenales del alma. La vida nos sonreía, nos sentíamos libres y sin ataduras mientras *Cançons de la terra* avanzaba sin obstáculos. Me inclino a creer que en aquel momento yo estaba enamorada de él.

Teníamos poco más de un mes para crear la compañía, buscar al resto del elenco, el vestuario y toda la utilería. Jaume se ocupó, en un inicio, de la parte más burocrática, en otras palabras, de pedirle dinero a un tío suyo, y yo me centré en la vertiente artística. Fui una descerebrada. No pensé en el riesgo de la empresa, en la repercusión que podía tener en mi vida como actriz. Saltaba del cuplé a defender una obra más profunda de lo que yo acostumbraba. No sabía si daría la talla. Aun así, me guiaba una certeza: nada podría detenerme. La primera persona en sumarse a la aventura no podía ser otra que María. Ella debía confeccionar el vestuario, se lo merecía, confiaba en su talento. Cuando me fui de casa de los Puig, alentada por Mercè, María encontró la manera de diseñar y coser vestidos por encargo a amigos y conocidos. En realidad, le pedían que copiara algunos modelos que se exponían en las tiendas de moda, pero mi hermana lo hacía encantada: era un aprendizaje para ella. Incluso la señora Puig le había encargado uno de verano para la playa. Así que, en una de mis visitas al entresuelo, le pedí un momento para hablar a solas. Ella accedió y decidimos hacerlo en su habitación.

—¿Cómo? ¿Cuándo quieres que los confeccione? ¿Estás loca? —Esas fueron sus primeras palabras cuando, sentadas las dos en la cama, se lo propuse—. Con todo el trabajo que tengo solo me falta...

—Quiero que los hagas tú. No confío en nadie más. Y el dinero extra te vendrá bien.

—No sé, quizá Mercè pueda ayudarme, se le da muy bien coser. Me encanta la carita de concentración que pone cuando pasa el hilo por el ojo de la aguja al enhebrarla. Pero luego están las telas...

—Entonces, entiendo que estás aceptando, ¿verdad? Hermana, dime que sí y me harás feliz.

—Qué difícil es decirte que no.

—Tomaré tu respuesta como un sí rotundo.

Ambas nos levantamos y sellamos el acuerdo con un abrazo. El día amaneció tibio pero, al mediodía, el sol vino al rescate de los melancólicos. Entonces formulé una pregunta que llevaba en mi interior desde hacía meses.

—María, aquí en casa de los Puig saben que tú y Mercè... ¿o al menos lo sospechan?

—No, no lo sabe nadie, andamos con mucho cuidado. Nada sucede fuera de esta habitación —me respondió incómoda,

casi irascible. Estaba claro que había un conflicto entre su amor y su férrea voluntad de cumplir.

—Tened mucho cuidado. No sé si...

—Ni lo menciones.

Me acerqué a la ventana y observé el pedacito de ciudad que mi antigua habitación me permitía ver. María me siguió y me abrazó por la espalda. Yo rodeé sus brazos, que se cruzaban sobre mi vientre. Permanecimos un buen rato así hasta que subimos a la cocina, quería oír más anécdotas de Juana sobre las pescaderas del mercado. Y la crítica de Ramón sobre la última actuación de la Jordi.

—¿María Green te vas a llamar? —se reía el ama de llaves—. Hija, ¿qué tiene de malo Francisca?

—El teatro, Juana, que todo lo maquilla.

El siguiente paso era evidente. Quería a Anna a mi lado como segunda actriz. Jaume tenía sus dudas: nunca la había visto actuar en un registro dramático, pero lo cierto era que tampoco me había visto a mí. Ante esa verdad, cogió una de las copias del libreto y me pidió que interpretara un fragmento. Estábamos en la sala y acabábamos de comer un potaje de carne que yo había improvisado. Se me había quemado un poco, pero Jaume no se quejó. Nunca lo hacía, por horrible que fuera el plato que se encontraba encima de la mesa.

Leía e interpretaba a la vez. Conocía al dedillo algunos fragmentos, así que en ocasiones recitaba de memoria. No pudimos terminar el improvisado ensayo, Jaume se precipitó sobre mí, me besó e hicimos el amor mientras me decía que era la mejor actriz del mundo.

Convencer a Anna me costó menos de lo esperado. En un primer momento, se negó en rotundo. Que si se lo proponía porque éramos amigas, que si no iba a estar a la altura, fueron algunas de sus objeciones. Yo la tranquilicé diciéndole que lo bordaría, no había duda, y que el talento se demuestra arriesgándose. Aunque no fui muy creativa en las razones que le di, estas resultaron concluyentes. Aceptó, según dijo, porque confiaba en mí.

—Gracias, Francisca, me estás abriendo muchas puertas.

—Las mismas que me está abriendo Jaume a mí.

—¿No tienes miedo?

—¿A qué te refieres?

—A terminar sola y olvidada en un hostel de mala muerte. La vida te da y te arrebatata tantas cosas que me horroriza volver al punto de partida. Me aterra que ningún hombre me quiera lo suficiente o que no entienda nuestro trabajo sobre el escenario. Tengo miedo de que un día sea demasiado vieja y el mundo no quiera escuchar más mi voz.

A la Companyia d'Espectacles Balcells le faltaba un utilero. Intentamos hablar con Salvador Alarma o con el taller Batlle i Amigó, grandes artesanos del momento. De hecho, los nombres y los trabajos de atrecistas como ellos eran conocidos entre el público habitual. Sin embargo, ellos no mostraron interés en el proyecto, ni en la escasa remuneración que podíamos ofrecer, tampoco en las promesas de proyectos venideros. El Paralelo vivía al día y el futuro ni se intuía.

El azar nos puso en contacto con Andreu. Nos parecía arriesgado confiar en un artesano tan joven y poco experimentado, pero también nosotros lo éramos, así que nos dejamos guiar por el instinto. El padre del chico era carpintero y él se había criado en el taller. Desde pequeño había aprendido a su lado el noble arte de bailar con la madera, según sus palabras. Andreu era un incondicional de la avenida, era uno de aquellos especímenes que soñaban con pasar los días y las noches en la calle de las luces y las sombras.

Llegó 1914 y Europa amaneció disfrutando de una paz que agonizaba. Tras las extrañas alianzas que cruzaban el continente, los movimientos obreros que daban incluso más problemas que las colonias, las dos guerras de los Balcanes que habían echado a los otomanos de Europa y que a su vez causaron nuevos conflictos debido al reparto del pastel, y la renuncia de Maura a liderar el Partido Conservador, el año comenzaba con el estreno inminente. Andreu había

construido ya la mayoría de los elementos de la escenografía y algunos decorados esperaban en el taller de su padre. María seguía agobiada con el encargo, nunca había arreglado ni preparado ropa masculina y esa empresa, al margen del reto que suponía la escasez de tiempo, atentaba contra su experiencia. No me preocupaba, ella podría resolver cualquier obstáculo que se le pusiera por delante.

Empezamos las siete mañanas de ensayos previos al estreno. Tuvieron lugar en una sala del Nuevo. Pequeña, con una mesa alargada y varias sillas de estilos diferentes agrupadas junto a la puerta, disponía de un espejo no muy habituado a que lo limpiaran que cubría por completo una de las paredes. Me encantaban los dos grandes ventanales orientados al este que destapaban los errores de los actores. Solo podíamos utilizar la estancia durante unas horas por la mañana, así que había que aprovecharla al máximo.

Algunas divergencias creativas aparecieron durante la primera lectura. Jaume cuidaba la intención y la pronunciación de cada una de las palabras recitadas. De hecho, ya en los ensayos que habíamos realizado en nuestra sala de estar acompañados solo por Anna, fue el más estricto de los directores que he conocido. Nuestra inexperiencia le permitía moldearnos a su gusto. Sin embargo, las cosas no eran tan fáciles con el resto de los actores, que tenían tablas y voz propia.

Santpere fue el principal detractor de algunas de las

directrices de Jaume. Pepet tendía hacia la comedia, decisión artística que enervaba al dramaturgo. Él había creado un drama, una historia de pasiones y verdades en la Barcelona del momento, y Santpere abogaba por respetar la trama, pero añadiéndole algunas salidas de tono que aliviaran la tensión del libreto. Jaume corregía y buscaba la conciliación cuando surgían discrepancias, pero el protagonista de la obra ignoraba las exigencias del director. Entonces el autor se veía superado por la influencia que Josep ejercía sobre la compañía y por sus propias inseguridades.

De hecho, cuando nos acostamos por la noche después del tercer ensayo casi no abrió la boca. Yo intentaba consolarlo, atender a sus razones, pero creo que no podía verbalizar lo que se removía en sus entrañas. Seamos sinceros, tuviera o no razón, por sensible y empático que aparentara ser con la causa obrera, se había criado en el seno de una familia burguesa que disponía de dinero e influencias. Su estado natural consistía en salirse con la suya, que se le concedieran sus caprichos y que se le escuchara con atención en todos los corrillos de las fiestas a las que acudía.

Al día siguiente, en la sala de ensayo, las mesas y las sillas estaban agrupadas contra la pared contraria al espejo para dejar paso libre a los movimientos de entrada y salida de la primera escena. Santpere parecía más aplicado que nunca o, lo que era lo mismo, más discordante con Jaume que nunca. Finalmente, este saltó y balbuceó:

—Esto es inadmisible. Señor Santpere, no es necesario que haga esa carantoña. Acaba de conocer al amor de su vida, un poco más de respeto por la chica.

—*Noi*, te aseguro que si un hombre se encuentra con tu vedete, lo primero que hace es una carantoña y luego ya se enamora de ella.

Jaume pidió un par de minutos y salió enfadado de la sala. Permanecíamos todos en silencio y yo decidí ofrecerle consuelo. Josep me detuvo con un gesto.

—Ya se le pasará. Aprenderá a confiar en la experiencia de los demás, de lo contrario...

No se lo reproché, llevaba razón. Ahora que lo pienso, no he hablado del resto del elenco. Santpere armó el reparto a su voluntad, sabía cómo tratar a dos jóvenes impetuosos que creían tener la razón de su lado. Además de Junyent, incorporó a Carmina y a Benet dos o tres días antes de los primeros ensayos, cuando Jaume ya estaba al borde de un ataque de nervios. El dramaturgo tardaba más de lo previsto en regresar, de modo que nos sentamos sobre las mesas. No recuerdo si fue Benet o Junyent quien dijo que con el tiempo que llevaba, quizá había terminado de escribir otra obra. El comentario suscitó carcajadas y suavizó el ambiente. Santpere reemprendió la conversación.

—Los tiene bien puestos tu novio —dijo.

—No sé si llamarle...

—Para alguien como él —dijo interrumpiéndome— hubiera sido fácil, bueno, quizá fácil no, pero sí más lógico, estrenar en las Ramblas o en algún teatro secundario de L'Eixample. Algún teatro con más prestigio que esta barraca. Pero no, él ha apostado por el Nuevo. Esa fue una de las razones por las que acepté el reto.

—¿Qué tiene de malo el Nuevo?

—Nada, hija, nada. Lo que se crea en esta calle nace con cierto estigma, ya sabes. El barcelonés no distingue entre el Barrio Chino y el Paralelo, a pesar de las grandes cantantes que pisan fuerte y de la cantidad de obras que se interpretan en los teatros de la avenida, algunas de gran calidad, otras mucho más llanas, cierto, pero todas pensadas por y para el público. Además, muchos ven los cafés de los alrededores como auténticas madrigueras de revolucionarios.

—Yo no me imagino actuando en otro lugar. No entiendo qué mal le ven al Paralelo.

—Sí, es verdad que hay muchos prejuicios en torno a la avenida, pero, en cierto modo, también tú tienes prejuicios, y yo y el resto de la sala. Las personas, sea cual sea nuestro origen, tenemos dos ojos, dos manos y una procedencia que establece nuestra manera de ver las cosas. No olvides eso y la vida te irá bien.

El 14 de enero de 1914, un día antes del estreno, Santpere abandonó la obra. Fue durante el ensayo general, mientras zurrábamos los acabados del espectáculo, que resultó ser un auténtico descosido. Sucedió sobre el escenario, con algunos de los objetos de utilería guiándonos por el espacio, con la ilusión y los nervios a flor de piel. Jaume corrigió, Josep contradijo, Balcells insultó a Santpere y Santpere le respondió con un paternalismo que aumentó la irritación de Jaume. El autor de *Cançons de la terra* echó a su principal reclamo en el mismo momento en que este anunciaba que abandonaba el montaje. Y es que Jaume le había dicho a Santpere que era un actorucho pretencioso y que no entendía cómo se había ganado su buen nombre; Josep, por su parte, lo tachó de inepto y le reprochó que si estrenaba era gracias a su apellido. Existen palabras imborrables en algunos momentos y momentos que marcan el fin de una relación. A continuación, Santpere y Junyent dejaron el escenario y, luego, el teatro.

Tras los gritos, reinó el silencio. El elenco sobre el entarimado, Andreu y Jaume en las butacas, algunos focos enmarcando el drama y la cordialidad fuera de la sala. Estábamos tan cerca y de repente se había producido la hecatombe.

Miré a Jaume con odio, con los nervios de quien prevé un desastre. Él, incapaz de devolverme la mirada, quizá temeroso de decir más barbaridades, observaba el suelo, como si perdida en sus zapatos pudiera encontrar una

solución. El eco de un teatro vacío replica los errores de sus protagonistas.

—De verdad, Jaume, ¿no podías haberte callado?

—No me toques las pelotas ahora, Francisca, ahora no. Él también me ha insultado.

Anna se acercó y apoyó la mano sobre mi hombro. Quizá para frenarme, quizá para apoyarme. Sea como fuere, me transmitió calma y contención, suspiré e intenté razonar. Tiempo atrás, habría pronunciado palabras que habrían hurgado en la herida, pero no había llegado hasta ahí para echarlo todo a perder por mi incontinencia verbal o por el ego de un señorito.

—Está bien, Jaume. En el futuro no trabajaremos con él si eso es lo que quieres. Pero mañana estrenamos y él encabeza el cartel. No tenemos sustituto. No tenemos opciones. Así que voy a salir para convencerle de que vuelva. Y tú te comerás el orgullo por el bien de la obra. Ahora no es el momento de demostrar lo que necesitas demostrar, sea lo que sea.

Jaume comenzó una frase que no terminó. De nuevo cabizbajo, se mantuvo mudo. Bajé los escalones del escenario, le di un beso en la mejilla y me apresuré a cruzar la platea. Ninguno de los presentes emitió palabra alguna, seguramente porque nadie quería provocar otra chispa que

terminara de incendiar el teatro. Una vez en la calle, vi a Santpere y a Junyent discutiendo sobre su decisión, tomada en caliente. Yo era un manojo de nervios, así que, al percatarse ambos de mi presencia, balbuceé:

—Señor Santpere, quiero pedirle disculpas por el comportamiento de Jaume. Como usted dijo, es...

—Francisca, supongo que vienes a dar la cara por tu hombre. Pues quiero que sepas que mi decisión es firme. Soy un actor de palabra hasta que los demás no cumplen la suya. Jaume me dijo que íbamos a montar un gran espectáculo y este está lejos de serlo. Puedo soportar divergencias y tonos severos, pero no la falta de respeto. Es muy bueno camuflando la soberbia, pero no voy a dejarme ningunear por alguien que se cree mejor que todos nosotros.

La ofensa de Santpere parecía irreparable. Su experiencia y su talento podían convertirse en una de nuestras armas. Sin embargo, Jaume no entendió que en la guerra del Paralelo debes comprender las razones de tu ejército. Hacía frío, mucho frío. Aquel enero fue uno de los más helados que recuerdo. El vaho se escapaba por mi boca mientras hablaba y acompañaba argumentos que resultaron gélidos, porque Pepet no dio su brazo a torcer.

—Entiendo su postura, de verdad, creo que Jaume ha perdido los papeles, pero por el bien de la obra deberíamos acercar posiciones. Entre, hablemos, le prometo que...

—Lo siento. Tienes talento, mucho talento y te deseo lo mejor. Sé lista. Yo no voy a ceder a las chiquilladas de un niño consentido, tampoco tú deberías hacerlo. En la vida hay cosas más importantes que estrenar una obra. Y ese no lo sabe.

Josep negó con la cabeza, me miró compasivamente y desapareció seguido de Junyent. La silueta de ambos componía un adiós al que no me iba a resignar. Volví al teatro ajena al bullicio de la avenida. «Está bien, querido Paralelo. No me lo vas a poner fácil», recuerdo que pensé. Crucé el umbral de la entrada con intensos dolores en el vientre. Me apoyé un segundo en la puerta e intenté tranquilizarme. Me recompuse, despejé los malos pensamientos y accedí a la sala principal del teatro. Los miembros de la compañía se habían dispersado entre las butacas, cobijados por la oscuridad de la platea.

Los reuní sobre el escenario y les transmití que la decisión del actor parecía firme, pero no por eso debíamos rendirnos, al día siguiente a primera hora intentaría convencerle. Quedamos a las once en el London para barajar nuestras opciones según fuera su respuesta. Les pedí que se marcharan a casa y que trataran de descansar, que lo íbamos a lograr. Al tiempo que emitía mi discurso, trataba de creérmelo yo misma.

Me pregunto qué se aprende en la universidad y qué en la calle. Es obvio, podríamos enumerar una lista de habilidades

y conocimientos con facilidad. No obstante, existen reglas vitales que se descubren y se asumen con las adversidades. Al volver a casa junto a Jaume, advertí una realidad que él maquillaba con palabrería y que me había pasado desapercibida: no tenía fe en sí mismo ni en su trabajo. Y desconozco si existe aula o lección que alerte de las consecuencias de tan yerma actitud.

Capítulo XX

Los techos de los escenarios rompen el hechizo de la ficción. Esconden telones de fondo doblados sobre sí mismos o bien extendidos, cuerdas, escaleras y luces. Cuando se actúa sobre un entarimado no hay que mirar hacia arriba porque se descubren las costuras del teatro y, si se rompe la magia de las historias, ya no puedes protegerte tras ellas. Entonces, debes afrontar la cruda realidad.

Nunca hablo del frío, no me gusta, lo odio, y como lo odio hablo poco de él. El día del estreno llegó acompañado de una gran nevada. El 15 de enero de 1914, Barcelona amaneció cubierta por una inédita y espesa blancura que la vestía con elegancia y que a la vez tapaba pecados, carencias y conflictos. Llegamos a cinco grados negativos. ¡Qué humedad! Cayó tal cantidad que el Centro Excursionista de Cataluña organizó una carrera de esquiadores en la carretera

de la Rabassada. Recuerdo que caminé por las Ramblas abrigada hasta las cejas observando cómo los ciudadanos disfrutaban de la nieve al tiempo que protestaban por los inconvenientes que suponía. La queja era, y es, el estado de ánimo habitual del barcelonés.

A veces pienso que la vida, la vida real, era lo que sucedía en la calle del Conde del Asalto. Llegué al London tiritando. Entré congelada, a pesar de que usaba uno de los abrigo que había pagado con mi dinero y que cuando lo compré me pareció a prueba de heladas. Había encargado algunas piezas de ropa a medida porque, si quería convertirme en una actriz relevante, debía vestir como una de ellas. Jaume me había repetido aquella máxima hasta la saciedad y yo, con el tiempo, cedí a su razón.

El London, situado en el 34 de la calle del Conde del Asalto, tenía pocos años de vida y congregaba a gente dedicada al mundo del espectáculo, sobre todo a un buen grupo de artistas circenses. El local se distinguía por los atributos modernistas que lo decoraban; la barra de madera olía a noches de juerga y alcohol, el juego de espejos propiciaba una sensación de densa amplitud, el piano del señor Josep, las lámparas con forma de flor y mil detalles más le proporcionaban su peculiar ambiente.

La compañía me esperaba expectante, cada cual con su vaso en la mano. Les conté que mi visita a casa de Santpere había sido un fracaso. El actor se había mostrado firme en su

decisión de abandonar la obra y no estaba dispuesto a echarse atrás. No obstante, nos deseaba suerte y estaba convencido de que íbamos a encontrar un reemplazo para su personaje. A pesar de que en aquella trifulca me situaba en el bando de los perdedores, lo comprendía. Mantuvimos un intenso debate en el que lamentos y argumentos se sucedieron y, finalmente, les convencí de que no debíamos abandonar. Decidimos que Jaume sustituiría a Josep, y Andreu, que se sabía el texto de memoria, a Junyent. Al menos había que intentarlo. Qué locura, se había anunciado a Santpere como cabeza de cartel y el público iba a encontrarse con un puñado de don nadie. Carmina y Benet nos apoyaron porque no tenían nada que perder. Resueltos los principales problemas, convinimos en dedicar el resto de la mañana a ensayar.

Le pedí a Jaume que pusiera al corriente al señor Güell de lo sucedido. Debía convencerle de que la ausencia de Santpere no afectaría a los resultados. Perdía al cabeza de cartel, sí, pero le asegurábamos beneficios. Desconozco si le costó esfuerzo o dinero, no se lo pregunté. Cuando Jaume terminó la gestión y a la desesperada comenzamos el ensayo, respiramos aliviados: Andreu y el mismo Jaume se sabían los papeles al dedillo y los defendían con acierto. No me sorprendió, autor y utilero habían dedicado tantas horas a la obra y a los ensayos que todas las palabras del libreto se habían quedado grabadas en su memoria. Además, ambos se revelaron como auténticos histriones, talento que nos

maravilló a todos. El día transcurrió sometido a las prisas y los nervios propios de unos principiantes dispuestos a comerse el mundo.

Me encantan los estrenos de obras inéditas. Cuando se interpreta un Shakespeare o un vodevil de tres al cuarto que ha sido representado hasta la saciedad, el público conoce la obra y el único riesgo radica en que la propuesta le decepcione o le satisfaga. Pero el hechizo de las historias jamás contadas conlleva otros peligros. La novedad juega a favor de los intérpretes, aunque puede que la obra no cumpla las expectativas de los espectadores. Y esa contingencia no tiene precio.

La inseguridad acompañaba cada paso que dábamos, cada decisión que tomábamos, por rutinaria que fuera. Me costó digerir los escasos bocados que fui capaz de llevarme a la boca durante la jornada. Me estaba maquillando cuando noté que el brazo me temblaba. Carmina, Anna y yo compartíamos camerino. Mesas, sillas y un montón de vestidos formaban parte del paisaje de la estancia. Me hallaba ante un momento importante y debía disfrutar de él, así que decidí mirar a mi alrededor. María arreglaba el bajo del vestido de Anna, sencillo: falda negra, camisa blanca con botones pequeños y adornos en el cuello, una chaqueta estrecha que parecía desgastada y un pañuelo, también negro, en la cabeza. El uniforme de muchas obreras de la época. Al terminar el último zurcido se santiguó y pidió a Mercè que se apresurara con los retoques del vestido de

Carmina. La prima de Joan no destacaba por la rapidez, pero cuando clavaba la aguja conseguía siempre un gran resultado. Allí, rodeada de mi hermana y mis compañeras, no deseaba estar en otro sitio que no fuera aquel.

Salí del camerino y vi a Jaume discutiendo con el señor Güell por alguna banalidad. Tuve la impresión de que el empresario no iba a tolerar que la conversación se alargara. Andreu se abrió paso corriendo con una silla en las manos y un agobio palpable. Lo seguí por el pequeño pasillo que conectaba con el escenario. Allí, sobre un tocador improvisado, vi algunos de los carteles de *Cançons de la terra*. Mi nombre artístico, María Green, aparecía precedido de la frase «con la brillante presentación de». ¿Me presentaba realmente al mundo? ¿Acaso los cuplés cantados el pasado otoño no sirvieron como presentación? Siguiendo a Andreu, que parecía mayor con el disfraz y el maquillaje, llegué a las bambalinas. Sonreí. Apenas faltaban unos minutos para que las cuerdas del telón se deslizaran. No podía permitirme otro fracaso, otro abismo entre mi sueño y la realidad.

Cuando te alcanzan los instantes previos al inicio, las manos dejan de pertenecerte. Un personaje las toma prestadas y tú se las cedes para que las guíe. Te colocas de pie sobre el entarimado, cobijada aún por el telón, escuchando el bullicio de gente acomodándose. No sabes por qué, pero temes el desastre y te obligas a repetirte que triunfarás. Y llega el momento: siguiendo las órdenes del

traspunte, se alza el muro de tela que te separa del público, el decorado ve la luz y te hallas sola ante los espectadores, que desaparecen tras el silencio. Esta secuencia se repite obra tras obra, año tras año, es una rutina que te alerta de los peligros de exponerte al patio de butacas.

En medio de la expectación, Marcela, una humilde chica de provincias recién llegada a Barcelona, empezó a hablar. Poco después, entró Jaume encarnando al protagonista y nos dejamos llevar por la magia del teatro.

Recuerdo la primera función de *Cançons de la terra* como un sueño nítido en el que soy consciente de estar dormida, y justo por eso aún lo disfruto más. Porque sé que despertaré. Porque comprendo que en algún momento miraré hacia arriba y tan solo veré cuerdas y luces y los engranajes de la vida. Y porque aún soy tan joven que no aprecio su belleza.

Los pasos, los movimientos, las frases y los actos se sucedieron. El traspunte, que también hacía las veces de apuntador, ayudó a Jaume en los momentos en que le falló la memoria, que, según recuerdo, salvó con soltura. Yo desaté a María Green, porque ella sabía cómo actuar, cómo dar al público lo que quería. Y cuando alcanzamos la escena final, la muerte de Marcela en brazos del amado, se apagaron las notas de la última canción que ella entonaría en su vida de ficción. Las luces se extinguieron y la penumbra nos suspendió en un limbo teatral que me heló la sangre.

Oímos tímidos aplausos a los que siguieron otros más intensos. Pronto se desató la euforia. Palmadas estruendosas, gritos, bravos, alabanzas. Tan solo unos instantes después, el público empezó a levantarse. Yo seguía en el regazo de Jaume, quien me ayudó a incorporarme primero y luego a alzarme. Aún corrían las lágrimas por mis mejillas. Observé a las personas que habían acudido al teatro para vernos. Espectadores que se habían vestido, se habían trasladado hasta el teatro y habían dedicado la tarde a ver la obra. La platea no se veía llena, pero había suficientes personas para que nos llegara su calor. Miré a Jaume, parecía pletórico, sonriente. Lo habíamos conseguido juntos. Empezamos a saludar mientras el resto del elenco iba apareciendo sobre el escenario y se sumaba al agradecimiento. Pasó, qué sé yo, ¿medio minuto? Y me di cuenta: Jaume había defendido el papel con más o menos acierto, pero Andreu lo había bordado.

La vida sigue, el público se cansa de aplaudir y se va a casa. La alegría de la compañía se manifestaba sin control. Rápidamente desmontamos el escenario para dejar espacio a la siguiente función. Nos cambiamos y salimos a quemar la ciudad. María y Mercè estaban agotadas pero se las veía felices. Ya en el exterior, mi hermana me cogió de la mano y me pidió que la acompañara. Me condujo donde estaban Juana y Ramón, que habían acudido para ver el espectáculo. No pude contener la emoción y lloré como una boba ante sus agasajos. Los abracé, los besé.

—¿Pero y la casa? ¿Quién está atendiendo a los señores?

—Francisca, eso no es de tu incumbencia —dijo la mujer—. No sé mucho de teatro. Tampoco soy muy dada a las palabras. Solo te puedo decir que, después de ver lo que has hecho hoy, entiendo por qué te fuiste.

Ramón alabó la puesta en escena, la interpretación y la madurez de la historia. Nos faltaban tablas, dijo, pero nos sobraba donaire. Contra todo pronóstico, les convencimos para que vinieran al Café Español. Al salir del teatro me pareció ver a Joan. Esa idea me sobresaltó. ¿Había ido a verme? Creo que mi cabeza me jugó una mala pasada. Los fantasmas no tienen por qué ahuyentarse de los momentos importantes.

Entramos al café como un torbellino. No me fijé en el grupo de anarquistas y lerrouxistas que discutían en un extremo de la sala. No me di cuenta de que el señor Carabén intentaba apaciguar los ánimos de unos gitanos alterados por no sé qué ofensa. No percibí el olor a tabaco ni el fervor humano que contrastaban con el frío de la calle. Observaba a las personas que me acompañaban, charlaban, reían, soñaban. Me encantaba la sonrisa que Anna regalaba con cada uno de sus comentarios. Jaume parecía feliz, con la pipa en una mano y un vaso en la otra. Salí de Solsona con la idea de formar una familia. Mejor dicho, con el encargo de formar una familia. Pues bien, ya la tenía, estaba delante de mí.

Al día siguiente abrí los ojos con un optimismo sin precedentes. Sí, solo habíamos llenado algo más de la mitad de las butacas, pero nos sentíamos triunfadores. Esperábamos impacientes los comentarios de la prensa. Pero nada. Ni un diario, ni una revista, ni un panfleto nos mencionó siquiera. Ni crítica buena, ni mala, ni corta, ni larga. Santpere había invitado a los periodistas habituales, Llurba y el resto de los cronistas de la época, pero cuando les comunicó que había abandonado la obra, decidieron no asistir. Jaume se entregó al mal humor. Echó pestes de Josep y de la barraca en la que estrenamos. Incluso criticó con vehemencia la utilería y el vestuario. Las palabras de consuelo encendían aún más la mecha de las quejas. Me inclino a creer que me culpaba por haber recibido más halagos que él.

Preparé el desayuno y él templó los ánimos. Le convencí: quizá escribirían una reseña en las ediciones de la tarde. Tampoco hubo. Yo tenía claro que, pese a todo, debíamos mostrarnos agradecidos y centrarnos en la siguiente función, pero él escogió columpiarse entre las ramas de la ira. Se movía como un pájaro enjaulado, sin atender a más razones que las de sus aciagos pensamientos.

El devenir de los días calmó la ira de Jaume y le devolvió aquel aire atractivo y seductor que yo tanto amaba. Sin embargo, las dudas nos acompañaban a ambos. No sabíamos si llenaríamos en la siguiente función o si sería un fracaso. Ensayamos varias veces con Jaume y Andreu como

sustitutos de Santpere y Junyent, y fue un acierto, pues no encontramos a otros actores a tiempo.

Los preparativos del segundo pase transcurrieron con más alegría y seguridad. Llegamos al teatro convencidos de que alcanzaríamos el éxito, pero solo convocamos a quince personas. Cuando María, que había hablado con el chico de la taquilla, nos lo comunicó, nos dejamos llevar por la decepción. Jaume quería cancelar y parecía que el resto del elenco se sumaba a su propuesta. Yo me negué en redondo. El telón debía alzarse para cumplir nuestro cometido. Una idea iba y venía en mi cabeza: «No me he sacrificado tanto para rendirme ante el primer contratiempo».

Tengo la sensación de que nuestra interpretación superó con creces la del día del debut y que el público, aunque escaso, la recibió con emoción. Al menos aplaudieron, se levantaron y nos vitorearon cuando terminó el último acto. Una ovación empedecida por la cantidad de butacas vacías.

Antes de que abandonáramos el teatro, el señor Güell nos convocó en el pasillo y nos informó de que cancelaba la tercera función. El hombre se acercó, prudente pero autoritario, desgranó los motivos y se dio media vuelta sin dar tiempo a réplica alguna. Nadie le contradijo. Caminé lentamente hasta el camerino y me senté ante el espejo. Me observé con detalle. Quién sabe cuánto tiempo permanecí así. «No me he sacrificado tanto para rendirme ante el

primer contratiempo», me dije una y otra vez. Sin pensarlo siquiera, me levanté, subí las escaleras y entré en la oficina del señor Güell.

Le pedí otra oportunidad, una última. Él se negó en redondo, mascullando argumentos comunes tantas veces usados en situaciones parecidas. Pero yo insistí. Insistí. Insistí. Usé las cartas que tenía y los motivos que creía irrefutables, sin éxito alguno. Finalmente, le juré que Jaume se haría cargo de las pérdidas si fracasábamos en una tercera función. Ni aun así dio su brazo a torcer, puesto que en este caso no perdería dinero, pero sí prestigio. Insistí. Sentía que la oportunidad de mi vida se me escapaba de las manos y que su negativa no podía ser una opción. En mi cabeza resonaba el eco de la promesa que le hice a María. Debía conseguirlo por ella, por mí, por mis compañeros. Así que, cabizbaja y sin siquiera pensar en las consecuencias de mis palabras, dije:

—Sabe, si nos da otra oportunidad podrá tomar lo que desee de la compañía —lo miré fijamente—. Lo que desee.

El hombre se quedó perplejo al principio y, al cabo de unos instantes, cambió su expresión. Se recostó en la butaca y después de una breve pausa respondió:

—No sé por quién me ha tomado. Debería echarla de este despacho. Lo sabe, ¿verdad?

Un mareo tentó mi equilibrio. Me había equivocado por completo. Me sentí estúpida, muy estúpida. Aquella era la Francisca vehemente que había cometido tantos errores en el pasado y que había herido a los que más amaba, la Francisca impulsiva y caprichosa que había terminado en Las Fuentes. Creo que fue entonces cuando entendí que mis sueños tenían un precio, pero que solo debía pagar por ellos lo que consideraba digno y justo. Esa puede parecer una reflexión obvia, de hecho lo es, pero en determinados momentos de la vida, cuando cargas sobre tus espaldas el peso del futuro de tus compañeros y de tu propia ambición y luchas contra los cinco elementos para conseguir tus propósitos, aquello que consideras vital para tus principios se vuelve secundario ante las adversidades.

—No, disculpe si me ha malinterpretado, pero... —llegué a balbucear.

—Déjeme hablar, que no he terminado. Voy decirle una cosa: el director de su compañía podía haber usado su influencia para llenar esta sala, y está claro que no lo ha hecho. Ya me dirá usted, o no tiene tantos contactos como dice o no ha querido recurrir a ellos, y eso me parece de necios. Sepa que odio hacer negocios con necios. Por eso no confío en ustedes. Sin embargo, es usted obstinada, se ha puesto en evidencia para conseguir lo que quería. Si me jura que su amante hará lo que tiene que hacer para tenerme contento, les concederé otra función. De lo contrario, no quiero volver a verla jamás. Ahora, váyase.

—Sí, claro, señor Güell —dije sin mirarle a los ojos—. La semana que viene tendrá usted cola esperando a la entrada.

Salí de aquel despacho avergonzada. No sé en qué me habría convertido si aquel hombre hubiera aceptado. De hecho, no habría cumplido mi palabra, estoy segura de ello. Tampoco quiero pensar en las consecuencias que eso habría tenido en la relación entre Jaume y yo. Esta es una de las cosas de las que más me arrepiento. No es la propuesta en sí lo que aún me hiere, sino el concepto que tenía de mí misma.

Después de ese episodio llegó la presión. Tenía siete días para llenar las butacas, y Jaume no me ayudó. Hablé con él, intenté transmitirle que necesitábamos que nos echara una mano, que pidiera artículos, anuncios, lo que fuera. Se limitó a decirme que no iba a mover un dedo. No quería que el público fuera obligado o engañado al teatro, tenía que acudir por su propia voluntad, porque quería disfrutar de una obra de arte.

Por más que intenté razonar con él, terminó despachándome con bufidos y comentarios altivos. Sinceramente, le amaba por muchos motivos: me había ayudado cuando más lo necesité, me había proporcionado un techo bajo el que dormir y las fuerzas necesarias para sobrellevar mis pesares, pero, sobre todo, me había enamorado su sensibilidad, su vocación y el tacto con el que siempre me había tratado. Ni siquiera le importaba lo que

hice o dejé de hacer en el hostel Las Fuentes. Por eso me desorientaba su actitud, su tono ceniciento o su falta de empuje. No le reconocía.

No obstante, no podía detenerme. Al día siguiente hablé con Anna y le conté la verdad, necesitaba una amiga que entendiera que me urgía encontrar soluciones. Caminábamos del brazo por las Ramblas, disponíamos de una hora escasa antes de cantar en el Arnau y me faltaba el aire, aunque fuera gélido, aunque el frío del invierno volviera los paseos más angostos. Su reacción no se hizo esperar.

—No me lo puedo creer, Francisca. ¿De verdad no has aprendido nada?

Anna me soltó el brazo y me observó inquisitiva.

—Lo sé, no me castigues más. He pasado toda la noche recordándome lo tonta que soy, es más que suficiente. Fue el momento, la desesperación, qué sé yo. No me mires así, por favor. Lo único que conseguirás es que me odie más a mí misma.

—Disculpa, amiga. La verdad, es difícil decir... Me pregunto qué habría hecho yo en tu lugar.

Un carro cargado de carbón pasó por mi derecha y por unos momentos deseé que volcara y nos enterrara. No pude contenerme más. No se lo había contado a Jaume, ni a Joan, a nadie. Y me salió, le confié lo que le sucedió a mi hermana

en casa de los Puig, la promesa que le hice, la importancia de que la Balcells funcionara. Anna escuchó la historia con estoicismo y al fin entendió mi empeño por triunfar y mi falta de límites para lograrlo. Luego me regañó por cargar con la culpa, me aseguró que Las Fuentes había sido ya suficiente penitencia y terminó su intervención con un consejo.

—¿Sabes, Francisca? Ni todo el oro del mundo cambiará lo que le sucedió a María. Amiga, saltas de un puente a otro y todos parecen estar a punto de derrumbarse. Eres demasiado sensible para ponerte en estas situaciones. Y lo que más me enerva es que no lo ves.

—Solo intento que nuestras vidas se vistan de teatro.

—No intentes convencerme con poesía barata. Lo que está claro es que, por el bien de todos, tenemos que llenar esa maldita sala. Debemos encontrar la manera de llevar la obra a la calle.

Gracias a sus palabras se me ocurrió una idea. El boca a boca llena butacas. Las opiniones de los vecinos venden entradas. Así que pergeñamos una artimaña arriesgada. El primer paso consistió en imprimir pequeñas octavillas de la obra. Fue una odisea encontrar linotipistas, buen precio y un taller dispuesto a atender las demandas de dos mujeres.

Cinco tardes habían pasado desde la conversación con Anna cuando ambas, disfrazadas de nuestros personajes,

nos acercamos a la avenida con el montón de octavillas bajo el brazo. Al principio no sabíamos en qué lugar o en qué esquina situarnos. Hacía frío, mucho frío, el vaho que salía de nuestras bocas nos lo recordaba. No previmos que nuestras voces competirían con el bullicio del Paralelo y aquel entorno me amedrentó. Parecíamos unas gansas, plantadas ante la muchedumbre de la avenida, con los vestidos debajo de los abrigos y las hojas que anunciaban la función listas para la aventura. Con más curiosidad que intención contemplé lo que sucedía a mi alrededor. Un señor, con una barriga más grande que mi cuerpo, peludo y con bigote, intentaba convencer a los transeúntes de que jugaran un rato con su mono, a cambio, claro está, de unas monedas. Un niño se movía rápidamente por la acera buscando posibles clientes. ¿Su servicio? Parecía un limpiabotas aplicado.

Entonces Anna buscó mi mirada y asintió. Sonreía como si comprendiera lo que cruzaba por mi mente. MoviÓ la cabeza restándole importancia, se quitó el abrigo y gritó con dulzura:

—¡Señoras, caballeros! No se pierdan este jueves la obra más emocionante y divertida de la avenida. Si aún no la conocen, si no saben de qué hablamos, es que no están al día de lo que realmente importa en el Paralelo.

—Sí, somos las protagonistas y no nos da miedo salir a la calle y contarlo —dije mientras me quitaba el abrigo.

—¿Y de qué trata? —preguntó uno.

La gente nos rodeaba con curiosidad. Seguro que pensaban que era un espectáculo gratis.

—Es sobre una vedete y un burgués adinerado que se enamoran y luchan contra los tabúes sociales. El chico, hijo de una familia rica, se lanza de cabeza, acoge las ideas del anarquismo y renuncia a sus bienes a favor de la revolución.

—¿Es una obra romántica?

—Sí. Y habla de política. Y sobre todo es teatro. Mañana hay función en el Nuevo. Si no pueden ir, díganse a algún amigo para que vaya y les cuente cuánta razón llevamos.

—¡Recite un fragmento!

—Mejor aún, cantaré una de las canciones.

—Yo la conozco, señorita, a veces canta en el Apolo.

La tarde transcurrió entre canciones, preguntas y elogios. Incluso cuando se terminaron los papeles, seguimos pregonando las grandezas de la obra. No se lo conté a Jaume, no me apetecía recibir otra reprimenda inútil. Él no quería ni subirse al escenario, pero le convencí diciéndole que debía tener fe en su suerte. Y me creyó.

La tarde de la tercera función llegué al teatro fatigada por

la carga que llevaba sobre mis espaldas. Los malos augurios planeaban sobre el estado de ánimo de la compañía, pero yo no me permitía pensar en el fracaso. El éxito era la única posibilidad que existía en mi horizonte. Jaume no hablaba ni se mostraba cariñoso. Llegó al teatro, se cambió y se aposentó en el sofá del camerino para leer. Actuaba como si nadie más existiera, como si los nervios no le perturbaran también a él. Andreu le comentaba a Benet lo que haría con los muebles cuando suspendieran el pase. Además, María y Mercè no estaban, no podían saltarse otra tarde de trabajo, y yo echaba de menos su entereza.

Anna nos reunió en el pasillo después de hablar con el chico de la taquilla. Solemne, inició el parlamento haciéndonos creer que nos íbamos a llevar otro chasco, pero pronto nos reveló la verdad: se habían vendido casi todas las entradas. Nuestro numerito había funcionado. La noche y quizá también la obra estaban salvadas.

Así que subimos al escenario pletóricos, seguros de que íbamos a enamorar a los hombres y las mujeres que estaban sentados ante nosotros. Marcela revivió y murió, y los aplausos premiaron el esfuerzo de las últimas semanas. Al saludar a los espectadores, que me cubrían de loas, miré hacia arriba, hacia la tramoya y, por primera vez, mi sonrisa al aire no fue una obligación. Me fijé en mis compañeros y en su feliz algarabía. Solo uno de ellos parecía molesto, incluso enfadado. Jaume fruncía el ceño, solo Dios sabe por qué.

El sol amaneció acompañado por la expectación. Aparecimos en la edición de la tarde de *La Vanguardia*, pero en ningún diario ni semanario más. La reseña alababa la obra y las actuaciones, y elogiaba la escenografía y el vestuario, pero poco decía del autor. Y hubo más funciones. El éxito de *Cançons de la terra* fue progresivo, la obra caló con lentitud y se propagó gracias al boca a boca, a las recomendaciones e incluso a las críticas de la prensa. Acabamos siendo mencionados en *La Publicidad* y Llorba nos dedicó unas palabras en *De tots colors*. Función a función, se agotaban las entradas. Al cabo de un mes y medio, Eugeni d'Ors escribió una glosa a las actrices del Paralelo. Hablaba de la Meller, de la ausencia de la Xirgu, del exotismo de Tórtola, y dedicaba dos versos a preguntarse si Elena Jordi o esa actriz aún inexperta pero que encandilaba, o sea yo, seguiríamos sus pasos.

El Nuevo apostaba por la Balcells, pero solo teníamos un título que ofrecer, así que bajo mis órdenes la compañía se vio obligada a ensayar obras como *La sagrada familia*, *Ocells de pas* o *Follies d'amor*. Jaume asentía con desgana ante mis propuestas y mis ideas, y luego se desentendía. Si no las escribía él, no eran de su interés. Por suerte, dimos con Guillem.

Ah, claro, se me olvidaba, no he contado cómo le conocimos. La tarde que Anna y yo llevamos a cabo nuestro numerito en la calle, se nos acercó un actor. Se llamaba Guillem, era apuesto y quería formar parte de la compañía.

Estábamos tan enfrascadas en el teatrillo, que lo convoqué al día siguiente por la mañana en nuestra sala de estar. Jaume se mostró algo reticente a recibirle, pero no le apetecía seguir actuando, así que accedió a conocerlo.

Llegó tarde, nos saludó cordialmente a ambos y se sentó en una de las butacas de la sala con la tranquilidad como estandarte. Guillem Bonaire había actuado en varias compañías y conocía a Andreu porque tenían amigos en común. El pelo castaño, la tez morena y los ojos claros componían un rostro seductor y algo canalla. Alto, hercúleo y seguro, se comunicaba con una tajante humildad que pausadamente se ganó nuestra confianza. No obstante, también recurrió al coqueteo con ambos, como si la seducción formara parte de su lenguaje habitual. No parecía que los prejuicios dominaran sus instintos. Más allá de su pericia social, se vislumbraba su buen corazón.

—Sí, me echaron porque me acosté con las tres chicas del elenco. Por separado, claro. Cuando se enteraron se armó una buena, más que nada porque una de ellas era la mujer del director. En fin, aprendí la lección. Nada de líos de faldas en el trabajo.

—Mañana tenemos la tercera función. ¿Podrías prepararte para subir al escenario la semana que viene?

Guillem leyó parte de su papel, y me sorprendió. Ocultó su donjuanismo y dotó al personaje de una sensibilidad

cautivadora que transmitía a la perfección los dilemas del protagonista. No lo dudé, debía entrar en la Balcells.

Cuando se fue, advertí que Jaume había permanecido inusualmente callado. Sus palabras me revelaron el motivo.

—No me gusta cómo te mira.

—Jaume, ¿qué sucede?

—No me hace gracia, Francisca. No me gusta cómo te mira.

—No tienes razón, pero aunque la tuvieras, no hay nada que temer, yo no lo miro a él de la misma manera.

Jaume, que había rellenado la pipa, tardó una eternidad en encenderla. Después de la primera calada, se rascó la barba y me ofreció una mueca algo tenebrosa.

——Te besaré sobre el escenario.

——Sí, Jaume, claro, sobre el escenario sí.

Al día siguiente, Guillem vino a saludarnos después de la función y nos felicitó. Nos disponíamos a comunicarle que era el primer actor de la Balcells cuando nos presentó a Antonio. Ay, mi Antonio. Tenía fama de borracho y es que, rondando la cincuentena, cargaba con un exceso de penas y kilos. Su historia era triste, en los últimos años se le habían muerto los tres hijos y la mujer. Ella de gripe, el mayor

durante los altercados de la Semana Trágica, el mediano en una trifulca callejera con varios porteros de la zona y la pequeña en su primer parto. Él, cómico de vocación, no era una persona chistosa en su día a día, sobre todo porque vivía abrazado a su desgracia y a una botella de ron. No obstante, sobre el escenario, Antonio era capaz de hacer que una mujer recién enviudada se desternillara.

—¿No crees que puede ser un problema? ¿Y si viene borracho al teatro? —no pude dejar de preguntar.

—Te aseguro que después del primer ensayo no probará gota de alcohol. Le tiene tanto respeto a la interpretación que será fuerte. Sé que no me conocéis lo suficiente, pero respondo por él.

Y así fue. Con Antonio encontramos al padre, al patrón, al villano y al tonto del pueblo. Aun así, necesitábamos otro hombre para los triángulos amorosos, un actor que interpretara al marido cornudo, al pirata desorientado o al obrero traidor. Por suerte, Benet decidió quedarse y, con él, Carmina, que cerraba el elenco junto con Anna y una servidora. Teníamos compañía. La Balcells tenía alma.

Comenzó así una temporada de mucho trabajo y escaso descanso, siempre con tareas pendientes. Ofrecíamos dos o tres títulos a la semana, dos pases de *Cançons* los jueves, y el resto de los días, Anna y yo participábamos en la revista del Arnau. Jaume trabajaba en una nueva idea y no quería

contarme de qué iba. Necesitaba un tiempo de maduración, decía, antes de explicarme siquiera la trama.

El proceso de creación de *Gelosia* fue muy diferente del de *Cançons de la terra*. Yo no estaba a su lado leyendo o acompañándolo en las pausas que aprovechábamos para cantar o comer. Mi vida viajaba en un carro desbocado, una experiencia tan excitante como agotadora. Así que Jaume tuvo que enfrentarse al mayor enemigo de los escritores: la soledad.

Mi ausencia despertó sus fantasmas. Él necesitaba consultar cada decisión narrativa importante y se mostraba inestable, celoso de Guillem y de todo hombre que me diera la hora. Y es que en pocas semanas se hablaba de María Green en los bares, el público se acercaba para felicitarme, muchos de ellos varones sobre los que Jaume me interrogaba con frecuencia. Durante un tiempo usé el humor para sacarle hierro a su preocupación, pero llegó un día en que me cansé de justificar la nada. La llegada de la primavera agrió aún más su carácter. Sentía que los rieles de nuestras tramoyas comenzaban a oxidarse y que nuestro telón se corría anunciando el final de la función.

Debería parar por hoy, subir a buscar al pequeño Joan a casa de la vecina y prepararle la cena. No quiero que me vea tan triste. Supongo que me necesita tanto como yo a él. Mañana será otro día.

Capítulo XXI

El niño se ha despertado, ha desayunado y se ha sentado encima de la mantita para jugar con las figuritas de madera. Está tranquilo y se lo agradezco. Yo no he probado bocado y sé que debería comer algo. A veces hay que hacer concesiones al cuerpo. Me pregunto qué valores defenderá el pequeño Joan cuando crezca o en qué mundo se enamorará por primera vez. Si se porta bien, hoy dejaré que se quede a mi lado. Debemos permanecer uno junto al otro.

¡Me queda tanto por contar! Junio nos alcanzó preparando *Gelosia* para el Nuevo. Los ensayos fueron más arduos aún que los de *Cançons*, ya que Jaume nos corregía sin tregua, a veces con buenas maneras, otras con comentarios mordaces e hirientes. Se obsesionó con el cumplimento de las directrices que nos daba, creía que si no las seguíamos al pie de la letra, la obra iba a ser un fracaso. Un día, en la sala de ensayos, con el calor sofocando y los ánimos embrutecidos por su actitud, Jaume dijo:

—Anna, mi bella Anna, encarnas una fina doncella de Barcelona, no una prostituta desdichada. Si no sabes adoptar sus maneras, mejor que vuelvas al libertinaje.

Noté que Anna hacía un esfuerzo para contenerse, una cautela innecesaria a la vista de la falta de tacto de Jaume.

—Por Dios, Jaume, di las cosas de otra manera —le reproché sin poder contenerme.

—Estrenamos en tres días. No hay tiempo para andar con sensibilidades. Nadie dijo que el arte fuera un camino de rosas.

Jaume acostumbraba a aparecer acompañado por una botella de whisky. El alcohol se había convertido en su aliado artístico. Escribiendo *Gelosia*, descubrió que le aclaraba las ideas y que alentaba su creatividad. Respeté la mentira: si él veía en ello un beneficio para el trabajo, ¿quién era yo para decir nada?

Por otro lado, la compañía crecía y se cohesionaba. Dejando de lado a Jaume, los problemas de cualquiera de sus miembros se convertían en los problemas de todos; también las victorias se repartían a partes iguales. En Guillem encontré un gran amigo y confidente. Aconsejaba con aplomo, criticaba con tacto y siempre acudía en caso de necesidad. Además, tenía un sexto sentido para detectar los pesares ajenos, por imperceptibles que fueran. Aunque yo

disimulaba, detectó que el noviazgo de María me causaba sentimientos contrapuestos. Mercè me parecía una bella persona, pero una parte de mí seguía prefiriendo un hombre para mi hermana. Él me ayudó a entender su amor y su valentía. El destino las había unido. ¿Cuántas posibilidades había habido de que acabaran trabajando en la misma casa, durmiendo en la misma habitación y enamorándose? Bajo semejante concatenación de casualidades, solo Dios las podría haber unido.

Gelosia repitió el patrón de *Cançons de la terra*. Un éxito lento, progresivo, más centrado en las opiniones de los espectadores que en la grandilocuencia de la prensa. Y cabe decir que tenía tintes más oscuros que *Cançons*. Una joven burguesa de carácter difícil y un joven obrero sindicalista se enamoran. Las diferencias sociales y las personas que les rodean despiertan en ellos unos celos y un deseo de posesión que acaba enfrentándolos. Hasta que el aciago azar causa la muerte de la chica y el abatimiento vital del chico. Que Jaume matara siempre a sus heroínas empezaba a preocuparme.

Con el verano llegó el inicio de la Gran Guerra. Antes de eso, antes de que el Imperio austrohúngaro y Alemania declararan la guerra a Serbia, y que las alianzas europeas llevaran a las principales potencias del mundo a solucionar sus diferencias con muertos y sufrimiento, volvimos a ver a Tomás.

Aquel día, dos hechos protagonizaban las conversaciones por los cafés. Uno menor: el día anterior, un toro había herido de gravedad al Gallo, uno de los grandes toreros de la época, en la plaza de toros de Algeciras. Uno mayor: en Sarajevo habían matado al archiduque del Imperio austrohúngaro, Francisco Fernando, junto a su mujer. Fue un serbio quien lo hizo, un tipo que pertenecía a una organización llamada Mano Negra. Europa olía a guerra y los ciudadanos comentaban lo que iba a suceder. ¿Cómo se posicionaría España? Me avergüenza reconocer que el barcelonés de a pie se mostraba más interesado por la salud del Gallo que por la amenaza que se cernía sobre Europa.

Nosotros pasamos la mañana en casa, tranquilos. Yo memorizando las escenas finales de *El desitjat* y Jaume afrontando su frustración por la sequía de ideas que padecía. Llamaron a la puerta y él ni se inmutó, así que me levanté y abrí.

Tras unos segundos de desconcierto, no pude evitar lanzarme a los brazos de Tomás. Hacía meses que no sabíamos de él. Jaume lo había visitado varias veces en el sanatorio, pero la preparación de *Gelosia* y la previa al estreno lo habían tenido muy ocupado y habían dificultado sus encuentros. Yo no me atreví a acompañarle, doña Teresa nos pidió que no lo desestabilizáramos. Así que cuando se percató de que estaba en la puerta de nuestro hogar, Jaume se levantó y lo abrazó con un cariño que me derritió. Nos sentamos en las butacas y servimos té y algunas galletas

entre halagos por lo guapo que estaba y lo alegre que se le veía. No eran halagos compasivos. Se notaba que había ejercitado el cuerpo, incluso parecía más corpulento. Afeitado, aseado y con el pelo muy corto, nos mostraba la plenitud de su belleza. Se sentó y se interesó por las vueltas que habían dado nuestras vidas.

—¿Me ausento un tiempo y de repente tenéis una compañía en el Paralelo?

—Sí, quién nos lo iba a decir —dije algo ruborizada—. La unión hace la fuerza.

—Claro, mis obras reciben buenas críticas. Ya sabes lo que dicen: la palabra es lo que acaba destacando sobre los escenarios.

—¿Y cómo va... —se detuvo con una sonrisa algo pícar— lo que sea que os traéis entre manos? —dijo señalándonos a los dos, divertido.

La pregunta nos cogió desprevenidos. Realmente, no sabíamos cómo se encontraba, si había lidiado con las sombras o si seguía tan frágil como antaño. Yo opté por responder con sinceridad y pocos detalles, y Jaume por el silencio, mientras consumía el tabaco de su pipa. Tomás reaccionó con entusiasmo a las distintas anécdotas que le contamos sobre nuestro amor, pero no quise alargarlo mucho. Cuando consideré el tema zanjado, cambié de tercio.

—Querido Tomás, no hablemos más de nosotros. Sé que es una pregunta delicada, pero ¿cómo estás?

—Mirad, he comprendido que nadie sabe cómo está realmente. Solo sé que me siento con ganas de comerme el mundo. Quiero olvidar lo que sucedió y seguir adelante. Supongo que hay momentos en la vida en los que uno se abandona al dolor y no encuentra la salida en ningún lado.

—Te comprendo más de lo que crees —dije.

Jaume me cogió la mano. Tomás observó el gesto sin darle importancia.

—Quiero trabajar de arquitecto. Me he pasado estos meses leyendo, coleccionando fotografías de edificios americanos y europeos. No quiero entrar en los negocios de mi padre, ya está Josep allí. —Buscó mi complicidad y la encontró—. Pero estoy harto de comportarme como un necio y de rechazar lo poco que mi familia me ofrece, así que usaré su influencia.

—Haces bien, con todo esto del archiduque... No sé muy bien qué es lo que va a pasar en Europa, pero no me hace ninguna gracia. Necesitamos hombres como tú, que quieran construir.

—La verdad es que huele a guerra. Y luego dicen que soy yo el loco.

Tomás parecía estar en sus cabales y con ganas de vivir. Al cabo de un rato nos dijo que tenía que marcharse, que su madre lo estaba esperando. Mientras le llevaba el sombrero, no pude evitar decirle:

—Tomás, me alegra verte tan bien, de verdad.

—Y a mí.

Nos despedimos con deseos de próximos encuentros. Nos prometió que iría a vernos al teatro el jueves siguiente. Quise advertirle de que Anna actuaba, pero él no me dejó pronunciar su nombre. Sabía que la vería y se sentía preparado. Debíamos confiar en él. Y así lo hice. Cuando se cerró la puerta, Jaume no me dio ni un segundo de tregua.

—Francisca, ¿somos novios?

—¿Qué quieres decir?

—Ya me has oído. Nunca hablamos de nosotros, nunca nos presentamos como novios ni como prometidos. Todo el mundo lo da por supuesto, pero es posible que no lo seamos. Al menos por tu parte.

—Claro que somos novios, mi amor. Somos novios. ¿Alguna vez lo has dudado?

—¿Te casarás conmigo? No ahora, no te lo estoy pidiendo. Digo más adelante.

—Y tu familia, tu padre...

—No les metas en esto. Te lo pregunto a ti, Francisca, ¿crees que en el futuro podrías convertirte en mi esposa?

Vivíamos amancebados y siempre concebí esa opción como algo escogido por ambos. Respondí lo primero que se me pasó por la cabeza, sin consultar al corazón.

—Pues claro, amor.

A veces me pregunto si estaba enamorada de él o si permanecía a su lado porque las circunstancias me habían empujado hacia sus brazos. Creo firmemente que le amaba y que beneficios como la compañía y los escenarios eran tan solo ventajas añadidas a nuestro romance. Debo afirmar que permanecer a su lado había sido muy sencillo hasta que estrenamos *Cançons de la terra*.

Sin embargo, nuestra convivencia o, por decirlo de otra manera, la manera que habíamos escogido para vivir juntos, no era bien recibida. Jaume era criticado en sus círculos burgueses y yo, aunque no los frecuentaba, era vista como la querida del momento que iba a pasar a la historia sin pena ni gloria. Tanto sus padres como su entorno insistían en que abandonara el teatro y volviera al seno familiar con el objeto de ocuparse de los negocios que le pertenecían por derecho. Esa opción también significaba alejarse y olvidarse de la arpía que lo retenía en el Distrito V, es decir, de mí. Pero

Jaume hacía oídos sordos a dichas peticiones y parecía tan convencido de nuestro amor y de su forma como yo. Además, en el Paralelo se comentaba nuestro noviazgo con recelo, y sé que muchos compañeros de profesión criticaban que yo cohabitara con un hombre sin pasar por el altar.

No todo eran opiniones negativas. Aunque no era la norma, mi circunstancia tampoco era un hecho tan inusual entre las actrices de la avenida. Asimismo, muchos anarquistas defendían las uniones libres entre un hombre y una mujer. No solo rechazaban el Estado, las jerarquías o la doctrina religiosa, también instituciones como el matrimonio. Y entre la bohemia se respiraba un aire libertino bastante parecido.

Sin embargo, aquellas ideas tan modernas eran solo compartidas por una pequeñísima parte de la población. Para las mujeres y los hombres de a pie como Juana o Ramón, yo vivía en pecado y era mi deber ponerle remedio. Estaba mancillando mi honor, esa riqueza que se cotizaba entre la burguesía pero también entre las personas de origen humilde. Por ejemplo, el día que me fui de casa de los Puig, Juana me hizo prometerle que, aunque viviera bajo el mismo techo que Joan, no fornicaría con él hasta que nos casáramos. Se lo prometí y ella, sabiendo que mentía, se quedó más tranquila.

Sí, nuestra elección acarreaba más dificultades de lo que me gusta admitir. Yo me hacía la sorda ante las críticas y

confiaba en que Jaume actuara con la misma contundencia. Así que, cuando me reveló sus intenciones de casarse, me abrumé. Llevábamos meses sorteando las habladurías con maestría y no sabía a qué se debía aquel cambio, aquella propuesta descrita tan prosaicamente, más fruto del miedo que del amor. Siempre me he preguntado el porqué de mi resistencia al matrimonio, sobre todo por el pavor que me producía por aquel entonces. No era un rechazo abierto y divulgado, era más una punzada en el estómago, una certeza que escondía miedos y quizá ideales feministas. Creo que, con el tiempo, he encontrado la respuesta: no me creía merecedora de convertirme en la esposa de Jaume, ni de él ni de nadie.

El verano nos sumió en una vorágine de trabajo. Y también el otoño. Recuerdo que ensayamos nuevos títulos. Me comporté como una ávida intérprete en los dramas que estrenamos y canté en algún que otro *music hall*. Me dediqué a actuar y actuar, como una esponja que intenta contener las aguas de un derrame. María Green se había convertido en un nombre conocido en la avenida, pero no despuntaba como otras. No me dejaba ver en fiestas, no armaba escándalos, no era conocida por tener amantes distinguidos ni por ser caprichosa. Me dedicaba a trabajar, a dejar el alma en cada escena y a acompañar a Jaume en sus delirios.

¿Y él? Qué sé yo. Se convirtió en un escritor que no escribía, en un amante que no amaba. Se obsesionaba por

detalles insignificantes: que si un hombre me observaba a diez mesas de distancia y yo no le paraba los pies, que si no aparecía mencionado en esa o aquella crítica sobre *Gelosia*, que si los actores no explotábamos el potencial de los personajes que había escrito para nosotros. Siempre tenía alguna pega en la boca, furia en la mirada y una botella en la mano. A veces lo hallaba durmiendo la mona en el suelo de la sala o en las escaleras del edificio.

De cara a la galería, yo actuaba como si viviéramos una luna de miel. Jaume está bien, solo ha bebido un poco más de la cuenta. Solo está molesto porque no reconocen su talento. La melancolía forma parte del proceso de escritura, es un artista. Toda va bien. Estamos bien. Le quiero.

Él me había ayudado tanto, me había dado casa, comida y abrazos cuando más los necesitaba. Me abrió de par en par las puertas del Paralelo, me dio la fuerza y la tenacidad necesarias para conquistar escenarios y carteles, para ganar dinero lejos de las fábricas y de la servidumbre. No obstante, Jaume había cruzado la frontera que separa la razón de la parte más oscura de la melancolía. Yo conocía bien aquellas tierras porque había visitado sus dominios en el pasado. Por eso quería ayudarle, devolverle lo que me había dado. Intenté ser consuelo y virtud, el motivo para que su sonrisa volviera. Pero él parecía empeñado en sellar el pasaporte que nos destierra de la cordura y la alegría.

Sinceramente, no acababa de entenderlo. Al fin ejercía

como dramaturgo. Algunas compañías habían pedido representar *Cançons de la terra*, pues el libreto encantaba. Yo correspondía a su amor y el dinero nos acompañaba. Podía plantarse en el despacho de su padre y demostrarle que había logrado cuanto se había propuesto. Y, a pesar de todo, Jaume recurría a la bebida, a una vida depresiva que lo alejaba del disfrute.

Después de meses dándome de bruces contra un muro, empecé a asfixiarme. No deseaba hundirme con él pero a la vez me sentía incapaz de abandonarlo. Le debía tanto que me parecía una herejía dejarlo; además, podía romperse la compañía y lo último que deseaba era tirar por la borda el intenso trabajo de todos. «Pasaré, se enderezará, volverá el Jaume del que me enamoré», me decía.

Y así se sucedieron los días, toreando el carácter de Jaume y dedicando un sinfín de horas a la Balcells. Sin darme cuenta, seguí la estela de mi amor y me encerré en mí misma y en el teatro. Las noticias de las primeras batallas en la escena europea me pillaron ocupada en distintos quehaceres.

La Gran Guerra se libraba en el continente pero también en mi interior. Encontré a un joven humanista, Daniel, que venía por las mañanas a enseñarme francés y cálculo. Pensé que aprender otro idioma podía ser clave para el futuro. Conseguí que otras compañías encargaran algunos vestidos a María y a Mercè. La guerra empezaba a afectar al comercio

con París, y mi hermana copiaba modelos franceses y vestía a damas que no podían costearse los debido a la subida de los precios.

Superé función tras función gracias al consuelo que acompaña a los que escogen las sendas más abruptas y alcanzan lo que salieron buscar. El futuro de la Balcells se vislumbraba dulce y próspero, pero los comunicados de guerra tapaban los carteles que anunciaban los espectáculos en la avenida. El conflicto impregnaba los nuevos cuplés que ridiculizaban a los defensores de los alemanes y ensalzaban la Entente. Parecían historias de un mundo muy lejano que no nos atañían.

No obstante, casi desde sus inicios, la Gran Guerra trajo consigo novedades. Llegó un sinfín de prostitutas forasteras que ofrecían sus servicios en varios idiomas, dada la demanda de una Barcelona que empezaba a cobijar a magnates y exiliados y que ganaba dinero con las miserias de los europeos. Empresarios, nobles o altos cargos de otros países buscaron refugio en la Ciudad Condal o pasaron en ella varias jornadas de descanso antes de ir al frente. Poco a poco, algunas actrices extranjeras aparecieron sobre los escenarios de los cafés con camareras, e incluso de los grandes teatros, para satisfacer los gustos de los recién llegados. Se ganaba más dinero sobre los entarimados, las casas de juego consiguieron nuevos adeptos, y los *pinxos*, más locales que proteger. Los coches de punto transportaban pasajeros absolutamente perdidos por las

calles laberínticas de la zona vieja de la ciudad. Y es que, además, la neutralidad de España convirtió Barcelona en un lugar de paso también para desterrados, proscritos y desamparados. Se avecinaban cambios, los diarios eran portadores de malos augurios y las conversaciones en los bares obreros se calentaban a ritmo de defensa de la revolución, de la lucha por los derechos laborales y por el aumento de los salarios.

Cambios, cambios, cambios. Elena Jordi comprometió su temporada con el Español. Allí triunfó con una variedad de vodeviles, la mayoría en catalán, tan divertidos que hacían saltar las lágrimas a los espectadores y les sacaban los colores.

Con un panorama tan turbio, María me visitó una tarde de otoño. Como era habitual, mi hermana fue clara desde un principio:

—Necesito tu ayuda, se trata de Joan.

—Pero no dijiste que...

—Sé que solo es su primo —me interrumpió—, pero para Mercè es como un hermano, casi como un padre, a pesar de que se llevan pocos años. Le necesita, Francisca; que no le dirija la palabra la mortifica. Ya la conoces, es más buena que el pan y nunca pide nada.

—María, lo siento mucho. No creo que pueda ayudarte, la verdad.

—Por favor, ve a hablar con él. Sí, te dije que no lo hicieras y a lo mejor empeora las cosas. Y, aunque no lo creas, soy consciente de lo difícil que será para ti enfrentarte a él. Aun así, creo que conseguirás que las cosas se suavicen. Quizá eres el último recurso. Hermana, no te lo pediría si no fuera muy importante para Mercè y para mí.

No podía negarme. María me había pedido muy pocos favores, la mayoría relacionados con mi bienestar. Al menos debía intentarlo. Cuando se fue, reflexioné sobre cómo afrontar el tema, especulé sobre la reacción de Joan, sobre si yo sería capaz de cambiar su parecer, pero eso no eran más que cortinas de humo para esconder la principal de mis preocupaciones: el reencuentro.

Al día siguiente me vestí discretamente, atravesé las cuatro calles que me separaban del Paralelo y tomé el tranvía. Recuerdo que me senté en un asiento de la ventanilla y contemplé los teatros que desaparecían a mis espaldas dejando atrás a María Green, mientras viajaba hacia la Francisca de antaño. Hombres y mujeres se desplazaban por la calle, iban y venían con sus propias preocupaciones a cuestas, ajenos a la batalla que acontecía en mi interior. Los carruajes transportaban comida o personas sobre un empedrado delimitado por árboles de dudosa salud. Los nervios se aceleraban a medida que me acercaba a Sants.

Me apeé del tranvía y un inoportuno tembleque dificultó mi camino hacia la buhardilla. Los turnos fabriles de la mañana acababan de terminar y el bullicio del barrio era un fiel reflejo del que se almacenaba en mi interior. La culpa sumergida durante tanto tiempo pugnaba por emerger a la superficie. El amor, el odio, el miedo. Miré los portales metálicos, las paredes de los edificios bajos, observé el cielo teñido por el humo de las factorías. Y llegué a su portal.

Subí las escaleras hasta la buhardilla y me planté ante la puerta. Me sentía como el pienso que se aplasta para ser almacenado, como esas motas de polvo imposibles de eliminar de las chimeneas, como esa palabra de un libreto con la que siempre te trabas.

Llamé y esperé una eternidad hasta que Joan abrió. Me miró sorprendido, desprovisto de toda capacidad de disimular. Lo vi bellísimo. El chico que amé se había convertido en un hombre corpulento, más fornido. El pelo azabache y los ojos verdes seguían ahí, en armonía con su sonrisa traviesa, que apareció pocos segundos después del asombro inicial.

—Hola —alcancé a decir.

Sin yo esperarlo, Joan me dio uno de los abrazos más dulces que he recibido jamás. Mi cuerpo, tenso como las riendas de un carro desbocado, se relajó al entrar en contacto con el suyo. Los encuentros que había imaginado

en mi cabeza empezaban y terminaban con gritos y con la certeza de que me odiaba.

—Pasa, por favor.

Obedecí con cierto apuro. Una vez dentro, eché un vistazo a la buhardilla y comprobé que permanecía casi intacta. Me pidió que me sentara a la mesa, situada más cerca de la ventana que cuando me fui. Mantuvimos un incómodo silencio, quizá nos horrorizaban las palabras. Yo sentía mis piernas trémulas, tenía las manos sobre la mesa y la mirada perdida. Sentado delante de mí, él me observaba con los brazos cruzados y la cabeza ligeramente echada hacia atrás, una pierna sobre la otra formando un triángulo y la mano derecha moviéndose nerviosamente. Decidí aventurarme.

—Te preguntarás por qué estoy aquí.

—Te fui a ver.

—¿Cómo?

—Vi *Cançons de la terra*. Ya llevabais algunas semanas en cartel. Me encantó. Salí emocionado. Eres muy buena. También vi *Gelosia* y otras obras.

—Gracias —dije. No sabía cómo reaccionar—. ¿Por qué nunca viniste a saludarme?

Él suspiró y me observó resignado. Le entendí y no quise hacer hincapié en el asunto.

—Así que María Green, ¿eh? —prosiguió Joan.

—Los magos despistan para que no se vea el truco.

—Antes de que me digas lo que has venido a pedirme, cuéntame, ¿cómo estás?

Mi vientre se estremeció. No quería dañarlo, no deseaba mostrarle que era más feliz que él, probablemente porque no era verdad. Hablando con cautela, le di una versión maquillada de mi vida. Obvié que me prostituí, que Jaume me salvó y que vivía con él. Quizá lo sabía por otras fuentes, quizá lo leía entre líneas, quizá no quería ni imaginárselo.

—¿Y tú?

—Yo, podría decir que bien. Sigo trabajando en la fábrica, claro, ahora ya sabes lo que es eso. Escribo de vez en cuando en la *Soli* y estoy muy contento porque por fin han legalizado la CNT. El comité local pudo empezar a actuar libremente el verano pasado. Supongo que no me puedo quejar. O sí, hasta que llegue la revolución.

Sonreí. Se le veía más sereno, más reflexivo, menos visceral. Me daba la sensación de que me había escuchado con demasiada atención. A continuación, balbuceé:

—Lo siento. No sé cómo continuar. Joan, lo siento. Siento mucho lo que pasó. No tengo palabras. No tengo respuestas. Mi único error fue hacerlo todo mal.

—Podrías haber venido a verme antes.

—Y tú también.

Joan movió la cabeza afirmativamente mientras sus ojos transmitían la contención de quien no quiere mostrar su vulnerabilidad. Cambió la postura de sus piernas, su mente salió por la ventana y volvió a la habitación cuando hablé de nuevo.

—Supongo que no he venido antes porque siento tanta culpa que soy incapaz de mirarte a los ojos. Me sentía paralizada ante la idea de hablar contigo, no quería dañarte ni decepcionarte de nuevo. Y tampoco quería sufrir yo, porque dejarte es de las peores cosas que he hecho en mi vida. Qué sé yo. No éramos felices. Y lo sabes. Y lo sabías. Evito los recuerdos de aquella época porque, si no lo hago, me duele tanto que siento que se me saldrán las tripas por la boca. No reconozco a aquella niña que no supo dejarte a tiempo, ni decirte lo que pensaba ni amarte sin más. Culpa, Joan, culpa. Es lo que siento cuando te miro a los ojos. Ahora mismo, te abrazaría. Pero soy incapaz porque solo pensar que puedo volver a...

—Déjalo ya, Francisca. No me des más explicaciones. Ha

pasado mucho tiempo. Yo también siento lo que te dije. Fui cruel y mi reacción fue desproporcionada. Te pido perdón. ¿La verdad? Te quería, mucho. Dime —dijo con dulzura—, ¿para qué has venido?

Después de esta charla no supe hablarle de mi hermana con la pericia requerida. Sentía tantas ganas de huir como de lanzarme a sus brazos. Le conté lo que pasaba, cómo se sentía Mercè y cuánto le dolía que hubiera dejado de hablarle. Él no mostraba ninguna emoción, tan solo me escuchaba con los cinco sentidos.

—No tienes que aceptarlo. No tienes ni siquiera que ver a María. Pero queda con tu prima. Pasa tiempo con ella. No le des la espalda a tu sangre. Créeme, a mí aún me cuesta entenderlo. Pero no soy nadie para decir qué está bien y qué está mal.

—Eres tan convincente como siempre, Francisca. Lo pensaré, te lo prometo. Ya sé que hace frío, pero ¿subimos a la azotea? Me apetece tomar un poco de aire fresco.

Asentí, y mientras salíamos de la buhardilla me preguntó:

—¿Qué estás ensayando ahora?

Nos sentamos en el suelo, con los abrigos puestos y las estrellas sobre nuestras cabezas. Le conté cómo era la vida del teatro, y él se mostró interesado y divertido con detalles que para mí eran insignificantes. Me preguntó por los

escenarios, por las técnicas, por la academia. Luego le interrogué sobre la CNT, los amigos, su día a día. Hablábamos con la complicidad de quienes comparten la rutina diaria. En un momento dado, él me abrazó y, juntos, nos escapamos de la realidad mientras observábamos el firmamento. En algún momento nos dimos un beso furtivo en la mejilla, hubo alguna caricia náufraga o una mirada peligrosa. Habría sido muy sencillo dejarme llevar por la pasión y besarle, incluso acostarme con él, pero me contuve por dos motivos: primero, porque había aprendido la lección. Estaba con Jaume y, antes de traicionarle, debía solucionar mis problemas con él. Durante aquel encuentro con Joan me había tenido que excusar por el daño ocasionado cuando le engañé con Jaume y no deseaba ponerme de nuevo en aquella tesitura. Le debía un respeto a Jaume y a nuestro amor. Y, segundo, porque era lo único que podía ofrecerle a Joan en aquel momento y él se merecía mucho más.

Llegó el momento de despedirnos. Me levanté, él me siguió y delante de la puerta de la buhardilla, angustiada ante la idea de no volver a verle, conseguí decir:

—Cuídate mucho, Joan.

Él me abrazó, me deseó suerte y me auguró que el éxito estaba por venir. Mientras bajaba las escaleras pensé miles de cosas que deseaba haberle dicho. Sin embargo, y como siempre me había pasado con Joan, yo llegaba tarde.

En casa encontré a Jaume durmiendo la mona. Apestaba a tabaco y a alcohol. Ni siquiera me preocupaba que fuera con otras mujeres, estaba segura de que no lo hacía. Le estuve observando durante un rato.

En Nochevieja nos invitaron a una fiesta en el hotel España, en la calle de Sant Pau pegado al Liceu. La organizaban varios artistas y convocaron a algunas personalidades del teatro de la ciudad. Fue uno de los primeros eventos cuya invitación llegaba a mi nombre y no al de Jaume. Me dijeron que acudirían reinas del escenario como Tórtola Valencia y que Raquel Meller no se lo iba a perder. Parecía imposible, pero aún no había coincidido nunca con ella. Se lo comenté a Jaume con la esperanza de que rehusara acompañarme, porque bebía más de lo razonable y no quería que me dejara en evidencia delante de la profesión. Pero para mi sorpresa, me respondió que le hacía mucha ilusión ir.

A la hora de escoger un vestido, no opté por la discreción: de una sola pieza, rojo, largo y de hombros descubiertos, tenía volantes en la parte baja, una especie de perlitas plateadas en el pecho y un escote discreto. Me cubría el torso con un chal negro que me había regalado mi hermana. Lo complementaban unos largos guantes también negros. Jaume se quedó sin palabras cuando me vio.

La noche se anunciaba divertida. Él salió del piso de buen humor, sin haber probado ni gota de alcohol y comentando las expectativas de la fiesta. Por el camino me abrazó, elogió

el vestido y la noche fría aunque bella que el cielo nos regalaba. Así nos plantamos delante del hotel España, uno de los más glamurosos de la ciudad.

—Verás —me estaba contando Jaume cuando entramos—, hace unos años remodelaron el hotel siguiendo directrices modernistas. Lo hizo un gran arquitecto, Domènech i Montaner, no sé si su nombre te suena. Tomás es un gran seguidor suyo. Quédate con cada detalle, por si no volvemos. Te lo digo de verdad. Te va a encantar.

Jaume estaba en lo cierto. Cuando accedimos a la sala donde se daba la cena, fui testigo de un espacio amplio y elegante. Los techos altísimos y las columnas decoradas con motivos de la naturaleza, principalmente flores, de un gusto exquisito. Varias filas de mesas, adornadas con mantelería blanca, flores y vajilla de porcelana, estaban acompañadas de unas sillas de madera no tan cómodas como era de esperar. Y las lámparas, ¡qué bellas! Tenían dos niveles: uno superior con tres adornos que parecían setas y apuntaban al techo, y otro inferior con varias pantallas en forma de flor que apuntaban a los laterales de la sala.

Nos sentamos y conversamos con nuestros compañeros de mesa. Eran gente de la farándula con los que Jaume desplegó el recurrente y efectivo anecdotario que nuestros acompañantes acostumbraban a escuchar con atención. Se le veía insólitamente calmado a pesar de que su copa se vaciaba a un ritmo preocupante. Cuando los invitados

empezaron a levantarse y a moverse por la sala, Jaume tuvo problemas para tenerse en pie.

El mundo del espectáculo vestía con tonos y formas diferentes de los de la alta sociedad barcelonesa. Si bien ellos seguían el patrón del traje de tres piezas, camisas lisas o de rayas y sombrero, ellas ofrecían cierta disparidad de estilos. Algunas mujeres, seguramente esposas de empresarios, se habían ataviado con clásicos vestidos de noche. Otras, probablemente vedetes, vestían con faralaes o al estilo arábigo. Una actriz, la famosa Colombiana, se había enfundado un traje de hombre.

Yo conocía a muchos de los asistentes, a algunos personalmente y a otros como espectadora, pero también los había que no me sonaban de nada. Un hombre alto, fornido, con barba espesa y blanca y pelo repeinado, se acercó a Jaume y lo saludó, con la pipa en la mano.

—Hombre, el pequeño Balcells se ha hecho mayor y ahora estrena obras, ¡o eso dicen!

—Sí, don Santiago, cómo sufrimos los escritores. O mejor dicho, cómo nos hacen sufrir. Le presento a Francisca.

—Encantada. —Le estreché la mano.

El señor Rusiñol era un viejo conocido de la familia Balcells. El vigor con el que me presionó la mano despertó en mí un gran respeto hacia él.

—Así que usted es la protagonista de los delirios de Jaume, ¿cierto?

—No sé qué es un delirio mayor, si su obra o que deje que la protagonice, la verdad —respondí.

Santiago soltó una carcajada contundente pero breve. De fondo sonaba «Margaritiña». El piano acompañaba y el violín interpretaba la melodía. Me alejé de la conversación porque me sentía fuera de lugar. Los invitados esperaban el cambio de año de pie, hablando en corrillos que se movían como olas en un ventoso y soleado día. Busqué caras conocidas, otros artistas a quienes saludar. Con el actor y cantante de opereta Josep Bergés solo me atreví a intercambiar un tímido hola. Su semblante serio y rígido me intimidaba. Qué tonta fui, cuando lo conocí tiempo después resultó ser un trozo de pan. Más simpatía me despertaba Enric Borràs, uno de los grandes actores de teatro elevado. Por eso, al verle, decidí acercarme, y justo cuando me disponía a comentarle el gran trabajo que había realizado aquella temporada alguien se interpuso entre nosotros y se lo llevó. Luego saludé a Blanca Suárez, la famosa cantante de zarzuela y opereta, conocida por el público como Blanquita. Pero ni rastro de la Meller. Si estaba previsto que asistiera al evento, aún no había llegado.

Me topé con una mujer hermosa, no muy alta, con el pelo corto y la cara redondita. Sus labios carnosos y su mirada desafiante a la vez que cercana te atrapaban. La había visto brillar en vodeviles y también en algunos dramas. Su nombre

artístico era Elena Jordi, y las malas lenguas nos consideraban rivales. ¡Era tan pronto para afirmaciones como esa! Elena me llevaba años de ventaja sobre los escenarios. Ella lo había dejado todo, el marido, Berga, y se había plantado en la gran ciudad para regentar un estanco. El resto es historia. Fue ella quien rompió el hielo.

—Buenas noches. Eres Francisca, ¿verdad? —me saludó risueña.

—Sí, y usted Elena. Me hace mucha ilusión conocerla.

—Y a mí, querida. Pero llámame Montse, que es mi verdadero nombre. Yo no te llamaré María. Y hágame con confianza, que entre actrices no hay formalidades que valgan. —Me guiñó el ojo mientras me observaba jocosa.

Elena había actuado con la Xirgu en el Tívoli, en el Principal con la compañía de Enric Giménez y con un largo etcétera de artistas en diferentes teatros. La Jordi dotaba de las pasiones más humanas y viscerales a cada uno de los personajes que encarnaba. El descaro era su gancho, su artificio como artista. Incluso en la comedia más ligera, tenía recursos suficientes para meterse al público en el bolsillo. Fue ella quien tomó la palabra después de nuestro encuentro.

—¿Cómo conseguiste colarte entre los nombres del Paralelo en tan poco tiempo?

—Pura suerte, seguro. Y con la ayuda de Jaume.

—No, nena, o vales o no vales. El público no entiende de padrinos pero sí de talento. Así que no le regales tu mérito a nadie. Por cierto, ¿es verdad que vivís juntos sin estar casados?

—Pues sí —dije insegura. No sabía qué dirección tomaría la conversación.

—Eres valiente. Eso me gusta.

Una chica nos interrumpió y saludó a Elena efusivamente. Me quedé a un lado, por si nuestra conversación proseguía, pero acto seguido se les unió un cincuentón que también deseaba robar su atención. Me retiré del círculo y me dejé llevar por la marea de la fiesta. Me sentía como una extraña. Hacía meses que vivía a la sombra de las desdichas de Jaume y esa posición me amilanaba en los encuentros sociales. Deambulé por la sala cual cachorrillo indefenso hasta que me encontré cara a cara con Raquel Meller.

Sí, actué torpe y muy nerviosa. A aquella mujer la rodeaba una atmósfera que te atraía irremediablemente. Su belleza era inusual a la par que sensual y escandalosa, y sus ojos te observaban desde una posición retadora. Los pómulos se pronunciaban sobre una barbilla que no acababa de ser ni angulada ni redonda. La nariz oscilaba entre toques respingones y discretos. Los ojos rasgados, las cejas imponentes y la boca pequeña pero cargada de intención. Dos personas podían llegar a describirla con palabras

contradictorias y, aun así, no faltar a la verdad. Ese era el acierto de su atractivo.

En pleno invierno, Raquel no dejaba aparcado uno de los abanicos enormes que tanto la caracterizaban, ni le hacía ascos a la copa de vino que sostenía con la otra mano. Se tapaba el hombro descubierto con un mantón de lana de un verde esmeralda. Sin más dilación, me dijo:

—Por fin coincidimos, cielo. Parece que te escondas.

—No sabes cómo te...

—No hagas eso, no me halagues. Solo somos dos mujeres tomando una copa de vino en una fiesta que es una payasada. Raquel vive sobre los escenarios. Ahora soy Francisca, igual que tú.

—Será difícil, para mí siempre has sido un modelo a seguir.

Raquel sonrió. Hablamos de teatro, las obras, los autores. Me dijo que me había visto en un par de ocasiones. Se quedó impresionada con *Gelosia* y hacía tiempo que quería conocerme. La Meller sentía curiosidad por descubrir quién se escondía detrás de aquella joven que había surgido como una seta en medio del desierto.

—Me sorprende verte así.

—¿Cómo?

—Triste. Podríamos decir que tienes más de lo que muchas mujeres de esta ciudad pueden llegar a desear. De las taquillas del teatro donde actúas cuelga siempre el cartel de entradas agotadas. Si sigues así, en breve tendrás el mundo a tus pies. Es un hombre, ¿verdad? Siempre es un hombre.

Asentí. La Meller desplegó el pericón y empezó a abanicarse con cierta indignación.

—Es complicado —respondí.

—Siempre lo es.

—¿Cómo abandonar a alguien a quien le debes tanto?

—Ese es el problema. La deuda, querida. Nunca la pagarás si sigues con él, y lo sabes.

—Supongo que tienes razón.

—Quizá me meto donde no me llaman, pero tengo la sensación de que ya has pasado el duelo por la pérdida de ese amor. Si estoy en lo cierto, Francisca, ahora mismo estás velando a un muerto.

Nos interrumpieron, ella se disculpó y me pidió que no me fuera sin despedirme. Pero no volvimos a coincidir en toda la noche.

Al cabo de un par de horas la conversación con la Meller

aún daba vueltas en mi cabeza. Busqué a Jaume, que se había dormido en una silla. Me costó que se levantase. Le pedí que nos fuéramos porque me abochornaba.

Cuando entramos en casa le ayudé a sentarse en una de las butacas y se quedó profundamente dormido. Aliviada de la carga, suspiré y mantuve la mirada fija en el suelo. Padecía un agotamiento que me atravesaba los músculos y los huesos, y quizá llegaba hasta lo más profundo de mi valía. La Balcells se rompería, y los espectáculos que habíamos preparado sufrirían las consecuencias, eso estaba claro. Podía centrarme en el cuplé para ir tirando y luego ya se vería, o podía pedir asilo en otra compañía. El miedo me aseguraba que una mujer sola no iba a conseguir más que tormentos.

Puedes ser impulsiva o exhaustamente reflexiva cuando decides abandonar a un amor. Ninguna de las dos opciones te dejará en buen lugar, eso está claro. Me senté en mi butaca de lectura, la que Jaume me regaló, que se encontraba delante de la suya. Lo observé con atención. Su espalda reposaba sobre el respaldo y la barbilla sobre el pecho. Tenía la boca abierta, la saliva le resbalaba por la barbilla y el traje estaba arrugado y sudado. Le quería. No podía salvarlo. Éramos dos espejos que, al encararse, ya no reflejaban nada.

Cuando me sentí en paz con la decisión, me levanté, le ayudé a acostarse en la cama y preparé un par de maletas.

Dos, ya cargaba con dos maletas. Estoy obviando que lo hice llorando, pero qué más da.

Aparecían las primeras luces del día cuando me abrigué, abrí la puerta de la calle, cogí las maletas y eché el último vistazo al piso, para, acto seguido, cerrar la puerta tras de mí. Las calles de la Barcelona antigua, estrechas, maltrechas, resguardaban mi valentía.

Entré en un hostel de buena reputación. En la recepción, un mostrador, una estantería llena de cacharros y una hilera de llaves colgadas en los respectivos ganchos decoraban la rutina del hombre que me recibió. Dejé las maletas en el suelo.

—Buenos días, quisiera una habitación para instalarme en ella por una temporada. ¿Tienen alguna libre? —dije.

—Lo que sea por los cuplés —me respondió el recepcionista, de nombre Luis.

Resultó ser un gran admirador de María Green. Hablé por ella y le agradecí los cumplidos. Sin embargo, la mujer que tenía delante era pura aflicción. Luis seguía alabándome y me aseguró que me daría la mejor habitación del hostel. Agradecida, me resistí a que me subiera las maletas. Pero su trato respetuoso y su devoción me obligaron a ceder.

Me acompañó hasta la que sería mi habitación, dejó las maletas en la entrada y rechazó la propina. Cuando cerró la

puerta, su presencia fue sustituida por las lágrimas. Algunas estaban dedicadas a la historia desdichada que justo acababa de terminar. Pero en el fondo, ahora sé y sabía entonces que lloraba por alguien que había salido de mi vida hacía ya mucho tiempo.

Capítulo XXII

Había pasado del amparo de mi padre al de los Puig. De ahí, al cobijo de Joan y luego al de Jaume. Y sin darme cuenta me quedé sin el abrigo que, como mujer, el mundo me decía que necesitaba. En la habitación del nuevo hostel, con la soledad abrazando mi desespero, ponía mi futuro en tela de juicio.

El dinero. Jaume me había obligado a ahorrar hasta el último céntimo ganado el año anterior. Había gastado una parte en vestidos y otros lujos, pero aun así tenía una pequeña cantidad que me daba alas y me proporcionaba una seguridad que no debía menospreciar.

La compañía. Teníamos varios compromisos en marcha que, con o sin Jaume, debíamos cumplir por contrato. Eso suponía un par de semanas de funciones. ¿Y luego? Debía hablar con los componentes de la Balcells. Como mínimo,

aquello suponía el fin del nombre de la compañía, pero nuestra unión no tenía por qué terminar.

Mi corazón. Debía dejarlo tranquilo.

Necesitaba consejo y decidí pedírselo a Anna, básicamente porque María estaba enfrascada en sus tareas en casa de los Puig. Desde que se sumó a la Balcells, mi amiga había encarrilado sus aspiraciones. Había recuperado la confianza y se había ganado al público con su actitud retadora. Volvía a ser la mujer que iluminaba con su presencia, la amiga que siempre encaraba las verdades. Vivía en un hostel de buena reputación, hablaba otra vez de amor, de planes de futuro y de espectáculos. Eran más palabras que hechos, pero, sin duda, signos de madurez, evidencias del destierro definitivo de su pasado.

Me presenté en la habitación que ocupaba en la calle del Carme, bastante más refinada que la del hostel Las Fuentes. Me senté en la cama y ella a mi lado. Le conté lo sucedido y, cogiéndome la mano y elevando mi barbilla con la otra, me dijo:

—No sufras. Será difícil. Quizá llueva sobre mojado, pero no repitas tus errores. No le apartes ni le olvides como si no hubiera existido. No puedes desaparecer de la vida de una persona de la noche a la mañana.

Hablaba con la convicción necesaria para apaciguar mi

carácter. No repliqué, tenía razón. Estaba claro que tenía una conversación pendiente con Jaume. Sin embargo, no era yo la única con noticias frescas. Lo que Anna me confió a continuación dejó claro que 1915 comenzaba con más cambios de los esperados.

—Francisca, yo también tengo algo que contarte.

En mi cabeza hervían las posibilidades. Me hablaría de Tomás o me diría que dejaba los escenarios. No, eso me lo habría contado antes. Tal vez estaba enferma. O se había enamorado de Guillem. No di una. Anna se recolocó el pelo con la mano derecha, fijó su mirada en un cuadro de dos gorriones encarados que adornaba la cabecera de la cama y dijo:

—Tengo novio. Es... mucho mayor que yo. Está casado. Pero dice que la va a dejar por mí.

Observé con más detalle la habitación. Vi un abrigo de ante carísimo colgado detrás de la puerta. Sobre la mesita de noche reposaba un collar de perlas que parecían auténticas. Ah, y unos zapatos rojos estaban colocados junto a los que calzaba normalmente, más austeros.

—Pero...

—No hay peros. Se llama Julián, tiene una fábrica en Terrassa y es el hombre de mi vida.

—Cómo le...

Clavó entonces sus ojos en los míos con una intensidad que pedía silencio y comprensión. Me detuve y la dejé continuar.

—Era uno de mis clientes. Cuando lo dejé, se volvió loco. Se dio cuenta de que me quería y empezó a perseguirme. Yo le pedí de mil maneras que me dejara en paz, pero siempre recaía porque no deseaba que desapareciera de mi vida. Sentía que él formaba parte de un mundo que quería olvidar y por eso le rechazaba. Así estuve varios meses, hasta que acepté que le amaba y cedí a sus cariños. Y aquí estoy, contándotelo al fin.

Decidí respetar su decisión, como ella siempre había hecho con las mías. Sin embargo, temía que su amante supliera con regalos el compromiso que nunca le ofrecería. Anna era una persona realista, tenaz, poco propensa a creer en fantasías, y me hablaba de un amor que sentía como algo especial y que constituía la trama más recurrente de las bambalinas del Paralelo. Y odié tener razón porque, apenas unos días después, él la abandonó sin dar explicaciones y tuve que consolarla mientras, entre lágrimas, se preguntaba cómo una persona puede dar tanto para luego arrebatarlo de la noche a la mañana.

Anna no volvió a ser la misma. Creo que esa experiencia quebró la poca inocencia y la confianza que le quedaban. Nunca más fui testigo de aquella paz interior que tanto había

envidiado. Ahora, desde la distancia, siento que no fue una decisión consciente, pero Anna empezó a tratar a los hombres como objetos para conseguir sus propósitos. Y Dios sabe que lo logró.

En fin, volviendo a mi ruptura con Jaume, decidí seguir el consejo de mi amiga. Así que salí del hostel, que se llamaba Carmelitas, creo, y me dirigí hacia la casa que habíamos compartido. Esperé unos segundos antes de llamar a la puerta, el tiempo justo para reunir fuerzas. No me atrevía a dar el paso.

Jaume abrió con signos claros de resaca y malestar general. Sin decirme nada, se giró y se dirigió a la sala, dejando la puerta abierta. Yo crucé el umbral y le seguí. Hacía frío y él no había encendido la chimenea. Se mal sentó sobre una de las butacas, con la pierna izquierda sobre el reposabrazos y la cabeza apoyada en el lateral superior del respaldo. Cruzó los brazos y esperó a que hablara. Mi butaca, la que Jaume me había regalado para que leyera con comodidad, ya no estaba. De pie, inmóvil e incapaz de articular palabra, dejé que el silencio incómodo que nos acompañaba nos hiriera un poco más. Comenzó él.

—Te has ido.

—Y tú sabes por qué.

Jaume frunció el ceño y desaprobó la respuesta con una

mueca. Parecía que iba a lanzar un reproche, pero noté que se contenía. Me hizo un gesto con la mano indicándome que me sentara delante de él. Lo hice en la punta de la butaca que quedaba encarada a la suya, cabizbaja y con las dos manos reposando, una sobre la otra, en mi regazo. No tenía ni la más remota idea de qué debía de pasar por su cabeza, pero lo reveló la siguiente pregunta:

—¿Quién es?

—¿Quién es quién?

—Con quien te vas. ¿No será Guillem?

—No voy a responder otra vez a esa pregunta. ¿Realmente crees que estoy con otro?

La sangre me hervía. Me agarré las faldas con fuerza para no levantarme y pegarle una bofetada. Él seguía en la misma posición retadora, con una mirada miserable que provenía de un Jaume contaminado por sus carencias e inseguridades.

—Pongamos que te creo. Entonces eres una desagradecida. A la primera de cambio te vas y me dejas, sin siquiera decírmelo. Me he levantado esta mañana y tus pertenencias no estaban.

—¡Está bien! ¡Tienes razón! ¡Ódiame si quieres! —Me levanté, no pude contenerme más y le grité—: Soy la mala, soy mala, malísima. Pero sabes que no es la primera de

cambio. Llevo muchos meses aguantando desplantes, malas maneras y borracheras. Créeme, nunca podré agradecerte lo que has hecho por mí. Ódiame, críticame, si eso te sirve. Pero no te olvides de que es solo una cortina de humo, una manera de desviar hacia mí el odio que sientes hacia ti mismo.

—Puedes irte.

Tras su respuesta, las piernas me flaquearon y cedieron hasta que caí sobre la butaca. El señorito Jaume me despachaba como a una criada. No luchaba por mí, no me prometía que podía cambiar, no me daba otra opción que huir de su lado.

—Jaume, ¿qué hacemos con la compañía?

Sus ojos se clavaron en los míos. Se incorporó e, ignorándome por completo, entró en la habitación y dio un portazo. De los dos, estaba claro quién se comportaba como un villano. Así que me levanté de la butaca, me despedí de aquellas cuatro paredes que tanto me habían dado, de Jaume, del año 1914, y volví al hostal. Mientras caminaba, me surgió una duda: ¿su crueldad había existido desde que le conocí o era una máscara que se puso en aquel momento para no encararse al dolor?

La primera actuación de 1915 tuvo lugar el día 3 de enero. Los Soriano crearon un espectáculo peculiar en el Suri. Lo

vendían como «la gran guerra de las artistas» y habían invitado a varias de las autóctonas y a algunas extranjeras. Yo, por supuesto, interpreté «El anarquista», canción que se asociaba a mi nombre pero que se cantaba ya en muchos cafés concierto de la avenida. Qué gracia. Conmigo cantaron, por ejemplo, la siempre controvertida cupletista La Bella Chelito o La Goya, la gran cantante vasca que hizo carrera en Madrid pero que era reclamada con frecuencia por el público barcelonés. Durante sus visitas a la Ciudad Condal, cantaba tanto en Eldorado como en teatros del Paralelo. Ella, famosa por adaptar su vestuario al tema de la canción que interpretaba, fue imitada por muchas de las artistas de la avenida.

Llegué al Paralelo por la ronda de Sant Pau. El frío se manifestaba en los huesos y en las ganas que tenía de actuar y olvidar. Dos chicas, posiblemente sirvientas, con falda de color marrón, chaqueta negra y el pelo recogido, estaban escogiendo una obra. Un tranvía pasaba por su lado, seguido de un automóvil que parecía estar perdido. Algunas mujeres iban cogidas del bracete de sus maridos, había chavales vendiendo la edición de la tarde de los diarios, dos abuelas que ofrecían pañuelos confeccionados por ellas mismas y varios hombres anuncio que cargaban los carteles de los espectáculos.

El Paralelo interpretaba la melodía que escuché la primera vez que puse los pies sobre sus aceras. Yo no veía personas, objetos o vehículos, sino elementos que se transformaban

en las notas de un cuplé que entraba por mis ojos y resonaba en mis pensamientos. Observé mi mundo, mi familia, mi patria. No debía sentirme sola. Las luces de la avenida me cobijarían las siguientes semanas. Me esperaban días de tristeza, pero tenía el arte de mi lado. Entré en el teatro, me cambié, saludé e interpreté el personaje de la vedete feliz. Sobre el escenario, me limité a entregar lo poco de mis entrañas que aún me pertenecía. Y luego, de nuevo en mi habitación, me quité todas mis máscaras y liberé las verdades que se almacenaban en el saco de los reproches. Y aquella melodía que me había acompañado se convirtió en «Los cuplés del Paralelo», el famoso cuplé que escribí aquella noche.

Los compromisos de la compañía ya firmados me obligaron a actuar. Habíamos cerrado pases de *Cançons de la terra*, *Gelosia* y *La primera vegada*, y entre una actuación y otra tuve el tiempo que necesitaba para organizar mis ideas. Me sentía abatida pero a la vez excitada por las posibilidades que se abrían ante nosotros. Cambiaríamos el nombre de la Balcells y seguiríamos creciendo.

Reuní a la compañía para debatir nuestro futuro más inmediato. La mayor parte de los componentes recibió el abandono de Jaume con alivio y todos se ilusionaron con mis planes. Para empezar nuestro periplo debíamos encontrar un nuevo nombre. Anna propuso que se llamara Compañía Green y el resto de los miembros aprobó la moción. Luego, era primordial cerrar nuevas funciones. Así que el lunes

siguiente llegué a la avenida para llamar a las puertas que tanto me costó que se abrieran. Ni recordaba el tiempo que había pasado desde la primera vez que me aventuré en busca de una oportunidad. Yo ya no era la misma persona, cargaba con las desdichas de Francisca, de Sofía y de María Green.

El Nuevo era una visita obligada. Me expusieron sin reparo alguno que no confiaban en la compañía si Jaume no estaba en ella. A mí, sin embargo, me quedó claro cuál era el verdadero mensaje: no confiaban en mí. No atendieron a razones y no admitieron que yo había llevado la batuta de la Balcells. Sin titubear, fui a ver a Ceravalls, que gestionaba el Español.

Me comentó que la compañía de Elena Jordi ya llenaba su programación, y que no deseaba que se sintiera amenazada. Tenía sentido, pero no me amilané. Busqué oportunidades en el Apolo, en el Arnau, pero nada. Al día siguiente me planté en el Suri, que se encontraba en horas bajas. No podían pagarme las cantidades a las que me había acostumbrado. Les dije que lo entendía, que podíamos ajustar el precio, dejar el drama y centrarnos en el *music hall*. Pero los Soriano no querían nuevos fracasos. Después de varios portazos comprendí que, para los empresarios de la avenida, el éxito de la Balcells se debía a la mano de Jaume y no a la mía.

Sostuve la sonrisa durante unos días, pero pronto se

terminaron las funciones pactadas y la compañía se quedó en paro. Me invadió una tremenda inseguridad. ¿Ni siquiera iban a dejarme una noche sin su apellido? ¿Ni una?

Le pedí a Guillem que nos viéramos en el Café Español. Entré con miedo de encontrarme con conocidos que me juzgaran o con compañeras que se relamieran con mi desdicha. Los cafeteros solo hablaban de la guerra. Los catalanistas, los republicanos y los sindicalistas se posicionaban a favor de la Triple Entente, mientras que algunos sectores más conservadores se alineaban con las potencias centrales. El día anterior, el 19 de enero, un zepelín alemán había atacado la ciudad de Londres, brutalidad que marcó el inicio de las agresiones aéreas contra civiles. Los alemanes perdían popularidad por acciones como esa, a pesar de que la neutralidad era el concepto de moda. De hecho, yo estaba a punto de comprobar que el Paralelo solo de palabra ejercía la tan traída y llevada neutralidad.

Encontré a Guillem sentado con una copa en la mano. Me acerqué a él, nos saludamos y me ofreció una silla. Empecé a contarle los últimos avances, pero me detuvo.

—Te lo diré sin tapujos —me anunció—. Yo también he preguntado por ahí. Y lo que me han dicho no te va a gustar.

Guillem no me miraba, repartía la atención entre diferentes puntos del local y la mesa. Se movía inquieto y se

tocaba el pelo con insistencia. Las palabras fluyeron con la contención de un mensajero que se convierte en verdugo involuntario.

—Él ha hablado mal de ti. Mucho, me temo. O poco, no lo sé. Me lo han contado. Jaume ha pedido que no se te contrate, quizá no lo ha hecho directamente... Y ya sabes, nadie quiere enfadar a un Balcells, por lo que pueda pasar. También me han comentado que... te ha tachado de ladrona, de embustera y de adúltera. Y claro, ni siquiera os habíais casado. Ya lo sabes, el Paralelo es abierto de miras hasta que surge la oportunidad de despellejar a alguien. No creo que nos contraten, al menos de inmediato. Corre el bulo de que has usurpado su lugar en la compañía y que lo has echado, y parece que todo el mundo se ha puesto de su lado. Francisca, no sé si va a durar mucho tiempo, pero tengo la sensación de que estás en la lista negra. Ojalá me equivoque. No me atrevo a culpar a Jaume pero tampoco deseo defenderle; no tengo ninguna prueba de que lo que te acabo de contar sea verdad, para mí son habladurías.

—No hay pruebas. Sin embargo, mis propuestas solo han recibido portazos.

Una parte de mí deseaba gritar y lanzar al suelo la mesa que nos separaba. Otra necesitaba pegar a Jaume en su bonita cara. Pero opté por la quietud, por mantenerme a la espera de un buen augurio que no llegó.

—Además, Francisca, no todo el mundo confía en el liderazgo de una mujer.

—Pero la Jordi dirige su compañía. Y también la Xirgu.

—No sé qué decirte a eso. Quizá deberíamos dejar que las aguas se calmen.

Asentí, cambiamos de tema y brindamos por el futuro. Él con una sonrisa circunstancial, yo conteniendo el pesar y la rabia. Hablamos de las próximas elecciones municipales y de las tensiones crecientes entre la patronal y los sindicatos. Guillem comentó que se estaban alzando voces a favor de la creación de un sindicato único que debía aglutinar la fuerza suficiente para plantar cara a los patronos. Al rato, él se levantó y se despidió. Yo no me sentía capaz de irme, así que pedí un whisky. Al abandonar el Español, tendría que enfrentarme a un mundo que había cambiado por completo después de nuestra charla. Debía levantarme y afrontar mi camino sola. Qué difícil parecía.

Abrumada, decidí atacar los problemas uno por uno. Necesitaba un hogar. Vivir en un hostel no haría más que aumentar mi sensación de desamparo. Durante los siguientes días, busqué y busqué hasta que encontré el piso de renta que se convirtió en mi hogar. Con el dinero ganado el año anterior podría costear una temporada. Sin embargo, el contrato lo tuvo que firmar Guillem, nadie confía en una mujer soltera y de procedencia humilde. Si hubiera sido hija

de la burguesía y dispusiera de una buena renta, otro gallo habría cantado.

El piso se articulaba alrededor de una sala muy grande. Situado en la ronda de Sant Antoni, tenía un cuarto con mucha luz y baño propio —para mí era primordial, una comodidad a la que no estaba dispuesta a renunciar—. Era la primera casa que yo escogía, y eso me hacía mucha ilusión. Se accedía a ella por una puerta enorme, de madera y hierro, que pesaba como un muerto. Un recibidor la conectaba con la sala principal. Allí había dos puertas: una daba a la cocina; la otra, a un pasillo que conducía a las cuatro habitaciones. Al baño se accedía por un balcón, pero eso no me importaba. La segunda habitación más grande se convirtió en mi dormitorio, era la más alejada de la sala y la más luminosa.

Estaba feliz, y como el piso era demasiado grande para mí sola, pensé que Anna podía ocupar una habitación y hacerme compañía, pero fui precavida: su conducta de las últimas semanas era demasiado peligrosa para un alma convaleciente como la mía. Y es que el odio regía sus días, se mostraba arisca y zafia, se juntaba con compañías nocturnas que le proporcionaban bienestar inmediato pero que poco se preocupaban por su estado durante el día. Era como si Anna montara un caballo desbocado con la clara intención de vengarse de la vida. En pocas semanas se volvió irreverente, irascible, incluso celosa de lo que no se adaptara a sus deseos. Traté de hablar con ella varias veces, de exponerle los riesgos de su comportamiento, pero me rehuía

con hostilidad tratándome de metomentodo. «Me he cansado de ser una víctima», me decía.

Cuando entré en el piso, Anna se encontraba en el albor de su nueva actitud y creo que hice bien en protegerme. Quizá el piso era demasiado grande para mí sola, pero era mi casa, me la merecía. La sala me encantaba. Tenía una cenefa rectilínea que rodeaba el techo y que se encontraba con otra circular que había en el centro, de donde pendía una lámpara de lágrimas. El ventanal que daba al balconcito era grande, de madera, llegaba casi hasta el techo e iluminaba con esmero la estancia. Quería amueblarlo, que fuera un hogar, pero no tenía prisa ni podía gastarme los ahorros. Andreu me fabricó la cama y el armario, y me consiguió dos butacas, una mesa y sillas a buen precio. Y Guillem me hizo un regalo que siempre recordaré: una mecedora que puso en mi habitación, para que estuviera cómoda en mis largas tardes de lectura.

Sin embargo, la primera noche que pasé allí, empezado ya febrero, la ausencia de Jaume y la magnitud de mi tristeza me vencieron. Le echaba de menos, demasiado. Ansiaba hablar con él, su calor, su cuerpo, pero a la vez me producía un asco comprensible. Si las acusaciones de Guillem eran ciertas, se había convertido en un canalla. ¿Qué podía hacer yo? El dinero ahorrado no sería eterno. Solo se me ocurría una opción, pero suponía tragarme mi orgullo.

Capítulo XXIII

No me habría convertido en María Green sin los consejos de mi hermana. Ella acostumbraba a dar en el clavo, al menos en lo que se refería a mí. Una vez me dijo: «Francisca, ves la vida como una escalera de peldaños infinitos en la que te valoras o te menosprecias dependiendo de cuántos logras subir. Nadie en su sano juicio soporta esa presión». No sé si tenía razón, pero durante años viví atrapada en mis ambiciones, ensoñaciones que malograban las alegrías y angustiaban los despertares de muchos días. No hay que fiarse nunca de una pantera enjaulada, el sentido felino que la empuja hacia la libertad jamás se adormecerá.

La primera mañana que amanecí en mi hogar, me preparé un ligero desayuno y me dirigí al Café del Asalto, aquel que rechacé con desprecio cuando estaba en la academia. Don Galán, el propietario, me contrató con la satisfacción de

haber ganado la partida. Para un hombre como él, no había nada más placentero que domar a un zorro que buscaba ayuda con la cola entre las piernas. También dejó que Anna formara parte del espectáculo. Pensé que si la tenía cerca podría contener su furia. Ahora sonrío al recordar mi ingenuidad.

Trabajando allí volvía a los bajos fondos, o peor, me rebajaba a ser el tipo de actriz que muchos no diferenciaban de las prostitutas. Cuando firmé el contrato pedí dos cosas: cantar «El anarquista» cada noche y la certeza de que mis servicios en el local se iban a limitar al cante. Decidí cambiarme el nombre artístico. Me hice llamar Teresa Solé, no iba a permitir que María Green cayera en las garras de los cabarets de baja estofa. Siento afirmar tales juicios, pero intento ser sincera con lo que pensaba entonces. A día de hoy, ha cambiado mi forma de verlo y debo decir que cualquier artista que actúe en esta ciudad no me despierta más que respeto y admiración.

Seguramente, la decepción, el miedo y el dolor acumulados me convirtieron en una persona incapaz de disfrutar durante el tiempo que trabajé allí, aunque ¿quién lo hubiera hecho en mis circunstancias? Me habían empujado escaleras abajo recordándome mi insignificancia. Por eso actuaba a diario con el sentimiento de fracaso a flor de piel y el sabor de la dignidad sabotada. Esas sensaciones eran, desde luego, producto de mis prejuicios.

Ojalá me hubiera divertido más, porque el Café del Asalto podía ser humilde e incluso chabacano, pero cada noche ofrecía una experiencia única a los clientes. Siempre estuvo a la sombra del Edén, quizá por la cercanía, a pocos portales de distancia, o porque este último era el referente del *music hall* de la ciudad. A más de un cafetero asiduo a los cabarets le he oído decir que el Edén Concert fue el más famoso de la época y que programaba actuaciones de categoría. Era habitual que las cantantes alternaran, pero también había artistas que cantaban «sin hacer *ná*», un *ná* que las alejaba de las manos largas y los penes furiosos.

Allí canté durante el invierno y la primavera de 1915, así que imaginaré una noche cualquiera. Pienso en un cafetero, podría ser joven o entrado en años, casado o soltero. Sale de la fábrica o la oficina después de trabajar más horas que un reloj y de aguantar a un jefe, seguramente iletrado, cuyas órdenes oscilan entre los gritos y las amenazas. El cansancio y el tedio lo acercan al Distrito V, necesita divertirse. Quizá llega en tranvía o caminando. Se dirige a la calle del Conde del Asalto, el Paralelo segundón, y la recorre percatándose de que en cada bajo hay un bar, un café concierto o un restaurante.

Escoge el Café del Asalto, quizá porque el Edén está demasiado lleno, quizá porque está secretamente enamorado de una de las mujeres que actuamos allí noche tras noche. En la puerta, una pizarra maltrecha en la que se puede leer: «Gran concierto todas las noches por nuestras

simpáticas artistas», y a continuación, un solitario «Hoy» que precedía al nombre de las cuatro artistas del día: Las Mañas —que eran hermanas y duetistas—, Anna la Pelirroja y Teresa Solé. Si alguien del público me reconocía, yo sonreía y me hacía la loca. «Es la hermana gemela», parloteaban algunos. «La Green ha sido desterrada», chismorreaban otros.

En cualquier caso, el hombre entra en el local no sin antes saludar al cancerbero de turno, que asiente perdonándole la vida. La sala, de techo bajo y vigas descubiertas, lo recibe con una neblina de humo y gritos que pueden cortarse con un sable y, una vez en el interior, busca un hueco donde tomarse una copa y disfrutar de las vistas. Se sienta a la única mesa que tiene una silla libre y comenta las excelencias de las piernas de las duetistas mientras critica a la patronal y al gobierno con sus nuevos amigos. Juegan al siete y medio o a algún otro juego de cartas en el que se apuestan cuatro reales y que tantas peleas acaban causando.

No recuerdo la cantidad de espejos que cubrían las paredes. El público bebe y pica algo de cara al escenario. A su lado, un pianista decrepito, que fuma una pipa roñosa y viste una camisa de color desgastado, ejecuta la música que las cupletistas interpretan. Sobre la tarima, las duetistas, una más inocente y la otra más *echá pa'lante*, comparten un escaso talento compensado por escotes generosos y piernas de escándalo.

Cantan tres o cuatro canciones y después llega mi turno. El cliente ve que aparezco sobre el escenario por una puertecita, simulando que fui marquesa en el pasado y que la vida me ha traicionado. Presentado el personaje que pacté con don Galán, Teresa Solé dice cuatro banalidades y se interesa por la cena de la clientela. ¿Han cenado picante? Algunos silbidos, alguna palabra soez que pretende ser un piropo. Les respondo cantando lo que a mí me pica, «La pulga», mientras ellos ríen y me lanzan vítores. Contra mi voluntad y por exigencias de don Galán, paseo entre el público mientras canto «La violetera». Lo odio, pero nuestro cafetero no lo sabe, así que piensa que disfruto porque soy una mala mujer, una cupletista, un objeto a su merced. Además, la canción me recuerda el triunfo de la Meller y, por ende, mi fracaso. Cuando paso por su lado me toca el culo y yo, que sigo cantando, le respondo con un gesto de negación coqueto que aún lo deslumbra más, pero que termina por alejarle de sus pretensiones. Algunas chicas disfrutaban con esos gestos, incluso parece que los ven como una señal de éxito. Pero yo no los tolero.

Uno de sus nuevos amigos no es tan pudoroso, tira de mi brazo y me obliga a sentarme sobre su pierna a la vez que me toca un pecho. El decrepito pianista, que lo es de aspecto pero no de fondo, repite los últimos compases para que me lo quite de encima y me reenganche al cuplé una vez liberada. Tras cantar la última canción de mi repertorio, con el público masculino deseando mi cuerpo más que mi arte,

me despido del escenario escuchando aplausos y silbidos. Salgo por la puertecita y me cruzo con Anna. Mi amiga había decidido actuar en el local hasta encontrar una compañía que la aceptase. El cafetero la verá más pasional y sexual que yo, con menos prejuicios para mostrar sus muslos y con una actitud más salvaje en sus bailes. Ella siempre empieza cantando. Así que sube al escenario entonando: «Cuando el placer ya vi marchar, cuando el amor ya vi alejar fue la cocaína un consuelo, será mi anhelo...».

El cafetero se queda deslumbrado por Anna la Pelirroja. Para nuestro hombre, su altura y su languidez no entran en conflicto con sus robustos pechos, que despuntan tras el atrevido escote. Anna, esa desvergonzada es mi Anna, y no parece ella. Si la que estoy imaginando fuera una noche de primavera ya avanzada, ella tendría varios amantes de los que recibiría regalos y dinero, a los que despacharía cuando dejaran de serle útiles.

El cafetero no conoce las rivalidades, los sueños y los quebraderos de cabeza de las chicas por las que saliva. Ni siquiera sabe que Anna no es pelirroja sino que luce peluca, ni se imagina que detrás de su piel se esconde una chica que llegó a la ciudad de la mano del amor de su vida, soñando con un futuro prometedor. Él simplemente disfruta de las canciones y luego se va a su casa.

Si yo subía al escenario entre lamentos, Anna parecía crecerse, desatarse y disfrutar con cada una de las notas y

los vítores indecorosos que recibía. ¿La envidiaba? No lo sé, pero algo de su nueva faceta me enojaba. Se estaba convirtiendo en una hipérbole de sí misma, era cada vez más histriónica, una caricatura de lo que fue. Pienso que se protegía del sufrimiento contrariando a quien se le acercara. De hecho, esparcía rumores sobre su origen y su vida. Se trataba de chismorreos que aumentaban su halo de misterio y, por lo tanto, su caché. Esa habilidad me enseñó algo valioso para mi futuro.

Pero no fue solo mi dignidad lo que enterré bajo el Asalto. También a Jaume. Lloré desconsoladamente nuestro final y traté de sobreponerme, al principio sin mucho éxito. Pero no me enfrenté a lo sucedido hasta una noche de marzo, cuando terminé la función y salí cabizbaja a la calle, haciendo caso omiso de los comentarios despectivos de Las Mañas a mis espaldas. La reinona, me llamaban. Anna me comentaba que les molestaba mi actitud, mi altivez, la melancolía con la que afrontaba las funciones. Nada podía importarme menos.

El caso es que esa noche, al salir del Asalto, alcé la mirada para observar la academia del Gordito que quedaba a pocos portales de distancia. La chica sin talento y sin futuro había llegado a liderar carteles y ahora se hallaba en el lugar que le correspondía.

Alguien rompió esa espiral autocompasiva: era Tomás, que se me acercaba. Lo encontré elegantísimo, guapo y seguro de sí mismo. Un sombrero coronaba su porte y entre los

dedos sostenía un cigarrillo con elegancia, en fingida actitud despreocupada. Levantó la mano a modo de saludo y me dijo:

—Hola, Francisca, ¿te puedo invitar a cenar?

Le sonreí y respondí que me encantaría. No se mostró muy hablador, se limitó a preguntar por mi experiencia en el Asalto. Si estaba bien, si me había olvidado de los teatros de verdad. Me di cuenta de que hacía semanas que no le veía. No sé si mi percepción era certera, pero mientras me escuchaba, me pareció advertir pena y condescendencia en su semblante.

—Creo que siempre voy a ser una aspirante.

Tomás trataba de animarme cuando llegamos a su automóvil.

—¿Ahora tienes coche?

—Es de mi padre. Es un Elizalde y tiene pocos meses de vida. Mi padre es amigo del dueño y, bueno, compró una de las primeras unidades. ¡Esto es el futuro! ¡Tiene veinte caballos!

Subimos por el Paralelo dejando atrás los cafés, los teatros y las luces. Adelantábamos a carros y tranvías con la prisa del incauto. El viento se colaba entre mis cabellos y me despertaba de mi letargo. Me daba vergüenza que me vieran

montada en aquel artilugio. Aparcamos en la plaza de Catalunya. Tomás propuso cenar no recuerdo dónde, aunque yo prefería pasear. Él accedió y, con la mayor de las lentitudes, descendimos por las Ramblas en dirección al mar. A esas horas solo había marineros borrachos, ciudadanos noctámbulos y gente de mundo. No me importaba, amaba la calle y la humanidad que desprendía. Siempre me han encantado esas dos hileras de árboles, a un lado y otro de la parte central, reinando sobre los adoquines que sostienen los pasos de los barceloneses.

—Menudo numerito —le dije jocosa.

—¿Numerito?

—El coche, tu aspecto. Qué sé yo.

—Pues el automóvil es muy útil, y más ahora que me muevo por toda Barcelona de reunión en reunión. Estoy proyectando una fábrica en Sants y un edificio en L'Eixample. Esto —dijo refiriéndose al traje— forma parte del disfraz. No eres la única que actúa para conseguir dinero.

Sonreí y, a continuación, sus palabras se desbocaron como los caballos de su automóvil. Jaume estaba en Madrid, me dijo. Pocos días después de que yo lo abandonara se presentó en casa de Tomás, dolido, borracho y fuera de sí. Por suerte, doña Teresa tenía experiencia solventando situaciones como esa. Le obligó a encararse con su padre,

quien lo envió a Madrid para que se centrara. Si quería justificar la estancia en la capital, siempre podía decir que trabajaba para el negocio familiar.

—Francisca, ¿qué pasó?

—Qué sé yo, Tomás. Hace meses que perdió el rumbo. No le entendía, no sabía cómo ayudarle. Supongo que todos sufrimos, pero me ha hecho mucho daño. Él, que todo lo tenía, incluso mi amor, lo tiró todo por la borda. Y encima me culpa a mí.

—No lo entiendo, no es propio de él actuar así. Y mucho menos perjudicar a los que quiere.

Me esforcé por mantener la compostura, no porque me diera vergüenza llorar delante de Tomás, sino porque tenía necesidad de hablar con él con total sinceridad y calma.

Tomás, que derrochaba respeto y preocupación por mí, me dijo que podía sacarme del Asalto y ayudarme a volver al teatro.

—Gracias, pero no —le respondí—. He aprendido la lección. No sé qué voy a hacer, pero de una cosa estoy segura: debo hacerlo sola.

—No sé por qué, pero siempre rechazas mi ayuda. Está bien, lo respeto. Una vez te dije que quería ser tu amigo. Permítemelo.

Tomás insistió en invitarme a cenar, estaba hambriento, dijo, así que subimos de nuevo por las Ramblas. Él propuso que fuéramos a la Maison Dorée, y yo se lo agradecí, me encantaba el lugar. La carta ofrecía platos franceses que mi hermana nunca pronunciaba correctamente pero que llenaban la boca de sabores inimaginables. Me encantaba la fachada que daba a la plaza de Catalunya, con el toldo oscuro, las cuatro puertas acristaladas de madera y el ir y venir de los clientes. Sin duda, el espacio estrella del lugar era uno de los salones.

Una serie de arcadas creaban pequeñas cúpulas que dividían el local para deleite visual. Las paredes laterales estaban decoradas con frescos en los que figuraban cuerpos de mujeres disfrutando de la naturaleza. Los arcos descansaban sobre unas artísticas columnas de hierro colado adornadas con motivos naturales y conchas doradas, y en el techo había unos impactantes apliques con vidrios de colores. Comimos, nos reímos, recordamos el pasado.

De camino a casa me detuve a pensar cómo habría sido mi vida si me hubiera convertido en la esposa de Tomás Puig. Yo, que cantaba la magnificencia de las mujeres, que discutía cuando un hombre entonaba un canto a nuestra inferioridad, me había dejado ningunear por Jaume y había abandonado la lucha por mi porvenir.

Terminé la velada en la soledad de mi casa y al día siguiente volví al Asalto. Dejé que las funciones se sucedieran, que las

aspiraciones se calmaran y que el talento descansara en beneficio de mi equilibrio.

María me pedía que pensara con claridad. Aunque yo no lo veía, mi vida pasaba por uno de los períodos más tranquilos de los últimos años. «Después del reposo llega el despertar —me decía—. Así que descansa estos meses, límitate a actuar y, sin prisa, busca la manera de volver a alguno de los teatros del Paralelo.» Yo la escuchaba con atención, pero me castigaba y me aborrecía por haberme resignado con tanta facilidad. Aunque el Asalto estaba al lado del Paralelo, jamás lo sentí tan lejos. Odiaba cada segundo que pasaba en el café, y esa evidencia, que se leía en mi actitud desagradecida y en mi hermetismo, me convirtió en el blanco de las compañeras de camerino. Usaban mi maquillaje cuando yo llegaba tarde, me criticaban abiertamente y me culpaban de todos los imprevistos delante del dueño. Por primera vez experimenté la marginación que sufren los inadaptados. No me defendía, me hacía el chivo loco. Solo Anna las frenaba y rivalizaba con mi cinismo. Me daba todo igual.

Una de esas noches en las que abandoné el local buscando una pista que me ofreciera una salida, me detuve en medio de la acera y permanecí de pie unos minutos. Observé a la gente, los locales y los coches de punto. Me fijé en un grupo de tres chicos que llevaban la chaquetilla en la mano, los pantalones arremangados y los calcetines bajados. Caminaban abrazados, entonando una canción difícil de descifrar. Ellos habrían podido ser clientes míos o podrían

aplaudirme en el Asalto la noche siguiente. Incluso alguno podría llegar a enamorarme, pero debía olvidarme de los hombres y centrarme en mi camino.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por una voz femenina y jovial que oí a mis espaldas.

—La vida es increíble. Ayer pensaba en ti y hoy te encuentro en la calle. ¿Tan bien se trabaja en el Asalto?

Su dueña colocó la mano sobre mi hombro. Me di media vuelta y ella me saludó con una adorable sonrisa.

—Siempre es un placer encontrarme contigo, Montserrat
—le respondí, turbada por la sorpresa.

Elena Jordi negó con la cabeza advirtiéndome de que los halagos eran innecesarios.

—Iba a preguntarte cómo estás y seguir luego mi camino, pero voy a hacer algo que evito por norma: meterme en la vida de otra actriz.

Volvió a sonreír mientras me observaba, dueña del encuentro. Se apartó el flequillo que le molestaba en el ojo derecho y prosiguió:

—Me pregunto por qué no estás encabezando un cartel.

—Lo sabes perfectamente. Tú misma has dicho que la

avenida es pequeña. Seguro que conoces mi ruptura con Jaume y el porqué de mi situación.

—Ay, ay. El Paralelo castiga, veta y juzga con una fuerza y una voracidad funestas, pero también olvida con facilidad, y si hay dinero de por medio, aún más.

La ironía ocupó la totalidad de mi semblante. Un grupo de chicas pasó por nuestro lado, la reconocieron y se alejaron comentando con alegría su encuentro con la primera dama del vodevil. Y es que Elena Jordi era una mujer en la que reflejarse. Ella solo daba explicaciones al público, dirigía su compañía y era respetada cual hombre.

—No me mires así. Todas empezamos con una mezcla de ambición y pavor que es difícil manejar. Alejandro, que no sé si sabes que fue mi valedor, nos llevó a mi hermana y a mí, hace años, a ver la versión de *Salomé* que se estrenaba en el Principal. La protagonizaba la Xirgu, y su arte me embelesó hasta tal punto que me compré el libreto de Wilde y empecé a ensayar por mi cuenta. Y aquí estoy.

—Y yo cantaba mientras recogía patatas en el campo. Pero terminé a este lado de la calle. Allí —señale el Paralelo— no me quieren.

—Te has equivocado de bando. No le debes nada a ese niño estúpido. No busques apoyo en los aliados de Jaume, únete a sus enemigos.

La señal que estaba esperando acababa de llegar de la mano de Elena Jordi.

Capítulo XXIV

Sin darte cuenta, los sueños te roban la esperanza que albergas en el corazón. Y si no haces nada para remediarlo, la ilusión se termina y la desidia toma las riendas de tu vida hasta que un día te encuentras tan alejada de tus metas que no hay mapa que te guíe hacia el camino deseado. Suerte que, como me dijo un amigo marinero, hay fe mientras no se pierde el norte. Y creo que el mío estuvo fijado desde que pisé por primera vez el Paralelo.

Me desperté al día siguiente y le envié un mensaje al maestro Santpere. Le pedía que me recibiera en el teatro y le contaba que tenía ganas de vodevil. Esa misma tarde tuve respuesta. Quería verme y, para que yo no fuera carne de chismorreos innecesarios, proponía venir a visitarme a mi casa. Se presentó con su nuevo socio, el conocido actor Ferran Bozzo, que había dejado la compañía de la Jordi

meses atrás y se había aliado con Pepet. Después de bromear y pedir una copa, Santpere fue al grano. Me dijo que no sabía muy bien por qué, pero lo cierto era que me había convertido en una paria. Mi situación era un problema y a la vez una oportunidad, pues el Paralelo olvida a cambio de talento y dinero, y yo tenía que demostrar que tenía ambos. Aun así, debíamos ser cautos. De momento, se comprometía a ofrecirme papeles secundarios, primero porque una vuelta por todo lo alto podía comportar un fracaso estrepitoso. Antes de lanzarnos al vacío debíamos medir hasta dónde alcanzaba la sombra de mi mal nombre. Y, segundo, porque ya tenía una primera actriz, Amelia Meller. Acepté sin rechistar, agradecida por la oportunidad y por el buen corazón de aquel hombre.

El 27 de junio de 1915 estrenábamos *La muller de l'home del món*, de Alfred Hennequin, en el Teatro Cómico. Hennequin, que fue uno de los padres de la farsa, era el mejor autor para empezar la nueva alianza. Recuerdo que al llegar al teatro me detuve un instante ante la fachada. Situado entre las calles de Tapioles y del Poeta Cabanyes, tenía una pretendida grandilocuencia poco lograda. En realidad, sumaba elementos de tantos estilos distintos que, a mi parecer, resultaba cómica. Las dos columnas clásicas custodiaban una puerta de madera y con varias ventanitas en la parte superior, coronada por la escultura de una máscara griega y un rosetón ovalado y cargado de cristales en forma de flor. Una pancarta de generoso tamaño

anunciaba el título de la obra, pero evitaba mencionar el nombre de María Green.

Mientras María me ayudaba a vestirme —la única condición que le puse a Pepet para trabajar en su compañía era que ella confeccionara mis vestidos—, yo observaba embelesada cuanto me rodeaba en el camerino. Mi hermana, agachada, me cogía el bajo de la falda y, en un momento dado, levantó el rostro para preguntarme alguna nimiedad. Por un segundo vi el semblante de mi madre. No sé cuándo alcanzó semejante parecido, quizá fue cuando María abrazó su voluptuosidad y dejó de esconderla, su cara se redondeó en parte y las expresiones de la edad empezaron a marcarse en su frente con sutileza, o tal vez porque había adquirido la costumbre de recogerse el pelo en una coleta tal como hacía ella. Sea como fuere, por un momento tuve la impresión de estar delante de la mujer que nos trajo a ambas al mundo. Y entonces tomé conciencia de una verdad: nuestra madre se fue muy pronto, pero nos dejó bien acompañadas.

—María, ¿recuerdas cuando mamá nos mandaba a buscar leña a casa de los vecinos? Tú cargabas con rapidez los leños de uno en uno y yo intentaba transportar tres en cada viaje. Durante el recorrido se me caían varias veces y, en vez de recogerlos inmediatamente, perdía el tiempo ideando cómo llevar los tres de golpe.

—Sí, al final yo transportaba más leña que tú.

—Ya, pero nunca me criticaste ni te quejaste. Dejaste que probara hasta que un día entendí que era mejor cogerlos de uno en uno.

Mi hermana me sonrió mientras se levantaba. Pensé en su habilidad para salir al paso de los infortunios con una actitud envidiable. La observé de cerca y comprendí que aquel temple que María había simulado con maestría en el pasado ahora constituía su estado real.

—El vestido que has hecho es precioso. Eres una artista.

—¿Estás bien, Francisca?

—Creo que sí.

María me agarró la mano con fuerza y ambas nos acercamos al espejo. No recuerdo la última vez que me la cogió con aquella sensible tenacidad. El reflejo nos devolvía la imagen de dos mujeres totalmente distintas de las que dejaron Solsona, dos personas que, de la mano, jamás estaban solas.

—No dejes que el miedo se apodere de ti —me dijo a través del espejo—. Yo he dejado que guiara mis actos durante demasiado tiempo y creo que aún me gobierna en muchas ocasiones. A pesar de que te cueste creerlo, tu vida será más sencilla que la mía. Así que sé valiente, hermana; si no lo haces por ti, hazlo por mí.

Antes de subir al escenario, bromeábamos con Santpere sobre la posibilidad de que él se cayera de la tarima o yo tropezara. Nos apostamos una cerveza a que una de las dos cosas sucedería. Obviamente, pagaba el que hiciera el ridículo. Se abrió el telón, comenzó el primer acto y, cuando me tocó salir, respiré aliviada. Volvía a casa, y a pesar de que no sabía si lograría brillar con luz propia y de que debía seguir actuando en el Asalto para sobrevivir, una parte de mi angustia se apaciguó. Me encontraba delante de la primera oportunidad que me daban por mí misma.

Recuerdo un cartel de La Suiza, aquella tienda de la ronda de Sant Antoni, quizá en el 51, que decía: «A pesar de la guerra, acabamos de recibir grandes surtidos de bordados». Barcelona seguía en pleno crecimiento aprovechándose de la conflagración europea, y el Paralelo se beneficiaba de ello y de los exiliados, cada vez más numerosos. En la calle crecía el malestar por la imparable subida de precios derivada de los negocios que la neutralidad propiciaba, por los desvaríos de un gobierno que no encontraba una dirección que tomar y una Mancomunitat que iba ganando peso entre las élites de la ciudad pero que poco hacía por la mejora de las condiciones laborales. El dinero que entraba era solo para unos pocos y la paciencia obrera empezaba a trocearse.

El contrato con Santpere era para mí la única posibilidad de volver a casa. Por eso sentía una enorme gratitud cada vez que subía al escenario. Sin embargo, cuando terminaba el tercer acto era Amelia Meller, la primera actriz, quien

recibía los aplausos más sonoros, totalmente merecidos. En el fondo, yo aspiraba a ocupar su posición, aunque lo último que deseaba era perjudicarla.

A finales de julio estrenamos *La presidenta*, de Maurice Hennequin y Pierre Veber. Me divertía trabajar con el elenco de una obra que quizá no pasó a la historia del teatro, pero de la que guardo un gran sabor. ¿Quizá por la trama, que nos divertía a la vez que nos estimulaba? ¿Quizá por las salidas de Bozzo, con las que nos desternillábamos y nos mantenían alerta? Quizá fue la sensación de libertad lo que me encandiló, o actuar sin rendir cuentas a nadie y sin la responsabilidad de dirigir la compañía.

Una noche llamaron a la puerta del camerino que compartía con el resto del elenco. Era Anna, elegante, con un traje chaqueta negro, fino, estilizado, muy parisino, una blusa de color lila y un sombrero con una pequeña rejilla que le cubría parte de la cara. Yo debía de parecer una pordiosera a su lado. Entró sin pedir permiso, me abrazó y se sentó en una de las sillas que estaban a mi lado, justo a la derecha del tocador, delante del sofá de madera con almohadones rojos que nunca usaba porque era muy incómodo.

—Has estado fantástica, como siempre. Lástima que tuvieras tan pocas líneas.

—¡Anna! ¡Qué alegría!

Ella sonrió y se mantuvo unos segundos en silencio mientras inspeccionaba la habitación. Estaba sentada en el borde de la silla, tenía las piernas cruzadas y las manos entrelazadas sobre las rodillas. Yo no sabía si buscaba un tema de conversación o algún chisme y seguía desmaquillándome, pero necesitaba romper el silencio.

—¿Cenamos juntas? —le propuse.

—Me apetece un poco de olor anarquista. ¿Nos plantamos en La Tranquilidad?

Me pareció una opción divertida y, en cuanto me cambié, salimos del teatro y nos dirigimos a la casa de comidas. En las últimas semanas me había distanciado un poco de Anna. Ya no sabía si se reía de mí, si me retaba o si se arrimaba a mí por interés. Incluso tenía la sensación de que las opiniones de mi amiga no coincidían con su tono de voz. Entre su turbia influencia y la necesidad de pasar página, me estaba planteando seriamente dejar el Asalto, al que aún iba un par de noches por semana.

La Tranquilidad nos recibió con incompreensión. Los anarquistas más radicales solían congregarse bajo su techo y, con el tiempo, se consolidó como uno de los núcleos de los grupos de acción anarcosindicalistas. Nuestra presencia allí era poco menos que un chiste.

—Anna, no creo que el menú de aquí sea muy exquisito. Pero necesito comer.

Asintió sin perder detalle de las personas que nos rodeaban ni de sus conversaciones.

—Las actrices —oímos que decía un chico en la mesa de al lado— solo piensan en ganar dinero y en comprarse vestidos.

Anna se desternillaba con cada provocación. A mí me incomodaba. Decidí observar el local. La mayoría de los presentes eran hombres, obreros. Se sentaban en grupitos, bebiendo cerveza barata, algunos jugando a las cartas, otros leyendo a los iletrados la última edición de *Solidaridad Obrera* u otro periódico afín a su ideología. En realidad, se trataba de un diálogo colectivo solo interrumpido por las proclamas surgidas de cada una de las mesas: gritos contra el gobierno, el rey y la Mancomunitat, cánticos a favor de la revolución y la mejora de las condiciones salariales. De su decoración, austera, solo recuerdo un cuadro enorme de Ferrer i Guàrdia.

—Esta guerra nos está arruinando. Comenzamos la década en crisis y ahora no damos abasto, pero seguimos igual de pobres —dijo un chico de pelo negro, ojos azules y sonrisa pícara. Seguro que despertaba pasiones entre las mujeres de su fábrica. Anna no le quitaba ojo.

Después de la legalización de la CNT, la regional catalana terminó de consolidarse.

En mayo se había celebrado el Congreso de la Paz de Ferrol, un encuentro del anarquismo español en el que se promulgó el talante antibelicista del movimiento y su oposición a la Gran Guerra. Además, el encuentro supuso el germen de la reorganización del sindicato en el resto del país, pero el proceso fue lento y las acciones masivas se hicieron esperar.

—El dinero que entra se lo quedan los de siempre. Nos roban en la cara —argumentó uno de sus compañeros, cuya coronilla carecía de cabello y los brazos, en cambio, albergaban una selva de pelo negro—. Y dime tú, ¿qué está haciendo la CNT? ¿Y el resto de los sindicatos? ¿Y los socialistas? Ya no te hablo de los republicanos.

—¡A ver si convocan ya la huelga! —gritó el de ojos azules mientras sonreía a Anna.

—Las huelgas no sirven de nada. ¿No recuerdas la de los tranvías? Canalejas no tuvo piedad a la hora de sofocarla y no creo que Dato se vaya a quedar corto ahora —dijo un hombre de unos cincuenta años, delgado y arrugado. El desánimo reflejado en sus ojos era estremecedor.

—Cuando acabe la guerra, Francia y Alemania volverán a producir. ¿Y entonces qué? —dijo una de las pocas mujeres que poblaban La Tranquilidad. Era bajita y tenía la nariz

aguileña. Se cubría el pelo con un pañuelo y hablaba con un discurso deslavazado.

—Es una vergüenza. Un salario de cinco pesetas por una jornada de más de diez horas. No sé qué será de nosotros —comentó indignado un hombre de treinta y pocos años, que no hacía nada por disimular su enorme barriga ni por cerrar las piernas, abiertas al mundo, mientras mal apoyaba su espalda en el respaldo de la silla.

—Entonces que las mujeres dejen las fábricas y vuelvan a casa —gritó un chico joven, robusto, muy alto, de pelo castaño, nariz ancha y labios carnosos.

—Por supuesto, las mujeres a vuestras órdenes. Las que trabajan en las fábricas ganan menos que vosotros, con suerte tres pesetas al día. ¿No deberíais luchar también por nuestros derechos? —dije sin poder contenerme.

No me di cuenta, me había levantado y tenía una mano apoyada en la mesa y la otra en el respaldo de la silla. Anna me miraba divertida, pendiente de mi reacción.

—Ya está la actriz defendiendo cosas que no entiende. Esto es la vida real, nena.

Iba a rebatirle su desfachatez, pero un hombre de pelo oscuro se levantó y se interpuso entre mi discurso y los expectantes obreros. Era Joan, estaba sentado en una esquina y no me había dado cuenta.

—Perdonad, pero ya sabéis que las artistas se dejan llevar por las palabras. Debemos unirnos, compañeros, no crear divisiones. El enemigo es el patrón, los curas o los militares que nos oprimen, no nuestros semejantes. Si las mujeres quieren luchar, invitémoslas. Si lo quieren hacer los *pinxos*, bienvenidos sean. Cuantos más seamos, más fuerza tendremos, no lo olvidéis.

Los ánimos se calmaron y Joan se acercó a nuestra mesa. Le agarré la camisa y le susurré:

—Cuándo entenderás que no necesito que me salves.

—Francisca, están borrachos —dijo posando su mano sobre mi hombro a modo de freno—. No conseguirás nada provocándoles. Además —sonrió—, los estoy salvando a ellos.

—Ese comentario es igual de grosero que tu numerito.

Los clientes de La Tranquilidad volvieron a lo suyo y yo me senté, enfadada. Anna parecía la espectadora de un vodevil del que esperaba, impaciente, otro enredo. Él se sentó con nosotras. No me apetecía empezar nuestro reencuentro con una pelea, así que rompí el hielo con una broma.

—No sabía que frecuentaras los bajos fondos de Barcelona.

—De vez en cuando desciendo a tu reino para ver cómo se portan los plebeyos.

—¿Ahora soy una monarca? Ya tienes un motivo más para odiarme.

Joan sonrió y siguió hablando de política. Tuve que frenarle para que saludara a Anna. Hablamos de la guerra, de Francia, de las fábricas. El calor apremiaba en el bar, donde no cesaban los debates, el exceso de alcohol y la jarana.

Al cabo de un rato, Anna se levantó de la silla. Se disculpó, nos comentó que tenía que irse y prometimos cenar o almorzar juntas más a menudo. Se despidió con una sonrisa pícara, dando a entender que sobraba y que nos dejaba solos a propósito. Acto seguido, el chico de los ojos azules se levantó y la siguió fuera del local. Ambos se saludaron en el exterior y desaparecieron juntos.

Joan y yo. Me sorprendía la extraña naturalidad que fluía entre nosotros. Habían transcurrido meses desde nuestro último encuentro, teníamos una historia en común compleja, ideas contrapuestas y caracteres chocantes. Supongo que hay plantas que no necesitan cuidados para seguir viviendo.

—Francisca, ¡con tu fuerza podrías arrastrar a tanta gente! Tenemos que conseguir que los compañeros abandonen el miedo y entiendan que solo podemos ganar.

—El día que nos dejéis sindicarnos o que podamos hablar en esas reuniones a las que ni nos invitáis, entonces pídemelo que quieras.

Mientras hablaba, se arremangó y se desabrochó el primer botón de una camisa marrón que parecía nueva, yo dudaba que se la hubiera comprado él. Me dijo que no era el momento, que las mujeres deberían incorporarse a los sindicatos cuando estos tuvieran una fuerza real. Ideas vacías que yo necesitaba rebatir. Una parte de mí quería demostrarle que había leído, que al fin sabía, más o menos, de qué hablaba.

—Me pides que luche por un futuro en el que ni siquiera sé si tendremos un papel relevante. No habrá revolución sin las mujeres. Y si no lo entiendes, no eres más que otro verdugo.

Joan sonrió y pidió dos copas. Me dijo que era demasiado lista para ser actriz y demasiado honrada para ser una líder. Yo le respondí que él era demasiado orgulloso para entender lo que realmente le estaba diciendo y sonrió de nuevo. Esa sonrisa, su sonrisa, su mirada.

La noche se alargó y solo nos fuimos cuando los borrachos que nos acompañaban se volvieron insoportables. Caminar a su lado por Barcelona me transportaba al pasado, a la época remota en la que paseábamos de la mano. Llegó el momento de separarnos. Estábamos de pie, mirándonos, deseando que la noche no se terminara. Notaba su

respiración, los nervios, las dudas. Ambos estábamos vacilando y él me acarició la mejilla con la mano derecha, me besó y volvió a Sants. Creo que ambos intuimos que aún no era el momento.

Con la llegada del otoño dejé definitivamente el Asalto. Actuaba casi a diario con la compañía de Santpere, María Green aparecía por fin en los carteles como actriz secundaria y me sentía muy a gusto con mis compañeros. Bajo sus órdenes, encarné personajes de *Cuida't de l'Amèlia*, de Georges Feydeau, o *La lepra*, de Santiago Rusiñol. El Arnau pasó a llamarse Folies Bergère y firmé para actuar allí algunas noches en uno de sus espectáculos de revista. Buscaba belleza en cada uno de mis personajes, y me entregaba en cuerpo y alma a las funciones; era la única manera de desterrar los recuerdos que seguían clavados en mi desdicha. ¿Me había resignado? ¿Mantenerme en esa posición era lo más sensato?

Mi principal fuente de ingresos estaba ligada a Santpere, que no me ofrecía más que papeles menores. Paseaba por la avenida evitando mirar los carteles de las grandes producciones. ¿Seguía siendo una paria? ¿Acaso no me merecía protagonizar dramas y comedias? La promesa que le hice a María pesaba sobre mis párpados, y pagaba el alquiler haciendo malabarismos. Deseaba gritar que quería más, que podía ofrecer más, que merecía más, pero a la vez tenía miedo, mi ambición me había llevado ya a lugares muy oscuros.

Quedaba poco para la Navidad cuando Tomás me invitó a cenar para festejarla. Quería llevarme a un lugar elegante para animarme. Nos veíamos de vez en cuando y siempre me decía lo mismo: «Cuando te veo no paras de quejarte por todo, Francisca. Antes no eras así». El caso es que aquel martes, noche que libraba, pasó a buscarme en el automóvil y me llevó al hotel Oriente. Yo estrenaba un vestido negro que me había confeccionado María; él, al verme, alabó mi belleza pero se preocupó por mi delgadez. «Las curvas triunfan en el Paralelo», me había repetido muchas veces. Añoro al Tomás de aquella época: correcto, sereno, comprensivo, vulnerable. Un verdadero amigo.

Delante del hotel donde me encontré con Joan años atrás, sentí que me hallaba fuera de lugar. Accedimos por la entrada principal y tras superar el arco de medio punto revestido de cristaleras y una puerta de madera, me dejé deslumbrar por el gusto exquisito de la recepción. Tomás anunció que íbamos al restaurante y un joven botones nos acompañó.

El salón ocupaba el claustro del antiguo convento sobre el que se edificó el hotel. Estaba formado por una nave central cubierta por una cúpula de cristal y cuatro pequeñas naves laterales que enmarcaban la primera. Cuatro columnas limitaban unas con otras y lucían una base recubierta de madera con flores talladas, el fuste blanco y el capitel oscuro decorado con hojas. El porche del antiguo claustro cobijaba varios ventanales espejados rematados con arcos de medio

punto. Una lámpara de lágrimas de varios pisos presidía el centro del claustro e iluminaba a los huéspedes habituales y a los comensales ocasionales.

En el hotel vivían varias familias de burgueses y artistas europeos que exhibían trajes a medida y vestidos atrapados en estéticas previas a la guerra. Qué suerte la de la niña de provincias llamada Francisca que una vez fantaseó con cenar rodeada de lujo y cuánta incomodidad sentía la actriz de nombre María Green. Tomás lo percibía e intentaba allanar la velada.

—Francisca, tenemos que pedir la especialidad del chef.

Estábamos sentados en la parte central del salón. Un pianista amenizaba la velada con piezas de Bach. Leí la carta haciendo esfuerzos por no escandalizarme de los precios. Después de que el camarero tomara nota, Tomás se disculpó, debía ir un segundo al servicio. En su ausencia, observé con detalle el salón y caí en la trampa de escuchar los cuchicheos de las mesas de alrededor. En la que estaba situada a mi derecha había tres matrimonios. Yo no los conocía, pero ellos sabían quién era yo. Una señora rubia y flaca dijo:

—No sé qué se cree el mediano de los Puig paseando a esa fulana del Paralelo. Es capaz de hacer lo que sea para llamar la atención.

—Al menos no está casado. Si no supieras que es una vedete, no le prestarías atención.

—Te digo yo que las actrices están hechas de otra pasta, hablan el idioma de la carne y del dinero, nada más.

—Pues a mí me parece moderno que sean amantes.

—Claro, si estás dispuesto a acostarte con una fulana.

La conversación tenía lugar mientras comían, bebían champán y hacían gala de una falta absoluta de sensibilidad. Tomás volvió a la mesa sonriente, contándome que su hermana Pilar quería mudarse a Vilassar y que él no se iría de Barcelona ni por todo el oro del mundo. Yo asentía con determinación, pero no podía quitarme de la cabeza el parloteo que acababa de escuchar. Tres palabras empujadas por un nudo horrible en el estómago se repetían sin cesar en mi mente: «Otra vez no». Me esforcé por mostrarme amable y divertida con mi amigo, pero «otra vez no». La angustia dejó paso a una rabia que creía extinta. Al cabo de un rato, fui al servicio y vomité la cena. Pensé que en algún momento aquello se terminaría, pero «otra vez no».

Cuando Tomás me dejó en casa, no podía dormir. Quería beber.

La anécdota alteró mi tranquilidad durante el resto de la semana. Barcelona no me aceptaba. O quizá era yo quien no la toleraba a ella. Fuera como fuese, «otra vez no». Me

acababan de llamar «fulana» y no me lo merecía. Sentía que la razón se perdía entre pensamientos destructivos de los que no saqué beneficio alguno.

Necesitaba hablar con María, así que el domingo siguiente me encontré con ella en la plaza de la Universitat. Mi hermana llegó preocupada por si llegaba tarde. Le apetecía tomar un chocolate, pero le propuse que antes paseáramos un poco. Me contó que don Julià se comportaba insoportablemente mal y que se metía en detalles de la casa que jamás le habían importado. Que Juana estaba de los nervios por la actitud del señor y que ella la acompañaba en la cocina la mayor parte del día. Me notó inquieta e interrumpió la detallada queja para preguntarme qué me pasaba. No sabía por dónde empezar, así que le hablé de la cena del martes.

—No sé qué decirte —me respondió después de escucharme atentamente—. Este es el mundo en el que vivimos. Algunos te llamarán fulana, otros diosa. Lo importante es cómo te llames a ti misma.

—¿Sinceramente? A veces no sé ni cómo me llamo.

A nuestro alrededor, caballos que arrastraban carros, coches de punto que conectaban a las personas con sus destinos, ancianos que simplemente paseaban para aprovechar el tiempo que les quedaba. Algo se me escapaba, aquellas personas parecían estar en paz con sus

circunstancias y yo apenas sabía por qué debía despertarme al día siguiente.

—María, esta necesidad me ahoga. ¿Por qué no me conformo con ser una actriz secundaria? Sería todo tan fácil... Pero cada vez que intento convencerme de que sí, que lo es, que este es mi lugar, me falta el aire, me mareo y me invade el desconsuelo.

—Te quejas como una niña. Te llenas la boca de ideas feministas, de que las mujeres pueden hacer trabajos de hombres, pero a la hora de la verdad no te comportas ni como un hombre ni como una mujer. Y, sabes, no estoy segura de que haya que hacer las cosas como ellos; ellos compiten, ganan, pierden, destruyen tres cosas para construir una, y tú eres mejor que todo eso. Si quieres hacer las cosas a tu manera, hazlas, pero no vivas al margen del bien y del mal esperando que no te apliquen las mismas reglas que a las demás.

—Estoy pensando en refundar la Compañía Green. Pero no me van a...

—¿A tomar en serio? Convénceles en su idioma, gana la partida y cambia las normas. No se me ocurre otra posibilidad. Mira, nunca pensé que parafrasearía a Joan.

—¿Cómo estás con Joan?

—Mejor, poco a poco. Después de tu charla con él, empezó

a verse con Mercè y eso la calmó. Y ahora, de vez en cuando, lo vemos las dos. No es fácil, pero al menos hablamos.

—Me alegro mucho. Dale tiempo, ya verás como al final conseguiréis respetaros.

—Eso espero.

Ambas permanecemos calladas durante unos instantes. Fui yo quien reanudó la conversación.

—¿Entonces crees que debo seguir adelante con la compañía?

—Si por mí fuera, volverías a casa de los Puig, pero tú verás lo que haces, lucha o ríndete. Siento ser tan dura, pero es que no se me ocurren otras opciones.

Una obrera que llevaba de la mano a una niña de unos seis años vestida con una bata de colegio caminaba por la plaza. La niña tenía el pelo castaño, los ojos de color miel, el pelo recogido en dos trenzas y hablaba sin cesar. La madre la escuchaba con poca atención, quizá porque le contaba detalles sin importancia del día o porque el cansancio no le permitía más que caminar y tirar de su hija. Dos generaciones de mujeres que llegarían a votar, pero que dedicarían sus vidas a trabajar por los demás. ¿Me habría convertido en esa mujer si me hubiera quedado con Joan?

María y yo terminamos atiborrándonos de chocolate y nos

despedimos bajo la luz de una de las nuevas farolas que acababan de instalar. Paseé sola por el centro, deambulé por sus calles postergando el momento de volver a casa. Supongo que los mapas se inventaron para indicarnos dónde estamos, no hacia dónde vamos.

Capítulo XXV

Me enseñaron que el matrimonio y los hijos constituían un hogar. En 1916 se repetía como una verdad absoluta y solo algunos parias, artistas o anarquistas se planteaban alternativas. A pocos se les ocurría la idea de explorar nuevas vías. Ahora más que nunca, el pequeño Joan es mi familia, a pesar de que no haya salido de mi vientre, a pesar de que apenas entiende aún la diferencia entre el amor y el odio. Lo observo cuando juega, ajeno a lo que sucede en el mundo, a nuestra lucha presente y pasada, y a las decisiones que nos encaran con la realidad. Aquel año aprendí que el hogar son las personas que te hacen sentir en él.

En los últimos días de 1915 y los primeros de 1916 la Companyia Green d'Espectacles vio la luz. Fue un parto repleto de complicaciones pero empujado por la fe. Y es que Francisca Romero no se convirtió en María Green

desplegando buenas intenciones y palabras bonitas, lo hizo a base de artimañas, actuaciones estelares y errores que pagó a un alto precio. La filosofía del Paralelo en estado puro. Lo aposté todo a un solo caballo. Triunfo o muerte. Si me equivocaba, me endeudaría, dejaría los escenarios para siempre y ya vería cómo me las apañaba. Incluso pensaba en volver a Solsona y cantar en el campo como cuando era niña. Tracé un plan basado en la sabiduría adquirida en los últimos años. Lo primero, reunir el elenco y el equipo artístico.

Necesitaba una mano derecha y tuve suerte, Guillem estaba a punto de terminar con sus compromisos. Se lo propuse y aceptó sin dudarlo. «Estamos destinados a construir grandes tinglados», decía. Antonio, que había abierto un pequeño bar en El Poble-Sec, se las apañó para que un joven atendiera la barra mientras él se dedicaba a la farándula. Andreu, que sobrevivía creando decorados para varias compañías, deseaba trabajar con nosotros. Según él, le di la primera oportunidad y me lo debía.

Consideraba imprescindible sumar una segunda actriz que hiciera brillar los entresijos de los personajes menores. Anna era la opción obvia, mi fiel amiga, la que conocía los rincones más lóbregos de mi alma. Temía que su temperamento explosivo provocara malentendidos en la compañía, pero finalmente se lo propuse una fría tarde de invierno cuando tomábamos un café al amparo de las ilusiones. Aceptó encantada mientras una lágrima resbalaba por su mejilla y, por unos instantes, vi a la Anna de siempre. «Quizá —pensé

después del encuentro—, estoy haciendo una montaña de su actitud.»

Incorporamos a Ricard, un actor que Santpere me había presentado meses atrás. Vino a vernos a Pepet y a mí al Cómico un día que ofrecíamos una adaptación de *La boca del llop*, se sentó en el gallinero y, cuando bajaron el telón y terminaron los aplausos, nos visitó en los camerinos e iniciamos una amena conversación sobre el catalanismo y su crecimiento progresivo. Ricard trabajaba en la compañía de Rafael Calvo y Pepe Vico, conocidos por tener una gran cantidad de dramas en su repertorio, pero no le gustaban los papeles que le ofrecían. Pensé que era un tipo inteligente y avisado, una persona que entendía los matices a la primera.

Algo bajito, pelirrojo y de barba desaliñada, Ricard se quejaba porque no le ofrecían roles de galán. Además, se movía con una torpeza demasiado peculiar para encarnar a un soldado o un pirata. Sin embargo, cuando declamaba, no dejaba otra opción que escucharle, quizá porque usaba las palabras con una pasional precisión y astucia en la mirada. Creo que su atractivo se basaba en ese halo que desprenden los triunfadores, lo demostró durante los ensayos, en los que compartió consejos y propuestas que poco a poco lo convirtieron en el director de la Green. Además era músico, un complemento que nos vino muy bien. Con él llegó Cinta, su mujer, que, a pesar de mi reticencia a contratar a la esposa de un miembro de la compañía, demostró ser una actriz camaleónica con una sorprendente vis cómica.

María y Mercè se sumaron a regañadientes, más por mi insistencia que por una voluntad real de dedicar su tiempo al teatro. Resolutivas, artistas del hilo y de las formas, con el tiempo habían adquirido una personalidad y un estilo propio que me encantaban. Quizá exagero porque las miro con buenos ojos, qué sé yo. También contraté a dos costureras para los días de función.

Mi piso se convirtió en la sede de la compañía. Allí recibía a los compañeros, conversaba con ellos sobre los entresijos del espectáculo que queríamos preparar, sobre qué se cocía en las calles o qué autor o cuplé se alababa en los cafés de la avenida. Guillem se pasaba en casa la mayor parte del tiempo, ayudándome a tomar decisiones, a buscar nuevas ideas, a trazar planes. Además se descubrió como un gran cocinero, y mi paladar agradeció semejante bendición.

Las noticias sobre la Gran Guerra mutaron de tono y contenido. De la glorificación de las primeras crónicas que llegaron el verano de 1914, pasamos a la sordidez de las trincheras, los muertos y la desolación.

En las calles de Barcelona se oían lamentos por la situación de las naciones vecinas, pero aún más por el constante y desproporcionado aumento de los precios. Una clase obrera que desconocía el mapa de Europa y sus fronteras, aprendió geografía a marchas forzadas para entender por qué debían pagar tan caros los alimentos básicos y el carbón. Como consecuencia de todo ello, la recaudación de los teatros

descendió. Nada grave, pero los empresarios empezaban a llenar las carteleras con apuestas seguras y conservadoras.

En una ocasión, Joan me preguntó cómo habíamos conseguido estrenar en el Español y le respondí que fue pura suerte. Pero, en el teatro, la suerte no es más que una suma de triquiñuelas. En el Paralelo no se pedía, se tomaba lo que considerabas tuyo. Los rumores que Anna lanzaba sobre su origen y sobre los hombres importantes que la cortejaban le habían aportado un cierto prestigio en los cuchicheos de la ciudad, pero también favores de personalidades que creían que ejercía más influencia de la que realmente tenía sobre determinados plutócratas. Su experiencia simulando contactos entre los personajes relevantes de Barcelona fue una fuente de inspiración para mí. Así que, mientras formaba el elenco, difundí un chismorreio: a pesar de que él estaba prometido, Jaume y yo volvíamos a ser amantes. Fue Anna la principal difusora de la falsa noticia. Le pedí que la esparciera y ella actuó como un efectivo altavoz. Lo hizo con sutileza, a través de comentarios opacos a las actrices más cotorras o a ricachones aburridos que alimentaban su rivalidad con el joven dramaturgo.

Me presenté en el Español para hablar con el director. No iba a salir de allí sin dos funciones cerradas. Le hablé de los objetivos de la compañía, de sus componentes, le recordé mi trayectoria y le aseguré que apareceríamos en la prensa. Aquel hombre barrigudo, imberbe y fumador de puros habanos, sentado detrás de su mesa de madera con la panza

partida en dos por el borde de la misma, me recibió en un despacho austero, solo decorado con carteles de éxitos pasados. Negaba con la cabeza mientras me escuchaba. Me dijo que no le hiciera perder el tiempo. Me recomendó que entrara en una compañía importante, que la Green no duraría ni dos días. Entonces saqué cuentas delante de él. Le pedí el día más flojo de la semana, el que quisiera, y le aseguré que llenaría la mitad de la sala: en caso de que la concurrencia fuera menor, la compañía pagaría la diferencia entre las entradas vendidas y la mitad del aforo; de modo que, aun cuando no acudiera nadie, no perdería dinero, y si llenábamos él quedaría como un programador con buen olfato. Para terminar de tejer la telaraña, en la que yo no debía quedar atrapada, dije:

—No sé si sabe que vuelvo a sentirme bendecida por un mecenas. Así que, en el peor de los casos, él le deberá un favor. Ya sabe cómo funciona Barcelona. Se lo garantizo, deme dos pases.

Lo observaba con vehemencia, retándolo hierática, con la pose de quien está convencida de conseguir su propósito. El hombre arqueó las cejas y negó divertido, señal de que el rumor había llegado a sus oídos. Cedió y conseguimos las dos funciones. Yo no tenía el dinero compensatorio que me había comprometido a pagar; después de invertir en materiales para decorados y vestuario, ni siquiera sabía cómo iba a pagar el alquiler. Por suerte, la compañía había accedido a cobrar según la recaudación.

Escogí el Español porque debutar sobre su escenario dotaba a la compañía de prestigio, y porque las habladurías que salían por sus ventanas se convertían en entradas vendidas. Estrenamos con *L'Aixeca dones*, de Maurice Hennequin y Pierre Veber, debido a que el vodevil seguía triunfando a pesar de su mala prensa. Además, la mayoría de los espectáculos de la Jordi, la reina del Español, eran de estos mismos autores. Los días impulsaron una vorágine de preparativos, ensayos y decisiones que tomar. Los integrantes de la compañía vivíamos con una mezcla de ilusión y pavor. Pero yo hacía cuanto podía por ahuyentar los momentos de debilidad. No existía vida más allá de aquellas dos funciones; en realidad, mis compañeros no conocían las condiciones del estreno. Pedimos a amigos y conocidos que asistieran. Ojalá, les decíamos, pudierais traer a parientes y compañeros de la fábrica. Y seguí difundiendo el rumor, alentándolo, para que mi vuelta encabezando un cartel suscitara expectación.

Llegó la noche del estreno, un lunes. Recuerdo que me presenté a media mañana en el teatro y atendí las dudas y los imprevistos que surgieron. Todos me escuchaban, me respetaban, me ayudaban.

Las prisas detrás de bambalinas, los vestidos, el maquillaje, los nervios, el repaso del texto y de las posiciones. María vino porque era el estreno y la necesitaba a mi lado. Le pedí que no me apretara el escote, es más, que lo soltara un poco y que dejara el vestido algo holgado por la espalda. Le conté

que necesitaba que mis brazos tuvieran más margen de maniobra para interpretar al personaje. El vestido era verde, con adornos de color negro y una raja sutil que, bien manejada, mostraba más muslo de lo previsto.

Y se abrieron las puertas y oímos el rumor de los espectadores al entrar. ¿Llegaríamos a la mitad del aforo? ¿Llenaríamos? No lo sabíamos, imposible adivinarlo. No sé cómo transmitir en estas hojas la mezcla de emociones que experimenté cuando pisé el entarimado y escuché el crujido de la madera. Ese olor tan propio del teatro, mezcla del maquillaje, los productos de limpieza, el sudor frío de los actores. Al fin se abrían las cortinas de mi verdadera emancipación.

Un paso, luego otro, y me situé en medio del escenario, con el silencio del público oculto por la oscuridad, los focos apuntándome y la destreza preparada. Las escenas se sucedieron desafiando las expectativas de los espectadores. No puedo ser imparcial, la sensación que guardo en el recuerdo me dice que mis compañeros estuvieron brillantes. Qué sé yo. Si no salía bien, si la propuesta no llamaba la atención, al menos lo había intentado. Estaba dispuesta a saborear la obra hasta el último segundo, porque era mía, porque la habíamos construido con nuestras manos y porque no teníamos más remedio. Observando la platea, me di cuenta de que casi todas las localidades estaban ocupadas.

El instante más importante de la velada llegó hacia el final, en una escena en la que se reunía casi la totalidad del elenco. Las carcajadas nos habían acompañado hasta el momento, así que nos sentíamos eufóricos. Sucedió cuando me agaché para recoger un pañuelo del suelo. La velocidad con la que me dirigí hacia mis pies y la presión del vestido en mi torso hicieron que mis pechos se precipitaran y quedaran a la vista del público. Reaccioné con rapidez, pero ya era tarde. Guillem y Antonio se plantaron delante y siguieron con el texto mientras yo me recolocaba el vestido y me levantaba como si nada hubiera pasado. Pese a todo, los murmullos tardaron en cesar, y se mezclaron con las risas y los comentarios jocosos sobre el incidente. El retorno de María Green lo dejaba todo al descubierto. La obra terminó, el público aplaudió con energía y saludamos con felicidad.

Cuando nos refugiamos entre las bambalinas, las miradas de preocupación y desconcierto apuntaban hacia mí. Mi hermana me pidió disculpas, se sentía responsable del incidente, pero la convencí de que el error había sido mío. Me conocían, sabían cómo me habría tomado en el pasado semejante percance, pero le resté importancia. Improvisé un pequeño discurso sobre los accidentes, sonreí al aire y les pedí que me dejaran unos minutos sola en mi camerino.

Tras entrar en él, entorné la puerta y me senté delante del tocador. Me miré directamente a los ojos, observándome victoriosa. Un paso más. Quería saborear el momento y asumir el riesgo que acababa de correr. Si el percance

resultaba como esperaba, nos aseguraríamos más funciones.

La puerta se abrió sin previo aviso, Anna entró en el camerino y me miró a través del espejo. Allí de pie, con las manos apoyadas en las caderas, no tardó ni un segundo en hablar.

—Lo has hecho adrede —dijo.

—En absoluto. Que se hayan visto dos pechos en el Español el día de mi vuelta como cabeza de cartel será un escándalo. Ojalá no hubiera pasado.

Mientras hablaba, me giré hacia ella con la más triste de las expresiones. Ella me lo rebatió.

—No es verdad, lo has provocado tú. Te subestimé. Has cambiado, Francisca, y eso es bueno. Si jugamos bien, podemos conseguir más pases.

Seguí negando que el incidente hubiera sido intencionado, pero no me creyó. La compañía al completo abandonó el teatro con el deseo de celebrar el éxito, beber y olvidar. Yo me reía de lo sucedido para que no se preocuparan y pronto lo dejamos de lado y pasamos a comentar otras anécdotas de la función. Tanto en la calle como en el London me sentí observada. Quizá nadie me miraba y mi percepción me engañaba, pero leía burlas en cada mirada que cruzaba. Por primera vez en mi vida, eso no me afectaba.

Apenas despuntó el día, me levanté y bajé a por los diarios. Aparecimos en algunos, la mayoría mencionaba la obra y la calidad, pero sobre todo el incidente, que también estaba en boca de todos. De hecho, fue la comidilla que alegró la mañana de los ciudadanos. *El Teatre Català* publicó una severa crítica sobre lo sucedido; como solía, atacaba el vodevil y difundía las consabidas infamias. El *Puput* nos dedicó un dibujo humorístico con la leyenda: «Dos grandes razones para disfrutar del retorno de la señorita Green». Y se esparció otro bulo: Jaume, que antes de esa función iba a romper su compromiso para casarse conmigo, me había abandonado debido al bochorno que le provocaba mi descuido. Lo contaba Anna por los cafés, muy preocupada por mi estado. Pobre María Green, cuántas cosas malas le estaban sucediendo.

La semana siguiente, los pechos y el abandono provocaron un efecto llamada. Llenamos las butacas del teatro. La espera fue larga, no negaré que pasé vergüenza, pero la Green consiguió más bolos con ese y otros títulos. El incidente cayó en el olvido después del siguiente escándalo protagonizado por alguna de las actrices del Paralelo.

No eran los primeros pechos que se veían en el Paralelo. Y la anécdota tenía cierta ironía, pues escandalizó a un público aficionado al *music hall*. Gracias, Barcelona. Gracias por ser tan pudorosa, recatada y a la vez tan morbosa.

Nuestra suerte cambió. María Green se convirtió en un

reclamo para la taquilla. Como dijo *La Vanguardia*, «avergonzada y abandonada, pero aun así demostrando un gran talento función tras función». Cómo me reía yo con semejantes comentarios.

No era la única de la compañía que daba que hablar. Anna encontró un podio perfecto para coleccionar amantes acaudalados que la exhibían cual trofeo de caza y que no percibían que ellos eran la verdadera presa. Anna sabía más que nunca quién era y lo que quería. «Los hombres tienen mil amantes y nadie les critica», me dijo una vez.

Hubo algunas funciones más en el Español. Si no recuerdo mal, preparamos *La donna è mobile*, de Kéroul y Barré, y *El triomf de la carn*, de mi querido Rusiñol. Pero la Jordi movió hilos para proteger su feudo cuando nosotros empezamos a hacerle sombra en el Español. Nada que yo no hubiera hecho. Por eso escuchamos las ofertas del Nuevo y del Cómico y nos mudamos de teatro. Los empresarios de la avenida nos buscaban, los periodistas escribían sobre la trayectoria que estaba tomando la compañía. Cerramos, además, algunas funciones en el Folies, cuplés y variedades protagonizados por el elenco y alguna que otra vedete. Las recaudaciones hablaban por nosotros, los aplausos nos avalaban, los teatros cedían a nuestras peticiones. Ensayamos sin descanso dramas costumbristas, vodeviles, números de *music hall*. Fue una de las épocas más dulces, no veíamos límites, ni obstáculos, ni problemas.

Transcurrieron unos meses de trabajo y de éxitos. Desarrollamos una rutina que podríamos llamar artística, pero no sé muy bien si eso haría justicia a la verdad. Nos levantábamos temprano y gestionábamos la parte del espectáculo que más carencias tuviera o más prisa corriera. Ensayos, lectura de textos, búsqueda de actores si era necesario —aunque más o menos siempre trabajábamos con los mismos—, decidir qué tipo de decorados necesitábamos para un texto u otro, preocuparnos por si mi hermana tendría tiempo para preparar el vestuario. María y Mercè dormían muy poco por culpa de nuestras exigencias. Además, Juana, que hasta ese momento había permitido que colaboraran con la compañía, las apremiaba para que bajaran el ritmo y para que entendieran que aquella actividad era ilícita bajo el techo de los Puig.

Muchas tardes programábamos doble sesión, por lo que llegábamos al teatro después de comer. Ni María ni Mercè podían estar presentes en ese horario. Entonces era Jacinta, una de nuestras dos costureras de cabecera, quien ejecutaba los cambios requeridos y solucionaba imprevistos. Maquillaje, nervios, carreras, gritos, enfados, alegrías, ganas, muchas ganas. Nunca perdimos la buena sintonía, la sensación de libertad creativa.

Tras la vorágine de los preparativos, se subía el telón. Yo encarnaba a una reina olvidada de un reino ficticio, una obrera textil con una extensa progenie o una cortesana con turbias intenciones. Tantas pieles que, a veces, me perdía en

ellas. Estaba en el Paralelo, en mi Paralelo, sin deudas, sin condiciones, sin más metas que actuar. Acabábamos el día en un café, en alguna fiesta o encuentro social rodeados de actores, actrices, personalidades de la avenida, extranjeros y alcohol. No, no nos íbamos a la cama a una hora prudencial. Aunque, como he dicho, amanecíamos antes que el sol.

La ayuda y los consejos de Tomás fueron claves para conservar la cordura. Demostró ser un fiel amigo que no se perdía ensayo al que pudiera asistir. Nuestra amistad renació de una manera más madura, más pausada. Le consultaba las decisiones más controvertidas, no porque tuviera un gran conocimiento del mundo del teatro o de lo que funcionaba entre el público, sino porque velaba por mis intereses. Y, a la vez, cuando lo veía necesario, me ponía entre la espada y la pared, llevándome hacia conclusiones enriquecedoras. Por ejemplo, recuerdo un día que tuvimos un conflicto con Rosa, una actriz entrada en años a la que llamábamos si necesitábamos una mujer madura.

Rosa encontraba pegos a cualquier decisión. Al vestuario, a las indicaciones de dirección, incluso a las obras para las que la contratábamos. Ningún error era culpa suya, siempre de los demás. Su carácter caprichoso e inestable me sacaba de mis casillas, pero su talento era mayor que el de todos nosotros juntos. Por eso no dudaba en llamarla.

Una mañana, durante unas pruebas en el Nuevo, decidió que no iba a actuar por la tarde. Se encerró en el camerino y

no atendía a razones. Yo estaba enfadadísima. ¿No comprendía que su actitud frustraba el trabajo de un equipo al completo? Tomás, por casualidad, había ido a ver los ensayos. Me apartó un segundo del grupo y mientras encendía la pipa me preguntó:

—¿Por qué crees que Pilar no quiere actuar?

—¿Ahora fumas en pipa?

—Verás, me da un aire intelectual. Responde a mi pregunta. —Dio una calada profunda—. ¿Por qué crees que Pilar no quiere actuar?

—Porque es una actriz caprichosa y estúpida.

—Vamos, Francisca, piensa un poco. ¿Por qué es infeliz Madame Bovary?

—Porque se siente atrapada entre lo que es y lo que desearía ser.

—Entonces, ¿por qué Pilar se comporta como se comporta?

La pregunta de Tomás exigía una respuesta más elaborada, así que reflexioné unos segundos.

—Porque se siente mayor, inútil, tiene miedo de hacer el ridículo y que la olviden. Y, como buena actriz, llama la

atención como señal de socorro. Se siente atrapada entre su edad y los papeles que desearía protagonizar.

—Pues ya sabes qué tienes que decirle.

Me acerqué al camerino de Pilar y la convencí para que volviera al escenario. Era obvio, si comprendía el problema podía hallar la solución. Tomás dominaba el arte de vivir con heridas y quizá por eso acariciaba las de los demás con acierto.

Nuestro vínculo, las novelas, seguía más vivo que nunca. Él continuaba prestándome libros y comentándolos conmigo. ¿Seguían ligadas sus recomendaciones al consejo que me quisiera dar? Por aquel entonces me prestó *Crimen y castigo*, quién sabe, quizá me veía tan soberbia como Rodión.

El incidente de los pechos había puesto la atención sobre nosotros y supimos aprovecharlo. Pero la buena ventura de la Green se forjó sobre algo más que aquel percance. El engranaje de la ciudad se movía mediante favores, negocios que se cerraban fuera de los despachos y contactos que te brindaban fiabilidad. Lo aprendí en los innumerables eventos de los Puig y observando cómo Jaume alcanzaba sus propósitos.

El caso es que Tomás nos abrió un sinfín de puertas gracias a las fiestas que, en Barcelona, reunían a artistas y empresarios de toda índole. Nos invitó a Anna y a mí a varios

saraos en los que conocimos a traductores, autores y empresarios. Noches de diversión a las que debíamos asistir si queríamos prosperar.

De nuevo había alcanzado una meta y empezaba a obsesionarme con otra. Y es que en las fiestas me tocaba interpretar el papel de la pueril vedete del Paralelo, mientras que otras eran consideradas actrices con mayúsculas por el simple hecho de actuar al otro lado de la ciudad. A fuego lento fue surgiendo en mí la ambición de actuar en uno de los teatros de las Ramblas y del paseo de Gràcia. Allí los teatros tenían más prestigio, más presupuesto, trataban temas más elevados. Necesitaba agradar a todo el mundo y olvidar para siempre que una o mil veces me llamaron fulana.

Muchos ancianos hablan del verano de 1916 como el más caluroso que recuerdan. Una noche de julio, el cónsul francés organizó una fiesta para obtener recursos de empresarios favorables a la Entente. Dinero, favores, buenos precios. España se había convertido en una de las fábricas de Europa y los negocios se sellaban con una copa en la mano. ¿Qué produces? ¿Comida? ¿Armas? ¿Ropa? Comamos y hablemos de precios y de comisiones. Aquella era la neutralidad española.

Tomás, Anna y una servidora llegamos a la plaza de la Universitat y entramos en uno de los portales. El cónsul poseía uno de los pisos más grandes que he visto jamás. Nos

sirvieron champán, queso, dulces y platos que retaban la imaginación mientras escuchábamos a una soprano que cantaba de fondo. Yo observaba al servicio algo contrariada. En el pasado había sido una de ellos, pero me había convertido en una mujer emperifollada a la que servían exquisiteces inalcanzables para sus bolsillos. Me preguntaba si estaba en el bando equivocado; si más que prosperar, debía colaborar para que se eliminara la servidumbre. Odiaba pensar que me estaba convirtiendo en uno de ellos. Esas reflexiones contrariaban mi estado de ánimo y me postraban ante el reino del pudor y la incomodidad.

El evento tenía lugar en dos salas adyacentes, la sala de estar y el comedor, unidos por una puerta coronada por un arco de medio punto abarrocado, adornado con espinas y hojas. Fuimos recibidas con una atención especial, éramos dos actrices del Paralelo. Algunos nos criticaban, otros nos alababan, pero nuestra presencia en la fiesta ayudaba a vender entradas. En plena conversación, el cónsul nos pidió que cantáramos un cuplé. Anna no me dejó ni pensarlo, aceptó de inmediato y yo asentí a regañadientes. Era una invitada, no entendía por qué debía entretener a mis semejantes. Decidimos que interpretaríamos «Los cuplés del Paralelo», nos repartimos las estrofas y nos acercamos a los tres músicos que amenizaban la velada junto a la soprano. Al terminar, nos aplaudieron con entusiasmo, pero viví el momento con un fuerte sentimiento de culpa, o quizá era orgullo, o tristeza. En definitiva, un malestar difícil de

comprender. Creo que me sentía como un mono de feria, de nuevo entre dos tierras. Qué inesperadas son las congojas que nos afligen.

Mientras nos ovacionaban vi a Guillem entre los invitados. Me observaba sonriendo. Dejé que Anna recibiera los halagos de los allí presentes, yo prefería saludar a mi compañero de la Green.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté cuando lo alcancé.

—Conozco íntimamente a una de las hijas del cónsul y me ha invitado.

Tomás se unió a nosotros y la fiesta siguió su curso, vaciando copas con la incansable soprano de fondo. Los corrillos fueron mutando, las conversaciones cambiando y el tono etílico fue en progresivo aumento. Las chicas de la fiesta, sofisticadas y perfumadas, bailaban erguidas y distantes, nada que ver con la soltura y el cuerpo a cuerpo que se llevaba en los *dancings* del Paralelo. Tomás y Guillem permanecieron a mi lado casi en todo momento; se llevaban muy bien, hablaban en la misma jerga jocosa y canalla.

—Guillem no te quita ojo de encima —me dijo Anna en varias ocasiones.

Comentarios como ese hicieron que despertara mi interés por él. Era un compañero, pero la velada alcanzaba todo su esplendor y mi cuerpo necesitaba un cariño que yo misma

me había negado durante quién sabía cuánto tiempo. Obvié esos pensamientos, no era la mejor noche para explorar nuevas sendas.

—Su actuación ha sido sublime, señorita Green —me dijo un hombre alto, refinado, de cara angulada y expresión relajada, cuyo rostro revelaba que no había roto un plato en su vida ni tenía intención de hacerlo, pero su mirada contradecía esa percepción. De maneras afrancesadas, desprendía aquel toque parisino, soberbio y juguetón, que empezaba a reconocer entre los procedentes de la capital del país vecino.

—Muchas gracias, señor...

—Picabia, Francis Picabia. Soy pintor y acabo de llegar de Nueva York con mi familia.

—Supongo que no es el mejor momento para instalarse en París. Espero que la guerra termine pronto.

—Tiene razón, señorita, yo también lo espero.

Como tantos otros artistas europeos, Picabia se refugió en Barcelona a la espera de que se terminara la Gran Guerra. Él, que sería unos de los abanderados del dadaísmo, se presentaba como un hombre corriente. Yo no conocía su pintura ni su relevancia en el mundo del arte. Sin embargo, Anna lo saludó con efusividad y se interesó por su obra y por el panorama artístico de Nueva York. Ella seguía

sorprendiéndome día tras día. Sin saber muy bien cómo, se alzaba como una experta en cualquier tema que surgiera. Arte, política, literatura. No se acostaba con quien no le ofreciera algo más que cariño. Si se encaprichaba de un artista pelagatos, por ejemplo, al menos mejoraba sus conocimientos artísticos. Éramos un tándem perfecto, ella entretenía a nuestras presas mientras yo hablaba, negociaba y conseguía favores para la compañía.

Aquella noche, Anna, Tomás, Guillem y una servidora formamos un grupo pintoresco. Quizá gracias a encuentros como aquel, Anna y Tomás consiguieron dejar atrás el pasado y construir una amistad basada en la jarana. Juntos vivimos infinidad de eventos mientras María Green encabezaba carteles y titulares de la agenda cultural. El dulce sabor del éxito embriaga y da una plácida sensación de paz.

Lo cierto es que después de aquella fiesta, harta de sentirme como pez fuera del agua, extranjera en cualquier círculo que me rodeara, me dejé llevar. Me relajé y los meses que siguieron invité a mi cama a los hombres que despertaron mi interés. Amantes ocasionales que me divertían y me entretenían. De noche, necesitaba calor, quería amor, y ellos me ofrecían devoción. De día, la compañía y sus miembros llenaban los recovecos de mi soledad. Yo era María Green, actriz, vedete, mujer que solo tenía que rendir cuentas a mi hermana y al público. O al menos viví con esa ilusión durante un tiempo.

La guinda llegó poco después. Durante el verano, el dinero entraba sobrio pero en cantidades alentadoras. Era el momento, el optimismo que nos guiaba me lo pedía a gritos. Les propuse a María y a Mercè que se mudaran a mi piso y se dedicaran exclusivamente a la compañía. No podían confeccionar ni la mitad del vestuario de los títulos que producíamos y no podían asistir a la mayoría de las funciones. Las necesitaba, las quería a mi lado. Además, podrían diseñar y coser para otras compañías o para las nuevas ricas de la ciudad. La guerra había limitado la importación de prendas del extranjero, sobre todo parisinas, y las había encarecido, de modo que se requerían manos e ingenio para vestir a la burguesía catalana. Mercè lo veía clarísimo, era el paso más lógico que debían dar. María, en cambio, opinaba lo contrario; no tenía sentido, si la suerte no las bendecía podían perderlo todo. Al menos, argumentaba mi hermana, en casa de los Puig llevaban una vida decente y podían permanecer juntas sin alarmar a nadie. Mi propuesta fue seguida de varios días de discusiones entre ellas, conversaciones que no acercaban sus posiciones.

Para tratar de convencer a mi hermana decidí invitarla a comer a casa. Cuando llegó, aún estaba cocinando, así que le pedí que me acompañara mientras terminaba de guisar.

—Sabes bien por qué te he llamado —le dije.

María me escuchaba sin mirarme mientras yo echaba vistazos a la olla más por incomodidad que para controlarla.

—Yo... estamos bien. Llevamos una buena vida. No veo qué necesidad hay de arriesgarme a perder lo que tengo. De verdad, estoy bien.

—Lo sé. Quizá os lo pedí porque me siento muy sola. Qué sé yo. Pero olvídate de eso, de mí, de los Puig. No llevas una vida... normal.

—Y tú tampoco.

—No sé cómo decírtelo. Ya sabes lo que les hacen a muchos hombres que... De vez en cuando encuentran a uno en la calle, muerto o apaleado. Allí no podéis sentirnos libres y me da miedo que...

María dirigió su mirada hacia la ventana de la cocina. Yo sabía que estaba removiéndome sus angustias, pero no podía callarme.

—Imagínate que le pasa algo a Mercè por... Ese es mi miedo. Aquí seréis libres.

—¿Y si sale mal? Si sucede algo y tu carrera se va al garete, ¿qué hacemos?

—¿Quién te dice que los Puig no pueden arruinarse y despediros?

Al cabo de unas semanas, María y Mercè se instalaron en el piso con varias maletas y la ilusión de vivir conmigo. Aquel mismo día llegaron dos sofás de dos plazas que nos acomodarían a las tres. Fue un gran paso para mi hermana. Entró en casa pregonando que teníamos razón, que aquella era la mejor decisión que podía tomar. Sin embargo, yo sabía que se mudaba por Mercè. Confeccionar vestidos le encantaba. Puntos, encajes, diseños, telas, modelos, volantes, ajustes, arreglos. María concebía ese lenguaje como una brisa fresca que le había ayudado a respirar entre fogones y trapos, pero no como el alimento que llenaría su estómago. No obstante, el bienestar de su amada pudo más que sus miedos. Observar cómo se instalaban, divertidas, con la ilusión de quien emprende una aventura, fue un alivio. Lo había conseguido, había sacado a mi hermana de casa de los Puig, había cumplido mi promesa. Sonreí al aire sintiéndome imparable.

Volvía a tener un hogar, lo construimos con María y Mercè. Me imaginaba a las tres, ya viejas, peleándonos y tomando un té. Ninguna de las tres llevaba la vida que se esperaba de nosotras cuando nacimos. Ninguna de las tres tenía dinero suficiente para vivir con despreocupación y, aun así, me proporcionaron riquezas que no se consiguen con dinero. Sin embargo, el impulso, la pulsión que me había guiado hasta entonces, seguía viva. Y allí, de pie, contemplando mi presente, supe que mi feudo se ampliaría a los teatros de las Ramblas, aunque no sería cosa fácil.

Capítulo XXVI

Siempre he relacionado el frío con las naranjas, quizá porque ambos llegan a Barcelona más o menos de la mano. Uno de mis pequeños placeres: el primer corte, ese que sirve para quitarle la piel. Esa incisión exhala un frescor que se impone sobre el resto de los aromas. Embriaga, se convierte en un perfume revitalizador. Joan odiaba las naranjas. No soportaba la fragancia, el sabor, ni siquiera la sensación que producen en el paladar. Nunca pude comerlas delante de él. Educado, se apartaba de mi lado para que las devorara con tranquilidad. Y luego no podía besarle durante un buen rato.

Enero de 1917 llegaba con un buen sabor de boca, pues en diciembre se había resuelto la enésima huelga de 1916 con paz y consenso. Muchos barceloneses recibieron el año con una jornada de sardanas organizada por la Joventut Catalanista de Barcelona en la plaza de la Constitució. Asistí

con mi hermana y Mercè y disfrutamos de uno de los pocos actos joviales al aire libre que se celebraron sin altercados. Y es que, poco después, se nombró gobernador a José Morote, quien aprovechó la jura de bandera de dos compañías de la Guardia Civil para llevar a cabo un desfile por el paseo de Gràcia. Era una exhibición del músculo represor del Estado y una clara provocación. El régimen de la Restauración, caduco e incapaz de escuchar las protestas de los obreros y de los catalanistas, consideraba la fuerza como única vía de comunicación. Quizá por eso empezaron a emerger los grupos de acción cenetistas y los pistoleros de ambos bandos.

Febrero fue un mes blanco. La bella alfombra de nieve que cubrió las calles no despertó las alegrías de antaño, pues supuso serias dificultades para la población. El carbón se encareció y las fuertes lluvias que siguieron dejaron sin casa a muchos vecinos del Somorrostro. Cocinar era caro, pues la mayoría de los fogones de la ciudad funcionaban con carbón, y también lo era protegerse del frío. Incluso el pan estaba llegando a precios desorbitados. Se estaba gestando la huelga general que no estallaría hasta agosto y sobraban los motivos para secundarla.

A pesar de todo, la Green seguía en racha y las circunstancias del Paralelo nos bendijeron con cierta estabilidad. Los hermanos Soriano vendieron el Suri a un empresario llamado Joan Fradera, que reformó la sala y le cambió el nombre. Pasó a llamarse Teatro Victoria. En él

habían actuado ya la Xirgu y Santpere, y se habían puesto en escena varias obras del señor Rusiñol. El teatro no tenía un público muy definido, era el Suri pero no lo era, ya no ofrecían variedades, ni subastas, ni animales exóticos. Durante la segunda quincena de enero, nuestra compañía recogió el testigo de la temporada de vodevil que había iniciado la compañía de Pepet y estrenamos *La primera reliscada*.

Trabajando sobre sus escenarios, nos enteramos de que el Victoria quería tomar un rumbo más lírico y ofrecer zarzuela. Así que nos arriesgamos y aceptamos el reto. El 11 de marzo estrenamos ¡*Si yo fuera rey!* y poco después *La canción del olvido*. Para ser sincera, podíamos escoger entre un sinfín de títulos en catalán y en castellano, ya que era un género muy prolífico en nuestra tierra. Algunas zarzuelas eran ligeras, otras más complejas, pero la música siempre se adecuaba a los deseos de un público desolado por la realidad. Qué sé yo, también probamos con *La reina mora*, de Serrano. Con la zarzuela se multiplicaba el trabajo. Tuvimos que buscar ayudantes para María y Andreu, una orquesta, tiples, vicetiples y una gran cantidad de actores y actrices muy superior en número al habitual en nuestra compañía. Por suerte, Guillem y Ricard habían participado en varios espectáculos de este estilo y su experiencia fue vital.

Además, creamos un espectáculo de variedades para el Folies, *Cuplés para el alma*, que se programaba todos los viernes. El repertorio se acercaba más a «El anarquista» que

a «La pulga», e intentábamos dotarlo de aquella distinción que la Jordi había aportado al vodevil. Escribí otros cuplés como «Mi alma», «El patrón borracho» o «La cigüeña», que tuvieron una gran acogida y que fueron musicados por Ricard.

Seguía con las Ramblas instaladas entre ceja y ceja, aunque estaba tan enfrascada con la Green que apenas me quedaba tiempo para pensar en ello. Sin embargo, todo indicaba que mis deseos iban a cumplirse. En mayo llegaron las primeras flores y, con ellas, una gran oportunidad. Sin comerlo ni beberlo, me ofrecieron actuar en el Poliorama. Después de una de las funciones de *La bella Ramoneta*, de Jiménez Moya, un hombre bajito y atlético, con bigote y gafas, llamó a la puerta del camerino. Vestida todavía con un traje de la función, lo recibí con curiosidad.

Me contó que dirigía la Companyia Turull de Sarsuela i Òpera, una empresa que normalmente trabajaba para el Poliorama y el Romea, aunque a veces también para el Principal y el Liceu. Estaban preparando *La Baldirona*, obra de Enric Morera con texto de Àngel Guimerà, para el Poliorama. Una zarzuela que había funcionado en el pasado y que querían reponer; estaban buscando a una actriz poco convencional.

Entendí el eufemismo y acepté el papel sin parpadear. Mis únicas condiciones: quería que María me vistiera y tener el mayor número de ensayos posible. El hombre manifestó una

gran alegría ante mi rotunda afirmación y predijo que sería un éxito. No obstante, prefería que hiciéramos una prueba con el protagonista antes de firmar el contrato.

Quería contárselo enseguida a la compañía, antes de que los rumores comenzaran a correr y para que supieran que no iba a abandonarlos. Así que los reuní en el pasillo que separaba los camerinos de las bambalinas, antes del siguiente pase. Si alguna de las funciones coincidía con las nuestras, les dije, Anna podía sustituirme con arte y salero. Todos mostraron más alegría que celo, y Anna expresó un júbilo excesivo y me pidió si podía acompañarme.

Situado en la Rambla dels Estudis, número 9, el Poliorama tenía pocos años de vida. Había sido la sede del primer cine de Barcelona, el Cine Martí. Tomás decía que la entrada del teatro, al fondo de un vestíbulo que recibía a los espectadores, parecía un inventario de los cánones modernistas. Allí triunfaría la gran María Fernanda Ladrón de Guevara, entre otras estrellas de los escenarios, y allí me dirigí para la prueba. La sala estaba vacía, crucé el pasillo entre las butacas acompañada de Anna y de la agitación. Subí la escalerita de madera habilitada solo para los ensayos y el crujido de la madera me avisó de que podía romperse. Mi futuro compañero de escena y don Enric me estaban esperando. Debía adoptar la misma actitud que cuando montamos la Green. Tomar lo que es mío. Sin embargo, el vértigo gana protagonismo cuando subes un peldaño en tu carrera.

Elías, mi pareja escénica, me abrigó con un compañerismo educado y comedido. Cuando acabamos de cantar las tres canciones, Enric subió al escenario junto a Anna. Tenía clarísimo que íbamos a triunfar. El director definió mi interpretación con tres palabras: espléndida, libre y emotiva. Contuve una lágrima de alegría. Atrás quedaban los días de la academia y las malas críticas. María Green estaba a punto de liderar un cartel del Poliorama. ¿Qué más quería?

Los cuatro nos dirigimos a la salida. Yo tenía función en el Folies, una de las pocas que hacía fuera de la Green, y tuve que salir corriendo, pero Anna se quedó charlando con ellos. Percibí que había hecho buenas migas con Elías. Enric me aseguró que tendría noticias suyas en breve. Sentía que mi escalera se acortaba y apuntaba hacia arriba. ¿Qué sería lo siguiente?

Las noticias de una revolución popular en Rusia centraban los debates de la ciudad. La Gran Guerra se alargaba y las ilusiones obreras reflataban en un lejano y frío país. El Paralelo continuaba ajeno a la barbarie europea, prefería concentrarse en el dinero de los extranjeros que seguían llegando a la ciudad.

María, Tomás y yo asistimos al estreno de *L'auca del senyor Esteve*. Santiago Rusiñol confió al teatro Victoria la versión teatral de su novela. Recuerdo cuando leí el libro en casa de Jaume. Lo terminé y no pude por menos que mirarle y reírme. Le pregunté si el autor se había basado en él para

escribirla. Jaume me respondió que su vida no tenía ningún interés en comparación con la trama del maestro. El caso es que Mercè no podía acompañarnos y nuestro arquitecto favorito pasó a buscarnos por casa. Paseamos tranquilamente hasta el Paralelo. Teníamos invitaciones, la tarde libre y el cobijo del buen tiempo.

Cuando llegamos al Victoria, nos topamos con Mercè y Joan. Estaban observando la fachada del teatro. Nos los encontramos de sopetón, de cara, no había posibilidad alguna de reaccionar.

—Hola —dije turbada y vacilando.

—Hola —respondió Joan, desconcertado.

—¿Cómo estás?

—María, pensaba que tu hermana y tú no podíais venir al estreno —dijo Mercè antes de que Joan respondiera. Estaba claro que no esperaba encontrarnos allí y que la situación la incomodaba.

—No, Mercè —me adelanté a la respuesta de María—, creía que eras tú la que no podía venir al estreno. —Pronunciadas estas palabras, miré a mi hermana enfadada. Acababa de entender su treta para reunirnos a todos.

—Bueno, nos sobran entradas, así que podemos verla todos —zanjó María—. No me miréis así, hagámoslo por los

viejos tiempos, cuando veníamos con el vestido que nos regaló Juana para disfrutar de un teatro prohibido.

Nadie podía negarse a semejante argumentación. Ni siquiera Tomás, cuyo odio hacia Joan superaba sus modales. Recogimos las entradas en la taquilla y esperamos a que abrieran las puertas de la sala. Joan me hizo preguntas sobre la nueva compañía y bromeó sobre mis escasas habilidades culinarias. Yo reía, me gustaba saber de él, pero la conversación carecía de naturalidad. Y es que Tomás se esforzaba por no hacer comentarios incómodos, María quería ganarse la simpatía de Joan, Joan no me quitaba el ojo de encima, Mercè no gestionaba muy bien las situaciones complejas y yo me sentía en el centro del drama.

Finalmente entramos en la sala y yo me senté en el peor lugar, entre Joan y Tomás. Nada les debía a ninguno de los dos, pero me sentía atrapada entre dos abismos en los que, si no me andaba con cuidado, podía precipitarme.

De la obra poco recuerdo. Me esmeré en evitar que mi rodilla rozara la de Tomás o que mis dedos, sobre el reposabrazos, palparan por error los de Joan. No me apetecía ser ni la víctima ni la causa de más equívocos. De acuerdo, deseaba que mis dedos se encontraran con los del anarquista, pero ya se sabe que las actrices tenemos oficio para disimular.

La función finalizó y huimos hacia el exterior del edificio.

Nuestro teatrillo había terminado, habíamos hecho la puesta en escena con inverosímil naturalidad y, al fin, podíamos bajar el telón y olvidar lo ocurrido. Pero María no parecía satisfecha de su fechoría.

—¿Por qué no vamos a tomar algo al Español? Ya que estamos reviviendo viejas costumbres...

—Hermana —dije con cierta agresividad—, quizá sería bueno que nos fuéramos a casa, ya sabes que mañana tenemos...

—Un café no te hará daño, Francisca —intervino Joan—. Seguro que podemos sentarnos a una mesa sin que empiece otra Gran Guerra.

Joan empezó a caminar en dirección al Español con la chaqueta en la mano y sin dar importancia alguna al enredo. Miré a Tomás, que se encogió de hombros y siguió los pasos del anarquista. Acto seguido, con una mueca mostré mi odio a María y ella, a cambio, se rio y me guiñó el ojo. Luego se adelantó forzando una conversación con Joan.

—Francisca, si sobrevivimos, María nos tendrá que preparar un manjar para compensarnos por esto —dijo Mercè rodeándome con su brazo y empujándome con dulzura en dirección al local.

Tardamos algunos minutos en encontrar mesa, hasta que Mercè, con su vista de lince, cazó una libre en el otro

extremo del café y corrió para ocuparla. Nos sentamos, el camarero tomó la comanda y luego la conversación fue subiendo de tono. Quizá afectados por el calor del local o por el efecto del alcohol, Joan y Tomás se enzarzaron en una discusión política.

—Verás, las huelgas convocadas el año pasado no han servido de mucho. Por eso, tu CNT ha tenido que buscarse una hermanita mayor. Han pasado semanas desde el pacto de Zaragoza y no habéis movido un dedo —dijo Tomás.

—El acercamiento a la UGT nos beneficia a todos. Además, la huelga de diciembre fue un éxito. Hasta las clases medias se sumaron a ella. —Joan cogía el vaso con la mano derecha para no señalar a Tomás. Sabía que cuando hablaba tenía esa manía y que podía parecer agresivo—. Claro, somos más fuertes, somos más que vosotros, eso es lo que os da miedo.

—Oye, que yo soy arquitecto. Ni soy patrón ni quiero serlo.

Tomás apoyaba la espalda en el respaldo y observaba la escena desde la distancia, como quien no quiere implicarse más de la cuenta.

—Es intolerable, las familias no pueden pagarse la comida y mucho menos la ropa. Y no te digo lo que tienen que hacer si caen enfermos.

—Han subido los salarios, no me digas que no se han hecho concesiones.

—Pero el aumento salarial no es equiparable a la subida de los precios. Si seguís así, llegará una revolución verdadera y os arrepentiréis.

—Qué curioso, pensaba que era lo que querías.

—Chicos, me aburrís. —Di un golpe suave en la mesa—. Llevamos media hora en este bar y no habéis dejado de discutir.

Me levanté de la mesa y, sin despedirme, me dirigí a la salida. Me detuvieron varias veces para alabar mi actuación en *Cuplés para el alma*. Agradecí todas y cada una de las palabras y, al fin, alcancé la puerta.

Ya en la calle, oí una voz masculina que gritaba mi nombre. Hice caso omiso y eché a andar sin un rumbo fijo. Pero la voz de Joan seguía llamándome. Corrió hacia mí y me preguntó si podía acompañarme. No pude negarme a que caminara a mi lado.

Entramos por la calle del Parlament y nos dirigimos a mi casa. Joan hablaba sin pausa sobre lo que se rumoreaba en la *Soli*: la Gran Guerra se había colado entre sus redactores. Ya lo he comentado alguna vez, el barcelonés se consideraba neutral aunque, si debía escoger bando, se posicionaba a favor de la Entente y no de la Triple Alianza. Sin embargo, Barcelona era una ciudad donde los espías y los infiltrados de ambas facciones campaban a sus anchas, muchas veces

discutiendo a balazos con sus contrarios. La policía, muy ocupada con las revueltas obreras autóctonas, apenas tenía tiempo para preocuparse por las trifulcas de los extranjeros, que eran ya una realidad incómoda y peliaguda para la ciudad. Aquel era el contexto cuando se empezó a sospechar que dos redactores de *Solidaridad Obrera* recibían dinero de los alemanes con el objeto de mejorar la imagen de los germanos entre la clase obrera. A Joan le indignaba aquella situación. También le molestaba la simpatía que los alemanes despertaban entre los socialistas o el sinfín de situaciones que veía a diario en las que no era cierta la equidistancia que se pregonaba.

Por todo ello, él consideraba que la neutralidad barcelonesa era una falacia y que ser pacifista era absurdo porque nos encontrábamos en medio de una guerra que implicaba a nuestros vecinos y de una revolución en Petrogrado. Más que nunca, debíamos optar por un bando, y para él, la Entente era la elección correcta porque Rusia formaba parte de ella. Joan ya hablaba de revolución, pero nadie sabía en qué iban a quedar los hechos de febrero y marzo, cuando el pueblo ruso protestó enérgicamente por las penurias que debía soportar y pidió la abdicación del zar Nicolás II.

El ejército se puso del lado de la gente, así que el zar perdió el poder, acabando con su monarquía autárquica. Se formó entonces un gobierno provisional compuesto por el Comité Provisional de la Duma y el Comité Ejecutivo del Sóviet de

Petrogrado. Aquel fue el primer paso de todo lo que sucedió después.

—¿Lo entiendes? —siguió contándome Joan, de nuevo centrado en lo que sucedía en Barcelona—. El manifiesto de marzo fue firmado por ugetistas, cenetistas y miembros del Partido Socialista. Por fin nos hemos unido con un objetivo común. Este año se va a convocar una huelga general revolucionaria. Eso es mucho, ¡mucho! No solo se quiere que el gobierno entre en razón y tome medidas para solucionar la crisis de subsistencia y las condiciones de trabajo, no. Se pide una transformación completa de la estructura y la economía del país. Y si esa puerta se abre... ¿qué no se podrá conseguir? Dice Salvador Seguí que podría llegar a sumarse incluso el ejército o, al menos, las Juntas de Defensa.

Y así llegamos al portal. La noche protegió nuestras intenciones, disimuladas con la charla, hasta que el silencio las puso de manifiesto. Le invité a subir a la azotea, aunque me arrepentí de inmediato. El cielo estaba precioso y no me apetecía esconderlo tras un techo. Ni una sola nube ocultaba el manto de estrellas eternas. La temperatura era agradable y una brisa fresca amortiguaba los primeros destellos de calor que apuntaban hacia el verano. Él sonrió y aceptó mi oferta. Subimos las escaleras, me detuve en casa para coger la llave y una manta, y seguimos hasta el último piso.

Joan inspeccionó el terreno para escoger el mejor lugar de la azotea. Pusimos la manta en el suelo y nos acomodamos.

Hablando de la Green, le conté que tenía miedo de despertar, que me parecía imposible pero lo había conseguido.

—Después de dejar a Jaume, debería haber apostado por nuestra compañía. Llevaba su apellido en el nombre, lo sé, pero la había construido yo con mi trabajo. No me voy a extender con este tema. Solo te diré que los teatros me cerraron sus puertas. Los motivos ya no son importantes. Y si te soy sincera, ahora está siendo demasiado fácil, tanto que estoy asustada. La Green es mi familia, eso sí te lo puedo decir con seguridad. Además, no estoy sola al mando. Mercè lleva las cuentas, María se ocupa de la parte artística, Andreu construye los decorados y se ocupa de la logística, y Guillem y yo de los libretos, los actores y los tratos con los teatros. Por fin la vida parece sencilla.

—Me alegro. Pero sois una compañía de zarzuela, de vodevil, de *music hall* o de...

—No lo sé. Intentamos hacer lo que nos apetece. Y cuando ya no nos dejen, nos adaptaremos a lo que haya.

Sentados, con la espalda apoyada en uno de los muros que delimitaba la azotea, lo sentía lejos de mí. Por eso me apoyé en su pecho, escuché su corazón, y eso me reconfortó. Joan volvió a la política, quizá porque eso lo salvaba de hablar de intimidades, quizá porque yo le pregunté:

—Si esa huelga general tuya sale bien, ¿qué vas a hacer? ¿Entrarás en política?

—Estoy pensando en trabajar como periodista. Alguien tiene que contar la verdad. —Suspiró—. Te miro y veo que eres todo lo que deseabas ser. ¿Qué se siente cuando se alcanza la meta?

—No lo sé, Joan. A cualquiera que me lo pregunte le diré que felicidad y orgullo. Pero luego, muchas noches, en mi habitación, me miro al espejo y me veo sola y triste. La melancolía me invade y me siento miserable. Y no lo entiendo.

Empezaba a tener frío. Joan pasó su brazo por mi espalda y me abrazó.

—Mira, te iba a decir, sin pensar, que eso te pasa porque te falta un hombre. Pero te conozco y sé que no es eso en tu caso. —Sonrió con la vista puesta en las estrellas.

Nos callamos y ambos observamos el cielo. Como acto instintivo, agarré su mano libre y nuestros dedos se entrecruzaron.

No quería hablar, quería detener el tiempo, respirar hondo y soñar que aquel momento podía alargarse durante el resto de nuestras vidas. Y un dolor fuerte e intenso inundó mi vientre, la culpa volvía a instalarse en el recuerdo de Las Fuentes.

—Joan, te besaría, pero no sé qué me pasa. No me atrevo. Creo que no me merezco besarte.

—¿Sabes? Piensas demasiado. A veces, un beso es solo un beso.

Así que me lancé sobre sus labios y él me devolvió el beso. No fue tierno, no fue bonito, éramos dos animales que deseaban convertirse en uno. Joan me cogió la nuca con una mano y la espalda con la otra y me tumbó en el suelo. Se colocó encima de mí y siguió besándome. No necesitábamos decirnos más.

Creo que dudó unos segundos sobre si quitarse la ropa o no, así que, aprovechando que se incorporó para recuperar aire, me liberé de la chaqueta y de la blusa. Él sonrió, pícaro, con la lengua en la comisura de la boca, cual niño a punto de comer chocolate a escondidas. Tardó muy poco en deshacerse de la camisa. Entonces recorrimos las espaldas, los brazos y la cara del otro. Caricias deleitosas que formaban un volcán de emociones compartidas.

Y terminamos desnudos, fundiéndonos con las estrellas, fluyendo entre sensaciones conocidas que sabían como nuevas y explosivas. No dejé que el miedo estropeará el instante. La pasión se relajó y fuimos incapaces de abandonar la azotea. Permanecemos abrazados, desnudos en el suelo, sin otra obligación que respirar y disfrutar de las vistas.

—Hacía mucho tiempo que no estaba tan a gusto —me dijo Joan una y otra vez.

Decidimos ponernos a resguardo en mi habitación, y Joan pasó la noche a mi lado. No podía creer que estuviera durmiendo abrazado a mí. Amaneció demasiado pronto pero holgazaneamos durante parte de la mañana. Las obligaciones nos esperaban, así que finalmente me levanté y abrí las contraventanas para que la habitación se llenara de aire fresco. Y allí, desde la cama, sin decirme ni buenos días, oí su voz.

—Francisca, estoy prometido.

Una espiral de sensaciones contrapuestas recorrió mis nervios. ¿Debía enfadarme? ¿Qué esperaba realmente de aquella noche? Ojalá existiera un momento importante en la vida que se resolviera sin hacer más preguntas.

—Vaya, al menos no soy la única que ha sido infiel.

Me arrepentí de estas palabras en cuanto salieron de mi boca. El Joan que conocí años atrás, el que jugaba a ser anarquista mientras se escondía en su buhardilla, habría enfurecido. En cambio, se rio y se disculpó por no habérmelo dicho antes. El humor no alejó la contrariedad de la conversación posterior. Convinimos que saliera a hurtadillas para que ni mi hermana ni su prima se percataran de lo sucedido. Así que me cubrí con un camisón y él buscó por la

estancia las prendas que había bajado de la azotea hechas un rebujo. Mientras se abrochaba la camisa yo miré por la ventana, ausente de mis emociones. Supongo que no quería ser testigo de una segunda pérdida.

Abrí la puerta de la habitación, me cercioré de que no hubiera moros en la costa y, con un gesto, le indiqué que me siguiera hasta el recibidor. No sabía qué decirle, así que balbuceé:

—¿Debo darte un beso?

—Francisca, ayer te dije que...

—Sí, ya lo sé. Que a veces un beso es solo un beso. ¿Desde cuándo eres tú el poeta?

Sonrió ofendido. Se acercó, me besó y se fue. Yo me quedé mirando cómo su espalda desaparecía por las escaleras sin saber muy bien qué nos depararía el futuro. Me negaba a cerrar la puerta. Pensaba que al hacerlo sellaría otro final con mi anarquista.

Busqué a María y a Mercè, pero no estaban en casa. Sí, le había obligado a salir furtivamente, pero necesitaba hablar con mi hermana. Ella siempre me ayudaba a ver lo que mi ciega vanidad me ocultaba. Así que volví a la sala y me senté en un sofá, con la mirada perdida y el corazón y la cabeza encogidos. La tranquilidad duró muy poco, porque enseguida llamaron a la puerta.

Mi corazón se detuvo. Me levanté como un trueno y fui a abrir esperando que fuera Joan. Pensé en los posibles motivos de su regreso, pero decidí serenarme. A veces, un beso es solo un beso. Cuando abrí, la decepción se debió de reflejar en mi rostro. Cómo mínimo, el hombre que estaba en el rellano así lo percibió.

—Sí, Francisca, no soy él.

Tomás estaba de pie, con unas ojeras pronunciadas y la misma ropa de la noche anterior.

—¿Qué haces aquí?

—Has pasado la noche con él, ¿verdad?

—¿Pero qué...?

Sus ojos inyectados en furia me observaban inquisidores. Las intenciones de Tomás no eran claras y no me apetecía leer entre líneas. Pareció que se calmaba, agachó la cabeza y entró. Fuimos a la sala y nos sentamos cada uno en un sofá. El cielo amenazaba con lluvia y me pregunté si era un presagio de lo que estaba a punto de suceder.

—He pasado la noche abajo —dijo él—. Ayer vi cómo salía detrás de ti y os seguí. —Levantó el brazo señalando las escaleras—. Él acaba de salir. No lo niegues, ha dormido aquí.

—Pero, Tomás, ¿qué te pasa? —Me estaba alterando, no sabía a santo de qué me interrogaba—. No entiendo nada.

—Francisca, no vuelvas con él, no te conviene, él no es nadie y tú vales un imperio. No te rebajes a...

Un pequeño halo de ira se instaló en mi garganta. ¿Cómo se atrevía a decirme lo que me convenía o no? ¿Por qué había hecho guardia en mi puerta como si yo fuera de su propiedad? Respiré profundamente.

—Perdona, Tomás, pero no te incumbe. No has dormido, dices sandeces. De verdad, me da miedo que se te vaya de nuevo la cabeza. Por favor, ve a casa...

—¿Acaso no lo entiendes?! —De repente se puso a gritar—. Te va a hundir otra vez, vas a acabar mal y yo no podré salvarte, yo no soy Jaume. Joan es un pelanas. —Se levantó y continuó su discurso caminando obsesivamente—. Otro revolucionario de pacotilla que no tiene lo necesario para llevar a cabo lo que pregona. Y eso se extiende a ti, Francisca, no creo que cumpla ninguna de las promesas que te haya hecho.

—No necesito que nadie me salve de nada. —Intentaba controlarme, no quería empeorar las cosas.

—¡Mírate! Mira dónde vives. Puedes conseguir a quien quieras. Y en vez de...

Un arretrato de cólera me dominó. Me sentí ultrajada, insultada. No comprendía cómo tenía la desfachatez de considerarse mi guardaespaldas, el mentor de mi virtud. ¿Cómo se atrevía a decirme lo que tenía que hacer? Y ahora, con la distancia, siento que algo más explotó en ese momento, un sentimiento que albergaba desde el día que le conocí y que no supe contener.

—¿En vez de qué, eh, Tomás? ¿En vez de contigo? —Me levanté—. Quieres que sea tuya y de nadie más, ¿no? ¿Es eso lo que quieres? ¿Eh?

No pensaba, no razonaba, tan solo me dejaba llevar por mi enfado. Él se sentó en el sofá, desarmado.

—¿Quieres acostarte conmigo? Es eso lo que queréis todos, ¿no? —dije gritando y fuera de mí.

Cuando cayó su primera lágrima, me di cuenta de que había sobrepasado varios límites. Volví en mí y supe que le había faltado al respeto con mi enajenación. Le pedí perdón. Él lloraba, incapaz de decir nada. No sabía cómo ayudarlo, cómo ayudarnos.

Tomás no se dignaba mirarme. Me senté a su lado, concentrada de nuevo en el blanco de la pared.

—Lo siento, no quería entrar aquí y... Yo... No sé lo que quiero.

—No, discúlpame tú a mí, no sé qué me ha pasado. Yo soy solo una mujer. No sé qué esperas de mí.

Tomás se secó los ojos con la mano derecha y, sin mirarme, cogió la mía. Completamente abandonado en el sofá, murmuró:

—No lo sé, no sé ni qué espero de mí.

—Tomás, no creo que estemos enamorados el uno del otro y está fuera de lugar que montes guardia en mi casa. Y qué sé yo, ¿quieres algo de mí? Conquistame, da un paso, cuéntamelo.

—Ya lo sé, no soy lo suficientemente hombre ni para conquistarte.

Se detuvo. Parecía que buscaba las palabras que no había hallado desde que nos conocimos, unas palabras que darían sentido al desconsuelo que mi mejor amigo demostraba con arranques y desplantes. Le solté la mano y le rodeé la espalda con mi brazo. Con suavidad, le dije:

—Desconozco lo que sucede en tu interior, a veces pienso que tan solo estás muy asustado, pero ese miedo te convierte en quien no eres, Tomás. Te empeñas en autodestruirte, en meterte en situaciones como esta que solo te causan dolor. —Hice una pausa antes de proseguir— : Imagínate que me enamoro de ti. Disfrutarías de mí, del triunfo, del amor. Y luego pasaría el tiempo y te aburrirías o

dejarías de encontrarle sentido. Empezarías a quejarte, a beber, o qué sé yo. —Miré hacia el techo y sonreí—. A veces, el amor es solo amor.

—Yo... No quiero acostarme contigo. No quiero casarme contigo. Creo que ni siquiera estoy enamorado de ti. Yo solo quiero que estés bien, de verdad. Y no sé cómo hacerlo.

—Estoy bien cuando te comportas como un amigo, no como un loco. Y te agradezco de corazón la preocupación, pero creo que deberías invertir esa preocupación en ti, no en mí.

Le abracé y él me estrechó contra su torso con mucha fuerza. Olvidamos lo ocurrido y rememoramos momentos del pasado lejano. Hablamos de los sueños de aquel Tomás, de aquella Francisca, de los años vividos, de la tristeza, de la alegría.

Circulamos por la vida con miedo a ser desollados por las verdades que nos ocultamos. Entre torrentes de obligaciones y pistas de lo que ansiamos, nos convertimos en nuestros propios verdugos. Y es que solo un auténtico amigo tiene el valor de avisarte cuando tú misma te estás atando la soga al cuello.

Capítulo XXVII

Un retrato. Joan y yo, de pie, en el corazón de una selva, un paisaje artificial. A día de hoy, aún puedes fotografiarte en África o en París sin salir del Paralelo. «La avenida de las ilusiones», la llamaba María. Nos la tomaron en una visita a la avenida, cuando aún éramos jóvenes y nos prometíamos amor eterno. La puse sobre la mesita de noche en el hostel Las Fuentes. Luego, ya en casa de Jaume, no la podía dejar a la vista, así que la guardaba en el costurero, donde él nunca metía la mano. Cuando me instalé en el piso, la coloqué en el tocador, encajada entre el espejo y el marco de madera blanca que lo rodeaba. Tras unas semanas decidí esconderla en el fondo del armario. Cuando se fue Tomás, lo primero que hice fue buscarla. El tiempo la había arrugado, le había agrietado las puntas.

La vida sigue y las obligaciones no perdonan, así que después de charlar un rato con Tomás, me fui volando al Victoria. Me esperaba una función doble y no me sentía

preparada. Pensaba que ofrecería una pésima actuación porque había gastado las emociones en la cama y en la sala, con los dos hombres de mi vida. Sin embargo, me entregué al personaje con una intensidad inaudita. Lloré desde el terror que el futuro inmediato me causaba y mostré la felicidad que los brazos de Joan me habían proporcionado la noche anterior. De hecho, los sentimientos surgían con tal ímpetu que me olvidé de algunas líneas, de algunas notas, de que la obra era una ficción.

Tras declamar los últimos versos, las luces dejaron de enfocar a María Green e iluminaron a Francisca. Aplausos, saludos, felicitaciones a los compañeros, camerino, desmaquillarse, algún espectador encantado al que saludar. Cuando salí del teatro, allí estaba Joan, apoyado en la pared, fumando un cigarrillo con esmero, ajeno al bullicio de su alrededor.

Me saludó, le saludé. Me contó que había visto el segundo pase y admitió que teníamos que hablar. Me tranquilizó que hubiera acudido al teatro y no hubiera huido de la noche anterior. No obstante, no nos atrevimos a abrir la caja de Pandora. Paseamos en dirección a las Ramblas cogidos de la mano, hablamos de la obra, de su último artículo, en el que reflexionaba sobre el cambio del proceso de producción en los campos colectivizados. Su prometida no apareció en la conversación. Recuerdo que pasamos por delante de los almacenes El Indio, en la calle del Carme. Siempre me ha encandilado la cantidad de toallas, ropa de cama y

mantelerías que exponen. Podía perderme durante horas en el interior. Vi una toalla verde esmeralda en el escaparate, me encapriché de ella y la compré.

Y como si de una cita se tratara, me acompañó a casa, le invité a subir a la azotea y disfrutamos de unas estrellas que brillaban tanto como nuestra pasión. Aquel día ni siquiera cenamos. Pero un beso es un beso, así que nos dimos uno y luego otro, y finalmente me arrancó la ropa como si le fuera la vida en ello.

Dormimos en la cama, abrazados, ajenos a los peligros de nuestro amor. A la mañana siguiente, él se fue temprano a trabajar y yo permanecí en la habitación sola, con la hermosa foto en la mano y la felicidad en el semblante. No fue un hecho aislado. Joan me vino a buscar varias tardes, no seguidas, pero sí con asiduidad. Al terminar la jornada deseaba encontrarlo en la puerta del teatro. Las noches que no aparecía me sumía en la más absoluta tristeza; pero si estaba esperándome, la vida adquiría un matiz explosivo y jovial. Cuando el calor, la alegría y el miedo se presentan en tu camino, sabes que has tomado la senda del amor. Hablábamos de los intereses del otro con un respeto y una curiosidad inauditos hasta ese momento. Por ejemplo, recuerdo un anochecer en el camerino del Victoria. Por aquel entonces era una sala rectangular con dos sofás, dos tocadores, un armario, varios colgadores y una estantería con esferas de madera sobre las que descansaban las pelucas.

—¿Cómo es actuar?

—¿Qué quieres decir?

—Subes al escenario y cambias la voz, incluso los andares. Lloras, ríes, cantas, enseñas los muslos o te recatas según el personaje. ¿Qué sientes? ¿Finges? ¿Realmente vives las emociones de tus personajes?

—Podría decir que, casi siempre, sí. Quiero decir, cuando sube el telón, desaparezco y fluyen las desventuras de la mujer que interpreto. Por eso la preparación es importante. Vestirse, colocarse la peluca, el maquillaje. Es como si con ese disfraz, poco a poco, te deshicieras de tu piel y te colocaras la de otra mujer. ¿No te has fijado que cuando acaba una función permanezco ausente durante unos minutos?

—Me parece fascinante cómo te transformas en otra persona. A veces me gustaría ser otro hombre, al menos por un día.

—De todas maneras, piensa que por mucho que María Green se disfrace, los personajes respiran a través de mis pulmones y mi corazón bombea su sangre.

Junio apareció acompañado de un calor extenuante, y Joan y yo jugábamos a los enamorados. Andaba tan embelesada por nuestros amoríos que no advertí la ausencia de noticias de Enric, el director de la obra del Poliorama. Me había

asegurado que deseaba estrenar ese mismo mes pero no respondía a los mensajes que le enviaba. Instalamos un teléfono en casa para facilitar la comunicación de la compañía pero tampoco ese método fue efectivo. Tan solo me quedaba una opción: presentarme en el teatro y pedirle explicaciones. No sabía si eran imaginaciones mías, pero percibía que él había perdido interés en la propuesta.

Una mañana, recién levantada, observaba la ciudad desde la ventana de la sala cuando María entró y me interpeló.

—¿Me quieres contar qué sucede?

Ella, de pie ante mí, sostenía entre las manos una bandeja con pan, mermeladas, embutido, tomate, aceite y café. Nuestro desayuno. La dejó sobre la mesa y se sentó en una silla. Apoyó el moflete en la palma de una mano y cogió un panecillo con la otra, lo colocó en el plato y volvió a alzar la mirada esperando mis explicaciones. Poco me costó.

—Hace semanas que me acuesto con Joan. Bueno, no solo eso. Compartimos tardes, momentos —expliqué con timidez.

—Eso ya lo sabemos. ¿Me vas a contar qué sucede?

María untaba mantequilla en el pan con la precisión de una escultora. Yo no sabía por dónde empezar, qué parte de nuestra nueva historia era ficción y cuál realidad.

—Está prometido. Y no sé ni con quién. No somos capaces de hablar de los conflictos que hay entre nosotros. ¿Soy la otra?

A través de mis ojos manifesté la tensión causada por la explosión del amor y todas mis dudas. María no se inmutó, buscaba la manera de darme consejo con claridad.

—¿Y cuál es el problema?

No lo pude evitar, las lágrimas cayeron por mis mejillas sin contención, los mocos me taponaron la nariz y mi garganta se secó, era como si tuviera varios cuchillos clavados en ella. Abracé mi cuerpo para contenerme, intentando calmarme. María me conocía, por eso no me dio tregua.

—Lo entiendo, pero tú dices que no habéis hablado. ¿Estás segura de que Joan sigue queriendo una esposa, una madre?

—No. Quizá sí. Joan siempre ha querido eso. Qué sé yo.

Me tapaba la cara con las manos, muerta de vergüenza. Pero mi hermana seguía insistiendo.

—Y el de ahora, ¿quiere eso? Quiero decir, hace años, cuando le conocí, no parecía la clase de chico que se acostaría con una vedete estando prometido. Entonces, ¿por qué decides tú lo que él desea?

—Porque las posibles respuestas me aterrorizan.

—Ya. Tú verás lo que haces.

Me sequé las lágrimas, me acerqué a la mesa y me senté mientras mi hermana me servía el desayuno.

—No me odies por decirte la verdad, hermana. Eres una mujer excepcional en todos los sentidos excepto en el amor.

Permanecí hierática mientras María, que no deseaba extenderse más sobre el tema, desvió la conversación hacia el vestuario de *La senyora vol un nen*. Hablamos sobre las nuevas telas importadas de Oriente que acababa de adquirir y sobre el vestido de noche que le había encargado una de sus clientas.

Me evadí de mis preocupaciones intentando memorizar el texto de no recuerdo qué obra hasta que llegó la hora de ir al teatro. Otra función, aplausos, camerino, maquillaje, vestuario.

Qué curioso es el instinto. Cuántas veces nos alerta y qué poco lo escuchamos. Después de la función me encerré en el camerino para encontrar un poco de paz y preguntándome si Joan me estaba aguardando en el exterior.

Anna abrió la puerta sin llamar y entró sigilosa, con una expresión indescifrable. La observé a través del espejo, preocupada. Se sentó en el sofá que estaba encarado al tocador y no abrió la boca. Giré la silla, la observé y le dije:

—Suéltalo, querida amiga. Dime qué ha pasado y cómo puedo ayudarte.

—No hay forma suave de decir esto. Me han ofrecido protagonizar *La Baldirona* en el Poliorama. Eso significa que no lo harás tú.

Anna permanecía sentada, con las manos entrecruzadas apoyadas sobre las rodillas, la cabeza gacha, mirando el suelo, y hablando con más pausas de lo habitual en ella. Levantó entonces la mirada, que se cruzó con la mía.

—El día de la prueba hice muy buenas migas con Enric. Nos hemos enamorado. Te costará entenderlo, puede que no me creas, pero es amor de verdad. Me quiere sin reserva. Cree que tengo mucho talento y... solo puedo decirte que lo siento.

—Ya que me acabas de clavar un puñal, al menos no insultes mi inteligencia. Vete, no quiero verte más.

Giré de nuevo la silla y seguí desmaquillándome como si nuestra conversación no hubiera tenido lugar, disimulando una ira que, si la desataba, no nos traería beneficio alguno. Nuestro tenso mutismo decía más que el conjunto de obras que se habían declamado en Barcelona aquella tarde.

—Tú habrías hecho lo mismo, Francisca.

—Yo no...

No terminé la frase. Si lo hubiera hecho, habría sido yo quien hubiera insultado su inteligencia.

—La vida es así, el teatro es así. Sabes lo que hemos pasado juntas, separadas, lo que nos ha costado conseguir lo que tenemos. Tú tienes tu compañía, te saldrán otras oportunidades. Concédeme esta.

—¿Que te la conceda? ¿Acaso es mía? —contesté mirándola fijamente a través del cristal—. Dime, si te pidiera que renunciaras, ¿lo harías?

Anna no respondió y yo me encaré de nuevo con ella. Quería dejar claro que nada la exoneraría de la traición.

—Te he dado cobijo, trabajo, amistad. No me hables de bobadas. Somos mujeres, deberíamos apoyarnos, no...

—No somos amigas, Francisca, no te equivoques. Tú me has utilizado, siempre he sido tu sombra y eso te ha venido de perlas. Me has usado en tus obras, en tus fiestas, me has ninguneado ofreciéndome papeles secundarios. Tú harías lo mismo, ya lo hiciste, pero esto no es una venganza. Es mi turno, me ofrecen una oportunidad y quiero aprovecharla. Sí, lo sé, esto te perjudica. Pero no la voy a dejar escapar para que tú sigas en el candelero.

—En la Green habrías crecido sin necesidad de traicionarme. —Me levanté mientras tiraba con violencia un algodoncillo al suelo—. Habrías encabezado carteles. Pero

ahora vuelves a estar sola y a tu merced. No quiero verte nunca más, ya te lo he dicho. Y cuida que nuestros caminos no vuelvan a encontrarse, porque te aseguro que te voy a aplastar.

—En algo te equivocas, María Green.

Anna se levantó y se dirigió a la puerta con celeridad. La abrió y, antes de salir, sentenció:

—A tu lado, siempre he estado sola.

Cerró la puerta tras de sí y yo me acerqué al sofá para golpear los cojines. Grité y la maldije. Tardé en calmarme y cuando lo logré, terminé de cambiarme y abandoné el camerino. Salí con intención de dirigirme al Poliorama. Removería cielo y tierra para que me devolvieran el papel. Sin embargo, el bullicio de la avenida me detuvo, siempre lo hacía, siempre me pausaba. Me convertí en actriz para dedicar mis horas al entretenimiento y al arte, y, sin el público, sin ese bullicio que los focos silenciaban, mi trabajo carecía de sentido. «Permanece un rato observando a los transeúntes del Paralelo y descubrirás mil y una historias», solía decir Guillem. «¿Y mi historia? —me pregunté—. ¿Cuál es mi historia?»

Cambié el rumbo y tomé un tranvía. Sants no estaba tan lejos como para no tratar de solucionar mis dudas. Sentada, viendo desaparecer la avenida por la ventanilla, caí en la

cuenta: ¿y si ella estaba allí? ¿Tenía derecho a presentarme en su casa? Llevaba un sobre vacío en la chaqueta. Si ella me abría, podía decirle que había ido para entregarle una carta de su prima. O que su prima estaba enferma. Qué sé yo.

Fue Joan quien me recibió. Me pidió que entrara sin reparo alguno, así que me tranquilicé. Al menos, no estaba acompañado. La cama, el armario, la mesa, las sillas, parecía un viaje al pasado. No le concedí ni un segundo para que me invitara a sentarme o me ofreciera un refrigerio. Estando ambos aún de pie, hablé.

—Joan, no sé cómo decírtelo, pero estoy algo desconcertada y muerta de miedo. Nos vemos casi a diario, pero no hablamos y no quiero cometer el mismo error que antaño. Hay que hablar de las cosas que nos ocurren, tenemos que enfrentarnos al hecho de que tú estás prometido y yo soy la otra.

—No te preocupes por eso, rompí el compromiso hace algunos días.

—¿Cómo? ¿Por qué no me lo dijiste?

—No lo sé, supongo que tenía miedo de que te asustaras si te lo decía. Pero no podía continuar engañando a Dolors... —hizo una pausa y se sentó en la cama—, traicionándola con mi antigua novia. Te quiero. Y tú me quieres. Tú dirás qué hacemos ahora.

Me presenté en su casa para formular preguntas pero no imaginé que debería responderlas yo. Me tomé unos segundos para pensar. Pronto comprendí que no debía robarle tiempo a nuestro amor parándome a reflexionar.

—Pues lo que he hecho siempre, incluso en los momentos más difíciles. Intentarlo.

Ay, mi Joan, cuántas vueltas dimos. Esa noche firmamos nuestro pacto libres de ropa y prometiéndonos felicidad: seríamos una vedete y un anarquista que unían sus diferencias bajo el paraguas del amor.

Nuestras citas, los encuentros y las noches abrazados continuaron mientras Barcelona, bueno, España entera, seguía sumida en una concatenación de conflictos. La afluencia en los teatros había bajado, los cafés seguían llenos pero las cajas ingresaban poco dinero de los autóctonos y algo más de los extranjeros que corrían por la ciudad. La Liga Regionalista pedía elecciones constituyentes para reformar el Estado y los sindicatos mayoritarios estaban preparados para la huelga general revolucionaria. Algunos miembros de la Junta de Defensa de Barcelona estaban encarcelados en Montjuïc, ¡quién lo hubiera dicho! Militares compartiendo pasillos y pabellones con anarquistas. Las Juntas eran un movimiento sindical militar que aglutinaban a los mandos intermedios del ejército. Estos veían cómo sus homólogos europeos se estaban enriqueciendo gracias a la guerra y que ellos, al contrario, no estaban prosperando. Por eso

empezaron a quejarse y el gobierno, viendo lo peligroso que era el movimiento para los intereses del Estado, encarceló a varios de sus miembros como medida disciplinaria.

En el Paralelo se respiraba el malestar obrero: las vedetes más humildes apenas podían comer un plato caliente al día. Las condiciones de los actores, utileros y demás artistas de la escena empeoraban irremediablemente. La Green sobrevivía pero empezábamos a sufrir las consecuencias. Nos mantuvimos como una piña, repartimos beneficios y seguimos a flote aun sin Anna.

A finales de junio, el cónsul francés me contrató para que actuara en una de sus fiestas. Quería que cantara cuplés, los cuatro o cinco más estilosos, los suficientes para que los invitados se achisparan y los negocios fluyeran en un ambiente más distendido.

Le pedí a Joan que me acompañara. No lo pensé dos veces, me dejé llevar por la ilusión de compartir la velada, de que probara el champán o que comiera queso azul francés.

Él aceptó encantado: «Cualquier cosa por pasar la noche contigo», me dijo.

Joan no tenía atuendo para la ocasión. Jamás había lucido ropa de gala y me moría de ganas de verlo con un frac. Les pedí el favor a Mercè y a María, que acudieron a un sastre y encargaron un traje con urgencia. Mercè parecía

emocionada con nuestro nuevo idilio y María lo apoyaba en público, pero a solas no escondía su preocupación.

Dos días después, cité a Joan para que se vistiera en mi casa antes del evento. Cuando llegó nos encontró a las tres de pie, esperándole con el frac sobre el sofá, ansiosas por ver cómo le quedaba. El pobre nos respondió con una sonrisa de compromiso. Parecíamos tres solteronas vistiendo a su sobrino para la comunión.

El traje estaba compuesto por unos pantalones grises a rayas, una camisa blanca impoluta, un chaleco negro, una corbata oscura con franjas blancas, una chaqueta negra de corte inglés y un bombín. Parecía otro hombre. Yo, por mi parte, llevaba la última joya salida de las diestras manos de mi hermana: un vestido blanco de seda que me cubría hasta los tobillos. Joan se quejó, hacía calor y quería quitarse el chaleco, pero María le prohibió siquiera mencionarlo.

—Voy disfrazado.

—Joan, y quién no —sentencié yo mientras le besaba.

De camino, hablamos de la causa obrera, sus artículos, el futuro. La fiesta nos esperaba y, antes de entrar en el piso, percibí su incomodidad. No estaba acostumbrado a los vestíbulos modernistas con sus suntuosas escalinatas y porteros que trataban de señor a los invitados. Y ya en la residencia del cónsul noté que la situación lo avergonzaba.

Personas vestidas para demostrar estatus, posición, poder. La encarnación de lo que él más aborrecía sumado a la necesidad de callar sus opiniones sobre el gobierno, la patronal y la religión. Yo le acariciaba, era consciente del esfuerzo que estaba haciendo y quería que lo supiera. Me fijé en que no probaba bocado ni tomaba ninguna copa.

—¿No tienes hambre, Joan? —le pregunté.

—Me parece indecente comer lo que se sirve en esta sala. Media Cataluña tiene lo justo para comprar arroz, pan y sardinas en lata, y esta gente se atiborra a manjares. No sé si a ti también te pasa, pero a mí se me está revolviendo el estómago.

Le rocé el pelo e iba a comentarle que, por una vez, disfrutara, cuando una mujer del servicio nos interrumpió. El deber y la canción me llamaban.

El cónsul iba a presentarme en breve. La mujer me aconsejó que me dirigiera a la sala principal, donde se hallaban los músicos. Joan me guiñó el ojo para indicarme que fuera. Lo cogí de la mano y lo arrastré conmigo, deseaba que estuviera en primera fila.

Al cabo de unos minutos el cónsul pidió silencio y me presentó. Canté «El anarquista», que en la sala fue recibida como una exótica excentricidad, «Los cuplés del Paralelo», «El tiempo», «Mi alma» y «La cigüeña». Repartí la atención

entre el público y Joan. Me fundí con su sonrisa, aquella sonrisa que expresaba el amor que llevaba tantos años anhelando.

Al acabar mi actuación atendí a los entusiastas que querían hacerme comentarios elogiosos o charlar de teatro, y luego, por fin, nos reencontramos. Joan seguía incómodo y desubicado y decidí dar por terminada la fiesta. No obstante, un hombre se interpuso en nuestro camino cuando me disponía a despedirme de algunos conocidos. Lo primero que me sorprendió fue la altura desde la que nos hablaba. De pelo oscuro y ojos negros, pensé que procedía del sur, pero no acerté. Movía las manos expresivamente y con gestos completaba las ideas que sus palabras no llegaban a transmitir:

—Buenas tardes, señora, señor. Me llamo Federico y vivo en Madrid. Dirijo la Compañía de Teatro Fernández-Fernando y tengo buenas relaciones con el teatro Maravillas, uno de los más importantes de la ciudad.

—Buenas tardes, señor Federico. Yo me llamo María Green y soy actriz —le dije guiñando un ojo.

—Sé perfectamente quién es, señora Green. La he visto actuar en un par de ocasiones. Ahora, mientras la escuchaba, he tenido una idea.

—De acuerdo, pues hablemos de negocios.

Federico me contó que en el teatro Maravillas buscaban un cambio que amenizara la temporada. Nos ofrecía doce semanas en cartel, la posibilidad de que la compañía al completo se desplazara a la capital y la opción de programar diferentes espectáculos. Seguro que el público madrileño no se aburriría, dada nuestra versatilidad.

Don Federico se comportó como un caballero, pero no dudó en alabar mi belleza y mi talento. No era una excepción, los hombres se veían con la potestad de tomarse ciertas libertades, siempre desde la distancia y, paradójicamente, en busca de la proximidad. Pero yo los frenaba con un par de frases y la magia de la picardía.

Mientras todo esto sucedía, Joan permanecía a mi lado acompañado por sus férreas ganas de huir del lugar. Le comenté a don Federico que antes de tomar una decisión debía consultarlo con el resto de la compañía, pero mostré un gran interés en la oferta. El empresario se despidió, y yo me sentía eufórica. ¡Qué oportunidad! Y más cuando la taquilla en Barcelona no pasaba por el mejor momento.

—Espera diez minutos —le comenté a Joan—, me despido de algunos conocidos y nos vamos.

Cumplí mi palabra y, mientras bajábamos las escaleras, advertí que Joan apenas me respondía con monosílabos. Yo hablaba de la propuesta del madrileño y de lo increíble que me parecía viajar y ver mundo. Hablaba y hablaba, pero Joan

me respondía con evasivas. Ni en la calle, al amparo de la oscuridad, podía disimular su malestar.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfadado? —le pregunté.

—Sí, no, no lo sé. ¿Te vas a ir a Madrid? ¿Ahora? El mundo está loco, en guerra... Cerca de aquí viven familias que no tienen qué comer y esos se divierten con fiestas, y tú te has convertido en un bufón de la corte.

El hastío de Joan se manifestaba en el tono y el movimiento violento de sus brazos, que reafirmaban sus palabras algo inconexas. Respiré hondo, al menos uno de los dos debía mantener la calma.

—Ven a Madrid conmigo, sería precioso viajar juntos. Podrías ayudar a Andreu y, cuando volvamos, seguro que encuentras trabajo rápidamente.

—Tú lo ves todo muy fácil, Francisca, pero yo no puedo dejar de trabajar, nadie puede. Creo que no eres consciente de la suerte que has tenido. Mira cuántas chicas se han quedado atrás, cuántas han tenido que abrirse de piernas para poder comer algo caliente. Eso es la realidad, no esta fiesta ni esta vida.

—¿Fácil? ¿Realmente crees que lo he tenido fácil? Si tú supieras lo que... —Me mordí la lengua y cambié de tercio—. Y dime, ¿qué quieres que haga? ¿Que me olvide del teatro? ¿Que vuelva a limpiar chimeneas?

—Llegaste hasta aquí porque te acostabas con Jaume.

Me acerqué y le abofeteé. Su rostro contuvo cualquier emoción. Quiero pensar que se arrepentía de lo que acababa de escupir.

—Te lo pregunto de nuevo. ¿Quieres que me olvide de todo lo que he conseguido?

—Claro que no, Francisca, claro que no.

Joan dio media vuelta y se alejó en la oscuridad de la calle.

Las palabras más desacertadas aparecen sin preaviso en medio de una conversación. Y las más indicadas lo hacen siempre a posteriori, en soledad, cuando repasas lo dicho en tu cabeza. ¿Tenía razón? ¿Qué podía hacer yo por mis semejantes? ¿Qué habrían hecho los sindicatos si les hubiera contado que un señorito violó a mi hermana? ¿Me habrían ayudado? O, al margen de las charlas de Seguí y otros pocos, ¿qué hacían los sindicatos por las mujeres que se veían obligadas a prostituirse? Soy consciente del peligro que entrañaban estas opiniones, pero en aquel momento las defendía como verdades, sentía que yo había hecho lo imposible por sobrevivir y que sindicalistas como Joan me reclamaban una implicación que no era justa. No creo que ninguno de ellos me hubiera ayudado en mi camino.

Al día siguiente convoqué a todos los componentes de la compañía. Como de costumbre, la reunión se celebró en el

salón de nuestra casa. Mercè nunca fallaba: compró galletas y preparó café para el encuentro. Dudaba sobre cómo exponer la oportunidad que se nos presentaba y finalmente lo conté con la mayor claridad que pude. Les expliqué que había conocido a un empresario teatral de la capital y que nos ofrecía varias semanas de función en el teatro Maravillas.

Hubo un intenso debate sobre los pros y los contras. María fue quien se opuso con más fuerza, pero cedió ante la ilusión y la vehemencia de los argumentos del resto de la compañía. Si nos aventurábamos, podíamos ganar un dinero que nos ayudaría a crecer a la vuelta. Por unanimidad decidimos ir a Madrid a probar fortuna durante unos meses.

Ese mismo día vino Joan a buscarme al Victoria. Se mostró alegre, sin rencor ni enfado. En el puerto había atracado un buque americano que hacía escala en Barcelona antes de llevar a los soldados al frente. Estos se paseaban por el Paralelo borrachos, entraban y salían de los bares y las casas de juego, incapaces de caminar en línea recta y dejándose acompañar por las chicas de precio del Distrito V. Joan y yo nos reíamos de aquellos chicos tan jóvenes, de sus torpezas y sus malas maneras. «En el nuevo continente no les enseñan modales», decía Joan. De hecho, habían entrado en la guerra recientemente y dudábamos que fueran conscientes del infierno al que se dirigían.

—Perdona si ayer las cosas no fueron como esperabas. De

hecho, no sé qué esperabas. Mi vida me lleva ahora a fiestas como esa.

—Lo sé. —Se detuvo y me cogió de la mano—. A veces, una pelea es solo una pelea.

—¿Por qué no te vienes a vivir con nosotras? Sería bonito despertarnos cada mañana juntos.

—Hoy, cuando venía para acá, pensaba que me encantaría que volvieras a la buhardilla.

Ambos miramos el cielo para no afrontar nuestro enésimo desencuentro.

Julio avanzó y con él los preparativos para el viaje. Compramos varios baúles en una tienda de la ronda de Sant Antoni, cerca de casa. Estaban hechos de un cuero basto pero resistente que inundó el piso de un intenso olor. Eran rectangulares, y se cerraban con unas correas y unas hebillas de color negro. De qué color eran, ¿gris oscuro?, ¿negro?, ¿azul? No nos poníamos de acuerdo, incluso debatimos sobre eso cuando volvimos de Madrid. En ellos íbamos a transportar el vestuario, elementos de utilería y la ropa del día a día. No podía creer que estuviéramos inmersos en un viaje a la capital.

Sin embargo, aquel mes quedaría fijado en nuestra memoria por algo más que los baúles. La mayoría de los parlamentarios catalanes se reunieron en Barcelona, en la

llamada Asamblea de Parlamentaris. Pedían la convocatoria de elecciones constituyentes, y una nueva organización del Estado que reconociera la autonomía de algunas regiones. Este contexto, junto con la crisis económica que atravesaba el país, la incesante presión de las Juntas de Defensa y la amenaza de la huelga general revolucionaria, enrocaron al gobierno de Dato, que en junio había asumido de nuevo el poder.

Y la inestabilidad dio paso al caos el 19 de julio, cuando los ferroviarios de Valencia anunciaron el comienzo de una huelga. Los huelguistas eran afiliados de la UGT, y el sindicato tuvo que secundarla. En respuesta, el ejército intervino. El conflicto fue creciendo y el paro del sector se extendió por todo el país entre los días 10 y 13 de agosto. La UGT no podía darles la espalda y sufría la presión de los socialistas y de muchos de los afiliados al sindicato que creían que era el momento idóneo para convocar aquella huelga general que hacía meses que se andaba posponiendo y que querían organizar junto a la CNT. Joan siempre defendió que fue un gran error, pero no tuvieron elección: finalmente, el lunes 13 de agosto se proclamó la famosa huelga general. Fueron la UGT y el Partido Socialista los que dieron el paso, dejando a los cenetistas sin otra opción que sumarse a ella. Las Juntas de Defensa, al contrario de lo que algunos ingenuos pensaban debido a lo que había sucedido en Rusia durante los meses de febrero y marzo, se posicionaron a favor del Estado.

La huelga consiguió detener la actividad en Barcelona, Vizcaya, Madrid, Valencia, en las minas de Asturias, de León, de Jaén... Fue especialmente violenta en Cataluña, donde también recibió el apoyo de la Asamblea de Parlamentaris. El mismo miércoles, en Madrid, detuvieron a los miembros del comité de huelga y sofocaron los altercados por la fuerza, con lo que se sumó a la lista de fracasos del movimiento obrero. En Barcelona duró algo más, la CNT tomó el liderazgo y se sucedieron varias jornadas de disturbios en las calles, en los que se luchó con armas o a pedrada limpia, y que terminaron con varios muertos y con la sensación de que la CNT se había disparado en su propio pie. Tales fueron los tiroteos que, durante el tercer día de paro, el capitán general ordenó mantener subidas las persianas y abiertas las ventanas para que los francotiradores no pudieran camuflarse tras ellas.

¿Y nosotras? Habríamos secundado la huelga, por supuesto, pero no estábamos en cartel. Aquel lunes faltaban tan solo siete días para que emprendiéramos el viaje, así que me quedé en casa con María y Mercè, organizando los preparativos, oyendo los gritos de la protesta que entraban por la ventana y algún que otro disparo que enmudecía la calle durante unos instantes. Mientras discutíamos sobre las prendas del vestuario que no podíamos olvidar, yo pensaba en que debíamos implicarnos en la causa.

—Joan me dice que debería hacer más, que debería involucrarme más en una lucha tan justa.

—¿Qué podemos hacer tú y yo? ¿Quieres bajar y poner en riesgo tu vida? Hazlo. Nadie te detiene. ¿Te gusta más este? —me dijo María mostrándome un vestido azul de manga larga, con escote generoso y volantes en la parte baja.

—No, ese no me deja mover bien las piernas. Supongo que los humanos estamos condenados a enfrentarnos unos con otros. La vida es injusta.

—¿Y hasta ahora no te habías dado cuenta, Francisca? ¡Ah! —exclamó mientras se dirigía a la habitación donde guardábamos el vestuario—. Que no se nos olviden los zapatos altos, esos que te pones para cantar cuando estás más cansada.

No sabíamos si la situación se alargaría, si sería un éxito o si encontraríamos algún medio de transporte, en el caso de que los ferroviarios siguiesen en huelga. Y yo solo pensaba en Joan. ¿Qué estaría haciendo en aquel momento?

El viernes llevaba cinco días sin noticias de él, la huelga agonizaba y no saber si estaba vivo o muerto me volvía loca. El gobierno sofocó las veleidades revolucionarias de la Ciudad Condal con la ayuda determinante del ejército. Cuando una vecina nos contó entre sollozos que habían matado a su primo hermano, la impaciencia venció mi sentido común.

Salí de casa y me planté en la buhardilla. El caos reinaba en

las calles heridas, destartaladas. En infinidad de balcones colgaban banderas blancas que no eran símbolo de paz sino de derrota.

Ay, Joan, mi Joan. Me abrió la puerta sucio, dolorido, con rasguños en la cara y el ánimo desvanecido. De nuevo esquivo, malhumorado y, por qué negarlo, hundido, me hablaba con hastío. No me quería en la habitación, quizá porque necesitaba soledad, quizá porque veía que la conversación tomaría un camino de no retorno. Se sentó en la cama, cabizbajo, sin hablar, respondiendo con desgana a mis preguntas. No me contó qué había sucedido, si había presenciado alguna desgracia o si estaba triste por los resultados de la huelga. Le interrogué con suavidad, preocupada por la gravedad del momento y por el dolor que se apreciaba en su mirada ausente.

—De acuerdo, no me cuentes nada, al menos ahora sé que estás bien. No sé si eres muy listo o tienes mucha suerte, el caso es que una vez más te has librado de ser detenido, eso me tranquiliza.

—¿Eso es lo único que te preocupa, Francisca, que no me detengan? Dato nos la ha jugado, él ha provocado la crisis de Valencia, la de los malditos ferroviarios, para que la huelga general se precipitara y... ahora todo va a seguir igual, si no peor.

—Joan —me acerqué y me agaché para mirarle

directamente a los ojos desde su misma altura—, habrá más huelgas, más victorias, más...

—No entiendes nada. —Se levantó con brusquedad y me apartó para alejarse de la cama—. Pero da igual, tú ve a Madrid y olvídate de esta ciudad. —Se acercó a la ventana para observar las vistas del barrio.

—Eres tú quien no entiende nada. Ahora hay gente que depende de mí, ¿no te das cuenta? Son solo unas semanas, pronto estaremos de vuelta. —Me acerqué e intenté abrazarle por la espalda, como hacía tiempo atrás cuando cocinaba—. Estás abrumado por lo que ha sucedido, pero...

—Desde que te conozco, siempre hay algo más importante que yo. —Se apartó de nuevo de mí, se dirigió a la cocina y sacó un cacharro de un armario—. No soy el de antes, me da igual casarme, que cantes para esos burgueses o en el Paralelo. Pero no me puedes dejar aquí, no ahora, mira cómo estoy.

El cacharro cayó al suelo, sentí el estruendo como un pinchazo en el estómago.

—¿Y tú? Ni siquiera te has molestado en decirme que estabas bien en todos estos días. Joan, tengo que irme. No sé qué más decirte, la verdad. Vente conmigo.

—¿Tanto te cuesta comprender que no quiero ir, que no me interesa?

Joan se agachó a recoger el cacharro.

—¿Te da vergüenza que una mujer te pague el billete? ¿Es eso? Pensaba que lo íbamos a intentar, tú lo dijiste. Si fueras tú quien necesitara pasar unos meses en Madrid por algo de la CNT, jamás te pediría que no lo hicieras.

—O te harías la enferma.

—¿Es así como quieres que nos despidamos? Siempre hay que hacer las cosas a tu manera. Yo quería que nos viéramos con calma, cenar, dormir juntos,irme con un recuerdo bonito que me acompañe en la distancia.

—Si me quisieras te quedarías.

—Si me quisieras me dejarías ir.

Me acerqué y le besé en la mejilla. Le miré una vez más, esperando que reaccionara, una palabra amable. Él, pensativo, concentraba la atención en la ventana, incapaz de alzar el rostro y corresponderme con un acercamiento. Cerré los ojos y percibí su olor. Siempre había pensado que Joan olía a algodón, suave, cálido, dulce. Los abrí, pasé por su lado y me fui.

Volví caminando, temblorosa, pensando que el sabotaje más efectivo es el más sutil, el que se lleva a cabo con el sigilo del pensamiento y contra una misma.

Llegué a casa con las fuerzas justas para abrir la puerta y me encontré a Tomás en la sala. Mi hermana y Mercè dormían. Me había olvidado por completo de que había quedado con mi arquitecto favorito para despedirme de él antes del viaje. Al verme, Tomás iba a mostrar su enfado, pero comprendió que había una buena razón para mi retraso. Me acompañó al sofá, se sentó a mi lado y escuchó lo que había sucedido.

—Ya te lo dije, no quería que volvieras a llorar por él.

—Tenías razón, Tomás.

—Lo siento mucho.

Nos cogimos de la mano y observamos el vacío sumergidos en nuestros propios pensamientos. Joan no vino a verme, no se despidió de mí. Yo tampoco volví a buscarlo ni intenté acercarme a sus posturas. Dos días después, partimos hacia Madrid.

Había conseguido cuanto me había propuesto la noche que todo lo cambió, pero mi alma seguía inquieta. La lucha interna, que ya no distinguía el norte del sur, seguía tan cruda como la guerra. ¿Cómo hallar respuestas cuando las preguntas se esconden en el interior de un laberinto de posibilidades?

TERCER ACTO

Capítulo XXVIII

Volver a pisar las calles de Barcelona después de un viaje intensifica las sensaciones que la ciudad despierta en ti. El olor a hogar te embriaga. Durante unos días, observas con otros ojos las coreografías de las calles, los comercios y la vida de los barceloneses, pero esa sensación desaparece en cuanto vuelves a la rutina.

Madrid fue una buena experiencia, pero no tan increíble como mi primera vez en París o en Buenos Aires. Quizá lo vivimos así porque llegamos a una ciudad afligida y calurosa, que estaba recuperando su pulso después de una huelga general fallida, o quizá fue porque la ausencia de Joan entristeció mi estancia en la capital. Solo pensaba en volver a Barcelona, resolver las cosas con él y, de paso, triunfar en las Ramblas y regocijarme ante Anna. Qué estúpida, lo sé.

Sea como fuere, actuamos, ganamos el dinero que esperábamos y, a pesar de mi melancolía, la compañía disfrutó de la experiencia y se divirtió como nunca. ¿Qué más puedo contar? Sobre el escenario vivimos situaciones de lo más variopintas. Buenas críticas, ovaciones e incluso abucheos, porque el público madrileño se sinceraba si no le gustaba una propuesta, una canción o una apuesta escénica. Cantamos, interpretamos y, con la ayuda de don Federico, fuimos descubriendo la idiosincrasia de una ciudad cuya exigencia y criterio sacó lo mejor de nuestro arte. Fueron meses de teatro y aprendizaje.

El mismo día que volví a Barcelona y después de cerciorarme de que el equipaje había llegado bien y que la casa permanecía en orden, tomé un tranvía directo a Sants. Aún no me había repuesto del trasiego del viaje, pero no me importaba. Quería ver a Joan. En Madrid me prohibí pensar en él, aunque a duras penas lo conseguí. Cuando su recuerdo asomaba, me mantenía ocupada pensando en otras cosas: compras, cafés, matinales. Madrid ofrecía entretenimientos a cualquier hora. Pese a todo, el recuerdo de nuestra última conversación me había amargado algunas de las experiencias en la capital y no quería que también avinagrara mis primeros días en Barcelona. Tenía que verle.

Estábamos a mediados de diciembre y no tenía ni idea de qué había sido de él. En el trayecto hasta su buhardilla imaginé distintos escenarios posibles. Ambos habíamos antepuesto nuestros objetivos a nuestro amor y pensaba

que, por esa misma razón, podríamos entendernos. Llegué a su casa y llamé a la puerta, lívida y asustada, pero también esperanzada.

Abrió un chico más bien bajito, joven, pelirrojo, con pecas repartidas por el rostro e incisivos ligeramente separados. Sorprendido, me preguntó qué quería.

—¿No está Joan? —le pregunté.

Me respondió, adormilado, que él vivía en la buhardilla y que no conocía el paradero del anterior inquilino. Me disculpé y bajé las escaleras que me separaban de la calle atacada por las dudas. Volví a casa intentando no especular sobre lo sucedido. Se había mudado, bien por él. Los cambios mueven el mundo.

Entré en el piso con la esperanza de echarme un rato, pero una voz masculina parloteaba en la sala. Era Tomás, que se había acercado a saludarnos. Estaba pletórico, nos anunció que tenía un montón de novedades que contarnos. Preguntó por el viaje, por la ciudad, por las obras, por la experiencia. Y, cuando ya habíamos exprimido las anécdotas de la aventura mesetaria, Tomás nos reveló el porqué de su alegría.

—Lo primero que quiero contaros es buenísimo. Me han encargado que planifique una manzana entera cerca de la Sagrada Familia. Hay que construir varios edificios. No me lo

puedo creer, tengo tantas ideas que la cabeza me va a explotar.

Aquel iba a ser el encargo más grande que había asumido hasta entonces. No teníamos champán, acabábamos de llegar, pero sí una botella de Brandy-Cold que rondaba por el piso desde antes de nuestra partida. Tomás demoró nuestro brindis, traía otra sorpresa.

—Me caso. Esta vez de verdad, ella es la indicada. Verás, se llama Emma. Solo tiene dieciocho años, pero es una de las personas más puras e inteligentes que he conocido. Quiere estudiar filosofía y supongo que lo hará después de la boda, que será en pocos meses. La quiero con locura.

Le felicitamos abrazándolo. Habíamos aprendido que debíamos celebrar la felicidad de Tomás mientras existiera, por si volvía a perderse por los entresijos de su locura. Nos invitó a cenar al restaurante Casa Romana, que estaba en la calle del Conde del Asalto. Pasé por delante del Café del Asalto orgullosa, incluso nostálgica. Por mucho que lo odiara en su momento, aquel lugar me había cobijado cuando nadie más me quería. Cenamos un arroz a la valenciana increíble. La noche no se alargó mucho, estábamos demasiado cansadas.

Dos días después, cuando el despertar me alcanzó, me di cuenta de que estaba sola en la casa. La ausencia de María y Mercè me extrañó porque acostumbraban a avisarme de sus

idas y venidas. Ellas eran muy madrugadoras y diligentes; en ese aspecto se compenetraban a la perfección, dormían las mismas horas sin problemas, se cansaban simultáneamente y se levantaban al unísono con la mayor naturalidad, así que pensé que habían salido para hacer algún recado. Desayuné y abrí uno de los baúles para ordenar mis cosas. Uno a uno, fui colocando los vestidos sobre la mesa o sobre la cama antes de meterlos en el armario. Era la hora de comer cuando Mercè llamó a la puerta y entró a mi habitación, cabizbaja. Acto seguido entró María con la liturgia de un verdugo. Su actitud me inquietó.

—Venga, va, decidme qué sucede. Parece que vengáis de un entierro.

—Francisca, Joan se ha casado.

María se acercó para abrazarme, pero la detuve levantando la palma de mi mano. Sin darme cuenta, con la otra me sujetaba el vientre presionándolo. Me aterraba que me desgarrara el pinchazo que se estaba ensañando con mis tripas.

—¿Con quién?

—Con la chica con la que estaba prometido, Dolors. Lo siento, yo...

—Dejadme a solas, por favor. Sé que estáis preocupadas, pero necesito pensar.

Ambas me miraron con lástima. Cuando se fueron, sentí que el suelo se movía bajo mis pies y que el techo iba a derrumbarse. Empezó a llover. Lo hizo con furia, como si el cielo de Barcelona llorara por los pecados de sus habitantes. Me senté en la cama observando el exterior. No podía ser verdad, debía de estar interpretando el papel de una desdichada a quien le acababan de dar noticias desgarradoras. En breve, la función terminaría y el público, silencioso hasta el momento, empezaría a aplaudir. Yo me levantaría, saludaría y correría hacia el camerino donde Joan me hablaría de sus impresiones sobre la obra.

Se había casado. Nuestra historia terminaba sin que yo pudiera remediarlo. Me tendí en la cama, sobre los vestidos comprados con el dinero que había ganado con mi esfuerzo, por los que había tenido que sacrificar valores, ideas e incluso el respeto de las personas que me amaban.

¿Me había equivocado yéndome? Sentí un vacío más profundo que el vivido cuando llegamos a Barcelona, o cuando me alojaba en Las Fuentes, o cuando abandoné a Jaume. ¿Acaso el destino había recibido el encargo de sumirme en una melancolía perpetua?

La lluvia se trasladó a mis ojos, que expulsaban lágrimas como si mi cuerpo intentara deshacerse de una irremediable verdad: Joan se había casado. María entró en la habitación y se tumbó a mi lado, me abrazó y puso su frente junto a mi sien. No intentó convencerme de que aquello pasaría o de

que encontraría un marido a mi altura, simplemente respetó mi dolor. Y así pasamos horas, consumidas por la barbarie del desconsuelo, a pesar de que media Europa seguía matando a la otra media y que muchas madres no podían comprar ni un trozo de carne para sus hijos.

El día, o lo poco que recuerdo de él, se esfumó entre llantos y lamentos. Y al fin, cuando me sentí preparada, hablamos.

—La noche que Josep te... dije muchas cosas. —El cuerpo de mi hermana se tensó. Le acaricié el pelo—. Me prometí, te prometí que nunca nadie volvería a hacernos daño. Siento que no me merezco que me trate así. Necesito un porqué, saber si sus besos fueron reales o una simple despedida antes de sentar cabeza con Dolors. ¿Es mi profesión lo que le repele? ¿Que me fuera a Madrid unos meses?

—No, Francisca. —Mi hermana se relajó y espiró con fuerza—. La decisión de Joan no tiene nada que ver contigo o con lo que siente por ti. Él ha seguido su camino igual que tú has seguido el tuyo. Puedes castigarte o respetarlo. En tus manos está.

—Hablamos poco de mamá, ¿verdad? Últimamente pienso mucho en ella. Me gustaría preguntarle tantas cosas...

—¿Como qué?

—Qué sé yo, cuando nos contaba que tal chica se había prometido con un mozo del pueblo o de un pueblo vecino...

—Observé de nuevo la ventana, el agua despellejaba las calles de la ciudad—. Había algo casi religioso en sus relatos. Nosotras, que éramos unas niñas, escuchábamos sus historias sobre mujeres que no conocíamos, pero en el fondo nos explicaba lo que el destino nos depararía. Una y otra vez, como si de una gran obra de teatro se tratara, en la que los nombres de los personajes cambiaban pero el argumento permanecía inmutable.

—¿Qué quieres decir? —Volví a mirar a María, esta vez directamente a los ojos.

—Quiero saber dónde quedamos tú y yo en los relatos de mamá.

—¿Dónde quedamos? Pues aquí, en esta cama, abrazadas, pase lo que pase.

—María, ¿eres feliz?

—¿Lo puede ser una mujer que ama a otra mujer?

—Tengo miedo. Odio que tengas que esconderte.

—Yo vivo escondiendo mis besos pero tú escondes tus sentimientos.

—Al menos ahora somos dueñas de lo que hacemos.

—No te veo muy dueña de nada, aquí, en la cama, llorando otra vez por el mismo hombre.

—A veces creo que no eres tan buena persona como dicen.

María sonrió y se santiguó. Hacía tiempo que no la veía hacerlo, y ese gesto, esa fe que quizá pendió de un hilo en algunos momentos pero que jamás se consumió, me hacía sentir en casa. Seguimos en la cama, cobijadas del mundo, de la lluvia, del esfuerzo necesario para construir una nueva temporada de la Green en Barcelona. Recordé que el arte fue siempre el antídoto de mi desdicha. Así que solo me permití llorar aquel día. Al siguiente, nos pusimos en marcha.

Para que arrancara la temporada, debíamos hablar con los teatros y proponerles títulos. Durante aquellos días buscamos textos interesantes y encargamos traducciones de las obras que nos propuso Tomás. Él había estado en París el octubre anterior, había visto vodeviles de Hennequin como *Les dones han de ser dones!* u obras de Fabre como *La carrera de ministre*, un drama que nos acabó traduciendo Amichatis. Josep Amich, conocido como Amichatis, empezaba a estar presente en los ambientes de la avenida y, con el tiempo, terminó siendo un famoso dramaturgo y periodista.

Nuestra ausencia había precipitado el auge de otras compañías. En pocos meses nacieron otros éxitos, surgieron otras divas y, de repente, la Green había perdido interés. Nos

recibían, nos compraban alguna que otra función, pero nadie nos quería como compañía residente ni más de una noche a la semana. No existía conspiración ni una mano negra, eran solo las reglas del juego.

Confiábamos en el Victoria. Debíamos recuperar la estrecha relación que nos había unido en el pasado inmediato. A pesar de eso, nos recibieron con tibieza, quizá incluso con frialdad, molestos porque no les habíamos avisado de nuestra vuelta. Además, ya habían firmado varias funciones con otras compañías.

Les insistí, les persuadí hablándoles con fervor de nuestros éxitos en la capital y les aseguré que el público barcelonés nos esperaba expectante. Esa última afirmación era exagerada, pero las actrices tenemos que engalanar la realidad para conseguir trabajo. A medida que exponía mis argumentos, notaba que empezaban a ceder. Claudicaron cuando les propusimos varios títulos líricos, género en el que se habían especializado. No obstante, me hacía especial ilusión estrenar la temporada con un drama, una obra intensa que expulsara toda la tristeza y que nos diera prestigio. Ellos recibieron la noticia con entusiasmo y yo, sin saberlo, me estaba tendiendo una trampa: les pareció una gran idea porque así podrían explotar, por enésima vez, mi vínculo con Jaume Balcells. Por eso nos pidieron que produjéramos *Cançons de la terra*. María Green volvía de Madrid y se reencontraba con sus inicios, con la obra de un antiguo amante. Además, la trama seguía vigente: la huelga

del 17 no se distanciaba tanto de la Semana Trágica, y se avecinaban tiempos peores. Propuse otros títulos menos conflictivos para mí, pero no dieron su brazo a torcer. Si queríamos temporada, debíamos preparar ese libreto.

Salí de la reunión pletórica por el resultado, aunque hastiada por tener que soportar a unos empresarios carentes de visión artística que dictaban los pasos de mi compañía. Además, nuestro retorno debía afrontar un reto un tanto peliagudo: para subir al escenario una nueva versión de *Cançons*, teníamos que pedirle permiso a Jaume. ¿Quién podía imaginar su reacción? María y Guillem se ofrecieron para reunirse con él, pero era yo quien debía dar la cara si quería una respuesta afirmativa. No sabía si me recibiría y no podía imaginar cuál sería mi reacción al verle.

Sin pensármelo dos veces, le pedí a Tomás la dirección de Jaume y le envié una nota pidiéndole que nos reuniéramos. Dos días después recibí respuesta. Jaume se había casado y tenía un hijo. Me pedía que nos viéramos en su despacho del Portal de l'Àngel. Acudí al día siguiente porque me parecía innecesario alargar la espera de un reencuentro que no se adivinaba sosegado.

A primera hora de la mañana, atravesé el ajetreo del Portal de l'Àngel y encaré la visita con un nudo en el estómago. Me paré ante el portal agitada, con una mezcla de sensaciones que oscilaban entre la rabia que aún me producía nuestro final, los nervios por volver a verle y el deseo de saber cómo

estaba. La entrada del despacho era elegantemente sobria. Se encontraba en la segunda planta del edificio y no vi ningún rótulo que anunciara las actividades que se realizaban en el interior. De hecho, era el lugar donde trabajaba en asuntos relacionados con los negocios de la familia, pero no era la sede de ninguno de ellos. Al dejar atrás el recibidor se accedía a una sala rectangular de dimensiones considerables, con grandes ventanales a la derecha y el resto de las paredes revestidas con madera, de las que colgaban algunos cuadros. Había también una hilera de siete u ocho sillas, separadas por varias mesitas con flores, para que las visitas pudieran esperar cómodamente, y, al fondo, una secretaria sentada a su mesa, justo delante de la puerta del despacho de Jaume, que estaba abierta. Me acerqué con sigilo mientras ella tecleaba en una máquina de escribir y, con voz temblorosa, me dispuse a presentarme.

—Hola, me llamo Fran...

—Francisca, pasa, por favor —dijo él desde el interior.

Cuando crucé el umbral y lo vi, algo se detuvo en mi interior. Reviví tantas sensaciones que me sentí abrumada. Quería abofetearle y abrazarle por igual. Él se levantó de la silla señorial y se acercó sonriente, con la pipa en las manos. Advertí que su cuerpo había acumulado algunos kilos, una barriguita antes inexistente se intuía a través del chaleco, y la americana lo confirmaba. Llevaba bigote y su flequillo empezaba a brillar por su ausencia. Seguía siendo bello,

atractivo, un imán peligroso que acusaba levemente el paso del tiempo.

Me molestó la alegría con la que me recibió. Cuando Jaume estaba sobrio jamás abandonaba el protocolo ni las apariencias bajo los que se había criado. No obstante, dadas las circunstancias, me pareció fuera de lugar, sobre todo por la deriva que había tomado nuestra última conversación y por el perjuicio que me causó después. Cuando se acercó, le tendí la mano, pero él ignoró el gesto y me abrazó. Permanecí tiesa hasta que nos separamos.

—Gracias por recibirme. Tienes un despacho muy bonito.

—¿Te gusta? Lo compré porque es espacioso y está bien situado, muy cerca de los bancos. Dicen que hace siglos, cuando el santo Vicent Ferrer visitó Barcelona, se le apareció un ángel justo en esta calle y le anunció que bajaba a la tierra para vigilar la ciudad. Pensé que si también me vigilaba a mí, el despacho valía el precio que pagué por él y mucho más.

—Qué bien, Jaume. Me alegro mucho. ¿Te parece que nos sentemos y te cuento el motivo de mi visita?

—Directa al grano, como siempre. Por favor —dijo señalando la silla de las visitas.

Él recuperó su sitio detrás de la mesa y yo me acomodé delante de él. El despacho constituía un rectángulo perfecto. Se accedía a él por uno de los costados alargados frente a

una mesa de roble y un ventanal enorme. A la izquierda, una librería que solo las ventanas interrumpían, cubría cada centímetro de pared, y a la derecha había un sofá grande, un mueble bar y un cuadro gigante que representaba una batalla antigua, seguramente el sitio a la ciudad. Al lado del sofá, la identifiqué en cuanto la vi: la butaca que me había regalado cuando convivíamos para que leyera cómodamente.

—Verás, Jaume, queremos estrenar temporada con *Cançons de la terra* y he venido a pedirte permiso. Sé que es... insólito que de repente me presente en tu despacho para preguntártelo, pero nos hace mucha ilusión y creí que tenía que ser yo quien te lo pidiera.

Jaume me miró unos segundos y yo me tensé. Mantenía aquel brío en los ojos que me desarmaba. Apoyó los codos sobre la mesa, entrecruzó los dedos debajo de la barbilla y la apoyó en ellos. No estaba preparada para un ataque ni para un reproche, pero, sinceramente, lo que me angustiaba era otra cuestión: su imagen, su rostro, que me había inspirado tanto amor en una época y tanto odio en otra, me turbaba. Fluían sentimientos encontrados que superaban con creces los nervios con los que me presenté en el despacho. La respuesta de Jaume me desconcertó, no podía ser de otro modo.

—¿Sabes? He escrito tres obras más.

Le felicité vacilante mientras él abría el segundo cajón de la mesa. Cogió tres libretos y los lanzó sobre el vade de piel. Los observé durante un segundo y luego le devolví mi atención. Me emocionaba que no hubiera abandonado las letras. Le detestaba por cómo había manejado nuestro final. Le agradecía lo que había hecho por mí antes del ocaso de nuestro amor.

—Claro que puedes interpretar *Cançons de la terra*. Es tan tuya como mía, Francisca. Pero me gustaría que leyeras también estas y, si te apetece, que las subas al escenario. No me imagino otra protagonista que no seas tú.

Volví a mirar los libretos y me fijé en los nombres: *La terra de ningú*; *Pare, vull escriure*, y *La vedet que em va robar el cor*. El último título terminó de colapsar el batiburrillo de sensaciones que experimentaba. No sabía qué decirle, si agradecerle la confianza o lanzárselas a la cara.

—Por favor, ¿puedes leerlas y decirme si son buenas?

—Claro que sí, lo haré.

—No, ahora. Al menos una. ¿Tienes prisa? Escoge una, la que quieras, y siéntate cómodamente en el sofá, por favor. No puedo esperar días a oír tu respuesta.

Pensar en el contenido de aquellos papeles me hacía temblar. Los observé y me mostré dubitativa a pesar de que sabía cuál deseaba leer. No me atrevía a cogerlo. No

obstante, lo hice. Agarré *La vedet que em va robar el cor* con mano temblorosa, recordando nuestra historia, desde mi intento de engatusarle para entrar en la academia del Gordito hasta el gélido año nuevo en que le abandoné; y me llevé el libreto a la butaca. La situación me trajo a la memoria el primer encuentro en el Español y también la sensación que tuve entonces, que en el futuro me suplicaría que interpretara una de sus obras.

Leí el libreto mientras Jaume trabajaba con un ojo puesto sobre una especie de informe y otro sobre mí. Se levantó varias veces para consultar algún libro de las estanterías, salía y entraba. Y yo no podía parar de leer.

La obra narraba la historia de una mujer, una actriz, una cantante que llega muy joven a una ciudad imaginaria, Constansa, y triunfa sobre los escenarios. Allí conoce a un efebo y adinerado poeta que escribe para ella. Se enamoran, pero la familia de él se opone fervientemente al enlace. Así que huyen a otra ciudad, Astusia, donde empiezan de cero en un teatro de mala muerte. Debido a varias desventuras, se sumergen en los bajos fondos; él se ve obligado a trabajar como matón y ella, a prostituirse. El poeta, incapaz de soportar aquella situación, bebe noche tras noche. La madame del burdel, una antigua señora de bien que se había vendido a la mala vida, se encariña con ella y les ayuda a escapar. Pero el día indicado, él va tan bebido que alerta a los maleantes, y estos lo matan delante de la vedete. De nuevo, ella vaga por el país hasta que llega a Inferna, donde

malvive cantando en cafés de mala muerte. Un día llega una compañía a la ciudad con una obra que le recuerda demasiado su vida. Está firmada con seudónimo, pero ella sabe que la escribió su amado. Le pregunta al director de la compañía dónde vive el autor, y este le responde que en Felisítá. La protagonista decide ir a su encuentro. Entonces ella descubre que su hombre no murió aquella noche; poco le faltó, pero logró sobrevivir a la paliza. Él le revela que la buscó sin descanso, pero al no dar con ella se dedicó a escribir su historia. Luego mandó a algunas compañías para que la representaran por todo el reino con la esperanza de que ella viera la obra, se diera cuenta de que estaba vivo y se reuniera con él. Y cuando se avecina un final feliz, aparece el padre y amenaza a su hijo con matar a la chica si no la abandona. Él no tiene otra salida, acaba con la vida de su progenitor y se exilia para evitar la acción de la justicia y las represalias de la familia. Dedicó el resto de su vida a escribir obras que ella interpreta en la lejanía, los escenarios acaban siendo el único lugar donde pueden estar juntos.

Terminé la lectura extasiada por la historia, por las acotaciones del libreto, por la belleza con la que Jaume creaba y moldeaba las palabras. Esa maestría había fundamentado nuestro amor y justamente por eso me sentía incapaz de aborrecerlo, pues sabía que los artistas deben dejarse atrapar por las sombras para que sus obras vean la luz.

—Jaume, no sé qué decir. Me encanta.

—No digas nada, Francisca. Escribo para experimentar la vida que jamás podré tener.

Él se levantó nervioso y vino a sentarse a mi lado. Me interrogó sobre la trama, sobre los personajes, sobre el estilo. No se perdía detalle de mis palabras, y cuando comentamos el final, un par de lágrimas resbalaron por mis mejillas. Se aproximó aún más y me ofreció un pañuelo. Lo acepté, me sequé sintiéndome una estúpida.

—¿Sabes? Una de las cosas más bonitas de escribir es ver tus reacciones —me dijo.

Sonreímos y él bajó la mirada, compungido. Su aflicción me deshizo y, aún absorta por la historia que acababa de leer, le cogí de la mano en un acto reflejo. Él alzó la vista y yo contemplé la expresión de un hombre que aún poseía la esencia de lo que me enamoró, pero que se había perdido por las sendas de la guerra de clases. Y sentí el impulso, la necesidad de abrazarlo con todas mis fuerzas, como si el tiempo no hubiera pasado. Pegada a él, rememoré su olor y recordé los besos que me dio, su ayuda, sus consejos, sus errores, sus borracheras, lo importante que aquel hombre había sido para mi vida y mi carrera. Cuando nos separamos, me levanté con celeridad y me despedí torpemente. Temía dar un paso en falso; es más, sabía que ambos lo deseábamos. Caminé hacia la puerta para huir del peligro, pero una confesión me detuvo en seco.

—No amo a mi mujer.

Aquellas palabras frenaron mi huida. No podía actuar como en el pasado, alejarme de las situaciones incómodas sin ofrecer el derecho a réplica. Me giré y le permití continuar.

—No la amo y siento decirlo, pero es así. Incluso creo que es mutuo. Me casé por conveniencia, porque era la mejor opción, porque mi padre ganó la batalla. Nuestra ruptura me dejó tan trastornado que fui incapaz de negarme y rebelarme contra su autoridad. No te culpo, no supe afrontar el éxito, la presión, tu amor. —Me miró fijamente—. El destino me regaló una diosa y me superó el papel de profeta. Lo único que me mantiene cuerdo es mi hijo y escribir. Y ahora te veo aquí delante y solo quiero besarte, porque te quise mucho, y no sé si me estoy dejando llevar por la nostalgia, pero creo que aún te quiero. No me mires así, no te estoy pidiendo nada, tan solo te estoy diciendo lo que debería haberte dicho el día que te fuiste.

Quería consolarle, quería volver a abrazarlo, pero ese ya no era mi papel. Además, aún tenía el sabor de nuestro final en la punta de la lengua.

—Si me querías, ¿por qué lo hiciste?

—¿El qué?

—Hablar mal de mí, que me vetaran en los teatros.

—Yo no... no lo hice, y sí lo hice. Te fuiste y dediqué mis días a beber y a tomar cocaína. Acudía a fiestas y el dolor que sentía era tan grande que solo podía hablar pestes de ti. Nunca dije que no te dejaran actuar, al menos no directamente. Quizá no medí el impacto de mis palabras. Quizá esperaban que nos reconciliáramos y que la Balcells siguiera adelante. Cuando empezaron a vetarte, yo ya estaba en Madrid, y cuando me enteré, ya trabajabas con Santpere. Eso me dolió, no voy a negarlo. Te pido perdón si te causé algún infortunio, no era esa mi voluntad.

Necesitaba gritarle, poner de manifiesto su responsabilidad, el impacto de su actitud y el daño que me causó. Él, que estaba acostumbrado a que le perdonaran sus errores, que se lanzaba a la siguiente aventura cuando la anterior le explotaba en la cara, se eximía de su cargo de conciencia. Pero callé. Tenía lo que quería y seguir amargada por el pasado no nos beneficiaba a ninguno de los dos. A veces el silencio es más efectivo que la razón, sobre todo cuando desconoces si está de tu lado.

—Está bien. Es una gran historia, la vamos a interpretar.

—Al menos —sonreía mirando por la ventana— estaremos juntos en los carteles.

Permanecí de pie mientras Jaume me hablaba de su hijo, de lo intrépido que era. Intercambiamos algunas anécdotas más y me fui. Me perdí un rato por el Barrio Gótico para que

la melancolía y la nostalgia no me encontraran. Todo era más sencillo cuando él interpretaba el personaje del tirano y yo el de la heroína, pero me di cuenta de que no nos diferenciábamos tanto, ambos éramos dos artistas víctimas de nuestras limitaciones y de la intransigencia de la Barcelona clasista.

En enero de 1918 estrenamos *Cançons de la terra*. La noche nos brindó emociones inusitadas. El propio Jaume acudió con su mujer, cosa que no me gustaba en absoluto pero que no pude evitar, y Tomás con su prometida. Emma, la futura mujer del arquitecto, era menuda y flaca. Su voz fina y aguda como un pajarito al despertar no llegaba a ser cómica pero estaba en camino de serlo. El pelo, castaño y liso, caía por su cara con la suavidad del algodón. Hablaba a una velocidad vertiginosa, y Tomás se mostraba protector y muy cariñoso con ella. Pensé que la muchacha era un diamante en bruto. Los modales de la chica no escondían el linaje ni su buena educación, y en sus palabras había una mezcla de inteligencia y bondad. Luego estaba Marga, la esposa de Jaume. Otra hija de la burguesía altiva e insustancial, que no dudaba en desplegar su abanico de prejuicios sociales en cada ocasión. Yo la observaba compadeciéndome de ella, preocupada por si conocía los deslices de su marido, comparando su vida con la de Teresa Puig.

Con *Cançons de la terra* iniciamos un período en el que obtuvimos la residencia del Teatro Victoria. «Volvemos a

casa», decía María. «Seguimos creciendo», comentaba Guillem. Jaume quería aparecer en los carteles de sus nuevas obras bajo un seudónimo, pero el Victoria se negó, su nombre vendía entradas. Él no daba su brazo a torcer, pensaba que aquello podía perjudicar a sus negocios, pero creo que Marga terminó convenciéndolo. Así fue como Jaume Balcells brilló otra vez en los carteles más destacados de la avenida.

Estrenamos en medio de la llamada «huelga femenina». Por primera vez, las mujeres salían a la calle para protestar, quizá no defendían el derecho al voto como lo habían hecho las feministas inglesas, pero alzaron su voz para quejarse de los precios abusivos del carbón, la comida y demás productos básicos. Lo que comenzó como un motín de las capas más empobrecidas del Distrito V, terminó paralizando media ciudad. Al cabo de unos días se sumaron las mujeres de Sants, Hostafrancs y Gràcia. *La Vanguardia* contaba el caso de una novia que, recién salida de la iglesia de Betlem después de contraer matrimonio, se sumó a la manifestación con el vestido de boda y el ramo incluidos. Durante las siguientes jornadas lograron cerrar los mercados y casi trescientas fábricas. La Guardia Civil, desbordada, indujo al gobierno a declarar, por enésima vez, el estado de guerra, con lo que consiguió reprimir el movimiento. El hambre inducía a las protestas, un hambre que estaba lejos de solucionarse. Las mujeres de la Green participamos en varias manifestaciones; no solo nos solidarizamos con las obreras,

sino también con compañeras del gremio artístico que no pasaban por su mejor momento económico.

Habíamos vuelto a una Barcelona desamparada y empobrecida. Nos mantuvimos en cartel a pesar de la miseria y el esfuerzo que suponía para los obreros pagar la entrada del teatro. Cada vez se ocupaban menos butacas, ingresábamos menos dinero y teníamos más problemas para programar títulos inéditos, pues los empresarios no querían arriesgarse. La crisis nos proporcionaba más presión cuando se alzaba el telón y propiciaba ciertas tensiones en el seno de la compañía. Con frecuencia, la incertidumbre y las malas perspectivas que tenían los teatros de la avenida me regalaban noches en duermevela.

Si me atenía a las conversaciones en bares y encuentros obreros, la revolución parecía cercana o, por lo menos, la intención de llevarla hasta las últimas consecuencias. Sin embargo, hice caso omiso de esas señales, no tenía tiempo para trifulcas sociales. Mi matrimonio me absorbía toda mi energía, y es que me había casado con el más embustero, infame y zalamero de toda Barcelona: el teatro.

Capítulo XXIX

Convivir con María Green es agotador. Sus actuaciones se rigen por la alegría y la exigencia. Llega a los locales con la intención de captar el mayor número de miradas y se deja la piel sobre el escenario para recibir los aplausos más sonoros. Mantener su altivez y no ceder ante el cansancio, las dudas o la hipocresía de las amistades que la rodean requiere un esfuerzo titánico. María Green es una maestra de la simulación. Engaña a su audiencia allí donde va, haciéndole creer que reparte pedacitos de su alma. Pero no deja de ser un personaje más de la escena teatral, una máscara de Francisca Romero que entretiene y respira a través de los vítores.

Para mí, amarla supuso un esfuerzo en perpetuo conflicto con lo más profundo de mi ser, ya que ambas entrábamos en constante contradicción. Mi hermana conocía muy bien esas

dos facetas por las que transitaba según el momento. Quizá por eso pienso que, cuando ella enfermó, no actuó la personalidad adecuada.

El año 1918 se aceleró gracias a los entresijos del éxito. Cuando este te alcanza, te sumes en un estado parecido al que los románticos llaman felicidad. Pero la fama escondía un arma de doble filo, porque el Victoria era nuestro pese a que el presupuesto para el vestuario, los decorados y los ayudantes descendía escandalosamente. Un triunfo con sabor a decadencia. Yo me concentraba en el futuro, me convencía de que nos dirigíamos hacia una época mejor, pero trabajábamos hasta quedar derrengados, lo que propiciaba un tira y afloja entre los miembros de la compañía.

Esta situación venía causada por tantos factores que es imposible saber cuál era el principal. Europa no levantaba cabeza. Alemania lanzó su última gran ofensiva sobre el río Somme, Flandes y la Champaña. Con Rusia fuera de juego, el miedo circulaba por las calles. Si los alemanes tomaban París, ¿llegarían hasta Barcelona?

Otro mal afectó a la ciudad: una enfermedad a la que bautizarían como «la gripe española» causó los primeros estragos. A finales de mayo, un brote catarral enfermó a los músicos del Apolo. Los teatros y los bares cerraron durante días por precaución. La enfermedad remitió al cabo de poco, pero en junio, el virus revivió con más fuerza, más

contagiados y hubo algunos muertos. Por suerte, ningún miembro de la compañía pereció. Durante el verano el brote se elevó a la categoría de gripe. El calor la apaciguó y eso relajó los ánimos, al tiempo que el general francés Foch emprendía su estrategia ofensiva, que significó el principio del fin para las aspiraciones alemanas. La ofensiva causó numerosas bajas entre los combatientes, pero encaminó la victoria final de la Entente.

Mientras, la revolución bolchevique transformaba Rusia en un ejemplo a seguir para unos y a evitar para otros. Me inclino a creer que fue una de las causas por las que la CNT fue ganando afiliados y poder en la calle, respaldada, claro está, por las vergonzosas condiciones laborales que seguían vigentes en las fábricas y por la ineficaz respuesta de la comunidad médica ante los sucesivos brotes de la gripe. El obrero se sentía exhausto, enfermo, indefenso, y estaba enfurecido.

O quizá fue por el Congreso de Sants. Durante los últimos días de junio y los primeros de julio se reunió la regional catalana de la CNT. Compramos varios números de *Solidaridad Obrera*, la *Soli*, porque Mercè sabía de buena tinta que Joan seguía escribiendo en él. Queríamos estar al día, pero también nos preocupaba su grado de implicación. Pronto lo descubrimos: el diario anunciaba que Piñón, Seguí y Pestaña iban a alternarse en la presidencia de las sesiones, y entre los secretarios de los actos encontramos a nuestro anarquista.

Como resultado de esas jornadas, se decidió apostar por un sindicato único por gremio que sustituyera y unificara a las infinitas federaciones de ramo, y se debatió sobre la afiliación de las mujeres, sobre la lucha contra las horas extra y la explotación infantil. En el ambiente había cierta simpatía hacia la acción directa, alentada por las evidentes fechorías del comisario Bravo Portillo, un tipo con pocos escrúpulos que mandaba disparar a los anarquistas más revoltosos y que fabricaba pruebas contra ellos si era necesario. Semejante caldo de cultivo potenció la aparición de los pistoleros y la posterior guerra entre la patronal, la CNT y el Sindicat Lliure que se fraguó en el seno de la ciudad.

Mercè me lo contó en julio. Me encontraba sobre el escenario del Victoria, preparando *Pare, vull escriure*. Hacía calor y habíamos afrontado semanas de funciones dobles. El agotamiento se reflejaba en nuestros rostros: Guillem casi no bromeaba, Andreu no escondía sus ojeras y Antonio aprovechaba los instantes vacíos para sentarse y descansar.

Recuerdo un día que la compañía casi al completo teníamos ensayo en el teatro vacío y estábamos colocando los elementos del salón de la familia burguesa que protagonizaba la obra. Sobre el escenario había un sofá, dos butacas y varios armarios de madera, entre ellos un mueble bar que usábamos muy a menudo. El fondo, una pared floreada y una ventana por la que se apreciaban las vistas del principal de un edificio de la calle de Muntaner.

—Ricard, movamos el mueble bar hacia la derecha, así cuando el general llegue borracho podrá entrar por allí e iniciar la acción con rapidez. —Yo estaba exhausta, no tenía fuerzas para carantoñas ni palabras amables.

—No lo sé, Francisca. Luego Pilar vuelve y quieres que la acción suceda detrás del sofá. Si lo ponemos donde dices le deja poco espacio. Y ya sabes que si Antonio no lo ve claro, estará más pendiente de sus movimientos que de la interpretación.

—No, Ricard, de verdad, ¡ponlo ahí y punto! —dije con sequedad.

—Lo que tú digas —respondió Ricard obedeciendo a regañadientes. María, en cambio, se levantó y abandonó la sala.

Mercè apareció de entre las bambalinas y se acercó a mí. Me pidió un par de minutos, necesitaba conversar en privado. La acompañé, pensé que alejarme de la tensión que yo misma había propiciado beneficiaría a la compañía. Me disculpé, le pedí a Ricard que probara su opción y seguí a la prima de Joan.

Bajamos los cuatro escalones que unían el escenario con el pasillo principal de los camerinos y nos dirigimos al que ocupaba yo. Al entrar, quité las bolsas que se amontonaban en una de las sillas y la invité a sentarse.

—Por favor, no me asustes. Qué pasa ahora con Joan — dije sin poder contenerme.

—¿Cómo sabes que...? Claro. Me preocupa cómo te va a afectar la noticia que tengo que darte. No estás en tus cabales, pareces una loca.

—¿Cómo te atreves a...?

—Estoy hablando yo y por una vez me vas a escuchar. —Se apartó uno de los rizos que le molestaba en la cara y prosiguió—: Intenta entender lo que voy a decirte: dime qué diferencia hay entre tu contestación de hace un momento y las que daba Jaume cuando estábamos en la Balcells.

Enmudecí. Mercè me estaba retando, su semblante mostraba seguridad y convicción. Poco quedaba de la chica tímida y taciturna que conocí años atrás. Emanciparse de los Puig y valerse por sí misma cosiendo, sumado a la tolerancia y la comprensión que halló en la compañía, habían afianzado una confianza y una picardía insólitas en la Mercè de antaño. Se estaba convirtiendo en una mujer compleja e interesante, me alentaba tenerla cerca.

Si bien es cierto que vivíamos en armonía, Mercè, María y yo pasábamos demasiadas horas juntas. Ellas en casa cuidaban su intimidad. Mi hermana y yo nunca nos habíamos enfrentado, pero notaba su descontento cuando yo no respetaba las distancias o me metía en sus asuntos. A pesar

de los buenos recuerdos y de que las amaba con locura, debo reconocer que cohabitaba con ellas como si fueran amigas, no como un matrimonio. Ambas vivían en un estado de perpetua discreción, dentro y fuera del hogar: reservaban las caricias y los mimos para la alcoba, o para cuando tomaban una copa de más.

—Tienes razón, ahora mismo me disculparé —dije sin mirarla a los ojos—. Pero dime, Mercè, ¿qué le ha sucedido a Joan?

—Sí, claro. Joan acaba de ser padre —dijo, y respiró aliviada.

—Bueno, tenía que pasar. Me has asustado, pensaba que le había ocurrido algo malo. ¿Cómo se llama el niño?

—Miquel. Tiene tres semanas. Sabes que desde que volví de Madrid no le he visto mucho, pero me envió una nota para darme la noticia. Quiere que María y yo le visitemos.

—Gracias por decírmelo. De todos modos, él ha seguido su camino y yo debo hacer lo mismo con el mío. ¿Desde cuándo me he vuelto tan predecible?

—No lo sé, pero Joan no lo es. Se va a distanciar unos meses de la CNT y de la *Soli*. El parto de Dolors no fue sencillo y ella no se encuentra muy bien.

«Así que va a hacer por ella lo que no hizo por mí», pensé.

Me levanté, abracé a Mercè y noté su desconfianza. Me conocía bien, por eso se tomó mi reacción con cautela. Volví al escenario, me disculpé y cedí a las recomendaciones de Ricard. Debía confiar en su instinto y dejar de interponerme en su trabajo.

Una vez distribuido el atrezzo, repasamos las entradas y las salidas de escena e hicimos los últimos ajustes del vestuario. La primera función nos alcanzó perdidos en los detalles más ínfimos. Pronto oímos el rumor del público que se acomodaba y entretenía la espera comentando los desvaríos del día o especulando sobre la obra, hasta que la campanilla con repique anunció el inicio del primer acto.

Esa noche me fui a dormir pronto y, ya en la cama, reflexioné sobre la vida de Joan deteniéndome en ensoñaciones imposibles. Quizá ahí, en la oscuridad de la alcoba, tratando de alejar de mí la intensa soledad que sentí tras saber de la existencia del bebé, nació otra ilusión, otra obsesión: construir un teatro con mi nombre tal como estaba haciendo la Jordi. Si no me ofrecían papeles en las Ramblas, si estaba harta de sucumbir a los designios de los empresarios del Paralelo, debía seguir trazando mi propio camino. Aunque carecíamos de autoridad y recursos económicos, comencé a sentirlo como una necesidad vital, tan importante como comer o dormir, como un puño que te retuerce el estómago y te guía hacia el siguiente paso.

En agosto de aquel año redujimos drásticamente las

funciones. Necesitábamos descansar y reordenar las ideas y los objetivos de la compañía. El mes se desvaneció con celeridad y dio paso a una nueva temporada de teatro, y septiembre culminó con la boda de Tomás, a la que asistimos María y yo. Se casó en la catedral de Barcelona, pero no hicimos acto de presencia en el templo a petición del novio. A pesar de que le hubiera encantado, una vedete no tenía un lugar en el centro del catolicismo barcelonés, y Tomás había aprendido a navegar por los entresijos de su clase social sin cruzar las líneas que tantos quebraderos de cabeza habían comportado para su familia. Por eso solo nos invitó al convite, un gesto que nos colmó de felicidad. Al menos a mí, ya que María lo veía con cierto recelo. «¿No nos sentiremos fuera de lugar?», preguntó en varias ocasiones. La incomodaba pasear entre los invitados a los que tantas veces habíamos servido en el salón de los Puig. Lo que a ella le daba miedo a mí me producía ilusión, y además creía que nos sentaría bien pasar un día distendido. Arrastrábamos tensiones domésticas derivadas de la convivencia y ciertos desencuentros motivados por el día a día de la compañía. A veces sentía que habitábamos bandos diferentes, y eso nunca nos fue bien a ninguna de las dos.

El convite se celebró en el recién reformado hotel Metropolitán, al pie del Tibidabo. Y sí, los nervios afloraron cuando bajamos del coche de punto que nos dejó ante el bello edificio. La torre circular que presidía una de las esquinas me pareció una preciosidad arquitectónica. En la

parte superior había un templete también circular, de ahí el popular apodo de «La Rotonda», soportado por varias columnas coloreadas y decoradas con piezas de cerámica inspiradas en la naturaleza. La rectilínea fachada se interrumpía con varias ventanas con balcón en cuyos arcos figuraban relieves florales. Las barandillas de hierro reforzaban el carácter modernista del hotel. Entramos por la escalera que daba al chaflán, cuya barandilla también mostraba un despliegue de evocaciones a la flora.

Los invitados se pavoneaban y mostraban sus galas, mientras que María y yo éramos objeto de miradas furtivas y murmullos, quizá porque me reconocían, quizá porque no era habitual que dos mujeres asistieran solas sin la presencia del padre, prometido o marido. Aquella burguesía elitista y religiosa no nos consideraba dignas de pisar el mismo suelo que ellos. Me preocupaba mi hermana pues la notaba cohibida, así que alcé la cabeza, saqué pecho y me convencí de que merecíamos una silla en la sala. No volvería a caer en sus trampas; podían criticarme o llamarme lo que quisieran para reafirmar su estatus, pero no iba a dejar que sus comentarios me afectaran.

El comedor albergaba varias mesas redondas, y en cada una de ellas había entre doce y catorce cubiertos, mantelería blanca y gardenias como centro de mesa. Una cantante lírica amenizó la velada, tenía una voz preciosa, potente, y con un color raspado que le confería calidez. La acompañaba un pianista muy mayor, que tocaba sin prestar atención a los

invitados, a la cantante y quizá ni a sí mismo. Camareros jóvenes, bien peinados y atentos, servían cava, creo que Non Plus Ultra, de Codorníu, a los invitados que aún estaban de pie conversando y también a los que ya se habían sentado.

María y yo observamos aquella marea de lujo y relumbrón. Reconocíamos algunas caras por su relación con los Puig, y otras por las fotografías oficiales. Entre la marabunta de gente vimos a Jaume, que, sentado a una de las mesas, alzaba el brazo para llamar nuestra atención. Nos acercamos a él y lo saludamos efusivamente. Nos dijo que nos habían colocado en su mesa, junto a varios amigos de Tomás, así que tomamos posesión de nuestras sillas.

Jaume estaba situado entre su mujer y yo, y María, que se encontraba a mi lado izquierdo, se reía con discreción de mi ubicación.

Marga, la esposa de Jaume, nos saludó sin prestarnos atención, parecía más interesada en la conversación que sostenía con una conocida tan perfumada y enjoyada como ella. Comentaban que cuando terminara la guerra, al fin podrían volver a comprar vestidos en las tiendas de París.

—Parece que tu mujer es una entendida en alta costura. No sé si también se interesa por las condiciones laborales de las costureras que confeccionan los vestidos —le susurré a Jaume.

—Francisca, no seas mala. Hoy hemos venido a celebrar la felicidad de Tomás.

Le sonreí y comprobé que mi hermana al fin se había relajado, y no debido a Jaume o a mi presencia. María contemplaba embelesada la ropa de las invitadas y preguntaba por detalles como la firma, los tejidos o los acabados. Me inclino a creer que a Jaume le divertía su indiscreta curiosidad, ya que se dedicó a presentarle a las invitadas para que respondieran a sus preguntas.

El *maître* pidió que todo el mundo se sentara, y Tomás y Emma entraron en el salón. Él vestía un frac negro, con chaleco gris y corbata ancha. Ella había cambiado el velo lucido en la catedral por un recogido, que la convertía en un ángel. De cuello redondo y manga larga, se ajustaba a su torso hasta la cintura, de donde arrancaba una falda ancha. Varias hileras de pétalos la decoraban, y el blanco reluciente del conjunto iluminaba la sala. Los recién casados se sentaron a la mesa presidencial y la comida empezó a servirse.

En nuestra mesa había varias parejas como Jaume y Marga, jóvenes burgueses. La velada evolucionaba sin sorpresas, entre risas, tabaco, alcohol y críticas a una guerra que agonizaba pero cuyo final todavía no llegaba. En realidad, la paz podía ser un problema, pues a buen seguro comportaría un descenso de las exportaciones, despidos y un aumento de las huelgas. No querían que sus arcas se redujeran por culpa

de un paro general, pero no estaban dispuestos a evitar un conflicto obrero con la concesión de mejoras laborales. Sinceramente, su preocupación no tenía fundamento, ya que con la guerra habían ganado suficiente dinero para vivir dos vidas enteras rodeados de lujo. Yo no callaba mis opiniones, y Mariano, hijo de uno de los empresarios de maquinaria textil más importantes de Terrassa, se cansó de que pusiera la puntilla en cada tema, sobre todo cuando varios miembros de la mesa criticaron el sufragio universal y yo me vi obligada a defenderlo con uñas y dientes.

—No entiendo de qué se queja, señorita. Los ingleses acaban de aprobar el sufragio universal y ellas siguen pidiendo más —dijo uno de los conocidos de Jaume.

—Pero es un sufragio lleno de condiciones —le repliqué—. Pueden votar las mujeres mayores de treinta y un años, que tengan tierras y posesiones, y que cumplan unos requisitos de los que muy pocas son acreedoras.

Yo movía nerviosamente el vaso de agua que tenía delante de mí mientras hablaba. Nada me hubiera gustado más que tirárselo a la cara.

—Por eso es mejor dejarlo todo como está. Obreros, mujeres... cada cual en su sitio.

—Tiene razón, por eso usted no debería ocupar la posición que actualmente ostenta en esta ciudad.

—Francisca —intervino Jaume para que la discusión no fuera a más—, cada cual está en su derecho de luchar por lo que cree, solo que a veces la sociedad no está preparada para ciertos cambios.

—Un abrigo usado vale cuatro pesetas. Un libro, una y media. Una manta de lana, unas ocho. Y los trabajadores, con suerte, cobran cinco pesetas al día. No salen las cuentas, señores. Calculen. En lo que llevamos de año, ¿cuántas huelgas ha habido en Barcelona? ¿Cincuenta? ¿Cien? Y parece que va a haber más. Nos esperan meses movidos.

—Vaya, Francisca... —Jaume, de nuevo, al ataque—. ¿Vas a afiliarte a la CNT?

—No me digas, Jaume, ¿te has vuelto un burgués previsible?

—El día que la Compañía Green haga algo por la causa obrera y no en su propio beneficio, podrás llamarme burgués previsible.

Todos en aquella mesa, a excepción de María y Jaume, me miraban como si fuera una loca. Cambiamos de tema para que la sangre no llegara al río. Sacaron el pastel y los novios hicieron el corte tradicional. Quería saludar a Tomás, darle un abrazo, felicitarle, pero estaba sepultado por el exceso de sonrisas y obligaciones que su apellido exigía. Desde la distancia, observaba al matrimonio Puig al fondo,

ignorándose mutuamente y acaparando la atención. Doña Teresa se movía firme y segura, haciendo gala de las habilidades sociales que había aprendido asistiendo a eventos u organizándolos durante varias décadas. Presidía una boda de ensueño para el último hijo en edad de merecer, el hijo al que los corrillos jamás auguraron un matrimonio fructífero. Sin embargo, con su largo vestido de color azul y el sombrero de campana a juego, me parecía la mujer más triste de todos los celebrantes.

Unos minutos después, un hombre con espesa barba se acercó a nuestra mesa por mi espalda. Se inclinó y asomó su rostro entre el de mi hermana y el mío. Era Josep Puig.

—Quién me iba a decir que me encontraría con mis antiguas sirvientas en la boda de mi hermano. Son las mujeres más bellas de la sala.

—Don Josep, un placer verle, nos ponemos al día en otro momento —me apresuré a espetarle.

—¿Así me saluda después de tanto tiempo, señorita actriz? Quizá algún día baje a ver una de sus óperas bufas.

Josep apenas había cambiado en los años transcurridos, mantenía su porte y su cuerpo atlético. Me levanté bruscamente mientras María se agarraba al borde de la mesa y observaba el vacío con la clara intención de escapar de allí. Josep no me inspiraba respeto. Incluso por un

momento pensé que no recordaba lo que le hizo a mi hermana. ¿Se había acercado a nosotras solo por educación? Notaba un hormigueo que se extendía de la cabeza a los pies y el pulso me temblaba. Le cogí por el brazo y lo aparté.

—Disculpe, don Josep. ¿Tiene un segundo?

No le di opción a responder. Le empujé con suavidad, invitándole a alejarse unos metros de la mesa.

—No sé a qué juegas, imbécil, pero no entiendo cómo te atreves a dirigirnos la palabra.

—Te olvidas de que esta es la boda de mi hermano y te puedo echar cuando me dé la gana.

—¿Ah, sí? Ve a Tomás y díselo, a ver qué te dice.

En ese momento se cambiaron las tornas. Josep me agarró del antebrazo violentamente. Me hacía daño y, para no llamar la atención, resistí pacíficamente.

—Puede que tengas a Tomás engañado, pero no deberías estar aquí. Cómo te atreves a venir a la boda de mi hermano cuando sabes que el muy cretino está enamorado de ti.

—Él no...

—No te hagas la inocente conmigo. Te lo has camelado y doy gracias por que no te ha llevado al altar. Eres demasiado

lista, sabes que si entraras en la familia se te acabaría la pantomima.

—O me sueltas o empiezo a gritar ahora mismo.

Josep percibió que no bromeaba, así que me liberó y se dio media vuelta. Buscó alguna cara conocida y, recolocándose el cabello, se alejó. Intenté recuperar el aliento y volví a la mesa. María no comentó nada sobre este episodio y a mí tampoco me apetecía ahondar en el tema.

Durante mucho tiempo soñé con una venganza. Imaginaba que organizábamos una treta de tipo económico o sexual. En mi ensoñación, primero me ayudaba Joan, y luego intervenía Jaume, que lo ponía en evidencia ante la sociedad y la policía.

Estaba claro, yo lo presenciaba y, acto seguido, me revelaba como la responsable y le aclaraba: «Esto es por mi hermana». Obviamente, nunca sucedió, y eso que no he podido evitar encontrármelo en más de una ocasión. Amichatis me dijo una vez que la vida no deja que cierres tus heridas con los ricos. Tal vez tenía razón.

Seguimos bebiendo y conversando, y, justo cuando olvidé el asqueroso encuentro con Josep, Tomás se acercó para saludarnos y brindamos con él.

—Tomás, pensaba que a esta hora ya no te aguantarías de pie —le dijo Jaume.

—Jaume, hoy es el día de mi boda. No necesito una copa para sentirme feliz, con Emma me basta.

—Estás increíble. Me alegro mucho de verte tan feliz.

Tomás se acercó a mí y me abrazó. Su gesto fue tan efusivo que por un momento pensé que me iba a ahogar. Josep había clavado en mí la espinita de la duda, y esa posibilidad me agobiaba. Alguna vez habíamos hablado del tema, pero Tomás siempre me lo había negado. Debía relajarme.

Pasó por nuestro lado un señor entrado en los cuarenta, quizá incluso en los cincuenta, que detuvo mi espiral autocompasiva.

Orondo, lucía un pelo liso absolutamente blanco y poblado, y la sonrisa de quien no tiene pecados que confesar. En la boca llevaba un puro, un habano si no recuerdo mal; en la mano, una copa, y sobre la nariz, unas gafas que parecían empañadas.

—Francisca, don Gonzalo Cava —dijo Tomás—, un amigo de mi padre y uno de los empresarios metalúrgicos más importantes de Madrid. Le comenté tu idea de construir un teatro y mostró interés en conocerte.

Don Gonzalo solo tenía ojos para mi hermana, que no prestaba atención a la conversación.

—Sí. Verá, doña Francisca, hace poco más de un año que

enviudé. Mi mujer era amante de las artes, sobre todo de las artes escénicas. Desde que nos dejó, intento honrar su memoria ayudando al teatro.

Supongo que en aquel momento empecé a ver a aquel hombre como un fajo de billetes. Le conté el plan de la compañía, el lugar donde podríamos construir el teatro y que Tomás sería el arquitecto. Notaba que me escuchaba con más o menos atención, pero su mirada se desviaba de vez en cuando hacia María. Cuando acabé de contarle todos los detalles, el hombre, que parecía aburrido, se limitó a decir:

—Es muy interesante, doña Francisca. Y esta hermosa joven que la acompaña, ¿quién es? Por lo que me dice, debe formar parte de la compañía.

Toqué con suavidad el brazo de mi hermana para que participara en la conversación.

—Es María, mi hermana. Se ocupa del vestuario. Es una artista de la confección.

—Pues si les parece bien, me gustaría reunirme con las dos para seguir informándome de su proyecto. ¿Están de acuerdo?

—Por supuesto. Cuando usted guste.

El hombre se despidió de nosotras besándonos la mano a

ambas y siguió el camino que había interrumpido para saludarnos.

Tomás continuó hablándome de las ventajas de asociarnos con un buenazo como él mientras yo luchaba por evitar ciertos pensamientos descorazonadores. ¿No se había casado enamorado? ¿Estaba enamorado de mí? Luego se disculpó, debía continuar con los saludos protocolarios.

María y yo volvimos a sentarnos a la mesa, y dejé que la euforia invadiera mi cuerpo. ¡Un empresario mostraba interés por el proyecto y no me trataba como a una loca! Últimamente no podía pensar en otra cosa y parecía que el destino actuaba a mi favor.

—María, ¿has visto cómo te miraba? Seguro que con tu encanto le convencemos.

—Por Dios, fingiré que no he oído lo que me acabas de decir —dijo, y se santiguó.

—Solo te pido que me acompañes si la reunión se lleva a cabo. Nada más.

—Ese hombre busca otro tipo de negocios. Además, pensaba que ya te habías olvidado del teatro.

Decidí cambiar de tema, así que me incorporé a la conversación de la mesa. Marga alardeaba de no sé qué muebles que había adquirido de un artista cuando me di

cuenta que Jaume me observaba con una expresión cercana al deseo. Intenté ignorarle, pero sentía su mirada y sus anhelos, y temía que se confundieran con los míos. Sin yo esperarlo, me susurró al oído:

—Odio lo que sucedió, me odio por todo. Ojalá fueras tú la que me cogiera del brazo esta noche, la que todos consideraran mi mujer. Quién sabe —hizo una breve pausa—, quizá aún estamos a tiempo.

No sé si esperaba una respuesta, complicidad o si tan solo acababa de expresar una ensoñación. Estaba siendo un convite agitado y sabía que mi hermana estaba agotada, así que me giré y le propuse a María que nos fuéramos. Cuando nos levantamos, Jaume me miró decepcionado y yo no supe cómo devolverle el gesto. Había pasado tanto tiempo, nos habíamos hecho tanto daño, que mi corazón ya no tenía suficientes capas para protegerme. Lo único que sabía era que no quería entrar en ese juego. Entonces él sonrió, no por educación ni galantería, sino por nostalgia, y yo intenté transmitirle mi tristeza y mi cariño con una mueca risueña. Durante unos segundos cerró los ojos, inexpresivo, y acto seguido los abrió. A continuación, hizo un leve movimiento afirmativo con la cabeza, esbozó la sonrisa más grande de compromiso que jamás le vi y siguió conversando con el resto de los comensales como si yo nunca hubiera existido.

María y yo nos despedimos con celeridad y nos dirigimos a la salida. Antes de partir, María quiso ir al servicio y yo la

esperé junto a la puerta principal observando los restos del convite y a sus invitados, con mi hombro derecho apoyado en una de las columnas de la sala.

El decoro y el esplendor habían ido decayendo con cada copa.

La vi y me vio. Teresa Puig sonrió y se vino directa hacia mí, con la barbilla elevada, el andar firme y los ojos vidriosos.

—¿No pensabas saludarme, Francisca?

—Perdone, señora Teresa. Están ustedes tan ocupados que una no sabe...

—No podrías estar más bella.

Elevó mi barbilla con la mano derecha. Como acto reflejo, mi cuerpo se puso en estado de alerta y mi espalda se tensó como la cuerda un arco.

—Usted también, señora Teresa.

—Hace tiempo que no me merezco que me trates de señora. Te lo digo cada vez que te veo. Creo que a estas alturas, Teresa es lo más adecuado, ¿no te parece?

—Tiene razón —le sonreí—. Tomás... ¿está bien?

—Sí, ya no es una preocupación para mí. Más bien un motivo de felicidad. ¡Cómo cambian las cosas! —Se detuvo,

suspiró y, sin mirarme, centrando su mirada en la fiesta, me preguntó—: Y tú, ¿estás bien?

—Tan bien como está usted ahora mismo.

—No seas grosera. —Soltó una leve carcajada—. La suerte te sonríe, ¿no?

—Creo que sí. No me puedo quejar, los semanarios hablan de mí.

Doña Teresa me dedicó una sonrisa cargada de ironía. Aprovechó que un camarero entraba en la sala con una bandeja de copas de cava para coger una. Dio un sorbo y dijo:

—Sin embargo, veo en ti una melancolía que solo padecemos las que vivimos entre dos mundos. Te comprendo más de lo que crees. Quieres que te acepte este mundo —señaló la sala con un leve giro de la cabeza— y eso implica dar la espalda al tuyo, al que te da de comer. Algún día deberás decidir si eres una actriz burguesa o una vedete obrera, si tu género es el drama o la comedia. Tal como está Barcelona, llegará el momento en el que te pedirán que te posiciones, y espero que tengas una respuesta preparada. Déjate querer, hija, que al final es lo único que necesitamos.

En ese momento le cogí la mano, gesto que la descolocó. No me la presionó, pero tampoco la evitó.

—¿Sabe? —dije suspirando—. Ahora entiendo muchas de las cosas que me decía. Tenía razón, es tan difícil dormir en la habitación de una sirvienta como en la de una actriz, o en la de una señora. Es obvio que la última lo tiene más fácil gracias al dinero, pero no se refería a eso, ¿verdad?

Teresa Puig sonrió, se acercó a mí, me rozó el codo con la mano y volvió hacia la fiesta, firme, altiva, como una Puig. Mi hermana apareció, me pidió que nos fuéramos y desaparecimos de la boda del año. En el camino de vuelta dejé que María Green y Francisca Romero centraran sus pensamientos en el Teatro Green, que así es como decidí que llamaría a mi teatro. Sentía que ambas empezaban a ser la misma, que mis sueños y mis miedos se habían puesto de acuerdo para llevar la misma máscara, una máscara frágil que sacaba lo mejor de mí.

Capítulo XXX

Recuerdo los atardeceres del pueblo. A pesar de nuestra corta edad, ayudábamos a mamá en las faenas de la casa. Todo aquel que se sostuviera sobre sus dos piernas era útil para realizar tareas sencillas. Cuando el sol empezaba a dejar paso a la noche, estuviéramos donde estuviésemos, ya fuera manteniendo el hogar encendido para preparar la cena o encerrando las cabras en el establo, no perdíamos detalle de lo que sucedía en el camino que llevaba a la casa. En el momento en que oíamos voces bromeando y comentando la jornada, volábamos hacia la puerta.

Las voces pertenecían a un grupo de jornaleros entre los que se encontraba mi padre. Sin darle opción a esconderse ni a evitarnos, corríamos hacia él y le abrazábamos para darle la bienvenida. Algunos días nos cogía a ambas en brazos. Otros, dejaba que rodeáramos sus piernas con

nuestros bracitos mientras se despedía de los compañeros y luego caminaba con nosotras pegadas a sus muslos simulando que pesábamos toneladas. Siempre que paso por un momento difícil, esa imagen vuelve a mi cabeza.

Dos semanas después de la boda de Tomás encontré una carta en el buzón. Don Gonzalo invitaba a cenar a mi hermana a uno de los restaurantes más característicos de Barcelona, Can Culleretes. Nos contaba que permanecería varios días en la ciudad y que, si el día citado no podía acudir al encuentro, propusiera otra fecha. Leí la invitación varias veces. No es que hubiera buscado otras opciones, pero la propuesta del empresario madrileño se presentaba como la única oportunidad que yo tenía para construir el teatro. Además, Tomás me había comentado que don Gonzalo le despertaba confianza y que no aceptaba un negocio que no fuera viable. Llevábamos la escena en la sangre, habíamos aprendido a acordar porcentajes y valorar el precio de un vestido, pero desconocíamos los entresijos de la construcción o la gestión de una sala entera.

Por todo eso, le pedí a mi hermana que habláramos en la sala. Hacía un par de días que María andaba lívida y tosía con frecuencia. No sabía cómo abordar el tema, así que le pregunté por los vestidos que algunas señoras de bien le habían encargado y me contó que iban sobre ruedas. Estaba afianzando una clientela de mujeres que lucían la ropa que ella confeccionaba con el orgullo del dinero bien gastado. María crecía como modista, aunque se escondía detrás de la

compañía para que sus prendas no se asociaran con el nombre de una antigua criada.

Entonces le hablé de la nota. Le pregunté si le apetecía cenar con don Gonzalo, que le proponía un encuentro cordial, de negocios. Su rostro pasó paulatinamente de la incredulidad al enfado.

—Eres increíble —dijo.

—No te estoy pidiendo que vayas, solo te pregunto si querías ir.

—Sí, sí que me lo estás pidiendo. Tú no te das cuenta, pero pides. Siempre pides. Esto, lo otro, lo de más allá. —El tono de mi hermana se volvía agresivo. Se detuvo para toser y prosiguió—: Lo camuflas con un tono amable pero me hablas como si esta fuera la única posibilidad de construir el teatro. Estoy segura de que hay otros caminos. —Con la mano derecha se recolocó un mechón de pelo que le molestaba—. Y otra cosa te diré, ¿por qué no lo dejas estar? ¿No tienes suficiente con lo que has conseguido?

María sé tocó la frente y tosió. Me dio la sensación de que no había pasado buena noche.

—Qué sé yo. Solo sé que esto es importante. Siento lo mismo que cuando me fui de casa de los Puig o cuando creé la Green, tiene que suceder. Mi instinto nos ha traído hasta aquí, mira lo que hemos conseguido.

—Aquí, dónde, por Dios. Yo sé dónde estoy, pero tú no. Consigue un aval, ve a un banco y endéudate si es lo quieres. Pero no lo harás porque tienes miedo de que te digan que no y volver a sentirte, otra vez, como la niña pobre que llegó a Barcelona.

María movía la pierna derecha sin parar. Me enfurecía que me hablara con aquella condescendencia; ella, siempre reticente al cambio, ella que nunca había comprendido mis propósitos pero que disfrutaba de los beneficios. De vez en cuando se tocaba la barriga para sostener los espasmos de la tos y sudaba sin motivo aparente.

—Tú no querías que me fuera de casa de los Puig, y mira, mira dónde vivimos. Sí, María, aquí, una casa donde puedes vivir tranquilamente con una...

—Dilo, una mujer. Vivo con una mujer. Amo a una mujer. Me acuesto con una mujer. A ver cuándo te acostumbras.

—Pero ¿por qué me dices eso, hermana? Soy vuestra amiga, os respeto.

—Y tengo que darte las gracias, ¿es eso? ¿Me estás diciendo que tengo que venerarte solo porque vives con dos aberraciones de la naturaleza?

María se levantó del sofá furiosa y agitando los brazos mientras declamaba una perorata de sinsentidos. Nunca la había visto tan fuera de sí.

—Sigues pensando que un día me enamoraré de un hombre, Francisca.

Se detuvo unos segundos porque la tos la estaba asfixiando. Se recompuso y prosiguió, enfatizando su enfado.

—Lo toleras, pero no lo aceptas. Eres incapaz de mirarnos cuando nos besamos. O cuando nos abrazamos. Y sí, quizá este piso, tu carrera, nos ha ayudado, eso no te lo negaré, pero en casa de los Puig nos apañábamos.

María se santiguó y eso me enfureció. No pude contenerme.

—No creo que la religión se apiade de vosotras. —Mi hermana no respondió—. Piensa lo que quieras, pero no entiendo qué tiene que ver con el teatro y con el señor Gonzalo.

Los ojos de María permanecieron unos segundos en blanco mientras cubría su frente con la mano derecha en señal de impotencia y cansancio. Yo no entendía cuál era mi ofensa y deseaba que la conversación finalizara. Nuestros gritos llamaron la atención de Mercè, que entró en la sala. Nos observó sin decir nada, intentando discernir el motivo de nuestra riña.

—Tiene mucho que ver. —María relajó el tono—. Si estuviera casada con un hombre no me lo pedirías.

Su razón enfureció la mía, que pusiera en duda mi amor por ella y mi aceptación de su relación con Mercè me sacaba de mis casillas. Iba a responderle, casi a insultarla, pero tuvo otro ataque de tos y me frené. Esa pausa le dio fuerzas a Mercè para intervenir.

—Os recomiendo que dejéis de hablar por ahora. Esta conversación solo os va a hacer daño.

—Te lo repito —dije cuando conseguí calmarme—, piensa lo que quieras.

—Sigues sin entender nada, ¿no? Francisca siempre es la víctima y carga con un montón de culpas sin que nadie se lo haya solicitado. Te obsesionaste conmigo, con lo que pasó, después de que Josep...

María miró a Mercè, preocupada, y rompió a llorar. Luego clavó sus ojos en los míos, mezclando odio y tristeza, comunicándome que había cruzado una línea, que llevábamos años retrasando una conversación vital para nuestra relación, quizá por su falta de coraje para verbalizar lo sucedido, quizá por mi falta de tacto, pero lo omitido afloraba en cada una de las desavenencias que habían ido surgiendo entre nosotras a lo largo del tiempo. Entonces María salió corriendo de la sala y se dirigió a su habitación.

—¡Después de que Josep qué! —me gritó Mercè—. ¿Después de qué?

Mercè fue tras ella y yo permanecí inmóvil, sin voluntad de continuar la conversación. ¿Debía pedir perdón?

Me refugié en mi cuarto, me senté en el balancín y cogí un libro para olvidarme de lo sucedido. No me concentraba. Me mecía a una velocidad trepidante, como si la oscilación pudiera calmar mi furia, mi turbación, la sensación de que me habían escupido varias verdades que no encajaba porque, de hacerlo, se rompería un pedacito de mí. Apenas pegué ojo aquella noche, y no me atreví a salir de la habitación. ¿Y si no conseguíamos construir el teatro? ¿Y si mi hermana se iba de casa y me dejaba sola?

El sol me trajo las fuerzas suficientes para volver a hablar con ella, pedirle perdón y tratar de comprender sus razones. Iba a acercarme a su habitación cuando llamaron a la puerta de mi dormitorio. Di permiso y Mercè entró como un tiro.

—Francisca, es María. Está enferma, tiene mucha fiebre. Espero que no sea...

—Mercè, ¿has dormido con ella?

Dijo que sí.

—Cámbiate inmediatamente de ropa y de habitación, y si puedes date un baño. Voy a por un médico.

Me vestí y salí corriendo en busca del doctor Sala, que vivía a apenas una calle. Me fijé en los transeúntes que caminaban

cabizbajos por miedo a contraer la gripe. Y es que, aquel octubre, un nuevo brote reflató la enfermedad con más crudeza y se cobró la vida de miles de personas. Recuerdo que el gobierno declaró el estado de emergencia: estableció ciertos protocolos en las fronteras, construyó pabellones provisionales en las ciudades y recomendó encarecidamente que se aislara a los pacientes más graves.

La sobriedad de la calle me susurraba funestas consecuencias. En los hospitales se hacinaban enfermos y cadáveres. Manuel Morales Pareja, el alcalde de Barcelona, pidió ayuda al ejército para sacar a los muertos de la ciudad. Se recomendó con insistencia que se evitaran las aglomeraciones: se cerraron los teatros durante varios días, y cuando abrieron se limitó el número de funciones. No se permitían funerales más largos de diez minutos ni que se reunieran varias personas en las tiendas.

Un esperpento que sucedía delante de nuestras narices. Se recogieron las naranjas antes de lo habitual para abastecer la alta demanda. Los diarios españoles, al contrario que los extranjeros, aún en guerra, hablaban de la severidad de la enfermedad, pero a París y a Londres no les interesaba desmoralizar a una población que estaba a punto de salir de un conflicto de cuatro años. Llegué a la consulta del doctor y estaba abarrotada. Hablé con Natividad, la secretaria, y no me pudo confirmar el tiempo de espera.

—¿Una hora? —le pregunté.

—Quizá tres, Francisca. Mira cómo tenemos la sala de espera.

No cabía un alfiler.

—De acuerdo, entonces dime qué medicamentos puedo ir a comprar mientras tanto.

—Compra aspirinas, mejor Bayer, suero antidiftérico y algún opiáceo. Y mascarillas de tela para ti. Ah, y si no tenéis estufa, compra una o traslada a tu hermana a la habitación más cálida de la casa.

Estufa tenía. También mascarillas. Salí corriendo, como si así María tuviera más opciones de curarse, y compré los medicamentos. Al cabo de las tres horas volví a la consulta y aún tuve que esperar dos más. Finalmente, el doctor Sala me acompañó a casa.

Al llegar, enfilamos el pasillo y cuando abrí la puerta de su habitación vi que mi hermana tenía los ojos abiertos. Respiré tranquila. El médico nos pidió a Mercè y a mí que esperáramos fuera de la estancia, se puso una mascarilla y cerró la puerta. Apenas tardó diez minutos, que para mí fueron eternos, y, de nuevo en el pasillo, nos dijo:

—No se acerquen a ella sin una mascarilla. Eviten al máximo el contacto con la enferma y, si notan algún síntoma, empiecen rápidamente el tratamiento. Ustedes están en riesgo de enfermar. No les voy a engañar, los hospitales

están saturados. Si quieren, pueden mantenerla en casa y seguir las indicaciones que les dejo apuntadas en este papel. —Se lo dio a Mercè—. Si empeora, llévenla al hospital. Están haciendo transfusiones de sangre de pacientes que han superado la enfermedad a pacientes enfermos, pero aún no se conoce el efecto real de este tratamiento. La Real Academia de Medicina ha declarado que no hay un tratamiento concreto que sea más efectivo que otro, así que solo les queda probar y rezar.

—Entonces —preguntó Mercè—, ¿tiene la gripe?

—Me temo que sí.

Temer lo peor y a la vez no saber qué puede suceder es horrible. Ambas acompañamos al doctor a la entrada y le despedimos. Allí, en silencio, de pie, cada una de nosotras esperaba a que la otra hablara. El cuerpo me pedía tomar decisiones, pero respiré hondo y dije:

—Mercè, ¿qué crees que deberíamos hacer?

—No lo sé. En los hospitales no cabe ni una pulga. Voy a informarme sobre las transfusiones, pero no me parece una buena idea dejarla allí sola, en manos de desconocidos.

—De acuerdo.

Mercè se dirigió al hospital y yo entré en la habitación de María para saludarla. A pesar de que me violentaba, me puse

la mascarilla, el médico había sido muy claro en este aspecto. Ella dormía, pero no lo hacía plácidamente. Sepultada bajo varias mantas, sudaba y movía la cabeza inquieta. Encendí la estufa. No podía hablar con ella, sin embargo necesitaba expresarle mi arrepentimiento. No lo hice porque me parecía que sería algo así como una despedida. La observé con pavor y, sin poder evitarlo, me sobrevino la imagen de mi madre yaciendo inerte en el suelo de nuestra casa. María no podía dejarnos, seguiríamos discutiendo cuando se curara.

Mercè volvió del hospital y me recomendó que lo descartáramos. Al preguntarle por qué, me respondió con un esclarecedor gesto de negación. Nos sentamos en la sala, en el sofá, cada una sumida en sus miedos o pensamientos. El otoño había comenzado frío; no obstante, aquel día que ambas nos enfrentábamos a un reto que nos venía grande, cuyas posibles consecuencias provocaban un dolor inmenso con solo intuirlos, el sol acompañaba a los barceloneses que se hallaban en la misma situación que nosotras. No sabía qué decirle, aún no había asumido la aciaga circunstancia en la que estábamos inmersas, así que decidí agarrarle la mano. Permanecimos varios minutos así hasta que ella rompió a llorar.

—¿Qué pasó, Francisca? ¿Qué pasó en casa de los Puig? —dijo entre sollozos.

—Eso tiene que contártelo María. Ella es tu mujer.

—¿Y si...?

—No pasará, ¿me oyes?

Dos días y dos noches más se esfumaron entre la preocupación y los cuidados, pero la fiebre no remitía. Mercè y yo actuamos como dos enfermeras profesionales. Nos quedábamos el mínimo tiempo posible en la habitación, lo justo para darle de comer, que se tomara las medicinas y velar por su estado. Probamos todas las recomendaciones que nos indicó el doctor y los consejos de las vecinas. Por ejemplo, compramos el purgante digestivo Besoy para eliminar el virus del estómago, desinfectamos la casa entera con Eucaliptol «T» de Trébol. No mejoraba pero tampoco empeoraba, así que no sabíamos muy bien a qué atenernos.

Pasear por Barcelona era nocivo para el optimismo. Carros fúnebres con ataúdes circulaban en dirección a los cementerios. Más de un conocido se había contagiado o había muerto. Cada imagen o noticia funesta alentaba la angustia y minaba la esperanza. Sintiéndome impotente, fui a la calle de la Princesa al piso de un antiguo farmacéutico que, supuestamente, había traído a Barcelona una remesa de pastillas más eficaces que las aspirinas procedentes de Estados Unidos. No las vendía precisamente baratas, y me duele escribir que pocos obreros se congregaban ante su puerta.

En las escaleras, haciendo cola para obtener el milagroso

remedio, coincidí con Carles Codina, director de la Compañía Codina, una de las más prestigiosas de las Ramblas. Cuando llegué, él ocupaba el último lugar. Se encontraba a cinco escalones del rellano, y esperaba con los brazos cruzados y un hombro apoyado en la pared. Cuando pedí tanda, él se giró desganado y me respondió. Dos segundos después pareció reconocerme. Abrió los ojos de par en par y me observó. Me molestaba su osadía, así que me vi obligada a advertírselo.

—Le diré que no me agrada que un extraño me mire como lo hace usted —le espeté.

—Por supuesto que es perfecta. Disculpe, señora Green. Es que acabo de tener una gran idea.

Se presentó, me dio la mano y le observé con atención. Carles me pasaba un par de centímetros, su pelo era castaño y disimulaba la calvicie frontal dejando los primeros cabellos que asomaban por la frente más largos de lo decoroso, convertidos en un curioso flequillo. Delgadito pero con una espalda pronunciada, vestía un inusual traje de rayas. El chaleco blanco y la camisa negra le conferían un toque excéntrico. Hablaba con atención y minuciosidad, pero su semblante evidenciaba que tenía la cabeza en otro lugar. Movía las pupilas a gran velocidad, como si analizara mis palabras, mi cara o mi alma con un detenimiento exhaustivo. O quizá era debido a la cocaína.

—Supongo que conocerá a Ibsen...

—Nunca he tenido el honor de ver o leer ninguna de sus obras.

—Verá —continuó con su discurso, ignorando mis palabras—, hemos representado *Casa de muñecas* varias veces, pero nunca he quedado satisfecho. Siempre he trabajado con imitadoras de Nora. Señora Green, acabo de darme cuenta de que usted sería perfecta para el papel. ¿Qué me dice?

—¿Es una propuesta formal? —La cola avanzó, Carles alcanzó al fin el rellano y yo me quedé en el último escalón—. Porque yo tengo mi compañía y...

—Serían solo unas funciones. No me puede decir que no. Y no sería justo que usted la interprete en el Paralelo con su compañía. La idea es mía, respétela y acéptela, por favor.

Su capacidad de persuasión se construía sobre el nerviosismo, la contundencia y la pasión. Sin conocer la trama de la obra ni al autor, el instinto me susurró que aceptara. Iba a pedir que me enviara el libreto, pero Carles se adelantó.

—Apunte aquí sus señas —dijo sacando una pequeña libreta y un lápiz del bolsillo interior de su chaqueta—. Esta tarde le mandarán el libreto. Léalo y dígame que sí. Por cierto, la obra se representará en el Poliorama.

Qué tedio me produce a veces la ironía. Al fin llegó su turno y luego el mío. Salí del edificio apresurada, deseando que las dichas pastillas surtieran efecto. Aquella misma tarde llegó el libreto y lo dejé en mi habitación, encima de la cama. Contemplé la cubierta e, incluso antes de leerla, supe que me atraparía. Por la noche, impaciente, abrí la primera página y me sumergí en el universo de Nora, sus contradicciones y su despertar. A la mañana siguiente llamé a Carles para decirle que aceptaba su propuesta, y él me comunicó que comenzaríamos los ensayos en una semana. Me sentía optimista, mi hermana se curaría e iba a ser testimonio de otra conquista, mi primera obra en las Ramblas. Y esta vez nada ni nadie me la iba a arrebatarse.

A la mañana del tercer día, estaba yo hirviendo algunas verduras, ya que María solo podía ingerir caldos y vegetales muy pasados de cocción, cuando Mercè vino a buscarme a la cocina. Mi hermana quería hablar conmigo, así que me quité el delantal, atravesé la sala, me puse la mascarilla, llamé a la puerta de su habitación y, cuando ella me dio paso, entré.

Seguía cubierta por una montaña de mantas, pálida, con unas ojeras muy pronunciadas y tosía con frecuencia.

—No te acerques. Mejor que hablemos en la distancia.

—María, lo siento —dije. Llevaba varios días guardándome esas palabras—. Tenías razón, soy terca como una mula. Quizá no te he respetado lo suficiente, pero te quiero y

quiero a Mercè, y me encanta que os améis. Siento si el ímpetu a veces me puede, pero qué sé yo, no soy perfecta y lo vuestro es tan diferente, tan nuevo, que a veces no sé cómo actuar.

—Francisca... —Mi hermana hablaba con lentitud—. Si me muero...

—Cállate.

—Si me muero —elevó el tono para que la oyera bien—, sé que cuidarás de Mercè, así que ni te lo pido. Y a ti, te libero de toda deuda que creas tener conmigo. Y sí, me alegro de haber escogido esta vida. Gracias por la oportunidad que nos has dado, por empujarnos a salir de casa de los Puig, por abrazarnos. Pero debo decirte, aquello... —empezó a toser, me acerqué pero ella me indicó que me alejara con una mano— no lo hice porque sea una gran persona, ni por ti, ni por mí. Y no te escondí porque pensara que debía protegerte. Aquella noche pasó lo que pasó y yo reaccioné como reaccioné sin más; fue el instinto, no le des más vueltas. A veces pienso que sentía que me lo merecía...

—Pero ¿por qué dices eso?

No entendía sus palabras. O quizá las entendía demasiado bien. De María aprendí que no se pueden liberar las penas del corazón ajeno.

—Porque es lo que sentía, porque mi vida ha estado

sumergida en la culpa, como la tuya, y eso nos ha empujado al interior de una madriguera tortuosa. Pero ya no quiero esconderme más. No soy una heroína. Nadie lo es. —Volvió a toser, yo me acerqué y ella lo evitó con un gesto—. No voy a sentirme culpable nunca más por lo que soy, por respirar, por amar, y tampoco voy a conformarme con un segundo plano para no incomodar a los que me rodean. Francisca, tienes que dejar de esperar tanto de las personas. No soy mejor que tú por haberte protegido. No quiero que me quieras por lo que hice aquella noche, quíereme por lo que soy.

—Siempre te he querido por lo que eres, eso no lo dudes.

María observó el techo sonriendo débilmente, estaba digiriendo unas palabras que quizá debería haberle dicho tiempo atrás.

—Quizá ha llegado el momento de que empieces a rezar.

—María, llevo tres días haciéndolo.

Me acerqué, tomé su mano y ella me devolvió el gesto presionando la mía con la poca fuerza que le quedaba. Aunque ella no lo podía ver, pues tenía la boca tapada por la dichosa mascarilla, yo sonreía. La dejé descansar.

A la mañana siguiente, la fiebre empezó a bajar. María comía más y Mercè y yo teníamos la sensación de que tosía menos. Las fuerzas volvieron a su cuerpo y el color a la cara,

y su sonrisa iluminaba de nuevo la habitación. Seguía estando muy débil, así que permaneció en cama varios días más. Los teatros abrieron y el trabajo se reanudó. Andreu cayó enfermo pero se recuperó con rapidez. En cambio Julián, uno de los músicos del Victoria, no sobrevivió a la enfermedad. Ni Paquita, la vecina de arriba. Ni Encarna, la frutera a la que siempre le comprábamos.

Y siete días después de la última visita del médico, la puerta de mi habitación se abrió. Era Mercè, en camión, despeinada y sollozando. Entró en silencio, con lentitud, con las pupilas concentradas en los azulejos del suelo. Observé cómo apretaba los puños, cómo se escondía tras unos rizos que cubrían su cara. La interpele varias veces, pero no me respondía. Parecía catatónica a pesar de que su cuerpo se movía con contundencia. Respeté su tiempo, su titubeo, sofocando una angustia que me revelaba lo que estaba a punto de decirme. Finalmente, sin mirarme a los ojos, balbuceó:

—Es María. No responde. No respira.

No me apetece escribir sobre lo que ocurrió en los días que siguieron. Aún hoy la echo tanto de menos que a veces, literalmente, me ahogo. La enterramos en Montjuïc con prisas, apremiados por la normativa que intentaba paliar el brote de gripe. Cuánto dolor, hablo de un daño tortuoso, inaudito, desmedido, infernal, que se reía de las lágrimas derramadas en el pasado por hombres o por el teatro. La

melodía al piano de *El claro de luna* se repetía obsesivamente en mi cabeza, como si las notas pudieran sostener las palabras que ardían en mi interior, la aflicción que mortificaba mi respiración, la incertidumbre que se adueñaba de mi porvenir. La soledad terminal que se instaló tras la muerte de mi madre campaba a sus anchas en cada sensación, sentimiento o emoción que cruzaba mi entereza. No lo soportaba, la única persona con la que deseaba compartir mi pena estaba a punto de ser enterrada.

Como he dicho, el estado de emergencia no permitía que los entierros duraran más de diez minutos ni que fueran muy concurridos, y obligaba a los asistentes a protegerse con pañuelos o mascarillas. Así fue como nos despedimos de María en una de las esquinas de una de las calles de uno de los cementerios de la ciudad.

Me preguntaba si su recuerdo perduraría transcurridos cien años, si su memoria y su valentía seguirían vivas en sus vestidos o en mis descendientes, si llegaba a tenerlos, o si formaría parte de la historia del Paralelo. Si se hablaría de lo que se logró en esa avenida, el arte, las canciones, las obras, incluso las pantomimas, y de las vivencias de los espectadores, la lucha obrera, las huelgas, el sueño de una vida mejor. Si artistas como mi hermana, en parte anónimos, dispondrían de su lugar en el relato del mundo del teatro. Me preguntaba si el gobierno seguiría agrediendo a la población, si se preocuparía por la subida de los precios o por la necesidad que tenían los ciudadanos de disponer de

un hogar y de comida caliente, si las mujeres lográramos votar y tendríamos derecho a ser consideradas iguales a los hombres. Me preguntaba si personas como María seguirían sufriendo la falta de comprensión de sus compatriotas.

Al entierro asistió la compañía al completo, Tomás, Jaume, Juana, Ramón y unos pocos de los amigos que hicimos durante los años vividos en Barcelona. Y allí, delante del nicho incrustado en una de las paredes de piedra de la zona libre del cementerio de Montjuïc, con las nubes gobernando el cielo y la lluvia amenazante, le vi. Llegó sigiloso, casi tímido, con la prudencia de quien no sabe si será bienvenido. Se acercó al pequeño grupo, se quitó la gorra y me observó hasta que nuestras miradas se cruzaron. Joan apareció tranquilo, sereno, apenado. Y, sinceramente, se lo agradecí. Me abrazó con un ímpetu que me devolvió una esperanza hasta el momento sepultada tras la capa de lágrimas que la cegaban. No era momento de reproches ni de preguntas, la lápida de María me lo impedía.

El rápido entierro se sucedió entre lamentos, palabras bonitas y halagos. Ocho o nueve días antes estaba viva, sana, alegre y pendiente de un sinfín de pedidos que no sabía si entregaría a tiempo. Y de repente cedió su cuerpo a la tierra y su alma al Dios al que siempre había rezado. Recuerdo que caminaba cargando su tumba sobre mis hombros, sintiendo que volvía a abandonarla a su merced, esperando que su religión estuviera en lo cierto y que se dirigiera a un lugar mejor.

Los funerales ayudan a apaciguar el impacto de la muerte, sobre todo si es repentina. Pero la pena, la verdadera pena, aparece paulatinamente, arrastrada por la tiranía de la ausencia. Una vez en casa y a solas con Mercè, permanecemos calladas, sentadas en la sala, cada una en un sofá, respirando el vacío que mi hermana dejaba en nuestras vidas. Existe una sensación más horrible que la falta de un ser querido. Me refiero a esa que te convence de que oirás su voz en cualquier momento. Y cuando adviertes que eso es imposible, ella vuelve a morir por enésima vez, empujándote a la realidad con la sagacidad del dolor redivivo.

—Mañana empiezo los ensayos en el Poliorama pero no voy a ir, no me siento con fuerzas —dije.

Mercè había estado ausente, ida, casi alelada, la mayor parte del día. Había muerto mi hermana, el amor de su vida. Después de comentarle mi desidia respecto a la obra de Ibsen, me miró fijamente. Se apartó los rizos de la cara y con una dulzura enternecedora me dijo:

—Creo que nunca has necesitado tanto una obra o unos ensayos como en este momento. Si dices que no, luego te arrepentirás. Francisca, esto va a ser duro. No solo por lo evidente, sino por lo inesperado. Yo no sé qué debo hacer ahora, pero tú sí. Ella querría que siguiéramos adelante, porque es lo que hizo después de...

—¿Te lo contó?

—Sí, y no se me ocurre otra manera de honrar su memoria que seguir adelante con nuestras vidas.

—¿Y tú?

—Yo... no lo sé, no tengo respuesta a eso. Quiero llorar y, de momento, es lo que voy a hacer.

Al cabo de un rato, se retiró a su habitación y yo hice lo mismo. Repasé el libreto de la obra una y otra vez, necesitaba esconderme tras mi nombre artístico para soportar la noche que se avecinaba. Las lágrimas de Mercè tiñeron los días y las semanas que se sucedieron. La acompañé siempre que pude, pero, por mucho que lo neguemos, el alma en pena solo vuelve a la vida por propia voluntad.

De *Casa de muñecas* aprendí tres cosas nuevas relacionadas con el mundo del teatro. La primera, que la Compañía Green podía funcionar sin las hermanas Romero. Y las funciones fueron todo un éxito. Las noches que dediqué a la obra de Ibsen me sustituyó la actriz Julieta Andana en mi compañía. La segunda, el método de dirección de Carles Codina había coincidido en un burdel de Barcelona con un actor ruso, discípulo de un tal Stanislavski, quien le enseñó algunos de los preceptos del maestro ruso. Y la tercera, que es posible colaborar sobre el escenario con tu peor enemigo. Y es que Anna formaba parte del elenco.

Los ensayos consistían en improvisaciones a través de las que experimentábamos las mismas emociones que los personajes que interpretábamos. Tenía que establecer lazos entre mis vivencias pasadas y lo que Nora sentía, y expresarlo sobre el escenario. Sinceramente, hubo un antes y un después de trabajar con Carles. Construí la versión de Nora a partir de mis gracias y mis desgracias. No obstante, yo tenía las emociones a flor de piel y me costaba horrores construir la alegría y la frugalidad que la protagonista prodiga en la primera parte de la obra. Después del estreno, entregué al público, función tras función, alguna de las pesadillas y las ensoñaciones que me perseguían, y en silencio le pedía que no me las devolviera.

Como he comentado, la ausencia de mi hermana no fue el único gran escollo ante mi ansiado debut en las Ramblas. Anna, la traidora, interpretaba a Cristina, la amiga de la infancia de Nora. Cuando Carles me lo contó, me negué en rotundo. Pero él sabía que seríamos una de las parejas más explosivas que pisarían el escenario del Poliorama.

Nos encontramos en el primer ensayo y Anna me recibió con indiferencia, me saludó con desgana y acto seguido dirigió su melena perfectamente peinada hacia Carles para hablarle de cómo había preparado el personaje. Después, cuando notó que el director daba por cerrada la conversación, se sentó lo más lejos posible de mí. Aquello me pareció una chiquillada, pero a la vez me ayudó: el odio que sentía hacia ella me apartaba de la tristeza. Sí, el elenco

al completo reunido y las dos protagonistas apenas se dirigían la palabra.

Si bien es cierto que fuera del escenario nos detestábamos, sobre el entarimado manteníamos la química de los buenos tiempos. Comprendía mi aversión hacia su persona, pero no entendía su rencor. ¿Le molestaba que, una vez más, fuera yo la protagonista? Ambas intentábamos quedar por encima de la otra, yo con la contención y la sutileza, ella con la exageración, y Carles parecía más que satisfecho del resultado. Así que me volqué en la obra, en mis compromisos con la Green, en despertarme un día más y mantener la serenidad.

Por primera vez en un estreno, María no estaría a mi lado. Una hora antes de salir a escena me encontraba en el camerino con el maquillaje, el tocador, los sofás más cómodos en los que me había sentado, las flores de los admiradores que me auguraban el éxito, una extraña cortina roja que resguardaba la puerta de acceso y una modista ajustándome la falda. Allí, perfectamente vestida para la actuación, me sentía desnuda sin mi hermana.

Las actrices, sin darnos cuenta, nos convertimos en las muñecas de una avenida, de una ciudad o de una cultura en función del éxito de nuestra carrera. Y cual juguete en manos de una sociedad caprichosa, debemos aceptar sin rechistar sus regalos y sus condiciones mostrando siempre una sonrisa. Pero en aquel momento, con el triunfo y la pena

entremezclándose sin orden ni concierto, decidí que no iba a seguir más reglas que las que yo me impusiera.

Anna y yo nos ignoramos durante la previa y, ya entre bambalinas, no nos dirigimos ni una palabra. Se abrió el telón y Nora, la alocada Nora, la que acaba convirtiéndose en feminista sin saberlo, salió a escena para contar su historia. La obra avanzó exquisitamente hasta que Anna empezó a darme mal el pie. No fue un error, lo hacía adrede para desconcentrarme. Sucedió en medio de una escena clave en la que Nora confiesa a Cristina que pidió dinero a Krogstad para pagar el tratamiento de su marido.

Lo había estado experimentando en los ensayos. Comprendió que eso me desorientaba y lo usó para atacarme durante el estreno. No me podía creer que intentara boicotearme ante el público. Lo hizo siete u ocho veces, hasta que, llevada por un arrebató de furia, me acerqué a ella e integré en la escena una de las bofetadas más fuertes que he dado en mi vida. Ni encajaba ni tenía mucho sentido, pero se la di, y ella me respondió con desconcierto y una mirada glacial. Aquello surtió su efecto, ya que a partir de ese momento se comportó y ejecutó su papel escondida tras su melena.

Al terminar la función y repasar el resultado con el director, Carles me comentó que le había encantado la bofetada, ya que otorgaba a la escena un tono jamás visto, y me propuso que se la propinara en todas las funciones, así que, mientras

la obra estuvo en cartel, se la di tan fuerte como pude. En ocasiones, cuando Anna veía que se acercaba el momento, se desplazaba hacia el lado contrario del escenario, pero yo alargaba un silencio, me acercaba a ella, la abofeteaba y la función continuaba como si tal cosa. Ella sabía que si se movía, el público dudaría de sus dotes como actriz, así que aguantaba el bofetón estoicamente. Otras veces me acercaba a ella y no se lo daba, lo que la desconcertaba aún más. No estoy orgullosa de mi proceder, pero todavía sonrío cuando lo recuerdo.

Fue una chiquillada. Era una de las primeras obras en las que se defendía la fuerza y la autonomía de la mujer, y las dos protagonistas eran incapaces de tener un mínimo de solidaridad entre ellas. Pero qué más daba, amaba aquel texto:

Ya no creo en eso. Ante todo soy un ser humano igual que tú... O, al menos, debo intentar serlo. Sé que la mayoría de los hombres te van a dar la razón, y algo así está escrito en los libros. Pero ahora no me puedo conformar con lo que dicen los hombres y los libros. Tengo que pensar por mi cuenta en todo esto e intentar entenderlo.

El día del estreno, al acabar la función, los aplausos se adueñaron del teatro.

Yo no cabía en mi piel, aquel personaje era demasiado importante. Mientras estuve en escena me olvidé de todo mi

pesar. Y en plena euforia, aún sobre el escenario, Carles salió al entarimado y detuvo la ovación. Sin timidez alguna, dijo:

—Damas y caballeros, interrumpo el jovial momento para darles la noticia que todos hemos estado esperando. Sin duda, la más importante de los últimos tiempos. Alemania acaba de aceptar las condiciones del armisticio. La guerra ha terminado oficialmente. Abajo la guerra, ¡viva la paz!

La euforia fue general en el proscenio y en la platea. Los sentimientos habían transitado por tan distintos estados durante la velada que viví la noticia con la mayor de las alegrías. A mi lado, Anna resplandecía, eufórica, con el resto del elenco. Supongo que la comunión de tantas emociones desinhibió nuestras tensiones y nos unió en un espontáneo abrazo, que se alargó más de lo esperado. Entonces me lo dijo, presionándome fuerte contra su pecho, recordándome a la Anna que en otros tiempos me conocía más que yo misma:

—Siento mucho, mucho, lo de tu hermana. Aún lloro cada vez que lo pienso.

Y ambas rompimos a llorar. Nos separamos y disimulé las lágrimas ante los compañeros, ante el público, fingiendo que eran debidas a la satisfacción por el fin de la guerra. Pero Anna no me soltó la mano; todo lo contrario, la presionó fuerte hasta que se bajó el telón.

A partir de ese momento aprendimos a tolerarnos. Nos dedicábamos palabras cordiales que disimulaban nuestras diferencias, pero que no enterraban el hacha de guerra. Y es que ese no fue el único espectáculo en el que coincidimos. Dos o tres años después, cuando convencí a Carles para que preparáramos *Macbeth*, él insistió en volver a contar con las mismas protagonistas. La noche del estreno, en otoño de 1921, llovió en abundancia y se inundaron dos camerinos, así que tuvimos que compartir uno. Sentadas una al lado de la otra, tan lejos como el tocador nos permitía, evitábamos cualquier acercamiento o iniciar una conversación. Hasta que un día tuve que preguntárselo.

—No entiendo por qué me odias tanto. Soy yo quien debería estar enfadada. Si en *Casa de muñecas* me hubieras tratado de otra manera, quizá...

Mientras hablaba dejé de peinarme, la miraba fijamente a través del espejo. Ella, que estaba pintándose los labios, se detuvo y me respondió:

—La verdad, no lo sé. Si te soy sincera, es superior a mí. No fue siempre así. Te admiré durante mucho tiempo, hasta que entendí que para Francisca solo existían su hermana y su éxito. ¿Sabes? Te perdoné que usurparas mi debut en el Pabellón Soriano, pero parece que para ti el perdón no es un camino de doble dirección.

—Lo que más me molesta es que tú me traicionaste a

conciencia y me robaste la obra del Poliorama. En cambio, fue Jaume quien movió los hilos para que yo debutara en tu lugar. Lo hizo sin consultármelo, y sí, podría haberlo rechazado al enterarme, pero terminé cantando aquel cuplé arrastrada por las circunstancias. Además, era muy joven. Por eso no creo que sea comparable.

Y después de mi traición, cuando tuve la oportunidad, te ayudé en todo lo que pude. Y tú no has hecho nada para que nos reconciliemos. ¿Tanto te molestaba ser una segunda actriz?

—Francisca, yo soy como tú. Llegué a Barcelona para prosperar y acabé sobre los escenarios. Sufrí mucho para conseguirlo. Incluso tuve que traicionar a alguien.

Emití un leve suspiro de indignación que ella ignoró por completo.

—Para que se hablara de mí, inventé bulos sobre mi infancia. He actuado para ricos empresarios y para duquesas. Pero, aun así, no consigo brillar como tú. Los diarios me dedican menos ovaciones. Carles habla de mí con menos admiración. Y no entiendo por qué.

Con el tiempo me enteré de que estaba enamorada de él y que eso agravaba su actitud.

—Quizá, si concentraras esa necesidad de atención en entregar tu alma en las actuaciones, serías imparable.

—¿Lo ves? —Se giró de nuevo hacia el espejo y siguió pintándose los labios—. Por eso te odio.

Pero eso ocurrió mucho después. La noche del estreno de *Casa de muñecas*, después del abrazo de Anna, mi desolación contradecía la euforia general. El frío se estaba mudando a la ciudad, así que me marché del teatro cubierta por un abrigo de pieles recién estrenado y una bufanda que podría cobijar tres cuellos. La gripe seguía causando estragos y toda precaución era insuficiente. La compañía celebró el éxito en un restaurante cercano, pero yo no tenía cuerpo para la euforia y la algarabía.

Volví a casa caminando, esforzándome por no sollozar en público. Habían pasado algunos días desde la muerte de María y afrontar su ausencia, sobre todo en una noche como aquella, se presentaba como una cima insalvable. Había atrapado otro sueño, cierto, pero ¿qué sentido tenía tras su marcha?

Cuando alcancé el portal y cerré la puerta, dejé que un torrente de lágrimas inundara mis mejillas. Mi dolor era solo mío y nadie debía presenciarlo. Subí las escaleras deshecha, sin apenas ver los escalones, velados por las lágrimas. Una vez en casa, Mercè acudió a la entrada asustada por mi escandalera. Me preguntó qué me sucedía y, ante la obviedad de la razón de mi pena, me abrazó. Yo gemía como una cría, incapaz de razonar o explicar qué me ocurría. Tan solo logré decir:

—Mercè, no soporto que no esté. Siento que no es verdad, que es una broma de mal gusto.

Ella no me soltaba, dejó que me desahogara sin decir nada, seguramente porque comprendía mejor que nadie por lo que estaba pasando. Permanecimos abrazadas en el recibidor varios minutos.

—Me avergüenza confesarlo, pero a veces hablo con ella —me dijo cuando logré serenarme.

—¿Cómo?

Mercè buscaba la manera de contarme una intimidad que la sonrojaba. No es una ligereza admitir que, cuando nadie nos ve, la locura y la normalidad pueden converger en una misma cosa.

—A veces hablo con ella. Quiero decir, me imagino que está en la habitación conmigo y le cuento cosas. Y ella me responde, me aconseja o simplemente me escucha. Quizá estoy loca, pero eso me ayuda.

Me fijé en ella, parecía agotada. La agarré por la cintura y la acompañé a la sala.

—Vayamos mañana al cementerio —dije—. Hablaremos con ella.

—Has estado espléndida. No sé cómo decírtelo, pero me

da la sensación de que después de tu actuación de hoy, por fin he llegado a conocerte un poco.

A la mañana siguiente, ambas nos vestimos de negro y salimos a la calle. *El Teatre Català* definió el estreno de *Casa de muñecas* como una inyección de talento y emoción. Otros diarios y semanarios alabaron mi actuación, la de Anna, la dirección, la propuesta en general. Mientras tanto, el otoño no daba tregua al frío y a la humedad.

El cementerio no tenía fácil acceso y el coche de punto, conducido por un chico jovencísimo, se perdió. Eso ensombreció un poco la visita. Una vez en la entrada, caminamos entre las olas de nichos y tumbas que se agrupaban en la falda de la montaña. Cuando encontramos la suya, el corazón me dio un vuelco. Permanecimos unos minutos de pie, calladas. Entonces, Mercè me agarró de la mano como hacía mi hermana y yo le dije:

—Lo sabes, ¿no? Sabes que conseguiré construir el teatro. Y se llamará María Romero.

—No tengo la menor duda.

El tiempo transcurrió y nosotras soportamos el frío de Barcelona y el de nuestro corazón.

—¿Estás hablando con ella?

—Sí.

—¿Y qué le cuentas?

—Que hemos comprado un queso buenísimo. Que me hubiera gustado casarme con ella, aunque sé que eso es imposible. Que debería estar orgullosa de ti. Y de mí. Que no somos hermanas de sangre, pero que si me dejas, podemos cuidar la una de la otra.

Le besé la mejilla sin soltarle la mano. Luego volví a concentrarme en nuestra pequeña ficción, el teatrillo que debía aliviar el dolor.

—Dile que la quiero.

—Esa es la única certeza que tu hermana ha tenido en esta vida.

Saqué una pequeña libreta que llevaba en mi bolso y me senté en un banco cercano, respetando la intimidad de la conversación imaginaria que Mercè mantenía con María. Allí escribí: «Germana».

Capítulo XXXI

El pequeño Joan duerme como un angelito. Es uno de los seres más tranquilos que conozco. Parece agotado después de vivir mil aventuras con sus juguetitos de madera. ¡Es tan diferente de Miquel! Recuerdo que desde pequeño, Miquelet tenía el corazón rebelde, el alma fuerte y la expresión de un adulto. Era capaz de llorar incansablemente durante horas y horas hasta que conseguía lo que quería. En eso se parecía a su padre y no sé si a su madre, a la que solo vi una vez. Le observo, dormido en la cuna, a mi lado, mientras escribo sobre nuestra mesa de madera, en nuestro despacho, desde la distancia que me separa de Joan, casi veinte años después de aquel 1919.

Ese es y será uno de los grandes misterios de la vida. El amor que se siente por un hombre, por una hermana, por un bebé. Un sentimiento que nos eleva y nos destruye con una

facilidad inconmensurable. Un estado que nos vuelve vulnerables, que remueve nuestro cuerpo, esa parte de nuestro ser que, si amamos de verdad, si de verdad la entregamos, no podemos proteger de ninguna manera.

El año 1919 empezó con buenas noticias. Tomás me citó en la Via Laietana sin motivo aparente. Cuando nos encontramos, abrigados como cosacos, me explicó que había concertado una cita con un banco con el objetivo de pedir un crédito para el teatro. Se trataba de la sede de la Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros de Cataluña y Baleares. «Con ese nombre tan largo —pensé—, deben de tener mucho dinero.» Tomás me avalaba y quería que nos entrevistáramos con uno de los máximos responsables, quien, a decir de él, me lo concedería tan pronto como me conociera. Salté de alegría cuando me lo comunicó. Una vez firmáramos, él se pondría manos a la obra para terminar el proyecto, pediría los permisos al ayuntamiento y se ocuparía del resto del papeleo. El teatro María Romero sería una realidad.

Me sentí algo incómoda durante la reunión. El hombre que nos recibió, alto como el pino más antiguo de un pinar, voluminoso y algo desconcertado, nos invitó a sentarnos en unas butacas negras. Me inclino a creer que no recibía a muchas mujeres, se notaba en su actitud ambigua. Tomás vendió la idea como un proyecto más suyo que mío y el banquero sentenció que si lo pedíamos a su nombre, no encontraríamos objeciones. Le respondí que esa no era una

opción, pero el banquero disimuló con bellas palabras una argumentación que yo describiré fríamente: una mujer no podía pedir semejante suma. El hombre, con una sonrisa conciliadora, nos prometió que nos daría una respuesta en breve.

Abandonamos el despacho eufóricos, Tomás tenía claro que nos lo concederían y fuimos a comer para celebrarlo. Empezamos a hacer planes, a pensar en las obras, los ciclos y los géneros en los que deberíamos centrarnos, y nos despedimos a media tarde porque yo tenía función. A pesar de todo, confiar en Tomás me causaba cierta inseguridad, así que no puse al corriente a la compañía, prefería esperar a tener una respuesta firme.

El primer albor del año 1919 nos atrapó convalecientes después de la muerte de María. *Casa de muñecas* cobra importancia cuando pienso en las últimas bocanadas del año 1918. Pero a inicios de 1919, un cuplé le roba el protagonismo en mis recuerdos. Hablo de «Germana» («Hermana»). Hacía un par de años que se había popularizado el cuplé en catalán. Llurba compuso el primero de muchos que vinieron después, y Raquel Meller lo había interpretado con acierto y éxito. Quizá por eso, todas las artistas nos lanzamos a la corriente sin pensarlo.

La Compañía Green, en su espectáculo de revista semanal, el *Cabaret de variedades*, incluyó canciones del momento y otras que escribí yo misma o que encargamos a letristas,

combinadas con clásicos como «La violetera». Guillem se había convertido en el perfecto maestro de ceremonias. Recibía al público con chistes y un exquisito repaso de la semana barcelonesa. Acto seguido presentaba el primer número, que siempre era festivo, en el que intervenía el elenco al completo. Sí, las plumas y los corpiños dominaban el escenario. Normalmente vestíamos colores llamativos, rojos o azules intensos, con grandes volantes en el bajo de las faldas y escotes pronunciados.

Aquel año, no hubo *Cabaret de variedades* en el que yo no interpretara «Germana». Después de una canción de tono social como «El anarquista», Guillem salía a escena para pedir respeto por la intimidad del momento siguiente. Se suavizaban las luces, yo reaparecía y me sentaba en una silla, solemne y concentrada.

El hábito de Mercè, imaginar charlas con María para sobrellevar mejor su ausencia, me parecía tierno, pero creí que no iba conmigo hasta que interpreté «Germana» por primera vez ante el público. La canción fluyó desde la añoranza, y yo, embriagada por la música y su melancolía, empecé a contarle a mi hermana lo que me sucedía y lo que acontecía en una Barcelona cada día más convulsa. Ya desde aquella primera vez, busqué siempre una butaca vacía, la imaginé sentada y atenta, y le hablé desde mis pensamientos mientras cantaba.

Supongamos que describo una actuación de mediados de

enero de 1919. Sobre el escenario, escucho las primeras notas del cuplé con la vista fija en el suelo, rodeada por la penumbra, con las manos entrecruzadas, la espalda encorvada y los codos reposando sobre las rodillas. Después de entonar la primera palabra, levanto la cabeza y me concentro en la butaca libre que he escogido.

Tus manos son suaves y tu voz poderosa.

Tus abrazos son una fuente tan hermosa.

Dime, ¿estarás a mi lado para siempre?

No me engañes, quiero ser como tú, valiente.

Y mientras canto, imaginándomela viva y emocionada, le cuento que el teatro María Romero será una realidad y que están construyendo un pantano en Camarasa que producirá electricidad para La Canadiense, una de las principales centrales de Barcelona. Sin embargo, las condiciones de los albañiles son deplorables, a decir de la gente. Los trabajadores apenas cobran cuatro pesetas por jornadas de once horas y a veces se les paga en vales convertibles para las tiendas de la propia compañía. Muchos de ellos están afiliados al Sindicato de Obras Públicas de la CNT que se creó durante el Congreso de Sants y, con el apoyo de la organización, han protestado con brío para conseguir mejoras laborales. Y le digo que odiará lo que viene a continuación, porque la Guardia Civil ha solventado a porrazos las diferentes huelgas que esos valientes han ido convocando, perpetuando en el tiempo un conflicto que aún se mantiene abierto. Le hablo mientras mi cuerpo se

despliega eliminando poco a poco la curvatura de la espalda, irguiéndola, alzando los brazos con firmeza pero sin prisa.

¿Qué debemos hacer para ser felices?

Si me equivoco, ¿perdonarás mis deslices?

*El campo puede ser tan cruel como la fábrica,
no creímos que la ciudad fuera una sátira.*

Sí, le cuento que los sindicatos únicos de la CNT están modernizando la lucha obrera y que las huelgas y las presiones se suceden por la ciudad. Que la Mancomunitat sigue con su voluntad autonomista y que el sentimiento catalanista se está transmitiendo con fuerza al movimiento obrero, cuyos cabecillas, entre ellos Seguí, lidian desde la indefinición y la ambigüedad. Ellos prefieren trabajar por la mejora de las condiciones laborales y sociales a defender los preceptos nacionalistas, una causa impulsada principalmente por las élites. Le digo que no se extrañe, que es obvio, que los burgueses son sus principales enemigos y que los líderes anarcosindicalistas no van a sumarse a ninguna de sus luchas.

Llega el momento en que me levanto de la silla con garbo e instinto, y me doy cuenta de que ella no va a volver.

Hermana, dime por qué no estás a mi lado.

Hermana, sabes que siempre te he amado.

Hermana, dime por qué me siento indefensa.

Hermana, dime por qué me siento indefensa.

Sí, le cuento que la clase dirigente acusa de terroristas a los afiliados a la CNT y a sus dirigentes, y no solo a los grupos de acción como en el pasado. Alegan que en los últimos meses se han documentado setenta y dos atentados contra patronos o encargados de fábrica, que se sienten indefensos y que los líderes cenetistas no han hecho nada para detenerlo. Así que se han suspendido las garantías de Barcelona y provincia debido a la situación social. Le explico que ese enero el gobierno ha metido en la cárcel a varios líderes sindicales, que ha clausurado la *Soli* y han detenido a sus veinticinco redactores. Que también han ido a por los anarquistas históricos como Mestres, Herreros, Pestaña y Jerez, que ahora duermen en una celda, en un intento de desmantelar por completo la CNT.

Sobre el escenario, yo vuelvo a la calma, a otros versos en forma de oda a María, que interpreto agarrándome el vientre, abrazándome el torso, abriendo los brazos de par en par.

*¿Por qué no me das respuestas como antes?
¿Por qué no atiendes a mis peticiones de navegante?
Tú, que eres mujer de corte y confección,
cosiste siempre mis heridas a la perfección.*

Y le hablo de Joan, le digo que me preocupa su bienestar y que lo hayan metido en uno de los barcos que, atracados en el puerto, albergan a los detenidos en las redadas. La *Soli* sigue publicando a pesar de su clausura; la Comisión

Regional de Trabajadores de la CNT de Barcelona, renovada después de la encarcelación de sus dirigentes, se sigue reuniendo a escondidas, y la presión obrera no sucumbe a la represión estatal. Se libra una guerra encubierta y temo que explote violentamente en las calles, más allá de los gritos, las protestas y los incidentes puntuales. A pesar de tan duros golpes y de haber vuelto a la clandestinidad, el sindicato único ha creado una red, siguiendo los designios del Congreso de Sants, que está resistiendo por su fortaleza y por la convicción de los miembros que la constituyen. Mercè dice que Joan se ha distanciado del movimiento, pero yo no me lo creo. Sé que él sigue implicado.

Para el último estribillo de la canción había pedido más luz, más fuerza y rabia, más vitalidad en las palabras.

Hermana, dime por qué no estás a mi lado.

Hermana, sabes que siempre te he amado.

Hermana, dime por qué me siento indefensa.

Hermana, dime por qué me siento indefensa.

Al terminar la canción, levanto la mirada para comprobar si alguna lagrimilla se precipita por el rostro de las costureras o de las madres que han acudido a nuestro espectáculo. O por el de alguno de los obreros que se atreven a sentir. Cuando los descubro, tomo conciencia de que sus emociones se corresponden con las mías, y esa conexión me ayuda a liberarlas, a rebajar el dolor que me causaba la muerte de María. Ese es el privilegio de las actrices.

Cada artista percibe los aplausos desde su propio prisma. Guillem, por ejemplo, me contó el suyo una tarde de confidencias. Él los entendía como el aleteo de cientos de mariposas chocando entre sí mientras alzaban el vuelo, pero no lo lograban y sus intentos frustrados elevaban la vanidad del actor. O Antonio, quien me comentó que prefería que los aplausos se terminaran pronto porque lo abrumaban.

Sin embargo, nadie te prepara para el momento en que las ovaciones empiezan a abandonarte. Una tarde salí del Victoria con Mercè y Guillem. Caminamos unos pasos y observamos la fachada del teatro, más por rutina que por curiosidad. Echando un vistazo a los carteles de nuestra obra vi escritas cinco palabras: «Green vete a las Ramblas». Aún interpretaba a Nora en el Poliorama y seguía con la Green en el Paralelo. Mercè vio mi cara de estupefacción e intervino:

—Por Dios, no voy a justificar estas palabras —dijo—, pero es posible que haya quien piense que, con los tiempos que corren, es poco adecuado que actúes para los burgueses.

Era la primera vez que me atacaban por motivos políticos. ¿Qué daño hacía actuando en el Poliorama? Pensé que aquello sería una anécdota aislada, pasajera, pero los síntomas fueron a peor. La ciudad se despertaba cada día más polarizada y algunos inconscientes la tomaron conmigo. Empecé a percibir comentarios susurrados a mi paso en los locales que frecuentaba, y miradas de compasión cuando los miembros de la compañía sacaban el tema.

Los del Victoria, preocupados por si bajaba la venta de entradas, me invitaron a dejar de actuar en *Casa de muñecas*. El público de las Ramblas aplaudía mis actuaciones, algo que siempre había soñado. Sin embargo, la vida no me dejaba saborear las conquistas, me había quitado a mi hermana y ahora me estigmatizaba por una dualidad que también habían ejercido la Meller, la Xirgu y otros actores y actrices. Quizá por eso Margarita se había ido a Madrid. ¿Era víctima de mis opiniones, siempre favorables a los obreros, de los que tanto hablé en cafés y tertulias, y que ahora me recriminaban?

Por aquellos días Tomás me invitó a cenar. Debía de ser el 5 o el 6 de febrero, ya que nos encontrábamos en los inicios de la huelga de La Canadiense, que duró más de cuarenta días y todo lo cambió. La Barcelona Traction, Light and Power, conocida como «La Canadiense» por el origen de su capital, era una central eléctrica situada en el Paralelo, entre el puerto y los teatros más cercanos al mar. No era una empresa menor pues abastecía a muchos de los barrios de la Ciudad Condal. Aquella noche, la noticia del paro corría de boca en boca sin que nadie pudiera imaginar la magnitud que iba a alcanzar aquella huelga, que parecía una más entre las decenas que se repartían por toda la provincia. La verdad es que no me sentía con ganas de fiesta, pero mi amigo deseaba celebrar su cumpleaños con su mujer y conmigo, así que me invitó a la residencia de sus padres.

¿Cenar en el comedor de los señores? Nada me apetecía

menos que convertirme en una de las comensales a las que serví en el pasado, por no mencionar lo extraño que sería ver a Ramón tratándome como a una señora. Pero él insistió, tanto su madre como su padre se habían marchado por un tiempo y podríamos cenar con Juana y Ramón, a quienes también pretendía invitar.

Llegué al edificio de los Puig y lo contemplé un instante. ¡Había pasado tanto tiempo desde mi llegada! Casi diez años. En la entrada no vi a Manuel detrás de la mesa de la portería como era habitual. En su lugar había un chico que me reconoció. Señora Green, me llamó. No escatimó alabanzas.

—Disculpe, ¿dónde está Manuel?

—Murió, señora, hará unos meses, víctima de la gripe, y me ofrecieron este trabajo para sustituirlo.

Me embargó la nostalgia de quien pierde a otro ser con quien ha compartido retazos de vida, que jamás volverá. Nadie me había avisado, de haberlo sabido habría acudido al entierro para presentar mis respetos a la familia. Le di la bienvenida al edificio y me dirigí hacia la puerta del servicio.

—Señora —me interrumpió el chico—, ¿no sube usted por la escalera?

Me detuve en seco y lo miré sin comprender lo que me decía. Él me observaba con incredulidad y nervio adolescente, y yo permanecí inmóvil, en medio del vestíbulo,

dirigiendo mi mirada ora a las majestuosas escaleras ora a la puerta estrecha que daba acceso a las de los sirvientes. Estaba desorientada. Tomara la decisión que tomase, mi vientre empujaba hacia la dirección contraria. El chico salió de detrás del mostrador de madera y se dirigió a la escalera principal.

—Señora, voy a llamar al ascensor.

Entré, pulsé el botón que marcaba el principal y aquel elevador adornado con un espejo emprendió su ascensión. Cuando llegué al principal observé la entrada del piso de los Puig como si fuera una pueblerina recién llegada. Di un par de pasos y llamé al timbre.

Ramón abrió la puerta con la solemnidad habitual, aunque la afable pero firme expresión con la que recibía a los invitados se tornó cariñosa en cuanto me vio. Con un ademán me indicó que podía entrar, pero yo me acerqué y lo abracé. Él sonrió y comentó, divertido, que jamás fui mujer de protocolos. Chismorreemos un momento sobre el mundo del teatro, hasta que apareció Tomás. Lo vi a través del majestuoso espejo que daba la bienvenida a los Puig cuando llegaban a casa, y también a sus invitados.

—Francisca, perdona, perdona, están mis padres. Pensaba que mi madre no volvería hasta el lunes, pero hija, ya está aquí. Creo que vino porque mi padre se ha presentado por sorpresa. Te he llamado, pero no he podido dar contigo.

Me resigné, nada podía hacer para evitar la cena, y virar mi actitud hacia el mal humor no mejoraría la velada.

—Feliz cumpleaños, Tomás. Dame un abrazo, anda.

—No creas que papá ha venido para celebrar mi cumpleaños, sabe que trabajo en la construcción de la nueva metalurgia de Sants y quiere sacar tajada.

—¿Y tu madre?

—Estaba en Vilassar. Habrá vuelto para marcar territorio. ¿Entramos?

Ramón se excusó y se fue directo a la cocina mientras enfilamos el pasillo. Cuando pasamos por delante del salón, quise entrar para recordar viejos tiempos:

—¿Puedo...? —dije señalando la puerta de la sala.

—Por supuesto, pero está todo patas arriba.

Allí conocí a los señores Puig en el apogeo de su esplendor, con tres hijos en edad de merecer, las concurridas reuniones sociales y una complicidad matrimonial que les permitía mantener la grandeza del relato familiar y del apellido, pero cuando accedimos y vi las telas y el polvo que cubrían los muebles, me preocupé por doña Teresa:

—¿Está bien tu madre? Me extraña que haya cerrado el salón...

—Verás, mi padre ya no vive en el piso, ha relegado a mi madre en este castillo y solo duerme aquí tres o cuatro noches al año. Vive entre Madrid y otro piso a tres calles de aquí. Creo que quiere hacer carrera política. Y ella ya no recibe visitas, así que ha decidido cerrar esta estancia. Por cierto, he oído que te están boicoteando en el Paralelo. No sabes cuánto lo siento.

—Y yo. Tú sabes lo injusto que es. Pero saldremos de esta como hemos salido de todas.

Sin previo aviso, sin haber dado yo pie a equívoco alguno, sin que nuestra relación de amistad hubiera propiciado situaciones amorosas en los últimos tiempos, Tomás acercó sus labios a los míos, con celeridad y alevosía, y me robó un beso furtivo, suave y totalmente fuera de lugar. Cuando tomé conciencia de dónde estábamos, de que su mujer y sus padres nos esperaban para cenar, el pudor y el agobio se apoderaron de mí. Él permaneció en silencio, observándome como si yo fuera un cervatillo, con una mezcla de malicia y deseo que no había visto en su rostro desde el día que le conocí.

Reaccioné dándole una sonora bofetada. Quería pedirle explicaciones, pero antes de que pudiéramos comentar lo sucedido, Ramón nos interrumpió. La señora Emma nos

esperaba en el comedor y nos invitaba a pasar. Me hubiera gustado que Tomás le pidiera unos minutos, pero el mediano de los Puig se dio media vuelta, se dirigió a la puerta dándome la espalda y dejándome en una posición complicada. Comprobé que mi peinado seguía en su sitio y caminé tras él, insegura y enojada, sin ánimo para el enredo.

El silencio nos acompañó durante el breve trayecto hasta el comedor. En cuanto entramos, me amilané, víctima de los recuerdos. Vi las copas preparadas sobre el mueble bar, la cubertería de plata, los candelabros, a Ramón de pie, aguardando las órdenes de la familia. ¿Mi primer impulso? Acercarme para servir el vino. Emma nos esperaba al lado del mayordomo, estaba conversando con él. Nos recibió animada, había visto *Casa de muñecas* y me preguntó un sinfín de intimidades sobre Anna. No supe si su curiosidad estaba guiada por la inocencia o cargada de veneno, pero Emma siempre me pareció una mujer ajena a la malicia. Yo me sentía culpable y evitaba los ojos de Tomás, que nos observaba en silencio.

Don Julià nos interrumpió, jovial y cercano. Los años lo habían tratado bien y aún conservaba su porte y elegancia. Me saludó como si fuéramos viejos conocidos, como si jamás hubiera trabajado para él. Y entonces entró doña Teresa, sin maquillaje y mal peinada. Parecía que le hubieran caído encima treinta años de un soplo. Su vestido verde de encaje, que había sido uno de mis favoritos, se veía antiguo y sin el glamour de antaño. La señora Teresa no lucía ya joyas y

dejaba al descubierto las ojeras, las arrugas y la belleza natural de su cuerpo. Tomás me rogó que disimulara con un leve gesto, pues no podía dejar de mirarla.

—Querida Francisca, bienvenida de nuevo a esta casa —dijo la matriarca.

Me acerqué y le besé la mejilla; ella se mostró satisfecha y se dirigió a su silla. El resto de los reunidos la imitamos y tomamos nuestros respectivos asientos con rapidez. Teresa Puig captaba toda mi atención. Ni en el peor de los supuestos me habría imaginado que pudiera aparecer ante sus invitados y su marido sin arreglarse y que no aprovechara la ocasión para mostrar su poder. Sentí pena por ella y llegué a una conclusión: sin hijos que atender ni marido que la persiguiera, con su estricta moral y su tedio hacia una sociedad que ya no le reía las gracias, solo le quedaba dejarse llevar por el paso del tiempo durante el resto de sus días. Ramón servía vino en medio de conversaciones triviales que no ahuyentaban mi compasión por doña Teresa.

Cuando el mayordomo se dispuso a llenar mi copa, dejé que hiciera su trabajo pero me sentí contrariada: aquel hombre había sido mi compañero y me estaba sirviendo. Controlé el impulso de levantarme y ayudarle, porque actuar de otro modo habría sido una falta de respeto hacia su oficio. Los años se reflejaban en sus habilidades, pues le temblaba el pulso, pero solventaba los errores con equilibrio y astucia. Doña Teresa me dio el pésame por la pérdida de mi

hermana, y don Julià, que desconocía que hubiera fallecido, fingió apenarse. Cambié de tema con rapidez. Debatimos sobre el teatro en Barcelona, sobre las obras que se programaban en las Ramblas y el paseo de Gràcia y sobre el desprestigio que los espectáculos del Paralelo causaban a la cultura catalana. Tópicos que don Julià repetía sin tacto ni miramientos, y que yo rebatía con astucia y sin quitarme el beso de Tomás de la cabeza.

Don Julià defendía que las bajezas del *music hall* alimentaban la incultura de los espectadores y yo replicaba dándole detalles e información que él desconocía. La sirvienta sentada a la mesa de los señores tenía que demostrar que merecía su lugar en la cena. Doña Teresa me ayudaba a salir del paso.

—Francisca, deberías interpretar alguna vez a Lady Macbeth. Eso sí que es un personaje. Tú lo bordarías. Te vi en *Casa de muñecas*, estuviste sublime.

—Muchas gracias, doña Teresa. Le agradezco de corazón sus palabras.

Doña Teresa sonrió y yo le devolví el gesto. No me podía creer que me hubiera visto actuar. Me comentó que había visto muchas de mis obras, aunque nunca se había esperado para saludarme, para comentar mi interpretación ni para poner de manifiesto que su interés por mis espectáculos era más personal que artístico. ¿Habría visto el *Cabaret de*

variedades? No se lo pregunté, no quería ponerla en la tesitura de tener que mentir o admitir que había descendido hasta el inframundo del Paralelo.

Un grupo de hombres pasaron por delante de la casa en dirección al mar. Gritaban consignas como «Abajo el gobierno», «Libertad para los presos» o «A trabajo igual, igual salario». Puede que hubiera una treintena de personas, y lo más probable es que se dirigieran a la plaza de Catalunya. Intentamos hacer caso omiso de sus gritos, pero la cara de don Julià se encendió por momentos. Finalmente, dejó caer la cuchara sobre el salvamanteles con violencia y preguntó:

—Pero bueno, ¿es que esta ciudad no puede tener la fiesta en paz?

—Padre, no empiece.

—¿Que no empiece? Llevamos meses soportando huelgas sin sentido, hijo. Estamos completamente desprotegidos.

—No se quejan por vicio. El gobernador, el gobierno y el comisario Martorell han encarcelado a media CNT y los trabajadores de La Canadiense tienen motivos más que suficientes para hacer huelga. —Tomás me miraba de reojo mientras hablaba, quizá esperando que no dijera nada, quizá buscando mi aprobación.

Don Julià indicó a Ramón que podía retirar el plato. El mayordomo se acercó a la mesa y lo cogió con celeridad, así

como el de Emma y el de doña Teresa. Yo permanecía callada, sorbiendo cucharada a cucharada, con la calma de quien no quiere atizar el conflicto.

—¿De qué se quejan? Cobran más que muchos en esta ciudad.

—Eso no es verdad —dije sin poder morderme la lengua—. Al personal de las oficinas de La Canadiense les han rebajado casi veinticinco pesetas mensuales a cambio de ofrecerles un contrato fijo. Y digo «a cambio» erróneamente, porque no les dejaron más opción que aceptar esas condiciones. Es una injusticia. Y encima echaron a los ocho trabajadores que se quejaron. Seguramente los pusieron de patitas en la calle por protestar y porque pertenecían al sindicato único. Y luego, los más de cien compañeros que se solidarizaron con ellos y fueron a pedir ayuda al gobernador, también fueron despedidos cuando volvieron a las oficinas. La policía les esperaba en las puertas de la compañía para impedirles el paso. ¿Eso son formas de tratar a las personas? No me extraña que hayan comenzado una huelga.

Ramón entró de nuevo con una bandeja. Traía ternera al horno con una salsa de setas que ya cocinaba mi hermana cuando se ocupaba de la cocina. Se dio cuenta de los calores que salían de mi boca y me sirvió la primera, deseando que su intromisión calmara mi discurso.

—Gracias por relatar los hechos que todos leemos en los

diarios. Y no sé si son formas o no, pero esto no es ni será Rusia. Ni Inglaterra. El único idioma que entiende esa gente es la mano dura. Si seguimos así, habrá más huelguistas que trabajadores haciendo su trabajo.

—Padre, tenga o no razón, han suspendido las garantías en Barcelona. Esto es un ultraje para la ciudadanía y para la Mancomunitat.

Hice un gesto de complicidad al oír el comentario de Tomás, y él me sonrió, devolviéndome de nuevo a nuestro absurdo beso y obligándome a mostrarme esquivia. Ramón seguía huidizo, cual ladrón profesional, repartiendo la carne atento a lo que sucedía en la mesa.

—Ya veo que Jaume sigue metiéndote en la cabeza esas ideas tontas y simplistas. No, hijo, estos huelguistas trabajan para una central eléctrica, tienen una responsabilidad. No pueden hacer lo que les dé la gana.

—Jaume no tiene nada que ver con eso. Estas ideas son mías, eso es lo que pienso. Y si no le gusta... tendrá que taparse los oídos.

—Lo que quiere decir mi amigo —le interrumpí colocando mi mano sobre la de Tomás para frenarlo, pero me arrepentí en el mismo momento, la aparté y seguí hablando— es que existen soluciones para lidiar con los sindicatos, pero no aprendemos. Hace diez años llegué a esta casa en medio de

una huelga provocada por la incompetencia del gobierno y mire cómo estamos. ¿Acaso quiere que vuelvan las barricadas?

—Tú qué sabrás —dijo elevando el tono—. Que te permita sentarte a esta mesa no significa que tu opinión valga más de lo que eres.

—¡Basta!

Teresa Puig, que se había mantenido callada hasta el momento, dio un estruendoso golpe en la mesa y se levantó a la velocidad del rayo. Del susto, a Ramón se le cayó al suelo la bandeja, y con ella la carne que quedaba por si queríamos repetir. El hombre, avergonzado, se agachó para limpiar cualquier rastro del estropicio. Me levanté de la silla y, a pesar de su resistencia, le ayudé. No podía dejar que lo hiciera solo. Las venas del cuello de doña Teresa, muy marcadas, eran el reflejo de una rabia acumulada durante años.

—Vete —dijo señalando la puerta del comedor.

—¿Cómo? No puedes echarme de mi propia casa.

—Esta ya no es tu casa, así que vete. En esta casa nunca se ha tratado mal a los invitados y hoy no vamos a hacer una excepción. Ya no sabes ni comportarte, no quiero que aparezcas más por aquí.

Don Julià la miró expectante, esperando una rectificación. Pero ella permaneció hierática, firme en sus gestos y en su posición. Yo observaba de reojo la escena, desde el suelo, mientras recogía los trozos de carne desperdigados. Ramón lo hacía con unas pinzas, intentando cumplir su cometido con la mayor velocidad que su brazo le permitía.

—¡Que te vayas!

Cuando Ramón y yo terminamos nuestra tarea, me levanté y me senté a la mesa. Me limpié las manos con la servilleta y observé a Tomás, que no era capaz de alzar la mirada. Emma contemplaba su plato, huyendo de la discusión. La vida aún no le había dado tablas para afrontar tensiones familiares de tal magnitud. Don Julià se levantó y caminó con tranquilidad hacia la puerta, con la cabeza alta y los ojos inyectados en furia.

—Te arrepentirás de esto.

—No, no lo haré. Mueve un dedo para perjudicarme a mí, a Tomás, a Emma o a Francisca, y la prensa recibirá información más que succulenta.

—Nunca lo harías, te hundirías conmigo.

—No te equivoques, mi firma no aparece en ningún lugar. Además, a la policía no le interesan los fantasmas.

Don Julià desapareció tras la puerta del comedor y el

silencio reinó en la estancia durante unos breves instantes. Doña Teresa suspiró, se retocó el pelo en un acto reflejo, cogió los cubiertos y se centró en su plato, mientras Ramón salía con la bandeja y los restos de comida que habíamos recogido del suelo. Fue Tomás quien rompió el hielo.

—Gracias, mamá.

—Tómatelo como un regalo de cumpleaños. Menos mal que te pareces a mí.

—Como dos gotas de agua —dijo súbitamente Emma.

Acto seguido, se tapó la boca con las manos, su tez se coloreó de un rojo vergonzoso y agachó la cabeza. Su comentario fue tan inesperado que durante un par de segundos nadie fue capaz de reaccionar. El tono, las palabras escogidas y los gestos me parecieron desternillantes. Intenté contenerme, pero fue en vano: mi sonrisa no tardó en convertirse en una carcajada. A doña Teresa, que masticaba un trozo de ternera, se le contagió la risa y tuvo que cubrirse la boca con la mano para que no se le escapara la carne. Tomás no tardó en sumarse y se desató un jolgorio que Emma no sabía cómo encajar. Recuerdo que me reí tanto que durante un buen rato me dolió la barriga, y doña Teresa tuvo que usar su servilleta para secarse las lágrimas.

Cuando recuperamos la compostura, seguimos hablando de Barcelona, de la vida, del teatro, con la educación que

siempre había acompañado al apellido de los Puig. Acabamos la velada entre copas de vino, postres de chocolate buenísimos y la extraña sensación de pertenecer a esa escena por derecho.

Avanzada la noche, doña Teresa se levantó y se disculpó, se sentía fatigada. Los jóvenes debíamos seguir disfrutando, pero los mayores necesitaban descansar. Antes de irse se despidió de Emma y de mí con buenas palabras. Su marcha me inquietaba porque no quería quedarme a solas con la pareja, pero poco pude hacer por evitarlo, ya que, acto seguido, se acercó a su hijo y le dio un beso en la mejilla diciéndole:

—Feliz cumpleaños, Tomás.

Aquella fue una de las últimas veces que vi a Teresa Puig. Emma, por cuyas venas circulaba más vino que agua, sentía que el sueño hacía estragos en sus fuerzas, Tomás le recomendó que fuera a descansar a su antigua habitación y ella le obedeció encantada. Se levantó medio adormilada, se despidió de mí y nos dejó solos en el comedor. Para reanudar la conversación no pude más que decir las palabras que había estado conteniendo durante horas.

—¿Pero me puedes contar a qué venía lo de...?

—Te he dado un beso, nada más.

—¿Cómo que nada más?

Tomás se recostó en la silla y su mirada se perdió entre las copas medio llenas que descansaban sobre la fina mantelería.

—Solo te quería demostrar mi cariño, Francisca. No hagas una montaña de un beso.

—¿Una montaña? Está bien, dejémoslo.

Quizá fue mi indiferencia lo que le importunó, pero Tomás me respondió ofendido, tenso y dando un leve golpe a la mesa:

—No, no, ahora no quiero. No entiendo por qué no puedo darte un beso, un simple beso.

—¿Que qué...? —Suspiré para no alzar la voz, quería ahogarlo—. Me da igual, no me fastidies, Tomás, no vuelvas a ponernos en una situación comprometida.

—Ha sido un beso. Y qué si nos besamos. Y qué pasaría si nos acostáramos. Somos dos adultos, todo el mundo es infiel en esta ciudad.

—¿Te estás oyendo? Tu mujer está durmiendo al otro lado del pasillo y acabamos de cenar con ella. Ya no sabes cómo buscar excusas para corromper la vida de los demás.

—Mira, basta, cállate. —Tomás se levantó enfadadísimo—. Lo siento, pero ese es mi problema, no el tuyo. ¿Que no

quieres besarme? Está bien, no tienes por qué. Pero no me des lecciones. Siempre tiene que hacerse todo a tu manera y estoy harto. Gracias por venir, pero ahora vete.

Tomás no me dio derecho a réplica, se levantó y abandonó el comedor. Salí al pasillo, me dirigí a la entrada, cogí el abrigo y hui de aquella casa. Si alguna vez pensé en convertirme en la mujer de Tomás Puig, sentí un gran alivio por no haber seguido ese turbio camino.

Capítulo XXXII

Tres días después de la cena de cumpleaños de Tomás llegó una carta del banco denegando el crédito. La leí cuatro veces seguidas y decidí restarle importancia. De nada servía enfadarme, pero me sentía dolida por el modo en que Tomás me trató e incluso llegué a pensar que él había presionado a la entidad financiera para que frenaran la concesión del crédito. Sin embargo, poco debía importarme su actitud, nos reconciliaríamos un día u otro, siempre lo hacíamos, y, además, mi instinto me decía que no debía ligar el futuro del proyecto a la benevolencia de Tomás. Lo que realmente me preocupaba era el teatro en sí, que parecía que no iba a construirse nunca. Y yo, la niña de pueblo que llegó a Barcelona para servir en casa de una familia adinerada, debía erigirlo, debía ascender otro peldaño de mi escalera de éxitos.

Echaba de menos a María por la mañana, al mediodía, en el teatro, y, a falta de su cariño, me refugié en el de Guillem. Nuestra amistad cobró importancia con alegría y sin avisar, como la primavera. En realidad, teníamos varios años de fraternidad a las espaldas. Casanova por naturaleza, siempre iba detrás de unas faldas y, cuando estas se volvían en su contra, se cobijaba debajo de otras como si todas fueran la misma y sus actos no tuvieran consecuencias.

Guillem había sido un pilar en nuestra vida en los buenos y los malos momentos. Desde que formamos la Green, había representado al galán de las obras, la calma entre bambalinas y un inesperado sentido común en las decisiones globales. Y sí, belleza no le faltaba. Según decía, se la debía a su madre, ya que a su padre le rebosaba el peso, tenía la nariz torcida y un leve estrabismo que desconcertaba por su sutileza. Su progenitor pertenecía a la segunda generación que regentaba una mercería en el corazón de Gràcia. El padre era un artista frustrado, un actor que nunca pudo ejercer, y fue inculcando en el hijo el noble arte de la interpretación buscándole obras y teatrillos del barrio en los que actuar. Aun así, tenía mucha mano izquierda con los clientes, a los que consideraba amigos.

A Guillem no le apasionaba el teatro, pero tampoco le disgustaba, así que aceptaba las propuestas de su padre sin rechistar. Dos circunstancias se dieron, según me contó, para que decidiera dedicarse a él: por un lado, se le daba bien, o, al menos, eso era lo que directores, compañeros y público le

decían. Sobre el escenario experimentaba una magia que le embelesaba y le convertía en el sujeto perfecto para transmitir las intimidades del autor. Por el otro, el teatro era un imán para las mujeres, beneficio que despertaba su absoluto interés. Sin más quebraderos de cabeza en su vida que superar el lío de faldas del momento, Guillem fue creciendo como actor. No tenía prisa, ni una ambición desmedida. ¿Su fuerza? No desaprovechar ninguna oportunidad, desterrar el no de su vocabulario, hacer caso omiso de los comentarios, los gritos y las críticas.

La vida lo puso en mi camino cuando formamos la Balcells, y así se convirtió en un hombre imprescindible en nuestra compañía y en nuestra vida. Él, que había establecido una profunda amistad con Mercè, fue varias veces a visitar a María y a preocuparse por su estado durante la enfermedad. Si nos hacían falta medicinas o comida, las conseguía. Si necesitábamos un hombro sobre el que llorar, él nos ofrecía el suyo junto con palabras de consuelo.

Cuando María murió, yo me postré en un letargo de autocompasión. Una tarde que me visitó para que firmara unos contratos, preparé café y nos sentamos en el sofá. Hablábamos de todo y nada, y las lágrimas aparecieron. Él me abrazó con tanta fuerza que desaparecí. Al separarnos, aún cerca el uno del otro, le besé en los labios. ¿Su primer impulso? Devolverme el beso. Pero rápidamente se detuvo y me dijo con firmeza:

—No creo que, dado tu estado, debamos seguir. No quisiera...

—Guillem, creo que no vas a ser tú quien se aproveche de mí.

Asintió y me ofreció una sonrisa traviesa. Aun así, dilaté mi siguiente paso unos instantes para, acto seguido, besarle de nuevo. Él me lo devolvió y colocó una mano sobre mi rodilla. Del sofá pasamos a la habitación, y allí nos quitamos la ropa. Siempre me emocionaba ver cómo Guillem me observaba cuando se colocaba sobre mí y apretaba los labios, como si fuera un niño pequeño ansioso ante el rico pastel que estaba a punto de saborear.

El caso es que compartimos cama y noches durante unas semanas, pero nada más. Ni nos dejamos ver en público, ni nos mostramos cariñosos ante la compañía, ni nos ofrecíamos palabras edulcoradas. Y es que Guillem simplificaba las cosas cual maestro de los escarceos amorosos. No planteaba grandes dilemas ni se cuestionaba la realidad. Navegaba por los días aceptando las olas que mecían su barca, sorteándolas con una tranquilidad y un temple envidiables. En eso me recordaba a María. Y a mi madre. No pedía más de lo que tenía, no sentía necesidad de demostrar nada a nadie. Cuando hablábamos, cuando le expresaba alguna de mis inquietudes, él me desmontaba los miedos con palabras y sentido común.

Tras los primeros días de huelga, La Canadiense llamó varias veces al retorno al trabajo, pero los huelguistas no se amedrentaron. Media Barcelona sufría paros de luz. Jornada tras jornada, más compañeros de otras secciones de la empresa se sumaban a ella y seguían las directrices del comité de huelga de la CNT. Finalmente, se unieron los cobradores y los registradores de los contadores, sin los cuales la eléctrica dejaba de percibir dinero. El enfado de la patronal aumentaba y el primer atentado derivado de la tirantez no tardó en llegar, cobrándose la vida de un delegado sindical terrasense. Los grupos de acción anarquistas reaccionaron a estos actos con otros similares y el mes de febrero avanzó sin que se lograra detener aquella oleada de locura. Aunque Energía Eléctrica de Cataluña y algunas fábricas y tranvías seguían funcionando, el apoyo a los compañeros de La Canadiense se preveía masivo.

Ni la policía, ni el gobernador ni el gobierno entendían la nueva estructura de la CNT, implantada tras el Congreso de Sants. Por eso no daban con los responsables, porque desconocían quiénes eran y cómo se organizaban. Además, el comité de huelga se reunía continuamente, pero siempre en los lugares más imprevisibles: en una casa, en la playa, en los bares, en una calle, en una trastienda o en un coche de carga.

Leía los periódicos, escuchaba atentamente lo que se comentaba en la calle y me preocupaba por Joan. Barcelona entraba en una espiral compleja y no deseaba que él acabara

con un tiro en la sien. Como una loca, le buscaba en los diarios. Si encontraba su nombre en las páginas de algún diario, me lamentaba porque era la prueba de que estaba participando activamente en el conflicto; si no aparecía en ninguna noticia, me desesperaba al no saber qué se traía entre manos.

¿Y yo? Yo me llenaba la boca hablando de los derechos violados, pero apenas pasaba de las palabras a los actos.

Seguía encontrando carteles por las calles que me acusaban de traidora, cuchicheos o comentarios poco discretos cuando entraba en un café o en una casa de comidas.

El Progreso y *La Campana de Gràcia* me dedicaron varios artículos, pero yo seguía encerrada en mí misma, haciendo caso omiso de los acontecimientos. Sin mi hermana a mi lado, lo único que deseaba era cantar y actuar.

En una función de *Cabaret de variedades* canté «El anarquista», como tantas noches, y de la nada surgió un hombre de unos treinta y tantos años, de constitución fuerte, mandíbula prominente y odio en el semblante.

—Vete con los patronos, ¡traidora! —gritó.

Lo ignoré. No quería escucharle, pensé que era la típica salida de tono de un beodo, un acto aislado. Pero otro hombre se levantó y dijo:

—¿Qué sabrás tú del anarquismo? Deberías pedir perdón por pronunciar esta palabra.

Entonces me detuve. Lo miré fijamente y él aguantó el desafío. Algunos gritaron «¡Viva la Revolución!». Otros simplemente estaban perplejos. ¿Y yo? Por supuesto, no pude callarme.

—¿Qué tendrá que ver mi canción con su opinión?

—No deberías banalizar temas tan importantes. Al menos durante estos días.

—Usted ha comprado una entrada para ver banalidades. Si no le gusta, ahí está la puerta.

Un fuerte murmullo de indignación se alzó unánime en la sala. Una mujer entrada en años comentó:

—Lo que los compañeros quieren decir es que deberíamos utilizar los teatros para hacer mítines, no folclore. Ya habrá tiempo para eso.

—Lo siento, señora, pero discrepo. El escenario de la lucha de clases está en la calle, no en este teatro.

—¡Y encima se atreve a hablar de lucha obrera, ella que se pasea con vestidos caros por el Paralelo, como si fuera la reina de la avenida!

—Perdone, pero los vestidos me los he ganado con el sudor de mi frente y mi trabajo.

—¿Y crees que yo no trabajo? Sin embargo, cobro mucho menos que tú.

Esas palabras hicieron estallar los ánimos de la platea. El público en su totalidad comenzó a opinar, a discutir, a defenderme, a atacarme, a gritar consignas a favor de la huelga. Miré a mi derecha y percibí la desorientación de mis compañeros, que me observaban sin saber qué hacer. Pedí que se bajara el telón y, mientras el ayudante de Andreu lo hacía, oímos abucheos. El debate entre el público se prolongó media hora más, imposible apaciguarlo. Yo me desplomé en el suelo, asustada por el abandono del público; no podía comprender cómo se había torcido tanto la función. La compañía al completo se reunió a mi alrededor.

—¿Por qué todo el mundo se cree con el derecho de decirme lo que debo hacer?

—Créeme, no eres la única que pasa por eso —respondió Mercè con cariño.

Con la complicidad que las cortinas corridas nos regalaban, iniciamos una reunión algo confusa. Expusimos nuestros puntos de vista sobre si debíamos declararnos en huelga, posicionarnos u obviar lo ocurrido y continuar con nuestros planes. Quedaban muy pocas funciones en el Poliorama.

Entendía los puntos de vista del público, estaba enfadado, cansado y la había tomado conmigo. Pero me dolía y me llenaba de miedo. Jamás habían interrumpido una función, jamás me habían humillado en público. Estupefactos, esperamos a que la sala se desalojara.

—No entiendo qué ha pasado —comenté a Mercè y Guillem en el camerino.

—No lo sé, Francisca. Ya sabes que las fábricas de los Puig no tienen muy buena prensa entre los obreros, y tú te codeas con el hijo mediano y te paseas en su lujoso automóvil. No te critico, solo te digo lo que se dice por ahí.

—¿Y no puedo hacer lo que me dé la gana con quien me dé la gana?

—Sí, pero ahora mismo caminamos sobre la cuerda floja. Estamos a un paso de que nos echen del teatro. —Mercè se mostraba preocupada—. La pregunta no es por qué ni si es justo, la pregunta es qué vamos a hacer. Creo que esta ha sido tu filosofía desde que te conozco.

—Francisca —intervino Guillem—, solo están cansados, enfadados, llenos de rabia. La Canadiense es la gota que ha colmado el vaso. Imagínate si no hubieras dejado Can Batlló, si no pudieras pagar el carbón para la estufa mientras que tu patrón vive en la abundancia. ¿Cómo te sentirías?

No tenía ni la más remota idea de cuál debía ser el

siguiente paso de María Green y de la compañía. Abandonamos el teatro cuando intuimos que las aguas se habían calmado. Un par de desentonados nos esperaban en el exterior y siguieron increpándonos, pero soslayamos sus hirientes acusaciones. Mercè fue a visitar a Miquelet, el hijo de Joan, así que volví sola a casa, indignada por lo sucedido y reflexionando sobre las verdades del público y las mías.

En nuestro hogar encontré una carta. Una nueva invitación de don Gonzalo dirigida a María. La convocaba para el día siguiente, si le apetecía, en Can Culleretes. Había vuelto a la ciudad y no quería irse sin verla. Estaba claro que el empresario madrileño tenía más interés en mi hermana que en el teatro, y que el pobre no había recibido la noticia de su defunción. Permanecí de pie, con la nota en la mano y algunas ideas rondando mi cabeza. Me habían denegado el préstamo, y don Gonzalo era la única opción que se vislumbraba en el horizonte. El teatro María Romero debía existir y tenía que ser un espacio por y para el pueblo.

A la mañana siguiente, envié una respuesta afirmativa a don Gonzalo en nombre de María. Por suerte, aquel día no teníamos función, así que lo dediqué a leer y a esconderme de la ciudad. Avanzada la tarde, un rato antes de la cena, los nervios me carcomían por infinidad de motivos. Necesitaba pasear por la avenida, ver, escuchar, comprender. Caminando por el Paralelo, sentí que los transeúntes me juzgaban, que yo no era la sirvienta de Solsona, ni la vedete del Paralelo, ni la actriz de las Ramblas. Me encontraba en

tierra de nadie, repudiada por los que me llamaban fulana y por los que me tachaban de traidora. Arrastré tanto tiempo esa sensación, la de no pertenecer a una comunidad, a ninguna ideología más allá de mí misma, que parecía mi estado natural. Quizá doña Teresa tenía razón, quizá debía escoger bando. Qué sabía yo. El incidente del día anterior era la comidilla de los barceloneses y nada podía hacer para refrenarlo. Mamá decía, seguramente con palabras más llanas, que la opinión ajena es la peor de las esclavitudes.

En un extremo de la avenida, delante de la central eléctrica, avisté un tumulto de trabajadores y simpatizantes de La Canadiense que protestaban con ahínco. Mientras la Guardia Civil custodiaba sus puertas, algunos de los teatros del Paralelo se planteaban detener las funciones del día en solidaridad con los huelguistas. Pregunté qué sucedía y una mujer mayor, una florista, me lo contó.

—Se ve que han colgado un cartel en la puerta de La Canadiense. Ofrecen trabajo con un buen sueldo a todo guardia civil o policía en activo o retirado. Sí, ya se puede imaginar cómo se han encabronado los cantamañanas esos. Han escrito un montón de injurias en la fachada y... bueno, por eso protestan.

Le agradecí la información y me apresuré porque llegaba con retraso a mi cita con don Gonzalo.

Antes de entrar en el restaurante, respiré hondo y sonreí

al aire. Me sentía como si me fuera la vida en aquella cena. Entré en el local y cuando localicé al hombre sentado en la primera sala, la principal, dejé atrás los dos biombos de madera que recibían a los comensales para acercarme a su mesa. Me encantaban los frescos que adornan las paredes del restaurante, imágenes festivas del pasado de Barcelona y sus gentes, hombres con frac, mujeres luciendo elegantes vestidos, carros y caballos. Cenar en Can Culleretes es hacerlo rodeado de la historia viva de la ciudad. Las mesas de madera, la mantelería blanca, la luz amarillenta que ilumina la estancia, el ir y venir de platos tradicionales.

Al verme, don Gonzalo no disimuló su sorpresa, pero me anticipé a su reacción.

—Buenas noches, don Gonzalo. Sé que esperaba a mi hermana, pero, lamentablemente, falleció el pasado mes de octubre, la gripe se la llevó, y a mí me gustaría construir un teatro que lleve su nombre. Si me lo permite, le puedo contar mis planes.

El empresario, perplejo y visiblemente angustiado por lo que le acababa de contar, suspiró para tomarse un tiempo antes de hablar. La decepción se manifestaba en su rostro y su respuesta no fue muy clara.

—No sé... lo siento mucho. De verdad que tenía muchas ganas de conocer a su hermana. Yo... me siento muy triste.

—Entonces, cenemos y deje que le hable del teatro que tengo en mente. Si no nos ponemos de acuerdo, al menos nos liberaremos de nuestras penas con una charla distendida.

Don Gonzalo me indicó con la mano, y con cierta animosidad, que podía sentarme. El desafecto que mostró durante los primeros minutos se transformó en simpatía a medida que avanzaba la velada. Aquel hombre padecía de incontinencia verbal. Me contó cuánto amó a su mujer desde el primer momento en que la vio, cómo habían construido juntos la empresa, cómo habían sido capaces de convertir sus sueños en realidad. La muerte de su esposa lo desgarró con tal virulencia que el desasosiego se convirtió en su estado habitual. Hablaba de ella con ternura y con una angustia que me conmovían. Su cara se movía a gran velocidad mientras narraba anécdotas de la vida en común, de los primeros años de la empresa o sobre las perspectivas de futuro.

—La verdad, han sido muchos cambios en los últimos años, muchos cambios. No sé si tengo el cuerpo para otro. Además, parece que en Barcelona la gente no aprende.

—No es para tanto. Hemos superado situaciones peores —dije engullendo un bocado de los canelones que había pedido.

—Créame, intento que en mi fábrica impere la justicia y las

buenas condiciones. Pero las presiones atacan por todos los flancos: el gobierno, los sindicatos, los partidos, incluso el ejército. Te obligan a situarte en un bando u otro, y no me parece justo.

—No sabe cómo le entiendo.

Don Gonzalo había pedido exactamente lo mismo que yo. De hecho, no miró la carta en ningún momento. Cuando vino el camarero para tomarnos la comanda, yo pedí y él se limitó a decirle: «Lo mismo para mí».

—Y usted, señora Green, ¿tiene marido o pretendiente?

—Llámeme Francisca. Y no, no hay amor en mi horizonte. Supongo que es el sino de las actrices, encarnar grandes romances sobre los escenarios y ser unas desdichadas en la vida real.

—Verá, hablar con usted me desorienta. No sé si actúa o dice la verdad.

Alcé mi copa de vino con la esperanza de que me siguiera. Lo hizo y brindamos por el misterio. Me divertía hablar con él, descubrir la sensibilidad de un hombre en apariencia huraño y esquivo. Llegó el momento de hablar del teatro. Le expuse mis ideas, la ubicación y que Tomás Puig sería el arquitecto. En cuanto mencioné las cifras y las necesidades económicas, su tono cambió por completo.

—Mire, soy un hombre de negocios y me gustan los contratos transparentes. Debo investigar y decidir si me conviene. No le negaré que tretas como la que ha protagonizado hoy, presentarse aquí en vez de su difunta hermana, no son de mi agrado. Hubiera preferido un aviso, habría quedado con usted igualmente. No le prometo nada, ahora mismo estamos más cerca del no que del sí.

Asentí, él me colmó con su amabilidad y la cena se sucedió entre confidencias y reflexiones. La complicidad que encontré en don Gonzalo me llevó a explicarle mi relación con Joan y con Jaume.

—Cierto que no es usted una mujer de molde —me dijo tras escuchar mis desventuras con ambos.

Terminamos la velada despidiéndonos como dos viejos amigos. Pedí un coche de punto y me dirigí a casa, donde me esperaba Guillem con los brazos abiertos. Nos pusimos a cubierto bajo las sábanas y no me decepcionó cuando le conté lo que me había sucedido aquel día.

—¿Por qué es tan importante para ti? —dijo mientras me rodeaba con sus brazos.

—Si lo supiera... Es una especie de necesidad, es superior a mí misma.

—Quizá por eso debes hacerlo.

La noche transcurrió sin más, envuelta en el placer y varias horas de merecido sueño. No me costó dormirme, me sentía agotada.

Pasaron apenas dos o tres días cuando un empleado de don Gonzalo se presentó en casa para entregarme, en su nombre, una invitación. Me citaba en la Granja Viader para tomar un chocolate. No había vuelto allí desde la muerte de mi hermana, y pensé que era el mejor lugar para cerrar el trato de un teatro que llevaría su nombre. Me convocó pronto, a las tres y media, para tomar el postre después de una comida capital para sus negocios. Cuando entré en el local, él estaba esperándome sentado, cabizbajo, delante de un chocolate caliente que absorbía su atención mientras lo removía con una cucharita. Estábamos a finales de febrero, parecía que el frío empezaba a remitir y yo reflexionaba si sería oportuno producir *Las bodas de Camacho*, de Grau, o si se había representado ya demasiadas veces en Barcelona.

—Don Gonzalo, a juzgar por su ensimismamiento, no sé si usted se va a tomar el chocolate o el chocolate se lo va a tomar a usted.

El hombre alzó la mirada y me dedicó una leve sonrisa. Me saludó sin levantarse y, con un gesto, me pidió que me sentara. El tono de sus palabras era sombrío. Le pregunté qué le sucedía y me lo relató sin dejar de jugar con la cuchara.

—No sé si debería contarle esto, pero lo cierto es que usted me despierta confianza. Acabo de asistir a un almuerzo de negocios. Hemos despachado pronto y, claro, cómo no, La Canadiense ha salido a colación. No me ha gustado nada lo que he oído. Parece que el gobernador Rothvoss ha pedido varias veces la movilización del ejército para controlar la ciudad. Hasta ahora Romanones siempre se lo ha negado, pero en esta ocasión no está tan claro que no vaya a suceder.

Sentí miedo. El recuerdo de la Semana Trágica volvía a mi cabeza. Entonces me pareció fascinante, pero en ese momento yo ya no era una niña y no deseaba que Barcelona sufriera.

—Mire usted, yo siempre he intentado tratar bien a mis trabajadores. Ni una huelga he sufrido hasta ahora. No sería justo que, dadas las circunstancias, mis empleados se contagiaran y se sumaran a la huelga. Pero tampoco es lícito lo que hace La Canadiense. Nos necesitamos unos a otros, deberíamos unirnos y no enfrentarnos. He oído frases como «Esto no va a convertirse en la Comuna de París», y mucho me temo que el ejército no querrá evitarlo pacíficamente.

—Es usted un buen hombre. Y tal como está Barcelona, se arriesga frecuentando lugares como este; le podrían pegar un tiro solo por ser quien es.

Él sonrió con melancolía, se perdió en los cristales del local y suspiró. Parecía debatirse entre darme una explicación o

mantenerse en silencio. Dejó al fin de remover el chocolate y se llevó la cuchara a la boca.

—La primera vez que estuve en Barcelona con mi mujer apenas teníamos una tienda. Vendíamos máquinas de coser y vinimos para ver cómo se movían los comerciantes de la ciudad. Teníamos intención de ampliar el negocio, si las cosas iban bien. Ella descubrió la Viader y se convirtió en uno de sus sitios favoritos de Barcelona. Nadie me va a prohibir que me tome un dulce bajo estas cuatro paredes.

Pocos clientes ocupaban las mesas de la granja. De hecho, solo nos acompañaban dos señoras entradas en años, de pelo blanco, con arrugas en el rostro y un pasado obrero que seguramente comenzó lejos de Barcelona. Su cabello se condensaba en forma de moño y su chocolate con nata, deseaba equivocarme, debía de ser para ellas el mejor momento del día. Al otro lado, tres hombres que quizá rondaban los cuarenta devoraban un surtido de dulces. Seguramente acababan de salir de su turno de trabajo.

Yo pedí un arroz con leche mientras conversaba con don Gonzalo. Como suele suceder, un tema llevó a otro. El empresario mencionó que le interesaba invertir en el teatro. Se había informado sobre mí y sobre la compañía.

Éramos serios, solventes y, por lo que le habían contado, sabíamos lo que hacíamos. Me alegraba oír semejantes halagos, pues ni yo tenía claro qué nos traíamos entre manos

como compañía. A continuación, expuso sus condiciones y yo las acepté sin dudarlo ni un segundo.

—Le doy la bienvenida a la Compañía Green. Cuando quiera, podemos visitar el terreno donde lo construiremos y, en cuanto me entreguen los planos, se los haré llegar a su despacho de Madrid.

Emocionada, yo hablaba sin medida. Había meditado tantas veces los pasos a seguir que ahora se escapaban de mi boca sin necesidad de pensarlo. Y en un momento dado, él me sorprendió con una proposición:

—También me gustaría invitarla a cenar otro día. O quizá podría invitarme usted a su casa y ofrecerme una cena tradicional.

—Claro, podemos cenar en algún restaurante de la ciudad cuando usted quiera.

—Y luego podría usted subir a mi habitación. Un hotel puede ser un lugar tan solitario cuando uno no está acompañado...

No. Él, que era un hombre sensible y serio, no. Su proposición amilanó mi brío y desbarató mi templanza. No. Debía responderle que no y no sabía por dónde empezar. Lo único que me separaba del teatro María Romero era una noche, o tal vez varias noches, y no estaba dispuesta a pagar el precio; no después de lo padecido, de lo aprendido, de

comprender que mi cuerpo me pertenecía y que me denigraba cada vez que lo usaba como moneda de cambio.

El azar me salvó de tener que responderle, pues la luz del local se desvaneció en aquel preciso instante. Las señoras se alarmaron y miraron al mozo, que observaba las mesas sin comprender qué sucedía. Sin decir una sola palabra, el chico cruzó las cortinas que separaban la sala del obrador, supongo que en busca de explicaciones, y entonces me percaté del inusual alboroto que procedía de la calle. No de la calle de Xuclà en la que nos encontrábamos, sino de más abajo, quizá de la del Carme.

—No sé qué sucede, pero será mejor que nos retiremos —dijo él—. Pase lo que pase, Francisca, que no la pille en la calle.

Nos levantamos y el hombre se acercó al mostrador con la intención de pagar la cuenta. Salí al exterior y allí me crucé con dos mujeres que caminaban cogidas del brazo gritando consignas. Las dos llevaban un pañuelo en la cabeza, un vestido gris y delantal; las dos con zapatos negros gastados y una reivindicación en la boca.

—Perdonen, ¿saben ustedes qué ha pasado? ¿Por qué no hay luz?

—Parece que todos los trabajadores de La Canadiense se han declarado en huelga —dijo la más bajita y rubia, a quien

le faltaban varios dientes—. La central no está produciendo electricidad, así que media ciudad se ha quedado a oscuras.

Ambas pasaron de largo y yo observé el interior de la Granja Viader, donde don Gonzalo seguía enfrascado en el pago. Y en ese instante, la vida se ralentizó. Me sentía pesada, vieja y a la vez llena de energía. Me observé las manos con detenimiento. Ellas me habían llevado hasta allí. María, Joan, Jaume, Mercè y otros amigos las habían cogido en momentos claves, felices o pesarosos. Cada uno de sus apretones había movilizado mi mundo y me preguntaba qué podía hacer con ellas. Recordé la propuesta del empresario y pensé: «Hermana, no voy a construir tu teatro con estas condiciones».

Como si poseyeran entidad propia, mis pies se encaminaron hacia la calle del Carme. Cuando di la vuelta a la esquina me encontré con la muchedumbre que se concentraba en las Ramblas. Millares de obreros fabriles se habían congregado allí para alzar sus voces. Los árboles plantados a un lado y otro del paseo central cobijaban las demandas históricas del movimiento. «Ocho horas laborales ya», gritaban muchos de ellos.

Los comercios cerraban mientras yo avanzaba por la calle. Algunos por miedo a represalias o porque no podían operar sin luz, otros porque estaban a favor de la causa. Las personas que se aglomeraban en la acera y en el empedrado voceaban sus demandas al unísono, un solo grito y una sola

voz. Y justo cuando pisé las Ramblas, me encontré a Genaro, un tramoyista del Español con el que había trabajado en el pasado.

—Sí, señora Green, la policía ha disuelto a muchos de los grupos que se concentraban en el Paralelo y se ha corrido la voz, por eso estamos aquí —me dijo el chico—. Dicen que ni en el Gobierno Civil hay luz. El comité de huelga ha ordenado continuar el paro y este es el resultado. ¿No es increíble?

—Dios, qué sé yo.

—Casi todos los teatros y cinematógrafos del Paralelo han suspendido las funciones. Así que no se preocupe y déjese llevar.

Perdí de vista al chico, que se extravió entre la multitud. Me sumé a la comitiva y grité lo mismo que mis semejantes. Jamás, desde que llegué a Barcelona, me había sentido tan partícipe de las reivindicaciones obreras, quizá de palabra sí, pero nunca desde las entrañas. Yo era la hija de unos campesinos que no había mostrado empatía alguna por el sufrimiento ajeno, pero entonces sentí el orgullo de pertenecer a un grupo, la necesidad de construir otro orden que rigiera la vida de los ciudadanos. Y la mía. Debía dejar de obsesionarme por mi escalera, por el éxito, por el qué dirán. A pesar de que mi armario rebosaba de vestidos y que podía satisfacer mis caprichos, yo guardaba en mi corazón una herida de clase que no se curaría hasta que existiera un

cambio social real. Lo más significativo no fue la revelación ideológica, sino que allí, gritando aquellas consignas, el nudo de mi soledad se deshizo por primera vez en años.

Cuando llegó la Guardia Civil y comenzaron las cargas, me aventuré hacia el Barrio Chino para atajar en el camino de vuelta a casa. Entré por Sant Pau e intenté alcanzar alguna calle menos transitada que me permitiera avanzar en dirección oeste. Recorriendo la calle de Robador, me detuve en seco y observé a un grupo de hombres y mujeres que amontonaban sacos y muebles para construir una barricada.

Aquel muro no tenía otro objeto que defender los derechos, la tierra. Y entonces empecé a correr. No sabía por qué lo hacía, aunque la evidencia justificaba mis actos: olía el peligro en la calle y, como buena hija de mi padre, intentaba ponerme a resguardo. Sin embargo, ahora entiendo que no corría por miedo, lo hacía porque no sabía protegerme de otra manera. Como profesional del escape, había huido con celeridad de mi hermana, de mi pueblo, de mi condición, de mis amigos, de mis ideas, de mis logros, de Joan, de Jaume, de mí. Y es que, a veces, podemos sentir que nos separan cientos de kilómetros de las personas con las que compartimos mesa.

Aligerando por momentos mi trote, llegué a una conclusión clara: siempre había culpado a los demás de mis errores. Si no deseas que te traten como algo que no eres, no te sientas como tal, no pienses como tal, no actúes como tal. Siempre

hay una manera diferente de proceder y si escoges la opción que te araña el alma, las posibilidades de curación son complejas y dolorosas.

Por suerte, la jornada se salvó sin mayores incidentes. El ejército tomó el control de La Canadiense y, al día siguiente, el suministro de luz volvió, aunque de manera irregular. Las fuerzas armadas no estaban preparadas para sustituir a los técnicos cualificados, así que se las apañaron como pudieron para restablecer el abastecimiento. Durante el fin de semana, gobierno, sindicatos y patronal iniciaron las conversaciones, pero ninguno de los bandos tenía intención de escuchar a sus interlocutores, así que no fructificaron.

Fueron días convulsos en los que las amenazas de huelga de otros sectores se sumaban minuto a minuto, y en los que el gobierno y el ejército no conseguían restaurar el orden. Trajeron militares de Valencia y de Zaragoza, pero ni fueron suficientes ni actuaron con resolución.

Al día siguiente, el Sindicato de Luz, Agua y Gas de Barcelona decretó la huelga general del sector, que fue secundada por todos sus afiliados. Fue una demostración de fuerza sin precedentes. De nuevo, se interrumpió el fluido eléctrico y, además, sufrimos varios cortes de agua durante el día. Como represalia y para intentar paliar la situación, el gobierno militarizó todos los servicios, a fin de que el agua no escaseara en la ciudad. Sus medidas fueron precarias, una contraofensiva sin voluntad de establecer puentes para el

diálogo con el comité de huelga, que sobrevivía en la clandestinidad y alardeaba de su poder.

Después del día que nos encontramos en la Granja Viader, recibí una carta de don Gonzalo casi a diario. Ni las abrí ni le contesté. Tiempo después, cuando las leí, me supo mal no haberlo hecho antes, pues el empresario confesaba que se sentía ridículo por su proposición. Argumentaba, y le creí, que me ofreció relaciones a cambio del teatro porque sentía que era lo que se esperaba de él, pero que de todos modos le interesaba invertir en el proyecto, participar en el mundo del teatro y del arte, las grandes pasiones de su mujer. Aun así, no me lo pensé dos veces; ya no me apetecía colaborar con él.

A pesar de que el sector energético era el único que estaba en huelga, el resto de los gremios no abrían ni producían como consecuencia de la falta de energía. Tampoco lo hacían los teatros.

Por eso, días después de mi último encuentro con don Gonzalo, la Companyia d'Espectacles Green llevaba más de una semana sin actuar. Se acabaron también las funciones de *Casa de muñecas*, ya que el Poliorama tampoco subía el telón y Carles ya pensaba en el siguiente espectáculo.

En la calle, las protestas estaban a la orden del día: piquetes contra esquirols, incidentes aislados, tensión permanente. En estas circunstancias, ¿tenía sentido que

cantáramos al amor? ¿O que contáramos una historia de faldas? Qué sé yo.

El caso es que el viernes siguiente cedimos ante la exigencia del Victoria. Nos pidieron que diéramos, al menos, una función ese día si había luz. En el seno de la compañía mantuvimos un debate intenso. Había tantos factores a tener en cuenta: mi mala fama, la crisis, que ingresábamos poco dinero, que habíamos firmado un contrato, nuestro derecho a la huelga, que no se había convocado una huelga general sino de un solo sector... Si nos negábamos, dábamos una excusa perfecta al teatro para que rompiera su relación con nosotros, situación beneficiosa para ellos dadas las críticas que yo había recibido en los últimos tiempos. Fuimos desgranando argumentos de varios colores, alimentados por la desconfianza y la excepcionalidad de las circunstancias. La mayor parte de la compañía se mostraba a favor de subir el telón, pero yo me posicionaba en contra, y más después de lo que ocurrió en nuestra última actuación. No obstante, formábamos un equipo, no era momento de jugar en solitario. Así que decidimos poner en escena *La vedet que em va robar el cor*, que estaba programada para ese mismo día.

Los cuatro carteles de la fachada fueron pintados con palabras como «Traidores» o «Esquiroles». Y cuando estábamos ya entre bambalinas, preparándonos para la función, surgieron dudas aisladas que se extendieron como una plaga por los camerinos. Ricard oscilaba entre las opciones de seguir adelante o de solidarizarnos con los

trabajadores que estaban en pie de guerra. Cinta seguía defendiendo que abrir el teatro era un símbolo de apoyo a la causa. Andreu temía por nosotros, varios miembros del sindicato de artistas lo habían insultado aquella mañana cuando metía dos sillas en el teatro. No tuve más remedio que intervenir.

—Ya sabéis que yo no estaba de acuerdo, pero es lo que hemos decidido esta mañana. —Hice una pausa para organizar mis ideas—. Las butacas están ocupadas, no sería justo suspender ahora la función. Dejemos que el azar siga su curso.

Con la aquiescencia de la compañía, decidimos ponernos manos a la obra. Antes de subir el telón, bajo las escaleritas por las que se accedía al escenario desde los camerinos, nos abrazamos en círculo. No lo habíamos hecho jamás y se convirtió en una tradición, una costumbre a la que sumamos la expresión que Guillem soltó espontáneamente:

—Todo por y para el teatro.

La compañía se dispersó y ocupamos nuestras posiciones. El telón se abrió, el rumor de la sala se calmó y los distintos personajes fueron apareciendo en escena. Tras pronunciar las primeras palabras, respiramos aliviados, parecía que la función se desarrollaría sin más dramas que el representado sobre el escenario. De reojo, eché un vistazo a la platea. No quedaba ni una butaca libre.

Las escenas fueron dándose paso unas a otras, la obra seguía su curso, pero notaba una vibración diferente entre el público. No sabría explicarlo, la tensión era asfixiante y notoria. Hasta que sucedió. Alguien, desde la oscuridad de la sala, gritó:

—¡Esquiroles!

Guillem y Cinta, que estaban en escena, se detuvieron y me miraron con la intención de continuar si yo se lo indicaba. Era mi turno de réplica y, antes de ejecutarla, observé mis manos con dedicación, aislándome de todas y cada una de las almas que esperaban mi reacción. Acto seguido, alcé la mirada y dije:

—Encended las luces de la sala. A ver, ¿quién ha dicho eso?

El público, iluminado a traición, permanecía expectante. Actué por el impulso del momento, lo que pasara dentro del teatro ya no dependía de mí. Un chico delgado, que debía de tener unos veinte años, ataviado con pantalones y chaqueta de pana y una camisa blanca, pelirrojo y desaliñado, levantó la mano para identificarse. Puesto en pie, me interpeló diciendo:

—No es el momento de pantomimas, es el momento de la huelga general.

—Puede que tengas razón pero, dime, ¿qué conseguiremos si paramos ahora?

Se produjeron murmullos a lo largo y ancho de la platea. No era habitual el diálogo entre el escenario y los asientos, por eso reinaba el desconcierto. Otro hombre, algo mayor, de pelo rizado y barba espesa, que se había desprendido de la chaqueta y tenía dos o tres botones de la camisa desabrochados, no dudó en sumarse al debate.

—Trabajando dais la razón a la patronal. Debemos apoyar a los compañeros de La Canadiense.

—Que yo sepa, ningún sindicato ha decretado la huelga general aún, solo la del sector energético. ¿O me equivoco? Que casi nadie en Barcelona esté trabajando se debe a los cortes de suministro, no a que se haya convocado un paro de todos los sectores. Y, como bien sabéis, nadie ha dicho qué hay que hacer en estos casos.

Me senté en una silla, coloqué los codos sobre la mesa y cubrí mi cabeza con las manos. Mi actitud fue objeto de algunos comentarios, algún silbido, algún abucheo. No sabía si debía continuar la función o detenerme y justificarme a mí misma y a la compañía. No sabía nada. Y una palabra me devolvió a la acción:

—¡Traidora!

—¿Tienes razón? ¿La tienes? —Levanté el rostro y miré al hombre que hablaba, cuya cara soy incapaz de recordar—. Quiero decir, queríamos distraeros, nada más. Ahora estoy

aquí delante de todos vosotros y pido disculpas a quienes consideran que abrir las puertas de este teatro está fuera de lugar. Quizá tengáis razón. Vivimos una situación tan anormal que carece de sentido continuar con la vida ordinaria. Pero me estás pidiendo que te diga lo que quieres oír. ¿Y de qué sirve? Yo me llamo Francisca. El campo fue, de niña, lo que me daba de comer. Y aquí estoy, soy una vedete que canta al desamor. Soy una actriz que cuenta historias. ¿Qué es lo que me pides?

—Que digas lo que realmente piensas.

—¿Lo que pienso? ¿De repente importa lo que piensa una mujer? Te agradezco el gesto, pero deberíais preguntar a todas las mujeres que os rodean antes de ponerme a mí entre las cuerdas. Sin embargo, ahora te digo que me vas a escuchar.

Me levanté furiosa y clamé que lo sucedido en La Canadiense no era lícito, como tampoco lo eran las condiciones abusivas en horas y salarios bajos de la mayoría de las fábricas. Que las dificultades que sufrían las familias para llevar un plato caliente a sus mesas eran injustas. Que la guerra había terminado pero los precios seguían por las nubes y eso también era injusto. Argumenté que podían juzgarme, que quizá era sencillo proclamar aquellas palabras con mi posición y mis ganancias, que no eran tantas, y que, a pesar de eso, yo había sido campesina, sirvienta e incluso había pisado una fábrica, y que sabía lo que era ganarse el

pan con las propias manos. Les dije que a veces trabajaba más de doce horas para el teatro y que no se lo echaba a nadie en cara. Que no todos los patronos eran iguales, pero que La Canadiense era el peor de los ejemplos. Que debíamos decir que no a las injusticias. No a la explotación. No a permitir la miseria.

—¿Y por qué actúas para ellos? ¿Por qué cenas con ellos?

Se hizo un silencio en la sala. Escuché algún «Tiene razón», comentarios que me irritaron aún más. Sin embargo, conseguí mantener un tenso temple.

—¿Qué tendrá que ver una cosa con otra? ¿Acaso no somos todos personas? ¿Acaso no hay personas de dudosa moral entre los ricos y entre los pobres, y en todos y cada uno de los pueblos de este maldito mundo? Lo que pienso, me pedíais. Pienso que somos todos unos egoístas. Nos unimos para ganar derechos colectivamente, porque sin unión no hay fuerza, pero a la hora de la verdad miramos por nuestro bien, por nuestro bolsillo, eso es lo que acaba pasando. O, dime, qué harías tú si te pusieran en las manos una bolsa con una fortuna dentro, ¿eh? Me siento orgullosa de lo que soy y de lo que hago, y tú, que defiendes tu orgullo de clase, deberías entenderme mejor que nadie. Mi único delito es procurarme una vida mejor, y aquí me encuentro, siendo criticada por todos. Si tú me reprochas que yo luche para prosperar, qué le impide a tu patrón hacer lo mismo contigo, ¿eh? Unos me llaman esquirol y otros traidora, pero

todos me llaman fulana. ¿Y no es mezquino atacarme de esa manera? ¿Tratarías igual a un hombre? En las contradicciones se halla la verdad de los conflictos, y quien no entiende eso, quien cree que existe una sola razón en la vida, quien cree que la coherencia nos ha traído hasta aquí, no entiende la esencia del ser humano. El progreso se construye sobre la contradicción, la necesidad, incluso sobre el dolor, y no digo que sea justo, pero solo hace falta leer un poco para entender que esa ha sido una constante en la historia. Yo no sé más que vosotros, no tengo soluciones, no sé cuál es el camino que hay que seguir. ¿Construir una sociedad según predica el anarquismo? ¿Es el socialismo la solución? Qué sé yo. Pero sin duda, la fuerza obrera debe decir no a que despidan a los compañeros de La Canadiense. No a que hagan con nosotros lo que les dé la gana. No. Somos personas y una revolución real no puede pasar solo por un cambio en las estructuras políticas y económicas. Sin solidaridad no habrá revolución. Sin comprensión no habrá revolución. Sin la mujer no habrá revolución. Y una cosa te diré: te digo a ti que no. A ti, que me pides que diga lo que pienso, no me obligues a detener esta función, porque en el momento en que detienes el teatro, te conviertes en el tirano contra el que luchas.

No se oyó un aplauso, ni un abucheo, ni siquiera un comentario o una queja. No di tiempo. Sin más dilación, di el pie que se perdió por culpa del debate. Guillem, siempre vivo, siempre fiel, me siguió la corriente, así como Cinta y

Ricard. No fue nuestra mejor función, la tensión nos cohibía y no era fácil concentrarnos, pero, aun así, la terminamos.

Se oyeron los aplausos más intensos de mi carrera. Mis palabras habían convencido y mis intenciones se habían respetado, o eso creí mientras respondía a la ovación con reverencias. A partir de ese día me llamaban «La vedete que sabía decir no» y yo no sabía si aceptarlo con orgullo o tomármelo como una ofensa. Ah, sí, tras la función, la Companyia d'Espectacles Green decidió por unanimidad declararse en huelga en solidaridad con el sector energético. Nada nos daba miedo, ni perder dinero, ni el contrato con el Victoria. Nada.

Aquella noche nos cambiamos con más calma de lo habitual. Necesitábamos templar los nervios y la euforia, que se conjugaban de maneras diferentes en cada uno de nosotros. Cinta lloraba, Ricard lo celebraba bailando y yo me relajé y me dejé arropar por una vieja conocida, la melancolía. Mientras me abrochaba la falda, Guillem entró y me dio un beso. Me mostré distante y él lo percibió. Me preguntó si podía dormir entre mis sábanas y le respondí que no, que esa noche necesitaba estar sola.

—Ya, claro, algún día tenía que acabarse. No te preocupes, lo entiendo.

Iba a decirle que quizá otro día, pero tenía razón. No quería acostarme más con él. Comprendió antes que yo que nuestra

historia había terminado. «Mejor hacerlo ahora, con una sonrisa», me dijo. La gente juzga a Guillem por sus vicios y sus actitudes, pero doy fe de que es una de las personas más sinceras y coherentes que he conocido jamás.

Volví a casa pensando en mi hermana y en lo orgullosa que estaría si nos hubiera visto. Ya en la calle, Mercè me pidió que la esperara, la agarré por el hombro y así caminamos hasta el piso. El ambiente barcelonés estaba enrarecido. Nos aguardaban tiempos difíciles, lo presentíamos. Y es que la muerte de María no fue la única que sufrimos por aquel entonces, vendrían más. Supongo que nunca nos acostumbramos a la muerte.

Capítulo XXXIII

Recuerdo que una vez, cuando mi madre vivía, tuve que cuidar durante unas horas a mi hermano Albert. Apenas tenía unos meses y yo era tan chica que incluso cogerle en brazos me aterraba. El pequeño pasó la tarde durmiendo, pero cuando se despertó rompió a llorar. ¿Qué debía hacer yo? Le pregunté con insistencia qué le sucedía, y él me respondía con más llanto. Llegué al límite de mi paciencia y lo cogí para mecerlo, tal como hacía mi madre. Para mí era una aventura colosal, ya que entonces no solo debía protegerlo sino también sostenerlo. Albert lloraba y lloraba, y yo empecé a cantar, quizá para ahogar sus sollozos, quizá para aliviar los míos. Mi voz se expandía por la casa y el pequeño se calmó y me aplaudió con una carcajada. A partir de aquel día, le cantaba cuando estaba nervioso y él siempre reaccionaba sonriendo. Ojalá el público respondiera de la misma manera.

Al cabo de unos días recibimos en casa una visita inesperada. Mercè y yo estábamos cenando cuando llamaron a la puerta. Ella se dispuso a levantarse para abrir, pero la detuve. Decidí ir yo y alcancé la puerta más curiosa que molesta por las horas intempestivas.

Me encontré a una mujer de veintipocos años, morena, de ojos marrones, que vestía un abrigo de color aceite plagado de bolitas. Le sobraba una talla. Su bufanda, algo esmirriada para el frío que hacía, le mal cubría el cuello. Imaginé que se la había colocado con prisas, quizá porque el bebé que llevaba en brazos lloraba o porque la urgencia de su cometido no le permitió fijarse en detalles tan ínfimos. El pelo, liso y fino, brotaba de su cabeza vigoroso. Sus sencillos zapatos negros, de suela plana y con algo de punta, no dejaban lugar a la duda: trabajaba en una fábrica más horas al día de las que debería.

—Buenas noches, disculpe las molestias. Usted debe de ser María Green. Bueno, sé que lo es, la he visto en el teatro —dijo.

La mujer me tendió la mano para saludarme y enseguida deduje quién era. De ahí mi perplejidad y mi cautela. Alargué la mano y ella, nerviosa, me la estrechó..

—Perdone —dijo algo insegura—, debería presentarme. Me llamo Dolors. Soy... este es el hijo de su amigo Joan. Verá, he venido porque quería... pedirle un favor.

En aquel momento me angustié porque Dolors solo podía acudir a nuestra casa por un motivo: a Joan le había pasado algo. Aquel día habían encarcelado a más de tres mil ciudadanos y temí que él fuera uno de ellos. ¿Cómo habíamos llegado hasta aquellos extremos? Supongo que todo empezó días antes, cuando el comité de huelga decidió ejercer presión y extendió los paros a otras zonas de Cataluña. Se sumaron la central eléctrica de Tordera, la central de Tremp y La Propagadora del Gas, entre otras. La patronal no cedía y el presidente Romanones estaba entre la espada y la pared. Por eso, el gobierno pasó a la ofensiva y declaró el estado de guerra.

Romanones llamó a la militarización de los trabajadores de entre veinte y cuarenta años. Debían presentarse al día siguiente en las casetas de reclutamiento para ser distribuidos entre las diferentes empresas de agua, luz y gas, bajo amenaza de cuatro años de cárcel. Y sucedió lo inesperado: los obreros se presentaron en las casetas repartidas por la ciudad y, guardando fila, esperaron su turno ante una mesa presidida por militares que los asignaban a una u otra empresa. Uno tras otro dijeron su nombre, luego les dieron su destino y, acto seguido, no cumplieron con lo que los soldados les pedían. Se limitaron a permanecer de pie sin mover un dedo. La resistencia pacífica fue multitudinaria y pilló a los militares y al gobernador por sorpresa.

La respuesta no tardó en llegar, casi tres mil personas

fueron encarceladas en el castillo de Montjuïc. Como no podían desplazar a tantos hombres con la flota de vehículos policiales disponibles, los obligaron a ir a pie, formando largas colas que no pasaron desapercibidas. Mientras sucedían los hechos, nuestra vecina Marta vino a contárnoslo a casa. De inmediato, bajé a la calle para comprobarlo y, cerca de la plaza de Espanya, vi a una de aquellas cuerdas de presos vigilados por guardias civiles. Desconozco si el resto de las hileras circularon sin decir palabra, pero aquella lo hacía, con la cabeza bien alta y la incertidumbre en el horizonte. Su silencio gritaba un no a las condiciones laborales inaceptables. Independientemente del gremio al que cada cual perteneciera, de si se era anarquista o socialista, todos formábamos parte de una ciudad que se sentía más fuerte que los cañones que el ejército había situado en la plaza de Catalunya.

Por eso, la visita de Dolors me hizo temer lo peor. Así que en el recibidor de mi casa, mientras escuchaba cómo se presentaba, necesitaba preguntarle directamente por Joan. Sin embargo, una voz nos interrumpió desde el interior del piso.

—¿Dolors? Ya me pareció que era tu voz —dijo Mercè, que se acercó y besó al bebé—. Pasa, mujer, que hace frío.

Las tres nos dirigimos a la sala. Me molestaba la familiaridad con la que Mercè trataba a Miquel. Lo tomó en brazos mientras la esposa de Joan se quitaba el abrigo y

la bufanda. De pie en medio de la sala, las tres nos miramos sin saber qué hacer.

—¿Tienes hambre? —dijo Mercè señalando la mesa con la cena servida.

—Oh, no, por Dios, seré rápida, que no quiero interrumpiros.

Mercè nos obligó a sentarnos en el sofá. Dolors cogió al bebé en brazos y esa imagen absorbió mi atención. Era precioso, tenía el pelo oscuro como su padre, y dormía plácidamente con una sonrisa en los labios.

—No deseo robarles mucho tiempo —dijo Dolors mirándome—. No estaría aquí si no considerara que... Joan está en el castillo de Montjuïc, en la cárcel.

—Por Dios.

—Sé que han apresado a muchas personas, pero tengo miedo. Por suerte, creo que no saben quién es, o quién ha sido en la CNT, en la *Soli*. Supongo que lo han detenido entre un tumulto y nadie lo debe de haber identificado. Pero temo que algún militar o policía lo descubra y que lo enjuicien junto al resto de los líderes del movimiento. Además, hace dos días le pegaron en medio de la calle. Era de noche y tres hombres se acercaron a él por sorpresa. Con todo el lío de la huelga, mi Joan ha vuelto a implicarse en la acción, a saber en qué se ha metido.

—Ese primo mío es incorregible. ¿Qué podemos hacer ahora? ¿Cómo te podemos ayudar?

—Vengo a pedirle un favor a usted, señora Green —dijo Dolors dirigiéndose a mí—. Sé que no tengo ningún derecho a..., pero usted tiene contactos, conoce a personas influyentes. Pensé que podría ayudarnos. Además, después del discurso que dio el otro día en el teatro, parece que se ha entregado a la causa, así que...

Dolors no decía aquellas palabras para adularme. Seguramente eran el resultado de los últimos días vividos. Mi discurso había corrido de boca en boca por toda la ciudad. Nunca quise convertirme en una líder; en realidad, no lo fui porque no lo permití. Nunca participé en reuniones ni en congresos sindicales, en parte porque las mujeres no teníamos cabida en ellos. No obstante, no me quedé en casa. Participé en manifestaciones, charlas clandestinas y debates en lugares públicos. Fui como una más, para escuchar, aprender, sentirme parte de la comunidad. Sin embargo, era incapaz de callar, así que hablé y me posicioné a riesgo de que me consideraran la cabecilla de quién sabe qué. Y sí, pocas mujeres alzaban la mano para dar su opinión. Quizá, las que lo hacíamos se podían contar con los dedos de las manos.

La verdad es que la compañía al completo corrimos el riesgo de enemistarnos con todos los empresarios del Paralelo. No fuimos la única compañía que se declaró en

huelga, pero algunas no lo hicieron. Por aquellas fechas, el Español estrenó temporada con la Compañía Caralt y sus famosos dramas policíacos. Se realizaron casi todas las funciones, para ofrecer al público un rato de evasión o, simplemente, para no perder la oportunidad de ganar dinero.

—Por favor, haga lo que considere oportuno para sacarlo de la cárcel. —Me molestaba aquel tono suplicante de Dolors, pero no podía hacer nada para evitarlo—. Me da miedo que allí...

Me levanté, interrumpí su discurso y ella me miró con sus ojos marrones. Dolors desprendía esa belleza sutil que no se pude describir por partes sino en su conjunto. Me agaché delante de ella para que nuestras cabezas estuvieran a la misma altura.

—Dolors, no sé si podré ayudarla. Pero le juro que moveré cielo y tierra si es necesario.

—Gracias, muchas gracias —dijo apartando la mirada.

Me volví a fijar en Miquelet. Seguía durmiendo plácidamente, ajeno a lo que le sucedía a su padre, a su ciudad o a su país. Ella percibió mi gesto y destapó un poco más el rostro del pequeño para que pudiera verlo mejor.

—¿Puedo?

—Claro...

Aquella fue la primera vez que lo cogí en brazos. «Hola, pequeño. Soy una amiga de tu papá», le dije en silencio. Permanecí unos segundos embobada, atestiguando su dulzura. Y no, no fue una presentación normal, porque una madre no conoce a su hijo en tales circunstancias. Con cariño y una sonrisa, le devolví el niño a Dolors. Entonces me dirigí a la puerta del piso. A mis espaldas, Mercè me preguntó:

—¿Adónde vas?

Sin girarme, desde el recibidor y poniéndome el abrigo a toda prisa, contesté:

—A sacar a Joan de la cárcel.

Descolgué una de las bufandas del perchero, me la puse sin prestar atención y bajé volando las escaleras del edificio. Nos encontrábamos en estado de guerra, no debía circular por la calle, y menos sola y de noche. Pero me las apañé para caminar cual sombra. Barcelona era una ciudad fantasma en la que las únicas almas que paseaban eran militares amedrentados por la protección que la oscuridad ofrecía a sus enemigos. Me descalcé para que mis zapatos no me delataran, evité controles y somatenes.

Por suerte, mi destino no se hallaba lejos, así que llegué enseguida. Me colé por su majestuoso portal y subí hasta alcanzar el rellano donde se encontraba su residencia.

Temiendo por la seguridad de Joan, sintiéndome responsable de su suerte, aterrada por la idea de que otra de las personas más importantes de mi vida pudiera perecer, subí un escalón tras otro. Llamé a la puerta, nerviosa, consciente de los muros que debía salvar por él. No sabía si me recibiría Tomás o Emma, ni si habría alguien en casa. No lo había visto desde que me invitó a la cena de cumpleaños. Abrió él, sorprendido, y no le di tiempo a reaccionar. Le conté lo sucedido a trompicones, de manera desordenada y desconociendo cómo Tomás iba a encajar mi petición.

—Siento haberme presentado así de sopetón y tener que pedirte esto. Entenderás que esté preocupada, pero hace tiempo que no sé de ti, y no sé...

Tomás suspiró, supongo que para asimilar la información que acababa de escupirle a la cara.

Tiempo después me contó que mi estado se movía entre la histeria y el terror. Y entonces me fijé, tenía un ojo morado y el labio partido.

Su respuesta fue breve y concisa.

—No puedo hacer nada. La ciudad está en guerra. Lo siento, Francisca.

—Sí, Tomás, sí puedes, pero no quieres. Por favor, hazlo por mí.

—¿Crees que tengo poderes? ¿O que voy a pagar un soborno para que saquen a ese andrajoso de la cárcel? Te equivocas. No serviría de nada.

—Sé que le odias.

Tomás se contuvo unos segundos. Era consciente de que sus palabras podían volverse en su contra.

—Sí, mi animadversión hacia su persona me ayuda a negarme, Francisca, pero este no es el motivo principal —dijo finalmente—. Te soy sincero, no hay nada que pueda hacer. La ciudad es una sinrazón estos días y está en manos del ejército.

—Habla con tu padre, ponte en contacto con la Mancomunitat, con el gobernador, con...

—Tienes la cabeza llena de pájaros. No serviría de nada. Puede que él para ti sea la persona más importante del mundo, pero es solo...

—No termines esa frase, por favor.

Cerré los ojos. Él respetó mi intimidad y el instante que necesitaba para aceptar sus verdades. Quizá tenía razón y no podía ayudarme.

—Está bien, iré a hablar con Jaume. ¿Me acompañas?

—¿Quién te crees que es el autor de este morado en el ojo?
—me preguntó mientras lo señalaba.

Tomás miró un momento hacia el interior del piso para comprobar que nadie podía oírnos.

—Le conté que te había besado y me acusó de traidor. Y una cosa llevó a la otra.

—Creo que no quiero saber más, Tomás.

—Me lo pidió, Francisca. El día que os fuimos a buscar a Anna y a ti a la academia por primera vez, mientras os esperábamos, me dijo que te amaba y me pidió que nunca interfiriera ni intentara nada contigo. Allí me lo confió, apoyado en la pared, fumando su pipa, sin mirarme a los ojos. Su petición fue tan sincera, tan profunda, que no pude más que prometérselo. Por aquel entonces, Francisca, yo sentía lo mismo por ti. Pero no reaccioné y no me sinceré con él ni contigo. Y entonces empezó a cortejarte ante mis ojos, con su labia y sus maneras. Por eso me ha hecho esto —dijo señalándose el ojo—, porque rompí nuestro pacto.

—¿Y qué quieres que te diga yo ahora?

No entendía los motivos de su revelación. Él se cubrió la boca con una mano, avergonzado, quizá consciente de la inconveniencia de sus palabras, esperando una reacción que no me apetecía ofrecerle. Así que continuó hablando.

—Lo siento, tenías que saberlo. Él me apartó de ti. Pero no te preocupes, se me pasó y, a pesar de que a veces se me va la cabeza, estoy bien. Perdona por el beso, no sé en qué estaba pensando.

Tragué saliva asimilando las palabras de Tomás, asumiendo que volvía a colocarme entre la espada y la pared, comprendiendo que se eximía de toda responsabilidad sobre nuestros desencuentros y me la escupía a mí.

—Hace unos días recibí una carta del banco en la que me comunicaban que me habían denegado el crédito. ¿Fuiste tú? ¿Fue porque nos peleamos?

Tomás me respondió con una mueca. Su desconcierto parecía genuino, pero con él nunca sabías a qué atenerte.

—En absoluto —dijo con firmeza—. Es la primera noticia. Lo siento mucho, mañana iré a interesarme por el tema.

—No, déjalo, ya encontraré la manera. Pero ¿debo creer que no fuiste al banco para bloquear el proceso? Podrías estar mintiéndome. Ay, Tomás, quizá debería retirarte la palabra.

—Sí, podrías hacerlo. Aun así estás aquí, pidiéndome que salve a tu Joan.

Tomás sonrió. Parecía sincero, pero me agotaban sus continuos virajes de timón.

En realidad, yo solo pensaba en sacar a Joan de la cárcel. Sin embargo, le pregunté:

—Por qué... ¿Por qué cuando parece que estás bien, que todo está claro, se te va la cabeza? Yo podría acostarme con otros hombres sin que esto significara nada para mí. Pero tú...

—No lo sé, Francisca. A veces me dejo llevar por el momento. Supongo que si supiera hacer las cosas mejor, ahora serías la señora Puig.

No me dejó tiempo para responderle, se acercó para darme un beso en la mejilla y se dio media vuelta. Antes de desaparecer de mi vista, se volvió y me dedicó unas últimas palabras.

—Lo que te voy a decir es lo más sincero que le he dicho nunca a nadie. Creo en tu sueño del teatro. Si quieres el dinero, te lo presto yo, sin compromisos, a cambio de un porcentaje de los beneficios hasta cubrir el préstamo. Yo también creo que tu hermana se merece un homenaje. Y tú, un templo.

Volví a casa entre las sombras de una ciudad trémula y viciada por un conflicto cuya deriva no auspiciaba un desenlace plácido. Me escondí en los portales, me desplazé por calles poco transitadas, al acecho de cualquier indicio de peligro. No sé qué me había creído, no tenía poder ni

influencia alguna, ninguna mujer la tenía fuera del cobijo de un hombre. Tampoco entiendo qué intentaba demostrarle a Dolors, yo no era más que otro cervatillo asustado por los lobos.

Los días que siguieron intenté mover todos los hilos que pude para liberar a Joan: tanteé a empresarios amigos, desconcertados por tan inusual demanda, y a algún que otro político. No obtuve más que frustración y angustia. En el fondo, él se había casado y me había desterrado de su vida, ni yo misma entendía por qué no me daba por vencida y seguía mi camino.

Las jornadas se sucedían y la ciudad no salía de su parálisis. El Sindicato Único de Artes Gráficas puso en marcha la censura roja, que consistía en no publicar aquellos artículos que mintieran sobre la huelga o que fueran en su contra. Los somatenes reclutaban a nuevos fieles con el objetivo de recuperar el orden. Las empresas de luz, agua y gas se encontraban al borde de la quiebra. Nunca supe si el comité de huelga también tenía dificultades económicas o si su músculo financiero era real y se podía alargar hasta el infinito. El caso es que cuando nombraron a Montañés gobernador civil, se encendió una luz de esperanza. Él, diputado independiente, ingeniero y antiguo trabajador de La Canadiense, supo desenmarañar las rencillas y el entramado que dificultaba las conversaciones entre el ayuntamiento, el gobierno, la patronal y el ofuscado gerente de la central. Aquel mismo día, por la mañana, Romanones

anunció una medida que cambiaría la situación de muchos trabajadores. Mercè me lo contó al abordarme en mi habitación.

—Francisca, ¿te has enterado?

Hacía un buen rato que estaba despierta, leía en mi balancín, mientras pensaba qué dirección debía tomar la Compañía Green después de que el nuevo teatro se hubiera construido. Porque, sí, contra todo pronóstico, acepté la propuesta de Tomás.

El día anterior había hablado de ello largo y tendido con Mercè. Ella me brindó una razón incuestionable: para bien o para mal, Tomás podía manipularme o sacarme de mis casillas, pero siempre miraba por mi bien. ¿Y qué si se comportaba como un granuja en determinadas ocasiones o si perdía la noción del decoro en otras? Los amigos toleran y se perdonan las alegrías y las bajezas mutuamente, ¿o no es eso la amistad? Además, era un Puig; si no viera negocio, no movería un dedo. Así que acepté a regañadientes, víctima de mi deseo de perpetuar el nombre de mi hermana, quizá cometiendo el mismo error por enésima vez. El caso es que Mercè, aquella mañana, me habló de lo que fue una de las primeras conquistas derivadas de la huelga.

—Romanones acaba de anunciar que establecerá la jornada laboral máxima de ocho horas, solo para los obreros de la construcción. Un paso es un paso, Francisca. Supongo

que la huelga de los albañiles que trabajan en la construcción del pantano de Camarasa ha ayudado.

Me levanté súbitamente, poseedora de una alegría infinita, y fui directa al armario para cambiarme.

—Vamos a la calle, a ver cómo respira la ciudad tras recibir la noticia —le dije.

Las aceras de Barcelona sostenían los pasos de unos ciudadanos desorientados. Ceses en el suministro de luz y de agua, comercios cerrados o medio abiertos, tranvías en huelga y disturbios protagonizados por los huelguistas aquí y allá, guiados por unas demandas que eran proclamadas con un ojo puesto en la victoria y el otro en la esquina, por si acudía la policía o el ejército. Cerca de la frutería de la señora Montserrat, observé a un grupo de niños jugando.

Iban vestidos con pantalones de color marrón o azules, pero todos llevaban chaquetas mal abrochadas y gorras afelpadas para protegerse del frío. Solo uno de ellos llevaba bufanda, aunque quizá ya no era tan necesaria porque estábamos a pocos días del inicio de la primavera y las temperaturas ascendían sin prisa pero sin pausa. Los niños jugaban, por lo que entendí, a la huelga. Uno interpretaba al patrón, otro al policía y dos a los obreros. Estos últimos se quejaban, pedían ocho horas *labrales* y un aumento de los salarios. Tras cada demanda, el policía se acercaba a ellos y simulaba que les pegaba siguiendo las órdenes del patrón.

Pero los obreros siempre acababan levantándose del suelo y continuaban lanzando sus peticiones.

Montañés aplacó los ánimos de ambos bandos, y a mediados de marzo, Romanones necesitaba que el conflicto se resolviera en veinticuatro horas, ya que, de lo contrario, Largo Caballero, secretario general de la UGT en Madrid, amenazaba con convocar una huelga general en todo el país si no se solucionaba pacíficamente el conflicto de Barcelona. Aquel mismo día, la dirección de La Canadiense hizo una propuesta de nueve puntos, entre los que se encontraban la readmisión de los despedidos y los huelguistas, aumento de los sueldos, jornada de ocho horas, junto a otras demandas del comité. La huelga había durado cuarenta y cinco días y el final, quizá por desgaste, se avecinaba. En paralelo, empezaron a liberar a los detenidos que no tenían causas militares, por eso soltaron a los sindicalistas más relevantes, como Seguí o Pestaña, y también a Joan.

La mañana del 19 de marzo sonó el teléfono en casa. Corrí hacia la sala y respondí. Al otro lado del hilo, Joan. Me pedía que nos reuniéramos junto a la plaza de toros de Las Arenas. No me lo pensé dos veces.

Mientras subía por el Paralelo a pie imaginé opciones disparatadas para justificar el motivo de su llamada. ¿Qué se traía entre manos? Me da vergüenza describir lo que pasó por mi mente, pero tenía muchas ganas de verle y fantaseaba con que nos dejaríamos llevar por la nostalgia y

el amor que nos habíamos profesado en el pasado. Obviamente, eran solo anhelos, no deseaba provocar ninguna situación que nos volviera a dañar o que perjudicara a su matrimonio.

Las Arenas me ha parecido siempre algo monstruosa. Si se la observa en la distancia, se evidencian su majestuosidad y su envergadura, pero también su fealdad. Lo he discutido innumerables veces con Tomás, defensor de la estética taurina, pero ni el color marrón pálido, ni la obra vista, ni los arcos son tan bellos como deberían. Incluso las puertas de madera que custodian las entradas me parecen grotescas.

Llegué a la puerta principal, donde se anunciaba que, en unos días, se reanudarían las corridas con Joselito y Juan Belmonte, y allí lo vi, con pantalones negros, camisa blanca y la chaqueta de pana abierta, apurando un cigarro con ansia. Al verme me dedicó una sonrisa, pero fui yo la primera en hablar.

—Hola —dije simplemente.

—Hola. Gracias por venir.

Nos miramos durante unos segundos y nos sonreímos con timidez. Cuando le veía, me seguía faltando el aire y se revolvían en mi interior cientos de emociones. Me preguntaba si él me correspondía, si era Dolors quien le despertaba esas sensaciones, si algún día sería capaz de

sentir por él algo parecido a una amistad plácida y sincera. Joan tiró el cigarrillo y se concentró antes de comenzar a hablar.

—Voy a hablarte sin tapujos, Francisca. Primero de todo, gracias por lo que has hecho por mí. Dolors me contó que removiste cielo y tierra para ayudarme. No me lo merezco, de verdad. —No me dio tiempo para responderle—. Te he llamado por otro motivo. Hoy se celebrará una asamblea decisiva aquí, en Las Arenas. Debemos convencer a los asistentes para que vuelvan al trabajo y la gran mayoría está en contra. Aun así, el comité de huelga cree que debemos aceptar las condiciones de La Canadiense. —Joan tomó aire de nuevo. Se le veía algo cansado y dubitativo, los días que había pasado dentro de una celda no habían sido precisamente placenteros—. No es que yo esté muy de acuerdo con esa decisión, todavía quedan muchos prisioneros en Montjuïc y en la Modelo y creo que no deberíamos claudicar, pero la policía, el gobernador y una parte importante de los dirigentes del sindicato presionan para que los miembros del sector energético acepten un trato que, por ahora, parece la solución más pacífica. Barcelona está exhausta.

Le observé con detenimiento. Joan se quitó la gorra y se acarició con suavidad el pelo, buscando un refugio antes de continuar.

—Hemos pensado que podías sentarte junto al comité o

muy cerca de ellos. Has hablado mucho estos días, has estado en boca de todos, las mujeres que asistan podrían entrar en razón si te ven.

—Dirás que las pocas mujeres que asistan ayudarán a entrar en razón a sus maridos.

—Desde la huelga femenina del año pasado, ha aumentado vuestra presencia en los mítines. Vosotras habéis estado en primera fila de las manifestaciones desde hace años. Como me dijiste una vez, os necesitamos.

Joan sonrió de nuevo, sacó papel de fumar, lio otro cigarrillo y lo encendió. Permanecí callada, pensando en lo que acababa de proponerme.

—No, no creo que deba involucrarme —dije al fin—. Ni formo parte de un sindicato ni creo que consigáis nada hoy. Ya sabes lo que pasó ayer durante el mitin que disteis en el teatro El Bosque, hoy no cambiarán de opinión. Además, habrá aún más gente.

—¿Por qué dices eso? A ver, ayer el comité de huelga expuso en El Bosque la propuesta de nueve puntos que La Canadiense nos ofrece para que se termine el conflicto. Y todos los asistentes la aceptaron.

Cerca de nosotros, un señor estaba instalando un carro para vender almendras garrapiñadas y otros frutos secos.

Se iba a celebrar una asamblea en aquel lugar y eso significaba dinero contante y sonante.

—Sí, pero solo si se liberaban a todos los presos. Ese es el debate ahora, ¿no? La mayoría aceptará esas condiciones si se vacían del todo las cárceles. Y no creo que los dejen ir de inmediato.

—Esta noche han soltado a la mayoría. Muchos han salido de la Modelo y de Montjuïc. Seguí también está en la calle. Conseguiremos que liberen al resto en breve. Pero las fábricas tienen que volver a producir porque de lo contrario no tendremos nada para comer.

—No es a mí a quien tienes que convencer, sino a una plaza de toros entera que esta tarde os pedirá justicia.

Joan tiró con delicadeza el cigarrillo a medio fumar. Lo pisó y durante unos segundos se quedó mirando al suelo.

Suspiró y alzó de nuevo la vista.

—Por favor, es importante para mí. Creo que nunca te he pedido algo así. Y si lo he hecho, lo vuelvo a hacer, consciente de que lo que te estoy pidiendo es mucho.

—Me estás manipulando.

—Lo sé. —Me guiñó el ojo.

—Está bien, pero no pienso hablar y no quiero estar en el centro.

—Yo tampoco.

Comimos cerca de la plaza de Las Arenas y nos pusimos al día de los últimos acontecimientos. Por la tarde, volvimos a la plaza de toros. Centenares de personas se congregaban por los alrededores, conversando y valorando las noticias del día. La zozobra se palpaba, pero también las ganas de victoria y la resolución.

Entramos en Las Arenas por la puerta principal. Irreflexivamente, me había vestido para impresionar a Joan, para que me viera espléndida, y allí, rodeada de hombres humildes y exhaustos tras las largas semanas de huelga, me sentía fuera de lugar. Y también estúpida: por mucho que me engalanara, él no iba a declararme su amor.

Por suerte, hacía un poco de frío, el abrigo negro con cuello parisino cubría mis intenciones y me protegía de las malas lenguas. Muchas personas entraban a la plaza a nuestro lado, sobre todo hombres con pipa o un cigarrillo entre los dedos y un gorro cubriendo las ideas que dentro de nada iban a expresar a gritos. El clamor de una clase en pie de guerra, saboreando una victoria que no llenaría la tripa con sus aspiraciones. Joan me cogió de la mano para no perderme entre la multitud.

Llegamos a una sala donde esperaban los ponentes. Disimulaban la inquietud con chistes y chismes sobre política. Se jugaban mucho. El nuevo jefe de policía, Gerardo Doval, estaba presente como invitado de excepción o como espía de Romanones. Joan fue presentándome, uno tras otro, a los allí presentes. Pestaña, Díez, Miranda... A algunos ya los conocía, otros era la primera vez que tenía el gusto, hasta que llegó el turno de «El noi del sucre». Seguí era corpulento y tenía la cara redonda, una graciosa papada y las bolsas en los ojos más pronunciadas que he visto jamás. Estos rasgos, sumados a su boquita de piñón, completaban su aspecto afable, casi cómico. No obstante, al escuchar sus palabras atestigüé su fuerza. La voz de Seguí, grave y profunda, dominaba la conversación.

—Salvador, esta es Francisca, conocida como María Green.

Me dio la mano con una contundencia inusual. Yo sonreía, sabía que me caería bien.

—Muy bien, muy bien, bienvenida, señorita.

—Vosotros dos —prosiguió Joan refiriéndose a Salvador Seguí y a mí— sois capaces de argumentar lo imposible. Me gustaría veros en un combate dialéctico.

—Pues a mí me gustaría vernos en un combate de cuplés —repliqué yo enseguida.

Nos reímos imaginándonos esa posibilidad. Conversamos

sobre trivialidades, guardaban el debate político para la asamblea que les esperaba. Y llegó el momento. Salimos y nos sentamos en las gradas, cerca del palco desde el que se pronunciaron los discursos. Miles de personas se congregaban en la plaza, el bullicio era apabullante. Unas voces que clamaban por el «todo o nada», dejando claro que sin los presos no iban a aceptar el trato ofrecido por La Canadiense.

Los parlamentos de los ponentes se solapaban con el vocerío que ponía de manifiesto la discrepancia de los allí congregados. Observar la plaza, enfrentarse a semejante ola de personas expectantes haría enmudecer a cualquiera, pero no a aquellos hombres. Empezó Miranda y luego Mira, pero sus argumentos de poco sirvieron. La algarabía tomó matices bochornosos, ya nadie escuchaba a nadie, solo se oían gritos de «¡Traidores!»! o «¡Reformistas!»». Los allí reunidos estaban dolidos, enfurecidos, y no les faltaba razón, habían sido unas semanas duras y de muchas tensiones. Y a pesar del lugar que ocupaba, yo estaba de acuerdo con el sentir de las gradas, no debíamos abandonar a los encarcelados, pero a la vez comprendía la difícil posición de los dirigentes sindicalistas y la debilidad de una Barcelona a punto de quebrar tras tantas semanas en huelga.

Los ánimos no se apaciguaron con las palabras de Díez, Mira y Pestaña, tres líderes que empequeñecieron ante la furia obrera. Llegó el turno de Seguí, que se levantó y fue recibido con los mismos gritos y reivindicaciones. En aquel

momento yo no sabía que estaba a punto de conocer las virtudes de un gran orador, de un guía. A pesar de poseer una voz potente, ronca, comenzó su parlamento flojito, pausado, indiferente a la rudeza de los asistentes. No intentó alzarla por encima de ningún grito. Los obreros, que no podían oír ni una palabra de lo que Salvador defendía, y por lo tanto no podían rebatir una sola de sus ideas, fueron callando para escucharle. Las Arenas enmudecieron ante la treta de «El noi del sucre», que elevó el tono y el volumen con cautela, progresivamente. En su discurso, Seguí usaba en todo momento las palabras precisas, que oscilaban entre conceptos técnicos y expresiones coloquiales.

—Tenemos que mantenernos más unidos que nunca. Si no, podemos fracasar...

Mientras le escuchaba, lo advertí. Joan llevaba varios minutos observándome. Giré el rostro, pero él no bajó la guardia. Las palabras de Seguí pasaron a un segundo plano, convirtiéndose en una extraña canción que abrazaba el momento.

—Nunca te he pedido perdón —me soltó Joan justo en aquel momento.

Yo no supe vaticinar cuáles eran sus intenciones. Tardé en responder y él miró al suelo, ahuyentando mi incredulidad.

—¿Por qué deberías pedirme perdón?

—Por haberme casado y no habértelo dicho. Perdona, sé que no es el momento, pero...

—Porque vuestras protestas son una señal de desconfianza hacia el comité, estas personas que os han guiado y han conseguido que... —continuaba Seguí.

El silencio de Las Arenas, la atención que toda la concurrencia prestaba a las palabras de Seguí, exponía nuestras intimidades a oídos ajenos. Por eso, Joan se acercó a mi mejilla y siguió hablándome al oído. A pesar de que los argumentos del ponente sosegaban la actitud hostil de los allí congregados, de vez en cuando estos respondían con muestras de desaprobación.

—Supongo que debería pedirte perdón por haberme ido a Madrid, pero no lo haré porque no lo siento así. Aunque sí te pido disculpas si mi decisión te hizo daño.

—Lo sé y lo entiendo. Pensé que si te esperaba, me pasaría la vida atrapado por tus ambiciones.

—Queréis los presos ahora, ¡vayamos al Castillo de Montjuïc y liberémoslos!

Seguí levantó el brazo y con el dedo índice señaló el castillo. Su reto apaciguó los ánimos y silenció las voces discordantes. Parecía que los congregados entraban en razón.

—Solo fueron unos meses, no era para que...

—Qué sé yo, Francisca.

—Eh, esa expresión es mía, no me la robes.

La asamblea finalizó y parecía que había unanimidad en la decisión. Seguí había convencido a más de veinte mil personas. El acto terminó con el canto de «La Internacional» y, sin más dilación, los asistentes fueron abandonando la plaza. Joan se despidió de sus amigos y me acompañó a la calle. Mientras caminábamos y nos abríamos paso entre la multitud que avanzaba lentamente, llegué a una conclusión.

—Joan, será contradictorio —dije—, pero creo que los congregados en las gradas de la plaza tenían razón. Quizá no deberíamos aceptar los términos que nos ofrecen sino seguir luchando hasta que el último de los presos esté en libertad.

—Yo pienso lo mismo y en la intimidad es lo que defiendo. Pero ahora tengo cierta influencia y debo decidir por el bien de todos. A veces hay que ceder un poco en una batalla para ganar la guerra. Hoy lo he visto claro, Francisca. Y tú también. La revolución es posible.

La huelga se había iniciado en una punta de la avenida, en La Canadiense, y parecía terminar en la otra, en Las Arenas. Sin embargo, durante la asamblea, Seguí había prometido otro paro en setenta y dos horas si no se liberaba a todos y cada uno de los encarcelados. En el fondo, aquel fue el

argumento definitivo que convenció a los asistentes de que volvieran al trabajo y los obreros se lo tomaron al pie de la letra. Así que el plazo venció con las cárceles aún medio llenas y, a las once de la mañana del lunes siguiente estalló, esta vez sí, una huelga general oficiosa. El resultado fueron dos semanas en las que se interrumpió de nuevo la actividad productiva de la ciudad. Y, como consecuencia, la represión del gobierno fue más fuerte y contundente. La actuación militar dejó al movimiento sindical sin fuerzas ni recursos económicos, y la huelga terminó a principios de abril. Eso sí, Romanones firmó un decreto que instituía la jornada laboral máxima de ocho horas en todo el país. Fue una gran victoria, hacía diez años que esta reivindicación estaba en boca de todos.

El destino de los obreros que seguían encarcelados al final de la huelga general fue más complicado. Muchos permanecieron entre rejas durante varias semanas y, además, los posteriores paros que se convocaron en la ciudad llenaron de nuevo las prisiones de presos políticos. La libertad de todos ellos fue una constante en las reivindicaciones del movimiento.

La Companyia d'Espectacles Green se unió a la huelga general. Yo seguí alzando la voz y diciendo lo que pensaba allí donde me dejaban. Finalmente había escogido bando, el obrero, y fui sincera conmigo misma. Gritar, opinar, ser, me parecía muy importante.

El 8 de abril reanudamos nuestra actividad en el Victoria. Nuestros temores no tenían fundamento y nos recibieron con los brazos abiertos. Habían perdido mucho dinero y querían llenar las butacas con una compañía afín a su público para evitar que los boicotearan, recuperar el tiempo perdido y, por qué no, ofrecer un entretenimiento que alejara las ideas revolucionarias de las mentes de la concurrencia.

Capítulo XXXIV

El horrible incidente que cambiaría la vida de Joan sucedió en julio. El infortunio tuvo lugar un caluroso domingo en el que Dolors y él paseaban, por suerte sin Miquelet, por la calle de Watt del barrio de Sants, una calle estrecha de edificios bajos. El sol apenas se había alzado y pocas almas circulaban aún. Joan solía decir que era una mañana resplandeciente, jovial, de las que pronostican sosiego y descanso. Según él, ambos caminaban cogidos de la mano hacia la panadería cuando un hombre, un asesino que nunca pudo ser identificado, se acercó a la pareja por detrás. Llevaba una pistola en el interior de la chaqueta y se detuvo a pocos metros de ellos.

De pronto Joan acarició la nuca de Dolors y acercó los labios de su mujer a los suyos. Fue un beso corto y repentino. A Dolors se le soltó un pendiente y ella se agachó

instintivamente para recogerlo del suelo, sin advertir al canalla que los acechaba. Joan avanzó un par de pasos y esperó a que ella lo cogiera. En ese mismo instante, el homicida sacó la pistola y apuntó a la espalda de Joan, pero justo en el momento en que el terrorista apretó el gatillo, Dolors se incorporó, interponiéndose entre su marido y el cañón del arma. La bala entró en el pecho de la mujer y se alojó en su interior, atrapada entre sus huesos.

Joan se giró y no alcanzó a sujetar el cuerpo de Dolors, que se desplomó. Él se agachó de inmediato y, desconcertado, sostuvo la cabeza de su mujer. Ciertamente, había oído el disparo, pero tardó unos segundos en comprender lo que había sucedido. Entonces levantó la vista para descubrir al asesino y vio a un hombre que huía corriendo a toda velocidad. Joan solo percibió un detalle: el villano destacaba por su excepcional altura. Joan volvió a dirigir la atención a su mujer, le tapó la herida con las manos al tiempo que le pedía que tuviera coraje. Sin embargo, Dolors no podía oírle, ni siquiera responderle, pues ya no pertenecía a este mundo.

Así es como mataron a Dolors. Aquella noche, Mercè me relató lo que Joan le había contado y, tiempo después, fue él mismo quien, una tarde de invierno, mientras estaba preparándome en mi camerino para salir a escena, abrió su alma y me contó lo que pasó.

Los detalles nos parecían irrelevantes, pues lo importante, lo horrible de la situación, era que una persona inocente

había muerto. A Mercè y a mí, la noticia nos cayó encima como un jarro de agua fría, estábamos demasiado agotadas para afrontar otra tragedia más. En Barcelona seguía habiendo huelgas puntuales, los escenarios continuaban siendo exigentes y el público nos regalaba tantas alegrías como disgustos. Fantaseábamos con irnos a París unos meses, pues la experiencia madrileña nos había encandilado.

Sonó el teléfono y lo cogió Mercè. Yo, que estaba sentada en el sofá, aparté la vista del libro que sostenía y la escuché preocupada porque por su tono parecía que algo grave había ocurrido.

En cuanto colgó, me contó que Joan estaba en comisaría, y decidimos presentarnos allí.

No intercambiamos palabra durante el trayecto y, al llegar a la comisaría, le esperamos fuera, presas de temores desenfrenados.

—Mercè, ¿y si hubiera sido él?

—Iban a por él, supongo. Pero ¿por qué?

—Qué sé yo, su papel en la huelga, los artículos en la *Soli* denunciando a hombres importantes... Puede que alguien la haya tomado con él y los esbirros de Portillo se hayan encargado de remediarlo.

—Solo podemos especular. Sinceramente, me extraña que

un pistolero trabaje solo, los de Portillo siempre van en manada. Si no han sido ellos, ¿quién puede ser el responsable?

—No lo sé, tal vez han contratado a un vulgar asesino a sueldo. Tengo miedo. No saber quién está detrás de...

Las puertas de la comisaría se abrieron. Joan salió abatido, con Miquelet en brazos. Se sorprendió al vernos, desvió levemente la mirada y nos la volvió a ofrecer, consciente de que necesitaba ayuda. Mercè cogió a Miquelet y yo a Joan, del brazo; sentía su vulnerabilidad y su temblor. Lo sostuve sin articular palabra.

Decidimos que ambos se refugiaran en nuestro piso. Joan necesitaba descansar. Quién sabía si el asesino podía esperarle de nuevo en los alrededores de su hogar. Él aceptó la decisión sin rechistar. De camino a casa por las calles del Distrito V, intenté hablar con él, pero su desgarró le impedía comunicarse con coherencia. No articulaba más que maldiciones e imprecaciones contra el asesino. En sus ojos inyectados en sangre se podía leer tanta furia como culpa.

Una vez en casa, Mercè fue a acostar a Miquelet mientras Joan y yo dábamos vueltas por la sala como animales en pena. Se sentó y yo intenté respetar su intimidad. ¿Cuál era mi lugar en aquella escena? Entonces me vino a la cabeza Tomás y las muchas veces que me había ofrecido su amistad. «Lo único que quiero ser es su amiga», pensé. Pero no, no

era cierto. Yo quería ser mucho más, así que volví a formular mis intenciones: «Lo único que puedo ser es su amiga».

Cerré los ojos y apreté los puños. Caminé un par de pasos y cuando calculé que me hallaba delante de él, los abrí. Joan se mostraba turbado y había abandonado su cuerpo a la forma del sofá. Me senté a su lado, le cogí la mano y él me observó desconcertado. Entonces le acaricié la mejilla y él esbozó una leve sonrisa, circunstancial, quizá de agradecimiento, quizá de incomodidad, que terminó en un tímido abrazo. Pronto dejó caer su peso sobre mí y yo noté que mi hombro se humedecía. Mercè volvió y los tres charlamos durante un rato.

Luego, Joan se retiró a la habitación donde descansaba el pequeño para encontrar un poco de tranquilidad. Mercè y yo permanecemos en la sala, extrañas en nuestra propia casa, lidiando con la pena y los fantasmas.

—Seguro que esto te está recordando a... A mí sí —le comenté, algo cohibida.

—Dios mío, el mundo es un lugar horrible.

—Lo sabes, ¿no? Sabes que estaré a tu lado en esto y en lo que venga. Incluso si te vuelves a enamorar.

Mercè sonrió, aunque sus ojos se humedecieron. A veces, conjugar los mismos verbos une más que los vínculos de sangre.

Muchísima gente acudió al entierro de Dolors, que se celebró en la zona libre de Montjuïc. Decenas de amigos de la pareja y de Joan, sus hermanos, dirigentes y cargos de la CNT, incluso el mismo Seguí, presentaron sus respetos. Cercana pero discreta, contemplé la ceremonia con el objetivo de acompañarle, consciente de que nadie me había dado vela en aquel entierro. Una vez sepultada y mientras Mercè hacía las veces de anfitriona junto con los hermanos de Joan, me escapé a la tumba de María, que no se encontraba lejos.

El calor era agobiante y la angustia que me producía todo lo vivido aquel día no ayudaba a pensar con claridad. Me postré delante del nicho de mi hermana. Deseaba hablarle como lo hacía Mercè, contarle las excelencias de mi vida, el éxito y los aplausos, que todo marchaba a la perfección. ¿De qué habría servido mentir en una conversación ilusoria? Aquel no era lugar para los teatrillos. Por primera vez en mucho tiempo, el sabor de la sangre volvió a mi paladar y, con él, algo se movió en mis tripas y subió hasta la garganta. Ardía. No pude contenerme:

—María, ahora mismo te odio. No lo entiendo, de verdad, no lo entiendo. ¿Por qué no luchaste con más coraje contra la maldita gripe? ¿Por qué? ¿Cómo te atreviste a abandonarme y a dejarme sin derecho a réplica? No es justo, hermana, no es justo. Si me obsesioné con ayudarte a medrar o con hacerlo yo misma, lo hice porque me dio la gana y ahora no puedes quitarme esa libertad, tú no.

Nacimos hermanas para estar una al lado de la otra, velando por nuestras vidas y no separadas por la maldita muerte.

Me tomé unos instantes para respirar y me levanté avergonzada de mi arretrato. Sin embargo, mi incontinencia verbal era imparable.

—Dolors fue víctima de la misma tiranía que te violó y hoy me siento más indefensa que nunca, más cobarde si cabe, porque no pude evitar que te forzaran ni vender mi cuerpo ni necesitar el cobijo de un hombre para triunfar. Me sublevé contra mí misma y al final lo logré sola, contigo, con los miembros de la compañía, pero me siento impotente porque acabo de tomar conciencia de que por mucho que luche, vivimos para terminar obedeciendo a un patrón para el que no existe trato ni negociación, y del que nunca escaparemos: la muerte. Al menos, ni Dolors ni tú pudisteis.

Respiré hondo y dejé caer alguna lágrima. Conseguí serenarme e imaginé una respuesta de María, construida en mi mente pero tan real como si estuviera viva.

—Cálmate, te estás comportando como una cría. No estás sola, tienes a muchas personas a tu alrededor. Tú estás viva, aprovéchalo. Sigue volando porque sin personas como tú el mundo no se librará de esta decadencia. Ah, y Joan volverá a ser tuyo. Necesitaréis un poco de tiempo, pero esta vez no lo dejes escapar, porque un día morirás y solo pensarás en los abrazos que no has dado.

Caminé despacio hacia la tumba de Dolors. Solo quedaban Joan, Mercè y unos pocos conocidos. Me acerqué a él y por fin pude hablarle, aventurar unas palabras de consuelo que sonaban yermas, pero que buscaban acariciar su alma. Embargado por la tristeza, Joan apenas reaccionaba. Mercè se escapó entonces para visitar a María y yo consolé a Joan acariciando su dolor con una mano y el mío con la otra.

Una vez en casa, Joan parecía herido y enjaulado en su propia desdicha. Respondió a Mercè de malas maneras en un par de ocasiones, seguramente guiado por el dolor y no por la intención de tratarla mal. La pena nos vuelve irracionales, incoherentes, incluso tiranos. Así que le sugerí que saliera a dar un paseo, que visitara a sus compañeros, que compartiera una o cien cervezas si lo necesitaba. Él aceptó, más por supervivencia que por voluntad. Se despidió de su hijo y se fue.

Aquella misma tarde llegó una buena noticia. Nos llamaron del ayuntamiento para comunicarnos que nos habían concedido el permiso para construir el teatro María Romero y nos dijeron que podíamos pasar a recoger la documentación. Tomás había terminado el proyecto a finales de la primavera anterior y lo había presentado acompañado de un aguinaldo cuantioso que agilizó el proceso. Le llamé para contárselo y recibió las nuevas con entusiasmo. Desde el otro lado del teléfono calculó y estipuló que a finales de octubre podríamos comenzar la construcción. Yo no tenía el cuerpo para celebraciones, pero

estaba contenta: ¡el nombre de María perduraría durante décadas!

Cuando Miquel se despertó, nos entretuvimos jugando con él. Sin quererlo, inundó la casa de sonrisas, con su espontaneidad guerrera e inconformista. Si veía un objeto que le llamaba la atención no se detenía hasta palparlo, para luego entregarse a otro estímulo. Si mi madre nos hubiera visto, no sé qué habría pensado: ¡dos mujeres en edad adulta que no sabían muy bien qué hacer con un bebé! Miquelet gateaba y, al acercarse a la mesita de los sofás, ponía su empeño en sostenerse sobre sus dos piernas valiéndose del apoyo del mueble. A veces lo conseguía, otras se caía de culo. Nos divertía su curiosidad por descubrir el mundo.

Joan no apareció aquella noche por casa. Tampoco las siete que siguieron. No voy a entretenerme en relatar la preocupación y el enfado que sufrimos Mercè y yo. Preguntamos a amigos, a la policía, buscamos en los hospitales. No me atrevía a imaginar el motivo de su conducta, no podía saber si buscaba venganza o yacía sobre el asfalto con una bala en la sien. Habían intentado matarlo una vez, ¿qué les impedía volver a atentar contra él?

Días después, al fin volvió. Olía a alcohol y a tabaco, parecía derrotado, se le veía delgado y ojeroso. Tenía varios moratones en la cara y la camisa rota. Su semblante hablaba de los estados por los que había transitado su alma, por eso no le eché toda la caballería encima. Sin embargo, lo

molimos a preguntas que él respondió con evasivas, escuetamente. Venía a por Miquelet, dijo, no a dar explicaciones.

—Pero, Joan, ¿quién se quedará con Miquel cuando vayas a trabajar? —le preguntó Mercè.

—Hace siete días que no he aparecido por la fábrica y me han echado. Yo me ocuparé de él.

Y sin tomar en consideración nuestra buena voluntad, cogió a Miquelet en brazos y se marchó. Nos dejó con la palabra en la boca y el desconcierto reflejado en el rostro. Enojada, le dediqué una serie de improperios que Mercè frenó con dulzura.

—Dale tiempo, acaba de perder a su mujer. Está vivo y no ha hecho ninguna locura, eso es suficiente para mí. Sé paciente, Francisca.

Mercè se apartó los rizos de la cara y volvió al comedor. Ella entendía el dolor de Joan y yo trataba de sumarme a su comprensión, aunque no sabía cómo ayudarle ni si debía intervenir siquiera. Qué sensación tan horrible, permanecer al lado de un ser sangrante y no tener aguja e hilo para coser sus pesares.

Decidí no preocuparme por su desaparición y comprendí que no debía sucumbir a su desdicha. Ya que nada podía hacer para ayudarle, debía centrarme en mis cometidos. Por

eso decidí convocar a toda la compañía en el London, ¡aún no habíamos festejado la noticia del teatro!

Lo pasamos bien. Acudieron Tomás, Guillem, Andreu, Cinta, Mercè, Ricard... y otros miembros y amigos de la compañía. Nos reímos al recordar anécdotas desternillantes de nuestros inexpertos inicios y brindamos por mi tozudez, por el teatro María Romero y por un sinfín de cosas más. Mercè se esforzó por mantener la sonrisa y no consumirse en sus pensamientos. Entre loas y promesas, se gestó una idea: debíamos representar *El sueño de una noche de verano*. La compañía nunca había representado a Shakespeare y yo, simplemente, amaba aquella obra. Quizá había llegado el momento de dejar la ambición a un lado y empezar a disfrutar del teatro, de cada función, de la vida que había logrado construir.

Agosto fue un mes atareado. Detuvimos el ritmo de las funciones y preparamos nuevos títulos para la temporada otoñal. Libretos, ensayos, preparativos. La compañía ya contaba con una sólida experiencia y muchas decisiones se tomaban sin previo debate.

Yo dedicaba un par de mañanas a la semana a cuidar a Miquelet. Iba a su casa antes de que Joan se fuera a trabajar. Le readmitieron después de que se personara en la fábrica y pidiera disculpas. Él, educado y distante, me agradecía las visitas, me preguntaba por mi trabajo y, siempre que tenía ocasión, dejaba claro que no necesitaba mi ayuda. Miquelet

empezó a decir la palabra «mamá», cosa que causó algún que otro revuelo, primero porque se lo decía básicamente a Mercè, segundo porque nos recordaba la ausencia de Dolors y tercero porque el nombre de la difunta se había convertido en un tabú para Joan. Intenté charlar con él, pero Joan se mantenía enrocado en su encierro. Se limitaba a trabajar y a cuidar del pequeño en silencio, como si se hubiera perdido en un bosque de lamentos y soledad.

En septiembre estrenamos temporada y me volqué de nuevo en el teatro. Yo seguía cuidando de vez en cuando de Miquelet, quizá porque me despertaba un instinto maternal que no había experimentado hasta el momento, quizá porque era lo único que podía hacer para ayudar a Joan. Volví a una rutina que ya me resultaba familiar y que amaba con locura. Dormir poco, negociar funciones, ensayar, controlar todos los detalles, maquillaje, vestuario, nervios, problemas de último momento, bambalinas, esperar el cierre de puertas, oír las cuerdas del telón pasar por los raíles, salir a escena, reír, llorar, cantar, abofetear, amar, odiar, incluso morir en menos de hora y media, terminar, disfrutar de los aplausos y los comentarios, saludar, volver al camerino, cambiarme de vestuario, olvidarme de la princesa que acababa de encarnar y convertirme en una burguesa cortada por el patrón de Rusiñol, subir de nuevo al entarimado, respirar hondo, sonreír al aire, bambalinas, telón, luces, primeras palabras declamadas mientras el público se olvidaba de las miserias, aplausos, camerino,

cambio de ropa, maquillaje, agotamiento, desear mi cama, alcanzarla, descansar poco, levantarme con el ruido del teléfono, responder a Tomás, «¿Dónde estás?», y darme cuenta de que llego tarde a una reunión.

A mediados de octubre colocamos la primera piedra sobre los cimientos que debían soportar el teatro María Romero. Tomás propuso que nos reuniéramos con la compañía para festejar juntos el inicio de las obras. Sería un acto simbólico con amigos y conocidos. Debíamos celebrar el triunfo. Sin embargo, un pinchazo en mi interior se oponía a su idea. Le hablé de mis reticencias, y Tomás, al final, respetó mi voluntad y me hizo una contraoferta.

—Está bien, de acuerdo, pero por lo menos vayamos tú y yo.

Transcurridas tres tardes, nos encontramos en el solar, situado delante de La Canadiense. Yo estaba expectante, no acababa de comprender en qué consistiría la ceremonia. Allí de pie, de cara a la parcela, en nuestro pequeño ritual imperaba el silencio, pero no pude mantenerlo mucho rato.

—Tomás, ¿qué tenemos que hacer?

—Ah, claro, tienes razón.

Él se acercó a la valla de la obra y pidió al capataz que procediera. Decidimos observar el momento sin apenas decir nada. Yo quería dedicarle el acto a María y supongo que

él andaría inmerso en uno de sus desvaríos. Un señor entrado en años cogió un ladrillo y lo situó en uno de los extremos de la parcela. Acto seguido, miró a Tomás, lo que puso en evidencia la ridiculez de aquel instante, y con la mirada le pidió si podía seguir con su trabajo. Mi amigo asintió y dimos por terminado el acto.

—Mira lo que has conseguido.

—No, Tomás. Si quieres miraré lo que hemos conseguido.

No entendía si la ceremonia había finalizado y ya podía irme. La escena me incomodaba y no acababa de comprender por qué. Tomás despertaba en mí una sensación, aquella inquietud indescriptible que yo sentía cuando él estaba a punto de meter la pata. Y, sin dejar de mirar la obra, finalmente habló.

—Francisca. Creo que me he equivocado por completo. — De repente clavó sus ojos en los míos—. Creo que he sido un cobarde y un iluso. Creo que tengo que decirte que...

—Tomás, por favor. No lo digas.

Observé el horizonte que la avenida me ofrecía deseando que se callara, pero Tomás, tomándome por los hombros, me obligó a mirarlo de frente.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó—, ¿no vas a dejar ni que te lo diga?

—No, no quiero oírlo, no quiero saberlo.

—Eres una desagradecida —dijo mientras se cubría la cara con las manos—. No te entiendo.

—¿Sabes una cosa? No merece la pena ni que te lo explique.

Fijé la mirada en sus manos que seguían sosteniendo mis hombros y él se dio cuenta de que debía soltarme. Me disponía a huir de allí, pero Tomás no dio su brazo a torcer:

—Pues deberías, porque no lo entiendo. Y escúchame bien, si no me dejas decirlo, te quedas sin teatro. Paralizaré las obras y todo se acabará, ¿estamos?

Le di la espalda y caminé por el Paralelo en dirección contraria a sus demandas. Él pronunciaba mi nombre una y otra vez, pero sus palabras eran para mí como el murmullo del viento que anuncia tempestad.

Y, fiel a su linaje, Tomás volvió a enterrar sus sentimientos en el fondo de su apellido.

Capítulo XXXV

Por mucho que se cumplan y se conviertan en la copia perfecta de lo que imaginamos, los deseos siempre nos traicionan. Y es que emanan de las entrañas y estas tienen demasiados recovecos donde esconder las verdaderas intenciones de nuestras motivaciones. Escribo estas palabras porque en este despacho, ahora que ha vuelto a anochecer, me siento traicionada. Nunca pensé que viviría días como el de ayer o como el de hoy, ni que me arrepentiría de haberle ocultado a Joan algunos de los capítulos más importantes de mi vida.

Bailábamos por los estertores de octubre de 1919 cuando por fin mostramos al público nuestra versión de *El sueño de una noche de verano*. Años atrás, qué digo, meses atrás, la hubiera afrontado con ilusión. No obstante, la melancolía se sentó a mi lado de nuevo, sin avisar, con la impunidad de las

viejas amigas. ¿Cuándo volví a perderme en el bosque? ¿En qué momento me había convertido en víctima de los juegos de las hadas?

Estaba aplicándome el colorete sobre los pómulos cuando llamaron a la puerta del camerino. Fueron dos golpes secos a los que respondí con un insulso «Adelante». Entró Raquel Meller, bella como nunca, con un vestido azul ceñido, un collar de perlitas y el pelo recogido coronando su estiloso andar. Sonreía, cómo no.

—Hola, Francisca. He venido a desearte suerte. Pocas veces tengo la oportunidad de disfrutar de ti y de tus funciones. Ya sabes, si tú ocupas un escenario yo ocupo el de al lado.

—Hola, querida, ¡qué sorpresa verte! No te esperaba.

—No quiero entretenerte, veo que estás acabando de prepararte.

—No, Raquel, por favor, quédate unos minutos, ya que has bajado hasta las catacumbas...

Raquel se acercó y se sentó en la silla contigua a la mía, enfrente del espejo. Delante, tenía el tocador y unos botes de maquillaje desordenados; detrás, el camerino más caótico que pueda imaginarse. Sentí cierta vergüenza, pero obvié los miramientos e inicié la conversación.

—No sé si te lo he contado alguna vez, pero yo asistí a una de tus funciones poco después de tu debut en el Arnau. Fue tal mi fascinación que aquel día decidí cuál sería mi camino y quién mi modelo a seguir.

—Siempre me hablas con admiración y te lo agradezco, pero a estas alturas lo habrás entendido ya: las artistas somos demasiado humanas para que nos consideren diosas.

—¿Estás segura de eso? A veces no sé si somos humanas o marionetas.

—¿Por qué dices eso?

Acababa de hacerme un pequeño estropicio en la cara con el colorete.

Sin pedirme permiso siquiera, tomó un pañuelo que había sobre la mesita, me cogió la barbilla con la mano izquierda y me limpió un poco la mejilla con la otra. Por eso tardé unos segundos en responderle.

—Lo decía porque este año me han llamado traidora y, a la vez, defensora de la causa obrera. Comencé el año actuando en las Ramblas y casi construyo un teatro en el Paralelo. Si mi vida no la mueve un titiritero, ya me dirás quién lo hace.

—No esperes de mí un consejo, no te lo daré.

Raquel dio por terminada su intervención y me soltó la

barbilla. Dejó el pañuelo sobre el tocador y observó su reflejo en el espejo. Cuando tomé la palabra, me volvió a prestar atención:

—Y yo te lo agradezco, parece que todo el mundo siente la necesidad de decirme lo que tengo que hacer.

—Creo que eso está incluido en el sueldo, querida.

—Me gustaría hablar contigo más a menudo. Creo que eres una de las pocas personas que me entiende.

Raquel se levantó y me dio un beso en la mejilla.

—Y no seas tan dura contigo misma, amiga mía. Si no fueras un ser complejo, no habrías llegado tan arriba.

La vedete, una de las más grandes que jamás ha cantado en el país, la cantante, la actriz, dejó el camerino mientras yo acababa de retocarme. Quizá fue sentir su presencia en el patio de butacas lo que me animó, el caso es que salí al escenario con ganas de comerme el mundo.

Mis desventuras con Joan terminaron una mañana, dos o tres días después de mi encuentro con Raquel. Mercè había cocinado pollo y le llevé una ración a Joan. Seguía visitándole un par de veces por semana para ayudarle con Miquelet, a quien yo adoraba. Llamé a la puerta y Joan me saludó de mala gana. ¿Mi sensación? Hacía días que notaba que mi presencia le alteraba. Dejé la bolsa en la cocina y vi que

Mercè había puesto también algunas naranjas. Ella nunca recordaba que él no las soportaba, así que no las saqué. En un momento dado, sentí hambre y me fui a la cocina para comerme una, pues no quería molestar a Joan. De pronto, él apareció y al pasmo inicial le siguió el enfado. Sus labios luchaban por no soltar cualquier improperio. Yo estaba tirando la piel a la basura mientras masticaba un gajo. No pude contenerme.

—¿Te pasa algo? —le pregunté.

Deseaba huir, las señales que observaba me alertaban de que aquella no sería una travesía calmada. Joan se mantuvo en actitud desafiante para luego suspirar y responder:

—Nada, que no me gusta que se coman naranjas en esta casa. Ya sabes...

—No te gusta que se coman naranjas en tu casa o no quieres que yo coma naranjas en tu casa.

Mi agresiva respuesta se anticipó a lo que estaba a punto de ocurrir. Él desvió la atención e inspiró, supongo que para reflexionar brevemente. Y, fiel a su estilo, respondió con una pregunta:

—Francisca, ¿qué haces aquí?

—Traerte comida.

Me fijé un poco más en él. Parecía que había descansado un poco, las ojeras habían desaparecido y las mejillas habían recuperado el color. El pelo desaliñado, en cambio, ese detalle tan propio de Joan, no había cambiado desde que lo conocí. Mientras recapacitaba, me zampé otro gajo. Yo deseaba que no ejerciera su derecho de réplica, pero lo hizo.

—Me refiero a por qué vienes, por qué me ayudas, por qué te empeñas en sonreírme a pesar de que mis modales dejan mucho que desear. ¿Por qué finges que eso es lo más normal del mundo? Tu lugar es el teatro.

Tragué con celeridad y le aparté de mi camino para salir de la cocina. Quería poner de manifiesto mi disgusto. Evité en todo momento el contacto visual a sabiendas de que eso lo sacaría de sus casillas. Me dirigí a la sala para recoger el abrigo, que descansaba sobre la mesa, y me lo puse. Él me siguió, primero con sus pupilas, luego con su cuerpo y finalmente con sus palabras.

—¿Qué sucede? ¿Qué he dicho? Sabes que tengo razón.

—Eres un desagradecido. Me voy, que llego tarde al teatro.

Me dirigí a la puerta y la cerré con un sonoro portazo. Bajé las escaleras de dos en dos y, una vez en la calle, estuve vagando para no pensar, conteniendo los sentimientos que me despertaban su idiotez y mi tozudez. Estaba agotada de lidiar, de demostrar, de esperar. Mientras deambulaba,

perdí la cuenta de las horas que habían pasado. Cuando tomé conciencia de que había transcurrido mucho más tiempo del que yo creía, deduje por la caída del sol que debía de ser media tarde. Tenía que apresurarme, de lo contrario la primera función comenzaría sin mí. Crucé las calles que me separaban de la plaza de Espanya, donde tomé el 27. Ni siquiera me senté, mi mal cuerpo no me lo permitió.

Entré en el teatro a toda prisa. Mercè me recibió alterada, el público ya estaba sentado en las butacas y yo tenía poco más de diez minutos para vestirme y maquillarme. Me lo decía mientras enfilábamos el pasillo que separaba la recepción de mercancías de los camerinos, donde nos cruzamos con Guillem. Me encantaba cómo le quedaban el sombrero de copa y el frac rojo. Cuando replanteamos el espectáculo y él escogió aquellos ropajes, no me convencían, pues temía que aquello pareciera un circo. Pero resultó, él jugaba con una extravagancia que sumaba.

—¿Estás bien? —me preguntó Guillem—. Jamás te he visto llegar tarde.

—Sí, perdona, es que...

—Nada, empezaremos con otro número, no te preocupes, ahora hablo con las chicas. Tú date prisa y prepárate.

Me besó levemente la mejilla y siguió su camino. Mercè odiaba los contratiempos, y lo demostraba resoplando.

Cuando entramos en el camerino, yo dejé el abrigo sobre el sofá y ella me indicó qué debía ponerme.

—Aquí tienes las medias de rejilla nuevas. Colócatelas con cuidado, se rompen con facilidad. Hoy he elegido la falda roja y negra. No, esa no, la nueva, la de volantes. Esa. Te queda fenomenal. Ah, sí, y el corsé rojo, si te parece. Será una gran combinación.

Obedecí. Confiaba en ella y no teníamos tiempo para debatir el vestuario. Me quité la falda y los calcetines. Los dejé sobre el abrigo mientras empezaba a ponerme las medias. Mercè colgó la ropa que yo llevaba puesta para que no se arrugara, se lo agradecí mientras me subía la falda que ella había escogido para el espectáculo. Cuando estaba abrochándome el botón trasero, escuché una voz nerviosa que provenía de la puerta.

—No soy un desagradecido. Sabes que tengo razón. ¿Por qué me dices eso?

Ambas nos dimos media vuelta y vimos a Joan, que entró en el camerino sin pedir permiso.

—Tengo mucha suerte de teneros a mi lado. A las dos. Sois mi familia. No sé qué hubiera hecho sin vosotras. Eso es lo que pienso.

Mercè me miró. Sus pupilas me advertían: «No tienes tiempo para esto». Le di la razón moviendo la cabeza

afirmativamente. Ella se limitó a coger los guantes y a dejarlos sobre el tocador.

—Joan, salgo a escena en breve. Ahora no puedo...

—Me da igual, puedo hablar contigo mientras te cambias.

Mercè sonrió y se dirigió a la puerta, le dio una palmadita en la espalda a su primo y nos dejó solos. Joan lanzó su chaqueta sobre la mesa y se quedó de pie, mirándome sin articular palabra.

—Joan, por favor, no vuelvas a hacer lo de siempre, por favor.

—¿Hacer qué, Francisca? ¿Qué es lo que hago, que tanto te molesta?

—Tratar de alejarme de tu lado, mostrarme tu peor cara para que te odie y te deje en paz, ignorarme para no enfrentarte a lo que sientes.

—Así que es por mi culpa, ¿no? Me has abandonado dos veces y las dos ha sido por mi culpa.

—Tengo que ponerme el corsé.

Con la mano le indiqué que se diera media vuelta, no me apetecía discutir medio desnuda. Él obedeció y yo pasé los brazos por las mangas. Necesitaba que me lo abrochara, se

lo pedí y accedió. Se acercó, tímido, y se detuvo unos segundos para analizar lo que debía de parecerle la más complicada obra de ingeniería.

—Tienes que apretar las cintas por la parte de abajo hasta que se ajuste a mi torso. Luego lo anudas.

—De acuerdo.

Comenzó a presionar con calma y tacto, quizá por miedo a hacerme daño, quizá por la sensibilidad que requería nuestra conversación.

—Sí, me fui. Pero tú nunca has venido a buscarme — proseguí.

Que mi pecho estallara era una opción plausible, y no precisamente a causa del corsé.

—¿Por qué debería haberlo hecho? Dime, ¿por qué? ¿Acaso crees que los hombres deben bailar al son de tus pasos? —Cambió el tono—: ¿Está bien así? ¿Tiro más de las cintas?

—¿Que por qué? Porque cuando me echaste a patadas de tu lado para luego darte cuenta de que me amabas, podrías haber intentado recuperarme. Y, bueno, puedes apretarlas un poco más y después las anudas, por favor.

Ambos callamos. Yo no sabía si abofetearle o acariciarle.

Sentía sus brazos en mi espalda, su aliento cerca de mi cuello, su alma latiendo.

—No me manipules, yo soy un hombre sencillo. Ni soy artista, ni tengo dinero ni sé hablar de literatura.

—Lo mismo puedo decir yo. No soy tu madre ni el tipo de mujer que deseabas cuando nos conocimos. Soy consciente de que he cometido millones de errores, pero nada puedo hacer para remediarlo. Cúlpame de cuanto quieras si eso te ayuda, pero nunca me culpes de ser quien soy.

—No es eso. No, siempre haces lo mismo. Yo no sé hablar como tú, no sé convertir mi vida en una bella historia. No eres mala. Pero hace diez años que nos conocemos y seguimos aquí, peleándonos.

Joan terminó de abrocharme el corsé, se apartó y se sentó en el sofá. Noté que estaba despeinada y nada me importaba menos, aun así me arreglé el pelo con la mano derecha, como si este movimiento me concediera una pausa para pensar, y acto seguido me senté delante del tocador. A través del espejo observé que él cerraba los párpados. Quería darle tiempo, pero el tiempo se había escapado de nuestra historia con una crueldad que ahora me apremiaba.

—Sé que te crees responsable de la muerte de Dolors, que en el fondo de tu ser sientes que también te ha abandonado, y puedes dedicar todo el tiempo que necesites para llorar su

muerte. Pero si después de todos estos años aún estamos aquí, discutiendo, será que la vida nos está obligando a entendernos, ¿no lo crees?

Cogí una especie de corona con plumas que no era santo de mi devoción. Nunca me gustaron los atuendos que parecían sacados de un corral, pero ya lo dijo Guillem, todo por y para el teatro. Así que me la coloqué en la cabeza a modo de diadema y escogí un cepillo para alisarme el pelo sin dejar de mirarle. Finalmente él reaccionó.

—Yo te diría que te quiero, claro que te quiero. —No me miró a los ojos—. Si no lo hiciera no... Te podría decir que te quiero mucho más de lo que he querido a Dolors, y eso hace que me sienta como un monstruo.

Qué clase de persona dice esas cosas cuando su mujer acaba de morir. Cuando ella... Mercè me prohibió que me vengara, que me convirtiera en un loco con sed de sangre, pero no pensaba hacerlo, no dejaré a Miquelet sin madre y sin padre. Francisca, yo no formo parte de tu mundo, de tus fiestas, de tus joyas.

—Ni yo de tus asambleas.

—¿Lo ves? Hace poco más de tres meses que mi mujer ha muerto y aquí estoy, con ganas de besarte y al mismo tiempo de que desaparezcas de mi vida para siempre. Soy un monstruo.

No pude contenerme. Me levanté y me aproximé como si la cercanía dotara a mis razones de más peso.

—¿Cómo puedo hacerte entender que Dolors no murió por tu culpa? Que tampoco es culpa tuya que el mundo sea como es, ni que haya tanta injusticia, ni que haya guerras, que tampoco debes sentirte responsable de la muerte de tu madre.

Dejé caer mi peso en la silla y me quedé paralizada, mirándome en el espejo como si hubiera descubierto la existencia de Dios. La puerta se abrió y apareció Guillem, que me pidió que espabilara con una tensa calma. Entonces me percaté, a lo lejos se oía a los músicos interpretar una canción del espectáculo. Guillem inspeccionó el camerino y encontró a Joan en el sofá. Suspiró y me comentó que intentaría dilatar cinco minutos más mi salida a escena.

—Francisca, has escogido un mal día para esto —dijo señalando la habitación—. Hoy tenemos un público difícil. Por favor, date prisa.

Le prometí que iría en un minuto, me sonrió y cerró la puerta. La rabia me consumía. Me giré para hablar a Joan cara a cara.

—¿De verdad crees que me importan las fiestas y los vestidos? Son solo privilegios de este mundo. Lo único que valoro es el poder que tengo. Quiero decir que no respondo

ante nadie, pocos pueden hacerme daño ya. Sí, formo parte de un circo, pero un circo que me respeta. Y no, no podría renunciar a eso.

Giré de nuevo la silla y tomé el bote del colorete. Cogí la esponja, abrí la tapa y apliqué el maquillaje sobre mis pómulos.

—¿Y qué quieres que te diga? A veces parece que no soy suficiente hombre para ti. Siento que me pides lo que no puedo darte o que quieres que me convierta en otra persona. Me abrumas.

Dejé el bote y saqué la tapa del pintalabios. Sentía que me pintaba sin orden, sin prestar atención al resultado. Podía ceder, decirle lo que deseaba oír y provocar otro distanciamiento, quizá para siempre, pero si había habido una constante en mi vida era que, a pesar de las dificultades y de que en algunos momentos me dejé llevar por el lado oscuro de mi voluntad, jamás me rendí del todo, siempre tuve claro que tomaba la dirección que me llevaría a buen puerto. Ante todo, debía ser fiel a mí misma. Y en aquel momento, sabía que debíamos viajar en el mismo barco.

—Estoy harta. Harta de que me digan quién soy, de que me digan cómo debo comportarme por ser una mujer, una actriz, una vedete. Que me repitan de las maneras más desagradables cuál es mi lugar. Harta. No me lo hagas tú también. Luchas por la revolución pero tú mismo te

infravaloras. Me es indiferente el dinero que tengas o lo que leas, ¿no lo entiendes? Yo también hago lo que puedo. Me hastían los bandos, los grupos, el odio. En mi casa quiero paz y te quiero a ti a mi lado. Actúo porque es lo único que sé hacer. Actúo porque es mi manera de luchar contra mi oscuridad. Lo único que siempre he querido de ti es que seas mi compañero.

—Todo lo que dices parece sacado de uno de esos autores que tanto te gustan. Hablas, hablas y parece que lo que dices tiene sentido. Pero, dime, qué debo hacer, ¿olvidarme de Dolors sin más? ¿Abandonarás el teatro por mí? ¿O debo acompañarte a fiestas y tú a mí a mis asambleas? No soporto la idea de que te vuelvas a ir de mi lado. Cada vez que recuerdo lo que es echarte de menos enfermo, me ahogo, quiero morir. Acabo de enviudar. No es justo. Nada de esto es justo. No es justo que Miquel se haya quedado sin madre.

Respiré hondo y sonreí al aire. Llevé a cabo el protocolo de relajación de Ramón con una efectividad digna de una maestra experimentada en situaciones abruptas. Cogí el delineador y antes de proceder, le respondí:

—Está bien, si eso es lo que quieres, si quieres que volvamos a poner tierra entre nosotros, lo aceptaré. Pero qué sé yo, Joan, qué sé yo. Quizá no sea sano, pero te quiero. ¿Sabes? Siempre me preguntan por qué no escribo teatro, por qué solo escribo cuplés. —Me miró desconcertado—. Sí, escribo cuplés porque solo sé escribir sobre lo que me

sucede. Si me volcara en la creación de una obra solo podría explicar una historia, la mía, la de una niña que llega a Barcelona y consigue convertirse en actriz, una niña que conoce a un anarquista del que se enamora y ambos cometen tantos errores que no pueden contarse con los dedos de las manos. —Seguí hablando mientras me retocaba los ojos. Me miraba en el espejo y me sentía demasiado disfrazada para la escena que ambos interpretábamos—: Pero él se casa y no se ven en mucho tiempo. Y cuando están uno delante del otro, justo en el momento en que sus miradas se cruzan y él esboza aquella sonrisa tan suya, ella lo entiende, se cansó de luchar contra ese sentimiento. Porque a pesar de los pesares y del tiempo en que estuvieron separados, ese sentimiento no desaparece. Y es horrible, porque ella no acepta que le necesita y odia esa necesidad. Y cuando se alejan de esa intimidad y se percatan de todo lo que les separa, ni siquiera saben por dónde empezar. Y todo pese a que ella ha asumido que podría ser una madre para Miquelet, no por su anarquista, sino por el niño.

—Cállate, por favor, cállate.

Estaba lista para salir a escena. Dejé de reflejarme en el espejo e hice girar la silla. Nos quedamos de nuevo cara a cara. Quizá él tuviera razón. Quizá debíamos abandonarnos, convertirnos en dos desconocidos que, si se cruzan por la calle, se saludan apresuradamente como signo de educación. Pero ya se sabe, los héroes de las tragicomedias nunca aceptan un no por respuesta.

—No, mi protagonista nunca se calla y se da cuenta de las cosas demasiado tarde. Porque, cerca del final, entiende que en algún momento se rindió al desamor entre ella y el anarquista. Aceptó que aquel amor no iba a prosperar, que debía arrancarlo de su corazón. Y en la escena final, en la que intenta recuperar a su hombre, le dice que se vuelve a rendir. Pero que esta vez capitula ante su amor, aunque oye voces en su interior que le gritan que no debe hacerlo. Sabe que lograrlo es la única opción posible. —Me levanté de la silla—. Quieres que nos olvidemos el uno del otro, de acuerdo. Pero seguiremos dando vueltas a los mismos errores y continuaremos sometidos a la misma mentira, porque si te detienes a pensarlo, somos dos personas que no se rinden ante nada ni ante nadie. Con una sola excepción, Joan, el amor. En el amor somos los dos unos auténticos desertores.

Se acabó el tiempo. Guillem volvió a abrir la puerta.

—Francisca, cariño, ¿estás lista?

—Sí, vamos.

Me acerqué un segundo a Joan, le di un corto beso en los labios y seguí a Guillem, cuyos nervios parecían algo desbocados.

—Tengo a Marta sobre el escenario cantando la nana picante y al resto de chicas cambiándose para sus números. He invertido diez minutos en contar chistes malos sobre el

gobierno, los patronos y los alemanes. Necesitamos levantar esto, Francisca. Los músicos ya están avisados. Vamos con «El anarquista».

Avanzábamos por el pasillo.

—No, por Dios, es la última canción que me apetece cantar ahora mismo.

—Lo siento, cariño, pero si te detienes a pensar un segundo y recapacitas sobre lo que acabo de decirte, sabes que esa es la mejor solución y la cantarás.

—Te odio —le dije con una sonrisa.

Desde las bambalinas oímos los aplausos, Marta había terminado su número, saludaba y se retiraba caminando hacia donde estábamos nosotros. Guillem salió para presentarme y se encontraron en medio del escenario. Más aplausos. Al pasar por mi lado, Marta me saludó efusivamente, impulsada por la energía que te regala un número exitoso. Oí mi nombre: María Green. Guillem se giró, se hizo a un lado y el piano empezó a sonar. Subí el último peldaño y avancé hacia el centro de la tarima. Por aquella época, me aplaudían antes incluso de empezar a cantar. Las luces me deslumbraron levemente, alcé la mirada y contemplé la sala llena a rebosar. Había entregado hasta el más pequeño pedazo de mi ser para lograr que aquella fuera mi vida, para que Francisca y María Green trabajaran

conjuntamente por una ilusión, una esperanza, para que no se avergonzaran la una de la otra.

Mis brazos bailaron con el aire al compás de las notas que indicaban que tenía que empezar a interpretar los primeros versos. Las palabras fluían de mi boca con la simplicidad de quien canta desde el corazón. Y cuando terminó la primera estrofa, miré entre las bambalinas. Allí estaba Joan, observándome con atención. ¿Qué sintió en aquel momento? ¿En qué estaría pensando? Me hubiera gustado preguntárselo. Nunca lo hice. Su presencia me dio fuerzas, la canción se elevó más allá de la luna. Mi voz se expandía con una potencia inaudita. Mi cuerpo se unió a la música, a las luces, a las palabras, al anarquista. Hacía el amor con la canción, con la platea, con Joan, que seguía allí de pie, observando a su Francisca recién llegada a Barcelona y a la artista en la que se había convertido.

El público abandonó su desidia y se entregó a mi arte. Se emocionaron conmigo, siguieron mis gestos y mis dobles intenciones. Al acabar la canción, hubo aplausos y ovaciones, pero Joan ya no estaba. Saludé al público y bajé del escenario apresuradamente. Tampoco lo encontré en mi camerino. No había tiempo para preguntas, debía cambiarme.

Cuando Guillem despidió el espectáculo tras el número final, corrí a quitarme el disfraz. Me vestí con mi ropa y salí a la calle pensando en mi anarquista. Ya no dependía de mí. Me dirigí a casa caminando, la ciudad daba la bienvenida al

frío y a las manos heladas, y sentí que el peso que me irritaba los ojos y el alma se había aliviado gracias a la sinceridad que me había permitido en nuestra conversación. Sí, por fin, la angustia que había arrastrado durante demasiado tiempo me había abandonado, como mi hermana, como mi madre, como la niña estúpida que fui, para siempre.

Y la Francisca del momento, la mujer, la actriz, sentía paz.

Dos semanas se esfumaron con la levedad de quien no espera grandes gestas. Aquel día tuve función de tarde. Cuando volví a casa, una pequeña espinita me prendía en la melancolía de los mundos oníricos. Delirios de artista. Necesitaba aire para respirar las emociones que recorrían mi cuerpo, así que subí a la azotea.

Miré las estrellas, las luces que realmente iluminan la ciudad. Barcelona es un lugar maravilloso, pero es también una trampa en la que caemos sin darnos cuenta. Un lugar que, hasta ese momento, me había bendecido, y que a la vez había robado pedacitos de la Francisca que llegó diez años atrás. Y mientras mis cavilaciones se derramaban en varias direcciones, oí que la puerta se abría. Con Miquelet en brazos y una maleta en la otra, Joan se las apañaba para salir a la azotea. Avanzó despacio, se plantó ante mí y me miró divertido. El pequeño dormía plácidamente, ajeno a la ciudad, a la vida, a lo que sucedía entre sus padres.

—No había nadie en casa y pensé que estarías aquí. He

dejado el resto del equipaje en el rellano. Espero que nadie se lo lleve.

Supongo que en mi cara se dibujaba la mayor de las ternuras. Él dejó la maleta a un lado y se sentó agarrando fuerte a Miquelet. Luego se giró tranquilamente y me besó. O quizá fui yo quien lo besó a él. Qué más da.

—Pues tú dirás cómo acaba tu historia.

Permanecimos sentados uno junto al otro. Cobijada por las estrellas, decidí esconderle las miserias de mi pasado y empezar una nueva vida agarrándole de la mano. Unas semanas después, compramos la mesa sobre la que escribo. Y desde aquella noche y durante diecisiete años, Joan permaneció a mi lado. Hasta hace unos meses.

Epílogo

¿Cómo continuar? He pasado los dos últimos días escribiendo. Debo confesar que me he visto obligada a detenerme, respirar hondo, sonreír al aire, levantarme, andar por la habitación, volver a sentarme, coger temblorosa la pluma y releer las últimas palabras escritas. «Hasta hace unos meses.» Luego me he sorprendido a mí misma observando el espacio en blanco que me avisa, alarmante, de que necesito terminar esta sinrazón.

Ayer, 7 de setiembre de 1937, se presentó en casa un soldado. Demasiado joven para pertenecer al ejército, el sombrero le quedaba grande y el uniforme parecía un disfraz descuidado. Cuando abrí la puerta, la mirada del chico me lo dijo todo. Entre sus temblorosas manos, el pobre sostenía un sobre con el sello de la República, que alejó de su pecho para acercármelo. Lo agarré sin ganas, sin voluntad de conocer los motivos de su visita.

—Señora, no le traigo buenas noticias. El teniente Joan Mas, defensor de la República, murió hace unos días en la llamada batalla de Belchite. En nombre del Ejército y del gobierno de la República, le doy mi más sentido pésame.

—Sabe si su hijo... ¿Miquel Mas está bien?

—No tengo esa información, señora. Pero si no ha recibido una carta...

El chico me saludó y desapareció escaleras abajo, con sus pantalones anchos y las botas llenas de barro. Cerré la puerta y, quién sabe por qué, también el pestillo. Inmóvil, observaba el sobre incapaz de respirar ni de expresar emoción alguna.

Supongo que me contenía, que intentaba apaciguar el torrente que se avecinaba. Lo dejé sobre la mesa, cogí en brazos al pequeño Joan y subí a casa de Matilde con la esperanza de que pudiera ocuparse de él. Ella aceptó y volví con celeridad al despacho. Apoyé la carta en el lapicero y la observé durante un buen rato.

«Joan, te has muerto —pensé al fin—. Después de todo, te has muerto.» No sabía ni por dónde empezar a enfrentarme a la noticia. Estallé en sollozos, pero no sabía si lloraba de pena, de impotencia o de rabia. Me sequé las lágrimas con las manos y traté de serenarme. Sentí que los muebles se desplazaban hacia mí para aplastarme, seguidos de las

paredes y el techo, que se contraían y se empequeñecían minuto a minuto. «¿Y ahora qué? ¿Qué hago? ¿Con quién hablo?»

No lo pensé dos veces, cogí un puñado de hojas, la pluma y dejé que mi mano escribiera. Manché dos borradores, dos cuplés que jamás verán la luz. Sin embargo, el cuerpo me pedía algo más que unos pocos versos. En el fondo, necesitaba hablar con Joan, escribirle. Pero terminé escribiéndome a mí misma, poniendo palabras a nuestras vivencias, a mi vida, o a parte de ella, la que viví hasta que permanecemos juntos, uno al lado del otro. A pesar del amor y la confianza que nos hemos profesado durante los últimos años, guardé demasiados episodios importantes en el tintero de las palabras no dichas. Y ahora se ha ido y no podré contarle lo que le sucedió a mi hermana ni mi vida en el hostel Las Fuentes. Las miserias de Francisca que me convirtieron en María Green. Necesitaba expulsar nuestra historia del corazón, sin medias verdades, sin maquillaje, sin ficción.

Nuestra vida juntos ha sido bella. Nos comprometimos el uno con el otro porque la vida nos obligó. O eso me contó. O, al menos, así lo viví.

Finalmente construimos el teatro María Romero, y Joan comprendió la magia de los escenarios y las palabras. Quizá por eso encontró la valentía para escribir en distintos diarios de la ciudad y del país, y abandonar Can Batlló. Mercè lo

llamaba «El cronista de los años veinte», aunque él no se consideraba más que un obrero de las palabras. Supimos hallar un término medio entre nuestros puntos de vista incluso en los momentos difíciles, como el año que se quemó el teatro, subió Primo de Rivera al poder y decidimos mudarnos a París. ¡Me costó tanto abandonar Barcelona! Pero él tenía razón, debíamos alejarnos por nuestro bien. Actué varios meses en la Ciudad de la Luz, en el Olympia, mientras él trabajaba como corresponsal para periódicos y semanarios. Fuimos felices en un país que no era el nuestro, donde descubrimos una cultura diferente. La vida nos ha sonreído, hemos viajado y hemos criado a nuestro hijo, Miquelet, que ya es un hombre, que incluso es padre. No deseo olvidar todo lo que hemos construido juntos.

¡Vivimos tanto y tan intensamente! Recibimos la República con la mayor de las ilusiones. El mundo soñado se materializaba. Quizá no con el sistema ni la forma deseados, pero debíamos celebrar las victorias, porque la vida nos enseñó que los grandes triunfos se cuecen a fuego lento, sobre todo si se construyen con la voluntad de que perduren. Y cuando por fin pude votar, fuimos de la mano al colegio electoral, y lo hice convencida, pletórica, llena de la felicidad de quien alcanza otra cima. Y llegó el alzamiento y comenzó la guerra y me lo dijo, era superior a él, si no defendía la República, jamás se lo perdonaría. Me convenció: bajo ningún concepto podíamos permitir que los sublevados la destruyeran. Yo comprendía su necesidad. Si yo hubiera sido

más joven y hubiera tenido más fuerza, le habría acompañado.

Los escenarios han sido mi mayor benefactor. Sin embargo, también han ido agrietando mi alma, y cuando terminaba la jornada, cuando me quitaba el disfraz, el maquillaje y los aplausos de la piel y volvía a calzar mis trifulcas internas y caminaba de nuevo por los entresijos de la vida, las virtudes, los logros y las desventuras, deseaba volver a casa para encontrarme con Joan, quien con su abrazo curaba mis heridas y me daba fuerzas para afrontar la siguiente batalla. Y es que durante aquellos años, los años transcurridos entre mi llegada a Barcelona y nuestra reconciliación, viví sin él, conseguí éxitos, aprendizajes, amigos, experiencias. Comprendí a mi hermana, me comprendí a mí misma y, de repente, nos reencontramos. Y ahora le odio porque me veo forzada a despedirle.

Miquel y Clara siguen en el frente y, Dios, espero que estén bien. Aquí estoy, con su hijo, el nieto de mi Joan, mi nieto, esperándoles. No lo voy a negar, que Joan pereciera en la guerra era una opción, no obstante había alejado esa posibilidad de mi mente para respirar con tranquilidad cuando me desesperaba.

Y un día llega un niño con una carta y te revela que Joan ha muerto y crees que no es real, que la ficción que nos creamos las que permanecemos en casa esperando a nuestros hijos o maridos, esa historia que nos contamos a diario, en la que

llaman a la puerta y llegan sanos y salvos, preparados para seguir adelante con nuestras vidas, esa, acaba de echar el telón.

Y lloro por Joan, por su muerte, porque me abandonó por una guerra, porque no pensó que me podía dejar sola, porque volvió a anteponer sus ideales a su nieto, a su hijo, a mí; porque nunca más compartiré otro momento con él, con sus manos, con su sonrisa, con su brío. Lloro porque tardé en comprender que la vida se abre paso en las circunstancias más hostiles y que se compone de grandes sutilezas que van más allá del dinero, las clases o las luchas. Lloro porque aprendí que puedo comenzar de cero infinitas veces, que poseo la valentía y el coraje necesarios para mirar adelante pase lo que pase; y porque volveré a empezar y Joan se convertirá en el recuerdo de otra vida, una vida en la que le amé sin condiciones, en la que él vivía a mi lado, me cogía de la mano, ponía freno a mis delirios y lamía mis heridas. Lloro porque conozco mi coraje y sé que seguiré creando, quejándome, construyendo realidades y ficciones, siendo actriz y vedete. Lloro porque me gustaría que esto fuera una obra de teatro en la que yo manejo el telón, las entradas y las salidas, y el ritmo de la narración, pero eso es imposible sobre el escenario de la vida. Y lloro porque las batallas fuera de los teatros jamás terminan con aplausos, ni vítores, ni críticas en los diarios.

Desconozco cuál será mi siguiente paso. Creo que el pequeño Joan y yo nos iremos a París, allí estaremos a salvo

hasta que acabe la guerra. Y luego, que Miquelet decida si desea que volvamos o le apetece vivir un tiempo en la capital francesa. Quiero cuidar de ellos y actuar bajo las luces y las sombras. No permitiré que nada ni nadie me obligue a olvidar cómo se hace para respirar hondo y sonreír al aire. Soy Francisca Romero, María Green, Sofía, Teresa Solé y todas las mujeres que he interpretado. Deseo que Miquel y el pequeño Joan lo entiendan: nadie tiene la potestad de decirles lo que pueden o no pueden hacer. Y no, no son delirios de vieja cupletista, porque esta es mi canción y la cantaré hasta el fin de mis días.

Agradecimientos

La avenida de las ilusiones ha sido un largo y complicado viaje que ha llegado a su destino gracias a la ayuda de muchas personas. No sé si alguna vez volveré a tener un altavoz como este, así que quiero dedicar unas palabras a algunas de ellas:

Me gustaría empezar por daros las gracias a vosotros, papá, mamá, Patri. Gracias por quererme, apoyarme, respetarme, y por buscar conmigo respuestas incluso cuando las preguntas no tenían sentido.

Carlitos, tus consejos y tu punto de vista me han acompañado durante tanto tiempo que una parte de esta historia es tuya. Creo que has leído hasta mis agendas, así que muchas gracias por tu apoyo.

Cris, me dijiste que leer el manuscrito te había ayudado a entenderme mejor, y solo por eso ha valido la pena. Gracias por tu energía, por tu ilusión y por tus eternas reflexiones.

Fede, aun en la distancia, has sido pies cuando no podía caminar y aliento cuando me faltaba el aire. Gracias por llamarme escritor antes incluso de que escribiera esta historia.

Núria, muchas gracias por aquella cena y por tus consejos sobre la parte que te habías leído.

Mireia, tú me aconsejaste y me ayudaste a mover este proyecto. Gracias por tu confianza, por tu mano, por facilitar que Francisca encontrara su camino.

Al resto de mis amigos y amigas que me hacéis afortunado con cada debate, excursión o vinitos compartidos, gracias por crecer, aprender y equivocaros a mi lado, no hay nada mejor que vivir rodeado de buena gente. Quizá sea raro, pero me apetece mucho agradecerle las clases a Marina, mi profesora de Literatura del instituto. Si lees esto, gracias por haberme enseñado a amar los textos, las palabras, las historias y a pensar sobre ello. Necesitamos más profesoras como tú para que los libros no se conviertan en una rareza.

Gracias a los bibliotecarios y bibliotecarias de Barcelona, por guiarme en la búsqueda de información, de detalles, de verdad.

Alberto Marcos, gracias por el tiempo dedicado a resolver mis dudas sobre la historia y por tus consejos. Es un placer coincidir en la vida con alguien que ama tanto lo que hace.

Cristina Castro, gracias por confiar en la vedete, por ayudarme, por tus sugerencias, por tus opiniones, por hacerme reflexionar. Ha sido una bonita experiencia trabajar este manuscrito a tu lado.

Me gustaría dar las gracias también a Grijalbo, a Rosa dels vents y a Penguin Random House por apostar por esta novela.

Y por último, gracias a ti, que me estás leyendo.



ACERCA DEL AUTOR

XAVI BARROSO (Granollers, 1984) estudió Comunicación Audiovisual mientras devoraba libros como 1984, *La ciudad de los prodigios* o *El retrato de Dorian Gray*.

Ha escrito guiones de humor, de divulgación y de ficción para diferentes canales de televisión y ha trabajado en el ámbito del marketing online gestionando proyectos digitales.

La avenida de las ilusiones es su primera novela, y con ella espera colarse en la biografía de muchos lectores.